LA MUJER:
UN ENFOQUE ANTROPOLOGICO

M. Kay Martin y Barbara Voorhies



EDITORIAL ANAGRAMA

M. Kay Martin
Barbara Voorhies

La mujer: un enfoque antropológico



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Female of the Species

Traducción:
Enrique Hegewicz

Maqueta de la colección:
Argente y Mumbrú

Portada:
Julio Vivas

Calle de la Cruz, 44
Barcelona-34

ISBN 84-339-0611-9
Depósito legal: B. 5391-1978

Printed in Spain

GRÁFICAS DIAMANTE, Zamora, 83, Barcelona-18

Para Margaret Mead
constante investigadora y pionera
del estudio antropológico
del sexo y el género

PREFACIO

Este libro es el resultado de un curso dictado por vez primera en la Universidad de California, en Santa Bárbara, en otoño de 1971. Tanto el curso como esta obra fueron consecuencia de un intento de utilizar las técnicas de la antropología tradicional en el examen de la posición ocupada por la mujer en el nivel de la especie. Es una tarea de gran magnitud que está siendo emprendida con gran seriedad y por vez primera por diversos investigadores que trabajan en varios lugares distintos. Confiamos que nuestro esfuerzo contribuya a aumentar el interés despertado por el tema y que estimule a otros a estudiar el campo tanto tiempo despreciado de la mujer.

A pesar de que en todo momento hemos tratado de analizar las cuestiones que se presentan en este libro con la mayor objetividad posible, hemos de hacer constar que esta obra tiene una preconcepción fundamental a lo largo de todas sus páginas: reconocemos como punto de partida que las diferencias, tanto en actividad sexual como en comportamiento social, existentes entre hombres y mujeres, son hechos importantes en la vida cotidiana de los seres humanos de todas las sociedades. Estas diferencias son en parte consecuencia de variaciones biológicas fundamentales entre los sexos. Pero creemos que no es tanto lo biológico como lo cultural lo que tiene un papel más determinante a la hora de producir los matices de comportamiento que en último término crean una dicotomía entre los sexos.

Reconocemos que para muchas sociedades subrayar las diferencias sexuales es algo crucial para el éxito económico y la continuidad social de muchas sociedades humanas, pero también afirmamos que el fomento cultural de estas diferencias en el seno de las sociedades industriales crea unos problemas de adaptación cada vez mayores y es por tanto un fenómeno condenado a desaparecer. En nuestra sociedad es necesario reducir la importancia del sexo en todo lo que no tenga que ver con la actividad sexual. Tal reducción del acento puesto en las características sexuales y otras de tipo fenotípico permitirá que se cultive con éxito cada una de las posibi-

lidades individuales que, de no ser así, se ven reprimidas por la cultura. Nos encontramos en el umbral de una nueva era cultural en la que, quizás más que nunca, se utilizarán simultánea e intensamente los esfuerzos creadores e intelectuales de toda la especie.

El reparto del material de esta obra es el siguiente: Martin preparó los capítulos 1 y 6-11, y Voorhies los capítulos 2-5.

Algunas personas han colaborado de forma significativa en la génesis de esta obra. Estamos especialmente agradecidas a Beth Dillingham por haber estimulado nuestro interés por el tema, y a Thomas G. Harding por habernos animado a elaborar a partir de nuestro tema un curso académico. Agradecemos también a los estudiantes de nuestro curso su entusiasmo por estos datos que compartimos con ellos en su primera exposición pública. Varias personas ofrecieron sus penetrantes comentarios sobre algunas partes del libro. Tenemos en este sentido una deuda para con Donald E. Brown, Eleanor Leacock, Denise O'Brien, George Spindler, Louise Spindler, Charlotte Symons y un gran número de críticos anónimos. Jé Goolsby dibujó hábilmente las ilustraciones. Arlene Bogardus y Pat Griffith pasaron una y otra vez a máquina sin refunfuñar los diversos esbozos. Damos por fin las gracias a nuestros editores, John Moore y Leslie Bialler, y a la diseñadora Jennifer Roberts, por la ayuda considerable que nos prestaron.

Una de nosotras (M.K.M.) recibió una beca de investigación del Academic Senate, U.C.S.B., como ayuda parcial para desarrollar este proyecto. Estamos agradecidas por ello.

Damos por fin las gracias a nuestros padres, Russell y May Martin, y Alfred y Dorothy Voorhies, cuyos esfuerzos por hacernos entrar en el mundo de la sociedad humana nos proporcionaron la libertad suficiente para llegar a captar posibilidades diferentes a las impuestas por la ortodoxia a la mujer.

Enero de 1975

M. K. M.
B. V.

Capítulo 1

LA QUINTAESENCIA DEL SEXO

Este libro es una investigación sobre más de la mitad de la humanidad, realizada no solamente desde la perspectiva de las diversas sociedades de la actualidad sino también desde los oscuros comienzos de la especie. La finalidad de esta ambiciosa aventura no es llegar a una afirmación política ni a una amazónica llamada a las armas, sino obtener una comprensión clara de la miríada de definiciones y funciones de los comportamientos del macho y la hembra y también de cómo pueden las sociedades manipular el sexo a fin de conseguir adaptaciones eficaces a su medio ambiente físico y social.

Una de las razones por las cuales las hembras tienen gran interés es el hecho de no haber sido sino muy raras veces elegidas como objeto de estudios rigurosos y amplios por parte de las ciencias sociales. En este sentido la antropología no es una excepción. Esta disciplina ha tratado casi siempre a las hembras y sus actividades como zonas periféricas en relación con la corriente principal de los sistemas culturales y la evolución cultural. Esta tendencia permanente de los informes científicos puede comprenderse mejor si en lugar de interpretarse como conspiración del sexo es vista como función de las culturas en las que estas teorías se desarrollaron. Sin embargo muchos científicos empiezan ahora a comprender que la tendencia cultural en una ciencia que se pretende libre ha causado en consecuencia graves distorsiones de nuestra teorización del comportamiento humano. El reciente fenómeno del sentimiento de urgencia con el que se trata ahora de volver a examinar los papeles de las hembras debe atribuirse no solamente al número cada vez mayor de mujeres que se dedican a la antropología sino también a que la antropología misma, como ciencia, está alcanzando más altos grados de sutileza.

Otro motivo que nos induce a estudiar a la hembra de la especie es porque nos permitirá ver los papeles adoptados por el macho y las funciones culturales del sexo desde una nueva perspectiva. Cuestiones vitales como la naturaleza de las sociedades antiguas o los determinantes de los sistemas primitivos de parentesco siguen sin ser resueltos por la teoría antro-

pológica. Muchas de estas cuestiones podrían ser resueltas si se llegara a una comprensión profunda del modo en que los criterios sexuales básicos son utilizados a fin de que las interacciones y los grupos humanos concuerden con su medio ambiente específico.

Pero tenemos que empezar por el principio. En primer lugar debemos definir qué queremos decir cuando hablamos de sexo, de hembra y macho, y también dar cuenta del papel desempeñado por la cultura en nuestras concepciones de las conductas específicas de los sexos.

SEXO: ¿BIOLOGÍA O APRENDIZAJE SOCIAL?

A casi todos nosotros nos parecen evidentes las diferencias que hay entre hombres y mujeres. Una de las primeras cosas que aprendemos de niños es que existen entre ellos diferencias físicas en tamaño y fuerza, en el aspecto de sus genitales y por consiguiente en sus papeles en la reproducción. Solemos creer que estas diferencias aparentes son absolutas e inmutables. Los euroamericanos creen en una humanidad dividida en dos desde el punto de vista de los criterios biológicos.

Sin embargo, a esta dicotomía básica se añaden otros muchos atributos sexuales no tan evidentes. Machos y hembras, se nos dice a menudo, tienen temperamentos fundamentalmente diferentes y se contraponen también en los terrenos del deseo, las cualidades de sus sentimientos y emociones, de la personalidad, de la capacidad de aprender, y de las aptitudes. Algunos afirman que las diferencias observadas en esos terrenos son resultado también de la herencia biológica, es decir, que machos y hembras han evolucionado de modo que tienden a desempeñar papeles complementarios (en lugar de iguales) en la sociedad, y que estas diferentes potencialidades vienen dadas ya genéticamente. A este argumento contestan otros diciendo que las diferencias observables son tanto causa como efecto de la distinta tendencia que se da al cuidado y educación de los niños o las niñas en nuestra cultura. Estos últimos afirman que los niños, tanto si son machos como si son hembras, nacen con las mismas posibilidades, pero que los padres y demás elementos que los integran en la sociedad les imponen diversos estándares de comportamiento sexual desde la infancia, según los criterios dictados por la cultura.

Esta discusión sobre cuáles son los factores determinantes del comportamiento sexual específico es llamado a veces dicotomía naturaleza-crianza. Sin embargo cada vez hay más eruditos que se acercan a la conclusión de que la identidad sexual no es una cuestión tan simple como esta dicotomía nos hace ver, es decir que el comportamiento de las hembras y los machos no puede ser explicado exclusivamente como resultado de uno de los dos polos de la dicotomía, la educación y la biología. Por ejemplo, si miramos a hombres y mujeres de todo el mundo, comprobaremos que

algunos rasgos de sus comportamientos respectivos son bastante constantes en todas partes, pero en otros terrenos las diferencias son tan grandes que a veces parecen entrar en plena contradicción. Incluso si observamos las diferencias sexuales de comportamiento específico en el seno de nuestra misma sociedad, resulta imposible establecer dónde acaba la biología y dónde empieza la educación.

Así pues, todas las pruebas con las que contamos nos sugieren que es mejor ver las diferencias sexuales como puntos diversos dentro de un campo de variantes que como polaridades opuestas. El sexo tiene una serie muy amplia de determinantes que van desde el potencial genético básico contenido en las células del cuerpo hasta la información cultural contenida en las células del cerebro y, además, una unión crítica de estas dos fuentes de información que guía el desarrollo y renovación del organismo adulto.

En este libro tendremos en cuenta los aspectos tanto biológicos como culturales del sexo y dejaremos para más tarde de momento la cuestión de cuál de los dos aspectos tiene mayor peso a la hora de generar comportamientos diferenciados. Los rasgos que tienen una base genética los llamaremos *sexo físico* o *sexo fenotípico* de una persona. Esto nos permitirá aislar las hembras de los machos, desde el punto de vista anatómico, para los fines de nuestro análisis. En cambio, los rasgos que parecen tener su fundamento en la educación, y que son reflejo de los tipos de papel preferidos, serán llamados *sexo social* o *género* de una persona. Pero es importante tener siempre presente cuando se haga referencia a estas dos variantes del sexo que no se trata de dos campos opuestos y sin contacto entre sí sino que los fenómenos a los que nos enfrentamos se encuentran en diversos puntos situados a lo ancho de un único campo. Por ejemplo, no todas las personas son iguales sino que varían en su grado de adecuación al fenotipo ideal (o, raramente, incluso al patrón genético típico) de su sexo. Como veremos, hay diferencias entre una cultura y otra hasta en el número de sexos reconocido. Es más, el sexo físico adoptado por una persona no concuerda en todos los casos con el sexo social. También los grados de simetría son variables. Un macho que lo es desde el punto de vista anatómico podría, por ejemplo, adoptar generalmente un papel correspondiente al género femenino y a la inversa.

En resumen, el sexo trata de una división de la humanidad en dos o más categorías sobre la base de criterios tanto biológicos como culturales. Lo mejor es entender las distinciones de sexo como grados en un campo continuo con diversas posibilidades de desviación, en lugar de tomarlas como fenómenos absolutos. En todo el universo se reconoce la división entre machos y hembras pero los comportamientos típicos que se les asignan pueden variar muchísimo entre una sociedad y otra.

Aunque la herencia y el aprendizaje parecen actuar conjuntamente en la producción de los comportamientos del macho y la hembra, hay un rasgo básico que los distingue como factores causales. Los determinantes genéticos del comportamiento específico de cada sexo son los mismos para toda la especie, mientras que los determinantes adquiridos por educación varían y son moldeados y expresados de diversas maneras según las sociedades. Por ejemplo, las hembras nacidas en América del Norte, Uruguay, China y Nigeria empiezan con un inventario prácticamente idéntico de rasgos estructurales y químicos que las prepara para sus funciones exclusivas en la reproducción y la alimentación de la descendencia. Cuando se encuentran estas coincidencias en un gran número de sociedades indican la presencia de rasgos que proporcionan ventajas de adaptación a la especie misma. Hay, sin embargo, otros rasgos de comportamiento aparente que no son tan uniformes. Hay mujeres muy fuertes y mujeres poco fuertes, con dependencia o sin ella, eruditas o amas de casa y que han adoptado esas características de acuerdo con la sociedad en la que viven. En el campo de las conductas específicas del sexo las variaciones son infinitas, y siempre parecen proporcionar ventajas para la adaptación de un grupo específico de población en un nicho ecológico determinado. Es decir, a fin de garantizar un grado de conformismo suficiente para permitir la supervivencia de un grupo de personas en un medio ambiente económico y social determinado, cada cultura impone a sus miembros una serie de prejuicios determinados acerca del carácter de la naturaleza humana y la naturaleza de las mujeres y los hombres. Estos patrones de conducta parecen tan lógicos, y es tal su refuerzo por parte de la sociedad, que sus miembros suelen creer que son cualidades humanas inevitables, inalterables y universales.

Hay rasgos comunes de las hembras de todo el mundo que pueden estar basados en determinantes genéticos, pero también hay otros que son tan cruciales para la cultura humana considerada globalmente que son enseñados igualmente en todas partes a las muchachas de todas las sociedades. En este terreno a veces resulta imposible trazar la línea divisoria entre lo genético y lo cultural, como hemos señalado antes. Podemos en cambio afirmar con bastante seguridad que los rasgos de las hembras que varían según las sociedades dependen *totalmente* de la educación. La capacidad de la cultura para moldear nuestra concepción de cuál es el comportamiento «natural» o «normal» de las hembras es inmensa. En los capítulos siguientes estudiaremos esta variación a lo largo de varios parámetros.

Grupos sociales y reproductivos. Debido a su relación intensiva con la descendencia tanto antes como después del nacimiento, las hembras son identificadas más estrechamente con la reproducción y el cuidado de los niños que los machos. Las hembras se casan, tienen hijos y forman con

sus hijos el núcleo de la familia y los grupos de parentesco en todo el mundo. En la sociedad estadounidense la familia *nuclear* —una pareja casada o conyugal y sus descendientes— es la unidad predominante tanto en lo sexual como en lo referente a la reproducción, así como la principal unidad de integración social. Se reconoce al hijo descendiente del padre y de la madre igual o *bilateralmente* (literalmente, dos lados). Para decirlo de otra manera, un individuo cree que los dos progenitores realizan la misma contribución a su legado biológico y social. Lo típico es que las parejas se independicen después del matrimonio, es decir, que se segreguen físicamente como unidades mediante el establecimiento de una nueva vivienda aislada de los padres de los dos miembros de la pareja. Los antropólogos llaman *neolocal* a este tipo de residencia.

La creación de estas unidades familiares pequeñas, monógamas e independientes —patrón que es el prevaleciente en todas las sociedades industriales— afecta de manera intensa nuestras concepciones de las conductas sexuales adecuadas. El relativo aislamiento de los hombres y mujeres jóvenes en relación con sus parientes después del matrimonio les sitúa, por ejemplo, en unas relaciones de intensa dependencia mutua. En nuestra sociedad se ha enseñado tradicionalmente al macho y a la hembra que los temperamentos y aptitudes de cada uno de los sexos son fundamentalmente diferentes y que por lo tanto sus papeles respectivos deberían ser complementarios en lugar de ser iguales. Como idealmente hay sólo dos adultos en la casa para repartirse las tareas necesarias para su supervivencia y como las mujeres se ven más comprometidas temporal y especialmente por la reproducción, los machos han adoptado la función de proveedores. Los horizontes económicos, sociales y políticos de las mujeres se han visto proporcionalmente limitados al mundo de su casa. A pesar de que hay un campo cada vez mayor de estas responsabilidades que es adoptado por instituciones exteriores a la familia (por ejemplo, las guarderías, los servicios de limpieza de la casa), los hombres y mujeres de los Estados Unidos siguen en general estando de acuerdo en que la zona natural y apropiada para la inversión de las energías y aspiraciones de la hembra es más el hogar que «el mundo exterior».

Un viejo dicho afirma que no se pueden cambiar los ingredientes sin cambiar el sabor. Este es el espíritu que nos guiará en el análisis de la posición ocupada por las mujeres en sociedades no occidentales y sobre todo no industrializadas, o sea agrarias, de pastoreo y de recolección. En estos tipos de sociedad la pequeña familia nuclear no es una unidad económica ni social eficaz. Lo corriente es que en esas sociedades se combinen las unidades conyugales de *varias* parejas a fin de formar un grupo más amplio que puede dedicarse mejor a la producción y reparto de los alimentos. Estos amplios grupos de parentesco son corrientes en el mundo no occidental. Aunque estos núcleos realizan funciones semejantes a las que corres-

ponden a nuestras unidades de dos miembros, reúnen a muchas más personas y con criterios diferentes.

La organización social de las sociedades no occidentales a menudo produce confusión a los estudiantes que se acercan por vez primera a la antropología, y no solamente porque sus grupos de parentesco son amplios y complicados sino también porque estas agrupaciones se basan casi siempre en el reconocimiento de la existencia de lazos entre *uno solo* de los padres y su descendencia, a expensas del otro padre. Así, el criterio del sexo adquiere una importancia exagerada.

En algunas sociedades los individuos, cualquiera que sea su sexo, sólo buscan las huellas de su herencia biológica y social a partir de la *madre* exclusivamente. Aunque se suele admitir que el padre ha tenido cierta participación en la concepción, no se le considera miembro del grupo de parentesco de su hijo (que es el de la madre), y por ello carece de importancia social. Los grupos de descendencia que establecen sus miembros según los lazos maternos se llaman *matrilineales* (literalmente, línea de la madre). Los miembros de cada grupo matrilineal o *matrilinaje* descienden de una misma antepasada (es decir, madre, madre de la madre, madre de la madre de la madre, etc.). Como se da una importancia primordial a estos lazos a través de las hembras, muchas sociedades matrilineales exigen que el hombre abandone la localidad en la que nació cuando se casa y que vaya a vivir con los parientes de su mujer. Este tipo de residencia, llamado *matrilocal,* mantiene unidas en una localidad una serie nuclear de hembras emparentadas (abuelas, madres, hermanas, hijas, nietas), junto con sus esposos importados. Como veremos en capítulos posteriores, las sociedades en las que las mujeres forman el *locus* de los grupos sociales confieren a éstas una amplitud mucho mayor de actividades extra-domésticas y mucho mayor poder que en otras sociedades.

Hay en cambio sociedades en las que prevalece una situación opuesta a la que acabamos de describir: los individuos tienen en cuenta solamente los lazos de parentesco del padre para su herencia biológica y social. Este tipo de parentesco es llamado *patrilineal* (literalmente, línea del padre). Todos los miembros de un *patrilinaje* descienden de un antepasado macho común (padre, padre del padre, padre del padre del padre, etc.). Los sistemas patrilineales difieren del nuestro en el hecho de despreciar socialmente a la madre y sus parientes. Todos los hijos de una pareja casada pertenecen a la familia o grupo social del padre. Al igual que en el caso de las sociedades matrilineales, las patrilineales conservan a los miembros del grupo en una misma localidad. La consecuencia inmediata de estas reglas para las mujeres consiste en que cuando se casan tienen que abandonar a sus parientes y pasar la mayor parte de sus vidas en compañía de personas relativamente extrañas, los parientes del marido. Como veremos, las sociedades patrilineales muestran a menudo gran dominio por parte del

varón, y en algunos casos exigen incluso que las mujeres sean segregadas de la vida pública.

Los sistemas bilateral, matrilineal y patrilineal son estructuras ideales con muchas variaciones posibles en las diversas culturas humanas. Aunque todos los grupos de parentesco toman la responsabilidad de la reproducción biológica y cultural, llegan a realizar estas funciones similares de formas que requieren definiciones muy variadas en torno a cuáles deben ser los comportamientos adecuados de machos y hembras. El número de amantes que tiene una mujer antes y después del matrimonio, el número de maridos que puede adquirir sucesiva o simultáneamente, la importancia que da al embarazo, el grado de dependencia emotiva o física en relación con los machos y el hecho de si aprenderá a competir o a cooperar con las otras mujeres es simplemente función de los grupos sociales de adaptación y de las ideologías que éstos fomentan para asegurar su propia supervivencia.

Las ramificaciones económicas y políticas que surgen a partir de estos diferentes sistemas sociales también deben ser tenidas en cuenta.

(!) *Producción, poder y autoridad.* Las diferencias existentes entre unas sociedades y otras en los terrenos de la familia, el parentesco y los grupos sociales están directamente relacionados con la forma de conseguir alimentos de cada sociedad. Estos grupos no dan solamente continuidad biológica y social a una cultura, son además sus unidades de producción básicas. Creemos que el tipo exacto de producción económica constituye una importante influencia que determina la naturaleza de las relaciones políticas y sociales, en las que están incluidas las diversas condiciones posibles de las mujeres y los hombres.

En la sociedad de los Estados Unidos, por ejemplo, la familia nuclear ha evolucionado como una especie de corporación mínima en una sociedad industrial que necesita una fuerza de trabajo amplia y móvil. Los grandes grupos de parentesco *unilineales* (literalmente, una línea, sea matrilineal o patrilineal), que en el pasado agrario del país servían para la adaptación al ambiente, han sido erosionados por las condiciones creadas por la vida urbana. Con el tiempo la díada macho-hembra con su descendencia resultó la unidad más eficaz tanto para la producción como para el consumo. Tradicionalmente, esto significó que las mujeres tenían que adoptar papeles de dependencia y subordinación en relación con los machos, cuya monopolización de las tareas económicas fuera de la casa complementa la autonomía doméstica de las mujeres. En su momento de plena industrialización, Estados Unidos necesita, además de la división básica del trabajo de acuerdo con el sexo, una serie de complicados grupos que no tienen nada que ver con el parentesco, como las grandes empresas muy estructuradas, a fin de mantener en funcionamiento la economía existente. En nuestra sociedad las mujeres han ido invadiendo con un avance firme estos terrenos dominados antes por el macho. Y es interesante notar que con-

forme se produce este cambio evolucionan también nuestras ideas acerca de las aptitudes y temperamentos básicos de los hombres y las mujeres.

La importancia de los factores económicos en nuestra visión de los sexos se hace más clara incluso cuando consideramos las grandes diferencias existentes en la forma de ver a las mujeres en las diversas sociedades. Cada una de las culturas del mundo tiene una definición especial de la división del trabajo según el sexo. Cada sociedad tiene una serie de ideas bastante explícitas acerca de qué debe ser «el trabajo de hombre» y el «trabajo de mujer» y en general se registra una tendencia a dar cuenta de este reparto de funciones según una concepción específica de supuestas aptitudes naturales. Hay, naturalmente, constantes biológicas. En conjunto puede decirse que los hombres tienden a ser más robustos que las mujeres tanto en estatura como en fuerza. Además, el acto de reproducción no compromete al macho en la misma medida que a la mujer, para la que es un hecho con el que tiene que contar antes del parto y también inmediatamente después del mismo; y el macho no pierde tampoco temporalmente su eficacia productiva.

En estudios que abarcan más de una cultura se ha señalado (véase D'Andrada 1966) que las actividades de subsistencia desempeñadas por los varones son generalmente las que implican un mayor uso de fuerza física y también las que exigen mayores desplazamientos lejos de la vivienda. Murdock (1937) hizo una tabulación de los tipos de tareas productivas asignadas a hombres y mujeres en gran número de sociedades no industriales de complejidad diversa. Sus investigaciones mostraron que las actividades de subsistencia más comúnmente desempeñadas por los hombres eran la caza, la pesca, la colocación de trampas, el pastoreo y la limpieza de terrenos para el cultivo. En cambio, las mujeres suelen ser responsables de la recogida de plantas alimenticias silvestres y de la siembra y cosecha. Las actividades secundarias también reflejan la dicotomía sexual sobre el eje de la búsqueda de proteínas y de verduras y vegetales para la dieta alimenticia. Así, los machos se ocupan de la producción de herramientas para la obtención de alimentos, tales como fabricación de armas o redes, construcción de barcas, labrado de piedras, etc. El trabajo de las hembras está centrado en torno a la preparación de la comida, la construcción de receptáculos para almacenar alimentos y el mantenimiento de los vestidos. El hecho de que se delegue a las mujeres tareas relacionadas con la vivienda está desde luego en relación con su papel de portadoras y alimentadoras de los hijos.

Pese a las evidentes similaridades existentes en los tipos de actividades realizadas por cada uno de los sexos en todo el mundo, hay sorprendentes diferencias en cuanto a la importancia productiva relativa. Nuestra filosofía cultural sostiene que los proveedores naturales son los machos. Como veremos, sin embargo, esta noción no se aplica en todas partes. En sociedades con determinados tipos de producción son las mujeres las que

proveen la mayor parte de los alimentos, no sólo para ellas mismas sino también para sus hijos y esposos. Aunque hombres y mujeres parezcan estar anatómicamente favorecidos para realizar determinados tipos de tareas, tanto estructuralmente como por razones de conveniencia, son el medio ambiente y la tecnología que se posea lo que determina qué sexo adquiere mayor importancia económica en una sociedad dada. Estos mismos factores tienen un papel primordial a la hora de seleccionar el tipo de agrupación social más eficaz para la organización de las actividades productivas. Posteriormente presentaremos una teoría para predecir la aparición de variedades matrilineal o patrilineal de parentesco en según qué zonas ecológicas.

Los factores económicos son por lo tanto cruciales para nuestro estudio de los estilos de vida de las hembras debido a que las relaciones macho-hembra están íntimamente relacionadas con el sistema de parentesco, sea éste patrilineal, matrilineal o bilateral. Por ejemplo, en los Estados Unidos, el hecho del aislamiento de la mujer y su alejamiento de toda participación digna de mención en las instituciones exteriores a la casa ha limitado fuertemente su acceso a la autoridad y el poder en la sociedad considerada globalmente.

Hay muchos que señalan en seguida que los hombres son los guerreros y los políticos en todo el mundo. ¿Significa esto que los varones dominan en todo el mundo, o que el monopolio de tales funciones está basado en nuestro pasado de primates? Esta es desde luego una pregunta que queremos estudiar detalladamente. Sin embargo, a lo largo de nuestro análisis de esta cuestión será necesario conservar siempre presente la distinción entre *poder* y *autoridad*. El poder se refiere a la posibilidad de forzar a otros mediante coerción para la obtención de los objetivos deseados, mientras que la autoridad tiene que ver con el poder legítimo o legal. Un repaso de las sociedades humanas basta para mostrar que los machos ocupan casi siempre las posiciones de autoridad. Desde un punto de vista técnico no hay pruebas de existencia de matriarcados ni de gobierno de mujeres, ni del tipo amazónico ni de ningún otro. Pero es incluso más significativo que el reparto de la autoridad y el poder sea muy variable independientemente del hecho que acabamos de señalar. Generalmente son los machos los que ocupan las posiciones de liderazgo, pero el poder puede estar en uno u otro sexo. Esto lo ilustra especialmente bien el caso de las sociedades matrilineales en las que las mujeres más ancianas asignan puestos de mando a los hombres aunque se reserven para sí la facultad de decisión.

En nuestra investigación tendremos por tanto que observar por debajo de la superficie de las jerarquías de los funcionarios del grupo si queremos localizar la auténtica base del poder. En la mayoría de los casos veremos que el poder lo tienen los que controlan la distribución de los alimentos o la riqueza, sea cual fuere su sexo.

Hasta ahora hemos subrayado que lo que a menudo se concibe como categorías absolutas de la realidad, es decir, macho y hembra, de hecho son fenómenos dinámicos y no estáticos. Pero no basta señalar la presencia de una amplia diversidad; nuestra tarea es tratar de comprenderla. Debemos por consiguiente examinar la gama hembra del campo sexual desde las contrastantes perspectivas de la biología, la vida social de los primates, las diferencias de conducta en nuestra sociedad y los perfiles infinitamente diversificados de la mujer en otras culturas.

Dos temas fundamentales sirven para unificar este análisis. Los primeros capítulos tratan de la interacción de los factores biológicos y sociales en la determinación de las diferencias de comportamiento entre los sexos. Empezamos con una breve discusión del sexo como proceso biológico. Primero examinamos los atributos de la forma de reproducción sexual característica de los mamíferos y la comparamos con otras formas de reproducción. En segundo lugar investigamos el proceso de desarrollo a través del cual adopta una persona su identidad sexual. Este proceso presupone la interacción de varios factores fisiológicos y sociales, y no es algo establecido de un solo golpe como piensa la creencia más generalizada.

Pasaremos luego a analizar diversas características de la personalidad expresadas de forma diferencial por cada sexo en nuestra sociedad. Compararemos, para cada uno de los rasgos hallados, la actitud occidental con la de las otras sociedades a fin de comprobar si se trata de algo universal para todos los humanos o si es solamente algo limitado a determinadas sociedades. También estudiaremos el desarrollo de estas conductas relacionadas con el sexo durante el crecimiento y maduración del individuo. La delineación de esquemas diversos del desarrollo de los rasgos de cada sexo sirve a menudo para iluminar los complejos orígenes de los rasgos relacionados con el sexo.

En el último capítulo que se refiere al tema biosocial investigamos algunas sociedades que hablan de la existencia de *más* de dos sexos en su población, o que permiten a una persona elegir un género de papel social sea o no congruente con su sexo físico. Estas situaciones acentúan el valor de nuestra conclusión según la cual los rasgos de comportamiento que están en correlación con el sexo son determinados predominantemente por la sociedad y sólo secundariamente por la biología.

El tema dominante de la parte siguiente del libro, la que empieza en el capítulo 5, es que la naturaleza de los papeles representados por cada sexo en la especie humana supone ventajas de adaptación para cada sociedad concreta y que estas adaptaciones están relacionadas con el medio ecológico en que vive el grupo. A lo largo de la evolución humana se han producido varios reajustes ecológicos, y cada uno de ellos favorece un tipo determinado de papeles sexuales. Hablamos aquí de teorías actuales y an-

tiguas sobre los papeles de los sexos y la evolución humana y después analizamos los principales cambios ocurridos en la ecología humana.

Empezamos tratando acerca del origen y desarrollo de las diferencias entre los sexos con un examen del comportamiento de los animales más estrechamente relacionados con nosotros. El orden de los monos es ideal para el estudio del comportamiento de los sexos porque su sistema de reproducción es muy parecido al nuestro. De hecho, como hay muchas similaridades biológicas entre estos animales y los humanos, hay varios autores que han sugerido que el comportamiento observado en una especie concreta de primates no humanos puede dar cuenta del comportamiento humano. Nosotras rechazamos este método; pero creemos que es útil en cuanto que nos permite ser testigos de la labilidad del comportamiento relacionado con el sexo en los animales en su relación con el medio ambiente. Si el comportamiento de los sexos en los monos varía en relación a su medio ambiente, podemos esperar que entre los humanos la variación sea mayor incluso puesto que los hombres confían de forma amplia y significativa en el aprendizaje social.

En el capítulo 6 relacionamos los cambios experimentados en la concepción del macho y la hembra a lo largo de la evolución de la ciencia antropológica con un análisis de las teorías sobre el origen de la sociedad humana. En el siglo XIX las mujeres fueron consideradas frecuentemente como arquitectos de las relaciones más antiguas de matrimonio, parentesco y política. Esta concepción fue subvertida bruscamente en nuestro siglo, durante el que se ha subrayado el dominio, territorialidad y agresión del macho como bases de la sociedad humana. Hubo un tiempo en que se atribuyó el establecimiento de la familia, la moral y lo religioso a las influencias restrictivas de las mujeres, pero ahora se cree que es el macho el que estableció por un lado e hizo evolucionar por otro la cultura. Exploramos también la noción según la cual las teorías modernas constituyen hasta cierto punto una reacción contra las existentes en siglos anteriores y presentamos una nueva síntesis.

Consideramos en profundidad cinco formas de adaptación ecológica que representan otros tantos niveles de complejidad organizativa en culturas de varios puntos del mundo. Se trata de sociedades dedicadas a la recolección, la horticultura, la agricultura, el pastoreo y la industria. En el caso de cada una de las sociedades preindustriales analizamos una muestra de sociedades pertenecientes a varias culturas a fin de llegar a la identificación de los patrones prevalecientes de comportamiento ideal de cada sexo. Luego relacionamos estos patrones con variantes productivas, demográficas, políticas y sociales. Además, presentamos el estudio de un caso individual por cada uno de los tipos de adaptación. Estos perfiles de mujeres que viven en sociedades concretas no pretenden ser prototipos del estilo de vida de las hembras sino ilustraciones cualitativas de los datos cuantitativos de varias culturas que son presentadas anteriormente.

El primer ajuste ecológico que estudiamos es el de la recolección. Este término se refiere a una economía basada en la consecución de los alimentos mediante la caza, la pesca y la cosecha sin cultivo ni utilización de animales domésticos. A menudo se dice de estas sociedades que están dominadas por el macho tanto en la esfera económica como en la social. En el capítulo sobre estas sociedades examinamos la aplicabilidad de este modelo desde una perspectiva pluricultural. Generalmente se reconoce que las mujeres proporcionan más cantidad de alimentos al grupo con su recolección que los hombres con la caza. Así, el principio central de organización en las relaciones de parentesco y en la distribución de la autoridad pasa a veces a través de los lazos con las mujeres. De ahí concluimos que las relaciones entre el dominio social y el productivo no son necesariamente de paralelismo. En este tipo de sociedades las relaciones entre los sexos son muy igualitarias.

Las sociedades que dependen principalmente del cultivo para su subsistencia muestran una amplísima posibilidad de variaciones en el reparto de los papeles económicos y sociales entre las mujeres y los hombres. En el capítulo sobre la horticultura investigamos la diferenciación de los papeles sexuales en sociedades que emplean para la agricultura herramientas manuales. La posición de las mujeres parece directamente relacionada con el nivel de productividad económica y con la naturaleza del parentesco y la de la organización social. Las mujeres dominan las actividades de cultivo pero reclutan el trabajo de los hombres en un grado directamente proporcional a la importancia de los productos agrarios como base para la subsistencia. Aunque en todas las sociedades horticultoras las mujeres gozan de un grado considerable de independencia económica, su condición social se ve frecuentemente reducida en los casos en los que se adscribe la descendencia a los varones.

Reservamos el término de agricultura para los cultivos de tipo intensivo, es decir, para los que utilizan el regadío y los animales domésticos para tirar del arado y producir fertilizantes. A menudo estas técnicas se dan en sociedades de alta producción, gran densidad de población, urbanización y grandes unidades políticas. El análisis revela que las comunidades agrícolas tienen en casi todos los casos tendencia masculina tanto en la organización de la producción como en la de la sociedad. Por contraste, el trabajo de la mujer suele identificarse especial y conceptualmente con la vivienda. Concluimos que la usurpación por parte del macho de las tareas del cultivo, cuando se llega a la fase de cultivos intensivos, se produjo como respuesta a la aparición del trabajo agrícola de tipo continuo y pesado y a la necesidad de que las mujeres se dedicaran a la preparación ininterrumpida del grano. La combinación de estos factores favoreció el establecimiento de una distinción entre el trabajo fuera de la casa y el trabajo doméstico y condujo a una situación en la que las mujeres fueron aisladas de la esfera de las actividades productivas.

Las sociedades dedicadas al pastoreo tienen una gran dependencia respecto a los productos de los animales domesticados para su subsistencia. Estas sociedades se caracterizan casi universalmente por tener un sistema de parentesco patrilineal y por reservar para el varón las posiciones dominantes tanto en la esfera económica como en la social. Comprobamos sin embargo que los papeles correspondientes a cada sexo no son variantes estáticas sino que fluctúan de una forma previsible de acuerdo con la importancia relativa del pastoreo y el cultivo.

Nuestra revisión de los papeles desempeñados por las mujeres en diversas sociedades demuestra que las posiciones relativas ocupadas por varones y hembras no están cristalizadas en patrones sexuales típicos válidos en todas partes sino que de hecho tienen amplios márgenes de variación como reacciones a muchos factores sociales y biológicos que se afectan mutuamente. Utilizamos estos avances en nuestra concepción en el examen de los papeles correspondientes a los géneros en la evolución pasada y presente de las sociedades industrializadas.

El industrialismo presenta un medio ambiente social muy diferente. Los papeles de los géneros, al igual que otros muchos rasgos sociales, experimentan cambios en respuesta a las nuevas condiciones. En el último capítulo examinamos el efecto del industrialismo en los papeles de cada género en los Estados Unidos y en la Unión Soviética. Los efectos del industrialismo han sido muy diferentes en estas dos naciones. En consecuencia, la historia de las alteraciones ocurridas sigue líneas divergentes en las dos zonas. Pero nuestra comparación de estas evoluciones históricas nos permite identificar los procesos sociales que actúan en los dos sistemas. Después de identificar los procesos sociales subyacentes, hacemos predicciones sobre el posible desarrollo de los papeles asignados a los géneros en esas y otras naciones industrializadas.

Capítulo 2

EL SEXO COMO PROCESO BIOLOGICO

Las funciones fundamentalmente diferentes desempeñadas por el macho y la hembra en el ciclo reproductivo tienen su origen en las diferencias anatómicas, que todo el mundo conoce, que se encuetran en el núcleo de la diferenciación de los humanos en dos sexos. Aunque generalmente no se comprende tanto la significación de la reproducción sexual para la humanidad considerada como un todo, ni tampoco cómo llega un individuo a adquirir su identidad sexual.

La evolución del proceso de reproducción sexual ha tenido amplios efectos en el mundo orgánico. Los humanos se cuentan entre otros muchos organismos que se reproducen de este modo. Pero hay otras formas de reproducción que han sido eficaces a lo largo de un extenso período de la evolución, y aquí nos interesará especialmente comparar las ventajas relativas de las diversas formas. Esta discusión lanza un camino de investigación que seguiremos a lo largo de todo el libro: investigar cuáles son las ventajas que para la adaptación a diversos ambientes tienen las diversas formas socioculturales de las diferencias de sexo. Comenzaremos esta tarea con un análisis de las ventajas que tienen las elaboraciones humanas del tema macho-hembra. La mayor parte de este libro, naturalmente, trata de las diferencias de comportamiento que corresponden a los sexos, sin centrarse tanto en las diferencias que tienen que ver con la reproducción fisiológica. Sin embargo, se trata de dos cuestiones íntimamente relacionadas. En este capítulo examinaremos en primer lugar el origen del sexo en la evolución: ¿qué es el sexo?, ¿cuándo apareció en el curso de la evolución?, ¿qué ventajas proporcionó a los organismos en curso de evolución? De este modo podremos contrastar las diferencias de sexo de los humanos con el sistema de reproducción de todos los demás organismos vivos.

En la segunda parte trataremos de la identificación sexual de los humanos: ¿cómo se determina el sexo de un individuo?, ¿cómo se desarrolla la identidad sexual humana durante el período en que el individuo crece hasta llegar a su madurez? También este tema exige la comprensión de procesos que tienen que ver con la fisiología y su evolución por un lado y con los

procesos sociales por otro. Nuestra preocupación primera será, sin embargo, estudiar a fondo ahora el lado más estrictamente biológico de la cuestión. En capítulos posteriores trataremos del proceso y los resultados de la tipificación sexual. Es decir, la forma en la que la gente aprende su identidad sexual.

Sexo y evolución

Los biólogos creen que los primeros organismos que tuvieron vida en este planeta, más de mil millones de años atrás, tenían un sistema de reproducción asexual. Cada uno de estos organismos consistía en una célula autónoma. Hoy en día hay muchos organismos unicelulares que se reproducen por división de la célula, y es posible que este mismo método fuera el de los primeros organismos vivos. En este sistema la célula original reorganiza el material que la constituye, de forma que al dividirse cada célula hija esté completa. En consecuencia, las dos células hijas son idénticas entre sí y son copias exactas de la célula original. En este proceso, la célula que da origen a las hijas se autoinmola.

Cuando, hace al menos 500 millones de años, evolucionaron las formas de vida hasta llegar a constituirse los organismos multicelulares, se produjeron variaciones radicales en la organización de los procesos vitales básicos. Uno de los fenómenos nuevos de mayor importancia fue que la división celular se convirtió en el principal mecanismo para el desarrollo y el crecimiento de los organismos, que empezaron aisladamente como célula única. Algunos organismos multicelulares comenzaron a reproducirse por un nuevo método todavía *asexual,* mientras que otros empezaron a hacerlo mediante una reproducción *sexual.*

Hay dos formas corrientes de reproducción asexual en organismos multicelulares. Una es la llamada *vegetativa.* En esta forma de reproducción se genera un nuevo organismo a partir de un fragmento del cuerpo del organismo original. Esto ocurre tanto en plantas como en animales, aunque está mucho más extendido entre los vegetales. Los esquejes y estolones de las plantas (fig. 2-1A), que se desarrollan hasta convertirse en nuevas plantas, son ejemplos de esta forma de reproducción. El fenómeno del brote de la *hidra,* diminuto pólipo de agua dulce, es un ejemplo de reproducción vegetativa en un animal (fig. 2-1B). La hidra original forma un brote proyectado desde su costado que se desarrolla hasta que al final se separa del primer elemento.

El segundo tipo de reproducción asexual es la formación de células individuales reproductivas llamadas *esporas.* Cada una de ellas se desarrolla sin fertilización hasta convertirse en otro organismo. Plantas como el mantillo y las setas se reproducen mediante esporas.

La reproducción sexual apareció en la evolución en el momento en

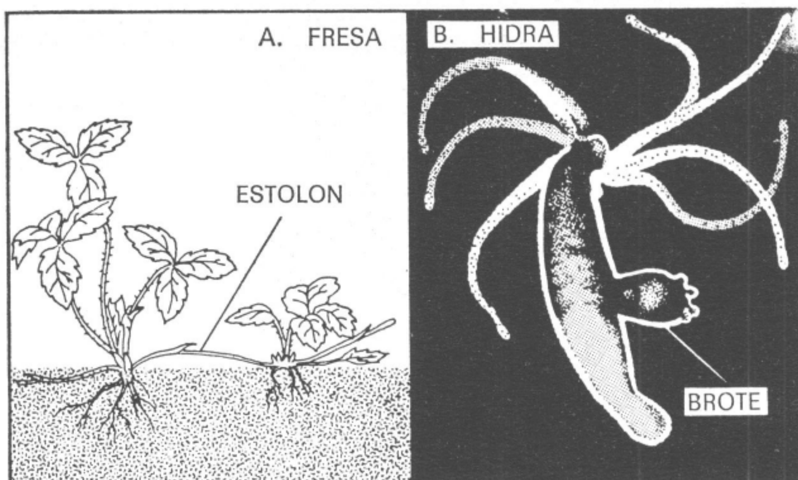


Figura 2-1. Reproducción vegetativa.
A. En la fresa el sistema de retoños afecta la reproducción vegetativa. Unos retoños llamados estolones, que crecen en sentido horizontal sobre el suelo, pueden echar raíces nuevas que acabarán por hacer crecer una nueva planta.
B. Una hidra con un brote en desarrollo. Cuando el proceso concluya el brote se escindirá completamente de la primera hidra y se convertirá en un nuevo individuo (según Simpson *et al.* 1957: 358, 359).

que algunos organismos multicelulares empezaron a producir células incompletas y especiales (*gametos*) que se unían para formar un nuevo individuo. Estas células son incompletas porque cada una contiene solamente la mitad de las unidades portadoras del mensaje (*genes*) necesarias para que un organismo llegue a vivir. El elemento de material genético completo sólo puede conseguirse si se unen los dos gametos. Actualmente se encuentra la reproducción sexual en casi todos los animales y es la única forma de reproducción existente entre los vertebrados. Su característica fundamental es que cada nuevo organismo hereda la mitad de su material genético de dos células de sexo diferente. Esto significa que los genes de una población son barajados de nuevo tras cada generación.

Las ramificaciones de estos hechos son bastante asombrosas. Por ejemplo, una sola pareja humana es teóricamente capaz de producir 64 billones de hijos genéticamente diferentes (Carr, 1970, 11). Cada hijo producido por una pareja será por tanto, y de forma automática, genéticamente único, con la excepción de los casos relativamente infrecuentes en los que se desarrollan dos o más individuos a partir del mismo huevo fertilizado.

La comparación entre las formas asexual y sexual de reproducción revela que cada una de ellas está especialmente adecuada para perpetuar la

vida en un tipo de ambiente específico. La reproducción asexuada es uniparental y generalmente los descendientes son idénticos desde el punto de vista genético al organismo original. Así, ambos individuos tienen los mismos *genotipos*. Como los hijos son copias exactas de los padres la línea genética se perpetúa de forma altamente conservadora. Esto supone una ventaja para organismos que viven en ambientes relativamente sin cambios. (Es en cambio desventajoso en ambientes expuestos a cambios rápidos.) Actualmente muchos organismos que se reproducen asexualmente pueden encontrarse en ambientes relativamente estables tales como el mar o capas profundas del suelo.

Los organismos que se reproducen sexualmente no producen nunca descendientes genéticamente idénticos a los padres, ya que los genes de los padres son siempre barajados de nuevo cuando se forma un nuevo individuo. De ello resultan varias desventajas. Para empezar, es menos eficaz, en cuanto a utilización de recursos, por cuanto tienen que intervenir dos organismos para completar cada ciclo reproductivo. Algunos tipos de organismos que se reproducen sexualmente evitan esta situación porque en estos casos un mismo individuo es capaz de producir gametos masculinos y femeninos. Hay muchas plantas de las que dan flores que se reproducen así.

Una segunda desventaja consiste en la necesidad de sacrificar algunos experimentos en nuevas combinaciones en el curso de la evolución de un grupo de organismos. Charles Darwin fue el primero que identificó esta situación. Su principio de selección natural se basa en la observación del carácter diferencial, y no fortuito, de la reproducción. Algunos organismos triunfan y logran reproducirse y transmitir sus genes a sus descendientes. Otros, en cambio, no tienen éxito y sus genes acaban por quedar a la larga eliminados de la población integrada por las sucesivas generaciones de descendientes. Frecuentemente la producción continuada de nuevas combinaciones genéticas en los organismos que se reproducen sexualmente da lugar al nacimiento de individuos que no logran triunfar en la reproducción. Esta es otra forma de despilfarro de materia viva que resulta directamente de la ilimitada variedad de nuevas combinaciones genéticas producidas.

Pese a estas desventajas el sexo es un medio de reproducción muy extendido y fructífero. Evidentemente este proceso tiene ventajas que superan los inconvenientes que acabamos de mencionar. La ventaja principal es que en ciertos ambientes la supervivencia del grupo se ve estimulada por el alto grado de variación genética producido por cada generación. Esta circunstancia contribuye especialmente a la adaptación al medio en ambientes que sufren cambios rápidos. Por esta razón los organismos dotados de reproducción sexual se encuentran corrientemente en ambientes terrestres que tienen una inestabilidad relativa elevada durante largos períodos de tiempo.

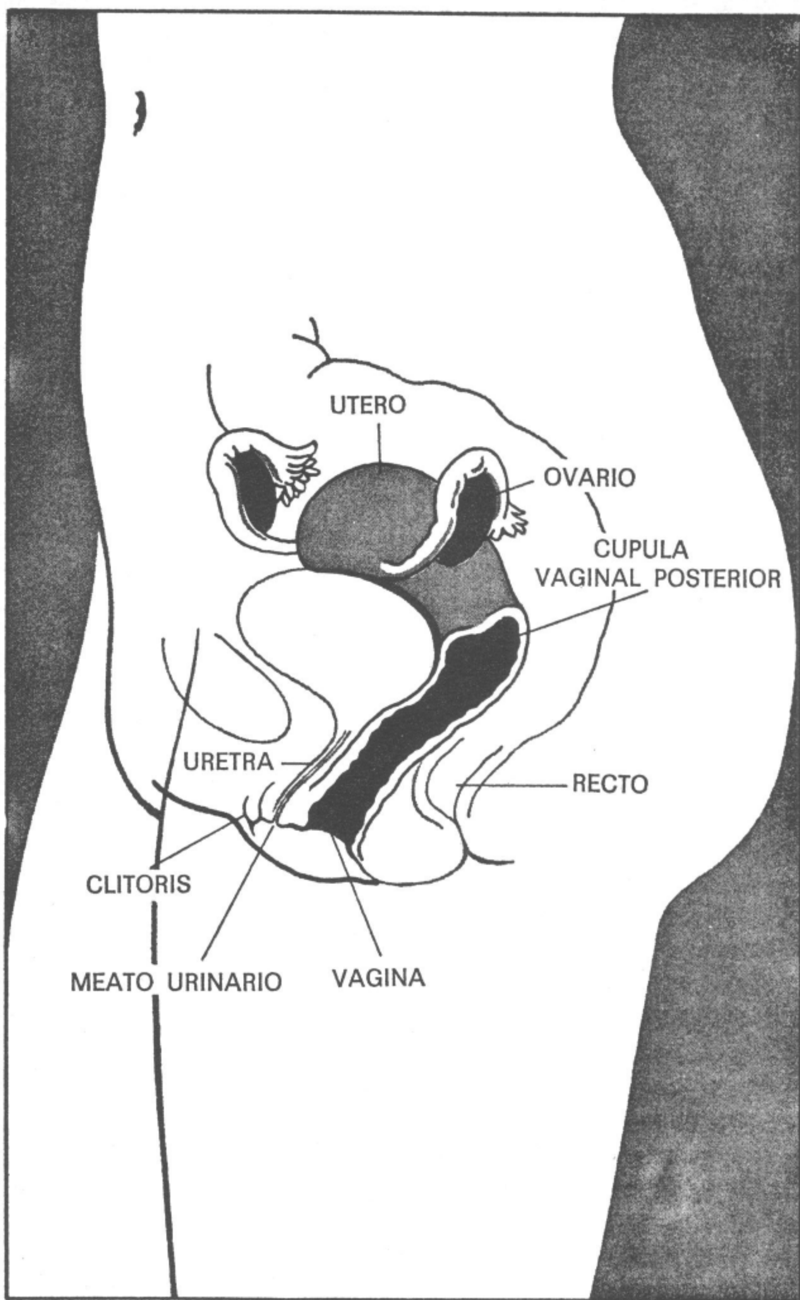


Figura 2-2. Sistema reproductivo de la mujer.

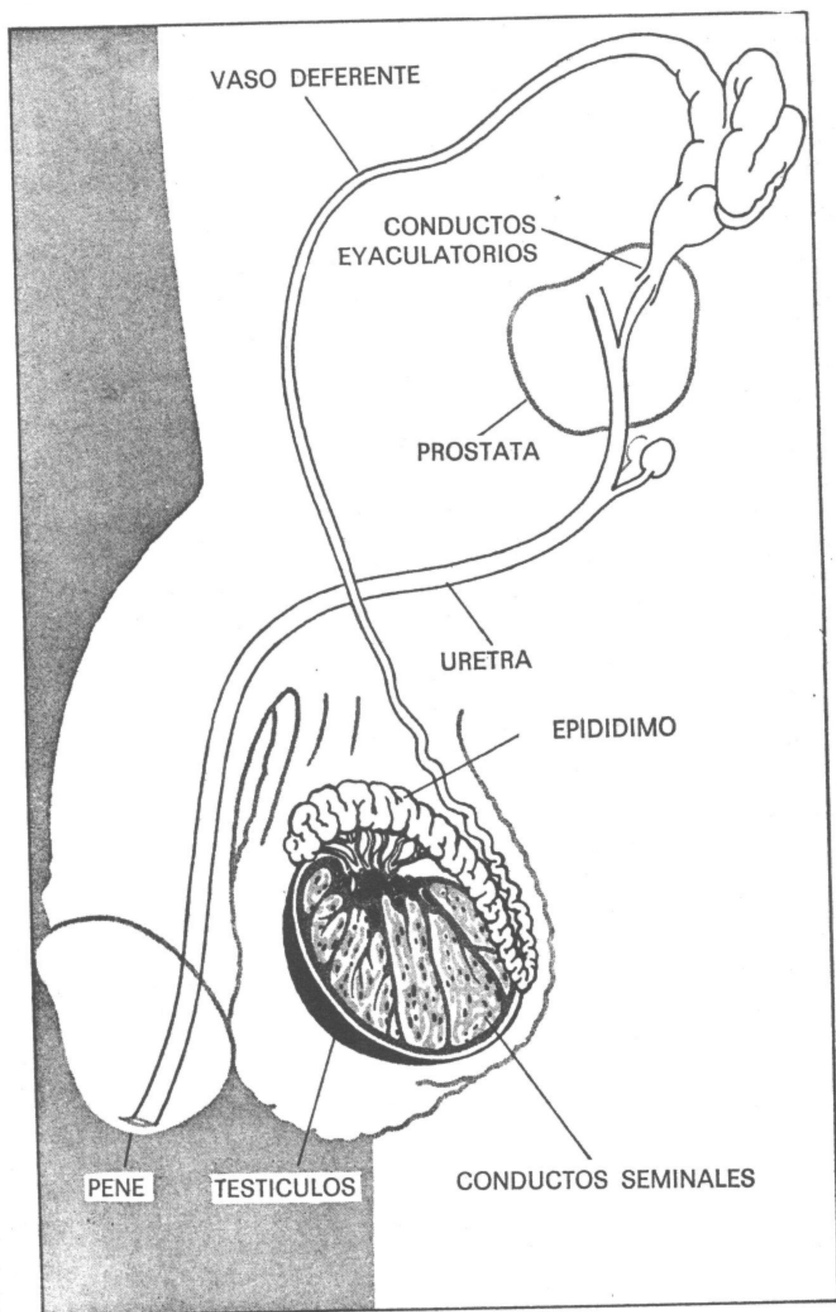


Figura 2-3. Sistema reproductivo del hombre.

Para aclarar la comparación entre los dos sistemas de reproducción aquí estudiados utilizaremos una comparación. Imaginemos que una población de organismos es representada por un montón de alubias de diversos tamaños y formas y que la selección natural es representada por un cedazo. Si las alubias representasen el resultado de la reproducción asexual todas tendrían el mismo tamaño y forma. Casi todas pasan fácilmente a través del cedazo; esto significa que la selección natural no las aparta de la vida. Son alubias que encajan bien en su medio ambiente. Pero si en lugar del primer cedazo ponemos otro con los agujeros más pequeños, lo probable es que muy pocas alubias lleguen a pasar el filtro, si es que hay alguna que lo consiga. El cambio de cedazo es análogo a un cambio rápido en el medio ambiente. Es un cambio al que la población de alubias no puede reaccionar rápidamente. La población de alubias se ve entonces gravemente amenazada.

Si en cambio el montón de alubias representase una población que se reproduce por el sistema sexual, habrá en el montón alubias de tamaños y formas muy diversos. Algunas pasarán por el primer cedazo y otras no. Si se sustituye el primera cedazo por otró, también habrá algunas que pasarán y otras que será retenidas. En ambos casos, y esto es lo importante, habrá alubias que pasarán y podrán por lo tanto seguir perpetuándose por medio de la reproducción sexual.

En la mayor parte de los organismos que se reproducen sexualmente un individuo es capaz de producir un solo tipo de gameto. A veces ésta es la única diferencia existente entre el macho y la hembra. Un ejemplo de tal caso lo proporcionan los animales que realizan una fertilización exterior. Este tipo de fertilización es corriente entre los invertebrados acuáticos que, en muchos casos, se reproducen lanzando al agua tanto los huevos como el esperma. La fertilización ocurre en el agua. No es fácil determinar el sexo de las almejas, las ostras o las estrellas de mar.

En otros organismos por el contrario se da la fertilización interna, es decir que la unión de los gametos se produce en el interior del cuerpo de la hembra. En estos organismos hay diferencias anatómicas entre los individuos maduros macho y hembra. En los animales mamíferos las hembras llegan a adquirir una compleja organización de estructuras y procesos que combinados permiten el desarrollo prenatal y postnatal de los hijos. Todas las hembras de los mamíferos contienen un sistema estructural que permite la fertilización interna de los huevos (fig. 2-2), consistente en un aparato interno que permite la introducción del esperma del macho, junto con un sistema de transporte que desplaza el huevo maduro hacia el esperma. Las hembras de los mamíferos tienen también un complicado sistema para la protección y alimentación del huevo fertilizado. Hay además una organización especial para la expulsión de los nuevos organismos que se han desarrollado internamente. Y, por fin, cuentan con un aparato para la nutrición postnatal en la primera época de crecimiento del nuevo individuo. La

evolución del macho en los mamíferos ha conducido al desarrollo de órganos que permiten producir esperma e introducirlo en el cuerpo de las hembras (fig. 2-3).

Los organismos que nos son más conocidos son de tipo macho y hembra. Ambos parecen ser el resultado de dos procesos separados pero relacionados que se producen a la vez en el curso del desarrollo evolutivo: en primer lugar, la naturaleza única del proceso fisiológico de reproducción entre organismos que se reproducen sexualmente, que generalmente requiere dos individuos de la misma especie para su funcionamiento completo; en segundo lugar, el factor de la fertilización interna, que requiere estructuras sexualmente diferenciadas y especializadas capaces de producir el desarrollo embrionario y neonatal del nuevo organismo.

Desarrollo del sexo en el individuo

La identidad sexual de una persona no es algo que se determine ni sencilla ni instantáneamente, sino un prolongado proceso causado por la interacción de varios factores biológicos y sociales. Este proceso se inicia en el momento de la concepción y debería ser contemplado como algo que continúa a lo largo de toda la vida de una persona.

Primer paso: sexo cromosómico. Entre los organismos que se reproducen sexualmente, el sexo de cada nuevo individuo es indicado normalmente en el instante mismo de la fertilización. La fertilización consiste en la unión de dos células sexuales que llevan una información genética que dirigirá el desarrollo futuro del individuo. Cada una de estas células contiene un notable cuerpo esférico, el *núcleo.* En el seno del núcleo hay unos cuerpos en forma de hilo, los *cromosomas,* que son fibras de proteínas y ácido nucleico. Los cromosomas son los elementos que contienen los genes que dirigen el desarrollo del organismo.

En un huevo humano normal hay 22 cromosomas que son portadores de toda la información genética heredada de la madre con la excepción del sexo del individuo. Estos cromosomas reciben el nombre de *autosomas,* En todos los casos van acompañados por un vigesimotercer cromosoma, que es el determinante del sexo, y que se llama *cromosoma X.* El esperma humano, que fertiliza el huevo, es también portador de 22 autosomas (fig. 2-4) que son morfológicamente similares a los 22 del huevo. El esperma contiene también un cromosoma determinante del sexo que puede ser morfológicamente similar a su correspondiente en el huevo (en cuyo caso se le llama también X) o morfológicamente diferente (en cuyo caso se le llama *cromosoma Y*). La unión de dos cromosomas X durante la fertilización dará normalmente como resultado el desarrollo de una hembra.

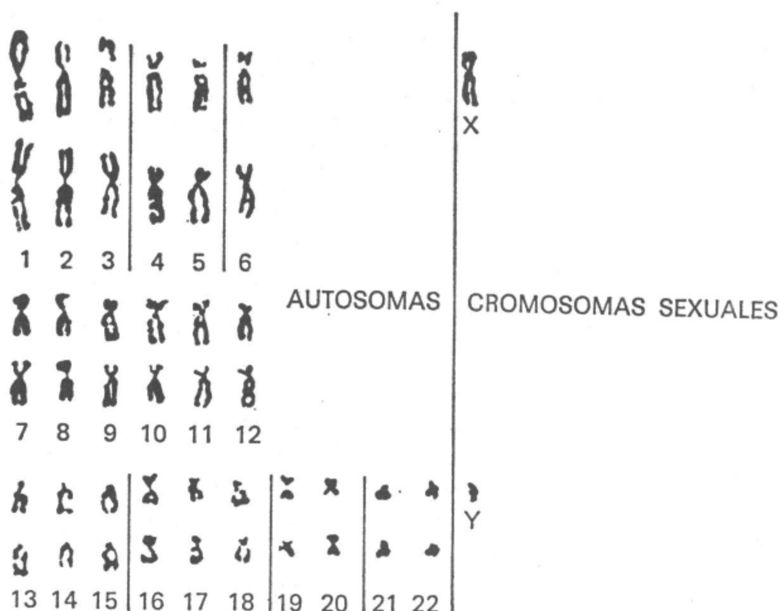


Figura 2-4. Los cromosomas humanos de una célula masculina.

La unión de un cromosoma X y un cromosoma Y dará normalmente un macho.

¿Cómo funcionan estos mecanismos? ¿Es el cromosoma Y el que tiene la función de determinar el sexo enmascarando los efectos de los cromosomas acompañantes, o bien el rasgo principal de la determinación del sexo consiste en el equilibrio entre los efectos del cromosoma X y los autosomas?

Resulta interesante que el mecanismo determinante del sexo en los animales tenga una amplia variación, cosa que hace pensar que es fácil que sea alterado en el curso de la evolución. Una de las formas más sencillas para investigar el mecanismo que determina el sexo en una especie animal consiste en determinar la naturaleza exacta de las anormalidades cromosómicas y el efecto que tienen en la apariencia de un individuo. Cuando la anormalidad se da en los cromosomas del sexo, por ejemplo cuando hay demasiados o muy pocos cromosomas de sexo, es posible determinar el modo en que estas anomalías afectan la apariencia de los órganos sexuales del individuo. Examinemos por ejemplo la determinación del sexo en las moscas de la fruta (*Drosophila*). Los tipos de sexo de estas moscas son similares a los de los humanos en el sentido de que las hembras normales tienen dos cromosomas (tabla 2-1), y los machos normales un cromoso-

Tabla 2-1. Comparación de los cromosomas y el sexo morfológico en cuatro grupos de animales.

	HEMBRA		MACHO	
	NORMAL	ANORMAL	NORMAL	ANORMAL
Moscas de la fruta	XX	XXY	XY	XO
Saltamontes	XX	—	XO	—
Humanos	XX	XO	XY	XXY
Pájaros y mariposa nocturna	XY	—	XX	—

ma X y uno Y. Las moscas con anormalidad cromosómica con un cromosoma X único (que se representa simbólicamente como XO) son morfológicamente machos (Lerner, 1968, 117). Los individuos con dos cromosomas X y un cromosoma Y (XXY) son morfológicamente hembras. Estas observaciones indican que en el caso de las moscas de la fruta el factor importante en la determinación del sexo es el equilibrio entre los efectos de los cromosomas X y los autosomas.

En los saltamontes el individuo macho normal no tiene cromosoma Y. Los machos son XO y las hembras XX. En los pájaros y las mariposas nocturnas los machos normales tienen dos cromosomas X, mientras que las hembras normales tienen uno X y otro Y.

En los mamíferos, pese a las similaridades formales con las moscas de la fruta, se llega a una conclusión muy diferente acerca del papel desempeñado por el cromosoma Y. Podemos demostrarlo observando también los efectos de las anormalidades en los cromosomas. Los mamíferos XO son hembras desde el punto de vista morfológico; es decir, tienen órganos sexuales externos como los de las hembras normales. Los individuos con XXY tienen órganos sexuales externos como los del macho. Esto muestra que tanto en los humanos como en algunos mamíferos el cromosoma Y desempeña una función vital en la determinación del sexo.

Resulta asimismo significativo que el cromosoma Y no lleve apenas ningún otro tipo de información genética. Hay pruebas muy seguras de que hay únicamente un rasgo, la característica de las orejas con pelo, que se hereda a través de este cromosoma (Lerner, 1968, 114-115). Así, aunque los hombres y las mujeres tengan diferencias fundamentales en cada una de las células de su cuerpo, esta diferencia tiene efectos genéticos limitados y específicos y no generales.

Procesos resultantes. La identidad sexual de una persona no queda totalmente establecida de una vez por todas con la unión entre un huevo y una célula de esperma. En ese momento, naturalmente, el sexo cromosómico de una persona queda determinado de forma irrevocable, y de la

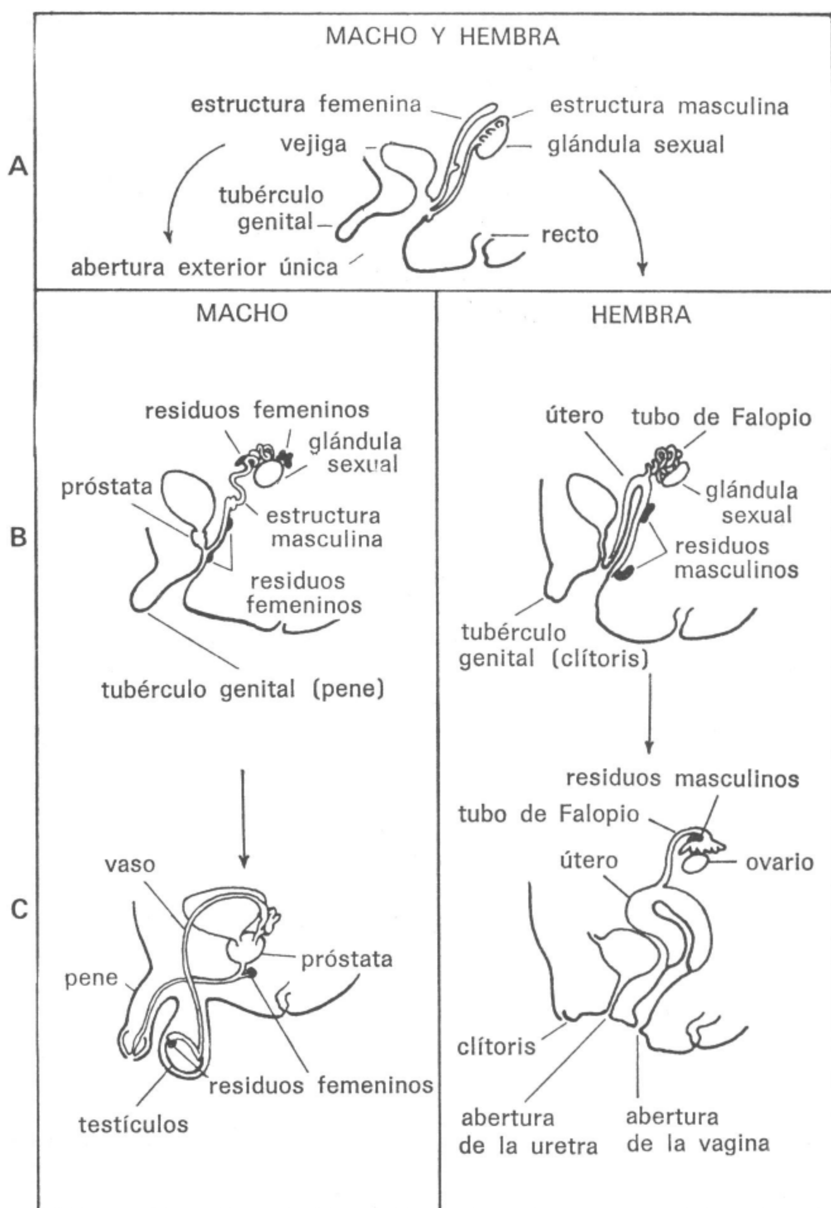


Figura 2-5. Diferenciación genital interna en el feto humano.
A. Organos sexuales en los meses segundo y tercero del embarazo.
B. Organos sexuales del tercer al cuarto mes de embarazo.
C. Organos sexuales en el momento del nacimiento (Basado en Money 1965: 4).

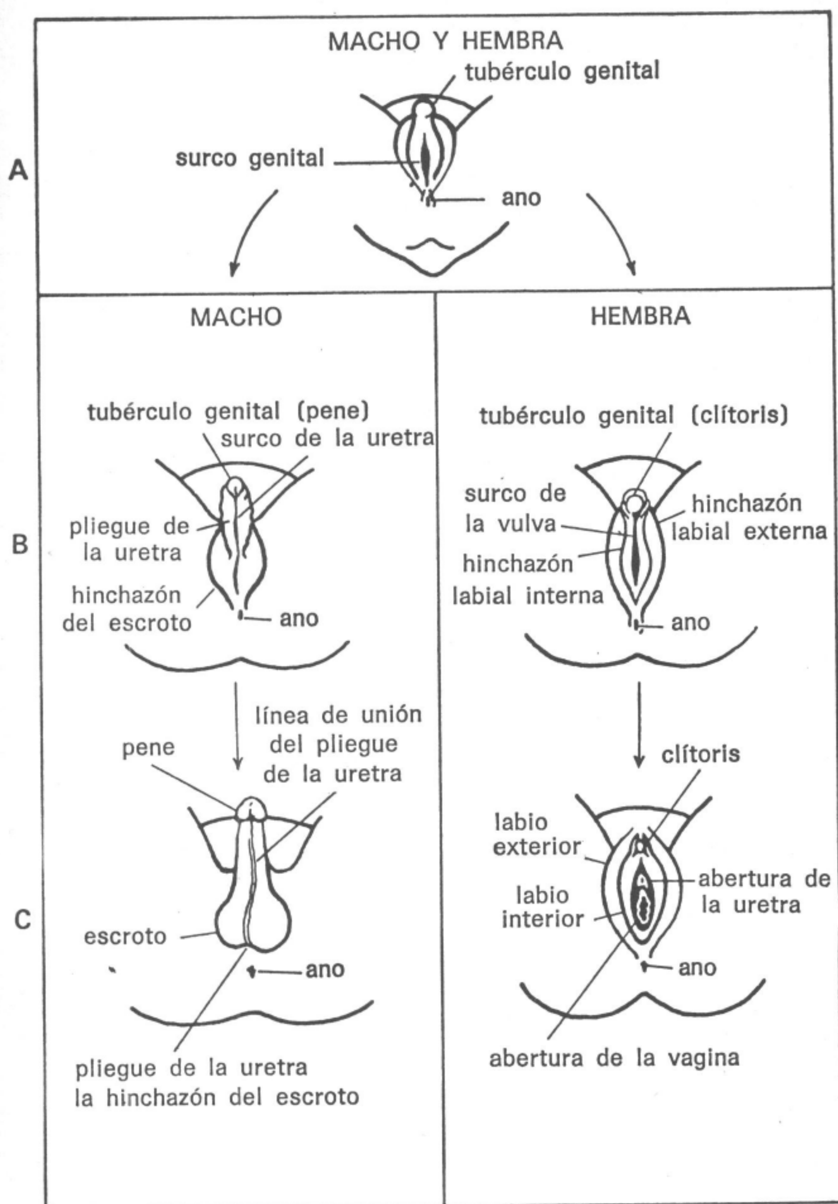


Figura 2-6. Diferenciación de los genitales externos en el feto humano.
A. Aspecto sexual del bebé del segundo al tercer mes de embarazo.
B. Aspecto sexual del bebé del tercer al cuarto mes de embarazo.
C. Aspecto sexual del bebé en el momento de nacer (Basado en Money 1965: 5).

célula individual primitiva surgirá con el desarrollo un hombre o mujer normales. A lo largo de esta transformación intervienen variantes críticas muy diversas. Hampson y Hampson (1961) han expuesto de forma clara que la identidad sexual no es determinada simplemente por un solo factor. Estos autores identifican siete variantes en torno al sexo: sexo cromosómico (del que ya hemos hablado), sexo de las gónadas, sexo de las estructuras reproductivas internas, sexo de las estructuras reproductivas externas, sexo hormonal (que será estudiado más adelante), el sexo asignado y social y el sexo psicológico. (El sexo asignado y social es el sexo adscrito a una persona por la sociedad y el sexo psicológico es la opinión del propio individuo sobre su identidad sexual. En posteriores capítulos trataremos del papel de la sociedad en la asignación del sexo.)

Cuando un huevo ha sido fertilizado sólo ha quedado determinado el sexo cromosómico. Todo el resto de información, en la que se incluye entre otros datos el grupo de detalladas instrucciones sobre el desarrollo sexual, está codificado y contenido en los cromosomas. El mecanismo director de la formación de los órganos sexuales tiene que ser desde luego muy fuerte para poder impedir la formación de niños de carácter sexual ambiguo. El mecanismo que dirige el desarrollo de los órganos sexuales parece estar dormido durante los dos primeros meses de la vida fetal. Durante este período las estructuras prototípicas de los órganos de la hembra y el macho parecen ser idénticas, sin tener nada que ver con el sexo cromosómico del niño. Un feto humano de dos meses solamente puede ser adscrito a un sexo determinado mediante estudios cromosómicos. Durante el tercero o cuarto mes de vida fetal el potente mecanismo diversificador que dirige la diferenciación y desarrollo de los sistemas reproductivos del macho y la hembra empieza a actuar. Durante este período del desarrollo se produce la diferenciación sexual de las gónadas y de las estructuras reproductivas internas y externas.

En el feto de dos meses aparecen un par de glándulas sexuales no diferenciadas que posteriormente llegarán a ser, fruto de su desarrollo, los órganos reproductivos internos (fig. 2-5), más un par de estructuras adicionales de las cuales una puede llegar a formar parte del sistema reproductivo interno de la hembra mientras que la otra puede formar parte del sistema reproductivo interno del macho. El par de órganos sexuales rudimentarios constituyen, al desarrollarse, un par de gónadas: ovarios en el caso de la hembra y testículos en el del macho. Simultáneamente a la producción de estos cambios en la cavidad interna del cuerpo del feto ocurren otros en la región de los órganos exteriores del sexo (fig. 2-6). El indiferenciado feto del principio tiene una ranura genital y un tubérculo genital. Durante el desarrollo, pasado el segundo mes, la ranura se amplía para convertirse en la abertura vaginal de la hembra o se cierra para constituir la sutura de la bolsa del escroto. El tubérculo genital se

convierte en el clítoris de la hembra o bien se amplía para experimentar cambios que lo convertirán en el pene del macho.

En cuanto a las rudimentarias glándulas sexuales del feto, éstas se diferencian en forma de ovarios o testículos. Las gónadas son glándulas endocrinas (fig. 2-7), es decir que producen sustancias químicas que salen de sus órganos productores a través de los tejidos en lugar de hacerlo por medio vascular. Estas sustancias químicas, formadas en las glándulas endocrinas y que producen efectos especiales, se llaman *hormonas*. Todas las hormonas se difunden por el cuerpo, en parte mediante el sistema circulatorio, y se encuentran presentes en el medio ambiente de todas las células del cuerpo. Algunas de las células del cuerpo son especialmente sensibles a los productos químicos de tipo hormonal. Estas células pueden verse estimuladas a la producción de una sustancia química diferente como reacción a la cantidad de una hormona concreta en su propio ambiente. La sustancia producida viaja entonces por todo el cuerpo. Cuando llega a la glándula productora de la hormona estimulante puede modificar la producción hormonal. Las hormonas, al mantener un medio ambiente interno controlado mediante procesos químicos, sirven de este modo para coordinar todas las funciones del cuerpo.

Las gónadas del macho y de la hembra no sólo se desarrollan en el embrión a partir de una estructura previa común sino que además producen las mismas hormonas químicas. Las proporciones relativas de estas hormonas son, sin embargo, diferentes en el macho o la hembra en curso de desarrollo, diferencia que constituye un factor crítico en la aparición y producción de nuevas diferencias sexuales. Las hormonas del macho se llaman *andrógenos*; las hormonas que regulan el desarrollo de la hembra se llaman *estrógenos* y *progesteronas*. Antes de que comience la producción diferenciada de las gónadas, el feto humano está sometido a una combinación femenina de hormonas que le han sido transmitidas a través de la placenta de la madre. Si la influencia de estas hormonas no es compensada por una gran infusión de hormonas masculinas, el feto, cualquiera que sea su sexo cromosómico, pasará a desarrollar órganos reproductores de hembra.

El efecto crítico de la presencia de la hormona macho en el desarrollo del macho normal entre los mamíferos puede demostrarse mediante un experimento de laboratorio. Los animales de laboratorio castrados *in utero* en el momento previo al desarrollo de las gónadas de los dos sexos se convertirán en hembras, lo que sugiere que la presencia de una combinación hormonal macho es imprescindible para la producción de un macho normal a partir de un feto de combinación genética masculina. También pueden ilustrarse los poderosos efectos de la producción prenatal de hormonas macho por el fenómeno de la ternera hembra anormal, que siempre tiene un hermano gemelo macho normal. Se cree que la hembra procreadoramente anormal aparece por haber estado expuesta en la fase prenatal a la hormona macho producida por su gemelo. Esto ocurre porque las pla-

El aumento de la producción hormonal durante la pubertad coincide con la aparición de la capacidad de las gónadas de producir células sexuales maduras. Una niña tiene aproximadamente 400.000 óvulos inmaduros en sus ovarios en el momento de nacer (Winton y Bayliss, 1962, 281). De hecho, los óvulos primarios son más numerosos en ese momento que en todo el resto de la vida de la mujer. Muchas de esas células se atrofian antes de la pubertad, pero otros lo hacen solamente después del comienzo de la ovulación. Aproximadamente 400 de esas células inmaduras del primer momento pueden madurar durante la vida de una mujer. En el muchacho también hay células primarias sexuales en el momento de nacer. El proceso de maduración que las convierte en esperma no empieza hasta que el ambiente hormonal producido durante la pubertad da la señal de comienzo.

Estos cambios de la pubertad están dirigidos por la presencia de hormonas producidas por la glándula pituitaria, situada en la base del cerebro (fig. 2-7). Esta pequeña glándula produce al menos quince tipos diferentes de hormonas que regulan una amplia variedad de funciones corporales. La pituitaria es el principal coordinador químico de las actividades de las demás glándulas endocrinas. Hay al menos cuatro de esas hormonas de la pituitaria que influyen de varias maneras en las glándulas sexuales. A una de éstas se la llama hormona del crecimiento porque dirige el crecimiento somático de todo el cuerpo, glándulas sexuales incluidas. Tres de las hormonas de la pituitaria se llaman hormonas *gonadotropinas* porque afectan el funcionamiento de las gónadas. La hormona folicular (FSH) y la luteínica (LH) mantienen la producción de esperma y huevos. Las secreciones internas de las hormonas sexuales (andrógeno, estrógeno y progesterona) son mantenidas por la prolactina, otra gonadotrópina. La prolactina es también necesaria para la formación de leche en las glándulas mamales.

Los testículos de los mamíferos producen andrógenos y estrógenos, así como esperma, bajo la dirección de las hormonas gonadotrópinas. Todavía no se conoce muy bien el proceso concreto por el cual estas hormonas controlan la actividad testicular (A. Albert, 1961, 306). Se ha sugerido que la ya mencionada hormona folicular (FSH) controla el aparato tubular (fig. 2-3) y por tanto también la producción de esperma, mientras que la luteínica (LH) controla la secreción de andrógenos mediante las células intersticiales de los testículos. Pero las dificultades que impiden la obtención de preparados puros de estas hormonas en el laboratorio han hecho imposible probar esta hipótesis.

En el adulto humano que ha llegado a la plena madurez la producción de esperma es un proceso relativamente continuo. El esperma abandona los testículos antes de completar su maduración, que es alcanzada en el epididimo, órgano en el que el esperma adquiere motilidad. También es

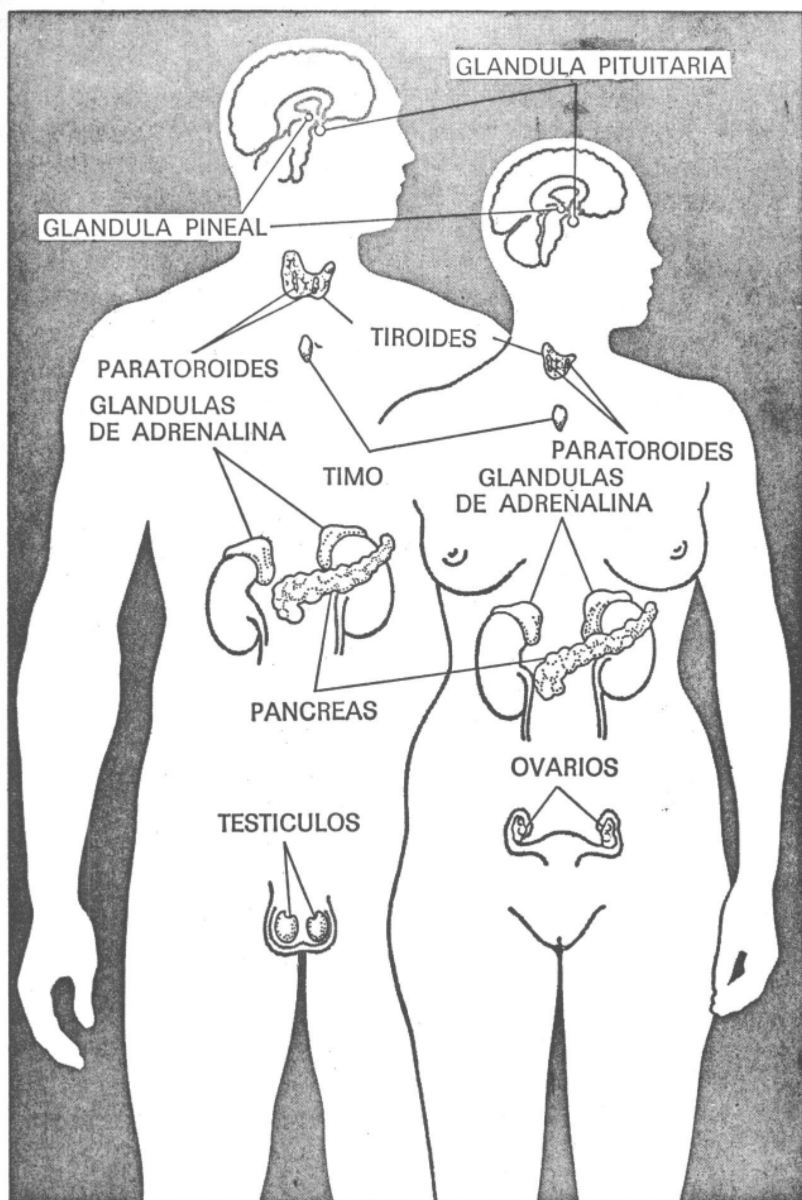


Figura 2-7. Situación de las glándulas endocrinas humanas. La figura de la izquierda muestra las gónadas (testículos) características del macho, y la de la derecha las gónadas (ovarios) características de la hembra.

	PRE-PUBERTAD	PUBERTAD	POST-PUBERTAD
PELO FACIAL límite del pelo mentón			
VOZ laringe			
PECHOS			
CUERPO configuración pelo axilar pelo púbico			
PENE longitud (cm.)	3 - 8	8 - 15	10.5 - 18
TESTICULOS (c.c.)	.3 - 1.5	2 - 20	8 - 25

Figura 2-8. Fases del desarrollo y maduración sexual en el macho humano (Basado en Schonfeld 1943: 544).

centas de los gemelos están tan unidas en la matriz que se produce una filtración hormonal a través de las conexiones vasculares.

En la pubertad los humanos experimentan un gran incremento de la producción hormonal. La consecuencia de este hecho es la formación de características sexuales secundarias. En las muchachas hay cambios en la estructura pélvica, crecimiento de los pechos y deposición de grasa subcutánea. En los chicos (fig. 2-8) aparece frecuentemente pelo facial y cambia la voz debido a las alteraciones que se producen en la laringe. En ambos sexos aparece pelo en el pubis y en otras partes del cuerpo. Estos cambios son gobernados por la producción de hormonas sexuales y no se producen en el caso de extracción de las gónadas antes de la pubertad.

ahí donde se acumula hasta que se produce la eyaculación o hasta que las células espermáticas mueren y son absorbidas por el cuerpo.

Las hormonas producidas por el ovario son estrógeno, progesterona y andrógeno. Todavía no se conoce bien la cantidad de andrógeno producida por el ovario ni tampoco la naturaleza de su acción (Young, 1961, 465). Pero se ha demostrado perfectamente en cambio que los ovarios pueden producir andrógenos en condiciones normales. Por ejemplo, ovarios transplantados a animales machos castrados pueden llevar a cabo algunos procesos fisiológicos propios del macho. Las hormonas específicas de los ovarios, estrógenos y progesteronas, han sido más estudiadas que el andrógeno producido por ovarios y su función en la hembra es bastante bien comprendida.

Cuando empieza el ciclo periódico de la hembra, la glándula pituitaria secreta gonadotrópinas (fig. 2-9) que activan el proceso de maduración de varias células del folículo que rodea el huevo inmaduro. Los ovarios empiezan secretando estrógenos, que estimulan la maduración de los folículos y les hacen más receptivos a las gonadotropinas. Los estrógenos fluyen también hacia la corriente sanguínea en la que su acumulación estimula el revestimiento del útero a enriquecerse de vasos sanguíneos en preparación para la llegada del huevo fertilizado. Al mismo tiempo, cuando la cantidad de estrógeno en la sangre alcanza un nivel determinado, indica a la pituitaria que debe dejar de producir FSH y empezar a secretar LH. La función de esta última hormona consiste en estimular la ovulación. Esta consiste en la liberación del huevo de los folículos que lo rodeaban. Cuando está libre sale disparado del ovario. El óvulo pasa al oviducto que conecta con el útero. Las células foliculares que quedaban en el ovario se hunden y forman un nuevo cuerpo, el *corpus luteum* que, bajo la dirección de la prolactina, elabora la progesterona. Si se produce la fertilización del óvulo, el *corpus luteum* mantiene una cantidad constante de progesterona en activo lo cual, a su vez, sirve para mantener el embarazo. Cuando termina el embarazo, o cuando no se produce la fertilización, el *corpus luteum* sigue produciendo progesterona hasta que la llegada a un nivel elevado causa dos efectos: 1) en la pituitaria se inhibe la producción de LH y por tanto se detiene la ovulación, y 2) la pituitaria se siente estimulada a producir FSH, que empieza a activar folículos para empezar un nuevo ciclo. El *corpus luteum* y el óvulo sin fertilizar degeneran, desciende la producción de progesterona y el revestimiento uterino se desprende, con lo cual provoca la menstruación.

La *menopausia* o cese permanente de la menstruación ocurre normalmentre entre las edades de 46 y 50 años (Katchadourian y Lunde, 1972, 91). La menopausia no llega bruscamente sino que suele ir precedida de varios años de períodos menstruales irregulares y fertilidad reducida. La menopausia no es causada por cambios de la glándula pituitaria sino por

los que experimentan los ovarios que, gradualmente, dejan de producir estrógeno.

Hay aproximadamente un diez por ciento de mujeres que viven en países industrializados que padecen diversas afecciones debido a esta transición del período reproductor al postreproductor. Estas personas tienen, según los casos, dolores de cabeza, mareos, acaloramientos súbitos y depresiones nerviosas. Las mujeres en la menopausia experimentan asimismo atrofia del útero y encogimiento del revestimiento vaginal. Todos estos síntomas pueden ser aliviados a menudo por un tratamiento a base de estrógenos.

No se sabe todavía si las mujeres de sociedades no occidentales experimentan estos mismos malestares. Sospechamos que este período de cambio fisiológico es especialmente difícil para las mujeres que valoran mucho la juventud, la belleza física y la capacidad de ser sexualmente atractivas. La fase de transición o *climaterio,* puede en esas circunstancias ser traumática debido a que la mujer puede creer que pierde los atributos que anteriormente le garantizaban la aceptación social y el amor propio. Es posible que en sociedades en que las ancianas son muy consideradas por su sabiduría y conocimientos estos cambios sean relativamente menos traumáticos que en Estados Unidos.

Los hombres no experimentan una fase equivalente a la menopausia. Los testículos siguen produciendo esperma de forma indefinida, aunque puede producirse cierta reducción de la cantidad de secreciones de testosterona y esperma. Los cambios hormonales en los hombres de mediana edad son, según se cree, la causa del crecimiento de la próstata. Es ésta una glándula que rodea la uretra y que, cuando crece, dificulta el paso de la orina. Esta enfermedad puede ser tratada quirúrgicamente cortando la parte de la próstata que presiona sobre la uretra. Los hombres ancianos experimentan a menudo depresiones e irritabilidad cada vez más frecuentes. Estos cambios del comportamiento no han sido todavía relacionados con los cambios hormonales.

Hemos visto que el sexo físico humano es resultado de la acción coordinada de varios procesos. El sexo cromosómico queda establecido en el momento de la concepción. Los órganos reproductivos —consistentes en gónadas, estructuras reproductivas internas y externas— se desarrollan durante la vida fetal. En ese momento las hormonas sexuales son producidas por las gónadas. Si no ocurre ningún tropiezo genético, nace un niño o una niña. Las hormonas sexuales aumentan mucho durante la pubertad, época en la que se producen también cambios en otras partes del cuerpo. Estas hormonas sirven para realizar varias importantes funciones reguladoras a lo largo de la vida reproductiva del adulto maduro.

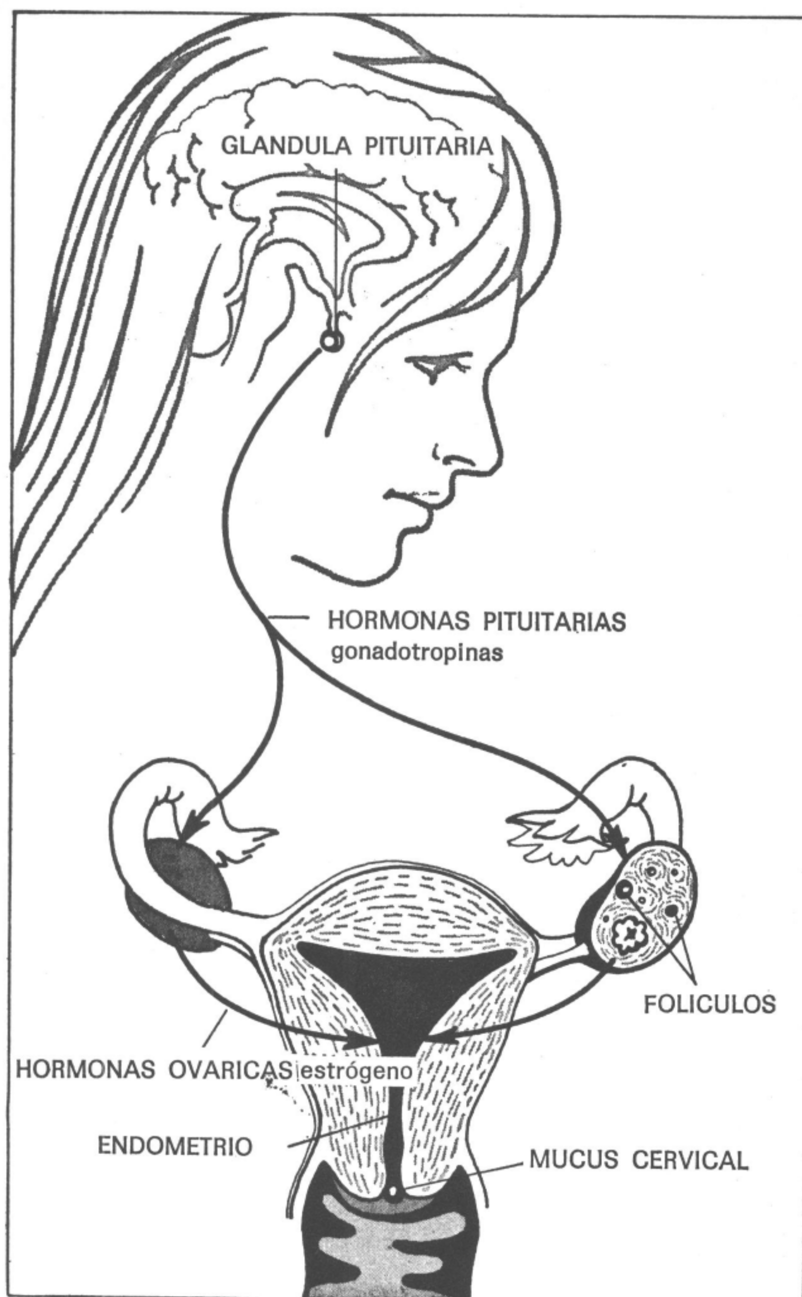


Figura 2-9. El ciclo periódico de la mujer.

Discusión

Hemos examinado las diferencias sexuales humanas desde dos perspectivas. La perspectiva evolucionaria permite apreciar el significado que para la adaptación a un ambiente ecológico tiene la presencia de sexos anatómicamente diferentes. Los organismos que tienen esta característica se reproducen sexualmente y la unión de los gametos ocurre en el interior de la hembra. La reproducción sexual asegura la variación genética, que puede, a su vez, mejorar las posibilidades de subsistencia de la población considerada globalmente. La fertilización interna mejora las posibilidades de que los gametos se unan y de que la unión dé como resultado el desarrollo de un nuevo individuo. Los humanos se cuentan entre los muchos organismos que siguen estos patrones reproductivos.

También discutimos las diferencias sexuales desde la perspectiva del desarrollo del individuo. El desarrollo de machos y hembras anatómicamente diferentes es un proceso largo y complejo. Este proceso empieza en la concepción, en cuanto queda establecido el sexo cromosómico. Este patrón es repetido interminablemente hasta que al final cada una de las células del cuerpo de una persona lleva la huella del sexo de esa persona. Esta diferencia fundamental entre los machos y las hembras sólo está probablemente relacionada con el desarrollo y funcionamiento de los órganos sexuales mismos. Las diferencias cromosómicas entre los sexos no parece que tengan relación con las diferencias de comportamiento entre machos y hembras.

El desarrollo de los órganos sexuales, dirigido por los cromosomas del sexo, puede tener amplios efectos en el comportamiento según una hipótesis bastante discutida de la que hablaremos en el tercer capítulo. Los órganos sexuales son las gónadas, los genitales y las estructuras reproductivas internas. Se ha comprobado que estos órganos se desarrollan a partir de estructuras comunes que aparecen ya en los primeros momentos de la vida fetal.

Las gónadas, ovarios en la hembra y testículos en el macho, producen las células y hormonas sexuales. Cada célula sexual es genéticamente incompleta y debe unirse a otra de tipo opuesto para poder desarrollarse.

Las hormonas sexuales tienen una importancia crítica en la regulación del sistema reproductivo. Se encuentran las mismas hormonas en el macho y la hembra pero sus proporciones son significativamente diferentes en cada sexo. Estas diferencias han sido distinguidas como factores importantes en la determinación de las diferencias de comportamiento entre los sexos.

Capítulo 3

ORIGENES DE ALGUNOS RASGOS RELACIONADOS CON EL SEXO

INTRODUCCIÓN

Casi todos nosotros tenemos ideas muy definidas, aunque en gran parte inconscientes, sobre cuáles son las características personales que distinguen a los hombres y las mujeres. Estas ideas suelen ser notablemente similares en todas las personas aunque la constelación total de rasgos que se creen típicos de cada sexo no sea casi nunca absolutamente exacta entre una persona y otra. Ni siquiera los científicos sociales son inmunes a esta tendencia. La similaridad general de las ideas que se tienen sobre cuál es el comportamiento correspondiente a uno y otro sexo queda demostrada en las respuestas dadas a un cuestionario que distribuimos a los estudiantes que seguían un curso sobre la antropología de las mujeres (véase además Travis, 1972). El cuestionario, basado en el aparecido en *Psychology Today* (Travis, 1971), aunque con algunas variaciones, dio muestras de las opiniones sobre las diferencias entre los rasgos de carácter según el sexo. Se preguntó a los estudiantes sin creían que tal o cual rasgo era más típico del hombre que de la mujer, o si era común a los dos. Los resultados (tabla 3-1) muestran que la mayor parte de los rasgos sobre los que se consultaba son tenidos por típicos de un sexo o del otro. Solamente en tres casos (dos referidos a tipos de inteligencia y otro a la objetividad) las respuestas mostraron que eran rasgos considerados independientes del sexo de la persona. Incluso en estos casos excepcionales hubo un número significativamente grande de respuestas en desacuerdo con la mayoría.

Los datos proporcionados por los estudiantes sometidos al cuestionario pueden ser utilizados para construir el modelo de la mujer y el hombre ideales de la sociedad norteamericana, o al menos el modelo ideal en las concepciones de un grupo de estudiantes universitarios de California. Estos bocetos hipotéticos representan algo así como una consciencia colectiva del grupo examinado. Según el modelo resultante, la mujer típica es emotiva, nutricia, comprensiva e intuitiva, mientras que el hombre típico es agresivo, independiente y ambicioso. Además, según la creencia media, los

Tabla 3-1. Actitudes de los estudiantes universitarios respecto a la relación entre algunas características de la personalidad y el sexo.

	PORCENTAJE DE RESPUESTAS		
CARACTERISTICA	RELACIONADO CON LOS VARONES %	SIN RELACION CON NINGUN SEXO %	RELACIONADO CON LAS HEMBRAS %
agresividad	85	14	—
emotividad	—	13	87
independencia	72	27	—
objetividad	32	62	3
crianza	—	16	83
Inteligencia			
razonamiento abstracto	35	64	—
capacidad verbal	9	71	18
ambición	56	42	—
empatía/intuición	—	40	58

hombres son más objetivos que las mujeres y tienen mayor capacidad para el pensamiento abstracto. Se considera también que las mujeres son más chismosas que los hombres.

Como mostramos en las siguientes discusiones de rasgos de carácter seleccionados, los estereotipos coinciden a menudo con los resultados producidos por elegantes estudios de tipo conductista. Por ejemplo, el 85 por ciento de nuestros alumnos creía que la agresividad era característica de los hombres. Muchas pruebas estadísticas hechas entre norteamericanos muestran que los hombres *tienden* a ser más agresivos que las mujeres. Una de estas pruebas permitía al sujeto examinado dar una descarga eléctrica a otro individuo visible pero separado del sujeto en una sala con aislamiento sonoro. Los resultados de la prueba muestran que los hombres daban la descarga a la víctima con mayor libertad y menor sentimiento de culpa que las mujeres (Buss, 1963, y Buss y Brock, 1963). En este experimento se confirmó la hipótesis de partida según la cual los hombres son más agresivos que las mujeres.

Estas observaciones plantean el problema del origen de la agresividad y otros rasgos similares. Los científicos del siglo XIX planteaban una dicotomía entre factores genéticos y factores ambientales. Es lo que ha llegado a llamarse dicotomía educación-naturaleza. Se han escrito muchas páginas en los diversos intentos de resolver esta dicotomía y explicar diferentes características humanas. El resultado de la polémica ha sido que ahora se

considera que la dicotomía original era demasiado simplista y que las conclusiones sacadas a partir de ella estaban distorsionadas desde el principio. La mejor demostración del error de semejante concepción fue la serie de experimentos realizados con gemelos idénticos educados en hogares separados. (Los gemelos idénticos son genéticamente iguales porque se desarrollan a partir del mismo huevo fertilizado.) Si gemelos idénticos educados en ambientes diferentes muestran luego los mismos rasgos, quiere decir que estos rasgos son debidos a la herencia común. Las diferencias que se observen tendrán que deberse a los ambientes en que han crecido. Los estudios realizados muestran que la herencia y el ambiente actúan *siempre* conjuntamente en la formación de cualquier rasgo concreto. Si un gemelo tiene un nivel de inteligencia muy bajo, el otro también lo tendrá. Sin embargo, la medida del coeficiente de inteligencia de los dos gemelos resulta ser diferente. Puede ocurrir que uno de los gemelos dé un nivel tan bajo que sea institucionalizado como retrasado mental incurable, mientras que el otro alcance al menos el nivel inferior de la inteligencia normal, sea un miembro activo de la sociedad y sea capaz de ganarse la vida y cuidar de sí mismo. Estas importantes diferencias proceden del distinto ambiente social en el que vivieron los gemelos.

Pero cuando queremos estudiar las diferencias caracterológicas en relación con el sexo los experimentos con gemelos no nos sirven: los gemelos idénticos son siempre del mismo sexo. Los sexos *son* genéticamente diferentes, aunque esto no debe interpretarse como que todas las diferencias observadas entre sexos son causadas por diferencias genéticas. Una forma útil de investigar los orígenes de las diferencias de comportamiento humano entre los sexos consiste en observar los comportamientos en un número grande de sociedades diferentes. Se trata de una copia menos precisa y más inexacta de los experimentos con gemelos idénticos pues se parte de la base de que el factor genético es relativamente constante en relación con el alto grado de variaciones ambientales estudiadas. Así, en los estudios antropológicos sobre las diferencias sexuales se presupone que las mujeres y los hombres son genéticamente similares en todo el mundo mientras que las culturas son notablemente diferentes. Desgraciadamente no contamos con suficientes pruebas firmes sobre la genética humana para confirmar sin ningún tipo de ambigüedad este punto de partida. Sin embargo, la coherencia de los datos resultantes de este tipo de estudios parece confirmar que se trata de un método correcto.

Ahora estudiaremos las implicaciones y ramificaciones de varios tipos de conducta en uno y otro sexo para una serie de rasgos de carácter: agresividad, inteligencia, dependencia, ambición y crianza. Examinaremos cada una de estas características en varias sociedades a fin de determinar hasta qué punto está relacionada con el sexo cada una de ellas. Esto nos permitirá valorar mejor las correspondencias entre rasgo y sexo que se encuentran en nuestra sociedad pues sabremos si son específicas o no en ella.

Después de valorar la presencia de estas correspondencias exploraremos otras pruebas que están relacionadas con el problema del origen de los rasgos de carácter.

AGRESIVIDAD

Se ha escrito mucho recientemente en torno a la cuestión de la agresividad humana, al parecer como reacción ante una situación política mundial en la que la agresión es un tema central. No es muy consolador llegar, como Konrad Lorenz (1966) y otros, a concluir que la agresividad humana está determinada genéticamente. Esta conclusión suele interpretarse como si se afirmase que no es posible controlar la agresividad. Por otro lado, es simplista e ingenuo sostener que los humanos son seres fundamentalmente pacíficos que se han visto estimulados en masa a la agresividad debido a los tormentos a que les somete el mundo industrializado moderno. Es más, aunque se atribuya a factores tanto innatos como sociales, la agresión siempre será puesta del lado de la masculinidad. Algunas feministas han aceptado esta posición y declaran que la guerra, un mal social, es provocada por la naturaleza agresiva de los varones. Dicen que la guerra será impedida solamente cuando las mujeres lleguen a ser líderes políticos en todo el mundo.

Por todo ello es importante determinar aquí si este sentimiento occidental que equipara agresividad y masculinidad se encuentra también muy extendido en sociedades no occidentales. Pero antes debemos ver qué se entiende por agresividad.

El término tiene varios significados diferentes (véase Kaufmann, 1970) y es importante distinguir a cuál de ellos se refiere un autor cuando habla del tema. En los textos sobre el comportamiento de los animales se define agresión de forma estricta como el intento de causar daños *corporales*. En este sentido el factor primario para la definición es el asalto físico. Así, los observadores de los animales sólo hablan de agresión cuando se producen ataques o amenazas contra otros animales.

En otras ramas de estos estudios, por ejemplo en las ciencias sociales, agresión es a menudo sinónimo de hostilidad. Judith Bardwick argumenta diciendo que para lograr una medida auténtica de los niveles de agresión hay que examinar «la agresión verbal, el rechazo interpersonal, la competividad académica, los chismorreos... la desviación de los estándares sexuales, la agresión pasiva, la manipulación adulta de los niños por medio del poder o el abandono, las lágrimas y las quejas somáticas, además de la lucha, los golpes y mordiscos» (Bardwick, 1971, 134). La concepción que de la agresión tiene Bardwick es tan amplia que llega casi a perder todo sentido. En cualquier caso, con su definición la agresividad se hace difícil de observar y evaluar.

Esta autora argumenta sin embargo de forma convincente que en nuestra sociedad la agresión física está asociada al varón mientras que la agresión psicológica se asocia a la hembra. Si los hombres y las mujeres manifiestan su violencia de formas diferentes no podemos determinar cuál es el sexo más agresivo porque esa comparación exige un juicio de valor sobre la eficacia de las diferentes pautas de agresión. Quizás un día futuro podamos saber si esos patrones de agresión relacionados con el sexo están generalizados en muchas sociedades humanas, pero actualmente esta posibilidad no ha sido investigada a fondo.

Se sabe más de los orígenes y la expresión de la agresión física que de la psicológica. Aquélla está firme y generalmente asociada al macho. En nuestra sociedad esta diferencia en la conducta de los sexos es discernible ya en la guardería infantil, es decir, desde que los niños tienen edad suficiente para enzarzarse en acciones interpersonales, y sigue hasta la edad adulta. En seis sociedades estudiadas por Whiting y Whiting (según Bardwick, 1971, 128) se comprobó que los niños de tres a seis años eran más agresivos que las niñas de esa misma edad. Esta diferencia en los comportamientos resultó más marcada en niños pequeños que en mayores. Estos datos parecen indicar que la agresión física tiene una base genética porque la expresan niños muy pequeños.

La agresividad en sociedades no occidentales. No sería apropiado sacar conclusiones acerca de la naturaleza humana a partir de observaciones realizadas solamente en un puñado de sociedades. Por desgracia, sólo se ha estudiado el comportamiento de los sexos en relación con la agresividad en una proporción muy pequeña del total de sociedades humanas de todo el mundo. Sin embargo, es posible utilizar datos indirectos a fin de generalizar al máximo sobre la condición humana. Por ejemplo, en todas las sociedades conocidas en las que la guerra es una forma corriente de vida, los soldados son varones. En la mayoría de estas sociedades sólo combaten los varones, aunque en algunas también participen activamente las mujeres. Pese a las extendidas leyendas sobre las amazonas, no se conoce ninguna sociedad en las que sean las hembras quienes adopten *exclusivamente* el papel de guerreros. Incluso la fabricación de armas, actividad relacionada tanto con la guerra como con la caza, es algo reservado a los varones en la mayoría de las sociedades. George Murdock (1937) comprobó en su estudio de 224 sociedades que las armas eran fabricadas por los varones en el 99,8 por ciento de los casos estudiados. Solamente en una sociedad (0,2 por ciento) las mujeres fabricaban armas a veces. Se trata de las mujeres Tiwi (de las que se habla más extensamente en el capítulo 6), que construyen las armas que utilizan para cazar.

Si son los hombres al parecer los que tienen mayor agresividad física que las mujeres, ¿quiere decir esto que tienen preferencia por esa actividad? Margaret Mead se enfrenta al problema en su libro *Sex and Tem-*

perament [Sexo y temperamento] (1963) donde contrasta el comportamiento de los pacíficos arapesh del nordeste de Nueva Guinea con el de sus agresivos vecinos, los mundugumor.

Los arapesh, que viven en la montaña, creen que tanto los hombres como las mujeres son «naturalmente amables, responsables, con espíritu de colaboración, capaces y dispuestos a subordinarse a las necesidades de los que son más jóvenes o más débiles, y obtienen una gran satisfacción al hacerlo» (Mead, 1963, 134). En su opinión, todo el mal procede de la gente que vive en las llanuras interiores del río Sepik, cerca de ellos. Los arapesh se consideran entre sí «hermanos y hermanas» que viven en un mundo tranquilo y nada amenazador en el que la principal tarea humana consiste en fomentar el crecimiento de todas las cosas vivas. Estas personas están sobre todo preocupadas por el crecimiento de los cerdos, las batatas y, sobre todo, de los niños. La naturaleza humana, tal como la conciben los arapesh, no es esencialmente codiciosa, agresiva o difícil de educar para la paz, sino más bien pacífica, aunque puede ser enseñada a ser agresiva cuando la defensa de otra persona exige tal comportamiento. Cuando hay peleas entre los arapesh, si hay agresión es en favor de un tercero, amigo o pariente del agresor. En la sociedad arapesh la agresión sólo se tolera cuando alguien que no tiene permiso para defenderse necesita defensa. Como señala Mead, en nuestra sociedad esta actitud está considerada como básicamente femenina.

Los sorprendentemente pacíficos arapesh son un desafío contra la generalizada creencia de que los humanos son innatamente agresivos. Mead pregunta si la ausencia de agresividad puede deberse a deficiencias en la dieta, endogamia genética o factores culturales. La investigadora concluye que la dieta no puede explicar la ausencia de agresividad porque los arapesh que viven en las llanuras, que son muy belicosos, consumen una cantidad menor de proteínas que sus pacíficos parientes de las montañas. La idea de que la endogamia pueda haber favorecido la aparición de este pacifismo no se sostiene, porque el nivel de agresividad varía mucho dentro de la comunidad arapesh. Además, Mead observa que los hombres arapesh no son físicamente diferentes de sus fieramente agresivos vecinos, como sería de esperar si se hubiera producido una evolución genética diferenciadora.

Mead concluye que la mejor explicación posible de la docilidad de los arapesh es que se trata de un rasgo de personalidad muy apreciado que se inculca vigorosamente a los niños de cada nueva generación. Sus observaciones sobre la educación de los niños arapesh demuestran que desde el momento de su nacimiento el niño es ayudado y cuidado de forma que sólo muy raras veces se expresa un comportamiento agresivo.

Sospechamos que el pacifismo estimulado en la educación por los arapesh debe tener alguna ventaja para la adaptación de ese pueblo en su ambiente. Estas personas viven en una parte del mundo en la que la norma

es la guerra crónica. Quizá su evidente desinterés por el combate les escuda de algunos ataques por parte de otros grupos que prefieren enemigos más airados. Desde un punto de vista analítico los arapesh ocupan un nicho cultural que les permite sobrevivir en el medio hostil de Nueva Guinea.

Pese a que la agresividad es condenada culturalmente, se tolera un grado ligeramente superior de agresión en el macho que en la hembra. Esto se debe, en parte, a las diferencias en la educación de los niños. La muchacha arapesh, que se casa a una edad muy temprana, suele ir a casa de su esposo para ser educada. Los chicos, en cambio, se quedan en la casa en que nacieron. Mead informa que los padres toleran mejor la ira de un hijo suyo que la de su hija política. Esto significa que en la sociedad arapesh a los chicos se les tolera más la expresión de la ira que a las chicas. Además, los muchachos que parecen prometer llegar a ser buenos líderes de la comunidad son preparados para esa función y se tolera que sean más agresivos que los demás muchachos. Esto se debe a que se espera de un líder arapesh que represente a la comunidad de modo arrogante y agresivo.

Las personas que son muy agresivas a menudo quedan apartadas parcialmente de la sociedad. Mead describe a uno de esos individuos «que daba casi perfectamente el tipo del ideal occidental-europeo de varón, fuerte, con un rostro de rasgos bellos, un cuerpo bien integrado, violento, posesivo, arbitrario, dictatorial, positiva y agresivamente sexuado. Entre los arapesh era una figura patética» (Mead, 1963, 149). De hecho, a los 25 años de edad este hombre «se había retirado y no mostraba interés alguno por su cultura» (Mead, 1963, 168).

La mujer correspondiente a este hombre, que se llamaba Amitoa, es descrita en términos incluso más trágicos:

> Huesuda, con cara de halcón y un cuerpo vigoroso carente de los signos más suaves de la feminidad, con sus pequeños pechos altos ya encogidos, aunque con sólo treinta y cinco años de edad, Amitoa tuvo una vida tormentosa. Su madre había sido una persona violenta y dada al enfado, y tanto Amitoa como su hermana mostraban iguales características. Amitoa fue prometida desde muy pequeña a un joven que murió y la heredó un hombre mucho mayor que ella, un hombre debilitado por la enfermedad. Aunque las muchachas arapesh prefieren a los jóvenes, no lo hacen debido a su potencia fisiológica sino más bien a que son menos graves y decorosos y menos exigentes en la cuestión de las tareas del hogar. De todas las mujeres arapesh que conocí, solamente Amitoa era explícitamente consciente de su deseo sexual y se quejaba de su marido por su falta de capacidad para satisfacerlo. Sólo ella conocía el significado del clímax después de la cópula. Las demás mujeres, a cuyos cánones tenía que ajustarse,

> no reconocían ni siquiera la llegada de un marcado relajamiento sino que se referían a su estado después de la cópula como sensaciones de calor y tranquilidad difusa. Amitoa despreciaba a su tímido y achacoso marido. Se burlaba de las órdenes que él le daba y se ponía furiosa contra él cuando era objeto de sus riñas. Por fin, rabioso por la insubordinación de su esposa —que era apenas una niña con los pechos todavía erectos, mientras que él era un anciano— trató de golpearla con un tizón que cogió del fuego. Ella se lo arrebató y en lugar de dar golpes el marido los recibió. Cogió entonces una azuela pero volvió a ser burlado. Entonces se puso a gritar pidiendo socorro y su hermano menor tuvo que rescatarle de manos de la esposa. Era una escena que se repetía una y otra vez en la vida de Amitoa (Mead, 1963, 149-150).

La vida tranquila y no agresiva de los arapesh contrasta, a los ojos de Mead, con la que llevaban los mundugumor, otro grupo del norte de Nueva Guinea. Los mundugumor viven solamente a unos 160 kilómetros de los arapesh, pero el contacto entre los dos pueblos se limita al comercio indirecto. Los dos grupos se conocen sólo de manera muy vaga. Los arapesh resumieron esta situación cuando aconsejaron a la doctora Mead, que estaba haciendo prepartivos para ir al país de los mundugumor: «Nosotros somos de otra clase. Ellos son de otra clase. Así lo verá usted» (Mead, 1963, 167).

Los mundugumor son un pueblo que vive junto a los ríos y tradicionalmente son cazadores de cabezas y caníbales. Los varones pasan gran parte del tiempo organizándose en grupos que realizan correrías cuyo principal fruto son los trofeos humanos. Los grupos mundugumor están siempre expuestos a los ataques predatorios de vecinos que tratan de compensar sus recientes homicidios, y mantienen alianzas inestables con otros vecinos que, repentinamente, pueden traicionarles.

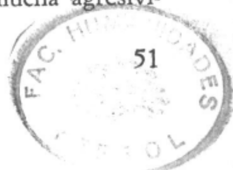
La hostilidad y la desconfianza no solamente son características de las relaciones exteriores sino que son también típicas de las relaciones interpersonales dentro de cada comunidad de este pueblo. Es sintomático de este hecho que los mundugumor no tengan grupos de residencia permanentes sino solamente asociaciones temporales de familias enlazadas por la presencia de varones emparentados directa o políticamente. Estas asociaciones se deshacen cuando las pugnas fuerzan a parte del grupo a cambiar de residencia para apaciguar al miembro del mismo que siente herido su orgullo. A menudo, los miembros más susceptibles son los parientes varones que, según las creencias mundugumor, sienten una hostilidad mutua natural por ser miembros del mismo sexo. Esta creencia se refleja en la organización social de este pueblo. La pertenencia social al grupo no pasa de la madre o el padre a los hijos varones y hembras como en un sistema unilineal típico, sino que se da solamente por lazos de sexo opuestos. Es

decir, un padre pasa su parentesco solamente a su hija, y ella, a su vez, sólo a sus hijos varones. Los que están en un mismo grupo respetan a los mismos seres sobrenaturales y están atados a ciertas responsabilidades y obligaciones con relación a los demás miembros del grupo. La propiedad se hereda también dentro del mismo grupo y por el mismo sistema, o sea que un padre lega todos sus bienes importantes, incluidas las armas, a sus hijas. La organización social de los mundugumor fragmenta por lo tanto a la familia estableciendo una alianza entre la madre y los hijos varones y el padre con las hembras.

El antagonismo estructural en el seno de la familia es complementado por otros factores. Por ejemplo, los hermanos son educados para que tengan entre sí relaciones formales y para que compitan por el afecto de la madre. Cuando avanzan sus vidas esta rivalidad es exacerbada por la costumbre que establece los compromisos matrimoniales: un chico que quiere a una chica como futura esposa tiene que conseguir primero que su hermana se case con el hermano de la chica. Esto es ya de por sí bastante difícil, pero es más complicado aún por el hecho de que varios hermanos pueden tratar de utilizar su única o más agraciada hermana en su propio arreglo matrimonial. Es posible incluso que el mismo padre trate de utilizar la misma muchacha en su intento de conseguir una nueva esposa. De esta forma, el intercambio de hermanas, unido a la poligamia (que permite a un hombre poderoso tener varias esposas), enfrenta constantemente a los hermanos y padres. Las hermanas también compiten activamente entre sí en sus intentos de mejorar sus posiciones. Esta competencia empieza cuando pugnan por conseguir el afecto del padre y continúa posteriormente cuando luchan por tener influencia sobre el hombre que tiene más posibilidades de organizar para ellas el matrimonio más conveniente.

La alienación social entre los mundugumor se refleja incluso en sus relaciones sexuales. Los jóvenes amantes expresan su afecto con mordiscos, arañazos, rotura de vestidos, destrucción de ornamentos y otros objetos que pertenecen al ser amado.

En el implacable mundo creado por los mundugumor, se valora el individualismo más áspero, la autoafirmación, la sexualidad apasionada y la agresión física. Estos rasgos son deseables tanto para los hombres como para las mujeres. Mead (1963, 210) informa que se cree que las mujeres «son tan violentas, tan agresivas, tan celosas» como los hombres. Pese a esta afirmación, el estudio de Mead deja claro que los hombres cometen agresiones físicas más a menudo que las mujeres. Por ejemplo dice que «aunque las mujeres eligen hombre tan a menudo como los hombres mujer, la sociedad está construida de una manera que los hombres luchan por las mujeres y las mujeres eluden, desafían y complican estas pugnas hasta el máximo de su capacidad. Así, las niñas crecen con la misma agresividad que los chicos y nadie espera que acepten dócilmente su papel en la vida» (Mead, 1963, 210). Estas frases indican que hay mucha agresivi-



dad en la sociedad mundugumor y que las mujeres y los hombres la expresan de modos diferentes. La agresión física es algo corriente para los hombres mientras que las mujeres recurren a menudo a otras formas de expresión para su hostilidad.

Bases biológicas de la agresividad. Se ha demostrado ya ampliamente que la agresividad humana es un rasgo que una sociedad puede considerar tanto valioso como sin valor para todos o algunos de sus miembros (véase Kardiner, 1939, donde se presenta una comparación pluricultural). La agresión física, sin embargo, parece ser expresada con mayor universalidad por los machos que por las hembras en todos los grupos. Además, esta correlación entre la masculinidad y la agresión física se da también en muchos vertebrados, entre los que debemos contar a la mayor parte de los monos. Esto indica que puede haber un factor común a todos los vertebrados machos que tiene que ver con la expresión de la agresión física.

Las hormonas son ese factor común. Las hormonas sexuales están siendo objeto de estudio para determinar su papel en el comportamiento (véase Beach, 1965) y uno de los aspectos estudiados es el de la agresión. Por ejemplo, Young y sus colaboradores (1964, 216) comprobaron que los macacos de la india hembras que han sido masculinizados mediante un tratamiento prenatal con andrógeno se comportaban con un estilo más propio de un macho normal que de una hembra normal. Los cambios de comportamiento observados iban más allá de la agresividad, pues también se daban es el comportamiento del juego. Este estudio muestra que las hormonas sexuales influyen en comportamientos no directamente sexuales y que la expresión de la agresión puede ser inducida por las hormonas sexuales.

Otro estudio de macacos de la India muestra que sea cual sea la base biológica de la agresión, el aprendizaje social influye en gran manera en su posterior expresión (Delgado, 1967). En el estudio de Delgado, mediante electrodos implantados en el hipotálamo de sus cerebros, se estimulaba a los monos de la especie del macaco de la India. La reacción de los monos al estímulo cerebral varía según su categoría social. Por ejemplo, los monos que normalmente ocupaban las posiciones dominantes atacaban a los otros cuando eran estimulados artificialmente por un impulso eléctrico. En cambio, los monos de categoría secundaria se encogen de miedo y son atacados más frecuentemente cuando reciben el mismo estímulo. Esto muestra que en los monos el aprendizaje social tiene implicaciones significativas en la expresión de la agresividad. Cuando el hipotálamo es estimulado sigue estando sometido al control de otras partes del cerebro en las que se albergan el aprendizaje y otros comportamientos. Esta red de comunicaciones permite modificar la reacción del hipotálamo hormonal por medio del aprendizaje en un medio ambiente social.

Discusión. Antes de abandonar el tema del sexo y la agresividad repasaremos algunas cuestiones generales. Se ha observado a menudo que los humanos son los únicos animales conocidos que tratan sistemáticamente de exterminar a los de su propia especie. Se ha especulado asimismo que esta horrible tendencia se debe a una necesidad de base genética que conduce a la agresividad. Es como si la gente en general, y los varones en particular, tuvieran impulsos básicos que les llevasen a dañar a otras personas. Según esta teoría, tales impulsos, infinitamente renovables, pueden ser controlados solamente por explosiones temporales que sirven para descargar periódicamente estas necesidades. Así, se mencionan las necesidades agresivas al lado de las necesidades psicológicas de alimentarse, o de las necesidades psicológicas de tener actividad sexual.

Este concepto de la agresividad es radicalmente opuesto al que nosotras mantenemos. Nosotras creemos que los humanos nacen con la capacidad de ser agresivos y que esta capacidad está estrechamente emparentada con otros mecanismos defensivos que existen también en otros animales. Todos los animales tienen medios que les permiten competir con éxito en la lucha por obtener los diversos recursos necesarios para su supervivencia. Entre los humanos, naturalmente, los únicos auténticos competidores para un grupo son los miembros de los otros grupos. La agresión física es una de las reacciones posibles a esta situación. Debería señalarse inmediatamente que otra respuesta muy apropiada a esa misma clase de situaciones, la cooperación o ayuda mutua, también está muy desarrollada entre los humanos. Por decirlo de otra manera, los humanos se enfrentan a los mismos tipos de problemas generales que los demás organismos. Las soluciones dadas por los humanos a estos problemas comunes se distinguen por su intensidad. Los humanos luchan más encarnizadamente que los demás animales, pero también tienen mayor capacidad de cooperación.

Cierto es que todos somos capaces de agredir, pero esto es contar solamente la mitad de la historia. También parece cierto que las posibilidades de *controlar* la expresión de esa agresividad se encuentran también en todos. Sin este control, la vida social humana no sería posible. Las personas muy agresivas son asociales y por tanto no colaboran en la adaptación del grupo a su ambiente, a no ser que sean capaces de controlar sus tendencias agresivas y dirigirlas de forma apropiada. Por lo tanto, decir que todas las personas *pueden* reaccionar con la agresión ante determinadas situaciones no quiere decir que sea necesario ni suficiente que lo hagan así.

Cuando estudiamos la cuestión de las diferencias entre los sexos en cuanto a la agresividad debemos tener en cuenta varios aspectos. Si tratamos de considerar la agresión en todos sus aspectos, entramos en un campo que presenta dificultades. ¿Cómo podemos contrastar las intensidades respectivas de la agresión física y psicológica? Estos rasgos no pueden ser comparados directamente sin establecer un juicio de valor sobre sus efec-

tos relativos. En nuestra sociedad hay pruebas que permiten afirmar que las hembras suelen manifestar un tipo de agresión y los varones otro. Si no podemos comparar rigurosamente estos dos tipos de agresión, ¿cómo vamos a poder demostrar que un sexo es más agresivo que el otro? Actualmente se sabe muy poco sobre actos agresivos no físicos en las diversas culturas. No podemos decir si las mujeres son más agresivas psicológicamente que los hombres, pero habría que reconocer que existe esta posibilidad.

Si solamente tenemos en cuenta la agresión física, veremos que los varones son más agresivos que las hembras en la mayoría de las sociedades humanas y en grupos de animales estrechamente relacionados con los hombres. Este hecho está claramente ligado a los efectos de las hormonas masculinas comunes a estos animales. En cambio, el aprendizaje social puede modificar en gran medida los efectos hormonales en los monos y también en los hombres. Es decir, los factores de aprendizaje social son más importantes que los genéticos en la expresión de la agresión en la especie humana y otras especies estrechamente relacionadas con ella.

Inteligencia

¿Existe alguna relación entre sexo e inteligencia? A juzgar por las contestaciones dadas a nuestra encuesta entre estudiantes (tabla 3-1), la mayor parte de la gente cree que no existe ninguna. Algunos encuestados no estuvieron de acuerdo, sin embargo, con la mayoría, y la pauta general de sus respuestas merece ser estudiada. Por ejemplo, frecuentemente se decía que los varones tienen mayor disposición para el pensamiento abstracto, mientras que la habilidad verbal se atribuye a las hembras. ¿Hay pruebas que confirmen estas creencias? Y si las hay, ¿cuál es la causa de estas diferencias de inteligencia relacionadas con el sexo?

La inteligencia y las pruebas de inteligencia. Debemos en primer lugar tratar de definir la inteligencia. La mayor parte de nosotros cree que puede reconocer la inteligencia de una persona pero siempre resulta difícil precisar qué se quiere decir cuando se habla de ella. Incluso Alfred Binet, uno de los padres de las pruebas de inteligencia, evitó la formulación de una definición de este término. En lugar de hacerlo, dio una descripción de la inteligencia como capacidad de «juzgar correctamente, comprender correctamente, razonar correctamente» (citado por Heim, 1971, 349). Otros autores han dicho que la inteligencia es la característica medida por las pruebas de inteligencia. Esta divertida afirmación tiene el mérito de sugerir que puede haber aspectos de la inteligencia que no tienen nada que ver con lo que generalmente es sometido a las pruebas. Pese a que este hecho es reconocido cada vez más ampliamente, muchas personas siguen

creyendo que las pruebas de inteligencia dan una medida precisa de la capacidad mental de una persona. Hay que examinar cuidadosamente esta idea antes de referirnos a las diferencias de inteligencia según el sexo.

Las pruebas de inteligencia son producto de sociedades grandes, complejas e industrializadas en las que se hizo necesario predecir la capacidad de las personas para realizar determinadas tareas especiales. Para poder realizar planificaciones era importante saber qué cantidad de bachilleres iban a entrar en la universidad, o cuáles soldados de la academia militar iban a tener capacidad para enfrentarse a la electrónica. Por todo ello, las pruebas de inteligencia se han convertido en mediciones del éxito probable de una persona en la zona de actuación que se trata de evaluar. Cuando se crea una prueba concreta se tiene siempre en cuenta una finalidad concreta también. Si el examinador desea saber los futuros éxitos universitarios de un bachiller, prepara unas preguntas básicas y las plantea a un grupo de bachilleres. Luego se comprueban los éxitos académicos de este grupo a lo largo de los años de su carrera universitaria. El examinador utiliza estos resultados para revisar la prueba de modo que las preguntas sirvan para discriminar correctamente en el parámetro de los triunfos académicos. Las preguntas de la primera prueba que no dan buen resultado serán eliminadas.

Cuando estudiamos los resultados de una prueba de inteligencia debemos tener en cuenta dos puntos. Primero, están estandarizados por el examen de una muestra de la población a la que va dirigida la prueba. En Estados Unidos, esa muestra ha estado tradicionalmente constituida por individuos blancos, de clase media y de uno y otro sexo. Esto significa que las pruebas no tienen validez para grupos de población no representados en el utilizado para la estandarización. En segundo lugar, las pruebas de inteligencia están concebidas para fines específicos y no son en absoluto útiles para ningún otro tipo de determinaciones.

Por ejemplo, los hombres y las mujeres no muestran diferencias notables de inteligencia en la mayor parte de las pruebas. Hay diferencias, pero la mayor parte de estas pruebas no están pensadas para reflejarlas; en el resultado final se da el mismo peso a los tipos de tareas en los que destaca cada uno de los sexos (Maccoby, 1966). Los exámenes se hacen así porque no existe en el preparador ningún interés por establecer diferencias entre macho y hembra. Esta diferenciación puede hacerse de forma mucho más expeditiva por otros medios. Por lo tanto, las preguntas que servirían para discriminar el sexo del que contesta pero no discriminarían con precisión sobre el futuro académico del sujeto que se somete son retiradas del cuestionario.

A pesar de que se intenta minimizar el efecto del sexo de una persona en los resultados finales, en la mayor parte de este tipo de exámenes las diferencias relacionadas con el sexo acaban por reflejarse de un modo u otro. Se trata de diferencias reales y medibles entre dos subgrupos de

la población. La naturaleza de las diferencias nos explica un poco en qué sentido no coinciden estos dos subgrupos.

Los resultados de las pruebas de inteligencia confirman las creencias de los estudiantes que en nuestra encuesta indicaron que había aspectos de la inteligencia relacionados con el sexo. Generalmente hablando, las mujeres tienden a destacar en habilidad verbal al ser comparadas como grupo con los hombres (Anastasi, 1958, 472-74). Esta capacidad diferencial se manifiesta ya en los niños pequeños; las niñas aprenden a hablar y a formular frases completas antes que los niños. De hecho, en todo el período preescolar las niñas son más elocuentes que los niños. Esta mayor capacidad verbal sigue siendo evidente en los primeros años de escolaridad pues las niñas destacan en su mayor capacidad para la lectura, la gramática, la ortografía y la facilidad para usar palabras (Bardwick, 1971, 109). En posteriores años de escolaridad las diferencias entre niños y niñas en el terreno de la elocuencia tienden a reducirse, pero incluso en la época adulta las mujeres parecen ser ligeramente superiores en este campo (Oetzel, 1962, 128). Por ejemplo, las mujeres obtienen mejores resultados que los hombres en la prueba de aptitud verbal de los Exámenes de Licenciados (García, 1972, 43).

Los varones suelen en cambio obtener mejores resultados en las mediciones de pensamiento abstracto (véase Anastasi, 1958, 477). Este rasgo se refiere a la capacidad de inferir, o establecer relaciones, a partir de datos teóricos o de símbolos. Si se acepta que el razonamiento matemático sirve como indicador del pensamiento abstracto, las pruebas sirven para mostrar que los muchachos llegan a tener mayor capacidad que las chicas al final de la adolescencia. En los períodos anteriores no se dan diferencias significativas entre uno y otro sexo. Pero en cuanto estas diferencias aparecen, se prolongan ya hasta la edad adulta. Los hombres obtienen mejores resultados que las mujeres, por ejemplo, en la prueba cuantitativa del Examen al que antes nos hemos referido (García, 1972).

Estas diferencias medibles en la expresión de la inteligencia han dado lugar a numerosos textos que se refieren a este tema. Estos tratan de explicar las diferencias observadas como productos biológicos a veces y sociales otras. Así, hay algunos que afirman que el papel reproductivo de la mujer la ha llevado a adquirir habilidades relacionadas con el cuidado y la educación de los niños pequeños, mientras que los hombres, como defensores del grupo, han tenido que dedicar su ingenio a otras tareas. Dicen otros que el principal factor que determina las diferencias observadas es la diferente preparación dada a niños y niñas. Se fomentan en las niñas aquellos rasgos de personalidad que se creen propios de la mujer y en los niños los que según esa misma concepción son propios del varón. Es necesario hacer una crítica de los elementos en los que se basa cada una de estas dos actitudes para evaluar su valor relativo.

Actualmente hay un acuerdo casi general sobre el hecho de que tanto

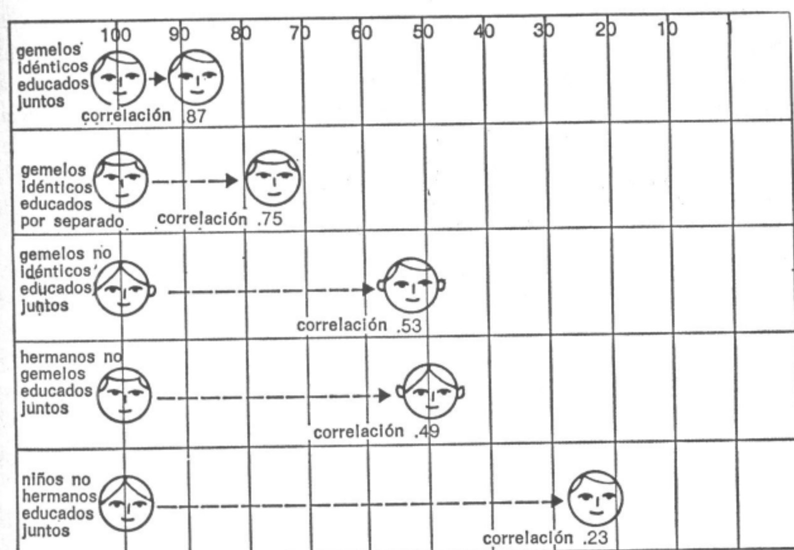


Figura 3-1. Correlaciones del coeficiente de inteligencia (grados de proximidad) entre pares de gemelos de diferente tipo, comparados con las correlaciones de otros pares de niños (según García 1972: 92). (Reproducido de la revista *Psychology Today,* junio de 1972.)

los factores ambientales como los genéticos participan en la determinación de la inteligencia de cada persona. Este hecho puede ser muy bien demostrado si se tiene en cuenta la inteligencia relativa de los gemelos. La figura 3-1 muestra que entre pares de niños, los gemelos idénticos educados juntos son los que tienen los coeficientes de intelecto más parecido. Estos gemelos son iguales genéticamente y han sido educados en ambientes similares. El hecho de que los coeficientes de estos gemelos no sean exactamente iguales —del mismo modo que sus personalidades tampoco son exactamente idénticas— puede ser explicado por las ligeras diferencias de sus ambientes sociales. Por ejemplo, los padres y otras personas tienen relaciones diferentes con cada uno de los gemelos. En cambio, si los gemelos idénticos son educados en ambientes diferentes las diferencias entre sus coeficientes intelectuales son mayores que en el caso anterior. Esto muestra claramente que los ambientes sociales afectan a la inteligencia expresada por los niños. Ahora bien, en comparación con los gemelos idénticos, los gemelos no idénticos o cualquier par de hermanos, muestran entre sus coeficientes intelectuales diferencias mucho mayores aunque hayan sido educados en el mismo medio social. Esta comparación muestra el papel de los factores genéticos en la determinación de la inteligencia.

Generalizando a partir de estos datos podemos llegar a concluir que los factores genéticos y ambientales contribuyen conjuntamente a determinar la inteligencia, y que las diferencias ambientales pueden producir al menos tantas diferencias en el coeficiente intelectual como las diferencias genéticas (Dobzhansky, 1962). Se cree que si se llevaran al máximo las diferencias ambientales en la educación de gemelos idénticos, por ejemplo situándolos en culturas diferentes, su inteligencia no podría ser comparada por una prueba única.

Aunque los estudios realizados con gemelos son muy importantes para determinar los papeles relativos de los factores genéticos y ambientales en la determinación de la inteligencia, hemos indicado ya que no nos sirven para estudiar las diferencias de inteligencia relacionadas con el sexo. La falta de estudios controlados no impide examinar los factores implicados en la determinación de las diferencias de inteligencia relacionadas con el sexo. Pero esta situación nos fuerza a realizar este análisis a partir de datos extraídos de diversas técnicas aplicadas al estudio de los humanos.

Para empezar este análisis veamos las pruebas que apoyan la hipótesis según la cual las diferencias de inteligencia entre los sexos tienen base en factores genéticos. Esta idea estuvo muy extendida hace unos cien años y todavía tiene defensores en la actualidad.

Inteligencia y tamaño del cerebro. Hace aproximadamente un siglo hubo un consenso entre los especialistas sobre las diferencias fundamentales existentes entre varones y hembras en cuanto a su inteligencia. Algunos estudiosos afirmaban que la diferencia se daba en lo que ellos llamaban inteligencia general, mientras que otros afirmaban que las mujeres solamente eran inferiores en cuanto a su capacidad para un tipo elevado de razonamiento. En otras palabras, para algunos la hembra tenía una inteligencia diferente a la del varón y carecía de las facultades que esos mismos eruditos se atribuían a sí mismos. Las pruebas sobre las que se establecía esta hipótesis se reducían a las experiencias personales de los autores que iban desde observaciones generales hasta la de las escasas ocasiones en que las mujeres brillaban en las diversas profesiones, pasando por las diferencias entre los sexos en cuanto a tamaño del cerebro, diferencias que se tomaban como indicadores directos de la inteligencia del sujeto. Las mujeres, con su cabeza y cavidad craneana evidentemente menores que las de los hombres, eran tenidas por menos inteligentes.

Las diferencias observadas se atribuían siempre a la presencia de diferencias constitucionales entre varones y hembras. Por ejemplo, en 1874 W. L. Distant dio una conferencia sobre este tema a los miembros del Real Instituto de Antropología de Gran Bretaña e Irlanda, en la que argumentó que cada sexo había tenido una evolución parcialmente diferente. Según la formulación de Distant, en la vida social primitiva hubo una época en la que hombres y mujeres eran casi iguales y de mentalidad bas-

tante bestial. Se creía que estos primeros grupos humanos eran sexualmente promiscuos y caóticos. Los varones estaban encargados del orden social, por ínfimo que fuese, por medio de la pura fuerza física. De una u otra forma, los varones llegaron a basarse más en el cerebro que en el músculo. Según Distant esto tuvo consecuencias importantes para las relaciones macho-hembra: «Poseedor de la mujer, el hombre, igual en lo demás a ella, tiene ventajas sobre ella debido a su cerebro más grande» (Distant, 1874, 81). Esta cerebralidad del macho, seguía la argumentación, fue aumentada en el curso de la evolución por medio de factores selectivos presentes en la lucha política entre macho y macho. Al parecer nadie sugirió que las hembras tuvieran preferencia por los hombres de más cerebro. Así pues, fueron los hombres los que se autoseleccionaron por su capacidad mental. En cambio las mujeres fueron seleccionadas por esos hombres en razón de su belleza. «El curso de la selección sexual tiende por lo tanto a reforzar la mente de los hombres, pero actúa en relación inversa con la de las mujeres» (Distant, 1874, 81). Distant afirmaba, pues, que durante la evolución los hombres se han ido haciendo más inteligentes y las mujeres menos.

Las ideas de Distant procedían de diversas fuentes. Primero, creía que había mayores diferencias sexuales de capacidad mental en Europa que en las sociedades primitivas. Esta creencia se basaba en el estudio de los cráneos de varias razas. En aquella época se creía que las diferencias craneanas dimórficas según el sexo no eran tan pronunciadas entre los pueblos primitivos como entre los europeos. Dicho de otra manera, Distant creía que los varones europeos habían recibido una herencia de capacidad intelectual superior a la de los demás. En segundo lugar, Distant —como muchos contemporáneos suyos— creía que la belleza y la inteligencia eran características incompatibles y quizás en relación inversamente proporcional. Alexander Walker presentó esta idea en 1837 en un tratado sobre la belleza en el que sugería que la mujer idealmente bella debía tener una cabeza pequeña «ya que el sistema mental debe estar en la mujer subordinado al sistema vital [es decir, a las fuerzas vitales que dan un temperamento alegre]... la sensibilidad debería ser superior al poder de razonar» (Stannard, 1971, 198). Este tipo de pensamiento suponía así que si a las mujeres se las elige por su belleza, su inteligencia debe ir decreciendo selectivamente.

La idea según la cual los hombres han sido más favorecidos en su capacidad intelectual que las mujeres en el curso de la evolución fue planteada incluso por el propio Charles Darwin. «Estas últimas facultades [imaginación y razón], así como la primera [perseverancia], deben haberse desarrollado en el hombre en parte por la selección sexual —o sea, a través de *la competencia entre machos rivales*— y en parte por medio de la selección natural —o sea, debido a los éxitos en la lucha general por la vida—» (Darwin, 1874, 588, el subrayado es nuestro). Darwin dijo que

estos rasgos, que se afirman en la madurez en la vida del hombre, eran diferencialmente transmitidos a los descendientes machos. Para Darwin esto concordaba con la tendencia general que hace que las características físicas adquiridas en la madurez se transmitan solamente a los descendientes del mismo sexo.

De este modo Darwin sugirió que lo que él llamaba genio era seleccionado mediante la selección natural (en cuyo caso ambos sexos estaban sometidos a las mismas condiciones evolutivas) y a la selección sexual (aplicable solamente a los varones). Darwin no estaba de acuerdo con Distant cuando éste afirmaba que las mujeres se hicieron menos inteligentes con el avance de la evolución, alegando que los hombres se habían hecho más inteligentes a un ritmo más acelerado debido a la presencia de mayores presiones selectivas. Aunque creía que los hombres se veían favorecidos por la brillantez gracias a la evolución, Darwin se sorprendió mucho al comprobar que las diferencias de capacidad mental entre los sexos no eran muy grandes. «Verdaderamente, es una suerte que la ley de la transmisión equiparada de las características a los dos sexos *prevalezca* en los mamíferos; de otro modo lo probable es que el hombre hubiera llegado a ser tan superior a la mujer en su desarrollo mental como lo es el pavo macho en relación con el pavo hembra en plumaje ornamental» (Darwin, 1874, 588; subrayado nuestro).

Aun siendo un hombre de su época, Darwin era cauteloso cuando se refería a las diferencias intelectuales entre los sexos. Para él había diferencias y las atribuía a las fuerzas de la evolución. Al mismo tiempo reconocía que las diferencias en inteligencia entre los dos sexos no eran muy grandes ni fijas, y que las capacidades mentales de hombres y mujeres tenían más parecidos que desemejanzas.

En los años que han transcurrido entre Darwin y Distant y nuestros días se ha acumulado mucha información sobre este tema: Mendel estableció el modo de heredar las características, se comprobó que el tamaño cerebral *no* era un signo indicador de la inteligencia, se descubrió que la inteligencia es un carácter complejo que depende de muchas formas de herencia aparte de depender también del ambiente social; y se inventaron las pruebas de inteligencia. Estos y otros factores condujeron a los eruditos a alejarse del tema de las diferencias de inteligencia entre hombres y mujeres. De hecho ha sido un tema muy poco popular durante un tiempo.

Inteligencia, cerebro y hormonas. Actualmente vuelve a hablarse de los factores genéticos cuando se tratan de explicar las diferencias que se han observado en los estilos de inteligencia de la mujer y el hombre. Este nuevo interés se basa en una mejor comprensión de los efectos de las hormonas sexuales en los órganos no directamente implicados en la reproducción. Los investigadores estudian ahora la posible afectación del cerebro por las hormonas sexuales durante el desarrollo fetal.

El cerebro de los mamíferos pasa por un período de desarrollo durante el cual se producen cambios cruciales en la química y organización celular cerebrales. En cada especie hay un momento especial en el que esos cambios ocurren, pero ese momento coincide siempre con los primeros signos de funcionamiento cerebral. Estudios recientes han llevado a algunos investigadores a pensar que las pautas de conducta relacionadas con el sexo son indeleblemente estampadas en el cerebro del animal durante este período. Por mucho que se lleven a cabo posteriores manipulaciones del ambiente hormonal interno del animal no se puede cambiar el tipo de comportamiento.

Estos estudios se han realizado en ratas (Levine, 1966), cobayas y macacos de la india. Algunos de estos animales fueron sometidos a la acción de hormonas típicas del sexo opuesto durante el período crítico del desarrollo cerebral. Esta intervención se realizó mediante la extirpación de las gónadas (ovarios y testículos) y su sustitución por gónadas del sexo opuesto, o mediante la castración e inyección de hormonas del sexo opuesto. Los resultados fueron sorprendentes. Los animales tendían a actuar como los congéneres del sexo cromosómico opuesto al suyo. Este cambio en el comportamiento resultó especialmente notable después de la pubertad pues en ese momento los animales actuaron de la forma apropiada a las hormonas similares a las que se les pusieron en el momento crítico del desarrollo cerebral. Las hormonas opuestas a las presentes en el momento crítico tuvieron poco o ningún efecto a la hora de orientar el comportamiento sexual. Y sin embargo estas hormonas concordaban con el sexo cromosómico del animal.

Estas observaciones llevaron a plantear la hipótesis según la cual si se expone a un animal, en las primeras fases de su vida, a hormonas sexuales, se producen cambios en sus órganos. ¿Cuáles son los órganos afectados? Al principio se pensó que debía ser la pituitaria ya que son las hormonas que de ella salen las que regulan la producción de hormonas sexuales en las gónadas. Hasta hace muy poco se creía también que estas hormonas sexuales regulaban a su vez la producción hormonal de la pituitaria. Posteriormente se ha descubierto que el trasplante de pituitaria de uno al otro sexo no produce ningún cambio en el comportamiento del receptor. Este experimento demostró que la pituitaria no se ve afectada por su exposición a hormonas sexuales. Ahora se sabe que también hay otra parte del cerebro, el hipotálamo, que se encuentra integrado en el proceso de regulación de las hormonas sexuales. Al parecer esta estructura es alterada por las hormonas sexuales en las primeras fases del desarrollo. Hasta ahora, sin embargo, no ha sido posible realizar trasplantes de hipotálamo de uno a otro sexo a fin de determinar si de ello resultan cambios en la conducta.

Si en algunos animales el cerebro lleva la marca del sexo, ¿ocurre lo mismo en los seres humanos? Naturalmente, la conducta sexual estudiada en animales está mucho más relacionada con los cambios hormonales

que en el caso de la conducta sexual de los humanos. Podría decirse que por esta razón no pueden aplicarse a los humanos las conclusiones extraídas del estudio de animales. Pero es importante tener en cuenta que los cambios de comportamiento observados en los animales sometidos a experimentos no se reducían al campo de la actividad sexual. También se alteran las pautas de conducta relacionadas con el juego, la amenaza y la escalada (Bardwick, 1971, 85). Que las alteraciones abarquen tantas actividades hace necesario considerar también qué implica para los humanos esta serie de fenómenos.

Por fortuna no se permite la experimentación directa con sujetos humanos. Esto significa que hay que acumular pruebas indirectas que deben ser evaluadas a la luz de los estudios con animales que acabamos de mencionar. Algunas pruebas indirectas se han obtenido a partir del estudio realizado por John Hampson. A Hampson le interesaba estudiar el desarrollo de la identidad sexual en los seres humanos. A fin de realizar el estudio coleccionó análisis de casos individuales de desarrollo sexual incoherente. Estas incoherencias eran contradicciones entre una de las seis variaciones de sexo perfiladas por Hampson y Hampson (ver capítulo 2) y el sexo asignado y el otorgado por la educación. Estos autores descubrieron que en la gran mayoría de los casos los pacientes se identifican con el sexo que les atribuía la educación, el que les asignaba la sociedad. De aquí se infiere que los papeles sexuales son algo aprendido y que están notablemente libres de influencias genéticas. Así, los investigadores creyeron que sus datos apoyaban la tesis de la neutralidad psicosexual en el momento de nacer.

Esta posición extremista puede necesitar matizaciones. Por ejemplo, la obra de Hampson y Hampson puede coincidir con la idea de la alteración prenatal del sistema nervioso central. Las niñas que nacen con aparato genital masculinizado son confundidas a menudo con chicos y educadas como tales. Sus genitales masculinizados son probablemente el resultado de un exceso de andrógenos durante el desarrollo prenatal. En consecuencia existe la posibilidad de que esas hormonas hayan afectado a otros órganos, entre ellos el cerebro.

John Money (1971), que ha estudiado los efectos del exceso de andrógeno en la fase prenatal, no considera seductora la idea de que las hormonas sexuales afecten al cerebro humano. Money señala que si los cerebros humanos quedan sexualmente determinados en el desarrollo prenatal, las personas sometidas a una cantidad de hormonas masculinas superior a la normal durante su desarrollo fetal deberían dar indicaciones de tipo masculino en las pruebas de inteligencia. Pero sus pacientes, que eran tanto varones como hembras, no dieron este resultado.

Money hizo un descubrimiento sorprendente. Averiguó que prácticamente todos sus pacientes sobresalían notablemente en las pruebas de inteligencia. Es decir, que las personas cuyas glándulas de adrenalina tuvie-

ron un mal funcionamiento mientras se encontraban en el útero de sus madres resultaron luego ser excepcionalmente brillantes en su vida adulta. ¿Significa esto que las hormonas sexuales masculinas pueden estar directamente relacionadas con la capacidad mental? Actualmente no puede darse una respuesta rotunda a esta pregunta porque no se han realizado estudios que continúen la obra de Money y permitan obtener una certidumbre. Sin embargo, que esto sea así parece ser reforzado por otro hecho: se ha averiguado que un exceso prenatal de una hormona sintética, la progestina, químicamente similar a los andrógenos, tiene los mismos efectos en la morfología, fisiología y actuación de los individuos afectados en las pruebas de inteligencia que los que se producen debido a un exceso de andrógenos. Aún tienen que ser explorados a fondo los resultados de estos interesantes estudios y, por desgracia, no poseemos todavía datos comparables sobre los efectos que en el individuo puede tener un exceso prenatal de hormonas *femeninas.*

Inteligencia y otros rasgos de la personalidad. Algunos investigadores han señalado que las diferencias de los sexos en inteligencia están en relación con características generales de la personalidad que son típicas de los varones o de las hembras en nuestra sociedad. Hay numerosas pruebas que hacen pensar que estas características son casi siempre aprendidas y no heredadas.

Maccoby (1966) resume varias pruebas que investigan las relaciones que hay entre dependencia e inteligencia en niños y dice que hay una tendencia a que los niños independientes de *cualquier* sexo destaquen sobre los demás en una amplia gama de pruebas intelectuales. Los niños con un grado de dependencia superior al normal obtienen malos resultados en las pruebas que requieren del niño que replantee un problema o que ignore la información básica proporcionada. Es decir, son niños que encuentran grandes dificultades en tareas que exigen un pensamiento abstracto.

Maccoby sugiere dos explicaciones posibles para la existencia de estas relaciones entre la dependencia y el pensamiento analítico. Una dice que un individuo con dependencia se orienta hacia estímulos procedentes de los otros. Esto puede hacerle difícil ignorar los estímulos exteriores para aprovechar los procesos internos de pensamiento. Otra razón es que las personas con gran dependencia tiendan a la pasividad. Algunas tareas intelectuales, como las que se resuelven a base de pruebas y correcciones realizadas a partir de los errores, requieren considerable iniciativa, algo que es característico de los independientes y menos normal en los dependientes.

Parece existir una clara relación entre algunos tipos de actividad mental y la autosuficiencia emotiva y social de un individuo. Esto es cierto para todas las personas, cualquiera que sea su sexo. En general, sin embargo, las hembras de la sociedad norteamericana tienden a tener mayor

dependencia y a ser menos analíticas que los varones. Entonces se plantea la cuestión de si esta pauta de rasgos asociados es consecuencia de características fisiológicas o se debe primordialmente a la concepción norteamericana de cuál es el comportamiento adecuado para la mujer.

Dependencia

La dependencia es la necesidad que tiene un individuo de confiar en alguien o en algo para obtener apoyo. Los psicólogos reconocen que un grado moderado de dependencia es uno de los elementos que componen la personalidad de un adulto normal; la dependencia excesiva es considerada como síntoma de enfermedad de las emociones o de la mente.

Pautas de dependencia en los Estados Unidos. Los norteamericanos suelen creer que las mujeres son más dependientes que los hombres. Este rasgo no fue anotado en el resumen de la encuesta que hicimos con nuestros universitarios (tabla 3-1), pero los resultados muestran que el 72 por ciento de los encuestados creen que los varones son más *independientes* que las mujeres. Los psicólogos han inventado varias pruebas para medir la dependencia y la independencia. Cuando analizan grupos de clase media los resultados dan casi siempre una mayor dependencia entre las mujeres que entre los hombres (Goldin y otros, 1972).

A fin de analizar esta situación más detalladamente resulta instructivo explicar los orígenes de la dependencia y la independencia en el desarrollo. Todos los niños humanos comienzan sus vidas en un estado de dependencia incondicional en relación a los otros. En esa fase del desarrollo no hay diferencias entre chicos y chicas.

Durante el curso del desarrollo individual un niño tiene que aprender gradualmente a confiar en sí mismo. Lentamente, la dependencia que tenía respecto a los padres se reduce tanto en su ámbito como en su intensidad. Conforme el niño confía más en sí mismo, la dependencia se amplía a un número mayor de individuos. Esto suele ocurrir a la edad en que los niños forman grupos de juego con individuos de la misma edad (véase Parens y Saul, 1971). La transición de la dependencia a la independencia es facilitada por los padres que son cariñosos, que ayudan a los hijos, y que tienen la paciencia suficiente para que cada niño tome el tiempo que necesita para realizar las tareas que están a su alcance, es decir los padres que fomentan activamente la independencia permitiendo a sus hijos que exploren los límites de sus capacidades. Se trata de una tarea difícil para los padres ya que la capacidad de actuación del niño crece continuamente con su cuerpo y edad.

Aunque el interés y apoyo de los padres es muy importante para el desarrollo de la confianza en sí mismo tanto de los niños como de las

niñas, se ha averiguado que la dinámica de comportamiento varía dentro de cada familia individual según se trate de un niño o de una niña. Los chicos con confianza en sí mismos proceden de familias en las que el padre interviene frecuentemente en la actividad del niño pero no impone normas estrictas de conducta. Las niñas que confían en sí mismas tienen también padres que están cerca de ellas y que están interesados por su desarrollo (véase Goldin y otros, 1972, 41). Sus madres sin embargo tienden a rechazarlas o bien a ser excesivamente tolerantes. Esto muestra que cuando los varones entran activamente en la educación de sus hijos la tendencia general es que éstos lleguen a tener confianza en sí mismos. A menudo, sin embargo, los padres tienen más interés por los hijos que por las hijas, y de este modo se perpetúa la tendencia a que los varones tengan mayor confianza en sí mismos que las hembras. En circunstancias especiales, cuando una madre no es una educadora activa de su hija, el padre puede intervenir activamente, aunque no sea típico, en su desarrollo. Esto puede proporcionar a la niña un modelo de conducta adulta llena de confianza aparte de los ánimos que dé el padre a la hija para el desarrollo de este rasgo.

Para estimar estas diferencias entre los sexos es útil examinar las pautas de dependencia. Los investigadores han averiguado que los niños de menos de ocho años tienen diferencias mensurables de dependencia, pero estas diferencias no tienen relaciones claras con el sexo (Bardwick, 1971, 117). Lo que sí es significativo es la relación entre la dependencia y la actitud de los padres para con los hijos. Estos datos indican que los niños con dependencia son aquellos que tienen padres que ni son cariñosos ni les ayudan. Estos padres no satisfacen las necesidades psicobiológicas de sus hijos. El niño aprende, al parecer, a desconfiar de sus padres porque éstos no le proporcionan las gratificaciones deseadas. Esto hace a su vez que el niño sea inseguro y tenga una necesidad constante de reafirmación de las relaciones. A juzgar por los datos que poseemos, las probabilidades de dependencia son las mismas en un niño que en una niña.

En la edad escolar el sexo entra en relación con la dependencia. Las chicas tienen mayor dependencia que los chicos y ésta es la situación que se da también en la época adulta. De hecho, un estudio a largo plazo (más de veinticinco años) realizado por Kagan y Moss (1962) mostró algunos contrastes interesantes en las pautas de dependencia. En las hembras se comprobó que las pautas de dependencia tienden a ser las mismas a lo largo de toda la vida. O sea, muchachas con gran dependencia en la época adolescente seguirán teniéndola en su madurez. En cambio entre los varones no ocurre así. Es muy corriente que adolescentes con gran dependencia lleguen a ser adultos independientes.

Estos resultados sugieren que los apremios sociales que llevan a los varones a la independencia siguen siendo igualmente intensos a lo largo de todo su desarrollo. Así, hay muchachos que pueden aprender a com-

portarse con independencia cuando ya son adultos, mientras que las hembras que no han aprendido a ser independientes de niñas ya no volverán a ser estimuladas a ello en su vida posterior.

Los hombres y mujeres adultos también difieren de modo significativo en los focos de su dependencia. Se ha comprobado que las mujeres adultas con gran dependencia tienden a centrar todas sus necesidades de gratificación en un único individuo que es el objeto de su amor. A menudo estas personas son los maridos o amigos varones de esas mujeres. Los hombres con gran dependencia suelen tenerla con respecto a varios individuos a la vez. Entre éstos se incluyen a menudo algunos de sus amigos varones junto a los objetos de su amor.

Estas observaciones muestran que la dependencia es diferente según se trate de los hombres o de las mujeres. Parece que la mayor parte de los hombres, incluso los que tienen mayor dependencia, han logrado en nuestra sociedad alcanzar un grado relativo de confianza en sí mismos superior al de las mujeres. Ocurre como si en los hombres el desarrollo de la confianza en sí mismos fuera algo que no se detuviera hasta una fase bastante tardía. En cuanto al modo de transmitir estos comportamientos a los niños, sigue siendo un campo interesante que todavía espera las energías de los investigadores. De hecho sabemos tan poco actualmente sobre este tema que mucha gente piensa que los factores biológicos son los más determinantes (véase Maccoby, 1966).

Resulta curioso, pero lo cierto es que sabemos mucho más acerca de cómo las madres de los simios estimulan activamente a su prole a que se haga independiente. Jensen y sus colaboradores (1968) averiguaron que las madres de los simios animan a sus hijos a ser independientes en grado mucho mayor que a sus hijas. El método por el que lo consiguen consiste en castigar mucho más a menudo a los machos y en negarles con mayor frecuencia los contactos físicos positivos que a las hembras. Este tratamiento diferenciado no empieza al nacer sino más tarde, en las primeras fases del destete.

En los humanos intervienen en el desarrollo del sentimiento de independencia otros muchos factores junto al de la interacción entre la madre y el hijo. Ya nos hemos referido a la intervención del padre. Pero, además, hay factores ajenos a las relaciones personales que también cuentan. Bardwick (1971, 117) sugiere que pueden contribuir a las diferencias hasta los juguetes. Esta autora observa que los chicos juegan frecuentemente con juguetes que sólo funcionan si son construidos adecuadamente. El niño es capaz de juzgar por sí mismo si sus esfuerzos han tenido éxito o no. Las niñas suelen en cambio jugar con juguetes que no estimulan el juicio independiente del propio éxito. La decoración de una casa de muñecas requiere la opinión de los otros para que la niña pueda juzgar si sus esfuerzos han dado o no resultados agradables.

No conocemos la existencia de estudios rigurosos que analicen las rela-

ciones entre los juguetes y las variante dependencia-independencia. Hay, sí, estudios más generales sobre la asignación de sexo, es decir el proceso social de educación que introduce al niño en su papel sexual o género. Ball (1967), por ejemplo, dice que los juguetes forman parte del ambiente social que pesa sobre el niño, y que afectan a su comportamiento. Weitzman y sus colaboradores (1972) han investigado el papel que en la asignación de sexo juegan los libros de imágenes que se utilizan para la educación preescolar. Goodman y Lever (1972) han examinado las actitudes en relación con los juguetes y han descubierto que en general los juguetes para varones son más complejos y estimulan más el juego activo y social que los de las niñas. Los juguetes de las niñas fueron calificados de menos complejos, menos activos y menos sociales que los de los chicos. Es interesante que en sus encuestas comprobaran que, entre los niños más pequeños, todos prefiriesen los juguetes destinados en principio a los varones. En sus conclusiones estos autores dicen que en general los juguetes de las niñas estimulan formas de juego más solitarias, pasivas y sencillas.

Dependencia en las sociedades no occidentales. Las observaciones de las últimas páginas nos indican que en la sociedad de los Estados Unidos los varones se caracterizan por su independencia mientras que las mujeres que conservan pautas de dependencia semejantes a las de los niños son socialmente aceptadas. Estas diferencias según el sexo en el estímulo social dado a los individuos para que alcancen o no la independencia parece caracterizar a muchas sociedades.

Barry, Bacon y Child (1957) compararon los métodos de educación e ingreso en sociedad de los dos sexos en varias sociedades, a partir de las informaciones que sobre este campo habían proporcionado los antropólogos. Uno de los temas estudiados fue el de la confianza en uno mismo. El estudio se hizo de modo que dos jueces leían cada una de las informaciones dadas por los etnólogos y decidían si un rasgo determinado era enseñado por igual a los niños de los dos sexos o si se enseñaba de forma diferente a cada sexo. Cuando los juicios diferían se consideraba que era un rasgo sin relación específica con el sexo.

Los investigadores comprobaron que en el 85 por ciento de las 82 sociedades estudiadas la independencia era un factor que se estimula más en los niños que en las niñas. En el otro 15 por ciento de sociedades estudiadas, un juez estimó que la educación dada en este campo era igual para ambos sexos, mientras que el otro opinó que era mayor el estímulo de la independencia en los chicos que en las chicas.

Este resultado es sorprendente, sobre todo teniendo en cuenta lo difícil que resulta establecer comparaciones entre informes preparados por diversos investigadores. Nosotras creemos que estos resultados no indican que las mujeres tengan una tendencia intrínseca a la dependencia mayor que los hombres. Lo que parece claro en cambio es que la independencia

es algo que hay que enseñar y que esta lección está dirigida más bien hacia los chicos que hacia las chicas en un gran número de sociedades. Hace falta explicar esta situación y una de las formas de hacerlo sería estudiar las sociedades en las que se encuentra un grado muy alto de dependencia femenina. Es posible que todas estas sociedades compartan una serie de características comunes que conduzca a la dependencia de la mujer. Pero antes de enfrentarnos a esta cuestión examinaremos una sociedad que no corresponde al modelo norteamericano en cuanto a las relaciones entre dependencia y género.

Los tchambuli son un grupo que vive en el centro de Nueva Guinea y que ha sido estudiado por Margaret Mead (1963). Habitan cerca de las orillas de un lago y su principal actividad económica es la pesca que, sin embargo, es complementada por la manufactura de objetos comerciales y los productos de los huertos que hay junto a sus viviendas. La mayor parte de los alimentos que no obtienen de la pesca provienen de los intercambios comerciales con pueblos horticultores a los que dan, a cambio de comida, pesca y objetos manufacturados.

En esta sociedad las proveedoras son las mujeres. Ellas obtienen gran parte de la pesca y ellas se encargan en su mayor parte del cultivo y la manufactura. Son ellas también las que crían y educan a los niños y cuidan de la casa en la que ellas y los niños viven, separadas de los hombres. Mead dice de las mujeres tchambuli que son alegres, industriosas y enérgicas. Realizan sus actividades en un ambiente de solidaridad, amistad y cooperación (Mead, 1963, 239).

Los términos utilizados por Mead para hablar de la vida de los hombres de este pueblo no son tan brillantes. Viven en casas ceremoniales divididas por clanes e instaladas junto a las orillas del lago. Ellos cocinan y buscan la leña para ellos mismos. Son también diestros artistas que ocupan mucho tiempo en la preparación de complicadas máscaras, calabazas adornadas y ornamentos personales, y también en el aprendizaje de la interpretación de la música sagrada de su sociedad. La atmósfera de las casas de los hombres es, dice Mead, recelosa, competitiva y llena de pequeños celos. Las alianzas interpersonales de los hombres son inconstantes, insustanciales y brevemente intensas. «Los miembros de las casas de los hombres no son fijos, y hay frecuentes peleas. Al menor desaire —la pretensión de ser de mayor categoría uno que otro, el olvido por parte de la esposa de un hombre de alimentar los cerdos de otro, la no devolución de algo prestado— la persona que se siente herida abandona la casa y se va a vivir con otro grupo del clan con el que tenga relación» (Mead, 1963, 246).

Estas diferencias están en parte relacionadas con las características de la organización social. Aunque tanto hombres como mujeres estén afiliados a uno u otro clan, los hombres tienen además otras asociaciones que se entrecruzan con las basadas en los clanes. Estas alianzas formales entre

los hombres dependen de la situación del momento; hombres que se alían porque están del mismo lado en una cuestión se alistarán en bandos rivales cuando se discuta sobre otra. Las mujeres, en cambio, centran sobre todo sus actividades en las estructuras de los clanes y en su quehacer diario tienen relaciones sobre todo con las otras mujeres del mismo clan. Esto ocurre así porque a menudo las co-esposas de una mujer son hermanas suyas y su suegra es también su tía paterna. Todas estas mujeres han convivido a lo largo de gran parte de sus vidas y sus relaciones son estables, duraderas y coherentes con las filiaciones formales. Los hombres se ven por el contrario sometidos a presiones que van en contra de su filiación clánica.

Otro aspecto de las diferencias en las relaciones existentes entre los individuos del mismo sexo es que el noviazgo enfrenta a los varones. Aunque idealmente los hombres pagan un precio en el intercambio por el que deben obtener su esposa, de hecho son las mujeres las que eligen a su compañero. «Nadie sabe a quién elegirá una mujer, cada joven contiene el aliento y espera, y ninguno está dispuesto a confiar en los otros» (Mead, 1963, 258). La desconfianza característica de las relaciones entre los varones se exacerba con el matrimonio. A menudo un muchacho se ve casado con una mujer mayor que él. No es raro que en esas circunstancias la mujer se impaciente con la inexperiencia sexual de su marido y recurra a relaciones con uno de los miembros del clan del marido. Este hecho concuerda con el reparto de papeles sexuales entre los tchambuli, que creen que la sexualidad femenina es superior a la masculina. El marido cornudo es ridiculizado públicamente y despreciado por no haber sido capaz de satisfacer a su mujer. Esto le lleva a ser más retraído y a ser celoso y receloso con los varones de su clan.

Las relaciones entre los sexos están implantadas en el contexto social general. El varón está relacionado con los parientes de su mujer como «grupo sólido del que depende para toda clase de apoyo, alimentos y afecto» (Mead, 1963, 251). Las mujeres, en cambio, tratan a los hombres «con amable tolerancia y aprecio» (Mead, 1963, 255). La descripción que Mead hace de los tchambuli nos muestra que aunque los hombres dominen, como ocurre en esa sociedad, desde un punto de vista legal en lo que es una sociedad organizada patrilinealmente, pueden depender tanto en lo económico como en lo sentimental de las mujeres.

Los niños tchambuli son educados de una manera que les prepara para sus futuros papeles sexuales. Los niños y niñas son tratados de manera prácticamente igual hasta que alcanzan los seis o siete años. Hasta esa edad pasan todo el tiempo junto a sus madres y las otras mujeres del clan. Todas ellas prestan cuidados y atenciones a todos los niños. Las niñas, a los seis o siete años, continúan en el mismo ambiente y rápidamente aprenden las tareas propias de la hembra y se responsabilizan de trabajos en la casa.

Los chicos, a partir de los seis o siete años, empiezan a pasar menos tiempo con las mujeres. A diferencia de las niñas de su edad, no se les da la oportunidad de participar en la vida de los adultos hasta el máximo de su capacidad. Cuando llegan a la juventud sólo se les deja entrar en las casas de los hombres en muy raras ocasiones. Estas vagas prohibiciones son flexibilizadas gradualmente, pero a menudo el muchacho no está muy seguro de cuáles son sus derechos. De hecho, los niños pasan unos tres o cuatro años de su vida en los que no tienen un lugar seguro ni con las mujeres ni con los hombres. Esto les hace desconfiados y resentidos, y estos rasgos ya no les abandonarán en toda su vida. En ese período de incertidumbre el muchacho es sometido a un sacrificio ritual. Este doloroso acontecimiento no marca sin embargo la llegada de la madurez. Y ni siquiera es un acto colectivo de varios muchachos de su edad. Simplemente, cuando así lo deciden los adultos de su clan, el muchacho es escarificado. La recuperación es solitaria y sin compensaciones.

Discusión. Entre los papeles sexuales de las tchambuli y los norteamericanos se da una serie de paralelismos interesantes. En ambas sociedades uno de los sexos depende emocionalmente del otro. En Estados Unidos las mujeres son dependientes. Entre los tchambuli lo son los hombres.

Además, la dependencia de uno de los sexos no se reduce al campo sentimental sino que abarca también en los dos casos la dependencia económica. Así, en las dos sociedades la dependencia emotiva y económica están relacionadas con el sexo del individuo y siguen las mismas líneas.

En ambas sociedades, los niños del sexo que tiene el poder económico son enseñados de forma que aprenden las técnicas necesarias para su futuro bienestar. Y conforme crecen son estimulados para que lleguen a adquirir independencia. En cambio, los niños que no pertenecen al sexo que tiene el poder económico no son animados a que adquieran este rasgo y, debido a las ambigüedades presentes en la consecución de la posición de miembro adulto de la sociedad, estos niños tienen mucha inseguridad personal y gran falta de confianza en sí mismos.

En otras sociedades, ¿existe también una relación entre la dependencia caracterológica y la dependencia económica como en las dos sociedades que hemos analizado? No podemos dar una respuesta adecuada a esta interesante pregunta porque carecemos de información suficiente. Hemos averiguado que en un número de sociedades mayor de lo que sería de esperar si solamente interviene la casualidad, la independencia es un rasgo que se enseña solamente a los varones. En capítulos posteriores mostraremos que también el poder económico está concentrado en los varones en un número desproporcionado de sociedades. Esto sirve en cierto modo para dar fuerza a la idea de que existen relaciones entre estos dos factores. Lo que necesitamos es un estudio de las relaciones entre la dependencia económica y sentimental según el sexo, en un número grande de sociedades.

Nosotras planteamos una hipótesis según la cual en las sociedades en que el poder económico está distribuido de forma desigual según el sexo, la dependencia emotiva también tendrá relación con el sexo. Creemos que estos dos tipos de dependencia se presentarán siempre con el mismo tipo de distribución por el sexo. Si se confirma esta hipótesis, podemos esperar que este tipo de organización social tenga alguna ventaja para la adaptación al medio de las sociedades. Es posible que una dependencia excesiva por parte de un sexo asegure una estrechísima ligazón entre los sexos en una única estructura social. Los lazos no se establecen a partir de la base de la independencia mutua sino precisamente como consecuencia de la dependencia asimétrica.

Ambición

Si volvemos otra vez a los resultados de nuestra encuesta (tabla 3-1) veremos que la ambición es una característica que se atribuye más al macho que a la hembra en los casos en que se opina que se trata de un rasgo de la personalidad relacionado con el sexo del individuo. Una cifra algo menor de la mitad de los universitarios encuestados opinó que se trata de un rasgo no relacionado con el sexo.

La ambición es un gran deseo de lograr un objetivo. Naturalmente, los objetivos que las personas se proponen son infinitamente variados. Algunos de estos objetivos, como el de superar la marca de bailar sin parar o el de comer salchichas, entran más bien en el terreno de lo circense y no suelen ser considerados como índices de ambición. Pero lo cierto es que las personas que quieren alcanzar ese tipo de objetivos han de tener por fuerza un deseo de éxito muy desarrollado. Con la palabra ambición suele, sin embargo, designarse un tipo de objetivos más a largo plazo, generalmente relacionados con las aspiraciones profesionales.

Parece claro que los objetivos que se proponen los hombres y las mujeres no coinciden casi nunca. En general los hombres se orientan hacia objetivos relacionados con su oficio o profesión, o con la exhibición de la fuerza y habilidad física. En estos terrenos resulta fácil determinar criterios que permiten medir los resultados obtenidos con bastante precisión. En la sociedad norteamericana las mujeres no suelen participar en terrenos de estas características, como no sea de forma tangente. De hecho, en las mujeres la ambición suele estar muy relacionada con las relaciones personales, zona que no se acomoda en absoluto a criterios exactos de medida del triunfo. En este sentido, aunque las mujeres, como grupo, puedan manifestar la misma cantidad de ambición que los hombres, la comparación entre uno y otro tipo de ambición resulta difícil de establecer debido a las diferencias existentes entre los objetivos que se desean obtener.

Los psicólogos utilizan una serie de técnicas que les permite medir lo

que ellos llaman motivación por el logro, o sea el impulso personal determinado por el deseo de triunfar o conseguir algo. Hace ya tiempo que se sospecha que este rasgo es uno de los diversos factores que determinan en último término el éxito profesional o económico de las personas (véase Heckhausen, 1967). Las pruebas son concebidas de forma que sólo se investigan los objetivos perseguidos generalmente por los hombres, mientras que los de las mujeres no son medidos y, en consecuencia, la hembra suele puntuar muy bajo.

Pero aunque se reconozca la existencia de diferencias en los objetivos que se proponen los hombres y las mujeres, hace falta todavía explicar la razón por la que se dan tales diferencias. ¿Es cierto que las mujeres carecen del impulso de triunfar en actividades no personales porque sus necesidades creativas son satisfechas por su actuación como reproductoras y educadoras? Esta explicación es, ciertamente, la que más a menudo se da. A la inversa, ¿es posible que los muchachos nazcan con fuerzas, relacionadas quizás a pautas de envidia del útero, que les empujan implacablemente a acercarse cada vez más a sus objetivos? ¿Por qué las mujeres no buscan el triunfo del mismo modo que los hombres, y viceversa?

Según las investigaciones resumidas por Bardwick (1971, 172-77; también Heckhausen, 1967, 141-62), en los niños pequeños la búsqueda del éxito no está relacionada con su sexo, aunque se produzcan diferencias. Para decirlo de otra manera, nos encontramos con una situación muy similar a la que hemos descrito cuando nos referimos a las variaciones en el campo de la dependencia: cuando estas diferencias empiezan a mostrarse en los pequeños, no están relacionadas con el sexo. Creemos que está observación es muy importante para la determinación final del origen de estas diferencias ya que confirma la tesis que afirma que sin los estímulos diversos de la educación social no se darían las diferencias de personalidad que la sociedad pide a cada individuo según sea su sexo.

Aunque en los colegiales más pequeños no se presentan diferencias, en sus motivaciones basadas en la necesidad de triunfar, que tengan relación con el sexo, sí se dan diferencias discernibles en relación con otras variantes de la personalidad. Los niños que tienden a conseguir éxitos son relativamente independientes y capaces de valorar su propio éxito con precisión. Lo que esperan de su actuación y los resultados de la misma son muy similares. Las niñas que tienen un alto grado de motivación relacionada con la obtención de logros son relativamente dependientes, tienen poco amor propio y utilizan el logro como medio de obtener la aprobación de los demás. Cuanto más inteligente es una niña menor es el grado de precisión con el que puede predecir su propio éxito en tareas intelectuales.

Estas diferencias de personalidad según el sexo están relacionadas con las diferentes educaciones recibidas. Es típico del niño que tiene un impulso muy desarrollado para la obtención de éxitos el que su padre le

haya estimulado mucho en ese sentido y que su madre haya tenido tendencia a cuidarle y apoyarle mucho. Las chicas que tienen este impulso nacido del deseo de triunfar tienen a menudo padres que tienen también este impulso y madres poco cariñosas u hostiles. Al parecer, estas niñas tratan de conseguir durante su infancia el afecto del padre actuando de la manera que el padre admira. Al mismo tiempo, la falta de apoyo por parte de los padres las lleva a tener poco amor propio y a carecer de independencia. En pocas palabras, el desarrollo de esta característica sigue líneas muy parecidas a las del desarrollo de la dependencia o confianza en uno mismo anteriormente analizada.

En la adolescencia, las pautas estudiadas varían en las chicas al paso que en los chicos se refuerzan. Antes de llegar a este período los chicos y chicas de clase media en los Estados Unidos obtienen aprobación social por el mismo tipo de logros. Principalmente se trata de los triunfos obtenidos en los estudios y los deportes. Después de la pubertad las chicas comprueban que la obtención de logros en esas esferas deja de ser fuente de aprobación social por parte de los otros. Ya en la escuela superior, las chicas ven que la aprobación social está todavía más determinada por su éxito en el campo de las relaciones personales. De hecho, el éxito académico parece amenazar la popularidad de las jóvenes. Estos conflictos entre el éxito social y el éxito académico no son sufridos por los chicos. Bardwick (1971, 178) indica que las mujeres que no llegan a tener motivaciones fuertes para el triunfo no llegan tampoco a tener impulsos fuertes que las lleven a tener éxitos en el campo laboral y son más felices desempeñando los papeles tradicionales de la mujer de Occidente. Las mujeres que han logrado triunfar en la fusión de los deseos de obtener logros y de tener hijos suelen en cambio desear el regreso al trabajo al cabo de diez o quince años de matrimonio, es decir, después de haber conseguido éxitos en su papel tradicional. Las mujeres que tienen necesidades de triunfo autónomo en alto grado y cuyo amor propio depende de ese triunfo muestran características como competencia, agresividad e independencia. Se trata de características necesarias para triunfar en el campo laboral pero que socialmente están consideradas como poco femeninas. Estas son las mujeres que experimentan los conflictos más graves entre su identidad y papel sexual por un lado, y por otro sus esfuerzos por lograr éxitos. Este conflicto puede conducirlas a una de estas dos salidas: abandono de su profesión o abandono de su papel sexual. Creemos que este conflicto contribuye también a explicar por qué, por ejemplo, las mujeres solteras que trabajan después de haber obtenido un doctorado en letras son generalmente menos productivas que los hombres (Bardwick, 1971, 168).

Hasta ahora hemos tratado de las diferencias según el sexo en las variantes propias de nuestra sociedad en el campo de las motivaciones relacionadas con la consecución de éxitos. Estas diferencias parecen resultar de las diferentes fuerzas sociales que actúan sobre cada sexo. Si esta expli-

cación es la que tiene mayor fuerza, es de esperar que en otras sociedades la actuación de procesos similares lleve a similares resultados.

Es una decepción comprobar que este terreno no ha sido prácticamente objeto de investigación por parte de los antropólogos que han estudiado sociedades no occidentales. Los estudios de esta naturaleza realizados hasta la fecha no son suficientes para nuestro fin ya que están basados en el análisis de contenido de narraciones folklóricas (Child, Storm y Veroff, 1958), o bien estudian solamente el problema entre los varones (McClelland, 1961, 336-90), o en individuos de los que no se especifica el sexo (Mischel, 1961), o, finalmente, con muestras que no pueden ser comparadas directamente (Kardiner, 1945, 218-38). Dennis (1955) averiguó que los niños hopi, que pueden ser considerados como no competidores si se les compara con los niveles euro-norteamericanos, lo son cuando su comportamiento no es visible para otros miembros de este mismo pueblo. La competencia entre chicos y chicas varía según el objetivo: las chicas eran más competidoras en el terreno académico, mientras que los chicos lo eran más en el terreno del atletismo.

Hay un estudio sobresaliente, el de Barry, Bacon y Child (1957), ya citado en el apartado anterior, sobre dependencia. Estos investigadores analizaron también en su muestra pluricultural la manipulación social del impulso que lleva a triunfar. Definen este proceso como «educar al niño a orientar su conducta hacia estándares de brillantez y a conseguir los mejores y más notables resultados posibles» (Barry, Bacon y Child, 1957, 327). En total consiguieron información sobre este tema en un total de 82 sociedades. De éstas, el 85 por ciento estimula en este sentido solamente a los varones y el otro quince por ciento no da muestras de tratamiento diferente según el sexo. Ninguna de las sociedades que entraban en el análisis estimula solamente a las niñas. Es desde luego posible que existan sociedades en las que se estimule solamente a las hembras, pero los datos que poseemos hacen pensar que tales sociedades son muy raras.

Nos preguntamos por qué ocurre esto. Nuestra conclusión preliminar es que la educación social que lleva a las personas a adoptar un papel determinado según el sexo es algo relacionado fundamentalmente con algunos aspectos de la organización social. En particular la motivación basada en el deseo de lograr éxitos es estimulada en aquel sector de miembros de la sociedad que se beneficiará si posee esta característica cuando desempeñe su papel económico en la edad adulta. En muchas sociedades el papel económico masculino requiere impulso e iniciativa, mientras que el femenino no lo exige. Es, de hecho, posible que si las hembras tuvieran un alto grado de este tipo de motivación resultara minada toda la estructura económica de muchas sociedades. Las relaciones entre los papeles social y económico de las mujeres en una gran muestra de sociedades será el tema a tratar en posteriores capítulos.

CRIANZA

El último rasgo de la personalidad que vamos a estudiar es el de la crianza, es decir, la tendencia a proteger y fomentar el crecimiento de otros. Nuestra encuesta (tabla 3-1) muestra que este rasgo es atribuido generalmente a las mujeres, aunque algunos de los que contestaron opinaban que no tenía relación con el sexo. La misma etimología de la palabra inglesa *nurture* [nutrición, educación, crianza] sugiere claramente su orientación femenina, pues deriva del término latino *nutrire*, amamantar, criar.

Las pruebas psicológicas suelen confirmar la impresión general que, en nuestra sociedad, atribuye este rasgo a las hembras muy por encima de los machos. Esta diferencia sexual aparece ya en la guardería infantil y sigue presente a lo largo de toda la vida (Anastasi, 1958, 481).

Como en la mayor parte de las características de personalidad de que hemos hablado hasta aquí, la diferencia de tendencia a la crianza es explicada casi siempre como producto de diferencias de tipo biológico. Esto hace pensar, a su vez, a mucha gente, que estas diferencias no pueden ser modificadas por influencias de otro tipo. La base biológica de la tendencia a criar y educar de las mujeres se atribuye a la genética general o bien a los cambios específicos de la fisiología que se asocian al proceso del nacimiento.

Veamos primero la idea según la cual la actitud atribuida exclusivamente a la mujer es consecuencia de los cambios fisiológicos que acompañan al nacimiento de los hijos. Se sabe que a lo largo del embarazo, la gestación y la lactancia la mujer experimenta grandes cambios fisiológicos. Sabemos también que en algunos mamíferos hay una fase *postpartum* durante la cual la madre se siente fuertemente atraída por su descendencia (véase Klopfer, 1971). Si la madre no tiene a su alcance a su prole en ese período no da muestras del cuidado normal. El mecanismo que regula este comportamiento no ha sido todavía identificado, pero es claro que se encuentra dentro del cuerpo de la madre.

Si existe un mecanismo similar en los humanos, lo cierto es que tiene un papel secundario cuando se trata de explicar las diferencias macho-hembra respecto a esa tendencia al cuidado, cría y educación de los pequeños. Muchas mujeres afirman que sienten una fuerte atracción hacia sus hijos a primera vista. Se trata de una afirmación intrigante y que debería ser estudiada; es posible que intervengan factores fisiológicos. Pero, a pesar de esto, las pautas de crianza de la hembra no se limitan a los sentimientos que tiene respecto a sus propios hijos. Las niñas tienen esta misma tendencia en grado muy superior a los niños ya desde los años de la guardería. Las personas con esta tendencia suelen ser amables y tienen tendencia a ayudar a todo tipo de criaturas débiles e indefensas, aunque no sean hijos suyos. Las mujeres que nunca han tenido hijos son a menudo muy cariñosas con los niños y tienen gran tendencia protectora,

e incluso las mujeres con un patrón cromosómico masculino y que nunca podrán tener hijos propios, muestran pautas normales de cuidado y tendencia a la crianza (Money y otros, 1968). Parece evidente que el proceso del nacimiento no puede hacer más que reforzar una pauta ya existente en la mujer.

Debemos ahora considerar la otra posibilidad, que las mujeres tengan esta tendencia de forma más notable que los varones debido a diferencias sexuales más fundamentales que las relacionadas con la reproducción. Sabemos, gracias al estudio de Money, que los factores cromosómicos no tienen aquí nada que ver. Las diferencias hormonales pudieran ser un factor a tener en cuenta, porque sus diferencias entre el macho y la hembra no son absolutas sino relativas y porque es posible que las hormonas afecten la organización neural en la vida del feto. Actualmente, sin embargo, no poseemos datos que relacionen inequívocamente la tendencia a los cuidados y crianza con las hormonas. Podemos así decir que las pruebas que hablan en favor de una base biológica como explicación de este rasgo no son determinantes. Tenemos en cambio bastantes pruebas que ilustran la importancia del condicionamiento social.

Una de las pruebas más atractivas en este sentido es la que procede de los estudios realizados en primates bajo la dirección de Harry Harlow. Harlow y sus colaboradores (1971) criaron macacos de la india en completo aislamiento. Se trataba de monos completamente normales en el momento de su nacimiento de modo que las diferencias de comportamiento entre ellos y los macacos de la india que viven en un ambiente normal no podían ser atribuidas a diferencias fisiológicas. Las diferencias de conducta observadas resultaron ser grandísimas. Los monos que crecieron aislados de sus congéneres mostraron síntomas que pueden ser calificados de psicopáticos. Al llegar a la edad adulta estos monos fueron incapaces de tener una conducta heterosexual normal (lo que, de paso, muestra que este tipo de conducta no es «instintiva» en esos monos). Algunas de las hembras criadas en aislamiento fueron por fin embarazadas por monos experimentados o bien mediante inseminación artificial. Sus descendientes se convirtieron en los ahora famosos monos sin madre. Todas las hembras resultaron madres inadecuadas; la mayoría ignoró a sus hijos; algunas se permitieron maltratar a sus crías con golpes que en algún caso produjeron la muerte. El estudio de Harlow muestra claramente que los factores sociales tienen gran importancia para la determinación de la actitud de cría en una especie estrechamente relacionada con la especie humana.

Los datos de sociedades humanas proporcionan una serie de pruebas que ilustran la importancia del aprendizaje social en el desarrollo de la tendencia a cuidar a los niños. De las 110 descripciones etnográficas estudiadas por Barry, Bacon y Child (1957), sólo 33 contenían informaciones sobre el aprendizaje social de la tendencia al cuidado. De este grupo de

sociedades, el 82 por ciento inculcaba este rasgo con mucha mayor fuerza a las niñas, y en un 18 por ciento no había diferencias.

Las arapesh, de los que hemos hablado con cierto detalle anteriormente, son un ejemplo de sociedad en la que la tendencia de cría y protección no está relacionada con el sexo:

> Averiguamos que los arapesh —tanto hombres como mujeres— tenían una característica que, fuera de nuestras históricamente limitadas preocupaciones podríamos llamar maternal en sus aspectos de progenitura y femenina en sus aspectos sexuales. Comprobamos que no sólo las mujeres sino también los hombres eran enseñados a ser cooperativos, no agresivos y sensibles a las necesidades y peticiones de los otros (Mead, 1963, 279).

Por contraste, Mead ha descrito una sociedad en la que los hombres tienen más acentuada esta tendencia que las mujeres. Se trata de la sociedad de los manus, situada en una pequeña isla frente a la costa de Nueva Guinea. Allí la sociedad estipula que sólo los varones disfruten jugando con los niños pequeños, y cuando Mead les llevó muñecas fueron los chicos, y no las chicas, los que las trataron como bebés.

Nuestra revisión de la información que tenemos sobre la actitud de la crianza nos induce a pensar que este rasgo de la personalidad se basa principalmente en factores sociales y que los biológicos intervienen sólo en segundo lugar. Si se realizara una investigación de todas las sociedades conocidas, probablemente comprobaríamos que en la mayor parte de los casos la educación que crea esa tendencia al cuidado es dada casi siempre a las hembras. De hecho, el cuidado de los niños es confiado en la mayor parte de las sociedades a las mujeres. Es evidente que es en esta tarea en la que más beneficioso resulta poseer esta característica. Hay otras sociedades organizadas de manera que tanto hombres como mujeres se encargan del cuidado de los niños, y en esas sociedades esta tendencia nutricia se da en todos los individuos sin distinción de sexo. En un número reducido de sociedades el cuidado de los niños es una tarea confiada a los hombres, y así esta actitud es enseñada preferentemente a los varones.

Discusión

Al empezar este capítulo hemos observado que los norteamericanos de clase media suelen tener ciertas ideas comunes sobre el comportamiento de los hombres y las mujeres. Estos dos grupos, distinguidos fundamentalmente por el criterio sexual, tienen también comportamientos diferentes en algunos aspectos. Esto significa que se cree que algunos rasgos del comportamiento están relacionados con el sexo del individuo, es decir, que hay

rasgos más característicos de un sexo que del otro. Una investigación comprobó que entre los rasgos que se creen masculinos están la agresividad, la independencia, la objetividad, la ambición, y la capacidad de realizar razonamientos abstractos. Los rasgos identificados como propios de la mujer fueron, entre otros, la emotividad, la tendencia al cuidado, la comprensión y la habilidad verbal. Probablemente, estas características no agotan las que en nuestra sociedad son atribuidas a un sexo o al otro, pero nos ofrecen al menos dos grupos de rasgos que pueden ser examinados.

Solamente hemos analizado cinco de los rasgos relacionados en nuestra sociedad con el sexo. En cada uno de los casos hemos determinado en primer lugar si la opinión general concordaba con lo que se ha averiguado acerca del comportamiento real de hombres y mujeres en los Estados Unidos. Por ejemplo, tras comprobar que la gente en general espera de los varones que sean más agresivos que las mujeres, hemos tratado de averiguar si esto era así en realidad. En todos los casos se ha visto que el estereotipo concuerda muy de cerca con los hechos observados.

Estos datos nos han llevado a otras preguntas: ¿qué es lo que determina la conducta típica de los miembros de un sexo? ¿Es posible que lo que se espera de una persona según su sexo determine su comportamiento? ¿Ocurre por el contrario que se crea un estereotipo del comportamiento según el sexo porque estos comportamientos están diferenciados debido a la existencia de diferencias genéticas entre uno y otro sexo?

A fin de examinar estos problemas de forma crítica ha sido necesario utilizar datos coleccionados según los métodos de diversas disciplinas científicas. Una de las posibilidades era aprovechar la psicología del desarrollo, que estudia el desarrollo de los rasgos en los niños. Si las diferencias de comportamiento macho-hembra tienen una base principal biológica, estas diferencias deberían ser evidentes en el comportamiento de los niños pequeños y deberían estar relacionadas con su nexo. Además, estas diferencias deberían ser coherentes con el avance del desarrollo en el ciclo vital. Con la única excepción de la agresividad, ninguno de los rasgos analizados ha producido este resultado. En los demás rasgos estudiados, las relaciones con el sexo esperado no se producen en los niños pequeños. Las relaciones aparecen solamente en niños algo mayores y sólo se dan ampliamente en la vida de los adultos. Estas observaciones inclinan a pensar que el aprendizaje es un factor fundamental del desarrollo de la mayor parte de diferencias de comportamiento relacionadas con el sexo. Podría sin embargo discutirse esta conclusión haciendo referencia a los cambios fisiológicos que se producen en la misma fase del desarrollo en la que aparecen las diferencias de comportamiento. Sin embargo, la existencia de relaciones entre el comportamiento de los padres y la personalidad de sus hijos confirma la teoría según la cual las características diferenciales de los comportamientos según el sexo vienen determinadas socialmente.

Un segundo método que debe utilizarse siempre que sea posible es el

antropológico. Básicamente hemos tratado de averiguar si, en el caso de cada uno de los rasgos estudiados, se da la misma relación rasgo-sexo que hemos encontrado en Estados Unidos, en las demás sociedades conocidas y estudiadas. La ausencia de relación entre un rasgo y un sexo, o la existencia de variantes en tal relación, indicarían que no hay conexión entre un tipo concreto de comportamiento y el sexo del individuo desde el punto de vista genético. En cambio, si se dieran asociaciones constantes entre un rasgo y un sexo habría que pensar que esa relación tiene una base biológica. Este método antropológico parte de un presupuesto general: que los procesos genéticos de diferenciación (de los que se habló en el capítulo 1) son los mismos para todos los grupos humanos.

El examen de los rasgos supuestamente específicos en un campo pluricultural demostró que no hay correlaciones absolutamente fijas entre ninguna característica de la personalidad y el sexo. Hemos comprobado que en todos los rasgos de los que tenemos información procedente de estudios de diversas culturas no hay unas relaciones fijas. Este hecho confirma también la teoría que prefiere una explicación cultural de los rasgos, en menoscabo de la explicación biológica. Sin embargo, algunos rasgos están relacionados con un sexo específico en una medida mucho mayor de lo que la casualidad hubiera podido determinar. El hecho puede ser interpretado de varias maneras. Una de ellas sería afirmar que en esos casos hay algún factor biológico que cuenta.

Pero hay un importante estudio pluricultural sobre las prácticas educativas que debilita el argumento biológico. Los datos de este estudio muestran que algunos rasgos que parecen relacionados con un sexo en un número muy elevado de culturas, son *aprendidos* por los individuos desde su infancia. Esta observación hace necesario llevar el nivel de análisis del campo individual al social. ¿Qué factores amplios de tipo social hacen ventajoso para una sociedad que se inculque la dependencia a las mujeres y la independencia a los hombres? Este tipo de análisis será el que realizaremos en posteriores capítulos.

Ha llegado el momento de ver, para cada uno de los rasgos estudiados, cuál es el factor que más influye en la aparición de diferencias según el sexo. De todos los rasgos considerados el que presenta una diversidad más clara, según se trate de hombres o mujeres, es el de la agresividad. Algunos han dicho que esto se debe a los efectos de las hormonas masculinas en el hipotálamo. Pero esta posibilidad resulta sorprendente si se tiene en cuenta que si comparamos pueblos de diversas culturas comprobaremos que la agresividad de varones y hembras está sometida a grandes variaciones. Esto quiere decir que la capacidad biológica del macho para la agresión puede ser corregida por medio de factores culturales. También el aprendizaje del lenguaje entre los humanos tiene una base biológica. Pero tanto en el caso del lenguaje como en el de la agresión, la capacidad en potencia tiene que ser estimulada por el aprendizaje social para

poder expresarse. También se ha especulado diciendo que la agresión física contra otros puede tener la misma clase de motivación que subyace en otros actos que resultan en daños para uno mismo y que se encuentran a menudo entre las mujeres. En resumen, a pesar de haberse demostrado que existe una base biológica de la agresividad, hemos visto que el aprendizaje social afecta en un grado importante a su expresión y quizás pueda determinar el que esa agresividad se dirija hacia dentro o hacia fuera del individuo.

En general se sabe que la inteligencia está relacionada con factores tanto genéticos como sociales. Es difícil estimar cómo se combinan estas dos influencias para determinar las diferencias de inteligencia entre los sexos. Una de las razones de esta dificultad es que las mediciones de la inteligencia se realizan mediante pruebas tan atadas a los conocimientos específicos de cada sociedad que resulta imposible hacer mediciones de inteligencia que permitan comparar los grupos de hombres y de mujeres de sociedades distintas. En las sociedades occidentales las diferencias de inteligencia entre los miembros de un sexo y el otro no aparecen sino tardíamente, lo cual nos lleva a pensar que el factor primario de esa diferencia no es tanto biológico como social.

La dependencia y la motivación por el éxito pueden estudiarse conjuntamente porque parecen ser rasgos interrelacionados. No hay pruebas convincentes que apoyen la tesis según la cual las diferencias observadas en la expresión de estas características por los dos sexos tienen una base biológica. Contamos en cambio con numerosos datos que apuntan la importante función desempeñada por el aprendizaje social en el desarrollo de estos dos rasgos. Además, estos rasgos muestran unas relaciones importantes con las diferentes aptitudes especiales de los hombres y las mujeres, según las indicaciones de las pruebas de inteligencia.

La actitud de crianza es también una característica que unas sociedades creen típica de la mujer pero que otras afirman típica del hombre, mientras que unas terceras no la creen vinculada en especial a ninguno de los dos sexos. Sin embargo lo más frecuente es encontrar esta tendencia en las hembras en muchas sociedades. Quizás en este caso los factores biológicos sean una causa indirecta. Como la mujer está por fuerza estrechamente relacionada con el hijo debido a las exigencias de sus cuidados, resulta beneficioso que tenga esas actitudes de cariño hacia los niños, y por tanto, que la sociedad se las inculque. Los cambios fisiológicos relacionados con el embarazo y el nacimiento de un hijo, que podrían predisponer a las hembras a esta cualidad, están relativamente limitados en el tiempo y en su amplitud. Es claro que el aprendizaje es el factor más importante de los que dan origen a este rasgo.

Capítulo 4

SEXOS SUPERNUMERARIOS

Para empezar tienes que comprender la verdadera naturaleza de la humanidad y de sus sufrimientos. Al principio nuestra naturaleza no era como es hoy. No, era muy diferente. Había, en primer lugar, tres clases de hombres, no dos como ahora, el macho, la hembra y también una tercera clase que combinaba ambos. Poseemos todavía el nombre, pero la especie ha desaparecido. El andrógino, con nombre y naturaleza propios, tenía rasgos del hombre y de la mujer. Pero hoy el nombre se usa sólo como reproche. En aquel entonces las personas tenían además la forma de esferas completas. Sus espaldas y costados constituían un círculo. Tenían cuatro manos, otras tantas piernas y dos caras, completamente idénticas, sobre un cuello circular. Estas dos caras estaban dispuestas en lados opuestos de la cabeza y tenían cuatro orejas. Y tenían doble repertorio de partes sexuales y todo lo demás que pueda ser imaginado sigue este tenor.

Andaban erectos, como nosotros lo hacemos hoy, pero fuera cual fuese la dirección que eligieran, y siempre que corrían parecían acróbatas dando vueltas en un círculo: ¡estiraban las piernas y hacían cabriolas! Así eran los tres sexos: el macho descendió, al principio, del sol, y la hembra de la tierra, y el que participaba de ambos vino de la luna, porque la luna participa de la naturaleza de la tierra y el sol. Así, eran como globos, ¿sabéis?, y seguían a sus antepasados en su forma de rodar. En consecuencia, tenían un tremendo poder y gran energía, eran arrogantes y atacaron a los dioses.

Discurso de Aristófanes en
el *Symposium* de Platón

INTRODUCCIÓN

El discurso de Aristófanes, pronunciado con gran elocuencia en el banquete descrito por Platón en el *Symposium*, intenta, evidentemente, satirizar las improbables teorías de los pretenciosos filósofos griegos. Mientras que cualquier intento de investigar la idea de la existencia de tres sexos puede engarzar con aquellos nebulosos pensadores griegos, debemos tratar

al menos de dar un análisis justo de este concepto ya que nos brindará una nueva posibilidad de perspectiva sobre el fenómeno de la identidad sexual humana.

En capítulos anteriores hemos analizado la base de las diferencias sexuales físicas y de la diferenciación de los comportamientos de los miembros de uno y otro sexo entre los seres humanos. Debería por lo tanto haber quedado claro, ya que hay muchos factores que participan en la determinación del sexo fenotípico y de los papeles correspondientes a los géneros. A lo largo de todas esas páginas hemos admitido que hay invariablemente *dos* sexos fenotípicos y *dos* géneros en toda sociedad humana. En este capítulo estudiaremos si es de hecho correcto aceptar como universal la dualidad del sexo fenotípico y de los géneros.

La posibilidad de que coexistan más de dos sexos físicos ha sido reconocida muy pocas veces por los investigadores que estudian las relaciones entre el sexo físico y la cultura. Los científicos sociales suelen aceptar que los atributos sexuales humanos son percibidos del mismo modo por todas las sociedades humanas: como una dicotomía (Edgerton, 1964; Trager, 1962). Según las ideas prevalecientes, en todas las sociedades el sexo de un niño es determinado sobre la base de dos únicas posibilidades y el juicio deriva de la apariencia de los genitales del niño. Esta percepción de la bipolaridad del sexo no se altera pese a que un gran número de sociedades saben que a veces nacen personas cuyos órganos sexuales no son ni claramente femeninos ni claramente masculinos (Edgerton, 1964, 1288). La mayor parte de los estudios existentes dan la impresión de que el sexo físico es percibido universalmente como algo exclusivamente dual.

Trager, por ejemplo, ha publicado un artículo que esboza una estructura analítica que permite estudiar sistemáticamente todas las actividades que pueden adscribirse a una concepción amplia del sexo. Esta estructura es llamada «mapa o guía sistemática» para el «antropólogo que quiere hacer estudios antropológicos sobre el sexo» (Trager, 1962, 114). Según Trager, el punto de partida para el estudio del sexo en cualquier sociedad consiste en el reconocimiento de la naturaleza bisexual de los hombres:

> Voy ahora a ampliar el punto focal que llamo bisexualidad. Sostengo, al igual que otros muchos antropólogos de la actualidad, que la cultura está firmemente arraigada en la naturaleza biológica del hombre. Y creo que esta naturaleza biológica consiste esencialmente en que el hombre sea un mamífero y que, como casi todos los demás seres vivientes de nuestra tierra, tenga dos sexos. Esto supone que al analizar la biología humana hay que hacerlo siempre teniendo en cuenta los dos sexos, y sabiendo que el hombre expresa su naturaleza biológica por medio y en virtud del sexo (Trager, 1962, 115).

Estamos, claro está, completamente de acuerdo con Trager cuando afir-

purple (violeta)	blue (azul)	green (verde)	yellow (amarillo)	orange (naranja)	red (rojo)	INGLES
Hui			Ziza			BASSA

Figura 4-1. Representación esquemática del espectro de color y su clasificación en las lenguas inglesa y bassa.

ma que el aspecto reproductivo del sexo es bipolar y que esta característica está presente en toda la vida social humana. Pero, además, creemos que Trager ha dado menos importancia de la que tiene al hecho de que los seres humanos llenen sus diferencias sexuales de significado cultural. Debido a este hecho, las diferencias sexuales físicas no tienen por qué ser consideradas necesariamente bipolares. Parece posible que la bisexualidad reproductiva humana establezca un número mínimo de sexos físicos socialmente reconocidos, pero el número no tiene que limitarse necesariamente a dos.

Antes de presentar las pruebas que apoyan el argumento según el cual una sociedad puede reconocer más de dos sexos, tenemos que discutir las bases sobre las que se erige esta argumentación. La idea de que las interpretaciones culturales del sexo puedan variar lo mismo en cuanto a su número que en cuanto a su contenido parece plausible después de una serie de estudios recientes de antropología que demuestran la existencia de variaciones culturales de muchos tipos de clasificaciones folklóricas (véase Sturtevant, 1964).

Hay pruebas cada vez más numerosas que indican que los elementos físicos ambientalmente uniformes son clasificados de formas muy diferentes según las sociedades. Por ejemplo, el espectro de color, formado por una gama de luces visibles, probablemente es percibido igual por todos los hombres, o sea que todos vemos las mismas propiedades cromáticas (Conklin, 1955). Ahora bien, la categorización de las unidades de color designadas mediante palabras es muy variable de una sociedad a otra. Por ejemplo, para los hombres que hablan en inglés (fig. 4-1) hay seis categorías principales con sus nombres correspondientes (*purple, blue, green, yellow, orange* y *red* que en español equivalen a morado, azul, verde, amarillo, naranja y rojo), pero los que hablan en idioma bassa nombran solamente dos (*hui* y *zīza*; Gleason, 1955, 4). Ambas lenguas tienen otras categorías secundarias que reciben nombres específicos a fin de permitir establecer distinciones más sutiles. Es necesario señalar que ninguno de los dos sistemas debe ser considerado superior al otro, aunque cada uno de ellos puede ser más útil para determinado fin. Gleason (1955, 5) ilustra estas afirmaciones citando las limitaciones encontradas por los botánicos de lengua inglesa cuando trataban de establecer generalizaciones so-

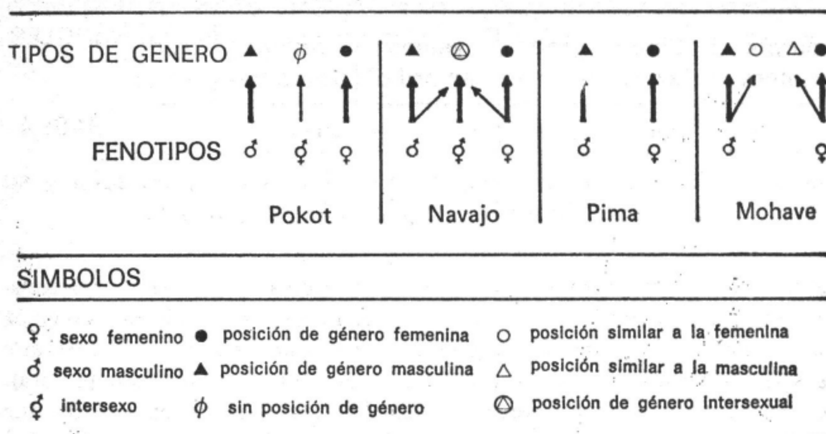


Figura 4-2. Representación esquemática de las relaciones entre las categorías del sexo biológico y las del género en cuatro sociedades.

bre el color de las flores. Los botánicos querían distinguir los azules, morados y púrpuras de los amarillos, naranjas y rojos. Y se vieron forzados a acuñar nuevas palabras técnicas ya que la distinción que necesitaban no se encuentra en el inglés corriente. Los hablantes del idioma bassa en cambio encontrarían esta distinción ya establecida en su idioma.

Se ha demostrado la existencia de variaciones en las clasificaciones folklóricas de un importante número de dominios culturales aparte del dominio del color. En los de las tierras, plantas, leña, enfermedades y tipos de parentesco (Sturtevant, 1964) y también en el de la percepción del tiempo histórico (Hudson, 1966) hay ya estudios sobre varias sociedades. Parece teóricamente posible que el dominio del sexo fenotípico pueda ser también clasificado de diversas formas por las diferentes sociedades.

Admitimos desde luego que las características físicas sexuales son, objetivamente, mucho menos variables que las zonas ya estudiadas de clasificación. Sin embargo, hay variaciones reales. Algunos individuos nacen con genitales que no son típicos del sexo masculino ni del femenino en su aspecto exterior (véase Katchadourian y Lunde, 1972, 95-97, Money y Ehrhardt, 1972, donde se encontrarán análisis de las anomalías en el sistema reproductor de los seres humanos). Se calcula que la frecuencia de aparición de estos hechos en las poblaciones humanas está entre un 2 y un 3 por ciento (según Overzier, citado por Edgerton, 1964, 1289). Los intersexos, aunque no son corrientes, aparecen con frecuencia suficiente para que muchas sociedades adviertan su existencia (Edgerton, 1964, 1289; Ford y Beach, 1951, 134). Parece posible que la existencia de tales personas sea aceptada por una sociedad como signo indicativo de la exis-

tencia de un tercer sexo. Esta posibilidad será examinada en las páginas siguientes.

Clasificaciones folklóricas del sexo

Como indicamos anteriormente, los antropólogos han aceptado generalmente que el sexo físico sea visto en todas partes como algo que se presenta como una dicotomía. Esto significa que hay muy pocas sociedades en las que se haya dado información sobre la clasificación del campo sexual. Afortunadamente contamos con tres estudios de sociedades que ilustran algunas de las posibilidades sociales existentes para la clasificación del sexo fenotípico. En una de estas sociedades la clasificación del sexo tiene dos categorías, pero en las otras dos las categorías son tres.

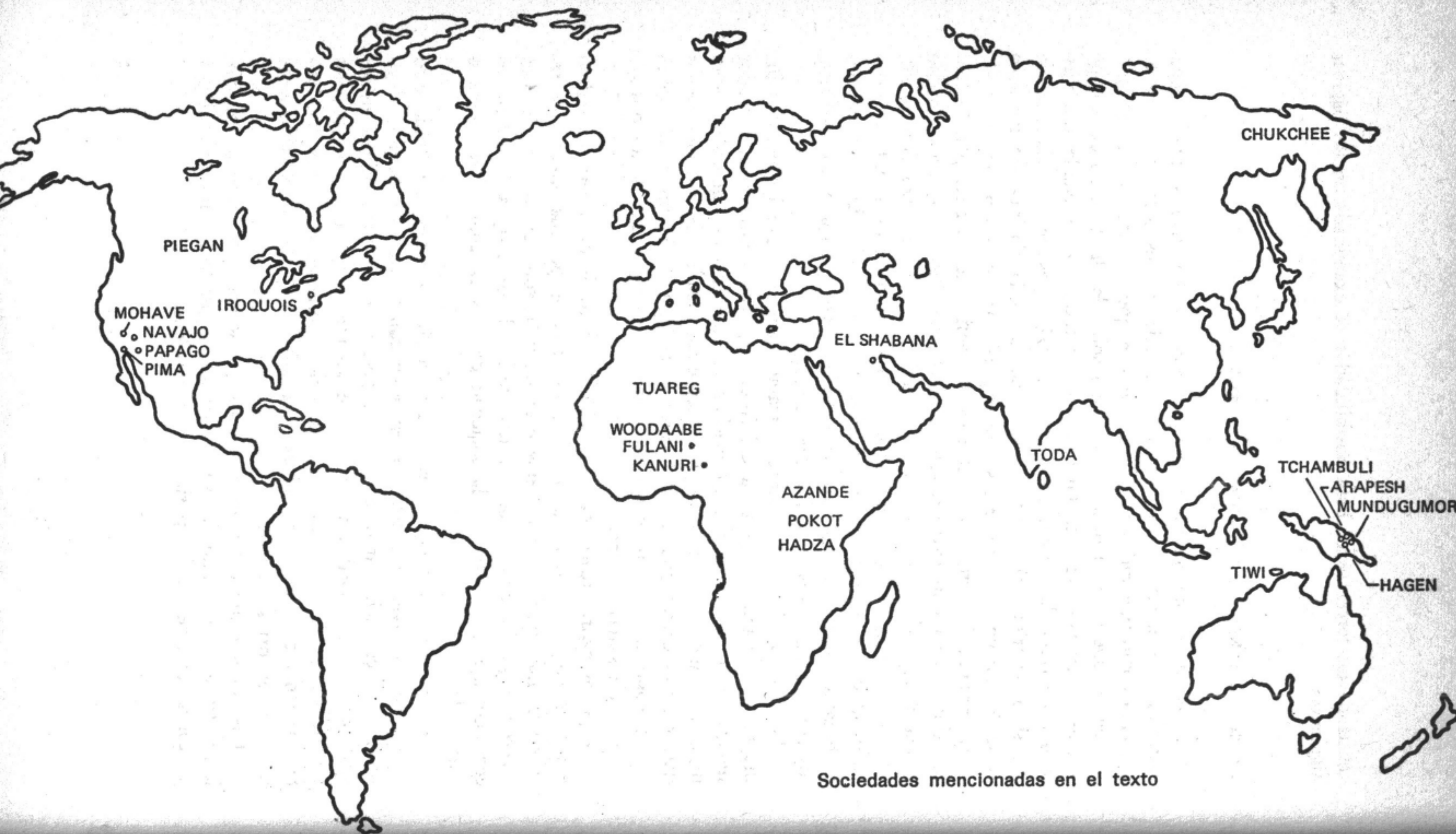
Los pokot de Kenya (fig. 4-2) son un ejemplo de sociedad para la cual hay dos sexos fenotípicos (Edgerton, 1964). La filiación de un individuo a una de estas dos clases de sexo le permite adquirir una posición masculina o femenina dentro de esa sociedad. La transición de la infancia a la edad adulta es anunciada por un rito de circuncisión. Los dos papeles correspondientes a cada género dan especial importancia a la belleza física, los triunfos amorosos y la destreza sexual.

Edgerton ha informado sobre el tratamiento dado por los potok a los individuos situados en la zona del intersexo. Tales individuos, llamados *sererr,* no son considerados ni machos ni hembras. Sus genitales están insuficientemente desarrollados para ser circuncidados de ninguna de las dos maneras correspondientes al varón o la hembra. Si un potok no es circuncidado no adquiere la posición correspondiente a uno de los dos géneros adultos reconocidos.

Algunos padres reaccionan ante el nacimiento de un *sererr* matándolo inmediatamente. Se trata de una reacción tolerada por los pokot, que recurren al infanticidio siempre que nace un niño con defectos graves. Los *sererr* son por lo tanto solamente uno de los diversos tipos de individuos con desviaciones físicas que la sociedad diagnostica como defectuosos o indeseables.

Pero en algunas ocasiones se permite vivir a los *sererr.* Cuando esto ocurre estos individuos nunca pueden pasar como varones o hembras legítimos y su condición ambigua es de conocimiento público. Viven en los márgenes de su sociedad y no pueden adoptar ninguno de los papeles genéricos reconocidos. A menudo consiguen cierta aprobación social destacando en actividades económicas, pero sus vidas están implacablemente limitadas en otros aspectos.

Los pokot reconocen pues dos sexos que se excluyen mutuamente. Sin la identificación con uno de esos dos sexos, un individuo no puede llegar a alcanzar una de las dos posiciones reconocidas.



Sociedades mencionadas en el texto

Los navajo (fig. 4-2) reaccionan de forma muy diferente al nacimiento de un individuo intersexual (Hill, 1935). A estos niños les llaman *nadle*. Los «verdaderos *nadle*» son identificados como tales desde el nacimiento. Su aspecto sexual les separa tanto de varones como de hembras y les da en contrapartida el privilegio de ocupar una posición genérica que podemos llamar también *nadle*. Esta posición contrasta también con la masculina y la femenina.

El género del *nadle* está integrado por dos tipos de personas, los auténticos *nadle* y «los que fingen que son *nadle*» (Hill, 1935, 273). Los que fingen son personas cuyos genitales son masculinos o femeninos. Hill explica que cuando estuvo estudiando a los navajo había un número aproximadamente igual de *nadle* masculinos y femeninos. Estas observaciones indican que los navajo creen en la existencia de tres posibilidades respecto al sexo: reconocen tres categorías de sexo físico y admiten tres estados en cuanto al género sexual.

Esta interpretación del *nadle* como un tercer grupo genérico se ve confirmada por otras informaciones proporcionadas por Hill. El código del vestido del *nadle* es al parecer variable, según las inclinaciones del individuo. Algunos se ponen ropa de varón o ropa de hembra según las circunstancias específicas. Los datos de Hill nos llevan a pensar que en esas ocasiones el *nadle* actúa de acuerdo con el vestido que se ha puesto. Es decir, un *nadle* hará trabajos de mujer cuando se ponga ropa de mujer y de hombre cuando lleve ropa de hombre. Se dice que los *nadle* auténticos prefieren la ropa de mujer. Esta posibilidad de usar uno u otro tipo de ropa, y la de dar lugar a que el individuo exprese sus preferencias, son un reflejo simbólico del hecho de que un *nadle* puede realizar las funciones y tareas tanto de los hombres como de las mujeres.

En un sentido económico, un *nadle* emprendedor tiene ventajas tanto sobre el hombre como sobre la mujer. Puede hacer todas las tareas que hace cualquier navajo, excepto la guerra y la caza, y esto supone que sus posibilidades de encontrar un oficio o función adecuado a su capacidad son mayores que las de los hombres y las mujeres. Los *nadle* tienen además derechos especiales sobre la propiedad privada de los otros miembros de su familia. Pueden disponer de la propiedad privada de sus parientes sin pedirles permiso. Los hombres y mujeres navajos no tienen nunca este tipo de derechos.

Hill cuenta que en ciertos aspectos los *nadle* actúan y son tratados como mujeres. Adoptan el papel de las mujeres en los bailes, se les llama con nombres de familia según el criterio empleado con las mujeres, y tienen la posición social y legal de las mujeres, que es más elevada que la de los hombres. Estas circunstancias, sumadas al hecho de que se dice de los *nadle* auténticos que prefieren la ropa de mujer, son quizás un ejemplo de «tránsito» en una sociedad primitiva (véase Goffman, 1966).

En otros aspectos la posición ocupada por el *nadle* está claramente

distanciada tanto de la ocupada por los hombres como de la ocupada por las mujeres. Estos individuos actúan, por ejemplo, como mediadores en las disputas entre un hombre y una mujer, gozan de una licencia sexual especial, y pueden casarse con un miembro de cualquiera de los dos sexos biológicos. Según los informadores, los *nadle* auténticos no se casan nunca.

La posición definida y respetada que ocupa el *nadle* es posibilitada porque goza de la aprobación de la ideología social. Una figura importante de la mitología navajo es *May-des-tizhi,* de quien se dice que fue hombre y mujer. Este personaje mítico era especialmente rico y era responsable del cuidado de todas las criaturas apareadas de la tierra. En una fase de la era mitológica los sexos discutieron y se separaron y May-des-tizhi fue quien ayudó a inclinar la balanza del lado de los hombres porque este personaje podía realizar las tareas de las mujeres (Klah, 1942).

Hay otra sociedad en la que se reconocen seguramente tres sexos, pero es difícil decidir si es así por falta de información suficiente. Esta posibilidad surge en el estudio de un pueblo llamado *hijarā,* habitante de la India. Se trata de grupos de la farándula que se dedican a actuar en los festivales religiosos y en las celebraciones en honor del nacimiento de los hijos. Los *hijarā* viven y trabajan juntos y cada grupo tiene un territorio en el que actúa. En Allahabad se celebra una asamblea en la que las varias compañías se reúnen para distribuir formalmente los territorios (Opler, 1960, 507).

Tres *hijarā* que fueron entrevistados por Opler dijeron de sí mismos que eran intersexuales y afirmaron que todos los *hijarā* «nacen así» (Opler, 1960, 506). Aunque estas personas adoptan nombres femeninos y siguen la forma de vestir de las mujeres, no se consideran masculinos ni femeninos. Los informadores de Opler dijeron que ellos no eran como los actores que se disfrazan de mujer solamente cuando están actuando. Thevenot, que escribía en el siglo XVII, señalaba que en Surat se obligaba a los hermafroditas a usar turbante de hombre y ropa de mujer (Laufer, 1920, 262).

Carstairs (1958, 59), contrastando con lo que dice Opler, afirma que los *hijarā* son hombres que se prostituyen. Esta conclusión fue resultado de informaciones dadas por personas que no eran *hijarā.*

La falta de concordancia en los textos que se refieren a la morfología genital, las funciones sociales, y las funciones sexuales de los *hijarā* hace imposible dar un análisis de los hechos por ahora. ¿Hay algunas de estas personas que sean, como pretenden, intersexuales? En caso afirmativo, ¿se trata de algo que se reconoce ya desde el nacimiento y que es entendido como un tipo de sexo diferente y permite por tanto dar validez posteriormente a la posición del *hijarā*? ¿Ocurre al contrario que la sociedad india considera como un defecto la intersexualidad y que reúne a todos los individuos de esa clase por motivos que tienen que ver con la seguridad económica? Hace falta que se realicen nuevas investigaciones antes de poder contestar estas preguntas.

Nuestro análisis de las clasificaciones del sexo se ha limitado a tres sociedades, principalmente porque la mayor parte de los etnólogos que han realizado estos estudios no tenían sensibilidad para este problema. De esta muestra pequeñísima hemos aprendido sin embargo que cada grupo social puede categorizar el sexo de una forma peculiar. Probablemente, la mayor parte de las sociedades cree sólo en la existencia de dos sexos; otras reconocen más de dos. La dicotomía básica de la reproducción humana establece un número mínimo de sexos, pero a veces se reconoce un tercer sexo. Podría llamarse supernumerario a este tercer sexo, en el sentido de que excede el número mínimo de los dos sexos físicos.

En este análisis hemos cuidado de separar el sexo físico del género. Hemos comprobado que, al menos entre los navajo, hay una posición social supernumeraria según el género, que corresponde a una categoría sexual supernumeraria. En las siguientes páginas trataremos de otros ejemplos de sexo supernumerario.

Géneros supernumerarios

Los antropólogos han sido más sensibles a las variaciones de género que a las clasificaciones del sexo. Las variaciones en el contenido del género según las culturas, por ejemplo, han sido admitidas por casi todos los antropólogos como prueba de la importancia que tiene el aprendizaje en la vida humana. No son tantos los investigadores que se han preocupado por las variaciones en el número de géneros encontrados en cada sociedad. Margaret Mead es una excepción en este sentido:

> Todas las sociedades humanas conocidas reconocen las diferencias anatómicas y funcionales existentes entre machos y hembras, de formas complicadas y complejas; y lo hacen por medio de pequeños matices de la conducta en posturas, modo de andar, diferencias en el habla, adornos y vestido, división de trabajos, posición social y legal, papel religioso, etc. En todas las sociedades conocidas se trata el dimorfismo como uno de los principales factores de diferenciación de cada ser humano, a la misma altura que el factor de la edad, otro universal del mismo tipo. Sin embargo, mientras que en los EE.UU. contemporáneos sólo se ofrecen a los niños dos papeles sexuales aprobados, en muchas sociedades hay más (Mead, 1961, 1451).

Mead afirma claramente que en su opinión las sociedades pueden tener dos o más posiciones sexuales. En esa misma obra la antropólogo analiza a continuación lo que ella llama «profesiones sexuales» que, en muchos casos, son tan parecidas a las posiciones sexuales que creemos poder llamarlas confiadamente géneros supernumerarios.

Estos géneros supernumerarios que analizamos a continuación han sido

seleccionados entre los pueblos siguientes: los pima, los mohave, los indios de las llanuras de lengua siouan, los pieganos del norte, los chukchee y los azande.

Los pima, indios norteamericanos del sudoeste, reconocían al parecer dos fenotipos sexuales y dos géneros en tiempos anteriores al encuentro de razas (fig. 4-2). Las pruebas de esta afirmación las proporciona una investigación (Hill, 1938, 339) sobre las actitudes de los pima ante el travestismo, que es practicado frecuentemente por personas que adoptan el sexo contrario no sólo en la forma de vestir sino también en muchos otros aspectos del comportamiento (véase Angelino y Shedd, 1965). Esto supone por lo tanto adoptar un papel genérico que no es el que corresponde al sexo físico de la persona. La prohibición que pesaba sobre el cambio de vestido entre los pima era por tanto una prohibición contra el cambio de género.

Esta ausencia de travestismo entre los pima se explica en uno de sus mitos (Hill, 1938, 339). Los disfraces, se dice, se originaron entre los papago, un pueblo vecino, debido a la escasez de materia prima en el territorio pima. Como los pima no tenían materia prima suficiente para fabricar arcos y flechas (símbolos de la masculinidad), pidieron esos materiales a los papago. Estos les enviaron dos muchachos para que entregaran los productos, que llevaban metidos en redes (símbolos de la feminidad). Los chicos se convirtieron en travestis al regresar a la zona de los papago. Los pima no sufrieron ese destino.

Los pima educaban a sus niños de forma que se les preparaba para sus futuros papeles de la edad adulta. Ya en la primera infancia se separaba a los niños según su sexo y no se permitía a los de un sexo jugar con los juguetes de los del otro. Si un niño empezaba a actuar igual que los miembros del sexo femenino, se le sometía a una prueba en la que se decidía su futuro. Se le metía en una cabaña de broza en el que había un arco, una flecha y un cesto. Entonces, prendían fuego a la cabaña y el destino del niño se decidía según el objeto que cogía al huir. Si llevaba consigo la cesta se le destinaba a ser *wi-kovat,* término que puede traducirse «como una chica». Estas personas actuaban de forma que podría llamarse femenina, pero carecían de una posición especial en la sociedad. Los *wi-kovat* eran tratados como inferiores y eran objeto de ridículo. Si cometían crímenes, sin embargo, se les trataba con especial indulgencia porque se les consideraba como «no normales» (Hill, 1938, 340).

Es decir, los pima no estimulaban el cambio de género. Los individuos machos desde el punto de vista fenotípico que adoptaban actitudes de hembra eran considerados por la sociedad como irresponsables debido a su condición. Probablemente los pima consideraban que se trataba de una enfermedad mental en lugar de clasificarles como un tercer tipo de género.

Hay pruebas convincentes (Devereux, 1937) de la existencia de dos géneros supernumerarios entre los mohave, grupo de indios que vivían en

California y estados adyacentes en la época del contacto (fig. 4-2). Estas dos posiciones servían para las hembras fenotípicas que adoptaban papeles similares a los de los varones y para machos fenotípicos que adoptaban papeles correspondientes a las hembras. Se les llamaba *hwame·* y *alyha·* respectivamente. El cambio de una posición correspondiente al sexo fenotípico a una que contrastaba con él es descrita (Devereux, 1937, 500) predominantemente en cuanto al comportamiento sexual, pero queda claro que, en sí, la actividad homosexual no basta para diagnosticar este cambio en el género, puesto que los individuos que entraban en relaciones sexuales con estas personas de los géneros supernumerarios no eran considerados ni como *hwame·* ni como *alyha·*. La actividad sexual de los individuos que tenían una posición sexual alterna no es más que una parte del cambio total del papel genérico de esa posición.

Los chicos que deseaban juguetes y vestidos propios del sexo opuesto eran sometidos formalmente a una ceremonia de iniciación que tenía por función legitimizar el cambio de posición. Los varones fenotípicos en proceso de convertirse en *alyha·* se comportaban como mujeres en la ceremonia y se les regalaba una falda de cortezas que luego se ponían. A estos chicos se les sometía a esta ceremonia en lugar de llevarlos al ritual de la pubertad a que se sometía a los varones. Es decir, no se les atravesaba la nariz y, cuando se pintaban, lo hacían siempre como las mujeres adultas. Además, adoptaban nombres femeninos.

Las hembras fenotípicas pasan al parecer por un proceso similar de iniciación que les da acceso a su nueva posición de *hwame·*. Aunque hay informaciones contradictorias acerca de la existencia o inexistencia de esta ceremonia (Devereux, 1937, 508), ello se debe probablemente a que esta posición había entrado ya en decadencia debido a la influencia cultivadora de la sociedad norteamericana de base europea. Tradicionalmente la *hwame·* se pintaba como lo hacían los hombres, vestía una especie de calzones y adoptaba un nuevo nombre. Las actividades de las *hwame·* eran muy similares a las de los varones mohave. Uno de esos individuos, descrito por un informador mohave, era un buen proveedor para el grupo pues se ganaba la vida no solamente como chamán sino también cultivando la tierra y cazando animales (Devereux, 1961, 416). Las *hwame·* pierden, sin embargo, al adoptar esa posición la posibilidad de ser elegidas jefes de la tribu o dirigentes de los soldados en momentos de guerra (Devereux, 1937, 502).

La institucionalización de los dos géneros supernumerarios estaba según nuestras informaciones lo bastante desarrollada para que los individuos que ocupaban esa posición pudieran contraer matrimonio con personas del mismo sexo fenotípico. Cuando un *alyha·* se casa produce de forma ficticia una primera menstruación vertiendo sangre en sus piernas. Tanto el esposo como la «esposa» tienen que seguir los tabúes de la pubertad de la forma acostumbrada. También hay una representación muy compleja del

embarazo. Los dolores del parto, producidos por la ingestión de un producto que provoca un grave estreñimiento, culminan con el nacimiento de un ficticio niño que se supone nace muerto. Como las madres mohave suelen enterrar ellas mismas a sus hijos cuando nacen muertos, el regreso del *alyha·* a su casa sin un hijo vivo queda explicado de una forma culturalmente aceptable.

Las *hwame·* pueden adoptar fácilmente la paternidad de niños debido a que los mohave creen que copular con una mujer embarazada puede alterar la paternidad del hijo (Devereux, 1937, 515). En lugar de observar sus propias menstruaciones, observan las de sus esposas (Devereux, 1937, 515). Se dice que algunas mujeres han pasado a la posición de *hwame·* después de haber tenido hijos.

El estudio de Devereux hace pensar que la posición de *hwame·* era socialmente considerada como menos valiosa que la de *alyha·*, pues los primeros individuos tenían restricciones a la hora de adoptar papeles de liderazgo propios de los varones mientras que los segundos no tenían restricciones. Se desalentaba a las chicas que querían ser *hwame·* pues, cuando ya habían adoptado el nuevo papel social, tenían más dificultades que los *alyha·* para encontrar esposo.

En la mitología mohave hay un episodio que da base a esta aparición de los géneros supernumerarios. Devereux cita dos relatos, dados por un viejo informador mohave, que afirman que los «homosexuales» y «travestis» han estado en el mundo desde el origen (Devereux, 1937, 501-503). Los mohave creen además que en los primeros momentos de la era mítica no había diferenciación sexual. Esto es especialmente significativo si se tiene en cuenta que «uno de los principios fundamentales de la filosofía de la vida que tenían los mohave era que todo lo que ocurre en la tierra pasa de acuerdo con reglas y precedentes que se remontan a los tiempos de la creación» (Devereux, 1961, 12).

Los sobresalientes estudios realizados por Devereux no hablan del destino de los individuos intersexuales. No poseemos informaciones acerca de las actitudes y tratamiento de los mohave para estas situaciones. En caso de que se les permitiera vivir, en su vida adulta se encontraban con cuatro posibilidades teóricas de género a elegir. Los individuos fenotípicamente machos o hembras pueden elegir entre dos posiciones. Cuando un individuo desea cambiar puede anunciarlo públicamente y hacerlo.

Los datos que poseemos hacen razonable pensar que es posible poner en duda que las posiciones *alyha·* y *hwame·* deban ser entendidas como iguales respectivamente a las de la hembra y el varón. En nuestra opinión lo mejor es considerar que se trata de posiciones diferentes, ya que, además del diferente procedimiento seguido para la asignación del papel genérico, los comportamientos apropiados a las posiciones *alyha·* y *hwame·* difieren de los de las posiciones femenina y masculina respectivamente. Estas diferencias se dan primordialmente en la actividad sexual. Además,

la reacción social ante las personas de estas posiciones de género difiere de la que producen las otras. Estas personas son objeto de frecuentes bromas por parte de los otros, sobre todo de tipo sexual. Sin embargo, sus posiciones se parecen bastante a las que ocupan hombres y mujeres, y son un buen ejemplo de personas de diferente sexo que ocupan posiciones de género casi idénticas.

Otro ejemplo de la llegada a una posición genérica supernumeraria nos lo dan los *berdache*. Este término ha sido aplicado de forma amplia a individuos de grupos aborígenes del norte de Asia y de América. Es una versión inglesa de la palabra francesa *bardash,* cuya etimología se remonta a un término persa que significa «prostituta macho» [1] (Angelino y Shedd, 1955, 121). Fue aplicado por vez primera por los exploradores franceses de los primeros tiempos a individuos que se creían adoptaban papeles pasivos en actividades homosexuales de hombres. Pero lo poco corriente del comportamiento de estos individuos no se reducía al campo de la actividad sexual; además, vestían y actuaban como mujeres. Como señaló Kroeber (1940, 209-10), hay pocas informaciones dignas de crédito acerca de la actividad sexual de estas personas: «...En cualquier caso, la actitud norteamericana ante los *berdache* subraya no tanto su vida erótica como su posición social; nacido varón llegaba a ser socialmente aceptado como hembra» (Kroeber, 1940, 209-10).

Debido a su extendida presencia en la América aborigen, la institución de los *berdache* debe haber variado en atributos según las diversas sociedades en que se encontraba. En general procedían de dos fuentes distintas: 1) cautivos de guerra (Angelino y Shedd, 1955, 122; Lurie, 1953, 710) y quizás guerreros caídos en desgracia (Lurie, 1953, 711); y 2) individuos «elegidos» para desempeñar este papel por algún poder sobrenatural. Estos últimos solían tener gran eficacia en las relaciones con lo sobrenatural en su función de chamanes, y eran por esta razón muy apreciados por los demás miembros de sus comunidades.

Las informaciones dispersas que tenemos sobre el *berdache* son bastante completas en cambio para lo que se refiere a los grupos de indios de las llanuras de lengua siouan. Hablan idiomas de esta familia los omaha, los crow, los mandan y los winnebago.

Tenemos muy poca información acerca del sexo fenotípico de los *berdaches*. Los omaha dicen que un *berdache* «no se distingue de los varones al nacer, pero cuando crece se le distingue por su voz más aguda de los otros chicos» (Lowie, 1935, 48). Este fenómeno podría deberse tanto a un mal funcionamiento de las hormonas en la pubertad como a un aprendizaje social. Un *berdache* de la tribu crow que fue examinado por un doctor resultó ser morfológicamente macho (Holder, 1889). No es posible deter-

1. Término que corresponde al español *bardaje*. (*N. del E.*)

minar a partir de las fuentes que poseemos si también los individuos intersexuales podían ser *berdaches.*

A menudo, un varón de los indios de las llanuras se convertía en *berdache* tras haber tenido una visión (Bowers, 1950; Flecher y La Flesche, 1905-6, 132; Lurie, 1953, 708). En la visión había siempre un espíritu femenino que de algún modo conducía abiertamente o mediante engaño al visionario a entrar en contacto con objetos que simbolizaban el papel femenino.

Al menos en una de esas sociedades la transformación de género llevaba consigo el cambio en la forma de vestir, de hablar y de peinarse (Flecher y La Flesche, 1905-6, 132), y permitía contraer matrimonio (Lurie, 1953, 708). En todos los casos que nos son conocidos las transformaciones de género implicaban también una espiritualización. Todos los *berdaches* eran chamanes con unas posibilidades de acceso a lo sobrenatural superiores a las de los que no eran chamanes. Lowie (1935, 48) señala que la función especial del *berdache* crow, consistía en cortar el primer árbol para la fiesta de la danza del sol, y de ahí concluye que los *berdaches* tenían que ser muchos, suficientes para que se les pudiera reservar esa tarea especial.

Simms, que visitó a los crow en su reserva a comienzos del siglo XX, fue informado de la existencia de tres individuos que eran «mitad hombre y mitad mujer». Estas personas, que eran llamadas «ella» gozaban de un nivel económico bastante alto para la media de los crow. «Se las considera además expertas en el uso de la aguja y son las mejores cocineras de toda la tribu, y son muy bien vistas por los muchos actos caritativos que realizan» (Simms, 1903, 580).

Mead dice que los *berdache* combinan los rasgos del cambio de papel y del ceremonialismo. En su opinión el papel del *berdache* no puede ser cabalmente comprendido si no se definen y reconocen los dos principios. Un *berdache* tenía derechos y obligaciones que coincidían a veces con los de las mujeres y los de los chamanes. Sin embargo, la combinación de rasgos de conducta de cada uno de estos tres papeles es única.

En el caso de las mujeres de la tribu de los pieganos del norte era posible que se diera algún tipo de alteración en el papel genético. Se trata de una tribu que habla el idioma piesnegros y que vive en el actual Canadá. En su sociedad, el papel masculino se distingue por su comportamiento osado y agresivo, mientras que el papel de la mujer exige sumisión, amabilidad, lealtad, decoro y fidelidad (Lewis, 1941, 176). La sociedad está dominada por los varones, y se da al macho un valor social más elevado que a la hembra. Esto ocurre también en casi todos los demás grupos pieganos del norte. Lewis (1941, 173) afirma que estos grupos contrastan con los otros indios de las llanuras por la importancia que dan a «la propiedad, manipulación y disposición de las cosas que posee cada uno». Esta importancia social de la riqueza proporciona a las mujeres

oportunidad de destacar ya que pueden acumular riquezas por medio de la herencia así como gracias a sus esfuerzos personales.

Algunas mujeres de los pieganos del norte se convierten en *ninauposkitzipxpe,* que se traduce por mujeres de corazón masculino. Estas mujeres comparten con los hombres características como la agresividad, la independencia, la ambición, la osadía y la sexualidad. Se trata de rasgos que están en claro contraste con el comportamiento ideal de las mujeres que no tienen corazón masculino. Además, estas características son precisamente las que se creen deseables en un hombre. Lewis dice claramente, sin embargo, que la simple presencia de estas características en una mujer no basta para que llegue a esa posición especial. Tiene, además, que estar casada y ser rica, madura y con una posición social elevada.

El comportamiento de las de corazón masculino difiere del de las otras mujeres en la posesión de propiedades, porte en público, vida doméstica y sexual y participación en las ceremonias religiosas. Las de corazón masculino tienen mayores riquezas individuales que las demás mujeres casadas. Son obreras industriosas y brillan tanto en tareas propias de hombres como en las propias de las mujeres. Esta ventaja les da considerable independencia económica. Debido a que pueden ser económicamente autosuficientes no necesitan casarse inmediatamente si son abandonadas o enviudan. A menudo también ganan ingresos practicando la medicina. En público, las mujeres de corazón masculino actúan, según un testigo, «como si fueran hombres» (Lewis, 1941, 180). Hablan con libertad, expresando sus opiniones y desacuerdos, actúan tranquilamente a su aire, y no dudan a la hora de pronunciar discursos. En los bailes eligen sus parejas sin dudar. En casa, las esposas de corazón masculino deciden conjuntamente con sus maridos, a diferencia de lo que ocurre en las demás familias. Estas mujeres son, según las informaciones, más agresivas sexualmente y más exigentes que las otras mujeres, y tienen también una gama más amplia de actividad sexual.

Las de corazón masculino son especialmente importantes en la danza del sol, que subvencionan individuos que quieren comprar paquetes de medicinas. Tanto mujeres como hombres pueden realizar esta adquisición, pero las mujeres de corazón masculino participan más que las demás mujeres, probablemente porque su personalidad encaja mejor con la responsabilidad. Además, estas mujeres, que suelen ser ricas, tienen más posibilidades de compra.

La posición de las mujeres de corazón masculino es claramente diferente de los géneros que hemos presentado hasta ahora. Las de corazón masculino siguen siendo mujeres después de alcanzar su nueva posición, pero son mujeres que en muchos contextos actúan como los hombres. Es decir, algunas mujeres repudian el conjunto de rasgos y actividades femeninas y eligen los propios de los hombres. Esta decisión les permite con-

seguir mayor respeto y responsabilidad en su comunidad. Al mismo tiempo conservan muchas características femeninas.

Lo mejor será considerar el fenómeno de las mujeres de corazón masculino como una posición de género que combina rasgos de las posiciones masculina y femenina en su sociedad. Esta posición sólo puede ser alcanzada por mujeres fenotípicas. No hay información sobre los individuos intersexuales y su posición. Todas las mujeres de corazón masculino han demostrado anteriormente sus habilidades femeninas en el papel corriente. El cambio de posición sólo lo efectúan mujeres que poseen ciertas características masculinas y que son diestras en asuntos económicos.

Los chukchee de Siberia tienen también una posición de género supernumerario que implica una transformación tanto parcial como total de los papeles correspondientes a los géneros. Los chukchee, sea cual sea su sexo fenotípico, pueden cambiar su género. Un macho transformado es llamado *yIrka-E-la'ul* (hombre blando) o *ñe'učhičä* (semejante a una mujer), mientras que la mujer que se transforma recibe el nombre de *ga'čIkIčheča* (semejante a un hombre) (Bogoras, 1904-9, 449). La transformación de los varones es más frecuente, y este fenómeno está por esta razón mejor documentado en nuestras informaciones que el otro.

La transformación de género en individuos fenotípicamente machos tiene tres niveles de intensidad. El individuo que se transforma puede estabilizarse en uno de estos niveles y puede alterar luego si lo desea este comportamiento para volver al papel masculino corriente o para acercarse más al papel corriente femenino. El cambio menos intenso consiste solamente en el cambio de peinado, que de imitar los modelos masculinos pasa a imitar los femeninos. Esto se hace durante las primeras fases de inspiración chamanista o cuando por razones médicas se indica a un enfermo que lo haga. En este último caso la receta la da un chamán que trata de disfrazar al paciente para que los espíritus no lo reconozcan. No tenemos datos explícitos acerca de esta cuestión, pero es de suponer que cuando ha pasado el peligro se vuelve a la situación anterior.

En el segundo nivel el hombre adopta vestidos de mujer. También esto se realiza como parte del proceso de chamanización o con fines mágico-médicos. En cualquiera de los dos casos el hombre puede casarse, tener hijos y continuar en las demás actividades masculinas corrientes.

La tercera fase de transformación sólo se da en los individuos que se convierten en chamanes, y nunca se receta a un paciente. Esta fase supone la plena alteración del papel sexual. Se feminizan las ocupaciones económicas, características del habla, atributos físicos asociados culturalmente con la masculinidad, intereses personales y también la actividad sexual. El chamán, una vez transformado, tomará un amante masculino, y puede llegar a casarse con él. La unión matrimonial es parecida a la de un matrimonio heterosexual en muchos aspectos. Pero la «esposa» transformada tiene, según se supone, un marido sobrenatural que es el verdadero jefe de la

casa. Es un ejemplo de *menage à trois* en el que uno de los miembros es un ser sobrenatural. Los pensamientos de este tercer miembro son conocidos solamente por su «esposa», que se los transmite a su esposo mortal. Así, en este tipo de hogar la «esposa» es la que tiene más importancia a la hora de tomar decisiones. Cuando se produce el cambio de género no se cambia el nombre, pero hay muchos hombres y mujeres chukchee que llevan nombres del sexo contrario. Son nombres que les dan los chamanes para protegerles de los malos espíritus.

Se considera que los chamanes que han experimentado una transformación de este tipo tienen más poder que los chamanes corrientes (Bogoras, 1904-9, 453). Esta creencia concuerda con una leyenda popular que atribuye el poder, la riqueza y el prestigio a un hombre-blando legendario que logró triunfar sobre una tribu enemiga que le atacó.

Según las informaciones de los etnólogos, las transformaciones de las hembras son menos corrientes que las de los varones y Bogoras no fue testigo de ninguna. Pero le hablaron de una viuda con tres hijos que fue inspirada por un ser sobrenatural y se convirtió a instancias suyas en una *ga'čI kIčheča.* Al final hizo una transformación completa y llegó a casarse con una muchacha. Cuando el «marido» hembra quería hijos la pareja establecía un acuerdo con un joven que se casaba con las dos cónyuges y que se convertía en progenitor de los hijos de la «esposa». El «marido» conservaba los derechos de paternidad sobre todos los hijos de la familia.

En la sociedad chukchee los varones fenotípicos pueden elegir una de las cuatro posiciones que se les ofrecen y que en ciertos sentidos se excluyen mutuamente. Dos de esas posiciones son imágenes reflejas una de otra. La posición masculina, que es una de estas dos, puede ser sustituida por una segunda posición muy parecida a la que ocupa la mujer en esa sociedad. Aparte del cambio en el género, esta transformación supone también la intervención de un ser sobrenatural que conduce al individuo que se transforma a convertirse además en un chamán. Las otras dos posiciones suponen cambios menos completos de los que ocurren en el caso de transformación ya descrita.

Los individuos fenotípicamente hembras tienen al menos dos posiciones de género en donde poder elegir. Una mujer con posición femenina puede adoptar otra posición, muy parecida seguramente a la que ocupa corrientemente el varón en esa sociedad, pero que se basa simultáneamente en la aceptación de la posición de chamán.

Los azande del Africa oriental tenían una costumbre tradicional que permitía que se alternaran corrientemente los papeles masculino y femenino a lo largo de la vida de determinados individuos. Los azande tenían una organización política basada en la existencia de un jefe general que les gobernaba. Este jefe azande necesitaba de la ayuda de muchos jóve-

nes que en tiempo de paz constituían la fuerza de trabajo de su corte y en tiempo de guerra pasaban a ser una fuerza militar (Seligman y Seligman, 1932, 506). Estos jóvenes, cuya edad iba de los 20 a los 35 años, vivían en grandes mansiones fuera de los terrenos del palacio y alejados de las casas de sus familias. Muchos hombres no podían casarse por falta de suficientes mujeres solteras. Esto se debía a que los hombres adultos y muy ricos —que podían tener varias esposas— se casaban con niñas a veces cuando éstas apenas si eran recién nacidas. De este modo los jóvenes se veían apartados de sus grupos de parentesco antes de la edad en la que la sociedad toleraba que se casasen. Esto suponía que se encontraban solos y sin una mujer que, naturalmente, debía ser quien se dedicara a importantes tareas económicas necesarias para la supervivencia.

La solución dada por los azande a este dilema consistió en permitir a los jóvenes guerreros de la corte que contrajeran matrimonio con otros varones jóvenes. Estos muchachos-esposa realizaban las funciones normales de las esposas tales como proporcionar alimentos, transportar agua, llevar las lanzas y tener relaciones sexuales. A estos muchachos-esposa se les llamaba como a las mujeres y su marido les llamaba «mi esposa» mientras que ellos llamaban «mi marido» al guerrero con el que estaban casados. Los maridos pagaban lanzas por su esposa-macho, siguiendo la misma costumbre existente en las bodas heterosexuales. Este lazo entre un guerrero y su esposa-macho era reconocido y aceptado públicamente. Cuando un guerrero reunía una fortuna suficiente para comprar una segunda esposa, compraba una hembra y su anterior esposa debía convertirse entonces en guerrero.

Esta solución tiene una gran coherencia con otros aspectos de la sociedad azande. Los guerreros podían cumplir con sus tareas sin tener por ello que responsabilizarse personalmente de las funciones necesarias para su propio bienestar. Los chicos-esposa eran adoctrinados en la vida del guerrero con su visión de primera fila del tipo de vida que llevaba un guerrero.

En este ejemplo se da el caso de varones que durante su vida realizan primero las actividades y funciones de la mujer azande y que posteriormente adoptan el papel del hombre.

Discusión

Una de las principales conclusiones que pueden extraerse de este repaso de los sexos supernumerarios es que la relación entre el sexo biológico y las categorías sociales de género no es ni simple ni directa. La biología de la reproducción humana requiere dos clases de personas biológicamente diferenciadas, macho y hembra. Como ya dijimos en el capítulo 2, las diferencias sexuales físicas son resultado de procesos de

desarrollo muy similares. Debido a ello pueden nacer personas cuyos genitales combinen las formas masculina y femenina.

Las clasificaciones populares del sexo demuestran las diversas reacciones sociales posibles a estos atributos de los cuerpos humanos. Algunas sociedades, como los pokot por ejemplo, sólo creen en dos sexos desde el punto de vista fenotípico. La identificación biológica con uno de estos dos sexos es un requisito imprescindible para alcanzar la posición de género propia de los adultos.

Otras sociedades hablan de tres sexos anatómicamente diferentes. Esta situación es ilustrada por los navajo y quizás por un grupo especial de la India. El reconocimiento de tres sexos permite a una sociedad crear posiciones de género para cada una de las tres categorías biológicas que se reconocen.

No sabemos cuántas sociedades conciben tres clases de sexos humanos. Una de las dificultades para averiguarlo es que los etnógrafos, que suelen creer en la inmutabilidad de los tipos sexuales, no estudian casi nunca estos hechos en sus análisis de grupos sociales. Las primeras investigaciones en este terreno nos han llevado a creer que las clasificaciones sexuales que admiten tres sexos se hallan extendidas sobre todo en Asia, pero hace falta que se hagan más investigaciones.

Algunas sociedades que aparentemente reconocen sólo dos sexos fenotípicos logran utilizar el principio del sexo biológico para generar cuatro posiciones sexuales en lugar de dos. Esto se consigue mediante el mecanismo social consistente en permitir transformaciones en el campo sexual. Tanto los mohave como los chukchee permiten transformaciones entre unas categorías sexuales y otras del plano biológico al social.

El *berdache* de los indios de las llanuras es un fenómeno similar por cuanto se permitía a individuos fenotípicamente machos alcanzar una posición de género femenino. Parece sin embargo que a las mujeres de los indios de las llanuras les estaba vedada una opción similar inversa. En el caso del *berdache* y de otras transformaciones a través del campo sexual el proceso de cambio de sexo infundía en el individuo transformado un aumento de los poderes sobrenaturales. Este mecanismo parece permitir una forma rudimentaria de escalonamiento social en sociedades que son de naturaleza fundamentalmente igualitaria. Se crea una jerarquización mediante la combinación de los principios de las identidades sexual y religiosa.

Las sociedades chukchee, piegana del norte y azande permitían transformaciones en el campo sexual, pero estas transformaciones pueden ser parciales y reversibles. En el caso chukchee estas transformaciones están relacionadas con el logro de atributos mágico-religiosos. Los casos de los azande y los pieganos del norte son algo más mundanos y relacionados con el principio segregador de la edad. En el caso azande se permite a los muchachos jóvenes el paso a una posición semejante a la femenina.

Entre los pieganos del norte se permite a las mujeres ancianas llegar a la posición semejante a la masculina.

Ahora bien, en todos estos casos encontramos una clara lección. El sexo biológico es utilizado por todas las sociedades para crear categorías sociales, y el ingenio humano permite muchas más posibilidades en torno al tema biológico de lo que parece posible en principio. Todavía no tenemos datos suficientes para predecir qué es lo que determinará la aparición de sexos supernumerarios en unas sociedades y su ausencia en otras. De momento, es suficiente reconocer la existencia de una amplia gama de variaciones posibles en tipos tanto de sexo como de género. En el capítulo que sigue dedicaremos nuestra atención a las variaciones que se producen en los papeles sociales adoptados por los animales que, naturalmente, están mucho más ligados a sus distintas naturalezas biológicas que los seres humanos. Descubriremos que incluso entre esos animales puede variar la naturaleza, aunque no el número, de papeles sociales basados en el sexo.

Capítulo 5

EL MUNDO BIOSOCIAL DE LOS PRIMATES NO HUMANOS

Introducción

En época reciente los expertos en ciencias sociales han dirigido su atención hacia los estudios del comportamiento de los animales a fin de aprender algo acerca de la base de las diferencias sexuales en los seres humanos. Hace mucho tiempo se pensaba que los seres humanos eran tan diferentes de los animales que no tenía sentido averiguar cosas sobre los hombres mediante estudios realizados en otras especies. Por ejemplo, en los siglos XVIII y XIX el punto de vista más aceptado decía que los seres humanos dependían tanto del aprendizaje que tienen muy poco en común con los animales, que se caracterizan por comportarse de manera determinada automáticamente por la herencia genética. A medida que los científicos aprendieron más cosas sobre los seres humanos y también sobre los animales, esta distinción tan simplista fue considerada cada vez menos seductora.

En muchas especies se ha visto una capacidad de aprendizaje de comportamiento mucho mayor de lo que se había creído anteriormente. Por ejemplo, el uso de herramientas, que se tomaba por algo exclusivamente humano, sabemos ahora que se da en varias clases de pájaros y monos. También se han observado invenciones sociales en un grupo de monos, y se ha demostrado que los efectos de la privación social son muy importantes en otros grupos de simios. Además, los estudios efectuados sobre animales que viven en estado salvaje han mostrado que la organización social de muchas especies es más compleja de lo que anteriormente se suponía. La antigua opinión según la cual los animales eran completamente diferentes a los seres humanos se basaba en parte en observaciones de animales enjaulados y aislados que solían mostrar un comportamiento rígido y estereotipado que no recuerda apenas el de los seres humanos normales (aunque no se diferencia mucho del de los seres humanos enjaulados y aislados). Los estudios ecológicos de primates libres demuestran la presencia de variaciones en la conducta dentro de una misma especie. Estas variaciones están relacionadas con los diferentes ambientes y hoy se interpretan como formas de adaptación al medio de cada grupo.

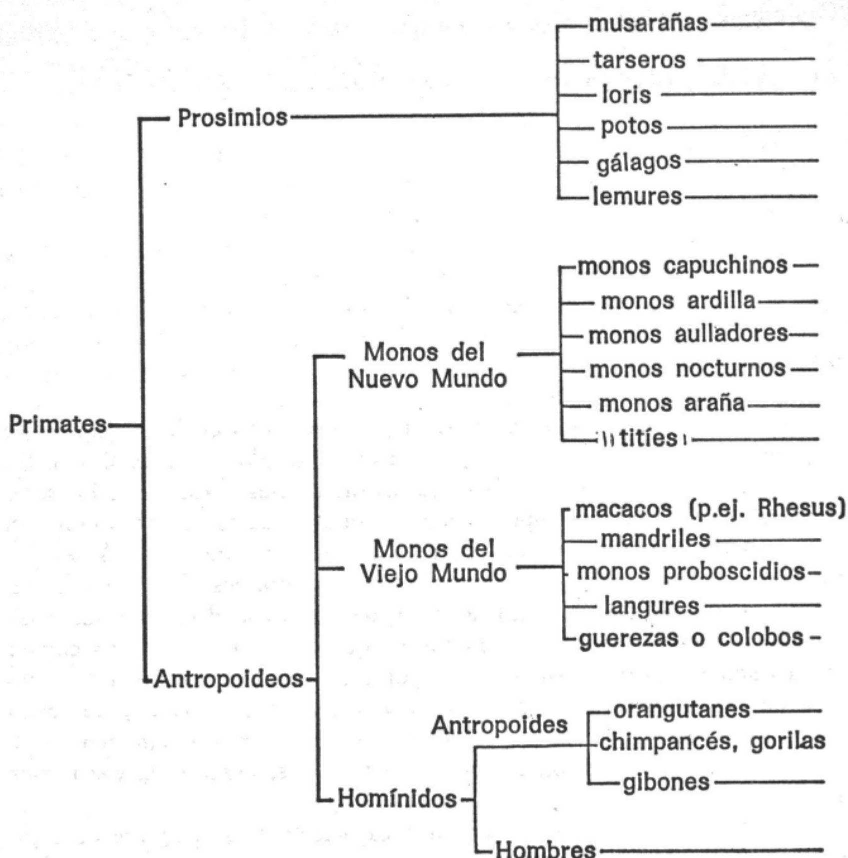


Figura 5-1. Diagrama esquemático de una clasificación de algunos primates vivos.

El impulso de estos avances ha destruido la visión dicotomizada anterior que tomaba el comportamiento animal como algo predeterminado e inflexible por contraste con la flexibilidad y el carácter aprendido del comportamiento humano. Ahora es evidente que el comportamiento de los vertebrados superiores se debe siempre a una combinación de factores genéticos con otros de aprendizaje.

El grupo de animales que mayor interés tiene cara a los estudios sobre el hombre es el que más se parece al *Homo Sapiens*. Se trata de los prosimios, monos y antropoides que, junto con los humanos, constituyen el grupo de los primates (fig. 5-1). Los primates tienen ciertas similaridades morfológicas: dentadura semejante, manos o pies que pueden

coger, uñas en lugar de garras, pulgar o dedo gordo del pie que puede oponerse al resto de la mano o pie, y un grado de confianza relativamente mayor que otros animales en la vista más que en el olfato (Napier y Napier, 1967, 6).

Muchos de los intentos recientes de aclarar las cuestiones relacionadas con las diferencias sexuales en los hombres se han basado en gran parte en pruebas extraídas de estudios realizados con primates. Este método está muy justificado pues todos los primates tienen el mismo patrón básico de reproducción. Las diferencias de comportamiento entre hombres y mujeres se basan en sus diferentes papeles en la reproducción. Todo estudio del impacto que tiene la biología sobre las conductas relacionadas con el sexo puede beneficiarse de un estudio comparativo de los papeles sexuales de animales que tienen el mismo patrón reproductivo.

Los estudios comparativos a partir de los primates, aunque son extraordinariamente útiles, deben realizarse con muchísima cautela. Cada especie ha evolucionado en respuesta a una serie única de condiciones y por esta razón no pueden trasladarse sin la crítica adecuada las observaciones hechas sobre un grupo a los demás. Ni los monos y antropoides son protohumanos ni los humanos son simplemente monos desnudos. Sin embargo, la comprensión de los procesos que dan lugar al comportamiento del mono y al del hombre enriquece notablemente nuestra comprensión analítica del curso seguido por la evolución y también la situación actual.

En este capítulo valoraremos las aportaciones de los diversos estudios de primates para el análisis de las diferencias sexuales entre los seres humanos. Primero trataremos de los patrones de reproducción de los primates, a fin de subrayar tanto las similaridades como las diferencias entre los sistemas humanos y no humanos. Luego estudiaremos las formas en que han sido utilizados los estudios de primates para aplicarlas al estudio de las diferencias sexuales entre los humanos. Distinguiremos los métodos comparativo y de casos concretos, ilustraremos cada método con un ejemplo y juzgaremos la validez y utilidad de cada uno de estos estudios.

Reproducción de los primates

Algunas personas creen que el sistema reproductivo humano es algo único, pero de hecho la mayor parte de los rasgos reproductivos humanos se encuentran también en otros primates. Estas características comunes confirman la conclusión que habla de la afinidad genética entre los diversos grupos de primates, pero indican además la naturaleza del sistema reproductivo del grupo de sus antepasados comunes.

Los primtes maduran con lentitud, producen un número relativamente pequeño de crías y gozan de larga vida. Estas características del modelo reproductivo de los primates estaban casi seguramente presentes

Tabla 5-1. Datos comparativos sobre el modelo de reproducción de algunos primates y no primates de tamaño comparable.

ANIMAL	PESO MATERNO	PERIODO DE GESTACION (DIAS)	EDAD DE LA PUBERTAD	AÑOS DE VIDA	N.º CORRIENTE DE HIJOS
Tarsero *(esp. Tarsius)*	87-154 gr.	180 aprox.	—	12 [a]	1
Ardilla listada *(Tamias striatus)*	70-142 gr.	31	—	5 - 8 [a]	2 - 8
Gálago *(Galago senegalensis)*	229 gr.	144	52 semanas	3'25 [a]	1
Rata *(esp. Rattus)*	115-350 gr.	21-30	6-9 sem.	2-3 (prom.) 4 (máx.)	7
Macaco de la India *(Macaca mulatta)*	8 Kg.	168	3-4'5 años	30 aprox.	1
Perro (sabueso) *(Canis familiaris)*	8'4 Kg.	59	6-8 meses	34 (apr. máx.) [a]	5
Mandril chacma *(Papio ursinus)*	11-15 Kg.	170	H.: 3'5-4 años M.: 5 años	30 aprx.	1
Lince *(Lynx)*	5'4-11'3 Kg.	60 aprox.	1 año	10-20	1 - 4
Chimpancé *(Pan troglodytes)*	40'6 Kg.	225	8 años	41 (media) 60 (máx.)	1
Cerdo salvaje *(esp. Sus)*	35-150 Kg.	112-115	1'5 años	15-20	3 - 12
Hiena manchada *(Crocuta crocuta)*	59-82 Kg.	90-110	—	25	1
Gorila *(Pan gorilla)*	75-110 Kg.	251-289	9 años	33	1
Oveja (Hampshire) *(Ovis aries)*	70 Kg.	147	28-35 sem.	15-20	2

[a] En cautividad.

ya en los antepasados antiguos de todos los primates vivos. Este patrón, que permitió a ese antepasado común adaptarse a su medio, ha ido cumpliendo esta función a lo largo de la evolución de las diversas formas de sus descendientes. Cada especie en evolución moldea de nuevo este modelo de acuerdo con otros cambios evolutivos, pero las similaridades existentes en las diversas especies actuales testimonian el éxito biológico que este sistema ha tenido para varias especies.

El patrón reproductivo de los primates es una variante del sistema reproductivo básico de los mamíferos en general. Las características que hemos apuntado más arriba para definir la reproducción de los primates son en cierto modo típicas de todos los mamíferos de gran tamaño. Lo que distingue el sistema de los primates es que estas características están más desarrolladas en ellos que en los demás mamíferos de tamaño comparable. Por ejemplo los mamíferos de gran tamaño suelen tener un embarazo largo, pero la amplitud del embarazo entre los humanos se acerca más a la del ganado que a la de otros mamíferos de tamaño similar. Y al igual que el sistema de los primates es una variante del sistema reproductivo de los mamíferos, el sistema humano es una variante dentro del grupo de los primates.

En el siguiente análisis examinamos algunos aspectos de la reproducción de los primates prestando especial atención al sistema humano.

Tasa de fecundidad. La tasa de fecundidad es la frecuencia máxima de nacimientos que pueden ser producidos por una especie. Resulta de la combinación del número de hijos que nacen normalmente de una sola vez y el tiempo mínimo necesario entre una concepción y la siguiente. La tasa de fecundidad no se refiere al número de hijos que realmente nacen sino a los que podrían haber nacido en un lapso dado si se aprovechara al máximo el sistema reproductivo.

La tasa de fecundidad de los primates es baja en comparación con la de otros mamíferos debido a que la mayoría de las hembras de los primates tienen un solo hijo cada vez (tabla 5-1). En estos animales la madre lleva dentro de sí constantemente al hijo y puesto que se somete a continuo ejercicio no puede llevar tan fácilmente gemelos. Es probable que esta pauta de un hijo cada vez fuera establecida ya por los más antiguos antepasados de los primates, que llevaban vidas muy movidas entre los árboles. Algunos prosimios, como los lemúridos, y monos del Nuevo Mundo como el tití, producen normalmente gemelos, pero estos animales tienen sus crías en nidos, lo que los diferencia de los demás primates.

Aparte del pequeño número de crías que pueden resultar de cada embarazo, las hembras de los primates no pueden tener generalmente ni un promedio de un hijo al año debido a que el embarazo y la lactancia eliminan y suprimen la ovulación. En los prosimios hace falta un año para el desarrollo de una cría desde el momento de la fertilización del huevo

hasta el del destete. Este proceso es más largo incluso en los monos y antropoides. En algunos de éstos el embarazo y período de lactancia de un solo hijo puede llegar a durar más de dos años.

La tasa de fecundidad de los humanos depende completamente de factores culturales porque en cada sociedad hay una serie de costumbres que dirige a los individuos en su actividad sexual y concepción de hijos. La cercanía de los factores biológicos y culturales hace que para establecer generalizaciones precisas acerca de toda la especie sea necesario estudiar la reproducción en muchas sociedades.

En los países industrializados el embarazo dura un promedio de 41 semanas. Lo corriente es que una mujer vuelva a tener menstruación cinco meses después de haber dado a luz. Este período puede prolongarse hasta los 18 meses (Katchadourian y Lunde, 1972, 125) o acortarse hasta ser de sólo dos o tres meses. Presumiendo que una mujer conciba durante su primera ovulación después del nacimiento del hijo, sus hijos serán concebidos ordinariamente cada dos años y medio, pero este período podría alargarse hasta cuatro años o reducirse a dos. Esta tasa teórica se da muy raras veces en las mujeres de las sociedades industrializadas. La tasa real de nacimientos para la población global de esos países es notablemente más baja.

Resulta difícil averiguar si la tasa de fecundidad de las mujeres de los países industrializados es similar a la de las demás sociedades. Uno de los factores que posiblemente intervienen es el de los diversos tipos de alimentación, que quizás afecten la tasa de fecundidad. Un segundo factor importante es la duración del período durante el cual una madre amamanta al hijo. Si se considera la población globalmente (sin tener en cuenta casos individuales) la lactancia probablemente suprima la ovulación. En las sociedades primitivas lo normal es que la madre amamante a su hijo durante fases más prolongadas que las corrientes en sociedades industrializadas. Esto puede reducir la tasa teórica de fecundidad de ese grupo. Hasta que no se realicen estudios cuidadosos esta afirmación será simplemente especulativa.

Tasa de maduración. Las tasas de gestación y maduración de los primates son característicamente lentas. Esto es especialmente obvio cuando se establecen comparaciones entre los primates y otros mamíferos de tamaño semejante, teniendo en cuenta que los períodos de gestación reflejan el tamaño del cuerpo de la cría. El período de gestación de un tarsero, prosimio cuyo tamaño es aproximadamente igual al de la ardilla listada (tabla 5-1), es de 180 días aproximadamente, mientras que el de la ardilla listada se reduce a 31. Como era de prever, los primates de mayor tamaño tienen períodos de gestación más largos. Por ejemplo, los períodos de gestación de los humanos y los gorilas son de 280 días de duración aproximadamente; los períodos de gestación de la hiena y la oveja, que se

emparejan por el tamaño con los hombres y los gorilas respectivamente, duran aproximadamente la mitad que el de los primates. De hecho, el período de gestación de la vaca de Jersey, que es de 278 días (Harrison, 1971, 21), se acerca mucho al de los primates, pese a ser el tamaño de éstos mucho menor.

El lento desarrollo de los primates durante el período prenatal se ve seguido por un desarrollo igualmente lento de las crías en la fase postnatal. La dependencia de las crías es mucho más prolongada en primates que en no primates de tamaño similar, e igual ocurre en el caso del período que va desde el nacimiento a la madurez sexual. La duración de estos períodos de desarrollo aumenta progresivamente de los primates inferiores a los superiores. Los gálagos llegan a la pubertad a las 52 semanas de su nacimiento, mientras que las ratas de tamaño similar tardan sólo de seis a nueve semanas (tabla 5-1). Los seres humanos alcanzan la pubertad a edades que oscilan entre los 12 y los 14 años (Ford y Beach, 1951, 168). Incluso el enorme elefante indio madura más rápidamente pues llega a la pubertad entre los 9 y los 14 años (Harrison, 1971, 23).

La tendencia de los primates a la maduración lenta se relaciona directamente con su capacidad de aprendizaje social. La existencia de un período de desarrollo tan largo permite que se formen cerebros más complejos en los que puede acumularse mucha más información.

Duración de la vida. La longevidad es también una característica propia de los primates. En general los animales pequeños viven menos tiempo que los mayores. Resulta difícil determinar con precisión la duración media de la vida de animales que viven mucho tiempo cuando se encuentran en su hábitat de animales que viven mucho tiempo cuando se encuentran nos de confianza. Sin embargo, las comparaciones establecidas entre primates y no primates de tamaños similares (tabla 5-1) muestran que la tendencia de los primates es ser más longevos.

En este sentido los primates mejor estudiados son los seres humanos. Sabemos que en este caso la duración de la vida es variable tanto en el seno de una población única como entre diversos grupos. La vida media de las poblaciones agrícolas está entre los 25 y los 35 años, mientras que en las industriales es superior a los 60 años (Cipolla, 1970, 83-86). En Estados Unidos la duración media de la vida de las hembras es de 74 años, mientras que para los varones la media es de 66 años. Las perspectivas más amplias de vida corresponden a las mujeres de Noruega, cuya media es de 79 años, y a los varones de Suecia, con una media de 72 años. La máxima edad, comprobada, que haya alcanzado un ser humano es de 114 años (McWhirter y McWhirter, 1971).

Ciclo de fertilidad. En los primates la reproducción tiene una pauta de ciclos regulares y periódicos. Se dan cambios regulares de frecuencia

en la fertilidad, actividad sexual y nacimientos (Lancaster y Lee, 1965). En general, el carácter periódico de estos ciclos es especialmente notable en los primates primitivos y resulta en cambio menos pronunciado en los primates superiores, entre los que se incluyen los seres humanos.

En todos los primates cada ciclo periódico de fertilidad dura cerca de un mes. En todos los primates se dan las principales características de este ciclo. La ovulación se produce al parecer hacia la mitad del ciclo. Si no se produce fertilización, el forro del útero se suelta y cae formando el flujo menstrual en los seres humanos, antropoides y monos del Antiguo Continente. Los monos del Nuevo Continente no tienen menstruación, como tampoco los prosimios; aunque en estos animales el forro del útero también es reemplazado en forma cíclica regular, en su caso el cuerpo absorbe las células muertas. Cuando una hembra primate no está embarazada al final de un ciclo, inicia inmediatamente otro ciclo. Pero este fenómeno no es fácil de observar porque generalmente la fertilización se produce en el momento de la ovulación. Algunos primates inferiores experimentan a veces solamente tres o cuatro ciclos seguidos por un período durante el cual no hay ciclo (A. Jolly, 1972, 201). Otros primates, especialmente los monos y los humanos, tienen ciclos continuos si no hay embarazo. No se tienen muchos conocimientos de la naturaleza exacta de los ciclos de las hembras de todos los primates, pero es seguro que se ven muy afectados por las condiciones ambientales. Por ejemplo, los macacos de la India que viven en estado salvaje ovulan solamente una parte del año. Sin embargo, cuando están en cautividad su ciclo es continuo. Una de las principales características de la fertilidad de los primates es que responde ante una gama bastante amplia de condiciones ambientales, dada su flexibilidad.

Actividad sexual. El carácter cíclico de la actividad sexual progresa claramente de los prosimios a los humanos, de acuerdo con su determinación por cambios fisiológicos; así, por ejemplo, hay prosimios como el *Lemur catta* en que tanto el macho como la hembra experimentan cambios fisiológicos que permiten que la actividad sexual se dé solamente en períodos estacionales concretos (A. Jolly, 1967, 4). Se trata de algo nada corriente entre los primates y comparable en cambio al celo periódico de otros animales. En la mayor parte de los grupos de primates el macho puede en potencia tener actividad sexual en cualquier momento. Sin embargo, la hembra es fisiológicamente capaz de copular solamente durante parte de su ciclo de fertilidad. Esta parte del ciclo de la hembra, el estro, es controlada por el flujo de hormonas femeninas.

En los monos la actividad sexual está fundamentalmente controlada por los ciclos de fertilidad de la hembra, pero hay datos que sugieren que deben ser tenidos en cuenta otros factores. Los orangutanes, gibones y chimpancés cautivos copulan con hembras infértiles (Ford y Beach, 1951,

204), y esto ocurre también, aunque sólo raras veces, entre los chimpancés salvajes (Van Lawick-Goodall, 1968, 216). Si se le quitan los ovarios a una hembra chimpancé ordinariamente no copula, pero se ha observado que a veces lo hace para evitar ataques (Ford y Beach, 1951, 222). Se ha observado asimismo que las hembras de orangutanes, gibones, gorilas y chimpancés muestran a veces claras preferencias por machos concretos y han sido vistas cuando rechazaban, durante el estro, a machos completamente dispuestos y capaces. Estas observaciones indican que la actividad sexual de las hembras de estos primates superiores no depende totalmente de las hormonas.

La actividad sexual de los seres humanos es algo que en potencia es posible en cualquier momento tanto para machos como para hembras. Se trata de una característica exclusiva de los seres humanos. Pero también han sido observadas pautas cíclicas en la actividad sexual de poblaciones humanas. En un reciente estudio (Urdy y Morris, 1968), se indica que en dos grupos de mujeres había un aumento del orgasmo en torno al día 14 del ciclo, el momento en que es más probable que se produzca la ovulación. Esta periodicidad no parece que tuviera relación con la periodicidad de la copulación que, seguramente debido a factores culturales, no era igual en los dos grupos.

Exceptuando al ser humano, los primates no tienen plazos muy prolongados de actividad sexual. El langur hembra de la India sólo está en estro aproximadamente un 5 por ciento de su vida adulta y el período de actividad sexual es incluso menor (Jay, 1963, 6). La mayor parte de la vida adulta de esta mona se dedica a actividades relacionadas con la maternidad: embarazo, cría y destete. Lo mismo ocurre en el caso de otro mono asiático, el macaco de la India. La hembra de esta especie está en estro de un 3 a un 5 por ciento de su vida adulta; el resto de su vida reproductora está ocupada como en el caso anterior por actividades relacionadas con la maternidad. Los partos ocurren una vez al año, y como la cría anterior no ha sido completamente destetada entonces, las hembras suelen estar ocupadas simultáneamente con crías de varias edades.

Van Lawick-Goodall (1968, 219) señaló solamente 93 copulaciones durante los primeros dos años y medio de observación de unos chimpancés. Utilizando los datos de esta investigadora sobre el intervalo mínimo entre nacimientos, duración del ciclo, duración media de hinchazón genital y número normal de ciclos entre hijos, puede mostrarse que una hembra chimpancé es sexualmente activa sólo un 1,1 por ciento de su vida. Este dato no tiene en cuenta que se ha observado copular a los chimpancés durante el período del embarazo o cuando la hembra no tenía el estro, aunque sólo en algunas ocasiones. De todos modos, es probable que podamos aceptar este dato como cálculo aproximado del tiempo invertido por los hembras adultas en actividad sexual.

El tiempo que se dedica a las actividades sexuales en las sociedades



humanas varía mucho según los casos (Mead, 1961, 1455-56). Los hechos relacionados con la actividad sexual son tan diversos que es muy difícil generalizar sobre este tema. En algunas sociedades están permitidas las actividades sexuales en circunstancias de muchos tipos, pero en otras son reguladas de acuerdo con circunstancias tales como el ciclo reproductivo de la mujer, o bien por acontecimientos económicos, políticos o religiosos y por cuestiones demográficas (Ford y Beach, 1951, 75-77). Las informaciones sobre la frecuencia media de la cópula en sociedades de diversos tipos son escasas y las que existen están casi siempre basadas en las declaraciones hechas por un número reducido de miembros de cada sociedad, que pueden no ser representativos de las costumbres generales. Las observaciones etnográficas directas de la actividad sexual humana no son posibles casi nunca ya que el sentimiento de secreto con que se suele rodear a estas actividades está muy extendido (Bateson, 1947).

En las sociedades de las que tenemos datos hay algunas con una frecuencia de cópula baja: los keraki de Nueva Guinea o los americanos de los Estados Unidos. Según las informaciones, los keraki copulan un promedio de una vez por semana y los norteamericanos un promedio de entre una y cuatro veces a la semana, según sea la edad del marido (Ford y Beach, 1951, 78). Hay en cambio otras sociedades en las que hay casi cada noche múltiples cópulas. Ford y Beach (1951, 78) afirman que en la mayor parte de las sociedades sobre las que se poseen datos, los adultos copulan un promedio de una vez al día siempre que las condiciones sociales lo permitan.

Nacimiento. Las pautas de nacimiento de la mayor parte de las poblaciones de primates están sometidas a variaciones. Lancaster y Lee (1965) describen tres tipos de ciclos de nacimientos. Algunos animales sólo paren en períodos de tiempo claramente distintos de los otros, temporadas de parto especiales dentro del ciclo anual. Algunas poblaciones animales tienen períodos de máxima intensidad de nacimientos, es decir que hay nacimientos a lo largo de todo el año, pero que en momentos especiales del año el número de nacimientos es claramente superior. Otros animales dan a luz a lo largo de todo el año sin que se registren variaciones estacionales.

Entre los primates, los prosimios tienen la máxima periodicidad de partos pues tienen temporadas de alumbramiento y otras en las que no los hay. También ocurre así en el caso de algunos monos del viejo mundo, como los macacos del Japón. Otros monos de esta zona, como el mandril y el langur de la India, tienen, más que estaciones de parto, momentos en los que se dan más nacimientos que en otros. Son animales que viven en medios ambientes en los que la periodicidad de las estaciones climáticas no es muy marcada. Se trata de una cuestión importante ya que la mayor parte de las especies de primates que han sido estudiadas tienen un alto grado de variabilidad de frecuencia de nacimientos, dentro

de la misma especie y según los ambientes, que son al parecer los factores que determinan esas variaciones. Las poblaciones naturales de macacos de la India tienen épocas con mayor intensidad de nacimientos mientras que los que han sido implantados artificialmente en Puerto Rico adoptan la fórmula de la división del año en estaciones con nacimientos y estaciones sin ellos, y los que viven en cautividad muestran fluctuación de nacimientos tan reducida casi como la de las poblaciones humanas.

En poblaciones humanas se da sin embargo cierta estacionalidad de los nacimientos, aunque sea más notable en pueblos primitivos que en sociedades industriales. Ursula Cowgill estudió los nacimientos en la ciudad inglesa de York (1970), y mostró que se da una mayor intensidad en el número de nacimientos en los veranos y otoños durante los siglos XVI y XVII. A partir de esa época este fenómeno de estacionalidad ha ido disminuyendo, pero quedan ligeras huellas de esa tendencia todavía en el período 1939-1961.

En otro estudio de las variaciones estacionales de concepción y nacimientos (Thompson y Robbins, 1973) los autores compararon las poblaciones rurales de Uganda y México. En ambos casos se registró la presencia de variaciones estacionales a lo largo del calendario anual. En la población ugandesa las pautas de nacimientos mostraban una gran correlación estadística sobre todo con las pautas de las lluvias. Las observaciones etnológicas mostraron que durante la estación de las lluvias los cónyuges pasaban más tiempo juntos en casa que en otras épocas del año. En el caso de la población mejicana la correlación estadística más fuerte se daba con el fenómeno de la migración urbana. Las observaciones etnográficas muestran que muchos emigrantes son jóvenes casados que dejan a sus esposas en la zona rural durante sus períodos de estancia en la ciudad.

Este estudio ilustra claramente que las variaciones estacionales de la frecuencia de la concepción y los nacimientos entre los seres humanos dependen de múltiples efectos de las variantes culturales y climáticas. Las pautas de reproducción de los seres humanos se encuentran, como las de los otros primates, en equilibrio dinámico con las variantes socio-ambientales.

Modelos simios para el comportamiento humano

Hace tiempo se pensaba que las actividades de los demás primates no tenían ningún interés para el estudio de los seres humanos; sin embargo, la tendencia ha cambiado y actualmente está de moda buscar destellos de la idiosincrasia humana en antropoides y monos. Hoy en día, autores de libros de gran venta aseguran que los rasgos de comportamiento similares observados en los seres humanos y un grupo de simios tienen un origen común. A menudo declaran que el factor común es de carácter ge-

nético. De hecho, los primates tienen grandes diferencias entre sí y difieren mucho en sus semejanzas con los hombres. Estas diferencias plantean problemas analíticos para los investigadores interesados en hacer generalizaciones sobre el comportamiento humano, basándose en estudios de los otros primates.

Las variaciones entre los primates son tanto filogenéticas como ecológicas. Las relaciones filogenéticas son establecidas a partir de la observación biológica de similaridades morfológicas y fisiológicas entre las distintas especies animales. Los primates no tienen relaciones mutuas uniformes sino que pueden ser clasificados de acuerdo con sus similaridades relativas. En la figura 5-1 mostramos de manera general estas relaciones. Los seres humanos, por ejemplo, se parecen bioquímica y anatómicamente más a los antropoides que a los monos o a los prosimios. Además, los seres humanos tienen mayor parecido con los chimpancés y los gorilas que con los orangutanes y gibones. Las gradaciones en las relaciones genéticas son un detalle importante pues indican la presencia de variaciones en el curso de la evolución común. Una de las maneras de estudiar las diferencias sexuales de los seres humanos consiste en utilizar datos procedentes de especies muy similares, pero teniendo siempre presente la separación, en el pasado reciente, de la historia de la evolución de cada grupo.

Los primates actualmente existentes no son solamente resultado de cursos de evolución independientes; manifiestan además los resultados de ecologías diferentes. Por lo tanto, cada especie tiene una serie única y exclusiva de funciones físicas, químicas y biológicas, en el seno de una comunidad de individuos. Kormondy (1969, 5) expresa este concepto básico de la biología cuando sostiene que «cada especie tiene no solamente atributos morfológicos, fisiológicos y de conducta exclusivos, sino también, y debido a ellos, atributos ecológicos únicos».

Pese a la especificidad de las formas de adaptación ecológica de cada especie de primates, es posible distinguir en todo el grupo una serie de semejanzas generales. Estas semejanzas forman patrones de afinidad que no siempre coinciden con las afinidades basadas en el parentesco genético. En consecuencia, es posible que el grupo primate más similar a los humanos desde el punto de vista genético no sea el grupo de mayores semejanzas ecológicas. Esto plantea un problema a la hora de elegir un grupo de primates para estudiarlos con vistas a los estudios humanos. ¿Hay que seleccionar el grupo que tenga mayores semejanzas genéticas o el que tenga mayor parecido ecológico? Sea cual sea la elección, ésta determinará las conclusiones del estudio. Este problema será estudiado, junto con otros que también se les plantean a los investigadores que adoptan este método, en las páginas que más adelante dedicaremos a la revisión del método del estudio de casos concretos. Para evitar estos problemas, algunos primatólogos que creen que estos estudios pueden arrojar alguna luz a cuestiones relacionadas con los seres humanos, prefieren adoptar un

método diferente, el comparativo. Este método suele centrarse en los patrones generales de la ecología de los primates. En este caso se buscan muestras de analogía con los seres humanos con la intención de explicar la diversidad del comportamiento de estos últimos.

El resultado de estos estudios depende mucho del método elegido para relacionar los primates no humanos con los humanos. Esta observación sirve para el estudio de muchos aspectos de la conducta humana, y entre ellos hay que incluir las diferencias sexuales. A fin de ilustrar estas afirmaciones revisaremos en primer lugar las variaciones que se dan en la ecología de los primates con vistas a la comparación de muchas especies de primates. Mostraremos también de qué modo se utiliza este método comparativo para crear analogías con el comportamiento humano.

El método comparativo. Algunos de los científicos que estudian el significado de los papeles sexuales en los seres humanos tratan de encontrar patrones constantes para los papeles sexuales de todos los primates. Los patrones así identificados suelen relacionarse en la práctica con dos tipos de variantes, las ecológicas por un lado y el dimorfismo físico entre los sexos por otro. Esta última variante se refiere a las significativas diferencias que presentan las hembras, dentro de cada especie, en cuanto a sus características sexuales secundarias. En los primates el dimorfismo sexual suele darse en el tamaño del cuerpo (altura y peso), dimensiones de los dientes caninos, diversos atributos del pelaje y la piel y algunas otras características. Luego se utilizan las correspondencias entre conducta, morfología y ecología que han sido observadas en los otros primates para establecer analogías con la vida humana.

El método comparativo es el utilizado en su obra por Claire y W. M. S. Russell (1968, 1971). Estos autores tratan de localizar constantes de conducta y morfología en grupos de primates que tienen una forma de vida bastante similar. Los Russell distinguen tres tipos principales de pautas de vida: vida *arbórea, semiterrestre* y *terrestre*. Según el tipo de vida los primates presentan diferencias significativas en cuanto al campo espacial de su actividad, de acuerdo con esas tres denominaciones.

Para estos autores es posible generalizar sobre las diferencias entre los sexos en grupos de primates pertenecientes a cada uno de esos tres grupos de forma de vida. Por ejemplo, los primates de vida arbórea muestran unas diferenciaciones sexuales escasas. El tamaño, marcas exteriores y comportamiento de los machos y las hembras de las especies de vida arbórea son prácticamente iguales:

> La hembra participa en la búsqueda de fuentes de alimentación y en la conservación del territorio del grupo o de la familia frente a otros grupos o familias; el macho participa en el transporte y cuidado de los miembros más jóvenes del grupo y en todos los aspectos

> de su crianza, con la única excepción del amamantamiento. No hay prácticamente diferencias en cuanto a las posiciones jerárquicas ocupadas por los machos y las hembras pues no hay diferencias jerárquicas visibles (Russell y Russell, 1971, 64).

En cambio, en el caso de los primates semiterrestres se dan más diferencias de tamaño en cuerpo y conducta que en sus parientes que viven en los árboles:

> Hasta cierto punto los machos se han especializado en las funciones de liderazgo y defensa frente a los depredadores. Aunque en su aspecto machos y hembras son casi iguales, los primeros son algo más grandes, más fuertes y están armados de unos dientes caninos de mayor tamaño (Russell y Russell, 1971, 64).

Pero en donde se dan mayores diferencias entre uno y otro sexo es entre los primates que viven en la sabana, en campo abierto:

> Hay una necesidad imperativa de machos muy fuertes que puedan defender al grupo de los depredadores y en consecuencia se forma una sociedad, gobernada por un núcleo de machos dirigentes, en la que las hembras no tienen prácticamente influencia y sólo pasan a ocupar el centro del grupo cuando están criando a sus hijos. Hay una clara división de funciones y el aspecto de machos y hembras es muy diferente (Russell y Russell, 1971, 66).

Este estudio de las sociedades integradas por primates lleva a los Russell a afirmar que la diferenciación sexual es algo directamente relacionado con el peligro. De esta manera, los primates que viven en los árboles, y que apenas si están amenazados por animales depredadores, no han llegado con la evolución a una clara diferenciación entre los sexos. Por oposición a estos primates, los de vida terrestre, que viven en ambientes peligrosos, han desarrollado a lo largo de su evolución una respuesta consistente en una gran diferenciación entre los sexos. Los machos han adoptado el papel de protectores, abandonando así exclusivamente a las hembras el papel de la crianza.

Antes de referirnos al método empleado por los Russell para aplicar estos datos al estudio de los seres humanos, será útil referirnos más detalladamente a algunos grupos de primates. Lo haremos dentro del esquema ecológico de los Russell. Los perfiles de los primates permiten al lector evaluar las generalizaciones de estos investigadores al tiempo que comprende la gama de diferencias biosociales existentes entre los sexos en el seno de cada una de estas categorías.

Primates arbóreos. Con la única excepción de los orangutanes, los monos y antropoides que viven en los árboles son muy ágiles y pasan casi toda su vida en los árboles. Son casi exclusivamente vegetarianos y a menudo se alimentan solamente de frutas o de hojas. Los insectos son en ocasiones condimento de sus comidas. Cada animal adulto se alimenta solamente a sí mismo; nunca se ha observado que los primates arbóreos compartan la comida. Muchos de estos animales son nocturnos y algunos miembros de todas estas especies viven en grupos sociales formados por dos o más individuos adultos con varios subadultos. En todo caso, los grupos nunca exceden la cifra de cincuenta individuos.

Cuando la presencia de un depredador crea una situación de peligro, cada individuo del grupo actúa individualmente mediante la huida para evitar la captura, pero hay un factor de cooperación que consiste en los avisos mutuos de tipo oral. Además, en algunos casos los adultos cooperan con un abucheo colectivo que trata de ahuyentar al enemigo. Pero esta acción colectiva la adoptan tanto hembras como machos y los machos nunca actúan como protectores únicos de hembras y jóvenes. De hecho se ha observado que los aullidos amenazadores de las hembras son más potentes que los de los machos (Buettner-Janusch, 1967, 253), aunque esto ocurra sólo a veces y no sea lo corriente. Hay, sin embargo, ligeras diferencias generales de comportamiento entre los machos y las hembras de las especies de vida arbórea.

Hay también un reducido dimorfismo físico entre los sexos. En general, las marcas exteriores y tamaños de las hembras y machos adultos de las especies arbóreas son prácticamente iguales, sobre todo si son comparadas a las diferencias sexuales que se dan en los primates de vida terrestre. Las protuberancias sexuales y demás expresiones de la predisposición sexual no suelen ser observables en las hembras de primates arbóreos. Cuando las hembras están dispuestas para la actividad sexual lo manifiestan solicitando activamente la atención de los machos.

Apenas parecen existir diferencias jerárquicas en los grupos de primates arbóreos. Los machos no tienen una agresividad notablemente superior a la de las hembras y, a diferencia de los primates terrestres, no realizan actividades relativas a la expresión y control de las agresiones. Machos y hembras participan conjuntamente en el cuidado de las crías, aunque en algunas especies el hijo pasa las primeras semanas en contacto exclusivo con la hembra.

A fin de ilustrar estas generalizaciones, examinaremos en primer lugar un grupo de monos del Nuevo Mundo, los monos aulladores, y luego los gibones, un grupo de antropoides. Ambas especies son completamente arbóreas y sus respectivos enclaves ecológicos tienen grandes diferencias con los de los seres humanos. Desde el punto de vista genético el gibón es el más parecido a los seres humanos.

Los monos aulladores (*Alouatta palliata*) son primates arbóreos que

Tabla 5-2. Tamaño de las hembras en relación con el de los machos, en algunos primates.

PRIMATE	Enclave ECOLOGICO	TAMAÑO DE LA HEMBRA EXPRESADO EN PORCENTAJE SEGUN EL TAMAÑO DEL MACHO	
		PESO	ESTATURA
Gibón *(Hylobates)*	Arbóreo	94	99
Mono aullador *(Alouatta)*	Arbóreo	81	81
Langur *(Presbytis)*	Semiterrestre	89	94
Chimpancé *(Pan troglodytes)*	Semiterrestre	90	94
Mandril *(Papio anubis)*	Terrestre	50	81

habitan en los bosques de América sometidos a un régimen de lluvias tropicales. Su nombre proviene de las misteriosas vocalizaciones de los machos adultos de esta especie. Suelen agruparse en conjuntos que pueden ir de 2 a 45 miembros. El tamaño medio del grupo es de 16 individuos. Un grupo estudiado por Carpenter (1965) y que habitaba en una isla, constaba de un 45 por ciento de hembras adultas, 16 por ciento de machos adultos, más subadultos de ambos sexos. La relación entre los dos sexos en este grupo era de 2,5 hembras por cada macho. Es probable que la relación para toda la isla fuera más equilibrada porque había más machos que hembras viviendo en solitario.

Hembras y machos tienen tamaños y pesos semejantes, aunque los machos son un poco más altos y más pesados (tabla 5-2). Pero las gamas de pesos y alturas de machos y hembras se superponen y las medias de un sexo y del otro son muy parecidas. Los machos tienen barbas más largas y mantos más largos y amplios que las hembras. Además, los machos tienen el escroto de color amarillo mientras que las hembras tienen los labios vaginales de ese mismo color.

Los machos tienen unas funciones de dominio y liderazgo ligeramente superiores a las de las hembras. Cuando un grupo avanza por los árboles, casi siempre en fila india, el individuo que ocupa la cabeza suele ser, aunque no siempre, el macho más grande. Raras veces se dan expresiones de agresividad, pero a veces hay formas ligeras de competencia entre los machos en torno a una hembra. En general la competencia de los machos es poco notable y no se da una jerarquización de mando muy notoria. Los

machos cooperan entre sí en los aullidos y abucheos, con o sin la colaboración de las hembras, para proteger al miembro del grupo de poca edad que pueda haberse caído.

Las hembras de esta especie realizan acciones amistosas entre ellas. Las hembras adultas pueden ocupar cualquier posición cuando el grupo se desplaza; no se da su agrupación para su protección por parte de los machos como en otras especies. Las hembras tienen una relativa jerarquía entre ellas mismas y a veces se ha observado la aserción del liderazgo de la mayoría.

Los gibones, monos que viven en el sudeste de Asia, son otro ejemplo de primates arbóreos. Los gibones (*Hylobates lar*) son los primates aéreos por excelencia. Cuando necesitan bajar a tierra, que es algo muy poco frecuente, andan sobre las patas traseras con el cuerpo erecto, aunque con muy poca soltura. Los gibones se alimentan sobre todo de frutas y hojas, pero también comen huevos de pájaros, pajarillos e insectos (Carpenter, 1964, 195-6). Viven en grupos que van de los dos a los seis miembros. Estos grupos suelen estar formados por una pareja de adultos con o sin subadultos. Se han observado también machos y hembras adultos que viven solos y que, probablemente, son adultos jóvenes que se encuentran en una fase de transición de la vida en el grupo en que nacieron al grupo que formarán con fines de procreación. Los grupos de gibones son, pues, estables y de fuerte cohesión que sólo se rompe cuando los jóvenes llegan a la madurez sexual, momento en que son expulsados. Hay muy poco dimorfismo sexual (tabla 5-2). La gama de diferencias sexuales de peso y estatura se superponen. No hay protuberancias sexuales en las hembras y se cree que la copulación se efectúa a lo largo de todo el ciclo menstrual e incluso durante el embarazo (Carpenter, 1964, 223). El comportamiento típico de las hembras y los machos es muy similar. Carpenter lo describe del siguiente modo:

> En nuestras observaciones no llegamos a distinguir diferencias notables entre machos y hembras por lo que a dominio se refiere. Esto puede tener relación con la ausencia de diferencias sexuales secundarias en su anatomía. De ahí podríamos concluir que en este primate, pese a la gran agresividad de los adultos, se da una *equivalencia de dominio* entre los dos sexos. Sin embargo, hay grandes variaciones individuales que también pueden oscilar según el tipo de comportamiento de que se trate, es decir que el animal más dominante en la alimentación puede no ser el más dominante en la actividad sexual o en el juego (Carpenter, 1964, 266).

Los gibones adultos, tanto machos como hembras, son dominantes para con los adultos jóvenes y los subadultos del grupo parafamiliar. Resulta difícil explicar las relaciones entre machos o entre hembras debido a que

no se observó ningún grupo en el que coincidieran dos adultos del mismo sexo en su plenitud. Cuando había dos individuos del mismo sexo en un solo grupo, uno de ellos estaba en su plenitud y el otro era un adulto joven o un adulto senil. En cautividad, los adultos del mismo sexo son mutuamente intolerantes y se muestran fieramente agresivos. Tanto los machos como las hembras participan en el cuidado de las crías. Como viven en grupos numéricamente pequeños, las crías no tienen compañeros de su edad, pero es frecuente verlos jugar con sus hermanos o con los adultos machos. Siempre que es necesario, el macho y la hembra adultos del grupo colaboran en la protección de los miembros más jóvenes del mismo.

Primates semiterrestres. Devore (1963, 302) menciona el langur de la India (*Presbytis entellus*) y el chimpancé (*Pan troglodytes*) como ejemplos de primates semiterrestres. En ambas especies se da un dimorfismo sexual poco pronunciado.

El langur de la India, estudiado por Phyllis Jay (1965), parece sentirse cómodo tanto en los árboles como en tierra. Los grupos de langures pueden pasarse hasta el ochenta por ciento del día en el suelo, pero nunca se alejan mucho de los árboles. Cuando se encuentran en peligro, se dan gritos de aviso mutuo pero cada uno busca por su cuenta un lugar seguro en los árboles. No hay acciones defensivas conjuntas por parte de los miembros del grupo. Sus principales fuentes de alimentación son las hojas y otros tipos de vegetación, sin excluir las cosechas de los cultivos.

En las zonas donde viven estos monos se dan grandes grupos en los que hay machos y hembras (los llamados grupos bisexuales), y además machos solitarios o agrupados con otros machos. En promedio, los grupos bisexuales cuentan con 20 o 25 individuos, pero se dan grupos de 5 hasta 120 miembros. Las grandes agrupaciones se dan como reacción a las condiciones de la estación seca, pues en esos momentos se reúnen muchos individuos en torno a los escasos puntos en los que puede irse a beber agua (Jay, 1965, 206). En estos grupos la proporción de miembros de uno y otro sexo, entre los adultos, es de 1,5-2 hembras por cada macho. Aparte de los principales grupos, bisexuales, hay machos que viven solos o que se agrupan con otros machos en número que va de 2 a 10. No se nos dan las edades de los machos de estos grupos de un solo sexo, pero sospechamos que se trata en estos casos de animales jóvenes que todavía no han alcanzado el dominio o animales seniles.

Entre hembras y machos se dan algunas diferencias de conducta en la fase adulta. Las hembras adultas se reservan para ellas el acceso a los hijos desde el nacimiento hasta que tienen aproximadamente cinco meses. De este modo las crías son protegidas por una unidad social integrada por las hembras adultas y subadultas. Los machos no responden a los chillidos de las crías, y si un macho asusta a un pequeño, la madre ame-

naza inmediatamente al macho, produciendo así una subversión momentánea aunque previsible de las relaciones de dominio.

Cuando las crías macho tienen unos 10 meses empiezan a acercarse a los machos adultos a los que se abrazan o encaraman. Es de suponer que de esta manera los adultos machos contribuyen a la formación de las crías permitiéndoles estas actividades. Las hembras de 10 meses no se acercan en cambio a los adultos machos. Según Jay, los machos tienen una jerarquía de dominio lineal que, sin embargo, es de carácter tan sutil que sólo después de varios meses de observación puede empezar a ser percibida. Una de las razones de esta dificultad es que las agresiones mutuas son muy escasas, de modo que para captar la estructura jerárquica hay que observar especialmente el rango de los animales del grupo en cuanto al acceso a la comida, las posiciones dirigentes y las hembras en estro.

Las hembras muestran también variaciones en cuanto a sus posiciones de dominio, pero Jay cree que lo mejor es interpretar los hechos observados como reflejos de la existencia de niveles de dominio entre las hembras. La agresión entre hembras es menos corriente incluso que entre machos, y nunca va más allá de la bofetada. La estructura de dominio en las hembras es menos estable que entre los machos debido a que la posición ocupada por la hembra oscila según el momento del ciclo reproductivo que atraviesa.

Los adultos, sea cual fuere su sexo, dominan a los miembros jóvenes del grupo. Las hembras subadultas se subordinan a los adultos de cualquier sexo, pero a veces los machos subadultos dominan a hembras adultas. Los subadultos machos siempre están subordinados a todos los machos adultos y pasan gran parte del tiempo en la periferia del grupo.

Según Jay (1965, 248): «el dimorfismo sexual no es muy pronunciado, pero es posible distinguir a los machos de las hembras, cuando los animales son adultos, porque los primeros son ligeramente más grandes y corpulentos». Shultz (1956) dice que las hembras del tipo *Presbytis* tienen un peso medio de un 88,7 por ciento del peso de los machos.

Los chimpancés (*Pan troglodytes*) son otro ejemplo de primates habitantes de los bosques cuya vida es semiterrestre. Estos animales resultan especialmente interesantes para el estudio de los hombres porque hay relaciones genéticas muy estrechas entre las dos especies. Jane Van Lawick-Goodall (1968) estudió un grupo de chimpancés en un bosque africano. Normalmente estos animales pasan gran parte del día alimentándose o dedicándose a acciones sociales en el suelo. Casi siempre viajan por el bosque siguiendo caminos o pistas. Por la noche duermen en los árboles y durante la estación lluviosa la población del bosque Gombe pasa hasta el ochenta por ciento del día en los árboles. Los chimpancés son omnívoros. Sus alimentos principales son una serie de especies vegetales pero también comen miel, insectos, huevos y carne (Van Lawick-Goodall, 1968, 169).

Los chimpancés viven en grupos sociales no permanentes que varían en tamaño y composición. En el estudio del bosque Gombe, el tamaño de los grupos variaba entre 2 y 20 pero la mayoría de las agrupaciones oscilaba entre dos y cuatro miembros. También se encontraron muchos animales solitarios de ambos sexos. La mitad de los grupos estaban formados por todas las variaciones posibles de tipos de edad y sexo, con la única excepción de los casos de asociación entre adulto y cría. La otra mitad de grupos estaba formada por adultos y subadultos de ambos sexos, o por las madres y sus crías. Solamente este último tipo de agrupación tiene una duración temporal digna de tenerse en cuenta. La relación entre miembros de uno y otro sexo mostraba que las hembras son ligeramente superiores en número a los machos en todos los tipos de agrupaciones.

La estructura social de los chimpancés es muy poco estable debido a la fluidez de la pertenencia a los grupos (Goodall, 1965, 453). El comportamiento agresivo es altamente infrecuente. Goodall comprobó que el concepto de dominio no puede ser aplicado adecuadamente a la población considerada en su conjunto, pero que es útil para describir algunas acciones entre individuos. Estas acciones se dan en situaciones en las que resulta claro que un animal reemplaza a otro. En la mayor parte de estos casos se trata de relaciones entre dos machos. Los machos dominan siempre en todos estos casos a las hembras, adolescentes y pequeños. Las hembras adultas siempre dominan a los adolescentes. Goodall señala que estos animales no están siempre juntos y que por ello resulta difícil juzgar la estabilidad de tales relaciones de dominio. Hay sin embargo algunas pruebas que sugieren que las relaciones de dominio entre dos individuos dependen de factores circunstanciales.

El dimorfismo macho-hembra es pequeño tanto en el índice de estatura como en el de peso (tabla 5-2). Las diferencias de comportamiento entre los dos sexos no son muy acentuadas, pero se dan, por ejemplo, diferencias en la forma de saludar (Van Lawick-Goodall, 1968, 284), aunque en general las formas de saludo y demás ademanes son comunes a los dos sexos. Los machos y hembras adultos dedican aproximadamente el mismo tiempo al cuidado mutuo pero los emparejamientos varían según el sexo (Van Lawick-Goodall, 1968, 266). Las hembras cuidan con mayor frecuencia a sus crías, mientras que los machos lo hacen entre sí. Los machos son objeto de cuidados más a menudo que las hembras adultas. El cuidado de los hijos se reparte por igual entre machos y hembras pero sus papeles respectivos en esta actividad son diferentes. Las hembras alimentan, transportan y protegen a las crías más pequeñas. Los machos adultos juegan con los pequeños e impiden que jueguen con demasiada rudeza con otros pequeños. Las crías de mayor edad empiezan a relacionarse con los machos adultos cuando aprenden a alejarse de sus madres. El cuidado de los animales jóvenes corre a cargo de los adultos machos. Como se ve, las hembras adultas tienen una función crucial y de gran

intensidad en el cuidado y crianza de los descendientes cuando éstos son muy pequeños, mientras que los machos desempeñan unas funciones de menor intensidad aunque muy importantes en fases posteriores del desarrollo del chimpancé subadulto.

Primates terrestres. Hay muy pocos primates que puedan ser calificados plenamente de terrestres. Los seres humanos lo son, y también algunos mandriles y macacos. Aparte de los humanos, los primates terrestres tienen grandes diferencias entre los sexos. Las hembras y los machos tienen aspectos muy diferentes y comportamientos también muy diferenciados. Se les encuentra en una amplia gama de ambientes, entre los que se cuentan las sabanas sin árboles. De todos los primates, excluyendo a los hombres, los monos que habitan en las sabanas son los que pasan más tiempo en el suelo. Son también más terrestres que otras poblaciones de la misma especie que viven en otros ambientes. La mayor parte de lo que sabemos sobre los primates terrestres se basa en los estudios de los mandriles que viven en las sabanas (*Papio ursinus*). Han sido estudiados por Irven De Vore y K. R. L. Hall (1965).

Los mandriles de la sabana viajan en grupos cuya magnitud varía mucho dentro de una misma zona según el tipo de zona que habiten. El número de individuos de un grupo puede oscilar entre 30 y 50. Estos grupos son calificados de cerrados porque sólo pueden integrarlos los individuos que han nacido en ellos. Los cambios de grupo son muy raros entre los mandriles, y no se dan animales solitarios en esta especie. La proporción en que se encuentran los sexos dentro de los grupos varía según el caso, pues puede ir desde un macho cada 1,2 hembras hasta 1 cada 10. Lo corriente es que la proporción sea de 1 cada 2 o 3. Es posible que los grupos con gran desproporción se formen cuando un macho y varias hembras abandonan un grupo anterior, pero esto no ha sido confirmado por las observaciones. Esta desigualdad corriente entre el número de machos y hembras puede ser consecuencia de la combinación de los efectos de sus diferentes tasas de mortalidad y maduración. Hay algunos grupos en los que la proporción de sexos para los miembros de todas las edades está muy igualada.

Los mandriles de la sabana son en potencia presas de gran número de animales, entre los que se cuentan los leones, los leopardos cazadores, las hienas, los perros salvajes, los leopardos, algunas aves y los hombres. Gran parte de los dimorfismos sexuales y de la organización social de los mandriles se debe a este hecho. Por ejemplo, los machos tienen un tamaño que es el doble del de las hembras (tabla 5-2) y tienen dientes caninos muy largos que les sirven sobre todo para defenderse. Los machos actúan como protectores del grupo aunque sus funciones en este terreno van cambiando según la fase vital en que se encuentran. Así, los machos jóvenes se abren en abanico alrededor del núcleo del grupo y hacen

de centinelas que avisan del peligro. Los adultos machos que ocupan las principales posiciones de dominio se sitúan cerca del núcleo del grupo excepto cuando hay una situación de peligro, pues entonces avanzan hacia el depredador y dejan al resto del grupo atrás.

Los machos que ocupan posiciones de dominio emiten signos de amenaza cuando otros dos miembros del grupo se pelean. Los mandriles machos de la sabana son más agresivos que los machos de las especies arbóreas y semiterrestres, y la jerarquía de dominio está por tanto más marcada.

Las hembras son más pequeñas, menos agresivas y tienen una jerarquía de dominio menos acentuada que los machos. La jerarquía de las hembras varía de acuerdo con los ciclos reproductivos de cada miembro del grupo. Es corriente que dos hembras colaboren para atacar a otra. Esta forma de colaboración no ha sido observada casi nunca entre los machos. Cuando una hembra tiene una cría busca un macho dominante y permanece junto a él hasta que su hijo ha madurado lo suficiente para dar mayor libertad de movimientos a la madre.

Los primates terrestres que viven en zonas en que hay pocos lugares de refugio y abundan los depredadores, experimentan en sus grupos presiones tendentes a aumentar la cohesión y las defensas del grupo. Los mandriles de la sabana satisfacen estas necesidades mediante el establecimiento de grupos sociales cerrados y la especialización defensiva de los machos. Esta especialización sirve para diferenciar a machos y hembras en aspectos no relacionados directamente con la reproducción, como el tamaño y la longitud de los dientes caninos, por ejemplo.

Nuestras descripciones de los primates han mostrado dos importantes aspectos de su conducta. Primero, cada especie tiene una forma de dimorfismo sexual y de organización social exclusivas de la especie. En segundo lugar, estas pautas de biocomportamientos relacionados con el sexo están relacionados con amplias variantes ecológicas.

¿Cuáles son, entonces, las conclusiones de los Russell sobre las diferencias de comportamiento según el sexo en los seres humanos, a partir de sus estudios de animales? Como hemos indicado antes, los Russell tomaron sus analogías humanas del estudio realizado por Barry, Bacon y Child (1957) de las prácticas educadoras de 110 sociedades. En su estudio estos autores comprobaron que las prácticas educadoras que determinan los papeles sexuales no se producen al azar sino que se encuentran en relación con otras prácticas sociales. Por desgracia, estos investigadores no tuvieron en cuenta el factor del peligro ambiental, que tan significativo es para los animales según el análisis de los Russell. Pero los Russell comprobaron que la polarización de las funciones de los sexos se da en las sociedades en que se producen actividades que requieren la fuerza física y la posibilidad de alejarse del hogar. Biológicamente, el macho está más predispuesto a esas tareas que la hembra, debido a que tiene mayor fuerza

muscular y menores ataduras biológicas a la función paternal. En consecuencia, los Russell supusieron que en algunas sociedades se da una sobrevaloración de las predisposiciones biológicas propias de cada sexo. Esta es una idea muy interesante que será objeto de estudio más detallado en capítulos posteriores. Pero antes será instructivo examinar otro de los métodos utilizados para aplicar a los seres humanos los estudios sobre las diferencias sexuales en los primates.

El método del estudio de casos concretos. Uno de los problemas que afrontan los estudiosos que tratan de reconstruir las primeras fases de la vida humana consiste en elegir un método adecuado para medir el grado relativo de dimorfismo sexual. La solución sería muy sencilla si se hubiera encontrado un número suficiente de esqueletos o restos. Porque si fuera así se podrían determinar las diferencias físicas. Para obtener una imagen clara de las tendencias en la evolución de las diferencias físicas relacionadas con el sexo necesitaríamos tener datos sobre los esqueletos de cada fase de la evolución. El grado de dimorfismo en las conductas podría ser deducido a partir de estos datos sobre la base de las correlaciones observadas en los primates vivos.

Desgraciadamente, la reconstrucción de las fases de la evolución humana se hace a partir de un número limitadísimo de esqueletos y no contamos para ningún período con material suficiente para constituir fundamento suficiente para la reconstrucción de cada tipo sexual. Esta circunstancia nos fuerza a obtener las informaciones complementarias que necesitamos de los primates vivos.

Los investigadores que tratan de reconstruir la vida social de los primeros seres humanos suelen buscar frecuentemente modelos de comportamiento en un único grupo específico de primates no humanos (véase Washburn y DeVore, 1961; Tiger, 1970 a). Tanto la naturaleza de estas reconstrucciones como, en consecuencia, sus creencias sobre el curso de la evolución humana se encuentran afectadas de gran manera por el grupo de animales del que se parte para realizar el modelo. En esta sección lo que nos interesa especialmente es la serie de razones que lleva a elegir un grupo determinado, la naturaleza de las diferencias sexuales en ese grupo y las consecuencias que la elección puede tener sobre nuestra comprensión de la evolución humana.

Men in Groups (1970 a) de Lional Tiger es un buen ejemplo del método de estudio de casos concretos. Tiger se basa especialmente en sus observaciones de la vida social de los mandriles de la sabana para su reconstrucción de la vida social de los seres humanos de los primeros tiempos. Naturalmente, la adopción de este modelo tiene como consecuencia la creación de una situación hipotética según la cual en los primeros tiempos las diferencias sexuales entre los seres humanos eran bastante acentuadas. A continuación, Tiger señala las semejanzas que se observan entre

las formas de comportamiento de cada sexo en la hipotética sociedad humana primitiva y algunas de las actuales. De ahí concluye que estas similaridades no se deben a factores comunes ecológicos sino genéticos.

Aunque Tiger no da claramente los motivos que le inducen a utilizar como modelos del comportamiento humano primitivo a los mandriles de la sabana, resultan implícitos varios factores. En primer lugar, tanto los mandriles como los seres humanos son terrestres. Segundo, Tiger (1970 a, 33), al igual que otros autores, postula que los primeros seres humanos vivieron en sabanas similares a las ocupadas hoy por los mandriles, pues cree probable que este ambiente haya proporcionado las condiciones necesarias para el desarrollo de la vida terrestre y de las acciones en cooperación, sobre todo entre los machos.

Hay otras dos razones que pueden ayudar a explicar por qué elige Tiger los mandriles, aunque ninguna de las dos esté directamente implícita en sus escritos. Primero, los mandriles de las sabanas fueron los primeros primates bien estudiados en estado salvaje, y durante algún tiempo proporcionaron las únicas informaciones que se tenían sobre el comportamiento de primates no humanos en ambientes naturales. Este hecho se debió a que la buena visibilidad que proporciona la sabana hace mucho más fácil estudiar a estos mandriles que a los demás primates. Segundo, estos mandriles muestran diferencias sexuales de comportamiento equiparables a las ideas que se tienen en Europa y América sobre la naturaleza innata de las diferencias sexuales entre los seres humanos. Esto significa que desde el primer momento los estudios de los mandriles de la sabana no han contradicho las nociones corrientes de los papeles sexuales, sino que han sido utilizados de manera acrítica para elevar estas nociones a nuevos niveles de respetabilidad científica.

Nosotras tenemos reservas ante el hecho de elegir a los mandriles de la sabana como modelos de la sociedad humana. No es seguro que la ecología de los mandriles sea muy similar a la de los primeros seres humanos. No hay desde luego nadie que afirme que el sitio ocupado por los mandriles de la sabana sea exactamente igual al de los primeros seres humanos, pero al parecer Tiger cree que son muy similares. Dice este autor que las diferencias principales entre los dos grupos radican sobre todo en la significación especial que tuvo la caza en los primeros tiempos de la vida humana. Ahora bien, según el análisis de Tiger, las pautas de cacería no hacen sino reforzar las divergencias básicas entre los comportamientos del macho y de la hembra de los mandriles.

Hay otros investigadores que subrayan las diferencias entre la ecología de los mandriles y la de los primeros seres humanos. Thelma Rowell (1966, 345) ha puesto en duda que la vida en la sabana haya tenido gran importancia para la evolución del mandril. Rowell cree que el hábitat de la sabana podría ser de factura reciente, resultado de las actividades agrícolas humanas en Africa, y sugiere que los mandriles han evolucionado en

un ambiente forestal. Si la tesis de Rowell es correcta, la vida en la sabana no ha podido influir en la evolución de los mandriles.

David Pilbeam (1972, 88), convencido de que la sabana africana es anterior a la agricultura, cree que este hábitat ha tenido gran importancia para la evolución de los monos y los hombres. Según él, humanos, antropoides y monos evolucionaron por separado antes de que ningún otro grupo se aventurase a salir a la sabana. Esto supondría que los monos de las sabanas y los primeros seres humanos tienen pocas cosas en común aparte del hábitat. En opinión de Pilbeam, los nichos ecológicos de estos dos grupos son diferentes aunque se hayan adaptado al mismo hábitat.

Como veremos, tanto Rowell como Pilbeam plantean importantes dudas respecto de la semejanza de los nichos ecológicos de los mandriles de la sabana y los primeros seres humanos. Mientras Rowell cree que el hábitat común supuesto por Tiger para los dos grupos no tuvo importancia en la evolución de ninguna de las dos especies, Pilbeam afirma que, a pesar de la similitud de los hábitats, debió haber significativas diferencias en los nichos ecológicos.

Otra de nuestras reservas en cuanto a la utilización de los mandriles de la sabana como modelos del comportamiento humano radica en que el comportamiento de estos animales no es forzosamente típico de los mandriles. Rowell (1966) ha indicado que muchos grupos de la especie de los mandriles se encuentran actualmente en zonas boscosas. Si los observadores de los mandriles han centrado su atención en los que viven en la sabana, ha sido debido a la buena visibilidad de esa zona. A partir de aquí se afirma que los mandriles son animales de sabana y que tanto su pronunciado dimorfismo sexual como otras características de la especie son explicados como formas de adaptación a este ambiente. Como indica Rowell, estas ideas han sido a su vez incorporadas a las teorías de la evolución de los primates.

Teniendo en cuenta estos hechos, Rowell se dedicó a estudiar grupos de mandriles de otros ambientes. Eligió para su estudio dos poblaciones de mandriles que vivían en un hábitat mixto de hierba baja y bosque abierto. Estos animales pasaban el 60 por ciento del tiempo en el bosque.

El tamaño de estos grupos era aproximadamente igual al de los grupos de la sabana estudiados anteriormente. Uno de los grupos contaba con 32 miembros y el otro con 58. En ambos, la proporción de miembros de uno y otro sexo era casi igual, en contraste con el dominio numérico que se había encontrado en la sabana. Los grupos de vida forestal sostenían una cohesión mucho más flexible que los de la sabana, pues en el bosque algunos individuos cambiaban al parecer de grupo, y en algunas ocasiones se unían dos grupos para buscar alimentos. En los grupos grandes, a veces, algunos miembros abandonaban el grupo principal durante una parte del día. Como las hembras nunca cambian de grupo pueden ser calificadas de núcleo de la banda.

Las diferencias existentes entre los comportamientos de los mandriles de la sabana y el bosque son sorprendentes. Rowell nunca vio avanzar en formación a los mandriles de bosque, sino que pudo observar en ellos dos tipos de distribución espacial que no se dan en los mandriles de la sabana. En el primero ocurría a veces que un macho adulto esperaba a que todo el grupo se adelantara a iniciar él el camino. La otra característica consiste en que los animales situados en la periferia del grupo eran casi siempre las hembras embarazadas. Cuando algo les atemorizaba todos los individuos huían y los machos más grandes y fuertes corrían por delante de las hembras que llevaban crías. La jerarquía de dominio de los machos adultos no tiene la rigidez de la existente en los grupos de la sabana, y las amenazas, peleas y suplantaciones son escasas. Es posible que esta última circunstancia sea en parte producto de la presencia de alimentos abundantes y dispersos. Solamente se observaron disputas frecuentes cuando se encontraban alimentos muy apreciados, como las plantas tiernas y las setas, en cantidad limitada.

Las características de los mandriles del bosque recuerdan mucho más las de los chimpancés del bosque que las de los mandriles de la sabana. En un ambiente con abundante comida y pocos depredadores, la vida de los monos del bosque parece tranquila y sin acosos. Hay muy pocos signos de tensión y agresión dentro del grupo, y no se observaban jerarquías de dominio entre los machos. Y, dato muy importante para nuestro análisis, las diferencias sexuales de comportamiento resultaron mucho menores que en los mandriles de la sabana.

El estudio de los mandriles del bosque (de la misma especie que los de la sabana) realizado por Rowell muestra que dentro de una misma especie de primates pueden darse formas diversas de comportamiento. La magnitud de las diferencias de organización social entre los mandriles de la sabana y los del bosque resulta especialmente sorprendente porque los mandriles parecen más especializados anatómicamente, y más limitado genéticamente su comportamiento que el de otros primates como los antropoides, por ejemplo. Este hecho demuestra los falaces resultados de los intentos de descripción de una especie a partir de la observación de un único grupo. Algo muy parecido ocurre cuando se estudia a los seres humanos; demasiado a menudo se intenta describir los rasgos del comportamiento humano a partir de la observación de las poblaciones norteamericanas y europeas exclusivamente. En ambos casos serían más precisos los resultados si se partiera del estudio de las diferentes variantes de muestras múltiples.

La visión que Lionel Tiger tiene de la evolución humana y de las sociedades actuales está afectada por su elección del mandril de la sabana como modelo del comportamiento de los primeros seres humanos. Los mandriles de la sabana tienen un dimorfismo sexual agudo tanto en el tamaño como en el comportamiento. De hecho su dimorfismo sexual es

equivalente al de cualquiera de los primates vivos. Al elegir a los mandriles, Tiger reconstruye una sociedad humana de los primeros tiempos caracterizada por claras divisiones de comportamiento entre los sexos. La hipótesis central de Tiger dice que la diferenciación de los géneros se hizo cada vez más conveniente para la especie conforme avanzaba la evolución humana. Las hembras se orientaron hacia los niños y se ocuparon con mayor intensidad de su cuidado conforme aumentaba la dependencia infantil. Los machos se orientaron más hacia los individuos de su mismo sexo, y poco a poco fueron apareciendo entre ellos jerarquías de dominio similares a las típicas de los mandriles de la sabana. La principal función de los machos en el seno del grupo consistió en asegurar su cohesión protegiéndolo de los ataques de otros animales y conservando el orden social dentro del grupo. A lo largo de sucesivas fases de la evolución, los machos, que tenían condiciones físicas para la función defensiva, abandonaron ésta para ocuparse fundamentalmente de proporcionar alimentos.

El núcleo de la hipótesis de Tiger sobre la evolución humana se encuentra en su afirmación de que las diferencias sexuales de comportamiento aumentaron con el tiempo hasta el punto de quedar fijadas genéticamente. Es posible que si el punto de partida de Tiger no hubiera sido su observación de los mandriles de la sabana, sino otro grupo cualquiera de primates, no estaría tan convencido de la importancia de las diferencias genéticas en la determinación de las diferencias sexuales de comportamiento en los seres humanos.

Aparte de su elección de modelo, hay varios aspectos del concepto que propone Tiger de la evolución humana que merecen comentario. En primer lugar, se trata de una visión especulativa basada en pocos datos seguros. No podemos acusarle por esto, pues no poseemos apenas datos en los que basar el estudio. Esta situación permite que la interpretación del curso seguido por la evolución humana varíe dentro de márgenes amplísimos. Cada vez que los datos le dejan en libertad, Tiger hace interpretaciones que concuerdan con las opiniones típicas del varón de la sociedad en la que vive.

Ejemplo de esta actitud tendenciosa es la distorsionada visión que nos presenta de la evolución de las actividades paternas y maternas en relación con el cuidado de los hijos. Debido a lo prolongado del desarrollo de los niños, éstos dependen de los adultos durante un período muy largo. Tiger reconoce acertadamente que el comportamiento de las hembras adultas tiene que haber evolucionado de acuerdo con estos cambios, pero ignora completamente la posibilidad de que también el macho haya evolucionado en ese sentido, aumentando su dedicación y orientación hacia el niño. Tan fácil es dar una base a esta hipótesis olvidada por Tiger como a la única que tiene en cuenta. Al igual que el comportamiento maternal de la mujer, la posibilidad de un comportamiento marcadamente paternal por parte del hombre se basa en observaciones comparativas

de sociedades humanas y sociedades de primates no humanos. El macho de la especie humana participa mucho más activamente en el cuidado de los hijos que los machos de todas las demás especies de primates. Pero, en este sentido, las modernas sociedades industrializadas no son típicas, por cuanto que los cambios introducidos por la vida urbana industrial han reducido mucho el contacto del padre con los hijos. En resumen, es posible que Tiger haya sido engañado y no haya captado correctamente las verdaderas líneas de fuerza de la evolución de los seres humanos debido a una tendencia no consciente pero existente y debida al etnocentrismo.

En segundo lugar, Tiger dice que en el curso de la evolución humana se desarrollaron en cada sexo rasgos opuestos. Que se produjo «una diferencia *cada vez mayor* en el comportamiento de hombres y mujeres, al mismo tiempo que se producía una diferencia física *cada vez menor*» (Tiger, 1970 b, 31; la cursiva es nuestra). Tiger no llega a explicar cómo puede haberse producido este doble proceso, y a nosotros nos parece una muestra de su falta de comprensión de los procesos evolutivos. Los dimorfismos físico y de comportamiento son manifestaciones de un mismo proceso de adaptación. En la larga historia de la evolución, estas manifestaciones de tal proceso tienen que ser siempre coherentes. Si se tienen pruebas basadas en el estudio de esqueletos en las que se muestra que el dimorfismo físico fue mayor al principio de la vida humana que en la actualidad, lo lógico sería suponer que también las diferencias en los comportamientos se han reducido con el paso del tiempo.

En tercer lugar, Tiger parte de una serie de presupuestos simplificadores que no podemos aceptar. Para empezar, Tiger cree que el biocomportamiento de los mandriles es resultado de su evolución en un hábitat de sabana. Después dice que si los primeros seres humanos habitaron en las sabanas debieron tener muchas características comunes con la vida social de los mandriles. Nosotras creemos que las condiciones de la evolución de los mandriles, que son únicas y exclusivas de esta especie, no coinciden con las de la evolución humana. Si bien es cierto que un mismo hábitat puede plantear desafíos similares a poblaciones diferentes, las grandes diferencias que se dan en la actualidad entre los seres humanos y los mandriles bastan para hacernos pensar que las reacciones debieron ser diferentes. De hecho, son tantas las diferencias entre los biocomportamientos de los hombres y los mandriles que ninguno de los dos grupos puede servir de modelo para la evolución del otro.

Los antropoides se asemejan más que los mandriles a los seres humanos tanto en su anatomía como genética y bioquímicamente, así como en su propensión a determinadas enfermedades. Si tuviéramos esto en cuenta, a la hora de elegir un modelo con el que establecer comparaciones con la especie humana lo buscaríamos entre los antropoides. Los chimpancés y gorilas son los antropoides más parecidos biológicamente a los seres humanos. Pero desde el punto de vista del comportamiento, el

de los chimpancés se acerca al de los hombres más que el de los gorilas.

Por ejemplo, las expresiones faciales de los chimpancés, o sus formas de saludo, recuerdan más a las humanas que las de los gorilas. Comen, al igual que los hombres, alimentos muy variados, entre los que se cuentan insectos, animales pequeños y semillas duras. En cambio, la dieta alimenticia de los gorilas se ciñe más a las hojas y frutas. Los chimpancés son animales inquisitivos interesados en acciones exploratorias. Aprenden más rápidamente que los gorilas cualquier nuevo tipo de conducta, y en su vida libre manifiestan mayor destreza con las herramientas que sus primos de mayor tamaño (Itani y Suzuki, 1967). Los chimpancés utilizan palos modificados para sacar termitas y miel de lugares inaccesibles para sus manos, y palos sin modificar para ataques de exhibición. Utilizan hojas como esponjas para sacar agua de pequeños huecos y se cree que parten con piedras la cáscara dura de algunos frutos. Los gorilas sólo utilizan palos sin modificar para acercarse la comida.

También se ha observado que los chimpancés comparten la comida. Esta era una característica que se creía exclusiva de los seres humanos hasta que se observó en esta especie. Tampoco es corriente que los chimpancés compartan la comida, pero esta acción cooperativa no ha sido nunca observada en otros primates.

Si hay que elegir una especie entre los primates no humanos para aplicar los conocimientos adquiridos en ellos al estudio de la evolución humana, parece que hay que elegir a los chimpancés. Genéticamente están menos especializados que los mandriles. Su forma de adaptación es más bien fruto de su comportamiento. Los chimpancés tienen una gama de comportamientos muchísimo más amplia que la de los mandriles, en todos los terrenos. Comen más alimentos, tienen mayor capacidad para aprender, utilizan herramientas y son más inquisitivos que los monos terrestres. Todos estos rasgos están menos desarrollados en los chimpancés que en los seres humanos, pero hay más semejanzas en las tendencias generales de la evolución de los chimpancés y de los hombres que entre ésta y la de los mandriles. Creemos que estas semejanzas generales entre chimpancés y hombres deben contar más que las establecidas entre los hábitats de hombres y mandriles.

La vida social de los chimpancés proporciona un modelo de diferencias sexuales de comportamiento que resulta útil para intentar reconstruir la especialidad de los comportamientos de los sexos en los primeros seres humanos. Machos y hembras adultos actúan básicamente de forma similar aunque tengan algunas diferencias en sus comportamientos. En los chimpancés encontramos, 1) la estabilidad de las asociaciones entre individuos, de las que la más duradera es la que se establece entre la madre y sus crías; 2) unas pautas de relación con los pequeños, en las que las madres participan con mayor intensidad en las primeras fases del desarrollo y los padres aumentan su participación conforme progresa el desarrollo; 3) tam-

bién hay parecido en la edad y clase de sexo de las parejas en la actividad del cuidado mutuo; y 4) semejanzas básicas en los saludos.

La organización social de los grupos de chimpancés que habitan en los bosques son poco fijas porque a menudo se forman subgrupos en los que los miembros van cambiando. Se ha comprobado que estos subgrupos, integrados por la máxima variedad posible de tipos de edades y sexos, tienen por función utilizar a fondo los recursos alimenticios dispersos y variables. Estas pautas de conducta son especialmente patentes en los grupos de chimpancés que viven en ambientes *mixtos* de bosque y sabana. Desgraciadamente, estos grupos no han sido todavía estudiados con tanta intensidad como los que viven sólo en los bosques. Parece, sin embargo, que la flexibilidad de organización social que permite la formación y disolución de los grupos, junto con la gran variedad de alimentos consumidos por estos animales, les permite adaptarse a una gama de hábitats más amplia que la de cualesquiera otros primates, exceptuando los seres humanos. Estas características debieron ser también las de nuestros más antiguos antepasados.

Los chimpancés de hábitat mixto sabana-bosque forman grupos más cohesionados cuando están en zonas desprovistas de árboles que cuando buscan su comida en los bosques, y eso mismo les ocurre a los mandriles que habitan en este tipo de zona. La diferencia entre las dos especies consiste en que sólo los chimpancés forman subgrupos con adultos de ambos sexos. En los momentos en que la dispersión del grupo alcanza su punto máximo, los chimpancés llegan a veces a actuar en grupos compuestos por un adulto macho y uno hembra y sus crías, que son naturalmente la unidad mínima de reproducción. Itani (1967) ha dicho que estos grupos mínimos son modelos válidos del origen de la familia humana, pues constituyen el grupo más reducido que puede contar con autosuficiencia económica *y* reproductiva. Entre los chimpancés no hay auténticos grupos familiares que puedan ser considerados como tales, pero hay en ellos tipos de comportamiento que pueden ser interpretados como preadaptaciones a la organización humana.

Discusión

¿Se puede inferir algo acerca de las diferencias sexuales humanas basándose en el estudio de los demás primates? Podemos, sí, sacar una conclusión a partir de la comparación de las diferencias sexuales de todos los primates vivos. Esta comparación muestra que hay una proposión directa entre los grados de dimorfismo sexual anatómico por un lado y de conducta por el otro. En general, si se consideran todos los primates, cuando varía uno de los rasgos también varía el otro. Las posibilidades de variación son sorprendentes. En los grupos arbóreos hay poco dimorfis-

mo sexual, pero en algunos grupos terrestres las diferencias son grandes. Los seres humanos no tienen actualmente un alto grado de dimorfismo sexual en sus rasgos físicos. Además, no poseemos pruebas derivadas del estudio de esqueletos antiguos que sirvan para demostrar la presencia de una mayor disparidad morfológica en fases anteriores de la evolución. De todo esto se deduce que en el desarrollo del *Homo sapiens* no ha tenido gran peso la diferenciación genética de los sexos.

Los estudios detallados de especies concretas de los otros primates permiten hacer una segunda inferencia respecto a las diferencias sexuales en los seres humanos. Se ha mostrado que el comportamiento de los primates es una característica biológica que aumenta notablemente la flexibilidad ecológica de la especie por encima de las posibilidades de la simple adaptación física. Entre animales como los mandriles, las diferencias relativas entre los sexos varían de forma significativa según sea el ambiente en el que viven. Así, las diferencias relativas entre los sexos en los primates son en parte resultado de su capacidad de adecuar el comportamiento social a las diversas condiciones ambientales. La principal fuerza de la evolución humana ha sido el desarrollo de la capacidad de realizar actividades aprendidas. Esto es posible biológicamente debido al prolongado período de dependencia típico de los seres humanos. Lo que ha redundado en beneficio de éstos, ampliando considerablemente sus posibilidades de supervivencia en ambientes muy diversos. Basándonos en estos datos es lógico concluir que en los seres humanos las diferencias sexuales están mucho más arraigadas en el comportamiento que en los demás primates. Esta conclusión se apoya en el presupuesto según el cual en cada grupo de organismos en evolución se da una unidad general en los cambios debidos al desarrollo.

Las diferencias de comportamiento entre los sexos humanos deberían estar en relación con variantes ecológicas. Esta predicción se basa en que pueden observarse correlaciones similares en los demás primates. Aunque las variantes ecológicas que han sido significativas para los seres humanos no tienen por fuerza que coincidir con las que lo han sido para los otros primates, es de esperar que los dos procesos tengan semejanzas.

El estudio de las diferencias entre los sexos en las especies de primates nos permiten establecer dos predicciones acerca de las diferencias entre los sexos. Primero, la gama de diferencias sexuales de conducta en los seres humanos es mayor que la de cualquier otra especie de primates. Segundo, estas variaciones están en relación con la ecología del grupo.

En gran parte de lo que queda de este libro exploraremos estas posibilidades. Pero antes de embarcarnos en esta tarea dedicaremos el próximo capítulo al análisis de algunas teorías antropológicas que han tratado de explicar la variedad de diferencias sexuales de comportamiento observadas en las diversas sociedades.

Capítulo 6

LA CIENCIA DEL HOMBRE MIRA A LA MUJER

LA EVOLUCIÓN DEL HOMBRE Y DE LOS HOMBRES

Empezaremos nuestra investigación del papel de las mujeres en la evolución cultural con una revisión de las teorías antropológicas sobre la naturaleza básica de los sexos y su participación en el desarrollo de las primeras sociedades humanas.

Hace mucho tiempo que la humanidad se siente fascinada por sus orígenes biológicos y sociales. En las últimas décadas se han estudiado las comunidades actuales de los primates a fin de obtener una comprensión mayor de los requisitos necesarios para el salto crítico de la sociedad protohumana a la humana. Como hemos visto, todos los primates superiores se organizan en grupos sociales más o menos permanentes y muestran un alto grado de cooperación. La mayor parte de los estudiosos coincide, sin embargo, en creer que las diferencias entre la organización social de monos más compleja y la sociedad humana son *cualitativas*. Para la transición de la sociedad protohumana a la humana fue necesario que las actividades que permiten la subsistencia cambiaran significativamente de dirección pasando de la búsqueda *individual* de alimentos a la búsqueda *común* y al reparto de alimentos entre los miembros del grupo: de la autosuficiencia económica a la dependencia de grupo. Para que esta producción y distribución comunitarias pudieran llegar a efectuarse fue necesario que paralelamente apareciese un retículo o superestructura social, por rudimentario que fuera. En las sociedades humanas más sencillas, este retículo se basa en las relaciones formales entre padres e hijos. Todo induce a creer que también en las primeras sociedades humanas estos lazos primarios de parentesco realizaron funciones similares. Así pues, tanto los elementos económicos como los sociales son cruciales para trazar la frontera entre las primeras comunidades humanas y las de los monos tanto prehistóricos como actuales.

Este capítulo está dedicado a realizar un análisis crítico de las más

destacadas teorías de los siglos XIX y XX de los papeles del macho y la hembra en las comunidades recolectoras protohumanas y humanas de los primeros tiempos. El núcleo principal del interés antropológico por el origen de la sociedad ha variado en gran medida tanto según las ramas de la ciencia como el momento histórico. Durante el siglo XIX se tenía especial interés por los aspectos sociales e ideológicos de las primeras sociedades. Estimulados por la aparición de datos sobre las culturas primitivas, los eruditos se dedicaron a estudiar, por ejemplo, los orígenes del tabú del incesto y los sistemas de matrimonio y parentesco diferentes de los de sus propias sociedades. Cuando las ciencias geológica y paleontológica alcanzaron su madurez, los arqueólogos estudiaron la dimensión tecnoeconómica. Hasta hace muy poco se creía que la herramienta de piedra era un mojón histórico para la humanidad; se creía que con su aparición había nacido la caza, que era considerada una técnica de subsistencia claramente humana.

En el campo de la antropología social se desarrolló una tendencia más empírica a comienzos del siglo XX. Las anteriores teorías sobre los aspectos sociales de las primeras culturas humanas quedaron rápidamente desacreditadas y surgió un movimiento favorable a la estructura filogenética de la arqueología y más basada en los datos. Los evolucionistas modernos han tratado de soldar los datos sociales y económicos entre sí, estableciendo relaciones entre ciertos niveles de complejidad tecnológica y económica, y uno o varios tipos de instituciones sociopolíticas. Al hacerlo así, se han tomado quizás mayores libertades en la interpretación de datos arqueológicos que los propios arqueólogos.

Cuando se crea un modelo de sociedad, sea cual fuere la fase de la evolución, se adoptan ciertos presupuestos implícitos o explícitos sobre la yuxtaposición económica y social de los sexos. El tabú del incesto y el establecimiento de grupos relativamente estables de producción y distribución comunitarias entre los recolectores protohumanos toma cierta forma de división de trabajo. Los interrogantes acerca de su carácter han sido contestados con conclusiones teóricas incoherentes. Por ejemplo, ¿dónde radica la principal división de trabajo en la sociedad antigua, entre los padres y los hijos o entre los sexos? La idea de tecnologías de subsistencia específicas de un sexo (por ejemplo, la caza para los varones), ¿puede ser aplicada a las comunidades protohumanas? Si es así, ¿es posible que el dominio de un sexo en esas actividades contagie toda la estructura social? ¿Cuál es el origen y la función, entre fósiles humanos, de las relaciones sociales macho-hembra que van más allá de los contextos simplemente biológicos de la sexualidad y la prole? ¿Cómo se reflejan estas relaciones en la estructura social de las primeras sociedades?

Tanto en el siglo pasado como en el actual, los teóricos han sugerido respuestas a estas preguntas. Como veremos, los prejuicios acerca de la naturaleza de varones y hembras en las fases más antiguas del desarrollo

cultural tienden a constituir el fundamento de actitudes teóricas proclives sobre los papeles desempeñados por cada uno de los sexos también en sociedades más complejas. Los filósofos sociales del siglo XIX argumentaban generalmente que las hembras habían tenido un papel central en la aparición de los tabúes del incesto y el establecimiento de grupos endogámicos. Esta idea ha sido criticada por teóricos actuales que a menudo citan la organización social de los primates como prueba que les permite llegar a conclusiones opuestas a las del siglo pasado. Los teóricos de nuestros días dicen que el carácter dominante innato del macho es el tema central subyacente en toda la vida económica y social de la más remota antigüedad, en la que la hembra tuvo un papel periférico que giraba en torno a la reproducción y la vida doméstica. Recientemente, esta última interpretación ha sido a su vez criticada como etnocéntrica, incluso propia de un sexo, en su método de reconstrucción de las primeras sociedades humanas. Se trata de preguntarse si esas teorías estudian la evolución del *hombre* o la de la *humanidad* y si estas dos zonas han sido erróneamente superpuestas.

Modelos del siglo XIX

En un análisis de la naturaleza de las comunidades recolectoras de cualquier época, considerar las hipótesis del siglo XIX es un factor crucial para la comprensión del pensamiento antropológico moderno. El desarrollo de un cuerpo de teorías no es simplemente un suave avance o un despliegue de ideas cada vez más complejas a partir de otras previas menos integradas y complejas. En la pirámide ideal del refinamiento teórico se encuentran incontables pasos atrás y apariciones de hipótesis contrarias a los dogmas vigentes en cada momento. Nosotras creemos que hasta cierto punto la antropología del siglo XIX se ha desarrollado como reacción contra las ideas del siglo XIX. Para comprobar si es así, examinaremos las teorías de los filósofos sociales más importantes del siglo pasado y las compararemos con las principales de nuestro siglo.

Las hipótesis sociales de Darwin. Aunque debe su fama especialmente a su labor de pionero en los estudios de la evolución biofísica, Charles Darwin (1874, originalmente 1871) se aventuró también brevemente en el estudio de la naturaleza de las primeras sociedades en cuanto adaptaciones especiales del *Homo sapiens.* Sus ideas fueron muy influyentes en los círculos intelectuales del siglo XIX y algunas son todavía respetadas en las modernas hipótesis de los orígenes culturales. *The Descent of Man* fue la principal obra escrita por Darwin sobre el desarrollo social y biológico de la especie humana. Como muchos científicos de la época, Darwin se interesó por la zona evolucionaria primigenia que separó a los seres hu-

manos de los demás primates. Darwin argumentó, correctamente, que el esqueleto —con la excepción del cráneo— adquirió sus proporciones actuales mucho antes de que el cerebro y la cabeza alcanzaran las características típicamente humanas. En consecuencia, las presiones de la selección natural incidieron durante un largo período de la prehistoria humana en la capacidad humana de adaptarse intelectual y socialmente a un medio ambiente lleno de especies con mayor fuerza física. Este paso se dio con la aparición de lo que ahora llamamos cultura humana.

Darwin subrayó las condiciones previas materiales y sociales necesarias para la aparición de la sociedad humana. La fabricación de herramientas sólo pudo comenzar cuando las manos dejaron de ser necesarias para la locomoción. La *utilización* de herramientas, combinada con el aumento de la destreza y el ingenio, permitió a los humanos competir con éxito con los otros animales. Pero las ventajas de adaptación de nuestra especie exigieron también un exagerado desarrollo de lo que Darwin llamó *instintos sociales.* Se sabía ya entonces que muchas especies muestran un grado de cooperación comunitaria en la obtención de alimentos o en las acciones ofensivas y defensivas, pero se decía que en los seres humanos la combinación de esta característica con la inteligencia llevó al desarrollo de la responsabilidad social y al estrechamiento de lazos, es decir la moral humana. Según Darwin, fue este sentido «moral» lo que dio ventajas a las primeras comunidades humanas en su adaptación mediante un aumento de la cooperación interna en los grupos. La naturaleza y contenido de estos códigos morales fueron conformados subsecuentemente por la selección natural.

Así pues, para Darwin la vida social de los primeros seres humanos se distingue de la de los animales inferiores por la presencia de la moral. Según él su aparición viene de dos fuentes. La primera es el *instinto de simpatía,* que puede ser equiparado más o menos a un espíritu altruista y de cooperación con otras personas. Darwin pensaba que éste era un rasgo innato debido a las ventajas que su adaptación suponía para los individuos y grupos sociales. Su aparición se debió al principio a que el individuo calculaba que obtendría beneficios a la larga, y que al cabo de un tiempo este rasgo fue subrayado en los grupos por la aparición de la norma y las sanciones contra su desobediencia. La segunda fuente del desarrollo de la moralidad según Darwin fue el campo de la actividad sexual y su regulación. En este contexto se dio gran importancia a las diferencias de naturaleza del macho y la hembra. Para Darwin, el establecimiento de uniones heterosexuales estables, tanto monógamas como polígamas, fue algo esencial para el desarrollo de las primeras sociedades humanas. Se interpretó el matrimonio como una solución cultural para los celos sexuales de los varones. Según Darwin, la restricción a una sola pareja del número de individuos con el que se podía entrar en relaciones sexuales empezó por aplicarse a las hembras casadas, pero luego los varones exigieron que tam-

bién las hembras solteras fueran castas. Sólo posteriormente ampliaron las restricciones sexuales a sí mismos. Todas las restricciones impuestas a los impulsos orgánicos o sociales, como la castidad o la templanza, fueron etiquetadas positivamente por Darwin con el nombre de *virtudes de respeto a uno mismo*. La autodisciplina y la correspondiente reducción de la tensión en el grupo fueron interpretadas como dos de las piedras fundamentales de la sociedad humana.

Darwin fue uno de los primeros eruditos que ligó sistemáticamente los conceptos relativos al hombre como organismo en evolución con los referidos al hombre como fabricante de herramientas e, indirectamente, como cazador. En *The Descent of Man,* los estereotipos de comportamiento masculino y femenino fueron extraídos del contexto de la filosofía y la tradición popular y entonces fue cuando estas ideas recibieron el sello de lo científico. Los varones, nos dicen, tienen mayores impulsos sexuales, y son naturalmente más afirmativos y competidores. Por el contrario, las mujeres no son agresivas, tienden al cuidado de los pequeños, y son focos de la jerarquía de dominio de los varones. La naturaleza esencialmente asexuada de las mujeres, se dice, explica su importante papel en la evolución, consistente en frenar y controlar la energía del varón, estimulando así la cooperación en el seno del grupo mediante la reducción de las tensiones sexuales. La importancia dada por Darwin al carácter fundamental del matrimonio y la cooperación subrayaba siempre las ventajas que para su adaptación tuvieron las primeras sociedades humanas que contaban con esas características frente a las que no las tuvieron.

Sexo, sexualidad y origen de la sociedad. Otros filósofos sociales del siglo XIX para los que la selección natural no era una idea tan importante como para Darwin, no centraron su atención solamente en la estructura de las primeras sociedades, sino que también se fijaron en su progresiva transición de los modestos comienzos a las condiciones sociales que atravesaba entonces Europa. Las hipótesis de Darwin sobre los primeros hombres, aunque formuladas ya claramente en 1859 con la redacción de *Origin of Species,* no fueron publicadas hasta después de una década de su redacción. Durante este intervalo aparecieron varias obras independientes que dieron origen a una viva polémica sobre el carácter de los sistemas de parentesco y matrimonio de las sociedades más antiguas.

En 1861, por ejemplo, se publicó *Das Mutterrecht* (Derecho de la madre) de Bachofen, y *Ancient Law* (Ley antigua) de Maine. A estas obras siguieron *Primitive Marriage* (Matrimonio primitivo) de McLennan, en 1865; *Origins of Civilisation* (Orígenes de la civilización) de Lubbock y *Systems of Consanguinity and Affinity of the Human Family* (Sistemas de consanguinidad y afinidad de la familia humana) de Morgan, en 1870; y *Ancient Society* (Sociedad antigua) del mismo Morgan, en 1877. Todos estos tratados ofrecían fórmulas específicas para la estructura social de las

primeras sociedades humanas, con descripciones de los papeles biosociales estereotipados del hombre y la mujer. Sólo nos referiremos muy brevemente a estas grandes obras de la antropología del siglo XIX. Aunque las teorías que contienen son interesantes, y a veces entretenidas, si las investigáramos en detalle nos alejaríamos demasiado de nuestro campo principal que ahora nos lleva a resaltar la influencia del pensamiento del siglo XIX en la ciencia y las ideas corrientes del siglo XX sobre los papeles de los sexos.

El hilo que une todas estas obras del siglo pasado es el casi acuerdo de todos los autores sobre el presunto modo de desarrollo de la cultura. Con la excepción de Henry Maine, estos evolucionistas del XIX piensan que en el origen más remoto de la sociedad humana, sus miembros vivían en un estado de promiscuidad sexual. Durante la primera de las fases de la cultura, la reproducción se conseguía por medio de un emparejamiento sin regulación alguna ni relaciones formalizadas o exclusivas macho-hembra. Se creía también que a esta fase siguió otra en la que se impuso universalmente el sistema de parentesco matrilineal, unido, según algunos eruditos, a un gobierno político por parte de las mujeres. La tercera fase de la evolución fue la del sistema de parentesco patrilineal, o familia patriarcal. Se supuso que los varones se habían hecho con el poder tanto sobre la propiedad como sobre los hijos, y se decía que a menudo habían subyugado a las mujeres. Sólo Maine rechazó la idea de las etapas promiscua y matriarcal y afirmó que la primera forma de organización humana fue la familia patriarcal. La última fase de la evolución era la familia nuclear monógama de la Europa industrializada.

Vemos pues que esta secuencia en la que se pasa de la promiscuidad a la matrilinearidad y de ésta a la patrilinearidad hasta llegar a la familia monógama o nuclear, era aceptada por la gran mayoría de los estudiosos del siglo pasado. Casi todos estos eruditos subrayaban la importancia del papel desempeñado por las mujeres en el desarrollo del matrimonio y de los primeros grupos de parentesco, y pensaban que la fase matrilineal había sido universal para toda la especie humana. Para ellos la paternidad del varón fue algo conocido sólo posteriormente, y fue entonces cuando los varones utilizaron la institución del matrimonio para sus propios fines. Se decía que los hombres tomaban varias esposas (lo que técnicamente se llama poligamia), aunque pedían al mismo tiempo castidad y obediencia a sus esposas. En superficie, por lo tanto, las fases de la evolución imaginadas por los científicos del siglo XIX parecen dar gran importancia a la posición ocupada por las mujeres en la antigüedad; pero, según esa teoría, las mujeres fueron pasando gradualmente de una posición elevada a otra de subordinación e inferioridad institucionalizada.

Si se examinan más de cerca las explicaciones de estos investigadores sobre el inicio y avance de estas fases, aparece una serie de estereotipos parecidos a los que ya hemos señalado en Darwin. En la tabla 6-1 se

Tabla 6-1. Características de la conducta atribuidas a los

FASE CULTURAL	VARONES	HEMBRAS	AUTOR
Promiscuidad y	Tiránicos y en competencia sexual.	Sumisas, dominadas por los varones.	Bachofen
matrimonio de grupo	Dominantes sexual y políticamente; en guerra constante.	Asexuadas, naturalmente débiles; muertas en la infancia para aumentar la supervivencia del grupo. Cautivas de guerra.	McLennan
	Tendencia sexual agresiva; cazadores y proveedores.	Llevadas por el grupo; trabajos domésticos, no productivas.	Lubbock
	Agresivos pero socialmente iguales.	Moralistas, conservadoras; socialmente iguales.	Morgan
	Alta incidencia sexual, pero controlados por el matrimonio y la religión.	Matriarcas; líderes religiosos; Amazonas.	Bachofen
	Agresivos, militantes, forzados a compartir sus esposas.	Débiles, numéricamente inferiores a los varones; con varios maridos no relacionados entre sí.	McLennan
Fase matrilineal	Militantes, tomaron por la fuerza a las mujeres para obtener derechos sexuales exclusivos.	Bienes de los varones; sacrificadas por su debilidad; propiedad de un individuo macho.	Lubbock

muestran los estereotipos de cada erudito en cada una de las principales fases de la evolución.

Pese a las grandes diferencias que tienen entre sí estas teorías del siglo XIX, sus estereotipos del macho y la hembra son sorprendentemente similares. Estos investigadores creían que la libertad sexual que ambos sexos se permitían en la etapa de promiscuidad del desarrollo cultural daba lugar a consecuencias sociales diferentes según el sexo. Se decía que los varones eran los principales beneficiarios de la situación, y que las hembras no eran más que sus desganados objetos. Frente a los hombres,

varones y las hembras por los evolucionistas del siglo XIX.

FASE CULTURAL	VARONES	HEMBRAS	AUTOR
	Igualdad social con las hembras; ausencia del concepto de paternidad.	Dominantes. Controlan la sexualidad, descendencia y propiedad.	Morgan
	Sexual y socialmente dominantes; competidores autoritarios.	Inferioridad psicológica innata; dependiente; apolítica.	Maine
	Intelectuales; ligados espiritualmente a los hijos; dominantes.	Social y políticamente inferiores.	Bachofen
	Agresivos, militantes; los hermanos comparten las esposas.	Débiles, numéricamente minoritarias; esposas compartidas por varios hermanos.	McLennan
Fase patrilineal	Social y políticamente dominantes; pretenden tener derecho a la propiedad y los hijos.	Propiedad de los varones; su principal función es la reproductora.	Lubbock
	Situación anómala: los varones se hacen con el poder sobre la propiedad y la familia; excesivamente dominantes.	Inteligentes, moralizantes, no agresivas, subyugadas por los varones.	Morgan

supuestamente agresivos y competidores, las mujeres eran sumisas y dependientes. Investigadores como Lubbock y McLennan llegaban incluso a decir que las mujeres eran biológicamente inferiores y que para hacer posible la supervivencia del grupo era necesario eliminarlas periódicamente en el momento de nacer. El resto de las mujeres de las primeras sociedades era mero receptáculo para la reproducción. Mientras los hombres cooperaban entre sí de manera corriente, las mujeres no eran más que individuos ligados a los otros sólo por el matrimonio, o bien objeto de la agresividad del macho, robadas a los grupos vecinos a la menor oportu-

nidad. También encontramos en estos escritos del siglo pasado una defensa argumentada de la capacidad superior del macho para subsistir. Sir John Lubbock toca algunos de estos temas en este párrafo:

> Hay algunas cosas que las mujeres podían hacer mejor que los hombres, algunas ocupaciones *que el orgullo o la pereza, o ambos, les inducía a dejar en manos de las mujeres*... Una tribu débil era siempre una tentación para la tribu fuerte, ya que el ansia de gloria se sumaba a la posibilidad de obtener hombres que serían convertidos en esclavos y mujeres que pasarían a ser esposas. Dadas estas circunstancias, las niñas debilitaban la tribu en varios sentidos. *Comían, y no cazaban.* Debilitaban durante su infancia a sus madres, y al crecer se convertían en una tentación para las tribus vecinas. Así pues, el infanticidio de las hembras estaba muy extendido y resulta de fácil explicación (Lubbock, 1873, 93, la cursiva es nuestra).

En resumen, no se presuponía la igualdad de los sexos en la fase de promiscuidad. Es evidente que se describe al macho como un campeón dotado de un alto grado de aptitud para el sexo, la violencia y la obtención de alimentos. Las hembras en cambio son una especie de lujo del que se prescinde sistemáticamente en tiempo de guerra y que se destina a las relaciones sexuales unilaterales, la reproducción y los trabajos domésticos en tiempo de paz. Este párrafo de Lubbock es una de las primeras ocasiones en que se habla de la caza como actividad primordial de subsistencia para los primeros hombres y de las mujeres como seres esencialmente *no* productores.

En las descripciones del siglo XIX, una vez establecidas estas diferencias sexuales básicas, ya no había sino pequeñas fluctuaciones de los estereotipos en las siguientes fases de la evolución. Se suponía, desde luego, que la mayor victoria de las mujeres fue la que consiguieron en la fase matrilineal, aunque la posición que se les concedía no parece muy elevada vista con criterios modernos. Muchos filósofos de la época victoriana creían que la predisposición o aptitud para la sexualidad y para lo moral y lo religioso eran inversamente proporcionales, sobre todo en las mujeres. La fase matrilineal coincidía con el origen del matrimonio y la familia, dos instituciones cuya aparición se atribuía a los esfuerzos de las mujeres. Como se tenía un estereotipo de la mujer que la veía como a un ser asexuado, se deducía que era ella quien había decidido acabar con la anarquía sexual implantando en su lugar las uniones permanentes. Según estos teóricos se atribuía la descendencia a la mujer simplemente porque ella tenía las relaciones biológicas más básicas y evidentes con sus hijos.

Así pues, la fase matrilineal no alteraba la agresividad del macho sino que, simplemente, la suprimía o la inhibía. La fase patrilineal o patriarcal, tipificada por Grecia y Roma, se interpretaba como una nueva afirmación

del dominio del macho en todos los campos de la cultura. En esa fase se daba especial importancia, por encima de las relaciones fisiológicas, a los lazos espirituales entre padres e hijos, y tanto éstos como las mujeres quedaban reducidos a la posición de propiedades manipuladas por el varón de más edad. Para Henry Maine, este tipo de estructura constituía la piedra fundamental de la sociedad humana, en cuanto que los celos sexuales, universales entre los varones, eran desplazados hacia la obtención del poder sobre la propiedad y los miembros de la familia. Desde luego, la posición ocupada por la mujer en general alcanza en esta fase su cota mínima, de acuerdo con los modelos establecidos en el siglo XIX.

Ya hemos visto anteriormente que cada cultura proporciona a sus miembros una definición de la naturaleza humana así como de la naturaleza de los hombres y las mujeres. Con criterios modernos podríamos calificar de raras las conclusiones de los teóricos del siglo XIX, pero debemos recordar que también eran productos de su cultura. Posiblemente la cultura euroamericana sea un paso único por su creación de una ciencia a partir de la emisión de juicios sobre la naturaleza de los demás. En campos como el de las diferencias macho-hembra, en los que todavía no se ha trazado una frontera precisa que separe la biología de la cultura, hay un barniz de definiciones culturales que parece filtrarse y fijarse en todos los intentos de reconstruir la evolución. Comprobamos, efectivamente, que las características atribuidas a los primeros hombres y las primeras mujeres se acercan considerablemente a las definiciones del hombre y la mujer típicas de la Europa victoriana. La tendencia de los eruditos a ver los sexos aislados y actuando de formas opuestas y complementarias debe atribuirse en su mayor parte a la visión cultural europea que ve al macho y a la hembra como seres esencialmente diferentes en todos los campos sociales y biológicos.

De los denominadores comunes aislados por los evolucionistas victorianos, la sexualidad era desde luego el más importante. Podría ciertamente decirse que la antropología tomó las discusiones sobre las actividades reproductoras de los burdeles, para llevarlas al más respetable foro del discurso científico. Vieron a las primeras mujeres como reproducciones reflejas de la inglesa del siglo XIX, aunque sin la protección de una moral asentada en la religión y codificada por la ley. Al no estar sometidos a ninguna limitación, los varones ordenaban toda su experiencia en torno al acceso sexual a las mujeres. Todos los estereotipos presentes en los modelos del siglo XIX están basados en esta concepción de una aptitud desigual para la cópula. Se suponía que la agresividad, los celos y la competencia eran el resultado del carácter viril y potente del macho, mientras que la actitud resistente y limitadora de la mujer en lo sexual era la base de su supuesto carácter débil, sumiso, dependiente e inactivo. Es posible que la supervivencia de estos estereotipos en el pensamiento del público profano actual no se deba a la influencia de las ciencias del siglo XIX;

parece más acertado suponer que estas definiciones son una parte importante del legado cultural euroamericano. En seguida veremos cuál ha sido su destino en el desarrollo de las teorías modernas.

Modelos del siglo xx

La caída de la promiscuidad y el matriarcado. Ocurre a menudo que en el desarrollo de una ciencia, cuando se llega a determinado punto, se cambia o se revisa en lo fundamental todo el enfoque de la investigación e interpretación de los fenómenos. En las ciencias físicas, por ejemplo, la aparición de ideas como la selección natural de Darwin o la relatividad de Einstein produjo cambios importantes en un amplio cuerpo teórico. Lo mismo ha ocurrido en el campo de la antropolgía. Al empezar este siglo, las ciencias sociales habían ya empezado a separarse unas de otras y a distanciarse de sus raíces filosóficas comunes. La antropología, sobre todo en los Estados Unidos, adoptó una línea empírica y particularizadora directamente opuesta a las tendencias generalizadoras y sintéticas del pensamiento victoriano.

Debido a que los datos sobre los que se había trabajado en la primera mitad del siglo xix procedían de las informaciones proporcionadas por exploradores, misioneros, aventureros y otros observadores carentes de preparación, la vida social de los pueblos primitivos quedó rodeada de un aura misteriosa y mítica. La era de la filosofía de las culturas primitivas, o sea lo que suele llamarse «antropología de salón», acabó al aumentar los contactos directos entre los eruditos y las sociedades no occidentales. La creación de imperios coloniales en el extranjero produjo a la larga la destrucción de las culturas indígenas pero, irónicamente, contribuyó también a eliminar el efecto de barraca de feria que antes producían las costumbres y pueblos extranjeros, y puso al alcance de la investigación antropológica directa un enorme laboratorio de comportamientos humanos. En ningún lugar tuvo este fenómeno tanta repercusión como en los Estados Unidos, donde la consciencia de que la antropología era una ciencia en pleno desarrollo y el deseo de llegar a la estandarización y al rigor metodológicos coincidieron con la comprensión de la tremenda magniutd que tiene el problema de entender los sistemas culturales. Era tan grande el peso de los detalles de la sociedad india norteamericana que el padre de la antropología estadounidense, Franz Boas, se dispuso, y condujo a sus alumnos, a la tarea de registrar *todos* los datos culturales, y decidió rehuir todo intento de establecer generalidades sobre las fases de la evolución.

A comienzos de este siglo, los antropólogos norteamericanos dedicaron mucho tiempo a desacreditar las teorías del siglo xix, y se descartó casi inmediatamente la idea de fases universales de desarrollo cultural. Se

consideró fútil buscar los orígenes de la sociedad y las instituciones. Se decía que como la cultura se basa en el reconocimiento del parentesco y la división del trabajo, y la existencia de una sociedad sin matrimonio o algún tipo de estructura familiar no se da nunca en las sociedades primitivas, resultaba imposible que la sociedad humana hubiera atravesado una fase de promiscuidad. Del mismo modo se atacó con ahínco la realidad de la supuesta fase matrilineal. De hecho se llegó incluso a dudar de que el sistema matrilineal pueda ser considerado un sistema de descendencia con una posición independiente comparable al sistema patrilineal. Esta actitud iba a tener importantes consecuencias para las nociones modernas acerca de las posiciones ocupadas por las mujeres en la evolución.

No podemos separar de las principales influencias a que estaba sometido en esa época el clima intelectual y político los motivos que llevaron a los antropólogos de comienzo del siglo XX a rechazar con tanta fuerza la posición prioritaria atribuida al matriarcado por la ciencia del siglo XIX. De todos los eruditos que habían propuesto en sus hipótesis una fase matrilineal, Lewis Henry Morgan fue el más atacado. Sus escritos habían servido de inspiración a Federico Engels para sus conclusiones sobre la sociedad primitiva en su libro *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (nosotras citamos la edición inglesa de 1972; originalmente, 1884). Aunque esta obra era sobre todo un texto antropológico, nunca fue aceptada en Estados Unidos porque, como sostenían algunos investigadores, tenía una orientación tecnoeconómica o materialista inaceptable. Es posible que la obra de Morgan sufriera en la evaluación de sus relaciones con el texto de Engels así como de su aceptación como piedra fundamental de la antropología en la Unión Soviética. En palabras de Marvin Harris:

> Al incorporarse el esquema de Morgan a la doctrina comunista, la ciencia de la antropología, que luchaba por constituirse como tal, cruzó el umbral del siglo XX con un claro mandato para su propia supervivencia y bienestar: había que delatar el esquema de Morgan y destruir el método en el que estaba basado (Harris, 1968, 249).

Uno de los primeros antropólogos preparados en los mismos Estados Unidos, Robert Lowie, dedicó todo un libro, *Primitive Society* (1920), a criticar el *Ancient Society* de Morgan. En esa obra señalaba correctamente que el matriarcado —es decir, un *gobierno* de mujeres— era un fenómeno que no se da en el mundo primitivo. Pero a continuación no solamente negaba la prioridad de las instituciones matrilineales sino que llegaba a sugerir implícitamente que la descendencia matrilineal misma era algo raro y anómalo:

> Cuando se miran los fenómenos que ocurren en todo el mundo no podemos dejar de señalar que si bien no suele darse un sistema de descendencia exclusivamente patrilineal, la afirmación asimétrica de las influencias paternas es algo muy corriente. En comparación, la hipertrofia de los factores matrilineales parece *un hecho altamente especializado sobreañadido a los rasgos paternales sin llegar a suplantarlos*... Desde este punto de vista comprendemos también la *inestabilidad* de las instituciones matrilineales... Y ello no ocurre tanto porque los factores relativos a la madre tengan una tendencia intrínseca a desaparecer para dejar paso a los referidos al padre como por el hecho de que los factores paternales, *que no han quedado nunca suprimidos sino que han sido como máximo suspendidos en una situación específica,* vuelven a afirmarse al desaparecer tal situación específica (Lowie, 1920, 184-5, la cursiva es nuestra).

Lo que fundamentalmente decía Lowie es que, en principio al menos, la descendencia y la filiación a través de los machos es un fenómeno universal. En cambio, el sistema matrilineal es una curiosa y pasajera forma de organización social que inevitablemente desaparece para dejar lugar a la forma patrilineal, más estable y fundamental.

Sólo ahora puede empezar a calcularse la serie de consecuencias que estas conclusiones, pertenecientes a uno de los antepasados recientes de la antropología norteamericana, han tenido para el desarrollo teórico de la ciencia. Aunque la noción de una fase de promiscuidad primitiva había sido adecuadamente interpretada como pura fantasía sexual, los estereotipos del hombre y la mujer implícitos en la concepción de esa fase no habían llegado nunca a ser explícitamente negados. Al negarse a discutir su validez, y al desacreditar la posibilidad de reconocer la filiación y establecimiento de parentesco por vía de las mujeres, los varones se situaron a sí mismos en una posición de dominio que se daba casi por falta de competencia. Cuando se pronunció la sentencia que proclamaba la ilegitimidad del sistema matrilineal como principio organizador, sobre todo en los niveles más bajos de complejidad cultural, todo destello de estereotipo favorable a la mujer quedó totalmente barrido. Lo cierto es que cuando a mediados de siglo reaparecieron modelos de evolución más matizados, hacía ya tiempo que se había preparado el terreno para la aparición de una teoría de las primeras sociedades humanas basada tanto en la idea del dominio del macho como en la prioridad de la caza como medio de subsistencia.

La hipótesis del hombre-cazador. Después de las tres primeras décadas de descripción de sociedades primitivas y de antropología recolectora de datos, empezó a producirse en Estados Unidos una corriente de interés renovado por aquel evolucionismo tan severamente criticado por los fun-

dadores. En la enorme serie de datos recogidos sobre las sociedades primitivas de todo el mundo empezaron a surgir ciertas regularidades y constantes evidentes. No era posible descartar esos hechos recurriendo al argumento de la casualidad o al de la propagación de las ideas. El concepto de un cambio cultural progresivo y dinámico nunca se vio comprometido en la arqueología ni en la búsqueda de los fósiles humanos, pues el proceso de evolución tanto a pequeña como a gran escala era un dato evidente proporcionado por la misma excavación arqueológica. En cambio, el proceso por el cual volvió a ser aceptado por la antropolgía social y la etnología ha sido muy lento. Sin embargo, que incluso los que fueron alumnos directos de Franz Boas digan ahora que creen en los principios de la evolución, muestra que la antropología ha dado una vuelta completa al círculo de su orientación teórica.

La importancia de estas tendencias para nuestra investigación de los papeles del macho y la hembra radica en que hay temas como la promiscuidad, el origen de la familia y la naturaleza de las primeras organizaciones sociales humanas que están volviendo a ser planteados actualmente. Como la antropología ya se había planteado estos problemas antiguamente, y como hay una amplísima serie de textos dedicados a invalidar las conclusiones de los avanzados de esta teoría en el siglo XIX, las respuestas que se están dando ahora reflejan la influencia de las precedentes. En el siglo XX el evolucionismo ha sido frecuentemente llamado *neo*evolucionismo, para distinguirlo de la «herejía» de la era victoriana, y para dotarle de un carácter de respetable orientación científica que evita las trampas que fueron objeto de concienzudas delaciones por parte de los padres fundadores de la antropología norteamericana.

Una vez más se ha ampliado científicamente la evolución de la organización social más allá de la familia nuclear. Se reconoce otra vez que ha habido en algún momento de la prehistoria del hombre una fase de promiscuidad sexual universal, aunque probablemente esa fase se diera solamente en un momento subhumano. A fin de estudiar este problema, los científicos actuales han analizado el comportamiento del hombre, considerado como un primate más, estableciendo comparaciones con los otros primates vivos. Se espera que cuando se llegue a la comprensión cabal de las relaciones sociales de las bandas y grupos comunitarios de los demás primates, se obtengan bases que permitan la reconstrucción de un modelo de la primera sociedad hominoide.

Uno de los principales aspectos del estudio de los primates en su vida libre y natural es el registro de las diferencias de comportamiento entre los sexos. Lo curioso, sin embargo, es que los estereotipos sexuales construidos a partir de esas observaciones de primates se parezcan mucho a los propuestos por los evolucionistas del siglo pasado. Se dice que los machos son dominantes, competidores y agresivos, y que las hembras se caracterizan por su sumisión, tendencia a la crianza y la dependencia res-

pecto a la acción protectora combinada de los machos. En la mayor parte de los casos, los papeles sexuales de los primates son observados primordialmente desde los puntos de vista de la sexualidad y la reproducción.

La tarea de estudiar a los primates contemporáneos y de construir modelos de las primeras comunidades humanas no ha sido realizada casi nunca por la misma persona o el mismo equipo. Los observadores, tanto en el pasado como actualmente, siempre que han afrontado el problema de la transición de la sociedad subhumana a la humana, se han aferrado a la cópula sexual como clave universal:

> La sexualidad no es una bendición social completa para los primates. La competencia por la obtención de la pareja puede conducir a luchas tan duras que a veces llegan a ser fatales. Fue este lado de la sexualidad de los primates lo que forzó a la cultura primitiva a frenar y reprimir la sexualidad. El ser humano que emergía de entre los primates, forzado a luchar a vida o muerte contra la naturaleza, no podía permitirse el lujo de que hubiera pugnas sociales continuas. Lo esencial era que la cooperación sustituyera la competencia. Así, la cultura impuso controles a la sexualidad de los primates. Más aún, se sometió la sexualidad a reglamentaciones tales como el tabú del incesto. Estas reglamentaciones sirvieron para que la sexualidad fuera un elemento más de los que contribuyeron a las relaciones de parentesco cooperativas. Entre los primates subhumanos la vida se había organizado en torno a la sexualidad; las costumbres de los cazadores y recolectores son elocuentes testimonios de que a partir de ese momento la sociedad es la que organiza la sexualidad, en pro de la adaptación económica del grupo (Sahlins, 1960, 6).

Al igual que los evolucionistas del siglo XIX, y, algo muy interesante, que Freud (1938, originalmente 1913), para Sahlins el «control de los impulsos del primate» (es decir, la regulación cortical y social de la competencia sexual) es el principal requisito para la formación de la sociedad humana. Según él, la moral, la invención de los tabúes del incesto y del parentesco y el desarrollo de la familia *nuclear* son los elementos que hicieron posible el nacimiento de la cultura. Sahlins sigue diciendo que para las primeras sociedades recolectoras la división de trabajo entre varón y hembra como pareja conyugal era imprescindible para la subsistencia:

> El aspecto económico del matrimonio primitivo es el factor responsable de muchas de sus características específicas. Porque se trata del estado adulto normal; desde el punto de vista económico, nadie puede permitirse el lujo de seguir soltero. Y así, sabemos que el macho primate subhumano que vive en solitario es un fenómeno ausente en la tribu primitiva. El número de esposas es limitado por

consideraciones económicas entre los primitivos. Un mono macho tiene tantas parejas como puede *obtener y defender* por sí solo; un hombre sólo las que puede *mantener* (Sahlins, 1960, 9, cursiva nuestra).

Así, en la yuxtaposición de los sexos en las primeras sociedades humanas se resalta especialmente al macho. Como se entiende que los machos son individuos dominantes en lo sexual y muy competitivos, es la cooperación de los machos en el terreno sexual lo que da paso a la organización comunitaria humana. Del mismo modo son ellos los que cazan y comparten sus presas de forma cooperada para el sostén de unidades domésticas creadas por ellos. En este modelo, la función de la mujer es evidentemente periférica pues su principal actividad es la reproductora y sus acciones tienen un valor económico meramente suplementario.

El origen de la cultura apenas si interesa a la mayor parte de las teorías de las primeras sociedades recolectoras. La única excepción se da cuando se hace referencia al advenimiento de la caza. Como se presume que la caza era la técnica productiva más importante, y que sólo participaban de ella los varones, se crea una visión idealizada del macho como *proveedor* de su consorte y sus hijos. Hay incluso algunos investigadores para quienes la cooperación en la caza es un factor esencial para el desarrollo social e intelectual de la especie:

> La caza es la *pauta de conducta dominante de la especie humana.* La caza es la actividad organizadora que integraba los aspectos morfológico, fisiológico, genético e intelectual de los organismos humanos y de la población que constituye nuestra especie. *La caza no es simplemente una «técnica de subsistencia», sino también una forma de vida* que supone importantes compromisos, correlatos y consecuencias que abarcan todo el campo del biocomportamiento del individuo y de toda la especie a la que pertenece (Laughlin, 1968, 304, la cursiva es nuestra).

> ...en el grupo humano primitivo de comienzos del paleolítico, solamente la caza podía impulsar el desarrollo de las herramientas. Era lo único que podía servir para el sostén de la colectividad. Desde luego, la recolección siempre había existido, pero no tuvo ni podía tener un papel predominante en la primera fase de la evolución social, la del grupo primitivo (Debetz, 1961, 145-46).

La primera cita se encuentra en uno de los artículos presentados en un simposio internacional sobre el hombre como cazador celebrado en 1966, y el segundo de una conferencia internacional del año 1959 sobre la vida social de los primeros hombres. Pero, como ya dijimos antes,

hacía ya casi un siglo que Lubbock había resaltado la importancia de las cacerías llevadas a cabo por los varones.

En ningún lugar se muestra mejor esa imagen de la mujer como ser dependiente o improductivo que en las polémicas sobre el infanticidio. También en este terreno las conclusiones de los especialistas modernos muestran un gran parecido con las de teóricos del siglo XIX como Lubbock y McLennan:

> Si se contempla el grupo local como fuente de la que surgen parejas macho-hembra (un cazador-proveedor experimentado y una hembra recolectora que cuida los pequeños), resulta patente que un grupo pequeño no puede producir parejas de forma regular, ya que el sexo de cada niño que nace es determinado por el azar. Si el número de jóvenes que llegan a la edad madura durante uno o dos años dados es demasiado pequeño, puede producirse un exceso de machos o de hembras (*machos sin pareja* o *hembras sin proveedor*). Actualmente, o en sociedades agrícolas, *el problema del exceso de hembras* puede parecer poco grave, pero entre los cazadores era visto como un problema y de carácter tan grave que era corriente el infanticidio femenino (Washburn y Lancaster, 1968, 302, la cursiva es nuestra).

En esta cita se ven claramente los estereotipos sexuales con los que se quiere explicar las sociedades recolectoras antiguas y modernas: a cambio del apoyo económico, las hembras realizan las funciones sexuales y reproductivas para los machos.

En todas las teorías modernas de la evolución se resalta la caza como primera fase del desarrollo cultural. Y también todas ellas subrayan lo importante que es que los varones emparentados estén agrupados en la misma localidad. Los evolucionistas modernos argumentan que los grupos de caza con mayor grado de colaboración y cohesión son los integrados por hombres ligados por lazos de parentesco. No es así sorprendente que nadie critique la idea según la cual las organizaciones *patrilineales* (Steward, 1955) y *patrilocales* (Service, 1962) son los modelos de la comunidad paleolítica típica.

Antes de valorar todas estas teorías y de contrastar la resurrección moderna de los estereotipos sexuales con hipótesis de otro cariz, es necesario revisar brevemente un reciente replanteamiento y ampliación de la visión del dominio del macho y del hombre entendido como cazador.

La hipótesis de los lazos entre los varones. Como hemos visto, la importancia que se supone tiene el macho como cazador-proveedor en la sociedad antigua suele ser atribuida a su mayor fuerza física y su menor involucración en la reproducción. Esta adecuación biológica, moderada y

moldeada por la cultura, instituye la división del trabajo básica en la familia conyugal y crea grupos de producción cooperativos fuera de esa unidad.

Recientemente ha aparecido una tesis según la cual estas pautas de cooperación de los varones entre sí no tienen su principal origen en la cultura sino en la *biología.* En *Men in Groups,* Tiger argumenta —como vuelve a hacerlo en colaboración con Fox en *The Imperial Animal*— que hay factores genéticos, basados en la pertenencia al grupo de los primates del macho humano, que le predisponen a tener lazos de unión con miembros del mismo sexo. Las hembras, en cambio, no tienen estos códigos innatos y por lo tanto son menos adecuadas genéticamente para realizar en cooperación actividades económicas y políticas.

La argumentación de Tiger se basa en el supuesto residuo genético heredado por los varones a partir de los residuos originales para la vida terrestre, pues la transición de la vida arbórea a la terrestre trajo consigo un aumento de la vulnerabilidad general del grupo. Tiger sigue diciendo que en esa situación recayeron sobre los varones los más grandes apremios selectivos. Las necesidades de protección para el grupo fueron satisfechas por un aumento del tamaño y la fuerza del macho, y por la actuación defensiva coordinada. Tiger propone que a partir de entonces quedaron genéticamente impresas por un lado una serie de características de dimorfismo sexual físico y por otro esa tendencia a la colaboración.

Los primeros primates plenamente humanos tenían, según esta hipótesis, una programación que llevaba a los varones a establecer lazos entre sí. Estos lazos fueron ampliados cuando se pasó de las actividades de defensa a las depredatorias. En ese momento los varones se convirtieron en cazadores-proveedores *naturales* puesto que estaban dotados genéticamente de la propensión a cooperar. Las hembras, afirma Tiger, no hubieran podido participar en ningún aspecto de la caza pues, como él mismo dice, «normalmente estaban embarazadas o cuidando a sus hijos» (Tiger, 1970 a, 58). Entre los factores que supuestamente frenaban a la mujer, Tiger cita su menor movilidad, la frecuencia cada vez mayor de los abortos y la propensión a los accidentes. En el siguiente párrafo se explica la inadecuación de las hembras para las actividades cooperativas de la caza:

> ...así como las hembras que hubieran cazado junto a los machos habrían tenido a la larga desventajas genéticas, los machos que hubieran permitido a las hembras unirse al grupo cazador no habrían sufrido menores consecuencias. Aunque no hubiera sido entorpecida por el embarazo o los hijos, una mujer cazadora habría sido en general menos ligera, menos fuerte, posiblemente más predispuesta a cambios en el *tonus* emotivo debido al ciclo del estro, y menos capaz de adaptarse a los cambios de temperatura que los varones. Además, las mujeres hubiesen podido enturbiar el carácter cooperativo del

grupo al fomentar la competencia entre los que quisieran tener acceso sexual a ella (Tiger, 1970 a, 59).

A la lista de cualidades que connota la ineptitud de la hembra para la caza se añaden su menor capacidad locomotriz, la poca habilidad para arrojar proyectiles, la inferioridad de su percepción espacial y geográfica y su menor agresividad. Tiger concluye que los procesos de selección natural favorecen a aquellas comunidades cuyas mujeres se conforman con sus papeles biológicos básicos:

> La colaboración de las hembras de comportamiento no maternal a la reserva genética sería menos importante que la de las hembras que *aceptasen* una clara diferencia sexual y que aumentasen las posibilidades de supervivencia del grupo dedicándose principalmente a la maternidad y recolección (Tiger, 1970 a, 59, la cursiva es nuestra).

Según este autor, los requisitos necesarios para el aumento del tamaño del cerebro en los hominoides en evolución se encuentran en la tendencia genética a la cooperación de los varones —y sólo los varones—. Unicamente aquellos varones que aprendieron a cooperar y a desempeñar con éxito papeles complementarios de dominio y sumisión lograron transmitir una huella genética significativa a las generaciones que les siguieron. Tiger se muestra de acuerdo con estudios de Fox (1967) y Chance (1961), para los cuales la expansión cortical fue consecuencia de la reducción de las tensiones competitivas sexuales en el seno de la unidad de varones enlazados, y del desarrollo de la capacidad de controlar las emociones. El incremento resultante de la cohesión del grupo es interpretado como una base que fomenta emociones positivas como la lealtad y el sentimiento de culpa entre los varones.

El resultado final de miles de años de lazos que unen entre sí a los varones en evolución humana ha sido, según Tiger, una diferenciación estructural o química de los cerebros del macho y la hembra, y la creación de un programa genético de comportamiento que se *expresa* a través de la cultura en lugar de ser canalizado por ella:

> No conocemos, desde luego, los procesos concretos cortical-amigdaloides que dan lugar a la aparición de los lazos entre los hombres, ni tampoco las diferencias neurológicas entre machos y hembras en este sentido. Pero resulta sugerente para mi objetivo saber que hay diferencias entre los procesos cerebrales del macho y de la hembra y que estas diferencias se reflejan en las actividades sexuales y reproductivas y también, posiblemente, en las políticas y económicas... dado que en un parte abrumadoramente grande de la historia humana las principales funciones de las hembras han sido las mater-

nales, es de suponer que para ellas era ventajoso permanecer estrechamente ligadas a sus hijos. Para los machos esta ligazón con los hijos habría sido una desventaja en el caso de que hubiera llegado a robarles el tiempo que debían dedicar a las actividades políticas y económicas (Tiger, 1970 a, 66-67).

En resumen, la hipótesis que habla de unos lazos especiales entre los hombres, y que ha sido defendida por Tiger y Fox, apenas si presenta diferencias en cuanto a sus estereotipos sexuales, con la hipótesis del hombre como cazador. Sus principales diferencias con las teorías de tendencia más tradicional radican en la importancia dada por estos autores a los factores genéticos, que son colocados por delante de los factores culturales como determinantes del comportamiento del macho y la hembra.

La mujer como recolectora. En las hipótesis sobre el origen de la cultura revisadas hasta ahora el varón es visto como arquitecto de todo progreso evolucionario, sea por razones circunstanciales o por las dotes naturales que se le suponen. Esta visión *androcéntrica* del universo no debe ser atribuida tanto a una conspiración masculina como a la influencia de los prejuicios culturales euroamericanos sobre las conclusiones de sus propias ciencias. Pero la cuestión de los papeles sexuales en las primeras sociedades humanas se encuentra en el centro mismo de una serie compleja de problemas en torno a las primeras comunidades humanas; unos problemas que durante mucho tiempo han sido encubiertos por modelos basados sobre todo en las conveniencias o en una lógica que sólo lo era aparentemente. La tesis de la mujer como recolectora presenta una serie de alternativas teóricas sobre cuál puede haber sido el papel de *ambos* sexos en la evolución. Muchas de estas ideas son nuevas y actualmente no llegan a constituir un cuerpo teórico bien integrado sino que son aislados desafíos a los métodos tradicionales. Aquí presentamos estas ideas en el contexto en que surgieron: el campo de la crítica de las hipótesis androcéntricas. Las discusiones giran en torno a tres dimensiones básicas para el papel del macho en las teorías tradicionales: la sexual, la social y la económica.

El hombre como Ello. Hemos visto que la mayor parte de estereotipos sexuales hablan de una desigualdad en la aptitud sexual. Se dice que el macho es el elemento sexualmente activo de la especie. Tiger llega incluso a decir que en la actividad sexual del macho ¡hay «un control cortical más amplio» (1970 a, 48) que en la de la hembra! También la necesidad y la energía sexual han sido estrechamente relacionadas con la agresividad y competencia masculinas. Como prueba sobre la que se basa la tesis según la cual el macho es un ser innatamente jerárquico o *político,* se presentan los estudios de los primates. Se dice así que los ma-

chos más dominantes logran de este modo acceso a la cópula con las hembras en estro. Se nos dice que esta tendencia a la estructuración de las relaciones agresivas proporciona la base para la cooperación y la organización de las comunidades, hasta llegar a quedar genéticamente impresa. El dominio político de los varones, continúa la argumentación, es transferido sin dificultades al control económico mediante un enderezamiento de la agresividad que de ser defensiva pasa a ser ofensiva, es decir que pasa de la protección a la depredación. En pocas palabras, esta teoría que explica la sociedad antigua mediante la «personalidad autoritaria», no tiene heroínas.

Una de las críticas más convincentes que pueden hacerse a este modelo es la que muestra que se basa casi por completo en la observación de las pautas de comportamiento macho-hembra de las comunidades de primates de bajo nivel. Todas las teorías androcéntricas, como las que encontramos en las famosas obras de Ardrey (1961, 1966, 1970) y Morris (1967), tienen su principal fuente de inspiración para la reconstrucción de las primeras sociedades humanas en las bandas de mandriles. La vida social de los mandriles, dicen estos autores, es pertinente debido a que representa una adaptación completa de una especie primate a la vida terrestre. Sin embargo, muchos observadores han puesto recientemente en duda el acierto de esta elección y han mostrado que resulta curiosa y muy conveniente para los prejuicios de esos teóricos (véase Weisstein, 1971; Morgan, 1972). Después de todo, los mandriles son simplemente monos de cerebro pequeño. No se trata de antropoides, que filogenéticamente están más cerca del hombre. ¿No hubiera sido preferible elegir una especie de los antropoides para el estudio de los primeros hombres? ¿Es solamente una feliz coincidencia que los machos de las bandas de mandriles se comporten con rasgos conformes con los estereotipos vigentes sobre la naturaleza de los sexos?

Verdaderamente no es fácil dar razones que expliquen por qué no se ha utilizado para estos estudios comparativos a los antropoides. Aunque los chimpancés y los gorilas son solamente semiterrestres, la afinidad filogenética y todos los correlatos morfológicos y de conducta son elementos que podrían considerarse de mucho mayor peso que la sola afinidad en cuanto a enclave ecológico. Verdaderamente significativo resulta que el modelo androcéntrico sea inaplicable a los más cercanos parientes de los hombres en la actualidad. Como la profesora Morgan, en su irónico relato de la evolución humana, dice de los androcentristas:

> Me parece que han echado una mirada a nuestros parientes y amigos y han resuelto que la forma de comportarse de los chimpancés y los gorilas no *explica* nada. Claro, todo depende de lo que uno esté tratando de explicar. Si se empieza con la premisa de que el hombre es la criatura más agresiva y sedienta de sangre de la tierra,

estos primos nuestros no pueden ser sino algo molesto (Morgan, 1972, 179).

A diferencia de los mandriles, los chimpancés y gorilas no se dedican casi nunca a manifestaciones abiertas de agresión o de competencia por las hembras en estro. Según Van Lawick-Goodall (1971), los chimpancés machos en estado salvaje tienen una actitud muy despreocupada ante el coito y no sienten ningún interés por la competencia o los celos relacionados con las relaciones sexuales. Del mismo modo, Schaller (1963) informa que los gorilas macho no compiten por obtener determinada hembra y de hecho no muestran gran interés por el coito.

Los chimpancés y gorilas, ciertamente, muestran lo que algunos han llamado pautas de dominio. Ahora bien, entre los monos el dominio se establece mediante actos de *exhibición* en lugar de hacerse a base de agresiones dentro del grupo. Estas actividades exhibicionistas suelen tenerlas los machos para con los machos y a menudo su carácter es casi teatral. Estas demostraciones pueden adoptar la forma de embestidas, lanzamiento de objetos y golpes en el suelo (o al pecho entre los gorilas). Todas estas energías parecen tratar de obtener la máxima conmoción (y atención) posible. Van Lawick-Goodall (1971) nos da un vivo relato de la carrera ascensional hasta la posición de dominio de un joven chimpancé que logra imponerse con ruidosas exhibiciones hechas con una lata que había cogido en el campamento de los observadores. Si durante estos espectáculos se producen algunas heridas son sólo resultado de la accidental proximidad del animal ante el que se exhibe, y nunca consecuencia de actos de ataque premeditado.

Aunque el dominio así conseguido puede a veces llevarse a la práctica en presencia de alimentos, nunca es ejercido en el campo de la sexualidad. Es significativo que la jerarquía de dominio de los monos sea *exterior* a las relaciones macho-hembra. ¿Cuál es, entonces, su función? ¿Cuál es su origen? Quizás una de las preguntas más interesantes en relación con las primeras sociedades de homínidos sea cuáles eran las actividades de los varones cuando no se dedicaban a la crianza. Las hembras están ocupadas con la reproducción y la crianza, aparte de la recolección de alimentos, durante una amplia proporción de su vida. Para los monos en cambio, la principal responsabilidad que experimentan en un día normal es comer. Los sexos se diferencian al parecer en dos sentidos: posibilidad de realizar actividades independientes por un lado y, por otro, las pautas de conducta hormonales. En este contexto es interesante el argumento de Tiger (1970 a).

En primer lugar, es cierto que los machos adultos tienen más tiempo libre que las hembras adultas. Como los primates superiores son gregarios, las actividades comunitarias con otros miembros del grupo suelen formar una parte importante de la vida cotidiana. En segundo lugar, sa-

bemos que debido a sus elevados niveles de andrógenos los machos tienen unas mayores posibilidades en potencia de desarrollar actividades vigorosas y agresivas. La naturaleza gregaria de los primates se expresa a menudo mediante juegos y cuidados mutuos. La característica distintiva de los machos en este último aspecto es que sus juegos son más *bruscos*. Las exhibiciones de los monos podrían ser interpretadas como una obra teatral muy estructurada en la que actor y público siguieran pautas predeterminadas de conducta. En este caso la agresión y la energía se vuelcan no tanto sobre individuos como sobre el ambiente.

¿Podemos calificar de *sociales* las actividades exhibicionistas de los chimpancés y los gorilas? El sutil ordenamiento social resultante de estas actividades, ¿puede ser considerado como un ejemplo de esos lazos especiales entre machos de que hablaba Tiger? La información que hasta ahora poseemos nos fuerza a aplazar las respuestas de ambas preguntas. La exhibición, al igual que la obtención de alimentos, es un acto *individual*, en este caso un acto social de autoafirmación e intimidación. Aparte de su propia liberación, el mejor actor no parece obtener otra ventaja patente. La posición que logra mediante su interpretación está sometida a frecuentes variaciones. Los lazos de los que habla Tiger presuponen unas actividades de *grupo* más que la alienación de individuos mediante la competencia individual o los actos de agresión abierta (como los que se dan entre los mandriles). Hay una actividad común muy importante para la adaptación y para la cual los machos tienen predisposición genética: la acción *defensiva*. La base de las relaciones sociales cooperativas radica más en la agresión contra elementos exteriores al grupo que en la competencia sexual o las exhibiciones individuales. Estas acciones cooperativas podrían muy bien haberse desarrollado plenamente entre monos prehistóricos de vida totalmente terrestre y de inteligencia comparable a la de los antropoides contemporáneos que, a diferencia de los mandriles, ya hubieran aprendido a controlar las agresiones internas del grupo.

¿Significa esto que la acción colectiva de los machos es algo determinado de forma innata? No lo significa por fuerza. En la comunidad de primates hay dos características heredadas que predisponen a los machos a los papeles defensivos: su independencia respecto de las responsabilidades del embarazo y la crianza y su propensión hormonal a la agresión. Ambos rasgos morfológicos y químicos hacen que los machos estén más disponibles y sean más adecuados para adoptar papeles defensivos. La hipótesis sobre los lazos que unen a los machos emitida por Tiger (1970 a) merece críticas en cuanto que el hecho de que exista esta capacidad *en potencia* de actuar socialmente es entendido como si tal actuación fuera algo inevitable.

Tanto los machos *como* las hembras homínidos podían en potencia llegar a tener pautas complejas de interacción social. Así como los niveles hormonales predisponían a los machos a emprender actividades corpora-

tivas agresivas, las hembras estaban predispuestas estructural y químicamente a la crianza y educación de los pequeños mediante el refinamiento de los sistemas de comunicación a través de las generaciones. La transmisión de informaciones esenciales para la supervivencia —que constituye el núcleo de la cultura— exigía la creación de complejos patrones de relación social, unos *lazos* si se quiere, entre la madre y sus hijos, en un nivel comparable al de los grupos que con fines especiales creaban los machos. La influencia directa de las diferencias hormonales entre macho y hembra en los papeles sociales disminuyó probablemente conforme fue creciendo el cerebro del *Homo sapiens*. El desarrollo de la inteligencia y la elaboración de la cultura han permitido a los varones y a las hembras salir de los límites de su propia fisiología y adquirir una amplia gama de motivaciones aprendidas (aparte de las hormonales) para su comportamiento.

La utilización de los estudios comparativos de mandriles para la reconstrucción de la sociedad de los homínidos puede ser engañosa y peligrosa. Esta elección de los mandriles ha conducido a equiparar la agresividad del macho con la competencia sexual y a presumir que las pautas de *cooperación* surgen a partir de las relaciones basadas en la *coerción*. Pero puede oponerse a este modelo otro basado en la conducta de los monos antropoides, en el que la sexualidad, la competencia dentro del grupo y la agresión dirigida desde un grupo al exterior son tres variables independientes. Parece que el mayor potencial para el desarrollo de relaciones que unen entre sí a los machos se encuentra en sus acciones conjuntas para la defensa del grupo. Las relaciones que enlazan entre sí a las hembras, ignoradas en las teorías androcéntricas, complementan las de los machos. Mientras los machos tienden a participar en actividades cuyo fin es la protección de la comunidad ante las amenazas exteriores, las hembras centran las suyas en torno a la continuidad de la comunidad por medio de la crianza e integración social de la siguiente generación. La herencia genética influye en los focos de los patrones de interacción social del macho y de la hembra, especialmente en el *Homo sapiens,* pero no la determina.

El hombre como creador de la familia. La eliminación de la competencia sexual como punto focal de las relaciones entre los varones tiene implícitamente consecuencias importantes para las hipótesis sobre la estructura familiar en los primeros grupos humanos. Según las teorías androcéntricas, los varones regulan las relaciones sexuales creando por medio de la coerción emparejamientos exclusivos para las *hembras* únicamente, a base de eliminar a los varones competidores. Se dice que estos grupos de un varón y varias hembras, o harenes, son el primer paso en el abandono de los emparejamientos al azar. Con estos grupos se consigue el reconocimiento de la paternidad sobre la descendencia y, además, se perfilan ya las unidades domésticas en las que, llegado el momento, los varones cubrirán la función de cazador-proveedor.

Estas ideas sobre el origen de la familia también se basan en la observación de la vida social de los mandriles. Ahora bien, si volvemos una vez más nuestra mirada a nuestros parientes más próximos, comprobaremos que el grupo con un solo macho no se da. Entre los monos, las relaciones familiares más duraderas son las que se establecen entre la madre y sus crías. Las ligazones más estrechas y las acciones cooperativas no se basan en los momentáneos e ilocalizables lazos de la sexualidad, sino en la comunidad de origen. Esta familia *matricéntrica,* que se da en todas las comunidades de primates, es la unidad de vida socioeconómica más probable de la sociedad protohumana, según propuesta de Linton (1970). Esta autora afirma que la idea de que los machos seleccionen y posean con exclusividad a las hembras es una noción típicamente euroamericana que no tiene seguramente parecido alguno con las formas de emparejamiento practicadas por los homínidos (ni tampoco seguramente con las euroamericanas). En estas comunidades, las relaciones sexuales son informales y temporales. El acto del coito puede ser inaugurado tanto por la hembra como por el varón, y ninguno de los dos sexos tiene la iniciativa de crear relaciones de pareja.

Dadas las tendencias evolucionarias hacia la neotenia y los períodos cada vez más prolongados de dependencia y educación de los niños, los lazos existentes entre las hembras y los hijos y entre los hermanos, argumenta Linton, debieron reforzarse mucho. Fue en el seno de esta unidad donde se aprendieron los fundamentos de la cooperación. No es necesario por lo tanto recurrir al concepto de la coerción paternal o de la paternidad forzada para explicar el origen de las relaciones familiares.

El hombre como cazador-proveedor. La eliminación del grupo formado por un macho y varias hembras como requisito indispensable para el desarrollo de la vida familiar en la sociedad protohumana deja intranquilos a muchos eruditos. ¿No es acaso universal la familia conyugal o nuclear? Algunos antropólogos creen que no y piensan que la familia matricéntrica tiene mayor validez pluricultural, ya que puede estar relacionada con un varón, con varios varones o con ninguno (véase Bohannan, 1963, 73-74). Ahora bien, las hipótesis androcéntricas sobre la creación de parejas con miembros de los dos sexos en las primeras sociedades se basa en dos premisas (véase Sahlins, 1960): por un lado, los machos sólo pueden refrenar su competencia sexual creando parejas conyugales, y por otro, la familia nuclear resultante proporciona la división sexual del trabajo necesaria para la subsistencia. Ya hemos puesto en duda la primera de esas razones, la freudiana. Ahora estudiaremos la segunda.

Todas las teorías androcéntricas de la evolución cultura humana atribuyen a los varones los papeles de cabeza de familia y de proveedor económico. Estas funciones fueron alcanzadas con la aparición y desarrollo de la caza. Según Tiger (1970 a), dada la capacidad innata de los varones

para su mutua asociación, era natural que emprendieran esta actividad cooperativa. La caza es la base de todo lo bueno que le ha ocurrido al *Homo sapiens* desde el desarrollo intelectual, el reparto de la comida y la fabricación de herramientas hasta incluso el arte (véase Washburn y Lancaster, 1968).

Recientemente se han lanzado críticas contra la hipótesis del temprano desarrollo de la caza en la evolución humana. Jolly (1970), por ejemplo, ha indicado que las explicaciones tradicionales (por ejemplo la caza, la alimentación carnívora, el uso de herramientas, la locomoción sobre las piernas, o los factores hormonales) no sirven para explicar la disminución del tamaño de los dientes observada en los hombres-mono fósiles. Este autor propone dos fases para la evolución de los homínidos: en la primera los homínidos «de base» se alimentan de semillas, y en la segunda los homínidos «humanos» comen carne y vegetales. La primera fase está representada por los típicos patrones de recolección de gran parte del pleistoceno superior:

> Esa capacidad de explotar las semillas de las hierbas como principal fuente de alimentación no se da en otros mamíferos de tamaño similar... probablemente, para coger cosas tan pequeñas a velocidad suficiente para que sirvan de sostén a un animal grande es imprescindible una mano ágil y la coordinación ojo-mano del primate superior. Pero los homínidos «de base», dotados de esas peculiaridades y de las ventajas adicionales que son las mandíbulas, dientes y miembros muy bien adaptados, apenas si encontraban competidores en la explotación de ese alimento concentrado y de gran energía (situación que no se hubiera presentado en el caso de que, como pide el modelo del hombre-cazador, hubieran empezado comiendo carne de ungulados compitiendo directamente con los *felidae, canidae, viverridae* e *hyaemidae*). De esta forma es plausible que hayan obtenido una base estable que permitiera la adaptación en que hubieran podido seguir durante millones de años en una pacífica acumulación de las adaptaciones fisiológicas de una especie terrestre en «campo abierto». No hay razón que haga suponer que en ese caso hubieran tenido un progreso radical en su intelecto, organización social, cultura material o no material, o comunicación, que destacara más allá de lo que se ha observado en algunas especies de primates superiores vivientes en la actualidad (Jolly, 1970, 21).

Las pruebas arqueológicas confirman la existencia de una fase social vegetariana. Uno de los problemas más graves que tienen las teorías del hombre-cazador es el de la ausencia de proyectiles en el pleistoceno superior. Los principales tipos de herramientas en este período son hachas de mano y anaqueles sencillos, que es muy posible que fueran utilizadas para

conservar, pulverizar y raspar materiales vegetales, lo cual concuerda perfectamente con la teoría de Jolly (en el capítulo 7 se encontrará un ejemplo moderno de la utilización de las hachas de mano para este fin). En la segunda fase la caza va creciendo en importancia y los homínidos avanzan rápidamente hacia la categoría de «humanos». En el pleistoceno aparecen los proyectiles y el fuego, y hay pruebas de la matanza de animales diversos en lugares especiales.

Los descubrimientos de Jolly tienen gran importancia para el estudio de las funciones del macho y la hembra en la evolución de los homínidos. Es muy posible que las comunidades protohumanas hayan vivido cientos de miles de años en una fase vegetariana antes de la llegada y perfeccionamiento de las técnicas de cacería. ¿Cómo se ramificaría la sociedad que tuviera esa fase económica? Por desgracia, cuando llega la hora de elegir una analogía para la ordenación social de las primeras fases de la evolución humana, Jolly cae en el modelo androcéntrico que ya conocemos: también él cree que la organización de los monos de vida terrestre, los mandriles, es un modelo válido para la estructura social de los *homínidos*. Nosotras hemos rechazado este modelo porque se da con muy poca frecuencia entre los primates en general y entre los más cercanos parientes del hombre en particular. Pero, si en lugar de usar el grupo de un macho y varias hembras, partimos de la unidad matricéntrica de Linton (1970), aparece un modelo de estructura social de los primates aplicable a los homínidos vegetarianos antiguos y contemporáneos, perfectamente adecuado al esquema bifásico de evolución presentado por Jolly.

Siguiendo el pensamiento de Linton, en la fase en que se comen semillas debió haber comunidades de hombres-mono de vida terrestre con una organización social parecida a la de los modernos pongos. Como cabezas de las unidades matricéntricas, las hembras adultas debieron dedicarse primordialmente a la reproducción y al cuidado y educación de los hijos, así como a la recolección de semillas o vegetales para su propia alimentación y la de los pequeños que de ellas dependían. Los varones adultos no tenían relaciones permanentes con estas unidades madre-hijos, excepto con la unidad en que nacieron. La principal diferencia en la organización social de los humanos de esta primera fase con los actuales chimpancés debía radicar en que los primeros varones mantenían seguramente estrechos lazos defensivos que no se dan en los actuales chimpancés. Conforme a lo que sabemos de la vida social de los gorilas y chimpancés de nuestros días, no parece necesario considerar los celos sexuales, la competencia sexual, el emparejamiento macho-hembra y la agresión interna en el grupo como hechos forzosamente relacionados con la adaptación a la vida terrestre.

Sin duda, este tipo de estructura comunitaria, en la que todos los adultos obtenían personalmente sus propios alimentos, habría podido mantenerse durante miles de años sin cambiar apenas. Como ya vimos antes,

sin embargo, la tendencia cada vez mayor a la neotenia y a una prolongada dependencia del niño y el subadulto, debió reforzar lógicamente los lazos sociales y económicos de los miembros de la familia matricéntrica. Pero, ¿cuáles son las consecuencias sociales del advenimiento de la caza? ¿Fue ése el momento en que los machos adoptaron la función de proveedores? Jolly afirma:

> Este [cambio ecológico] puede haber supuesto que los varones adoptaron cada vez más el papel de proveedores de carne de mamífero. A menudo se olvida un corolario importante derivado de este hecho: que a partir de entonces las hembras y jóvenes pasan a ser los encargados de recolectar alimentos vegetales suficientes para sí *y* para los cazadores. Quizás los machos adultos estaban predispuestos a cazar por su función «de exploradores» (Jolly, 1970, 21).

Para Jolly, la especialización laboral que se produjo con el desarrollo de la caza favoreció el inicio del reparto de comida, la especialización de las herramientas y la aparición a largo plazo de nuevas pautas de cooperación económica que posiblemente exigieron la organización de lo que ahora llamamos sistemas de parentesco. Linton (1970) cree sin embargo que estas pautas estaban anunciadas ya en la familia matricéntrica y es posible que la gradual introducción del uso de la carne como alimento no haya producido grandes cambios en la estructura social:

> Tanto la familia como la práctica de compartir la comida se desarrollaron a partir de los lazos madre-hijo. Probablemente las técnicas que permitieron cazar animales grandes no aparecieron sino mucho después de que quedara establecido el patrón familiar madre-hijos. Cuando empezó la caza, y los varones adultos regresaron con comida que compartir, lo más probable es que la repartieran en primer lugar con sus madres y en segundo con sus hermanos. Por decirlo de otra manera, un cazador repartía su comida con los que la habían compartido con él, su madre y sus hermanos, y *no* con su esposa o pareja sexual (Linton, 1970, 12).

Es decir, la evolución de la pareja macho-hembra en la que la pareja sexual acumulaba y compartía los alimentos, debió desarrollarse debido a las ventajas qeu para la adaptación al medio suponía la *división sexual del trabajo,* en lugar de ser producto de un intento de controlar o suprimir la libido de los primates. El reparto de tareas según el sexo se produjo seguramente en primer lugar en el seno de la familia matricéntrica ampliada. Los esfuerzos cooperadores de los machos en la caza sirvieron de lazo entre esas unidades. Estos lazos debieron reforzarse a la larga por medio

del intercambio sistemático de parejas sexuales formales o, lo que es lo mismo, con la aparición de los sistemas de parentesco y matrimonio.

Probablemente sea una simplificación exagerada decir que los papeles económicos desempeñados por el macho y la hembra llegaron a una polarización extrema en la que el macho sólo cazaba y la hembra se dedicaba solamente a la recolección. En el paleolítico, la caza de grandes animales se hacía a menudo mediante una técnica cuya primera fase consistía en provocar una estampida, después de la cual los animales eran rodeados. Esta técnica exigía la participación de un sector muy importante de la comunidad, que en estas ocasiones dividía el trabajo entre los encargados de conducir a los animales a una emboscada y los que realizaban la matanza propiamente dicha. Es, por tanto, de clara tendencia androcéntrica pensar que los machos eran proveedores o productores y las hembras dependientes e improductivas. Puede presumirse con bastante seguridad que las sociedades recolectoras de la antigüedad, al igual que las actuales, sólo tenían tres grupos de miembros improductivos: los pequeños, los adultos cercanos a la muerte y los inválidos. Como veremos en el capítulo 7, la mayor parte de la dieta alimenticia de casi todas las sociedades preagrícolas la proporcionan las actividades recolectoras de las mujeres.

Debemos rechazar del mismo modo el modelo que atribuye las actividades sociales cooperativas exclusivamente a los varones. Los teóricos androcentristas que defienden este modelo tienen como principal argumento la formación de la familia nuclear, que para ellos es la piedra fundamental de la sociedad humana. Es decir, para estos autores el invento del matrimonio consiguió reducir la competencia sexual entre los varones y abrió el camino de las actividades en cooperación. Seguros así de la posesión exclusiva de sus respectivas parejas, los varones pueden por fin tener relaciones pacíficas entre sí. En cambio, se nos dice de las mujeres que a partir de ahí aumentó su competencia por la obtención de esas posiciones de dependencia y sumisión en relación con el varón. Estos autores dicen que fueron las mujeres quienes iniciaron estos emparejamientos, y que su existencia estaba centrada primordialmente en torno a la crianza y se desarrollaba a la sombra de los logros culturales de los varones. Como vemos, en el modelo de la familia nuclear las mujeres quedan aisladas entre sí a través de su articulación con los hombres. Para los androcentristas, las mujeres son fundamentalmente fieles a los individuos que tienen con ellas relaciones biológicas (o sea, la pareja sexual y los hijos), y lo son mucho menos con las otras mujeres o con la sociedad como bloque. Cualquier comunicación entre mujeres que vaya más allá de esas unidades celulares es interpretada frecuentemente como algo improductivo, superfluo o incluso frívolo (es decir, como chismorreo), y sin significado alguno para el mantenimiento o progreso de la cultura. Sin embargo, cuando se considera objetivamente la actividad de la mujer fuera del mundo doméstico, este modelo no resulta válido. Si bien es cierto que las hem-

bras tienen estrechos lazos con sus hijos y que tradicionalmente sostienen algún tipo de relaciones formales con un varón al menos, el ejercicio de su función productora en el terreno económico exige que lleven a cabo actividades estructuradas en zona exterior a la unidad doméstica. Debido a que los papeles económicos se dividen frecuentemente en los grupos humanos de acuerdo con el sexo, hay muchas probabilidades de que en la producción se creen lazos entre las mujeres. Como veremos en el capítulo 7, las actividades de recolección realizadas por las mujeres son fundamentales para la subsistencia de las sociedades recolectoras, y además son hechas conjuntamente y en cooperación.

Discusión

Hemos visto las opiniones de los antropólogos sobre la cultura y el papel desempeñado por hembras y varones en su desarrollo. En esta revisión nuestra intención ha sido demostrar que sólo se puede llegar a una plena comprensión de las nociones que se tienen actualmente sobre la naturaleza de los sexos a partir de un conocimiento exacto de las raíces históricas de esas nociones. A lo largo del siglo XIX, los teóricos daban la sensación de encontrarse completamente abrumados por las posibles realidades que se derivaban de su hipótesis, que afirmaba que en la sociedad protohumana se dio una ausencia total de restricciones para la vida sexual. Esta visión estereotipada de varones y hembras era casi siempre semejante a los papeles reales o imaginarios desempeñados en su época por varones y hembras en la vida sexual y la reproducción y sólo raras veces se apartaba del modelo idealizado de los victorianos. Aunque se estableció una hipótesis que hablaba de una fase universal de la evolución en la que la descendencia se vinculaba solamente a las mujeres, en todas las fases se describía al macho como superior a la hembra tanto social y políticamente como en los campos económico e intelectual. En el siglo XX la creación de modelos evolutivos generales volvió a aparecer sólo después de que se atravesara un período de intensas críticas contra los esfuerzos teóricos precedentes y de búsqueda concertada de datos. Los modelos de la evolución biocultural humana creados en el siglo XX han sido muchísimo más complicados y sutiles que sus antecesores del siglo pasado. Esta vez se contaba con pruebas fósiles y arqueológicas que ayudaron notablemente a la reconstrucción de las primeras sociedades humanas. Como hemos visto, todo esto no ha impedido que las teorías modernas sigan siendo muy androcéntricas en general.

En la última parte del capítulo hemos presentado un esbozo de las críticas que recientemente han sido dirigidas contra las explicaciones tradicionales de la división sexual del trabajo, del origen de la familia y de las aptitudes biosociales de los varones y las hembras. No hemos ofrecido

una solución definitiva al problema de los orígenes de la sociedad, pues tratábamos solamente de mostrar con claridad los estereotipos de conducta macho-hembra de las teorías antropológicas modernas. Ahora tenemos una mejor preparación para realizar un examen objetivo de los papeles complementarios y fluctuantes de las mujeres y los hombres en sociedades actuales de diversa complejidad.

Capítulo 7

LA MUJER COMO RECOLECTORA

Nuestra especie lleva errando por la tierra desde hace al menos 50.000 años y nuestros predecesores, los homínidos, varios millones más. Sin embargo, los seres humanos han subsistido mediante los productos de las plantas y animales domesticados durante una parte muy pequeña de su existencia, posiblemente reducida a los últimos 10.000 o 15.000 años. Por lo tanto, en el desarrollo filogenético y cultural del *Homo sapiens*, la caza, la pesca y la recolección han sido de lejos las principales técnicas de obtención de alimentos. Como los humanos y los homínidos que les precedieron están relacionados genéticamente, y como pueden haber empleado tecnologías básicamente similares, resulta de considerable interés contestar las diversas preguntas que se plantean en relación con las diferencias cualitativas que les separan. Por ejemplo, ¿cuáles fueron los progresos biológicos, sociales y económicos que separaron las comunidades humanas de las no humanas? ¿Con qué modelos contamos para la reconstrucción de los papeles del macho y la hembra durante el largo período llamado paleolítico o edad de piedra?

Como hemos visto en el capítulo anterior, los antropólogos han confiado en la intuición y en la observación de los actuales primates al tratar de averiguar el carácter de esta crítica transición. En otras ocasiones, sin embargo, se han fijado en un pequeño número de sociedades actuales cuyas poblaciones cuentan con la recolección como único medio de subsistencia, y las han tomado como reliquias estructurales de los tiempos más remotos. Estos cazadores-recolectores, aunque actualmente están al borde de la extinción debido a la presión de sociedades más complejas, han sido utilizados como modelo para la génesis de las fases evolutivas más corrientes. Se argumenta a menudo que el tipo de dominio-sumisión y la división sexual del trabajo de los pueblos recolectores actuales es un refinamiento lógico o una humanización de las conductas sexuales de base genética observadas en las comunidades de los primates inferiores. Ya hemos examinado los contradictorios puntos de vista sobre la importancia de los modelos de primates para la reconstrucción de la vida social humana. Ahora tenemos que

estudiar la posibilidad opuesta: hasta qué punto pueden tomarse los recolectores modernos como reflejo de los antiguos, y cuál es el carácter de los papeles masculinos y femeninos que pueden ser observados en un número amplio y variado de adaptaciones preagrícolas.

Primero estudiaremos los papeles sexuales en las sociedades recolectoras bajo el prisma de la economía. Es decir, trataremos de identificar las principales actividades dedicadas a la obtención de alimentos y veremos cómo se reparten estas tareas entre mujeres y hombres. Este primer análisis nos permitirá poner a prueba los modelos que limitan el papel productor a un sexo. Luego consideraremos las consecuencias sociales de estas relaciones. Aquí nos interesará sobre todo averiguar el efecto que tienen las diversas tecnologías de subsistencia en la estructura de las comunidades y la posible influencia de las organizaciones unilateral y bilateral del parentesco sobre la familia, el matrimonio, y las diferencias generales entre las posiciones ocupadas por cada sexo. Después de perfilar los patrones socio-económicos en una amplia muestra pluricultural de recolectores modernos, estudiaremos más de cerca una sociedad concreta, la de los tiwi de la isla Melville del norte de Australia.

Las bases económicas de la recolección

La mayor parte de los pueblos cazadores y recolectores de la era histórica están actualmente extinguidos cultural o biológicamente. Estas sociedades tecnológicamente simples han estado en una situación desventajosa desde la revolución agrícola. A lo largo de los últimos 10.000 años han quedado cada vez más cercadas por culturas de mayor complejidad. Además, el tremendo impulso de la expansión colonial euroamericana de los últimos cuatro siglos ha acelerado notablemente este proceso hasta llegar a eliminar la forma de vida basada en la recolección de todas las partes del mundo con la excepción de algunos puntos remotos. La vida de los cazadores y recolectores actuales ha sido alterada y simplificada en alto grado debido a la pérdida de territorios, exterminación de la caza y otros recursos, y a la despoblación. A pesar de todo ello todavía pueden proporcionarnos una visión de la forma de vida de las sociedades recolectoras a lo largo del prolongado pasado preagrícola de la humanidad.

En el capítulo anterior hemos revisado diversos modelos que trataban de explicar la importancia económica de los sexos en las primeras sociedades. Estas nociones han tenido una enorme influencia en la interpretación de los papeles culturales desempeñados por el macho y la hembra. Este hecho es especialmente cierto en el caso de las sociedades que se encuentran en el nivel de la recolección ya que estos pueblos han utilizado desde tiempos remotos hasta la actualidad unas herramientas similares y

una parecida división sexual del trabajo. La hipótesis del hombre-cazador surgió de la observación de los recolectores modernos. Tenemos por lo tanto gran interés por llegar a comprender las actividades de subsistencia que realmente llevan a cabo hombres y mujeres en las sociedades que viven de la caza y la recolección, para comprobar su participación relativa en la obtención de alimentos.

La importancia de la recolección. Hemos elegido 90 sociedades recolectoràs de Africa, Asia, Australia y América del *Ethnographic Atlas* (Murdock, 1967) para utilizarlas como laboratorio pluricultural en el que estableceremos las diferentes relaciones existentes entre las variantes sociales y económicas. La información recogida en el *Atlas* sobre todas estas sociedades fue coleccionada por los etnógrafos cuando los pueblos ya habían sido sometidos a la influencia tecnológica de culturas más complejas. Por ello es importante recordar que, en mayor o menor grado, todos los recolectores modernos están civilizados. Además, todos ellos se han visto forzados a cambiar el medio natural y social en que viven. Por todos estos motivos, solamente pueden ser utilizados como muestras de lo que pudieron ser formas de adaptación antiguas si se adoptan las necesarias precauciones. En nuestra muestra hemos incorporado solamente pueblos cazadores y recolectores que no sean costeros y no utilicen vehículos; modernos representantes de esta forma de subsistencia que habitan generalmente en ambientes indeseables e improductivos, por lo cual son menos populosos y menos complejos incluso que sus más inmediatos antepasados. Sin embargo, tenemos interés por los recolectores actuales, primero porque han sido utilizados sistemáticamente por las teorías evolucionistas y androcéntricas, y segundo porque constituyen los únicos ejemplos de adaptaciones preagrícolas que pueden ser observados directamente.

Como la división sexual del trabajo es a menudo muy estricta —la caza es típicamente masculina y la recolección femenina— nuestra primera tarea será averiguar la importancia relativa de la caza y la recolección para la subsistencia de estas sociedades. Para obtener la respuesta calcularemos primero el porcentaje medio ocupado en la dieta por la caza y la recolección en cada una de las 90 sociedades de la muestra, y luego tabularemos la principal actividad de subsistencia.

Entre los recolectores modernos la caza no es la principal técnica para la obtención de alimentos si tomamos en cuenta las frecuencias brutas. En una gran mayoría, estas sociedades dependen de los productos de la caza en un 30 o un 40 por ciento del total de su dieta alimenticia. Esto ocurre en más de dos terceras partes de la muestra. En cambio, la recolección realizada por las mujeres es extraordinariamente importante. Más de dos terceras partes de la muestra utiliza los productos de la recolección para formar de un 40 a un 60 por ciento de la dieta.

Si tenemos en cuenta únicamente la actividad de subsistencia principal

Tabla 7-1. Actividades primarias de subsistencia en 90 sociedades recolectoras.

ACTIVIDAD PRIMARIA DE SUBSISTENCIA	FRECUENCIA	PORCENTAJE
Recolección	52	58
Caza	22	25
Pesca	7	8
Recolección y pesca	3	3
Recolección y caza	3	3
Caza y pesca	3	3
	90	100

o dominante en cada una de las 90 sociedades, la posición central ocupada por la recolección hecha por las mujeres queda incluso más clara. Esta tabulación aparece en la tabla 7-1.

Como vemos en la tabla 7-1, la recolección es la principal actividad destinada a la obtención de alimentos en 52 de estas sociedades (58 por ciento). En cambio, sólo el 25 por ciento tiene la caza como principal actividad de subsistencia. Otros investigadores (véase Lee, 1968) han registrado datos similares. De aquí se deduce que el modelo que sitúa la caza de animales como principal fuente de subsistencia de las sociedades preagrícolas no es confirmado por los datos que proporciona una muestra pluricultural.

Podría decirse que si las mujeres dominan la economía de los pueblos cazadores-recolectores se debe en gran parte a la falta de caza que ha forzado a reorganizar la forma de subsistencia. Es cierto que la mayor parte de los recolectores ha sido empujada a zonas marginales en las que los recursos son mucho menores que en las zonas donde vivían sus antepasados. Pero no parece haber muchas pruebas que permitan creer que la relación proporcional entre la caza y la recolección ha sido alterada de forma significativa. La disponibilidad de plantas silvestres que proporcionen alimentos tiende a decrecer en los medios pobres. Es más, las sociedades que tienen la suerte de ocupar ambientes en los que abunda la caza, como los hadza (kindiga) de Tanzania, también mantienen gran dependencia con las actividades recolectoras de las mujeres, que en este caso concreto proporcionan un 50 por ciento de la dieta (Murdock, 1967, 62). La alimentación basada en las plantas silvestres es tan segura que los varones hadza sólo cazan de vez en cuando, y preferentemente de forma *individual*. Esta observación resulta muy interesante si se tiene en cuenta la importancia que se ha dado en las teorías evolucionistas a la actividad de la caza como foco del desarrollo de los lazos entre los varones. La caza conjunta y cooperativa no debe producirse sino en aquellos casos en

que la persecución y matanza de los animales requiere los esfuerzos concertados de varios individuos, por ejemplo cuando la caza no abunda o cuando los animales se congregan en grandes rebaños. Si esto fuera cierto, la utilización de los recolectores modernos como modelos de la vida del paleolítico distorsionaría nuestra visión de la frecuencia y universalidad de la cooperación entre varones para la caza, y de la frecuencia con la que mujeres y niños eran utilizados en cacerías a gran escala.

División sexual del trabajo. En la distribución de tareas productivas según los sexos en las sociedades recolectoras suele seguirse una regla muy sencilla: los varones proporcionan al grupo la masa de proteínas animales y las mujeres los complementos de legumbres y fruta. Sin embargo, en las actividades diarias dedicadas a la obtención de alimentos hay varios puntos de convergencia. Como hemos dicho anteriormente, en algunos enclaves ecológicos las mujeres participan junto con otros miembros de la comunidad en la persecución colectiva de rebaños. Las mujeres también pueden cazar animales pequeños, así como insectos o reptiles cuando los encuentran mientras recogen alimentos. En otros casos participan igual que los varones en la pesca. Pero la matanza de animales grandes es una tarea asignada universalmente a los varones. Aunque los varones participan en algunas actividades recolectoras en un pequeño número de estas sociedades (en 7 de las 90 de la muestra), su principal papel económico es el de cazadores y pescadores.

En todas las sociedades recolectoras se valora mucho la adquisición de carne. Pero la caza es una actividad mucho menos segura y sus resultados están menos garantizados que la recolección de los recursos nutritivos de cada estación. Por esta razón los productos de la recolección constituyen la comida corriente. Como las mujeres son casi totalmente responsables de la adquisición de esos alimentos, su contribución productiva en las sociedades recolectoras es verdaderamente fundamental.

En resumen, no hay base alguna que apoye el modelo teórico de los cazadores-recolectores que habla de los varones como *proveedores* y de las hembras como seres *dependientes e improductivos*. Lo cierto es que las mujeres toman a menudo la principal responsabilidad de las actividades productivas y reproductoras, pues proporcionan la comida corriente de sus hijos y maridos al paso que cumplen con un considerable compromiso temporal y social con la siguiente generación.

Yuxtaposición social de los sexos

La tesis androcéntrica que habla del dominio económico y político del macho en las antiguas sociedades recolectoras también ha tenido una importante influencia en los modelos de parentesco y organización social.

Como hemos visto, los modelos del hombre-cazador presentes en los libros de divulgación suelen ignorar la participación de la mujer en la sociedad, que acostumbra a ser reducida al cuidado de los niños. Se dice en cambio que el progreso evolutivo biocultural de la sociedad resultó de las actividades en cooperación para la obtención de alimentos, o de carácter ofensivo y defensivo, emprendidas por los varones. Dada la desigualdad de los sexos en sus funciones sociales según este modelo, era de esperar que en los terrenos del parentesco y la organización social también se diera mayor importancia al macho. Todos los modelos hipotéticos modernos de las sociedades recolectoras basados en la idea del hombre-cazador (véase Steward, 1955; Service, 1962) dicen que a todo lo largo del paleolítico predominó una estructura social centrada en torno al varón, sea en forma patrilineal o patrilocal. Ahora estudiaremos esta hipótesis.

Parentesco y estructura social. Los perfiles sociales de las sociedades de cazadores y recolectores se basan sobre todo en las pautas prevalecientes de descendencia y residencia postconyugal. Al igual que en la mayor parte de las sociedades preindustriales, los recolectores utilizan a menudo el criterio del sexo para la formación y distribución espacial de los grupos sociales. Como solamente uno de los sexos puede ser tomado como eslabón primordial de los retículos sociales, se supone que las posiciones relativas ocupadas por mujeres y hombres serán un reflejo de esta desigualdad.

Antes de estudiar los patrones de descendencia y residencia de las 90 sociedades de la muestra, haremos bien en recordar la terminología básica. Para clasificar las formas de residencia adoptadas por las parejas recién casadas lo mejor es identificar el individuo o individuos que patrocinan el nuevo hogar. Si son los padres de la esposa se hablará de residencia *matri*local, si son los padres del esposo se hablará de residencia *patri*local, si es el hermano de la madre del esposo será *avuncu*local y si son los padres de uno u otro cónyuge, o de ambos, será *ambi*local. Cuando se estandarizan estos patrones residenciales a lo largo de cierto número de generaciones, se crean pautas de descendencia características. La descendencia matrilineal se relaciona frecuentemente con la residencia matrilocal (parientes uterinos de la esposa) o avunculocal (parientes uterinos del esposo), mientras que la descendencia patrilineal suele estar relacionada a la residencia patrilocal (parientes agnaticios del esposo). En algunas sociedades se tiene en cuenta la descendencia matrilineal y patrilineal a la vez, y a este tipo de descendencia se le llama *doble* (bilineal). Por fin, hay algunas sociedades, como la nuestra, en las que la descendencia se atribuye al padre y la madre, pero en las que no hay linajes. Esta variante recibe el nombre de *bilateral*.

Las formas de descendencia y residencia de nuestras 90 sociedades han sido interrelacionadas y tabuladas en la tabla 7-2.

En esta tabla puede comprobarse que el tipo de descendencia de las

Tabla 7-2. Pautas de filiación y residencia en 90 sociedades recolectoras.

	FILIACION				
RESIDENCIA	MATRI-LINEAL	DOBLE	PATRI-LINEAL	BILATERAL	TOTALES
Matrilocal	4			13	17
Avunculocal	1				1
Ambilocal			2	17	19
Patrilocal	2	4	21	25	52
Sin datos				1	1
Totales	7	4	23	56	90

sociedades recolectoras es bilateral en su gran mayoría. Pero hay una importante representación del acento macho en la residencia y descendencia. Aproximadamente un 26 por ciento de la muestra es patrilineal, y un 58 por ciento es patrilocal. La residencia matrilocal, que según algunos investigadores (como Service, 1962, 60) no existe entre los pueblos recolectores, es el tipo dominante aproximadamente en un 19 por ciento de la muestra, y el tipo ambilocal (alternativamente patrilocal y matrilocal) responde al sistema de un 21 por ciento del total. Según los datos de la tabla 7-2, pues, el tipo de sociedad recolectora más abundante de nuestra muestra es de residencia *patrilocal* y de descendencia *bilateral.*

Aunque estos datos son instructivos, debemos ser cautelosos a la hora de interpretarlos. La gran mayoría de estos datos fueron recogidos en descripciones etnográficas escritas cuando hacía ya mucho tiempo que estos pueblos indígenas habían sido conquistados y sometidos. La fibra social y económica de estas sociedades cambió considerablemente a partir de sus primeros contactos con los intrusos europeos, y en la gran mayoría de los casos los cambios han llevado a esas sociedades en la dirección de la cultura intrusa. En la tabla 7-2, por ejemplo, es notable que pese a que el sistema bilateral sea de lejos el más corriente en los pueblos recolectores, casi un 80 por ciento de las sociedades de la muestra tienen pautas residenciales (matrilocales, avunculocales, patrilocales) que fomentan el reconocimiento de la descendencia a través de *una única* línea. No hay duda de que el alto porcentaje de descendencia bilateral es un fenómeno reciente. Quizá sea algo más que una coincidencia el hecho de que el sistema bilateral de parentesco sea también el patrón dominante de la cultura euroamericana, y que el bilateralismo sea estimulado por el individualismo económico impuesto frecuentemente a los pueblos indígenas.

También hace falta tener mucha cautela a la hora de interpretar la

alta incidencia de la orientación masculina en cuanto a modos de residencia y filiación a los parentescos locales entre los pueblos recolectores. Porque, por ejemplo, las teorías androcéntricas dicen que la localización de los machos emparentados es la única pauta lógica para pueblos dedicados a la caza y la recolección. Como hemos visto este argumento se basa en un dato que los hechos demuestran que es falso: que los machos pueden imponer su dominio porque desempeñan el papel de proveedores económicos. Los datos de la tabla 7-2, si son interpretados sin precaución, conducen desde luego a confirmar la teoría androcéntrica. Pero si se analizan más detenidamente, se comprobará que 21 de las 52 sociedades designadas como patrilocales tienen una alternativa estructurada en función de una residencia *matrilocal* permanente. Por decirlo de otra manera, los individuos de las sociedades recolectoras no pueden localizarse solamente por sus relaciones de parentesco por vía materna o bilateral, sino también por el grado de preferencia en muchas ocasiones. En la muestra, 58 de las 90 sociedades —lo que supone un 65 por ciento— tienen esta opción de matrilocalidad permanente.

Si se tiene en cuenta la influencia de la sociedad occidental, la frecuencia con que cazadores y recolectores pueden elegir la matrilocalidad parece mucho más sorprendente. Para comprender el acento masculino en algunas sociedades recolectoras hay que tener en cuenta la difusión de los papeles sexuales ideales de la cultura dominante. En casi todos los casos documentados de alteraciones sufridas por el sistema de descendencia unilineal durante el período que siguió al contacto con Occidente el cambio ha seguido la dirección del tipo matrilineal y tendido al patrilineal. Los misioneros y estadistas solían aborrecer la costumbre matrilineal por la que un hombre se sentía responsable en primer lugar de sus hermanas y sólo en segundo lugar de sus hijos; en muchos casos se llegó a imponer literalmente a los varones una actuación más de acuerdo con los valores de la Europa occidental.

De todos estos datos, cifras y jerga antropológica extraemos la siguiente conclusión: no hay una orientación masculina universal ni completa en la estructura de parentesco de las sociedades recolectoras. Es más, no parece haber ninguna relación significante entre la importancia económica de cada uno de los sexos y el tipo de estructura de parentesco manifestado en una sociedad dada. La participación productiva de las mujeres en las sociedades recolectoras es fundamental en todos los ejemplos y dominante en muchos. Pero la frecuencia de la descendencia matrilineal y la residencia matrilocal en las sociedades recolectoras contemporáneas sigue siendo baja. Del mismo modo, la patrilocalidad, bien representada en la muestra que utilizamos, se da con alta frecuencia en sociedades en las que las cacerías realizadas por los varones sólo tienen éxitos de forma esporádica. Lo cierto es que la contribución de los productos de la caza a la base de subsistencia de los recolectores matrilocales (42,5 por ciento)

es *mayor* que la que encontramos en el caso de las sociedades patrilocales (35,5 por ciento)...

Es posible que los cambios de la estructura de parentesco que estas sociedades deben haber padecido en épocas recientes puedan explicar la ausencia del paralelismo entre las variables económica y social, si es que había tal paralelismo. Esta posibilidad, junto con la desgana previa de algunos antropólogos en aceptar la legitimidad de las organizaciones matrilineales y matrilocales en los niveles recolectores, hacen pensar en la necesidad de que se realicen más investigaciones antes de la reanudación de la construcción de estereotipos de la vida social del paleolítico.

Pautas de igualdad. Se dice a menudo que hay una simetría necesaria entre el comportamiento innato, el potencial productivo, el *locus* del parentesco y el *locus* del poder. Por ejemplo, se ha dicho que los varones eran innatamente dominantes y que en consecuencia eras los proveedores y señores naturales de sus respectivas familias patricéntricas. Del mismo modo que en nuestra muestra no se da un claro paralelismo entre el tipo de descendencia y la relativa importancia económica de los sexos, no parece tampoco existir ningún tipo de paralelismo sencillo entre la descendencia y las relativas posiciones sociales de hombres y mujeres. Que en las sociedades recolectoras haya casos de descendencia patrilineal no supone en modo alguno que las mujeres de esas sociedades estén subyugadas por los hombres. Tampoco, naturalmente, hemos de suponer que una descendencia matrilineal presuponga que las mujeres *gobiernan.* En las sociedades matrilineales es frecuente que los varones residan con los parientes de sus esposas, pero que tomen posiciones sociales y políticas semejantes a las que tienen los varones de las sociedades patrilineales.

Quizá sea una inclinación peculiar y latente de la sociedad occidental el que el reconocimiento y especial importancia dada a la paternidad relacionada con la descendencia patrilineal sea vinculada de algún modo con la virilidad y el dominio del macho, mientras que la negación o la reducción de la importancia del padre en la sociedad matrilineal es identificada con la mutilación social del varón. Hay signos que indican que la naturaleza de la residencia y descendencia de toda sociedad refleja la organización socioespacial para la producción y conservación de la estabilidad política de una forma de adaptación concreta, en lugar de ser una expresión del dominio innato o adquirido de un sexo sobre el otro (véase Martin, 1974).

Hay, sin embargo, ciertas diferencias patentes en la forma en que hombres y mujeres son vistos por la sociedad según se trate de sistemas patrilineales o matrilineales. El grado de libertad sexual que se concede a las mujeres, por ejemplo, está sometido frecuentemente a grandes variaciones según el tipo de sistema. Como las comunidades locales de la mayor parte de los pueblos recolectores de la muestra han perdido su carácter uni-

lineal, es más fácil ver estas pautas contrastadas en sociedades agricultoras estables. Pero si categorizamos nuestra muestra según el acento prevaleciente en la descendencia o la residencia, incluso en estos pueblos fragmentados veremos algunos de los rasgos que discutiremos más detalladamente en los capítulos 8 y 9.

Tenemos datos sobre la actividad sexual preconyugal de 51 de las 90 sociedades de la muestra. Estos datos se recogen en la tabla 7-3.

En esta tabla vemos que aproximadamente una cuarta parte de las sociedades recolectoras exigen la virginidad de las mujeres cuando llegan al matrimonio, y que un número parecido de sociedades prefieren que ocurra así, pero no toman muy en serio los quebrantamientos de la etiqueta sexual. Un 30 por ciento aproximadamente de nuestros recolectores toleran completamente la experimentación sexual por parte de mujeres solteras, y un 15 por ciento evitan el planteamiento del problema casando a las hembras antes de su llegada a la pubertad. Lo interesante de todos estos datos no es sin embargo el perfil general sino los patrones contrastados que presentan los subgrupos matrilineales y patrilineales en su tratamiento de la sexualidad femenina. Los recolectores patrilineales o patrilocales ejercen un grado de control notablemente superior sobre la vida sexual de las mujeres casadas, a las que se prohíbe estrictamente la experiencia sexual antes del matrimonio en casi la mitad de los casos. En cambio, sólo una cifra inferior al 10 por ciento de las sociedades recolectoras matrilineales o matrilocales exigen la virginidad.

Como veremos en capítulos posteriores, estas pautas no son exclusivas de los recolectores sino que están en relación con la importancia atribuida por cada sociedad a la determinación de la paternidad. Por desgracia, carecemos de datos comparables sobre el comportamiento sexual de las mujeres después del matrimonio, su libertad para elegir sus parejas o para romper enlaces no deseados. Sin embargo, los datos que poseemos a partir de los estudios de los casos individuales nos muestran que apenas puede haber relación entre el grado de libertad que gozaban antes del matrimonio y el que tienen una vez casadas. Además, las sociedades recolectoras tienen una tendencia especial hacia el igualitarismo tanto entre compañeros como entre los sexos. Aunque en sociedades más complejas la patrilinealidad suele ir acompañada de la exclusión de la hembra de los campos de la riqueza y el poder, en las sociedades recolectoras las propiedades suelen ser tan insignificantes que no influyen en la posición social. Por otro lado, la base económica de los cazadores y recolectores no basta para que los varones puedan acumular varias esposas como símbolos de riqueza y prestigio, como ocurre por el contrario en muchas sociedades patrilineales. Lo corriente es que el matrimonio sea monógamo y que los papeles sexuales sean complementarios e iguales socialmente.

La generalización más precisa que puede hacerse sobre las posiciones relativas de hombres y mujeres en las sociedades recolectoras en general

Tabla 7-3. Tipos de actividad sexual prematrimonial de las hembras de 51 sociedades recolectoras clasificadas según la preponderancia dada a los grupos de parentesco y/o de residencia.

	TIPO DESTACADO			
SEXUALIDAD PREMATRIMONIAL	MATRILATERAL	PATRILATERAL	BILATERAL	TOTALES
Excluido por la corta edad de la novia	3	2	3	8
Permitido; sin sanción, a no ser que haya embarazo	2	3	2	7
Tolerancia completa sin sanciones	2	2	5	9
Prohibido pero con sanciones leves; frecuente	4	6	4	14
Exigencia de virginidad; infrecuente	1	12	0	13
Totales	12	25	14	51

es que los mundos de los sexos son mundos separados pero iguales. En otras palabras, debido a la forma de subsistencia de los cazadores y recolectores, la división sexual del trabajo es muy estricta, dividiéndose en torno a ella las experiencias complementarias, pero diferentes, de lo económico y de lo social. Los varones suelen cazar, pescar y participar en las tareas sociales que tienden a la conservación de la armonía interna y externa de la comunidad. Las hembras recolectan y asumen el mayor peso de la educación y el cuidado de la siguiente generación. En la gran mayoría de las sociedades recolectoras, los niveles sociales no se establecen según el tipo de tareas asignadas a uno y otro sexo, sino según la destreza relativa con que son llevadas a cabo. Tienen posición elevada por ejemplo, el buen cazador, la recolectora hábil, la mujer que tiene muchos hijos, el que cura a los enfermos o el nigromante. Tanto las mujeres como los hombres pueden alcanzar la grandeza, talentos especiales, posiciones carismáticas, merecer el respeto de la comunidad en la vida cotidiana y alcanzar la sabiduría en la ancianidad.

Estudio de las mujeres tiwi

Después de haber establecido una serie de generalizaciones a partir de una amplia muestra de pueblos recolectores, debemos examinar más de cerca la participación de los sexos en la vida social y económica de una sociedad concreta. En los demás capítulos utilizaremos también este método de estudio de casos concretos. En todos los capítulos hemos escogido un estudio etnográfico importante que muestra con gran claridad las experiencias y estilo de vida de las mujeres. Los autores de estas obras serán nuestros principales informadores.

Hasta hace poco las descripciones etnográficas de sociedades recolectoras no eran nunca escritas desde un punto de vista *estrocéntrico* (si se nos permite acuñar una nueva palabra), debido en parte quizás a que la mayoría de los etnógrafos preparados son hombres. La principal técnica etnográfica de recogida de datos, la observación y participación, sólo acostumbra a ser posible cuando los informadores tienen el mismo sexo que el investigador. De este modo, el mundo cultural de la mitad de las poblaciones estudiadas queda sin registrar. Además, la parcialidad teórica de muchos antropólogos ha dado una importancia secundaria al papel socioeconómico desempeñado por las mujeres en las llamadas sociedades de cazadores. Una excepción notable es *Tiwi Wives* (Esposas tiwi), publicada en 1971 por Jane Goodale. Este estudio proporciona una interesante visión del estilo de vida de las mujeres en una sociedad preagrícola.

El marco. Los tiwi viven en la isla Melville frente a la costa de Australia. El estudio de Goodale se centra en los miembros de una pequeña comunidad de 200 individuos que viven en un lugar llamado Snake Bay. Es una zona forestal bien regada por ríos que cruzan la isla en dirección norte a partir de una sierra central. Estas vías fluviales corren siempre entre una vegetación tropical muy espesa desde su fuente hasta su desembocadura, constituida a menudo por manglares. El último tramo del recorrido está formado a veces por zonas pantanosas abiertas. Los recursos marítimos —crustáceos, cocodrilos, aves y muchas variedades de peces— son abundantes. La playa también tiene abundante fauna, sobre todo marsupiales, reptiles y pájaros.

Los tiwi han tenido considerables contactos con el mundo exterior. Las islas Melville y Bathurst fueron registradas por los marinos holandeses del siglo XVII. Aunque ya entonces se exploró parte de la costa, y en el siglo siguiente los portugueses capturaron esporádicamente esclavos en esas islas, sus habitantes apenas si se vieron afectados por aquellas primeras intrusiones. Pero en el siglo XIX ocurrió una serie de hechos por la cual se introdujeron en el mundo físico y cultural de los tiwi poblaciones extranjeras que se establecieron allí gradual, pero permanentemente. En 1802 los franceses exploraron las islas y en 1818 se realizó una

exploración costera completa llevada a cabo por los británicos, que en 1824 instalaron una pequeña posición, Fort Dundas, que servía de almacén de actividades mercantiles, pero que fue abandonada en 1829 después de que se produjeran actividades hostiles por parte de los indígenas y se fracasara repetidas veces en el intento de producir alimentos. Los búfalos domésticos abandonados por estos presuntos colonizadores vivieron en libertad y se multiplicaron en la isla Melville hasta comienzos del siglo XX.

Fue entonces cuando Joe Cooper, un famoso aventurero australiano, se estableció con un ejército privado de aborígenes del continente australiano en la costa sudeste de la isla Melville donde se dedicó a matar búfalos para vender sus pieles. Según Goodale, fue Cooper el primero que consiguió mantener buenas relaciones con los habitantes de la isla, y quien estableció la corriente comercial de la que llegaron a depender los indígenas. Como abastecedor de productos extranjeros no tuvo competencia hasta que aparecieron los pescadores de perlas japoneses que tuvieron ciertas relaciones comerciales con los tiwi hasta el comienzo de la segunda guerra mundial. Sin embargo, el éxito obtenido por Cooper al establecerse y sostener relaciones estables con los indígenas sirvió de imán para europeos de condición e intenciones diversas. En 1906 el Protector de aborígenes australiano visitó el campamento de Cooper y en 1911 un misionero católico no sólo había puesto su planta en la vecina isla de Bathurst, sino que además había instalado en ella una tienda. El reino privado de Joe Cooper terminó bruscamente poco después. Su negocio de pieles de búfalo tuvo tanto éxito que la especie quedó completamente exterminada en 1915. Lleno sin embargo de energías dignas de un antihéroe de Hollywood, Cooper lanzó seguidamente una campaña para explotar la madera que podía exportar a mercados extranjeros. Pero para esta empresa hacía falta explotar además a los indígenas y el resultado fue una serie de enfrentamientos armados tan frecuentes e intensos que Cooper y su banda fueron oficialmente expulsados de la isla.

Así pues, a lo largo de todos estos años de contactos los tiwi quedaron expuestos a las costumbres y utensilios de culturas extranjeras. Pero como no hubo poblaciones exteriores que llegaran de hecho a penetrar hasta el verdadero corazón de la isla, los tiwi pudieron conservar una forma de vida muy parecida a la de sus antepasados. Ahora bien, un comercio exterior aparentemente inagotable que les suministró tejidos, herramientas de metal, harina y condimentos, llevaron a los tiwi a sostener relaciones sociales y económicas con una serie ininterrumpida de visitantes extranjeros. Hasta no hace mucho parece que los indígenas consiguieron mantener un feliz equilibrio con una participación mínima de factores externos y grandes compensaciones. Por ejemplo, en 1937 el gobierno estableció una posición cerca de donde había estado Fort Dundas. Su objetivo consistía en saturar de alimentos y productos manufacturados a los tiwi a fin de evitar que éstos comerciaran con los japoneses.

Durante la Segunda Guerra Mundial los tiwi colaboraron con las unidades del ejército aliado en las operaciones cuya base era la isla. En el período de postguerra, los tiwi de la Snake Bay volvieron a caer bajo la jurisdicción del gobierno y unas instalaciones cercanas fueron entregadas a una misión católica. En 1954, que es cuando Goodale llevó a cabo la mayor parte de sus estudios sobre el terreno, los tiwi seguían viviendo principalmente en la selva, aunque algunos niños acudían a la escuela de la misión. Todo esto significa que Goodale pudo darnos una descripción de una cultura que todavía conservaba sus costumbres originales hasta cierto punto y que desarrollaba sus actividades de subsistencia con una división sexual del trabajo independiente de las instalaciones del gobierno o de sus recursos. Pero en 1962 la continua expropiación de cipreses realizada por empresas que explotaban la madera, aniquilaron la actividad de la caza de los nativos. Esta nueva dependencia económica, unida a los programas gubernamentales civilizadores, hacen que esta descripción de la cultura tiwi cuando todavía estaba viva sea mucho más valiosa.

Hombres, mujeres y obtención de alimentos. Según los datos del *Ethnographic Atlas* (Murdock, 1967), la base de la subsistencia de los tiwi se divide aproximadamente en un 50 por ciento de recolección, un 30 por ciento de caza y un 20 por ciento de pesca. Estos datos concuerdan perfectamente con las generalizaciones apuntadas más arriba en nuestra muestra pluricultural. Pero si lo analizamos más detenidamente comprobaremos que en la adaptación tiwi hay características que no son típicas de los recolectores contemporáneos.

De todas ellas la más importante y notable es la gran abundancia de recursos naturales. Como fuentes terrestres de proteínas están el ualabi, el badicoot, una variedad de lagartos y ratas, la iguana, el opossum, y varias serpientes, cangrejos y ostras. También abundan las plantas silvestres, entre las que destacan la batata, una variedad de raíz dulce, las palmeras y nueces. A esta lista puede añadirse una serie de recursos del «agua y el aire», como peces, cocodrilos, dugongs, patos, gansos y otras muchas aves para las cuales los tiwi tienen nombres especiales. Hombres y mujeres se dedican todos los días a buscar comida, pero ninguna amenaza de hambre pesa sobre la comunidad pues, a diferencia de muchísimos pueblos preagrícolas supervivientes, los tiwi ni han sido desplazados de su territorio por sociedades más desarrolladas técnicamente ni se ha alterado su ecosistema de forma significativa hasta muy entrado el siglo XX. Aunque en relación con los pueblos recolectores contemporáneos los tiwi son un caso extraordinario, es muy posible que su forma de adaptación concuerde muy bien con la de las comunidades recolectoras de la era paleolítica.

Otra diferencia entre los tiwi y otros pueblos de cazadores, pescadores y recolectores reside en su especial categorización y división del trabajo. Los datos presentados por Goodale (1971) sugieren que entre los tiwi no

hay una dicotomía estricta entre la caza y la recolección, y que el reparto de estas tareas no se hace exclusivamente en razón del sexo. Las técnicas de subsistencia consideradas por sí mismas no están categorizadas según el sexo; en cambio, esta división se aplica a los recursos alimenticios del ambiente. Idealmente, la vida animal que se desarrolla en el mar y el aire corre a cargo de los varones, y todos los recursos de la tierra, tanto plantas como animales, son recogidos por las mujeres. Así pues, los varones suelen ocuparse de la pesca y de la caza de aves y de reptiles y mamíferos acuáticos. Las mujeres en cambio, no solamente recogen plantas silvestres alimenticias y crustáceos sino que además *cazan animales terrestres.*

Los factores de la edad y de la posición conyugal atraviesan la categorización sexual de los recursos alimenticios y las actividades mediante las cuales se obtienen los alimentos. Goodale afirma:

> Cuando un hombre tenía muchas esposas no era necesario que les ayudara a recoger comida en la selva. Sus esposas podían proporcionarle a él y a las personas improductivas qeu de él dependían una dieta equilibrada de carne y legumbres sin necesidad de que él levantara un solo dedo. Pero en épocas anteriores, los varones jóvenes y los que solamente tenían una o dos esposas las acompañaban a la selva o bien se iban solos a cazar opossums y bandicoots (1971, 154).

Así pues, entre los tiwi no existe una separación simple de las actividades de subsistencia según el sexo. Tanto los hombres como las mujeres cazan y recolectan. Un factor importante para la división del trabajo es el tamaño y la fuerza de la presa o la dificultad relativa de su persecución. Por ejemplo, aunque los animales terrestres entran en la categoría femenina, solamente los hombres se dedican a la caza del aulabí. Mientras que el bandicoot o el opossum pueden ser sorprendidos por un cazador al acecho armado simplemente de un palo, el ualabí tiene que ser perseguido a pie y para matarlo hay que tirarle una lanza desde bastante cerca. Como vemos, la división del trabajo tiwi está relacionada con varios factores: situación de los recursos, presencia o ausencia de complementariedad económica entre los sexos y fuerza física y destreza necesarias para la caza.

Como el fenómeno de la mujer cazadora ha sido tenido en poco por la antropología contemporánea, debemos estudiar esta actividad con cierto detalle. Según Goodale (1971), las mujeres tiwi (a las que a veces se unen los varones jóvenes) solían reunirse cada mañana poco antes del amanecer para planear las actividades de caza y recolección del día. Cada una de ellas tenía los cuatro elementos indispensables para la caza: un perro, un hacha, un recipiente de corteza y un sistema portátil de producción de fuego. Los perros estaban muy bien adiestrados y tenían gran habilidad



LÁMINA 1. Las nueces producidas por esta especie de palmera son un importante recurso para los tiwi.



Lámina 2. Una mujer tiwi y su perro forman un eficaz equipo de caza.

para localizar animales como los bandicoots, que suelen dormir en troncos huecos:

> Cuando la cazadora avanza por el monte, su perro salta de un tronco hueco a otro barriendo un amplio campo. Es precioso ver un buen perro cazador acercándose a un tronco, oliendo cuidadosamente un extremo primero y luego el otro. Después avanza tranquilamente por el tronco hasta localizar la posición exacta del animal. Sólo entonces elevará la voz para avisar a su dueña, y esperará sentado cerca de donde duerme la presa. A veces la cazadora comprueba la presencia de un animal en el tronco introduciendo un palo delgado y girándolo para sacar pelo de la presa. Todo depende de si la cazadora confía o no en el juicio del perro. Una vez localizada la presa, la cazadora hace en el tronco un agujero suficientemente grande para meter la mano y sacar por allí el animal (Goodale, 1971, 167).

Los tiwi tenían en tanta estima a sus perros que se dirigían a ellos por el mismo tratamiento que daban a sus hijos. Además, estos perros eran introducidos en el mismo parentesco unilineal que, como veremos, subraya los vínculos maternales o uterinos.

Podemos llamar a la hembra tiwi mujer cazadora, pero también mujer fabricante de herramientas. Es verdaderamente significativo que en esta sociedad recolectora fuesen las mujeres las principales manufacturadoras y usuarias de las hachas de piedra. Las utilizaban para ayudarse en la recolección, para pulir las cortezas con que hacían recipientes y para descargar golpes mortales cuando cazaban animales. Los principales utensilios de caza de los varones eran la lanza de mangle con la punta endurecida al fuego y unos palos lanzapiedras especiales utilizados para cazar aves de vuelo bajo.

Goodale señala que la principal actividad productiva de los tiwi era, con gran diferencia, la caza y la recolección realizada por las mujeres:

> ...las mujeres no sólo podían proporcionar sino que de hecho proporcionaban la principal base de varios tipos de alimentos para los miembros de la comunidad... para el tipo de caza realizada por los hombres era necesario tener mucha destreza y fuerza, pero los pájaros, los murciélagos, pescados, cocodrilos, dugongs, y tortugas que llevaban a sus casas no constituían la base alimenticia de cada día sino artículos de lujo (Goodale, 1971, 169).

Podemos así comprobar que los aspectos económicos de la cultura tiwi desmienten las predicciones de los modelos androcéntricos sobre las sociedades recolectoras. Aunque existe una participación concreta de los

varones en la provisión alimenticia diaria, las mujeres destacan pues son las principales productoras, y desempeñan las funciones de cazadoras y fabricantes de herramientas, que según las teorías arqueológicas y etnológicas contemporáneas son ocupaciones propias del varón.

El espacio social y geográfico de los tiwi. Aunque hay pueblos de cultura tiwi que habitan en zonas vecinas de las islas Melville y Bathurst, no se toman a sí mismos como una comunidad o nación homogénea. En el pasado, las dos islas estaban divididas en unidades políticas independientes: siete en la isla de Melville y tres en la vecina Bathurst. Estos «países» autónomos estaban relacionados con diversas características físicas del ambiente. Según los informadores tiwi todas las personas nacían y morían en el mismo país.

Como en la mayor parte de las sociedades primitivas, estas unidades políticas y los recursos que contenían estaban subdivididos en zonas geográficas más pequeñas específicamente adscritas a y reivindicadas por grupos basados en un parentesco común. Pero en el caso de los tiwi hay dos hechos que oscurecen las relaciones entre los grupos de descendencia unilineal y las localidades concretas: en la época en que se realizó el estudio, los tiwi ya no ocupaban los diversos países y sus zonas de la isla sino que se habían concentrado en torno a las instalaciones gubernamentales; por otro lado, se reconoce la filiación patrilineal y matrilineal, y ninguno de los dos tipos de grupos de parentesco resultantes parece haber estado asociado a una localidad precisa.

Las relaciones de parentesco y sociales de los tiwi son muy complejas, como suele ocurrir en todas las sociedades australianas en general. Si tenemos interés por esbozar el carácter de las categorías del espacio social y geográfico es porque con ello obtendremos una base que nos permitirá identificar el grupo de residencia para el que la mujer trabaja como proveedora económica, y para definir su posición social y política en ese grupo. Como veremos, cada individuo de la sociedad tiwi hereda la pertenencia a dos redes de parentesco distintas, y estas pertenencias tienen variados significados para las vidas cotidianas de hombres y mujeres.

Grupos terratenientes patrilineales. Entre los tiwi se dice que se hereda la pertenencia a un país por vía paterna. Todas las personas que ocupan la misma unidad política se dice que descienden de un antepasado macho común. Podemos así comparar la pertenencia a un país con nuestro concepto de la nacionalidad, al que en este caso se suma un vínculo de parentesco con el padre fundador de la nación. En esta unidad geográfica se casan y viven las personas, que además la defienden contra los intrusos. Los varones que pertenecen al mismo país forman lo que se ha llamado *grupo terrateniente.* Esto significa simplemente que todos los varo-

nes de cada unidad política han heredado el derecho a explotar sus recursos.

Los derechos a explotar los recursos de un país están más claramente delimitados en la división en subzonas, cuyas fronteras suelen ser muy conocidas. Los varones tiwi estrechamente relacionados se organizan en grupos que se aproximan a la noción de patrilinajes. Cada uno de estos grupos tiene jurisdicción y derechos de explotación en una subzona determinada. De este modo, todos los recursos de cada unidad política tiwi son subdivididos equitativamente, y su distribución es controlada por la maquinaria administrativa de los grupos de parentesco. Los patrilinajes suelen tener además algún tipo de relación espiritual con sus respectivas subzonas, y es frecuente que erijan santuarios dentro de sus límites territoriales.

Esta relación especial de cada patrilinaje con una subzona concreta podría hacer pensar que también se da una estrecha identificación entre los dos en sentido residencial. De hecho, estos grupos de descendencia no se manifiestan casi nunca como grupos *locales*. Es decir, que aunque los varones emparentados comparten el derecho de explotación de un territorio, no suelen residir en un mismo lugar. Goodale (1971, 97) cree que los grupos patrilineales de los tiwi no han estado nunca localizados. Por decirlo con otras palabras, las relaciones entre los grupos de varones emparentados y la tierra es algo primordialmente conceptual. Como veremos, el tipo de costumbres matrimoniales de los tiwi fuerza frecuentemente a los varones a que abandonen el grupo de residencia en que nacieron. El resultado de todo esto es un patrón de residencia que los antropólogos llaman *ambi*local, en el cual la nueva pareja conyugal puede vivir con o cerca de los padres de cualquiera de los cónyuges. Por lo tanto, los tiwi utilizan la filiación patrilineal para definir los grupos terratenientes, pero no la utilizan para crear grupos de residencia.

Entre los tiwi las comunidades locales reciben el nombre de *campamentos*. Se trata de las unidades de espacio geográfico más pequeñas. En cada subzona hay varios campamentos. Generalmente se da una total heterogeneidad en ellos en lo que respecta a los grupos de parentesco a los que pertenecen sus miembros. Esta falta de simetría entre los que tienen derecho a los recursos y los que de hecho viven juntos se debe, entre otras razones, a que los tiwi perfilan sus principales filiaciones de parentesco por la otra vía: los grupos de descendencia más estructurados e importantes son matrilineales.

Grupos sociales matrilineales. Los vínculos maternales de los tiwi pasan a través de una serie de gradaciones que empiezan con los parientes inmediatos de cada individuo y que abarcan hasta los grupos más amplios. Así como la filiación paterna define los derechos sobre la tierra, la materna estructura la sociedad por medio del control de los matrimonios.

En el sistema de descendencia matrilineal hay cinco niveles distintos de espacio social: el grupo de *sibling,* el *sib,* el *supersib,* la *fratría* y la *mitad.* A diferencia de las divisiones patrilineales, cada uno de estos niveles supone un grupo *exogámico* (que prohíbe el matrimonio entre sus miembros). Las filiaciones matrilineales son en consecuencia de importancia crucial para *ambos* sexos, mientras que las patrilineales son importantes sobre todo para los varones y para la distribución entre ellos de los recursos naturales.

En la jerarquía del grupo matrilineal, el nivel más bajo está formado por el *grupo sibling.* Esta unidad de parentesco, a la que suele llamarse grupo de «abuela común», está formada por todos los individuos que tienen una misma madre de sus madres. Entre estos individuos estrechamente relacionados se encuentran por tanto los hermanos y hermanas de cada individuo, los hermanos y hermanas de la madre y los hijos de las hermanas de la madre. La vinculación de este grupo de individuos de ambos sexos la constituyen lazos por vía femenina que terminan en una abuela materna común. Como veremos, las mujeres pertenecientes al mismo grupo *sibling* matrilineal suelen residir en una misma localidad durante gran parte de su vida al compartir el mismo marido o maridos estrechamente vinculados.

Los grupos *sibling* que tienen relaciones estrechas entre sí se agrupan en *sibs.* Durante la investigación de Goodale (1971) había un total de 24 *sibs* en la sociedad tiwi, integrados por un número importante, aunque no concretado, de grupos *sibling.* La formación de estos *sibs* es idéntica a la agrupación de matrilinajes interrelacionados al modo de los clanes de otras partes del mundo. El clan se diferencia del *sib* solamente en que este último no tiene una antepasada específica o designada (por lo cual no siempre puede encontrarse la relación exacta entre los linajes que lo integran). Pero tiene las mismas funciones que el clan. Sus miembros no pueden carsarse entre sí y están vinculados por obligaciones de ayuda mutua y lealtad.

Los *supersib, fratrías* y *mitades* son agrupaciones más amplias y amorfas de *sibs.* Goodale contó siete *supersibs,* cuatro *fratrías* y dos *mitades* en la sociedad tiwi. Aunque para la vida cotidiana de las mujeres y los hombres no son tan importantes como las agrupaciones menores, estos grandes grupos completan la categorización de la población tiwi y marcan de forma explícita los derechos y obligaciones de cada individuo para con los demás miembros de la sociedad.

El *supersib* no es más que una agrupación de *sibs* estrechamente relacionados que actúan cooperadoramente como unidad, primordialmente en el cumplimiento de las obligaciones supuestas por el intercambio de parejas conyugales con otros *sibs.* Las *fratrías* están integradas también por varios *sibs,* pero en un número mucho mayor y con una integración y cohesión mucho menores. Según Goodale (1971, 79-80), la *fratría* es un

grupo basado en un parentesco matrilineal más ficticio que real. Por decirlo de otra manera, las *fratrías* enlazan un gran número de *sibs* para formar una unidad exogámica, pero los *sibs* integrados no tienen por qué descender de una misma antepasada. El nivel más amplio de la organización matrilineal es la *mitad,* que divide en dos grandes mitades toda la población. Esta organización dual había sido registrada ya por investigadores anteriores (Berndt y Berndt, 1964; Pilling, 1957) y aunque no fue identificada específicamente por los informadores tiwi, se comprobó en las tabulaciones de uniones conyugales realizadas por Goodale que de hecho funcionaba de esta forma.

En resumen, cada hombre y cada mujer tiwi, debido al sistema de parentesco matrilineal, pertenece a una de esas dos grandes mitades. Cuando elige un cónyuge, tiene que buscarlo entre los miembros de la otra mitad de la sociedad. Las divisiones matrilineales proporcionan a la sociedad un orden conceptual que define el lugar que ocupa cada persona y sus derechos y obligaciones en relación con los demás. Los grupos matrilineales definen el espacio social y lo estructuran, y los patrilineales definen las relaciones de los individuos con el ambiente. Las relaciones paternales no están tan formalizadas como las maternales, y sirven sobre todo para dibujar el mapa de las esferas de influencia económica de cada país tiwi. Sus miembros no están ligados a reglas exogámicas y no forman grupos de residencia homogéneos. En cambio, las mujeres estrechamente relacionadas (por pertenecer al mismo grupo *sibling*) suelen formar núcleos locales en virtud de las características especiales del matrimonio tiwi.

Dos perspectivas sobre el matrimonio. Las mujeres tiwi no están nunca fuera de la situación matrimonial. Se las promete incluso antes de ser concebidas, y desde que son muchachas están casadas. Nuestro análisis del papel de las mujeres deberá pues tener en cuenta que feminidad y matrimonio pertenecen a una misma estructura.

¿Desde qué perspectiva podremos comprender la dinámica del matrimonio y los papeles sexuales? Este fenómeno puede ser examinado desde el punto de vista de uno cualquiera de los sexos. Sin embargo, como la mayoría de los etnógrafos han sido varones, esta doble perspectiva ha sido frecuentemente ignorada. Ante todo resumiremos brevemente la naturaleza del matrimonio tiwi: la mecánica del compromiso, matrimonio y herencia de las esposas. Después contrastaremos las diversas visiones que los hombres tiwi (y los etnógrafos) tienen de la adquisición de las esposas, en contraste con la idea que las mujeres tiwi se hacen de sí mismas y de su serie de maridos.

El sistema de matrimonio tiwi es notablemente diferente del ideal euroamericano. A menudo los contrayentes son de edades muy diferentes, hasta el punto de que a veces llegan a estar separados por dos generaciones. Además, todos los hombres y mujeres suelen tener varios cón-

yuges diferentes a lo largo de su vida. La poligamia es el ideal, y los hombres se esfuerzan por acumular el mayor número posible de esposas. Por otro lado, las mujeres son casi siempre mucho más jóvenes que sus primeros maridos y son transmitidas hereditariamente a varones parientes del primer marido y cada vez más jóvenes, y este hecho puede producirse varias veces a lo largo de la vida de cada mujer.

Desde el punto de vista del macho, el matrimonio es el mejor camino para alcanzar la riqueza y el prestigio en la sociedad tiwi (véase Hart y Pilling, 1960). Las mujeres son magníficos bienes económicos, y la acumulación de esposas puede llegar a liberar totalmente a un hombre de la necesidad de realizar actividades productivas y permitirle dedicarse a actividades relacionadas con la vida pública y las ceremonias. Los hombres con un gran número de esposas capaces de superproducción alimenticia pueden lograr un grado de poder e influencia considerables, y se les llama «grandes hombres».

Al igual que en otras muchas culturas en las que estas posiciones muy privilegiadas son accesibles sólo a unos pocos, hay muchos obstáculos que interfieren el camino de los individuos que tratan de llegar a posiciones muy prestigiosas. El principal obstáculo para los hombres es la disponibilidad o posibilidad de acceso a mujeres casaderas. Las hembres, que en esta sociedad son una forma de «capital», están monopolizadas por los ancianos y hombres maduros. Los jóvenes suelen empezar su carrera heredando a una viuda, que suele ser anciana, de un pariente que ha muerto. De esta forma, un hombre puede acumular varias esposas a lo largo de su vida. En cambio, la adquisición de una esposa joven y virgen requiere un procedimiento complicado para el cual son imprescindibles varios años de negociaciones y obligaciones.

Para adquirir una esposa virgen, un hombre debe obtener un contrato antes de que su futura esposa sea *concebida.* Así pues, todo es arreglado con varios años de antelación cuando se establece el contrato entre el novio y el padre de una mujer casada que se encuentra en la pubertad. En la ceremonia que celebra la primera menstruación de la joven se establece un acuerdo por el cual todas las hijas que ella dé a luz quedarán automáticamente prometidas al joven, y le serán entregadas por esposas cuando lleguen al final de su juventud. Una vez establecido este contrato de matrimonio futuro (entre un hombre y la hija por nacer de una joven), se crea entre las partes comprometidas un parentesco político. La madre de la novia que todavía no ha nacido (que a menudo es una generación más joven que el presunto novio) se convierte en «suegra» y el novio en «yerno». Las relaciones entre estos dos individuos, que los tiwi llaman *ambrinua,* tienen inmediatamente una dimensión económica. El yerno suele irse a vivir al campamento de su joven suegra, a la que proporcionará alimentos y mano de obra durante toda la vida de ella. Pero como suele ser de la misma edad que el padre de su suegra, el compromiso económi-

co acostumbra a prolongarse durante toda la vida del novio, incluso después de sus posibles matrimonios con una o más hijas de su suegra. Este es el motivo por el cual las hembras de un grupo *sibling* acostumbran a vivir siempre en el mismo lugar, mientras que los varones del mismo tronco patrilineal pueden vivir, pese a sus relaciones con una subzona dada, muy esparcidos.

Por lo tanto, el cambio a la fortuna está empavesado para los varones con matrimonios hábilmente negociados y con el establecimiento a largo plazo de una amplia y próspera familia. Vistas desde esta perspectiva las mujeres parecen poco más que peones del ajedrez matrimonial, distribuidas y redistribuidas como simples enseres en un sistema que prácticamente escapa a su control. De hecho, con la excepción de las más inmaduras, las mujeres tiwi desempeñan un papel activo en la intriga de las manipulaciones políticas de sus hijos y hermanos:

> ...como madres y hermanas las mujeres no eran sometidas a coerción por parte de sus hijos o hermanos. Todo lo contrario, los hijos o hermanos que deseaban utilizar a sus madres o hermanas en sus planes políticos (o sea, cuando esas madres o hermanas enviudaban o estaban a punto de enviudar) necesitaban la colaboración activa de las mujeres en cuestión. Una joven viuda con carácter podía ser una dura negociadora para sus hermanos cuando se trataba de decidir con quién volvería a casarse, pues cada uno de ellos necesitaba al otro a fin de conseguir que el nuevo matrimonio fuera aceptado por la tribu en general, y también para derrotar a otros competidores (los hermanos del marido muerto, por ejemplo) que querían controlar el nuevo matrimonio de la viuda. Las muchachas jóvenes no tenían poder para negociar, pero las jóvenes viudas tenían considerable fuerza. Las madres ancianas con hijos influyentes eran poderosísimas. Cualquier afrenta hecha a una anciana era una afrenta para sus hijos. Algunas de las redes de influencia más poderosas eran las constituidas por alianzas de varios hermanos mayores dirigidas por su anciana madre. Los hijos eran, más que otra cosa, los que llevaban a cabo los planes que su anciana madre y sus hermanas maduras habían decidido (Hart y Pilling, 1960, 53).

Vemos pues que las mujeres podían utilizar como los hombres su edad y su ingenio para conseguir posiciones favorables para sí mismas y alianzas beneficiosas para sus parientes varones. Ahora bien, el papel de las mujeres ¿es solamente secundario en relación con el de los hombres? ¿Cómo ven ellas mismas su estilo de vida en relación con el de los hombres?

La dinámica del género femenino. La descripción hecha por Goodale

de la cultura tiwi nos da una perspectiva omitida en obras anteriores, porque en lugar de describir a las mujeres como simples esposas, cambia la perspectiva y las ve como mujeres con una serie fluctuante de maridos. La importancia de este método es que permita ver la vida de las mujeres de forma continuada en lugar de presentárnosla como una serie de segmentos independientes relacionados con la vida de varios varones.

Todas las culturas tienen una serie de categorías, los *grados de edad,* que clasifican a sus miembros a lo largo del ciclo vital. Las categorías arbitrarias de los tiwi nos proporcionarán un cómodo retículo sobre el que basaremos nuestro análisis de la vida de las hembras. La cultura tiwi distingue diez tipos diferentes de posición femenina en relación con las diversas fases del ciclo vital. Traducidas serían: niña pequeña, niña, púber, mujer joven, mujer embarazada, madre de una hembra, madre de un varón, mujer estéril, menopáusica y anciana.

La posición de *niña pequeña* abarca el período entre el nacimiento y el matrimonio. El nacimiento de una niña es muy bien recibido por los tiwi porque continuará en el futuro el tronco matrilineal y también porque con ella podrán ser cumplidas las obligaciones de entrega de hijas prometidas a que se había comprometido previamente la madre. Las niñas tiwi son mimadas por los miembros del campamento y tienen estrechas relaciones familiares con sus padres y madres clasificadores (hermanos de sus padres). En cuanto aprenden a caminar, las niñas acompañan a sus madres al monte en las expediciones de recolección y caza. Las técnicas de subsistencia son aprendidas por la niña como si se tratara de juegos, y muy pronto se le enseña a nadar, subirse a los árboles, seguir huellas, distinguir las plantas, y fabricación y utilización de herramientas. Goodale (1972, 38-39) señala el caso de dos niñas de unos siete u ocho años, que construyeron una balsa de corteza de un metro ochenta centímetros de largo, un metro veinte de ancho y sesenta centímetros de grueso, que era utilizada para recoger plantas comestibles silvestres en el *billabong* (pantano). Cuando la hembra alcanza las últimas fases de esta posición ya ha aprendido lo necesario para convertirse en un miembro productivo de la unidad de residencia a que pertenece.

Se alcanza la posición de *niña* en el momento del matrimonio. Contra lo que ocurre en la mayor parte de las sociedades, las hembras tiwi se casan *antes* de la llegada de la pubertad. Estas tempranas uniones son favorecidas por la creencia de que las características sexuales secundarias, como el desarrollo de los pechos y genitales adultos, necesita la ayuda de la vida sexual. Antes de la pubertad, pues, la joven novia es simplemente llevada por su padre al campamento del hombre al que fuera prometida antes de nacer. En la mayor parte de los casos el novio ha pasado a vivir al grupo residencial de la novia antes de ese día. El primer marido de una niña es siempre mucho más viejo que ella. El marido ideal es, de hecho, un «padre de la madre» real o clasificado y a veces puede ser

miembro de la generación del abuelo de la novia. La primera tarea de este anciano marido es instruir gradualmente a su joven esposa en la cópula y supervisar su maduración sexual.

Cuando menstrúa por primera vez, la joven esposa tiwi entra en la importante y breve fase de la *pubertad.* Inmediatamente se la aísla del grupo y se la instala en un campamento construido a propósito en el monte. Allí la cuidan su madre, las otras esposas de su marido si las tiene, y otras ancianas de la comunidad; mientras le dura el período tiene que observar ciertos tabúes. Cuando ha terminado la menstruación es conducida a un segundo campamento apartado en el monte, donde experimenta uno de los rituales más importantes de su vida adulta. El grado de la pubertad da a una mujer joven una doble categoría: por un lado como mujer y por otro como suegra. Durante este segundo aislamiento le es presentado, de acuerdo con las ceremonias apropiadas, el hombre que llegará a ser marido de todas las hijas que pueda tener en el futuro. Estas relaciones entre una suegra y su futuro yerno, conocidas con el nombre de *ambrinua,* son especialmente intensas y cruciales para la estructura social tiwi. El yerno tiene que empezar inmediatamente a proporcionar alimentos y hacer favores a su joven suegra, y suele ir a vivir a su campamento a partir de este momento. Si la joven tiene posteriormente una hija, el yerno tendrá que esperar hasta que ésta alcance la posición de niña para recibirla como esposa y es ésta la razón de la diferencia de edad existente entre una mujer y su primer esposo.

Una vez establecidas las relaciones *ambrinua,* la joven esposa regresa a su grupo de residencia y accede automáticamente al siguiente grado de edad, el de *mujer joven.* Entre su primera menstruación y su primer embarazo, la esposa goza del período de máximas libertades sociales y sexuales. Su posición en su grupo de residencia refleja este momento de responsabilidad limitada, pues no se la considera adulta hasta el momento en que llega a ser madre. Durante esta fase es tradicional que las mujeres jóvenes tengan una serie de uniones sexuales extramatrimoniales con amantes de su misma edad. Aunque oficialmente no se autoricen estas actividades, de hecho son esperadas y toleradas si se desarrollan discretamente. Esta tolerancia es estimulada además por el hecho de que sus jóvenes parejas no tienen todavía esposa.

El embarazo acostumbra a dar por terminada esta actividad extramatrimonial. Hay que señalar que con cierta frecuencia se da el caso de jóvenes que abortan a fin de retrasar las responsabilidades del embarazo y posterior cuidado de los niños. Pero este fenómeno parece ser bastante reciente puesto que tradicionalmente el embarazo era muy bien recibido ya que abría paso a la posición de adulto.

Las *mujeres estériles* son aquellas que no llegan a quedar embarazadas. Estas hembras poco envidiables son consideradas inmaduras sea cual sea su edad cronológica, y nunca pueden ocupar posiciones importantes.

Si la esposa se convierte en *madre de un varón,* se aplaza el establecimiento de relaciones *ambrinua.* El nuevo hijo, naturalmente, es miembro del grupo *sibling* de su madre pero abandona esta unidad residencial cuando alcanza la madurez y adquiere una suegra. Si la esposa se convierte en *madre de una hembra,* se suma un nuevo eslabón crítico al retículo matrilineal. Además, las relaciones *ambrinua* de la madre cuentan con una futura esposa que será reclamada cuando pasen algunos años. Cuando la hija es entregada como esposa, el yerno tiene que quedarse en el grupo de residencia de su suegra y servirla hasta que ella muera. A cambio recibe sus posteriores hijas que son añadidas a su familia polígama.

Dadas las ramificaciones de las relaciones *ambrinua,* la pauta ideal de residencia es matrilocal antes del nacimiento y matrimonio de la futura esposa y dura hasta la muerte de la suegra. La pauta de *poligamia sororal* (matrimonio de varias hermanas con un solo hombre) sumada al *levirato* (por el cual un hermano del marido fallecido hereda sus esposas) tiende a estimular la localización común de todas las hembras pertenecientes al mismo grupo *sibling* matrilineal. Además, las relaciones *ambrinua* garantizan que una mujer tenga varios maridos a lo largo de su vida.

Los últimos grados de edad, que son la *menopausia* y *ancianidad,* suponen a la vez respeto y poder. A medida que avanza a través de una serie de matrimonios, la mujer tiwi llega al final y con la edad a alcanzar la posición de esposa principal, o sea la más anciana. Su actividad sexual también se va reduciendo a medida que sus maridos cada vez más jóvenes se inclinan hacia las esposas más jóvenes. Del mismo modo que se piensa que las características sexuales secundarias son consecuencia de las relaciones sexuales, la menopausia es entendida como consecuencia de la reducción y en último término como cese de la actividad sexual. Cuando una mujer entra en el último grado de edad, el de anciana, gana mucho prestigio social y además, si es una esposa principal o tiene cierto número de hijos en edad madura, llega a tener considerable poder. Al ser la mayor de todas las esposas, la anciana tiwi adopta la posición de mayor autoridad del grupo doméstico. En las actividades diarias de esta unidad envía a las esposas más jóvenes a expediciones de caza por el monte mientras ella descansa en el campamento. Las principales ancianas ejercen también el derecho de dirigir el cuidado y educación de los niños en el seno de la familia polígama. Pero el poder de la anciana alcanza más allá de los límites del mundo doméstico hasta llegar a tener una influencia personal sobre los parientes. Cobra un papel maternal respecto de las otras esposas de su marido que pueden ser hermanas suyas reales o clasificadas. Las otras esposas y sus respectivas hijas forman una unidad social y económica de gran cohesión, que a menudo es un grupo *sibling* matrilineal que idealmente permanece articulado hasta su muerte. Los hijos de la anciana y de las esposas más jóvenes acaban en cambio

por abandonar la unidad doméstica en la que nacieron para ir a residir con sus *ambrinua*. Pero las madres de estos jóvenes varones siguen ejerciendo una influencia considerable sobre ellos y son consultadas siempre que hay una crisis.

En resumen, el estilo de vida de una mujer tiwi no concuerda en ningún sentido con los estereotipos de inferiodad social, dependencia económica o subyugación política que a menudo se asignan a la hembra en las sociedades recolectoras y cazadoras. En esta sociedad esencialmente matrilineal, el sexo biológico de la hembra es muy bien recibido desde el momento del nacimiento porque asegura en potencia la continuidad y expansión del tronco uterino en las generaciones futuras. Más que estar socialmente reprimida por la figura de la autoridad del macho, la vida de una mujer tiwi es un largo viaje en el que van cambiando sus parejas sexuales y funciones sociales. Solamente si se tiene en cuenta esta estructura, independiente de los miembros del sexo opuesto, será posible comprender cabalmente la gama vital de la mujer tiwi.

Discusión

Hemos visto que uno de los presupuestos básicos del modelo androcéntrico es el supuesto dominio económico del varón. Cuando el macho adopta el papel de cazador y proveedor, se nos dice, se establecen forzosamente grupos residenciales y linajes centrados en torno al varón. A partir de los datos de una muestra pluricultural nosotras llegamos a la conclusión de que la principal actividad de subsistencia de los pueblos recolectores no es la caza sino la recogida de plantas alimenticias. Los tiwi ilustran de forma bastante espectacular el dominio económico de las mujeres, pues la dieta alimenticia de este pueblo se basa en la recolección realizada por mujeres, que constituye la mitad de la comida diaria, a lo que se añade la caza de animales terrestres llevada a cabo asimismo por las mujeres. El concepto de la mujer cazadora no ha sido nunca examinado atentamente en los modelos recolectores que todavía existen, como tampoco ha recibido ningún tipo de atención la noción de la mujer fabricante de herramientas. La manufactura y uso de hachas de piedra por parte de las mujeres tiwi en sus actividades recolectoras puede tener consecuencias importantes para interpretación arqueológica de las hachas de mano similares que aparecen a todo lo largo del paleolítico superior.

Sobre el tema de la organización social de las sociedades preagrícolas, nuestra muestra no proporciona una pauta de predominio universal de poder viril. Aunque se comprobó que la mayor parte de los pueblos recolectores contemporáneos tienen filiación bilateral y residencia patrilocal, todavía se encuentran casos de residencia matrilocal y estructura de parentesco matrilineal. La imagen de la organización social de los aboríge-

nes cazadores y recolectores es actualmente complicada debido a las influencias que sobre esos pueblos han tenido los contactos con sociedades de funcionamiento más complejo y sutil. Este proceso parece provocar el comienzo de la ruptura de los grupos unilineales (al fomentar la bilateralidad) y dar mayor importancia a los varones (al fomentar la organización patrilineal). Pero no pudimos encontrar una correlación exactamente simétrica entre el dominio económico y social entre los sexos. En los pocos ejemplos de sistema matrilineal de la muestra que podían ser investigados, la caza tenía mayor importancia para la dieta que en los casos de sociedades patrilaterales. Por lo tanto, no tiene ningún sentido afirmar, como hacen los antropólogos androcéntricos, que la organización uterina es, en los pueblos recolectores y cazadores, una aberración debida a la importancia especial de la recogida de plantas en esas sociedades.

En nuestro análisis detenido del pueblo tiwi pudimos ver con mayor claridad incluso las limitaciones de los estereotipos androcéntricos. Mientras que los recursos naturales sobre los que se basa la subsistencia de esa sociedad están distribuidos según un mapa basado en vínculos agnaticios, el sistema de residencia y el de filiación no lo están. En esta sociedad las mujeres no solamente sirven como principales vínculos para la estructuración de las relaciones sociales sino que además gozan de considerable variedad en sus actividades sexuales y de igualdad social para con los varones a lo largo de toda su vida. La supervivencia del sistema matrilineal debe quizás atribuirse a lo relativamente reciente de la ocupación extranjera de las islas Melville y Bathurst. Goodale (1971, 229) señala, sin embargo, que como resultado de la influencia directa de las presiones nacionales y coloniales, el poder de las mujeres ancianas había empezado a ser erosionado. Esta influencia se ha debido a que se ha luchado contra la poligamia, eliminando así la posición de esposa principal, y a que los funcionarios del gobierno se han negado a reconocer a las mujeres como jefes del grupo doméstico.

A partir de nuestra investigación de las sociedades recolectoras, por lo tanto, debemos llegar a la conclusión de que la posición de dominio económico es ocupada tradicionalmente por las mujeres. Esta posición solamente tiene importancia porque ha sido siempre identificada como el factor crítico de la determinación de la estructura social. Como hemos visto, no parece haber motivo alguno que nos haga creer que la determinación de la residencia y la filiación entre los recolectores es significativamente diferente de la que encontramos en otros niveles de complejidad tecnoeconómica. Sean cuales fuesen los factores causales de la organización social de las sociedades primitivas, entre los recolectores no hay en potencia ventajas para ningún sistema de organización, sea patrilineal o el matrilineal, respecto a la adaptación a una serie todavía no definida de condiciones antecedentes. Del mismo modo, el dominio económico no parece tener, en las sociedades recolectoras y cazadoras, rela-

ciones importantes con la yuxtaposición de las posiciones ocupadas por cada sexo, que en la mayor parte de los casos parece basarse en la complementaridad y la igualdad.

Capítulo 8

LAS MUJERES EN LAS SOCIEDADES HORTICULTORAS

El cultivo es un fenómeno relativamente reciente en la evolución de la sociedad humana. Es probable que al final de la Edad de Piedra los cazadores y recolectores se dedicaran a experimentar asiduamente la posibilidad de cuidar y cosechar plantas alimenticias silvestres, simplemente como ampliación de sus actividades recolectoras básicas. Aunque actualmente pensamos en el cultivo de la tierra como un factor que aumenta la seguridad económica, los primeros intentos de controlar las plantas debieron generalmente consumir más tiempo y rendir menos que la simple recogida de plantas silvestres. Del mismo modo, la densidad de población o la complejidad organizativa de los primeros cultivadores no debió ser apenas superior, ni siquiera igual, a la alcanzada por los cazadores, pescadores y recolectores instalados en ambientes favorables.

Por inseguros que fueran sus comienzos, lo cierto es que a la larga el cultivo tuvo un efecto revolucionario en el curso de la evolución biocultural de los seres humanos (véase Smith, 1972). Por vez primera las comunidades humanas empezaron a alterar de forma significativa los ambientes en los que vivían y a ejercer control sobre la supervivencia o extinción de plantas y animales. El más elevado grado de productividad que garantizó el cultivo a la larga permitió que un número cada vez mayor de personas se concentrara en zonas geográficas progresivamente reducidas. Los pueblos sedentarios y la mayor densidad de población fueron factores que por sí mismos plantearon nuevos desafíos a la eficacia de la organización social humana. Estos problemas fueron atacados con el desarrollo de grupos de parentesco más amplios y complejos, asociaciones voluntarias, sistemas jerárquicos y, en algunos casos, nuevas formas de integración política.

Las sociedades preindustriales han heredado la tecnología y las organizaciones comunitarias de adaptación al medio de los antiguos pueblos cultivadores. Pero nuestros contemporáneos varían mucho en cuanto a la dependencia de las cosechas para su subsistencia en la relativa sutileza de sus técnicas y en la cantidad y calidad de los resultados obtenidos.

Por esta razón los antropólogos suelen encontrar cómodo dividir el cultivo en dos categorías: horticultura y agricultura. La horticultura —es decir, el cultivo ayudado únicamente por herramientas manuales— es el tema de este capítulo. La agricultura, o cultivo intensivo, que presupone la utilización del arado o el riego, será el tema del siguiente.

Antes de la era colonial la mayoría de las sociedades no occidentales era horticultora. Consideradas como un grupo, muestran un grado de variabilidad en sus instituciones sociales, políticas y económicas, mayor que el de cualquier otro grupo con la misma forma de adaptación. Debido a ello tendremos que estudiar los papeles de las mujeres y los hombres en una gama muy amplia de relaciones institucionales dinámicas. Primero estudiaremos el problema desde el punto de vista económico. Comprobaremos que, como en muchas sociedades recolectoras, las mujeres siguen teniendo un papel importante en la producción, pero que a medida que aumenta el nivel de productividad de las sociedades horticultoras disminuye su posición central a este respecto. El segundo punto de vista para resolver el problema de las definiciones de los papeles sexuales será el de las principales normas organizadoras de estas comunidades y sus grupos sociales.

Como la densidad de población que la horticultura permite es relacionada comúnmente con los grupos de filiación unilineales, examinaremos con cierto detalle los efectos que los sistemas matrilineal y patrilineal tienen en las respectivas posiciones de mujeres y hombres. Por fin, ilustraremos las relaciones entre las variables económicas y sociales con un estudio del estilo de vida de las mujeres de Mount Hagen, en Nueva Guinea.

La base económica de la horticultura

Para poder resumir las características generales de las sociedades horticultoras hemos seleccionado, como en el caso de las recolectoras, una muestra del inventario pluricultural del *Ethnographic Atlas* (Murdock, 1967). Estas 515 sociedades representan todas las principales zonas geográficas del mundo, y tienen una amplia gama de grados de dependencia del cultivo para su subsistencia. Los pueblos dedicados al pastoreo, que son definidos en el capítulo 10 como grupos que forman al menos la mitad de su dieta a base de los productos del pastoreo, *no* han sido incluidos en la muestra que utilizamos ahora.

La variedad económica de los pueblos horticultores será examinada en relación con la importancia de los productos del cultivo para la subsistencia, y con la forma en que cada uno de los sexos participa en la labor del cultivo.

El único criterio de medida del nivel de productividad codificado para las sociedades incluidas en la muestra es el porcentaje de su base

de subsistencia formado por los productos de la horticultura. Estas 515 sociedades tienen diversos grados de dependencia respecto de los productos del cultivo para su dieta; la proporción va desde menos de un cuarto hasta más de tres cuartos del total de alimentos. Esta escala deja mucho que desear, pues no nos permite establecer comparaciones entre la produccción de los cultivos y los esfuerzos invertidos en esa producción. Sin embargo, la correlación de este dato con otras variables vecinas sugiere que, como índice de productividad relativa, la dependencia respecto a los productos del cultivo servirá adecuadamente a nuestros fines. Por ejemplo, tanto el tamaño de la comunidad como la complejidad política muestran un incremento proporcional a la importancia que para la dieta tienen los productos del cultivo.

Ahora bien, ¿existe alguna relación entre las variables del sexo y la productividad en estas sociedades? En las 515 sociedades de la muestra, las mujeres dominan las actividades relacionadas con el cultivo aproximadamente en un 41 por ciento. En un 37 por ciento ambos sexos están equiparados y los varones son los únicos cultivadores en sólo un 22 por ciento del total de sociedades. De todas formas, para lograr nuestro objetivo, además de señalar la importancia económica relativa de hombres y mujeres en un gran número de sociedades horticultoras, es necesario explicar las variaciones en la división sexual del trabajo que acabamos de indicar. ¿En qué casos es más probable que sean las mujeres las cultivadoras y en cuáles es probable que lo sean los hombres?

Para resolver esta cuestión resulta útil observar las relaciones existentes entre la división sexual de trabajo y el grado de dependencia respecto al cultivo, que es nuestro índice del nivel de productividad. Pueden verse gráficamente estas relaciones en la figura 8-1, que muestra unos interesantes contrastes entre las diferentes divisiones de trabajo en las que la agricultura es exclusivamente femenina, exclusivamente masculina o igualmente repartida entre hombres y mujeres. Las mujeres tienen grandes probabilidades de dominar económicamente en las sociedades que no estén muy basadas en las cosechas. La frecuencia de sociedades con cultivadores exclusivamente masculinos en las categorías de bajo índice de producción es muy pequeña, pero cuando los productos del cultivo alcanzan un 65 por ciento o más de la dieta esa frecuencia se eleva espectacularmente. La equiparación en el reparto del trabajo entre mujeres y hombres aumenta proporcionalmente con la productividad. Como puede verse en la figura, esta última curva es casi una imagen refleja de la que construyen los grupos en los que solamente las mujeres se dedican al cultivo.

A partir de los datos contenidos en la figura 8-1 podríamos establecer una hipótesis de trabajo según la cual la división sexual del trabajo y el dominio económico relativo de los sexos tienen un índice crítico en la diversa proporción con que las cosechas entran en el total de abastecimientos alimenticios. La participación de las mujeres en el cultivo está

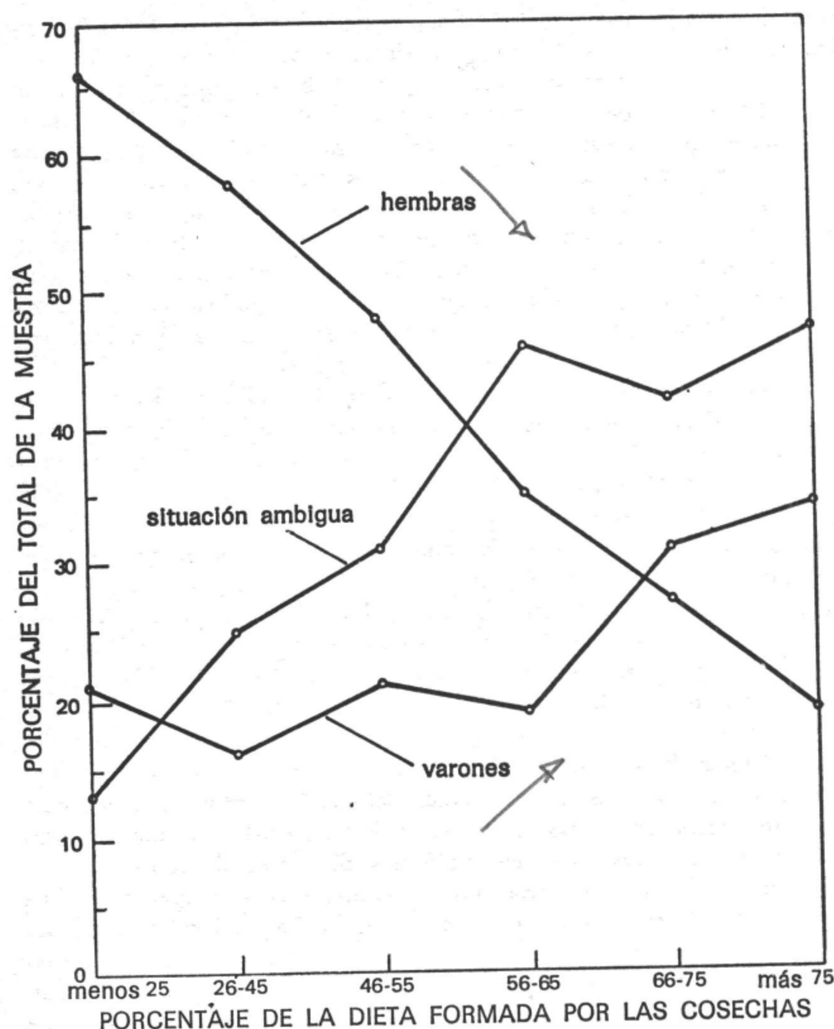


Figura 8-1. División sexual del trabajo agrícola de 515 sociedades horticultoras en relación con el grado de su respectiva dependencia de los productos del cultivo.

---

en relación *inversamente* proporcional a la importancia de las actividades horticultoras, mientras que las de los varones está en relación *directa*. Desde el punto de vista estadístico es de esperar que las mujeres monopolicen las actividades de cultivo en las sociedades cuya dependencia alimenticia de las cosechas sea baja, y que los varones entren en el culti-

vo en proporciones cada vez mayores a medida que crece la importancia de la cosecha en la dieta.

Si estas relaciones son así, no se debe desde luego a que las mujeres sean menos productivas que los varones. Todos los autores prácticamente están de acuerdo en que la horticultura nació como consecuencia de una gradual elaboración a partir de las actividades recolectoras de las mujeres. El monopolio del cultivo por parte de las mujeres seguramente prosiguió hasta que determinadas circunstancias ambientales o la misma gran escala de trabajo necesario favoreció la incorporación de mano de obra masculina. Según Murdock (1937), en todas las culturas los varones llevan a cabo las actividades de cultivo que requieren mayores esfuerzos. En el caso de la horticultura, cuando se da una participación igual de los dos sexos suele ocurrir generalmente que los varones se dedican a desbrozar los terrenos que van a ser cultivados, mientras que las hembras se encargan de sembrar y cosechar. A medida que una comunidad tiene mayor dependencia de los productos del cultivo, mayor es su necesidad de que sean invertidos los esfuerzos laborales de *todos* sus miembros en las actividades agrícolas. Y cuanto mayor sea la importancia de las cosechas en la dieta, más probable será que la intensidad y lo arduo del trabajo requerido favorezcan la participación mayoritaria de los varones.

Yuxtaposición social de los sexos

El impulso y éxito con que se acomete el cultivo en las sociedades horticultoras tienen efectos cuantitativos inmediatos en el carácter de las estructuras sociales humanas. La productividad relativa de una sociedad en la estación más *pobre* del año es uno de los principales factores determinantes del tamaño máximo de la comunidad. Del mismo modo, las diversas densidades de las comunidades humanas constituyen la medida de las diversas estructuraciones de las relaciones sociales y de poder. En todo el mundo, y posiblemente a lo largo de toda la historia, las sociedades horticultoras han resuelto estos problemas de formas sorprendentemente similares. No hay duda de que los grupos sociales establecidos sobre la base de una filiación unilineal son una de las instituciones de adaptación más universales de la historia de la evolución cultural.

Sin embargo, veremos en seguida que hay ciertas variaciones sociopolíticas, que se dan empero dentro de unos límites definibles que, al menos en parte, se pueden predecir. Primero resumiremos la gama de estas variaciones en las dimensiones demográfica, social y política para una submuestra representativa de 104 sociedades horticultoras. A continuación investigaremos las repercusiones de estas variaciones para las posiciones masculina y femenina, haciendo mención especial de las condiciones de los dos tipos básicos, matrilineal y patrilineal, de organización

unilineal. Contra lo que ocurre en las sociedades recolectoras, el tipo de filiación parece tener una influencia importantísima, en el caso de los horticultores, sobre la jerarquización del poder, la propiedad y las posiciones sociales. El sedentarismo propiciado por el cultivo con altos niveles de productividad fomenta la acumulación y almacenamiento de los excedentes de producción. Del mismo modo que los bienes muebles pueden ser acumulados con el fin de obtener un valor a cambio, en muchas sociedades patrilineales las mujeres son acumuladas por su capacidad en potencia de dar a luz muchos hijos. Debido a ello el tipo de filiación de las sociedades horticultoras pueden ser una variable destacada a la hora de evaluar la posición ocupada por las mujeres.

Variación socio-política. Antes de analizar la configuración general de los papeles que tienen la hembra y el macho en las sociedades matrilineales y patrilineales tenemos que examinar el grado de diversidad en el campo de cierto número de variables. Concretamente, nos interesa la densidad, nivel político y organización social de las sociedades horticultoras y el modo de relacionarse estos factores con las pautas de producción económica y división sexual del trabajo esbozadas más arriba.

El tamaño de las comunidades horticultoras puede variar en un grado increíble que oscila entre pueblos inferiores a los 50 individuos y verdaderos núcleos urbanos de más de 50.000. En la mayor parte de las sociedades de la muestra —cerca de un 79 por ciento— sin embargo, las unidades medias de población tienen una cifra inferior a los 400 individuos. Un 12 por ciento tienen unidades que van de los 400 a los 1.000, y sólo un 9 por ciento tiene núcleos protourbanos o urbanos (cerca de 5.000 personas). El tamaño de las comunidades está directamente relacionado con la variable de la dependencia del cultivo. Todas las sociedades con comunidades de más de 5.000 individuos cuentan con una cosecha para un mínimo de un 60 por ciento de su dieta. Por el contrario, aunque hay algunos casos que no concuerdan con esta ley, el 80 por ciento de las comunidades horticultoras de menos de 400 individuos tienen unas cosechas que no llegan a constituir el 60 por ciento de su base alimenticia. Tomando como base simplemente el tamaño de la comunidad resulta imposible predecir con precisión qué sexo dominará económicamente la producción. Pero en nuestros datos puede comprobarse que la participación de los varones en el cultivo aumenta a partir de las comunidades superiores a los 400 individuos.

Así como la densidad de población está en relación con la producción de las cosechas, el tamaño relativo de la comunidad es índice de la complejidad de las relaciones de poder. Generalmente, las sociedades horticultoras no están políticamente centralizadas. Solamente un 5 por ciento de las sociedades incluidas en la muestra pueden ser calificadas de auténticos *estados*, y un 15 por ciento de *cacicatos* (véase Service, 1962). Todos

Tabla 8-1. Relaciones entre la residencia y la filiación en 104 sociedades horticultoras.

	FILIACION				
RESIDENCIA	MATRI-LINEAL	DOBLE	PATRI-LINEAL	BILATERAL	TOTALES
Matrilocal	7			8	15
Avunculocal	10				10
Ambilocal	2		2	3	7
Patrilocal	4	4	55	4	67
Neolocal	2		1	2	5
	—	—	—	—	—
Totales	25	4	58	17	104

estos sistemas políticos centralizados cuentan con las cosechas para cubrir más de la mitad de su alimentación. El otro 80 por ciento de las sociedades de la muestra se encuentra en un nivel de integración *tribual* y tiene una gama amplísima de grados de dependencia respecto del cultivo. Esta clasificación de las sociedades de la muestra según tengan o no un sistema político estatal carece de valor para la predicción de los papeles económicos de hembras y varones.

En nuestro análisis de las sociedades recolectoras ya dimos cuenta de la hipótesis corriente que afirma que en cierto modo la organización social del parentesco refleja la importancia económica de los sexos. Esta hipótesis resulta estéril para los pueblos horticultores, como lo había sido para los cazadores, pescadores y recolectores. Aunque se da un predominio estadístico de monopolio femenino del cultivo en las sociedades horticultoras, destacan los grupos sociales basados en el sistema patrilineal. En la tabla 8-1 se establece la relación entre el tipo dominante de residencia postmatrimonial y los sistemas de parentesco.

En la tabla vemos que el sistema matrilineal predomina aproximadamente en una cuarta parte de la muestra. Un porcentaje parecido de casos tiene tipos de residencia (matrilocales, avunculocales) relacionados con la localización de los parientes uterinos. Pero la gran mayoría de las comunidades horticultoras muestra un dominio de las relaciones entre varones emparentados. Aproximadamente un 56 por ciento de las sociedades de la muestra tienen un sistema de filiación patrilineal, y la residencia patrilocal domina en un 64 por ciento. Como veremos más adelante, los sistemas de filiación y residencia no tienen apenas relación con la productividad y la división sexual del trabajo.

En resumen, considerada como adaptación económica, la horticultura

permite una amplia variedad de instituciones socio-políticas. La magnitud de la dedicación y del éxito agrícolas de una sociedad son desde luego un factor que limita la complejidad relativa de sus comunidades. Pero, como hemos visto, casi todos los pueblos horticultores carecen de centralización política y viven en núcleos no urbanos. El mantenimiento de la continuidad social y política de la comunidad corre frecuentemente a cargo de grupos de parentesco unilineales. Como estos grupos están formados a base de la exclusión sistemática de *algunos* parientes consanguíneos de cada generación, a lo que se añade la exclusión de uno de los sexos de la posición social y de poder fundamentales para el grupo local o la organización política superior, es necesario investigar los aspectos más cualitativos de la hembra y el macho determinados por el modo de filiación dominante.

Pueblos horticultores matrilineales. Las sociedades matrilineales constituyen solamente una cuarta parte de la muestra que utilizamos. De hecho, considerado el mundo primitivo de forma general, son minoría. Como se conocen muchos casos de cambio de filiación ocurridos en el período histórico, es razonable imaginar que no siempre han estado así las cosas. De todas formas, para los antropólogos siguen siendo casi un misterio las ventajas concretas que para la adaptación tienen los tipos de organización matrilineal y patrilineal en el nivel horticultor. ¿Cuáles son las condiciones antecedentes concretas que favorecen la filiación de los cultivadores manuales a través de las mujeres? ¿Hay alguna relación causal entre la división sexual del trabajo y el parentesco?

Antecedentes matrilineales. Uno de los corolarios de la tesis androcéntrica que afirma la prioridad de la caza y el dominio del macho en el nivel recolector es que el sistema matrilineal es una forma de adaptación deficiente o aberrante que sólo se encuentra en casos de horticultura relativamente improductiva. Se nos dice que en las sociedades horticultoras la aparición solitaria y breve de la matrilinealidad es debida al papel desacostumbradamente importante que las mujeres tienen en el campo de la producción. Este argumento tiene fallos patentes. Como hemos señalado más arriba, en realidad sí hay organizaciones matrilineales entre las sociedades recolectoras, que ordinariamente coinciden con formas de subsistencia en las que la recolección realizada por las mujeres tiene *menor* importancia que lo acostumbrado en ese tipo de sociedades. En las adaptaciones horticultoras hay cierta tendencia a que las mujeres dominen la producción en muchos más casos cuando la organización es matrilineal que cuando es patrilineal. Por ejemplo, el 64 por ciento de las sociedades matrilineales de nuestra muestra asignan las tareas del cultivo de forma exclusiva a las mujeres, mientras que en las patrilineales el porcentaje es del 50 por ciento. Esta frecuencia más elevada, sin embargo, puede atri-

buirse a factores que no sean precisamente la filiación. Como ya dijimos en el capítulo anterior, hay unas relaciones muy estrechas entre el nivel de productividad y la división sexual del trabajo. Los pueblos horticultores matrilineales de la muestra cuentan con los productos de la cosecha con un *promedio* de un 55 por ciento de su dieta alimenticia. En cambio, la dependencia de las cosechas en las sociedades patrilineales se eleva por término medio a un 68 por ciento. Por lo tanto, esa mayor frecuencia con que los horticultores matrilineales asignan las tareas de cultivo a las mujeres puede ser simplemente reflejo de la inferior productividad general de esas sociedades en lugar de estar relacionada con la filiación en sí.

Estos datos comparativos dejan sin resolver muchos misterios. ¿Por qué se relacionan las sociedades horticultoras de baja productividad con la filiación matrilineal? ¿Es posible que el sistema matrilineal tenga, como forma de adaptación, algún factor que permita especialmente la adaptación al medio de comunidades que no dependan en alto grado de sus cosechas o que tengan cosechas poco importantes? Ha habido varios intentos de dar respuesta a estas y otras preguntas sobre el sistema matrilineal (véase Schneider y Gough, 1961), pero no hay todavía conclusiones firmes. Según el estudio pluricultural realizado por Aberle (1961), los cultivadores matrilineales suelen encontrarse fuera de o en las fronteras de las zonas forestales, y en situaciones en las que hay rebaños de animales domésticos de gran tamaño. Esta serie de condiciones limita de manera significativa la gama ecológica de las sociedades matrilineales. Además, los sistemas matrilineales compiten con alternativas de organización más productivas y tienden a dar paso a sistemas patrilineales o bilaterales.

Desafortunadamente, este tipo de explicaciones dice más sobre las condiciones en las que el sistema matrilineal puede llegar a *desaparecer* en los pueblos horticultores que sobre las condiciones que dan lugar a su aparición. Por decirlo de otra forma, se argumenta que el sistema matrilineal puede aparecer cuando *no* se dan los factores que fomentan la filiación a través de los varones, como por ejemplo la acumulación e intercambio de bienes mueble o un alto grado de pugnas internas (véase Murdock, 1949).

Para lograr nuestro objetivo puede ser mucho más útil buscar las ventajas de adaptación del sistema matrilineal en las características que subrayan su carácter único o especial como principio de organización. En las sociedades que dan importancia a los vínculos de parentesco matrilineales, los grupos de filiación están integrados por mujeres y hombres que tienen una misma antepasada. Como esta filiación sólo puede ser transmitida por las mujeres a sus hijos, los hombres ocupan posiciones periféricas en la formación y continuidad de los grupos de filiación de la comunidad. El núcleo femenino de estos grupos de parentesco suele permanecer espacialmente intacto y en relación con derechos específicos para el cultivo de la tierra.

La importancia de la residencia matrilocal para la estructura de las comunidades horticultoras matrilineales es muy considerable. Los varones adultos deben abandonar la localidad de su grupo natal matrilineal cuando se casan, para irse a vivir con sus esposas. Los hombres emparentados quedan por lo tanto distribuidos o dispersos a lo largo y ancho de cierto número de grupos uterinos en los que entran como extraños. Como las sociedades matrilocales practican *el intercambio de hombres,* las comunidades locales contienen líderes políticos de varios grupos diferentes de parentesco. Y, factor muy interesante, las unidades de parentesco dentro de una comunidad política matrilineal tienden a estar más estrechamente localizadas en el espacio geográfico que las de comunidades patrilineales (véase Oberg, 1955). Las consecuencia políticas de la dispersión de los varones emparentados son muy importantes para la consideración de las ventajas que para la adaptación supone la matrilinealidad. Estudios pluriculturales (véase Otterbein y Otterbein, 1965) han indicado que las sociedades que impiden la concentración espacial de los varones vinculados tienen un grado de estabilidad política muy elevado. Los grupos de filiación matrilineal establecen un complejo retículo de vínculos y lealtades de parentesco que logran cruzarse con eficacia por encima de las corporaciones locales y los presuntos grupos de intereses especiales.

Las sociedades horticultoras matrilineales parecen tener, por tanto, ventajas especiales para la adaptación a ambientes que permiten que la organización social humana sea muy *estable* (algo que, sin duda, también es cierto para las sociedades de nivel recolector). La matrilinealidad es idealmente un sistema *abierto* que dispersa, en lugar de consolidar, sus fuentes potenciales de poder: sus varones. Este tipo de adaptación parece darse cuando los recursos son iguales o superiores a los necesarios para satisfacer las necesidades de la población existente, y cuando la competencia entre las comunidades que habitan en el mismo enclave no existe o es infrecuente.

La desaparición del sistema matrilineal. La estabilidad que las sociedades matrilineales fuertes necesitan y fomentan parece ser un fenómeno raro de nuestro presente etnográfico. Algunos hábitats, por ejemplo el bosque tropical, pueden seleccionar la población en sentido contrario al sistema matrilineal debido tanto al tipo de recursos y a la competencia por su obtención como a las dificultades que se presentan si se desea explotar este tipo de ambiente. En las regiones muy boscosas el belicismo interno es especialmente intenso, y favorecería desde luego un sistema que más que dispersar concentrase la base de las organizaciones militares, es decir los varones. Hay otros enclaves que, si bien favorecen el desarrollo de organizaciones matrilineales estables, no pueden ser explotados eficazmente más allá de cierto nivel de productividad si no se cambia de modo fundamental la orientación de la organización humana. Todo

hecho *in situ* o influencia externa que valore la producción y acumulación de *superávit* con fines de intercambio funciona como factor negativo contra la estructura estática e integradora del sistema matrilineal y fomenta la cristalización de grupos locales que concentran la riqueza y el poder ofensivo-defensivo en manos de los varones emparentados.

La gran mayoría de los pueblos horticultores matrilineales supervivientes han experimentado cambios estructurales estandarizados para sobrevivir a los rápidos cambios (véase Gough, 1961). La residencia avunculocal, variedad de residencia postmatrimonial, localiza a los *varones* del mismo matrilinaje y merced a esta razón adoptada a menudo como alternativa inmediata sustituye a la otra posibilidad de cambio, el paso de los varones a la *filiación*. Pero si persiste el acento masculino en las sociedades matrilineales y avunculocales, es posible que se pase a la residencia patrilocal, que puede llegar a ser la pauta dominante. Esta es una señal típica de la tendencia a la desaparición de los grupos de parentesco matrilineales que serán acompañados o reemplazados por los patrilineales.

Esta secuencia de residencia y filiación está bien documentada en los textos etnohistóricos y etnográficos. Murdock (1959), por ejemplo, cita pruebas de la aparición de estas evoluciones en grandes regiones de Africa. Los catalizadores que pueden disparar estos cambios dinámicos de la organización social son ilustrados por el caso de los tumbuka, una sociedad horticultora del sur del Africa central:

> Antes de 1780 los tumbuka se parecían a las otras tribus de la zona porque tenían un sistema de parentesco, herencia y sucesión matrilineal, y porque en lugar de pedir un precio por la novia exigían que se sirviera a la novia adoptando la residencia matrilocal, y porque en último término permitieron un cambio hacia el tipo de residencia avunculocal.
>
> Entre 1780 y 1800 algunos comerciantes orientales de marfil conquistaron el país de los tumbuka y establecieron el reino Kamanga. Bajo la influencia de estos invasores patrilineales, el servicio de la novia se redujo a un período nominal, se aumentó el regalo simbólico de forma que el marido pudiera llevarse a su esposa casi inmediatamente a su propio poblado, y los derechos de herencia y sucesión, pasado el turno de los hermanos menores, fueron traspasados de los hijos de las hermanas a los hijos propios.
>
> En toron a 1855 una nueva invasión, esta vez de los ngoni, derribó la dinastía Kamanga y puso a los tumbuka bajo el gobierno de una sociedad con instituciones patrilineales más fuertes incluso. Debido a su influencia, los tumbuka abandonaron hasta el servicio nominal a la novia de la fase anterior, adoptaron el precio de la novia típico de Sudáfrica (lo que se llama *lobola*), sustituyeron al hermano menor por el hijo mayor como heredero y sucesor preferi-



do, y transformaron lo que anteriormente eran matrisibs en patrisibs exógamos clarísimos (Murdock, 1959, 302).

En el mundo primitivo se han producido parecidas secuencias de cambios socioeconómicos que han conducido a los sistemas matrilineales a ser sustituidos por otros de tendencia más expansiva y explotadora. Las sociedades matrilineales deben por lo tanto ser contempladas como un fenómeno en vías de desaparición, pero nunca como un sistema aberrante. Si su número es muy escaso en nuestro presente etnográfico no se debe a que sean una curiosa mutación a partir de un estándar supuestamente universal de paternalismo, sino a que las adaptaciones ecológicas y enclaves que fomentan y mantienen esa organización han desaparecido de nuestro mundo.

El sistema matrilineal y la posición de las mujeres. La regla de filiación prevaleciente entre los pueblos cultivadores tiene consecuencias muy inmediatas para la posición de la mujer. Mientras que en las sociedades patrilineales la posición ocupada por la mujer es muy variable, en las matrilineales es siempre muy elevada. En la situación matrilineal las mujeres son el foco de toda la estructura social. Los vínculos uterinos establecen el modo de reparto de los recursos productivos, y definen también las relaciones entre mujeres y hombres, grupos sociales y segmentos políticos de la comunidad, tanto entre sí como entre cada nivel y el mundo en general. Aunque las posiciones de autoridad pública son asignadas en las sociedades matrilineales a los varones ancianos de cada grupo de filiación, el poder real puede estar de hecho concentrado en manos de las principales y más ancianas mujeres. Las hembras pueden por tanto tener una influencia considerable en la adopción de decisiones en el seno de la comunidad cuando domina el sistema matrilineal.

Como nuestro estudio concreto de un pueblo horticultor se centra en la posición ocupada por las mujeres en una sociedad muy patrilineal, echaremos una breve mirada al estilo de vida de la mujer en una sociedad muy matrilineal para tener puntos de vista contrastados. La cultura indígena de los indios iroqueses es un magnífico ejemplo de cómo pueden las mujeres tener poder e influencia en una sociedad en la que se da gran importancia a la descendencia maternal (véase Morgan, 1851, 1881; Beauchamp, 1900; Richards, 1957; Brown, 1970). Los iroqueses, confederación de varias tribus relacionadas, tenían un sistema de clanes y linajes matrilineales. Vivían en un ambiente muy favorable, y su alimentación se basaba en una serie variada y nutritiva de productos de varias cosechas, pesca y caza. Aunque la guerra con pueblos lejanos era una actividad que permitía a los varones adquirir mucho prestigio, la economía interna de los iroqueses solía ser estable y nada competidora: condiciones ideales en

principio para la evolución de un sistema cultural en el que las mujeres desempeñaran un papel central.

El parentesco matrilineal llegaba a todos los rincones de la sociedad iroquesa tradicional. La identidad social de cada individuo, la propiedad inmueble o no, y la abdicación de cargos y títulos, pasaba exclusivamente por la línea materna. Además, las mujeres emparentadas permanecían juntas a lo largo de toda la vida y formaban unidades residenciales y sociales estrechamente vinculadas. Las mujeres pertenecientes al mismo matrilinaje o segmento de linaje, junto con sus hijos y maridos importados, solían ocupar partes diferentes de un mismo alojamiento de grandes dimensiones llamado *casalarga.* En esta gran vivienda su influencia en los asuntos domésticos y económicos era total. Ellas eran las que, junto con otras mujeres importantes, determinaban qué maridos podían entrar en el grupo y también cuáles se quedaban y cuáles debían abandonarlo.

Brown (1970) dice de manera convincente que la clave de la elevada posición de las mujeres iroquesas radicaba en sus relaciones con la producción y distribución de la riqueza. Como en muchas otras sociedades horticultoras, las mujeres eran los únicos individuos de la comunidad que se dedicaban al cultivo. Pero, además, una peculiaridad que acompaña frecuentemente al sistema matrilineal —la manipulación del acceso a los derechos a las semillas y a la tierra cultivable por parte de los propios grupos matrilineales— daba a las mujeres iroquesas un control exclusivo sobre la producción y almacenaje de alimentos. No eran solamente los principales productores de la comunidad; eran también colectivamente las dueñas de los medios de producción.

La importancia de este control para la manipulación del poder en la sociedad iroquesa era tremenda. Como la comida era riqueza, y como las matronas de los grupos matrilineales de filiación supervisaban su distribución, las mujeres tenían en sus manos un sistema que les permitía dar o negar premios. Las mujeres de la *casalarga* tenían colectivamente un almacén de comida que era repartida sistemáticamente entre hombres y niños. Como habían trabajado colectivamente en el cultivo —y lo habían hecho en tierras que les pertenecían en virtud de su parentesco— las mujeres no tenían obligación de alimentar a los hombres cuando éstos se lo pedían, sino que lo hacían como acto de buena fe. Si uno de los varones de la *casalarga* se comportaba de forma contraria al deseo de las mujeres ancianas, éstas le decían simplemente que se fuera. Estos despidos parece que eran muy serios y constituían una forma eficaz de dar por terminados los matrimonios fracasados y de eliminar personas incompatibles con los demás residentes de la *casalarga.*

Pero el poder de las mujeres iroquesas alcanzaba puntos exteriores a las unidades domésticas. Como en la mayor parte de las sociedades matrilineales, las mujeres principales o matronas de los linajes y los clanes tenían un papel importante en la adopción de decisiones políticas y socia-

les. La Liga o confederación iroquesa estaba dirigida por un consejo de jefes que eran siempre varones, elegidos empero por mujeres, y sólo podían conservar su puesto si contaban con su aprobación. La posibilidad de alcanzar una de estas posiciones era determinada ante todo matrilinealmente. Las matronas eran quienes controlaban la elección de los jefes entre los diversos candidatos. Los miembros del consejo podían aprobar o vetar al individuo elegido por las matronas, y en este último caso las ancianas nombraban a otro hasta conseguir su aprobación. Además, las matronas controlaban regularmente la actuación de los jefes y amenazan a aquellos cuyas decisiones no contaban con su beneplácito. Si el jefe persistía en su actitud, podía ser objeto de un proceso de destitución.

Las mujeres tenían también influencia en las deliberaciones del consejo. Las matronas tenían un representante propio que defendía sus puntos de vista cuando se discutían problemas importantes. Además podían vetar las declaraciones de guerra e iniciar negociaciones de paz. Desde esta perspectiva, el hecho de que las mujeres tuvieran la propiedad de la comida tenía algunas consecuencias interesantes. Las expediciones de caza duraban más de un día y los cazadores necesitaban por tanto la aprobación de las mujeres que eran quienes les proporcionaban alimentos portátiles. Los grupos de guerreros tampoco podían iniciar una expedición sin contar con suficiente provisión de alimentos secos especiales para todo su viaje. Además, las mujeres controlaban los bienes colectivos o hacienda pública de los iroqueses, formados no solamente por alimentos almacenados sino también por bienes portátiles tales como el *wampum*.

Por último, las mujeres iroquesas tenían un papel central en la vida religiosa. Las matronas participaban en la elección de los líderes y oficiantes religiosos, la mitad de los cuales eran mujeres. En este terreno de la cultura iroquesa los dos sexos tenían el mismo voto y la misma representación.

La magnitud del poder de las mujeres en la sociedad iroquesa es considerada muchas veces como algo extraordinario. Pero sería engañoso atribuir este fenómeno a la idiosincrasia de una cultura especial. Nosotras diríamos más bien que el *enclave* de los iroqueses y las instituciones de adaptación por él determinadas es lo único que constituye un caso extraordinario en nuestro presente etnográfico, aunque quizás no lo fuera en el pasado. Varias condiciones se sumaban en la sociedad iroquesa en favor de la monopolización de las funciones distributivas *y* productivas por parte de las mujeres. El mismo éxito de su adaptación ecológica, que combinaba una notable producción horticultora con unos recursos naturales abundantes, eliminaba la necesidad de competencia económica entre los diversos grupos locales. Los matrilinajes y la regla simétrica de matrilocalidad constituían una eficaz estructura que permitía el mantenimiento de la estabilidad política por medio de la dispersión de los varones.

La localización de los individuos emparentados parece ser en sí misma un factor crucial para la asignación a los grupos de parentesco de la producción de alimentos y de los derechos de distribución. En el caso de los iroqueses, la concentración de las mujeres emparentadas de una localidad sumaba la necesaria dimensión geográfica a un grupo de agricultores que estaba unido ya por vínculos de parentesco. Las mujeres emparentadas, congregadas de esta forma, formaban grupos colectivos de trabajo y de distribución. La raíz del acceso de las mujeres al poder estaba en su derecho a determinar cómo se distribuían los productos de su trabajo.

Así pues, la comunidad de residencia parece ser un factor crucial para que las mujeres emparentadas controlen los recursos y la riqueza. El núcleo materno de cada grupo de filiación se ve reforzado por la continuidad espacial de las madres de las madres, las madres, las hermanas de las madres, los *siblings* femeninos, sus respectivos hijos y sus esposos importados. Lo típico es que haya grandes familias ampliadas por el sistema matrilineal, y que el matrimonio sea monógamo. La poligamia suele encontrarse en la variedad sororal. Es decir, un varón que adopta la residencia matrilocal se casará con una serie de hermanas, y lo hará casi siempre a medida que ellas vayan llegando a la pubertad.

Todas las formas de residencia postmatrimonial que dispersen a las mujeres emparentadas entorpecen sus relaciones colectivas con la tierra y la producción. Esto es lo que ocurre en los casos de residencia avunculocal, es decir cuando la esposa va a vivir con su marido a la vivienda, o cerca de ella, del hermano de la madre del marido (o sea, junto a un miembro del matrilinaje al que pertenece el marido y no la mujer). Aunque la comunidad de localización de los varones (por contraste con el de las mujeres) del mismo matrilinaje no supone una amenaza contra la supervivencia de los grupos matrilineales mismos, casi siempre provoca que parte de los derechos de distribución y producción, y a veces su totalidad, pasen de manos de las mujeres a las comunidades de varones con residencia común. Además, se elimina el sistema del cultivo colectivo de las mujeres emparentadas fomentando, en su lugar, el cultivo de parcelas individuales otorgadas por el tronco matrilineal del marido a cada una de las esposas que ingresan en el grupo. Vemos por lo tanto que las sociedades avunculocales tienen muchas características comunes con las patrilineales y las patrilocales. Aunque no desaparecen los grupos de parentesco formados por varones vinculados entre sí matrilinealmente (que suelen ser llamados *avuncu*linajes), el tipo de unidades familiares de estos grupos no es lineal sino colateral. Esto quiere decir que en lugar de familias muy amplias con varias generaciones, aparecen familias más pequeñas y poligámicas que buscan sobre todo obtener un superávit de producción. Cuando el sistema matrilineal adopta tipos de residencia avunculocales o patrilocales, las hembras pasan a desempeñar el papel de extraños para el grupo de

maridos emparentados y de residencia común, y además suelen convertirse en miembros de un grupo de esposas de un único varón, en competencia económica con otras mujeres.

En resumen, la filiación matrilineal parece proporcionar una superestructura de adaptación muy eficaz para las sociedades horticultoras que viven en ambientes estables. Pero en sistemas tecnoeconómicos expansivos, competitivos o de gran intensidad en la explotación, este sistema pierde su valor adaptador. Debido a que los matrilinajes han sido sustituidos por las estructuras patrilineales de forma casi universal en el mundo primitivo, podría ponerse en duda que el sistema matrilineal haya representado una fase universal en la evolución de la cultura considerada globalmente. Es muy posible que en enclaves ecológicos compatibles con este sistema se haya dado tal fase matrilineal, pero también que haya algunos ambientes en los que la selección haya ido *siempre* contra los matrilinajes. Seguramente, lo más correcto es presumir que pueden aparecer adaptaciones matrilineales siempre que un ambiente dado permita su explotación eficaz, sea por medio de la recolección o del cultivo, por parte de comunidades muy integradas y estables. En las sociedades matrilineales las mujeres son tenidas en alta estima debido al papel fundamental que desempeñan en la formación de grupos de parentesco, mientras que su grado de influencia económica, y por tanto su posición en la comunidad, depende del principio de establecimiento de los grupos *locales*.

Pueblos horticultores patrilineales. En nuestro presente etnográfico la adaptación horticultora está dominada por las sociedades que establecen la filiación a través de los varones. Sea cual fuere la frecuencia con que se daba el sistema patrilineal en épocas anteriores, en los últimos siglos este tipo de organización se ha extendido notablemente en las sociedades basadas en el parentesco. Debido a que los antecedentes de los sistemas matrilineales no han sido comprendidos perfectamente, tampoco se comprenden del todo las ventajas que para la adaptación tienen los patrilinajes.

Antecedentes patrilineales. En muchos modelos androcéntricos, comprobamos que los teóricos no sienten gran necesidad de *explicar* la aparición del sistema patrilineal entre los pueblos horticultores. Como estos modelos intuyen que en el nivel recolector se da ya el dominio del varón y una organización local de tipo agnaticio, suponen que el cultivo representa solamente un progreso técnico que no fuerza a cambiar cualitativa sino sólo cuantitativamente la organización social. Así, los matrilinajes se convierten en la rareza que tiene que ser explicada. En la siguiente cita veremos cómo habla un teórico del desarrollo del sistema matrilineal de filiación y de la uxorilocalidad (residencia cerca de los padres de la no-

via), a partir de su modelo recolector ideal basado en la residencia virilocal (cerca de los padres del novio):

> Si se tiene en cuenta que la virilocalidad caracterizaba a las sociedades organizadas en bandas, y que las actividades en colaboración de los varones en el combate, la caza y la ceremonia siguen siendo muy importantes en la sociedad tribual, no resultará sorprendente encontrar el sistema patrilineal en este último tipo de sociedad. Resulta en cambio mucho más difícil de explicar la extendida presencia del sistema matrilineal. En cuanto que éste presupone un tipo de residencia uxorilocal así como grupos de parentesco matrilocales que de ella resultan, el principal problema consiste en explicar cómo surgen las reglas de residencia matrimonial uxorilocales (Service, 1962, 120).

Como hemos señalado anteriormente, se suele atribuir la aparición de los matrilinajes a la perspicacia productiva de las hembras. El fallo de este razonamiento radica en que en realidad las mujeres son las principales proveedoras de las sociedades horticultoras patrilineales. Las hembras dominan las actividades agrícolas en el 50 por ciento de las sociedades patrilineales de la muestra, y tienen una participación equivalente a la de los varones en un 36 por ciento adicional. Hay un fenómeno interesante consistente en que la frecuencia de la adscripción exclusiva del cultivo a los varones no aumenta paralelamente al dominio de los patrilinajes; el cultivo exclusivamente masculino se da en sólo un 16 por ciento de los horticultores matrilineales y un 14 por ciento de los patrilineales. Aunque hay por lo tanto una íntima relación entre la filiación y la división del trabajo, esta relación no es genética. Lo que ocurre es más bien que las dos variables son dependientes y suponen respuestas de adaptación a circunstancias ambientales específicas relacionadas con la producción.

Cuando tratamos de averiguar las características de la organización social patrilineal fomentadas por su adaptación al medio, contamos con la ayuda de una gran cantidad de casos de cambio de filiación, en los que el proceso está muy bien documentado. Gracias a la observación de las condiciones que estimulan la transformación de los grupos de parentesco de tipo matrilineal, quedan subrayados los que favorecen una organización patrilineal. Murdock (1949) ha descubierto algunos de los principales factores que actúan como catalizadores en la concentración geográfica de los varones emparentados. Dos de estos factores, la introducción del arado y el dominio del pastoreo como técnica de subsistencia, serán estudiados detenidamente en los capítulos 9 y 10. Ahora bien, como indica Murdock, todos estos factores se organizan a partir de un cambio fundamental del tipo de propiedad:

> Un hecho especialmente importante es el desarrollo de cualquier forma de riqueza o bienes muebles que los hombres puedan acumular en cantidades considerables. Si cuentan con este tipo de propiedades, sean rebaños, esclavos, dinero, o cualquier otra cosa valiosa, los hombres prósperos pueden ofrecer a los padres de las muchachas un precio para la adquisición de novias que les inducirá a separarse de sus hijas. La concentración de la propiedad en manos de los hombres es un factor que facilita la transición a un tipo de herencia patrilineal en pueblos que anteriormente habían seguido la regla de la herencia matrilineal, pues ahora los hombres han conquistado el poder y los medios necesarios para convertir en realidad la preferencia natural que les lleva a transmitir sus propiedades a sus propios hijos en lugar de hacerlo a sus sobrinos sororales. Tanto la guerra como la esclavitud o la integración política fomentan la residencia patrilocal. La guerra aumenta la influencia de los varones y les proporciona esposas cautivas (y por tanto patrilocales), así como botines que les permiten comprar más mujeres. La esclavitud proporciona también un mecanismo de compra de mujeres y obliga a la adopción del tipo de residencia patrilocal. La expansión política aumenta el poder y el prestigio de los hombres y normalmente establece la regla de sucesión patrilineal, factores ambos que fomentan la residencia patrilocal (1949, 206-207).

Este párrafo de Murdock merece ser cuidadosamente estudiado. Todos los factores que este autor dice fomentan la adopción del sistema patrilineal, tales como la acumulación de bienes muebles, la guerra, la esclavitud, la poligamia y el aumento de la integración política están relacionados con cambios fundamentales del carácter de la producción. Es el problema de la gallina y el huevo. ¿Qué es lo que hace que empiece el sistema patrilineal, la aparición de una costumbre especial de matrimonio, una institución de servidumbre, o el nacimiento del estado, que empiezan en un vacío cultural e inician *entonces* el nuevo sistema? ¿Ocurre simplemente que los varones son mantenidos en suspenso hasta que, cuando conquistan alguna forma de bienes muebles, pueden por fin reclamar como herederos «naturales» a sus propios hijos? Estamos de acuerdo con Murdock en que los factores identificados por él tienen estrechísimas relaciones con el sistema patrilineal y en que los bienes muebles tienen gran importancia para su conservación. Pero hay que ir más allá y decir que estos factores no son causas sino *síntomas,* son variables *dependientes* más que independientes. Dicho de otra manera, fenómenos como la esclavitud, la competencia interna en una sociedad y la producción sistemática de superávit derivan de formas económicas de adaptación fundamentalmente diferentes de las que encontramos en las sociedades matrili-

neales. Nosotras pensamos que el sistema patrilineal, como desarrollo *in situ,* se origina primordialmente porque es la forma más eficaz de organización social en tipos específicos de nichos ecológicos.

¿En qué condiciones permite el sistema patrilienal una adaptación eficaz a las sociedades horticultoras? En una obra reciente de Ester Boserup se nos dan algunas intuiciones penetrantes:

> En las comunidades cultivadoras integradas por mujeres, un hombre que tiene más de una esposa puede cultivar más tierra que el que sólo tiene una. De ahí que la institución de la poligamia sea un elemento significativo en el proceso del desarrollo económico de aquellas regiones que cuentan con tierras cutivables por el sistema del barbecho y que todavía no han sido utilizadas por nadie (1970, 38).

Boserup señala que la poligamia es un sistema que permite aumentar la productividad cuando no puede lograrse este objetivo con el arado o la contratación de mano de obra. Ahora bien, ¿en qué circunstancias llega a ser necesario o deseable aumentar la productividad? No hay duda de que la densidad de población es importante en varios sentidos. Como ya dijimos antes, las sociedades matrilineales no parecen sostener grandes pugnas por la tierra cultivable o sus productos. Lo cierto es que son sociedades que prosperan en la estabilidad y que la fomentan. Si la población aumenta por encima del nivel en que puede seguir subsistiendo cómodamente con los recursos existentes, la productividad puede disminuir por una de estas dos razones: o bien porque el número de campos cultivables se reduce por la necesidad de barbechar, o porque se cultiva tierra de barbecho a la que no se deja descansar aunque haya disminuido su fertilidad. Cuando se da esta situación, para conseguir que los recursos ambientales sigan siendo suficientes es posible que se haga necesaria la competencia con grupos vecinos. De manera similar, en regiones densamente pobladas de bosque, en las que tanto la belicosidad como la patrilinealidad son muy corrientes, la disponibilidad de tierras cultivables puede ser un factor que fomenta la concentración residencial de los varones.

Los estudios pluriculturales realizados han mostrado que toda la fibra social de las sociedades patrilineales está llena de competencias internas y externas. Mientras que los pueblos horticultores matrilineales dispersan sus grupos de poder, los patrilineales concentran a los varones emparentados de forma que se constituyen núcleos en potencia explosivos. Este fenómeno es consecuencia de la superposición de grupos militares y locales basados en el parentesco. Debido a la ausencia de una máquina política estatal, y a veces aunque exista esa máquina, los funcionarios se sienten incapaces de impedir enfrentamientos hostiles entre diversos grupos familiares. Quizá sea en este carácter violento y competidor de los

sistemas patrilineales en lo que radican sus ventajas de adaptación. Mientras que las estructuras matrilineales son dúctiles e integradoras, las patrilineales fomentan los impulsos de adquisición y división interna.

Horticultura de subsistencia y de superávit. El deseo de los varones de aumentar la productividad, concentrar parcelas de tierra y acumular bienes muebles, así como la tendencia a formar grupos de parentesco más pequeños e individualizados (familias poligámicas y poco amplias en lugar de grandes colectividades), debe por lo tanto interpretarse en relación con la calidad de las interacciones de las sociedades que se encuentran en el mismo hábitat. La concentración de la residencia de los varones parece facilitar la adaptación cada vez que escasean los recursos cruciales.

El mismo concepto de escasez es muy complejo. Puede aplicarse tanto a pueblos que apenas tienen suficiente para comer como a los que están bien alimentados pero experimentan crecientes deseos de acumulación de riquezas. Ambos tipos de adaptación ecológica tratan de conseguir la máxima producción posible y estimulan una gran competencia en la obtención de los recursos de un ambiente dado. Nos parece así útil establecer una distinción entre la horticultura de subsistencia y la de superávit, y señalar el impulso común a los dos tipos que las lleva hacia el sistema patrilineal en algunos hábitats.

Hay muchos tipos de pueblos horticultores de subsistencia. Ya hemos explicado que la mayor parte de los pueblos horticultores matrilineales entran en esta categoría, pues su principal preocupación económica es la producción de alimentos para su consumo directo. Estas sociedades, como se recordará, tienden a darse en hábitats de recursos muy abundantes. Se explotan mediante la horticultura zonas muy amplias de tierras que luego son abandonadas al barbecho durante largos períodos. Como los terrenos cultivables abundan y están disponibles, los grupos de filiación de estas sociedades no tienen impulsos competitivos. Lo normal es que los grupos de parentesco matrilineales se preocupen solamente por la producción de suficiente comida para su linaje respectivo y los miembros del clan, en lugar de tratar de sacar el máximo rendimiento posible a los recursos por medio de la coerción o el aumento de la explotación.

Por el contrario, los pueblos horticultores de subsistencia con sistema patrilineal viven en hábitats mucho menos favorables en los que hace falta una inversión muy superior de esfuerzos a fin de obtener resultados comparables. Aunque exista el deseo de lograr un superávit en la producción, las cosechas no suelen exceder en estas sociedades las cantidades mínimas necesarias para la subsistencia. La horticultura de subsistencia con sistema patrilineal se da sobre todo en zonas del mundo con densos bosques tropicales que, como Aberle (1961, 668) ha señalado, parecen ser zonas prohibidas para el sistema matrilineal. Hay dos ingredientes que parecen esenciales. Primero, la naturaleza limitada de los recursos

naturales y la dificultad de conseguir tierras cultivables, empresa que requiere grandes inversiones de tiempo y esfuerzos. En segundo lugar, hay siempre mucha competecia con otras comunidades que habitan en el mismo enclave. Los principios de formación de grupos en el sistema patrilineal proporcionan un mecanismo para la escisión de grupos superpoblados y la creación de nuevos grupos: algunos hijos o grupos de hijos pueden separarse de la comunidad original y establecerse en otra zona, llevándose consigo a sus esposas. Como veremos en el capítulo 10, esta característica del sistema patrilineal permite también una eficaz adaptación a los pueblos dedicados al pastoreo en hábitats marginales. Pero para que este tipo de adaptación ocurra es importantísimo sobre todo que exista la regla simétrica de residencia patrilocal. Un sistema coherente de patrilocalidad genera en cada comunidad una reserva militar de varones emparentados, encargados de proteger a los miembros del grupo y sus tierras cultivadas de las intrusiones de extraños.

Los horticultores de superávit, en cambio, se encuentran en ambientes con abundancia de recursos. Se diferencian de la adaptación matrilineal típica en que tienen lo que podría llamarse una *economía dual*: no solamente se preocupan por producir suficiente o incluso abundante comida, sino que deliberadamente tratan de conseguir cosechas máximas. Los excedentes son luego almacenados o intercambiados. Hay, pues, en estas sociedades dos esferas económicas. Por un lado la que trata simplemente de producir comida, en la que se incluyen las redes de derechos y obligaciones relacionadas con las tierras, el trabajo y la distribución de las cosechas; por otro hay una esfera que trata de convertir los excedentes de producción en bienes muebles que serán intercambiados estratégicamente por prestigio, categoría y poder. Como veremos, generalmente los hombres y las mujeres no están implicados del mismo modo en estas dos fases de producción y distribución. Las sociedades con superávit se caracterizan por una notable competencia económica y no suelen ser igualitarias, sea cual fuere la escala.

Los horticultores de superávit no son casi nunca matrilineales, y éste es un hecho que no ha sido todavía explicado satisfactoriamente. Pero nosotras pensamos que la difusión del poder y, en consecuencia, el igualitarismo entre varones, que caracteriza al sistema matrilineal no permitiría una adaptación eficaz en las condiciones que hemos citado. Si tuviéramos que explicar por qué una sociedad matrilineal estable se transforma en una sociedad patrilineal menos estable o más dinámica, diríamos que es debido al aumento excesivo de la población o a la competencia con pueblos vecinos, al menos como causas primordiales.

En las sociedades patrilineales, sean de subsistencia o de superávit, las mujeres siguen siendo las principales cultivadoras, pero se cambia de manera fundamental el tipo de los grupos productores y distribuidores. En este caso las relaciones de la mujer con la tierra no están basadas en la

filiación sino en el matrimonio. Es decir, en cuanto se instaura la residencia avunculocal o patrilocal y con ello se dispersan las congregaciones locales de mujeres emparentadas, el foco de su trabajo colectivo queda destruido. En lugar de conservarlo, se convierten en productoras económicas y apéndices domésticos de sus respectivos maridos. El control de la tierra y del reparto de recursos pasa de manos de las hembras productoras a las de los manipuladores y encargados políticos de la nueva economía.

Los hombres dejan de buscar apoyo económico en las mujeres para pasar a buscarlo en sus parientes varones, que son ahora quienes proporcionan los factores de producción (tierra, capital y trabajo en forma de esposas) para el establecimiento y expansión de sus empresas familiares.

A veces hay un grupo de mujeres no emparentadas que cultivan terrenos o parcelas de tierras poseídas colectivamente por los varones del mismo tronco familiar, pero el trabajo no lo hacen casi nunca conjunta o comunalmente. En las sociedades patrilineales las mujeres tienden a procurar comida y a cultivar individualmente para una pequeña unidad encabezada por su respectivo esposo. La poligamia es utilizada como un mecanismo que permite aumentar la producción de las tierras poseídas por un único varón. En las sociedades de la muestra que hemos utilizado, el 55 por ciento tiene viviendas poligámicas independientes, combinándose a veces con familias más amplias de tipo patrilineal. Las diversas esposas del mismo varón suelen ocupar dependencias diferentes, cultivan distintos terrenos y dejan una parte de su producción individual en un almacén comunitario para dedicar la otra al propio alimento, al de sus hijos y, por turno, al del marido. La riqueza de uno de estos varones con varias esposas aumenta a medida que crece el número de esposas-proveedoras. La acumulación de esposas permite además al varón obtener derechos sobre nuevas parcelas de tierra cultivable que le son concedidas por su linaje y también mayor cantidad de excedentes de la producción, que pueden ser acumulados o intercambiados. Las mujeres tienen en las sociedades patrilineales la doble función de productoras de alimentos y de productoras de hijos, razón por la que ellas mismas se convierten en algo valioso como propiedad mueble.

La organización patrilienal, por tanto, no solamente proporciona una estructura *laboral* que permite incrementar la productividad, sino que además permite la creación de la estructura *militar* necesaria para defender los recursos así acumulados. El éxito relativo conseguido por cualquier sociedad organizada en torno a núcleos de varones emparentados depende en alto grado del tipo de recursos disponibles para una explotación máxima.

Sistema patrilineal y posición de las mujeres. La dispersión de las mujeres emparentadas tienen en las sociedades patrilineales las mismas consecuencias, aunque en grado mucho más elevado, que cuando esa disper-

sión tiene lugar en sociedades matrilineales. Cuando, en este último caso, se adopta el tipo de residencia avunculocal, las mujeres son apartadas de la casa en la que nacieron en cuanto se casan, y pasan a ser miembros de la vivienda del hermano de la madre de su respectivo marido. Como hemos visto, en estas circunstancias puede darse poligamia. Pero, pese a que la avunculocalidad dispersa a las mujeres emparentadas, ellas siguen constituyendo el núcleo de los grupos de filiación matrilineales y pueden confiar en su pertenencia a estos grupos como base para su protección y seguridad. Cuando se entra en la patrilocalidad, junto al abandono de la residencia de los padres suele aparecer la sustitución de los grupos de parentesco matrilineales por los patrilineales.

En las sociedades patrilineales el marido adquiere derechos *in genetricem,* o sea derechos sobre la mujer como proveedora de hijos, antes de que se consume el matrimonio. Todos los hijos que puedan surgir de esa unión pertenecerán luego al padre. Este acuerdo, negociado por el novio con los miembros del grupo familiar del padre de ella, suele quedar sellado cuando se realiza el pago de bienes materiales, a veces muy considerable, que es lo que se llama el *precio de la novia.* Una mujer representa, efectivamente, una inversión para el patrilinaje de su padre y para el de su marido. Para su propio patrilinaje, ella ha supuesto el ingreso de bienes muebles, que quizás serán utilizados para adquirir una esposa para su hermano real o clasificado. A su vez, el patrilinaje del marido obtendrá el trabajo horticultor y los hijos de esa mujer, dos elementos que contribuirán a garantizar la expansión y continuidad del grupo.

En las sociedades patrilineales, la experiencia de la patrilocalidad puede resultar algo traumático y opresivo para las mujeres, al menos durante los primeros años de matrimonio. A menudo, una esposa joven sólo puede alcanzar la posición de adulta cuando llega a dar a luz un hijo, y a veces sólo cuando el hijo es varón. Hasta que llega ese día puede ser tratada como una menor de edad, y frecuentemente se encuentra bajo la supervisión de una esposa más importante o de una suegra. Estas relaciones pueden ser estériles y autoritarias; tanto que la nuera tiene que indicar su respeto y sumisión mediante una complicada etiqueta que adopta la forma de evitar la presencia física y social (hecho que tiene su contrapartida refleja en las relaciones entre un varón y su suegra). La posición inferior de la nueva esposa puede quedar también indicada por su no posesión relativa de objetos, sobre todo en el mundo doméstico.

De este modo el sistema patrilineal y la patrilocalidad exigen que la mujer abandone la seguridad de su vivienda natal y tome el papel de extraña en la de su marido. Allí, el camino que lleva a una mejor posición está empavesado de obediencia, diligencia, productividad y reproductividad. Aunque es posible que una mujer llegue a alcanzar una posición respetada y con influencia en una comunidad patrilineal, no suele conseguirlo hasta que es muy vieja, y entonces sólo por medio de sus hijos

u otros varones importantes estrechamente vinculados a ella. Si una mujer es maltratada en casa de su marido, suele tener la opción de abandonarle para volver con sus padres. Allí puede explicar sus quejas y estimular las negociaciones en su nombre en los dos linajes de que se trate. Pero considerando que su padre tendrá que devolver a la familia del marido el precio que pagó por la novia en caso de separación, los padres de la esposa decepcionada suelen convencerla como sea para que se reintegre en su papel de esposa.

Aunque hay muchos factores que fuerzan a la mujer al conformismo en sus papeles doméstico y reproductor, y a la subordinación en relación con los varones bajo el gran yugo del sistema patrilineal, lo cierto es que hay una amplia gama de variaciones entre las diversas sociedades en cuanto al grado de esta situación. Como el control de la producción económica y de la distribución se lo reservan exclusivamente para sí los varones, el poder de las mujeres es limitado. Ahora bien, en la medida en que las mujeres pueden burlar las relaciones de propiedad tradicionales, o establecer su independencia económica fuera de la casa, logran acceso a posiciones influyentes. De hecho podríamos clasificar las sociedades como «débilmente patrilineales» o «muy patrilineales» en relación con los derechos que se da a las mujeres.

Por ejemplo, en muchas regiones de Africa occidental, los varones controlaban el reparto de tierras y la distribución de la riqueza en sociedades patrilineales y poligámicas. Las mujeres eran obligadas a cultivar cosechas de subsistencia para sí mismas y sus familias, pero se les permitía acumular toda producción excedente de su propio trabajo una vez satisfechas sus obligaciones para con sus hijos y para el almacén común del grupo. Estos residuos privados eran llevados por las mujeres a los mercados, característicos de esta parte del continente africano, para su intercambio. Durante el período de colonización, sin embargo, el grado de independencia que gozaban como comerciantes ocasionales se acentuó notablemente en muchos casos. Entre los ibo afikpo del sur de Nigeria, por ejemplo, adoptaron los cultivos de mandioca de los europeos, y sin que nadie se diera cuenta llegaron a hacerse dueñas de una valiosa cosecha con la que a la larga conquistaron su independencia económica respecto a los varones (Ottenberg, 1959). Las mujeres comerciantes del pueblo nupe, algo más al norte que el anterior, gozaron también de una situación de riqueza y poder semejantes durante la ocupación británica (Nadel, 1942, 1952). En ambos casos, las mujeres pudieron burlar su posición secundaria en la sociedad tradicional explotando con éxito nuevas formas de actividad económica.

En otras sociedades patrilineales, sin embargo, no se dan estas oportunidades. Los pastores de las regiones orientales y australes de Africa, por ejemplo, tenían un sistema patrilineal con poligamia similar, pero excluían sistemáticamente a las mujeres de la posesión de bienes muebles

e inmuebles. En estas sociedades había una economía dual típica (véase Herskovits, 1926). A veces se llama a estas dos esferas de la actividad sistema de *subsistencia* y sistema de *prestigio*. La economía de subsistencia se basaba en la horticultura, en la que las mujeres llevaban a cabo la mayor parte de los trabajos de cultivo. Como en esta región no existían mercados periódicos antes de la colonización, las hembras no gozaron de ninguna de las oportunidades para desarrollar el espíritu emprendedor que tuvieron sus hermanas del Africa occidental. Además fueron excluidas de la participación en la economía de prestigio, que estaba basada en la propiedad e intercambio de ganado. En esa zona se creía que el ganado tenía unas relaciones especiales con los seres humanos, que eran particularmente íntimas con los varones y los grupos patrilineales. El ganado era utilizado como principal producto intercambiable, sobre todo para el pago del precio de la novia, y la magnitud y calidad del rebaño que poseía cada hombre era un índice de su riqueza y posición. En estas sociedades las mujeres se veían obligadas a cultivar para sus maridos o para el patrilinaje de su marido, y no tenían ningún derecho sobre la tierra y apenas controlaban la distribución de las cosechas. La riqueza y el poder dependían de la posesión de ganado, pero a las mujeres les estaba prohibido poseerlo. En nuestro estudio de los hagen de Nueva Guinea, al final de este capítulo, analizaremos la posición ocupada por las mujeres en una economía de tipo dual muy parecida a ésta, en la que el ganado está integrado por cerdos.

En estas sociedades muy patrilineales podemos empezar a ver los perfiles de la yuxtaposición de los papeles sexuales típica de pueblos agricultores con cultivo intensivo y más complejo. Aunque no vamos a referinos con detalle a estos pueblos hasta el capítulo 9, aquí es importante tener en cuenta las múltiples posibilidades de inclusión en el repertorio femenino de las actividades domésticas y extradomésticas. En las sociedades recolectoras no hay casi distinción entre dos terrenos de actividad. Algo muy parecido ocurre con los papeles económicos desempeñados por las mujeres en las sociedades horticultoras matrilineales y matrilocales, en las que la producción y distribución de alimentos son actividades simétricas controladas por las cultivadoras. Pero las comunidades horticultoras que concentran la residencia de los varones emparentados suelen dedicarse a la producción de excedentes, y por ello tienen una economía dual: una serie de actividades relacionadas con la producción de alimentos para la subsistencia y otra relacionada con la acumulación y el intercambio de capitales.

En estos sistemas tradicionalmente patrilineales, las mujeres siguen encargándose de casi todo el trabajo de cultivo, pero suelen ser excluidas de importantes actividades extradomésticas en las que se lleva a cabo el intercambio de bienes muebles. Como hemos visto, algunas sociedades permiten que las mujeres desarrollen, aunque sólo en escala limitada, actividades extradomésticas, dándoles derechos exclusivos sobre los excedentes

agrícolas. Aunque tradicionalmente había pocas mujeres capaces de acumular por este método un capital suficiente para permitirles alcanzar posiciones influyentes, a menudo el colonialismo inclinó la balanza económica en su favor. Pero lo corriente era que los maridos monopolizaran los productos de las cosechas más rentables o trabajaran a sueldo y dejaran a sus esposas los trabajos pesados de los cultivos de subsistencia. En los casos en que las mujeres son confinadas a desarrollar actividades económicas estrictamente domésticas vemos el comienzo del desarrollo de la dicotomía básica de papeles sexuales característica de sociedades más complejas: las mujeres son excluidas de las principales redes económicas fuera del hogar, y con ello se encuentran cada vez más alejadas de los principales puestos de todas las demás instituciones sociales.

Para resumir, hemos contrastado los pueblos horticultores patrilineales y matrilineales en los terrenos económico y sociopolítico. El sistema patrilineal se adapta especialmente bien a los casos en que los recursos o el acceso a los mismos (por ejemplo, el control de la tierra cultivable) es objeto de una alta demanda por su escasez o su abundancia. Es una buena forma de adaptación porque organiza las comunidades en torno a grupos de tendencia segregacionista o acumulativa de varones emparentados. Los patrilinajes y la patrilocalidad proporcionan una estructura que permite adquirir y proteger propiedades que puedan ser acumuladas. En este tipo de organización social la principal función de las mujeres es la de productoras de alimentos e hijos, pero no para su propio linaje sino para el de sus maridos. En este sentido, las mujeres entran en la categoría de recursos *humanos,* y los varones pueden valorarlas y acumularlas en cuanto tales; probablemente sea justo afirmar que la desigualdad de las posiciones ocupadas por hombres y mujeres es más pronunciada en el sistema patrilineal que en el matrilineal, pues en aquél hay muy pocas posibilidades de que la mujer llegue a alcanzar una posición elevada o que pueda ejercer un poder coercitivo en la comunidad local.

Poligamia: ¿Esclavitud o emancipación? Hasta ahora nos hemos ocupado de la poligamia como forma de matrimonio y familia que fomenta la adaptación al medio en las comunidades horticultoras donde se trata de obtener un alto nivel de productividad. Este fenómeno ocurre en un 56 por ciento de las sociedades matrilineales de nuestra muestra y en un 55 por ciento de las patrilineales. Esta importancia de la poligamia en las adaptaciones horticultoras merece ser objeto de un análisis detallado en lo que se refiere a su influencia en la yuxtaposición social de los sexos. Nos interesan especialmente los aspectos cualitativos de los papeles sociales de hombres y mujeres, y sus posibles variaciones. Ahora estudiaremos las ventajas y desventajas relativas que tiene para cada sexo la poligamia en la vida cotidiana (hasta el punto de que puedan ser medidas objetivamente).

Para los que, como nosotros, vivimos en una cultura que dicta la monogamia como forma correcta y natural de unión y que valora la fidelidad sexual, la poligamia puede parecer una institución muy favorable a los varones. Es corriente que los occidentales atribuyan esta forma de matrimonio a la lascivia del macho. Pero, como hemos visto, la poligamia es ante todo una forma de adaptación económica que no busca primordialmente ofrecer variedad sexual. Los tiwi son un buen ejemplo de cómo la poligamia y la libertad sexual femenina pueden coexistir y variar con independencia una de otra. En las sociedades en las que la poligamia es la pauta general o predilecta, los varones abandonan a veces el estado monógamo con bastante aprensión. Tomar una segunda esposa suele ser objeto de muchos chistes entre los varones. Las desventajas del matrimonio múltiple son subrayadas con humor de forma muy parecida a la que ocurre en la cultura de los Estados Unidos cuando un presunto novio es convertido en objeto de las bromas de sus amigos.

Entre las desventajas que la poligamia tiene para los varones, la más corriente es lo complicado y a menudo problemático de las relaciones con las diversas esposas. En la mayor parte de las sociedades, el marido polígamo tiene que dispensar los mismos favores a todas las esposas. Cuanto más numerosas sean las esposas adquiridas por un hombre, más cerca de lo imposible estará su intento de cumplir con sus responsabilidades. Los celos pueden convertirse en hostilidad abierta si el marido prefiere a una de las esposas, que suele ser una de las más jóvenes. Estos antagonismos son por un lado desagradables, pero además entorpecen la marcha de la economía familiar. Incumbe por tanto al marido conservar el delicado equilibrio en el trato dado a todas las esposas, y mediar en las disputas que amenacen la cohesión de la unidad doméstica.

Si las disensiones entre las diversas esposas pueden dar dolores de cabeza al marido, lo mismo ocurre cuando se produce una coalición entre ellas. Las coesposas que suelen cooperar en diversas actividades pueden utilizar su situación de esclavitud compartida como instrumento de coerción. Por ejemplo, si una esposa tiene una queja contra el marido, puede conseguir el apoyo de las demás para reforzar su propia posición. En algunos casos, pueden llegar a la huelga, negándose a trabajar en el campo, cocinar, o tener relaciones sexuales hasta que termine la discusión y el marido haya dado la correspondiente compensación.

¿Qué es lo que lleva a los varones a crear estos nidos de avispas caseros? Los maridos tienen dos ventajas fundamentales, relacionadas ambas con la acumulación de recursos. La poligamia es considerada como el principal camino para alcanzar riqueza, prestigio y posición en las sociedades en que es adoptada. Ya hemos señalado cuál es la ventaja económica: cuantas más esposas adquiere un hombre más terrenos se le concederán para su particular explotación y control. Al aumentar su familia con más mujeres adquiere más mano de obra y consigue aumentar la produc-

ción. Una segunda ventaja de la poligamia para los varones radica en la capacidad reproductora de las mujeres. La riqueza también puede medirse en número de hijos, o sea en el crecimiento del linaje o del segmento de linaje de un hombre. Como los niños son mantenidos fundamentalmente por los esfuerzos económicos de sus propias madres, y como también ellos se convierten en miembros productivos, la multiplicación de hijos no es para los maridos una carga sino una ventaja. Cuanto mayor sea el número de hijos producido por las esposas, mayor éxito tendrá la empresa familiar, y más seguro estará el marido cuando llegue a la ancianidad.

Desde el punto de vista de la mujer occidental, puede dar la sensación de que la poligamia pone a los varones en una posición claramente ventajosa. Es cierto que este tipo de matrimonio ocurre sobre todo cuando la filiación y la propiedad fluyen a través de los hombres, o cuando la sociedad avanza en esa dirección. Por ejemplo, con una única excepción, todos los casos de poligamia en sociedades matrilineales se dan junto al tipo de residencia avunculocal en el que los grupos uterinos de residencia común están formados por *varones* que heredan del jefe de la familia, que es el hermano de la madre. De manera similar, y con una única excepción en que la residencia es neolocal, en las sociedades patrilineales la poligamia concurre siempre con la patrilocalidad. En este último caso las mujeres residirán con un grupo que les es extraño, y en lugar de producir y reproducirse para sí mismas y para los grupos de parentesco en que nacieron, lo hacen para sus maridos.

Para estimar la posición de las mujeres en las sociedades polígamas hay que considerar muchas variables (véase Clignet, 1970). En términos de filiación, la posición de las mujeres tiene que ser superior en las sociedades matrilineales, incluso cuando las mujeres emparentadas son dispersadas espacialmente con las pautas de residencia avunculocales. Esto se debe a que las mujeres siguen teniendo una influencia considerable en el seno de los grupos de parentesco uterinos. Cuando se da el sistema patrilineal, las familias polígamas suelen ser patriarcales tanto en el ejercicio del poder doméstico como en el del extradoméstico. Ahora bien, en el seno de la familia patrilocal la posición de las mujeres puede ser determinada por factores sin relación alguna con la personalidad particular de los maridos y esposas: las relaciones de cada esposa con las demás coesposas, la fertilidad, la importancia productiva, el grado de independencia económica, la libertad de movimiento y la facilidad de divorcio.

Las relaciones que tienen entre sí las diversas esposas de un hombre es ya de por sí una cuestión complicada. Todas las culturas en las que la poligamia se ha desarrollado plenamente institucionalizan los comportamientos relacionados con este papel, a veces para fomentar la cooperación y otras para estimular los celos. La hembra tiene que aprender estas pautas de conducta de las coesposas antes de llegar a la posición de mujer. Si la poligamia es *sororal* es más fácil que se establezcan muy bue-

nas relaciones entre las diversas esposas debido a la comunidad de experiencias entre las hermanas, que pueden transmitir sus vínculos preestablecidos al nuevo medio social de la vivienda polígama. Pero el tipo más corriente es el *no-sororal*. La mayor parte de las sociedades polígamas tienen que crear incentivos para la cooperación que suplan los basados en el parentesco.

Cuando una nueva esposa es añadida a una familia suele ser recibida con estusiasmo por la primera esposa. En algunas sociedades el marido toma otra esposa porque se lo pide su mujer. La primera esposa puede llegar a ser muy influyente cuando el marido tiene que elegir otra mujer, pues el marido está interesado en que sus esposas tengan buenas relaciones entre sí. A las mujeres les interesa que su marido tenga más esposas porque así tienen compañía y además cuentan con una ayuda para aliviar el peso de las tareas domésticas. La ayuda mutua es especialmente valorada en las últimas fases del embarazo y en el período postnatal. Como hemos dicho anteriormente, el grupo de esposas que trabaja en colaboración puede ejercer cierto grado de poder coercitivo en relación con el marido mediante paros laborales o negativa a concederle sus favores.

Pero hay varias fuentes de disensión que pueden producirse en las familias polígamas. Las peleas suelen surgir a partir de los simples problemas de la vida cotidiana, pero también pueden estar conectadas con las relaciones de cada una de las esposas con su marido común. Corrientemente resulta difícil trazar la línea que delimita estos dos tipos de causas de peleas, pues la mayor parte de las discusiones tiene que ver con los dos tipos de diferencias. Si una esposa acusa a otra de pereza, por ejemplo, pueden salir a la luz inmediatamente ocultos resentimientos sobre la distribución del trabajo o la participación en actividades domésticas. Del mismo modo, las peleas que periódicamente surgen entre los medio hermanos de la casa pueden llegar a enfrentar a sus respectivas madres, y dar una base para que se airee gran cantidad de resentimientos personales sin relación con el problema inicial. Pero los principales altercados quizás sean los que resultan de la reacción ante un supuesto o real favoritismo por parte del marido. Acostumbra a provocar celos que el marido se dedique a relaciones sexuales de preferencia con una de sus esposas, dejando abandonadas a las demás.

Los niños que viven en estas viviendas polígamas suelen también ser causa de situaciones de gran intensidad emotiva para las diversas esposas. En el sistema patrilineal sobre todo, una mujer puede ser valorada por el número y cualidades de sus hijos. La esterilidad, una infertilidad relativa, la frecuencia de los abortos o una elevada incidencia en la mortalidad infantil postnatal son fenómenos que pueden reducir notablemente la categoría de una esposa y dar lugar a sentimientos de celos y envidia. Del mismo modo, una mujer que solamente ha dado a luz niñas

puede llegar a tener resentimiento contra la atención dedicada por el marido a sus hijos varones, o molestarse por la aprobación con que el marido trata a la esposa que más varones le ha dado y que le permite de este modo continuar su patrilinaje en las siguientes generaciones. También las cuestiones relacionadas con las herencias fomentan discusiones en la familia polígama, pues a menudo hay varios medio hermanos del mismo padre que tienen posibilidad de reclamar el derecho a heredar sus propiedades o a pedir la utilización de las mismas. Algunas sociedades resuelven este problema convirtiendo al hijo mayor de la primera esposa en heredero único de la casa. Los demás hijos reciben derechos de utilización de tierras que les permitirá crear nuevas familias. Pero si no se define concretamente el reparto de la riqueza del padre en las costumbres o por medio de una proclamación oral, antes de su muerte, el legado puede convertirse en la carnada por la que pugnarán tanto hijos como madres.

Para los occidentales, las desventajas que la poligamia tiene para las mujeres pueden parecer muy superiores a sus ventajas. Sin embargo, en muchos casos las coesposas gozan de mayores libertades individuales que las que suelen tolerarse tradicionalmente en las definiciones monógamas del papel de la mujer. En los pueblos en que dominan las familias polígamas independientes, las coesposas y sus hijos respectivos suelen ocupar viviendas separadas que son visitadas por turno por el marido para sus relaciones sexuales y entrega de alimentos. Estas unidades matricéntricas se autoabastecen debido a que gozan de los frutos del trabajo de cada esposa en el terreno que se le asigna a ella exclusivamente. Aunque una esposa tiene obligación de alimentar a su propia familia, y dar además cierta cantidad de la cosecha al almacén común de toda la unidad polígama, puede tener derecho a acumular todos los excedentes que logre producir para su uso privado. Esta costumbre es especialmente importante en las sociedades que cuentan con mercados. En estos casos las mujeres acuden al mercado para cambiar su excedente de producción por otros productos de la horticultura o por objetos materiales para sí mismas y para sus hijos. Las unidades matricéntricas son muy independientes en estos casos; y lo son tanto que las relaciones de las diversas esposas con su marido y con las demás coesposas pueden llegar a ser menos importantes que las relaciones de cada mujer con el mundo exterior. Una coesposa es, esencialmente, su propia abastecedora de materias primas y su propia empresaria. La institución de la poligamia puede, por lo tanto, dar oportunidad a que las mujeres se introduzcan en el centro de la actividad económica (masculina) de las sociedades patrilineales: la adquisición, acumulación y control de bienes muebles.

Sexualidad, matrimonio y divorcio. Como hemos visto, la posición de las mujeres en las sociedades polígamas refleja la naturaleza de la or-

ganización social, las relaciones prefijadas entre esposas, maridos y medio hermanos, y el grado de independencia económica alcanzado. La libertad de acción en este último terreno parece ser un ingrediente crucial que permite escapar a las mujeres de los rígidos controles patriarcales. Esta libertad puede medirse también en otros campos, por ejemplo, el número y tipo de escapadas sexuales aprobadas, o el control de cada mujer sobre su propio estado matrimonial.

Las informaciones que poseemos sobre la libertad sexual femenina en las sociedades de nuestra muestra son muy escasas, y limitadas a la regulación de la cópula prematrimonial. Tenemos datos de solamente 40 de las 104 sociedades, y sólo 15 de aquéllas son polígamas. Pero vale la pena señalar las diferencias entre los pueblos horticultores matrilineales y patrilineales. En la tabla 8-2 se muestran cinco tipos de organización de la sexualidad prematrimonial de las mujeres según los sistemas de parentesco.

Como la muestra que utilizamos aquí es muy reducida, debemos adoptar grandes precauciones antes de sacar conclusiones firmes. Sin embargo, vemos en la tabla 8-2 que las sociedades matrilineales son en su gran mayoría tolerantes ante la sexualidad prematrimonial femenina. Las dos excepciones son sociedades avunculocales. En cambio, en las sociedades patrilineales no hay una norma clara. Aunque en algunas de estas sociedades hay libertad sexual para las mujeres que todavía no se han casado, en dos tercios de ellas se ejerce cierto tipo de control. Estas diferencias se deben sin duda a la importancia atribuida en las comunidades patrilineales al establecimiento de la paternidad. Podemos por tanto esperar en general que se impongan restricciones a la sexualidad prematrimonial de las mujeres en las sociedades patrilineales con mucha más frecuencia que en aquellas en que se da absoluta prioridad al vínculo entre la madre y el hijo.

En las sociedades horticultoras con sistemas de parentesco unilineales la elección de pareja conyugal no es casi nunca realizada exclusivamente por la novia o el novio. El matrimonio representa no tanto una unión de individuos como de grupos de parentesco. Debido a ello las uniones se hacen sobre la base del parentesco y excluyen la noción occidental del amor romántico. Así, prácticamente todas las mujeres de una sociedad horticultora se casan una vez al menos, cediendo a los apremios y arreglos hechos por los padres. La expresión sexual de la mujer durante el matrimonio puede tanto limitarse a las relaciones con el marido como extenderse fuera de estas relaciones con diversos grados de aprobación por parte de la sociedad. Por ejemplo, entre los ba-ila del Africa sudoriental, una mujer puede tener amantes de forma pública. El amante formaliza la relación sexual mediante un acuerdo y pago con el marido de la mujer, que suele ser polígamo (Murdock, 1959, 367).

En varias culturas del norte de Nigeria se encuentran casos de extre-

Tabla 8-2. Tipos de actividad sexual prematrimonial de las hembras en 40 sociedades horticultoras clasificadas según el tipo de filiación.

SEXO PREMATRIMONIAL	FILIACION MATRILINEAL	FILIACION PATRILINEAL	TOTALES
Excluido por la corta edad de la novia	1	2	3
Permitido; sin sanción si ni hay embarazo	4	4	4
Tolerancia completa sin sanciones	8	10	18
Prohibido pero con sanciones leves; frecuente	1	6	7
Exigencia de virginidad; infrecuente	0	8	8
Totales	10	30	40

ma libertad sexual y matrimonial (véase Meek, 1931). En esta región casi todas las sociedades son patrilineales, patrilocales y polígamas. Este tipo de organización suele producir un alto grado de dominio masculino en las relaciones sociales y sexuales. Pero en muchos casos las mujeres han logrado utilizar el sistema matrimonial para obtener ventajas para ellas. Hacen falta dos premisas para que se dé este caso. La primera es la facilidad para el divorcio. En estas sociedades las mujeres suelen formalizar sus relaciones con un amante simplemente abandonando a su marido. La segunda es la existencia de un mecanismo que permita compensar de su pérdida al primer marido. En estas sociedades se admite que la mujer que no está satisfecha de su matrimonio y se enamora de otro hombre deje a un hijo suyo en el grupo de parentesco de su marido para compensar así el precio pagado por ella. De esta forma se evita que el padre de la novia tenga problemas económicos si su hija abandona al marido que la compró. De hecho, los padres pueden conseguir una situación muy segura acumulando, después de una serie de matrimonios de este tipo, los precios pagados por sus hijas. En cuanto a la mujer, sólo necesita dar un hijo a cada marido, o lograr la indulgencia de su padre, para poder irse a vivir con un nuevo esposo.

Vemos por lo tanto que en las sociedades horticultoras se da una gama completa de posibilidades de expresión y libertad sexual para las mujeres. En las sociedades matrilineales hay menos restricciones que en

las patrilineales, al menos en el período prematrimonial. Pero incluso en las patrilineales parece ser que la libertad de las mujeres, una vez casadas, es bastante considerable. Pese a que carecemos de datos, podemos emitir una hipótesis según la cual las relaciones extramatrimoniales deben ser especialmente frecuentes en las sociedades polígamas. Como el marido legal es el *pater* de todos los hijos que tenga una esposa durante su matrimonio, fuera cual fuese el padre biológico, la existencia del amante no supone una amenaza inmediata contra la solidaridad de la familia.

Estudio de las mujeres hagen

Ha llegado el momento de ilustrar estas generalizaciones con un análisis más detallado de la posición de las mujeres en una sociedad concreta. Contamos con datos etnográficos relativamente abundantes sobre las mujeres de las sociedades horticultoras (véase Albert, 1963; Earthy, 1933; Gessain, 1963; Laurentin, 1963; Leith-Ross, 1939; Smith, 1954). Casi todos estos estudios de campo han sido llevados a cabo por antropólogas europeas que trabajaron en Africa. En este continente son muy numerosas las sociedades en que el cultivo es una tarea de la mujer, que tienen matrimonios polígamos, y —al menos hasta hace poco— filiación patrilineal. Dejando a un lado las culturas musulmanas, las mujeres africanas gozan en general de posiciones elevadas y considerable libertad tanto en lo económico como en lo personal. Además, en los estados africanos con burocracia política, que son tradicionales en Africa, las mujeres han ocupado posiciones monárquicas y a veces cargos de tipo ministerial, al lado de los hombres. Debido a que hay más datos para las sociedades africanas que para el resto, se suele pensar que en la adopción de la horticultura la posición de las mujeres es en todas partes igual a la africana. Pero como señalamos anteriormente, se dan notables diferencias entre unos pueblos horticultores y otros en lo que se refiere a la posición ocupada por las mujeres.

Para analizar el papel de la hembra en una sociedad horticultora que no sea africana hemos elegido el pueblo hagen del oeste de las mesetas de Nueva Guinea. Los datos que manejamos los proporciona una obra publicada en 1972 por Marilyn Strathern, titulada *Women in Between*. Los hagen son un caso extremo de horticultura patrilineal. Las pautas de dominio y de superioridad de los varones de este pueblo son muy parecidas a las que encontramos en las comunidades agricultoras. La sociedad hagen proporciona un ejemplo del estilo de vida de las mujeres bajo el barniz de la inferioridad institucionalizada. Nuestra tarea inicial será definir la base material de este pueblo y la dimensión económica de las conductas vinculadas a la diferencia sexual. Luego miraremos más de cerca la crucial función integradora desempeñada por las mujeres en

cuanto vínculos en los retículos social y comercial. Los hagen nos darán una visión de la posición *intercalar* ocupada por las mujeres en las sociedades patrilineales, en las que funcionan como puentes entre los grupos de parentesco de los padres y los maridos. Por fin, contrastaremos esta posición subordinada de las mujeres con su papel y poderes en el terreno de lo sobrenatural.

El ambiente. Los hagen viven en el distrito de las mesetas occidentales de Nueva Guinea, cerca del monte Hagen, un pico que se eleva casi 4.000 metros sobre el nivel del mar. El pueblo estudiado por Strathern (1972) ocupa las laderas más bajas, situadas a unos 1.500 o 2.000 metros de altitud. Hay algunos terrenos relativamente llanos sobre cuyas ondulaciones crece la hierba y valles con espesos bosques. A pesar de la altitud el clima es tropical.

Pese a la desigualdad del terreno es posible cultivarlo. Los hagen cultivan extensas zonas de las laderas. Las parcelas individuales ocupan terrenos inclinados y están delimitadas por zanjas o vallas de madera. Los productos del cultivo son la caña de azúcar, los plátanos, el taro, la batata, el café y varias plantas alimenticias adquiridas por vía europea. No hay en esta región épocas monzónicas claramente delimitadas, aunque la lluvia es algo más abundante de octubre a marzo. Como prácticamente no hay estaciones, tanto la siembra como la cosecha se realizan en cualquier época del año.

Al igual que en otras muchas zonas de Nueva Guinea, en el monte Hagen no hubo penetración del mundo exterior hasta hace relativamente poco. La primera expedición europea a esta zona ocurrió en el año 1933. Poco después se construyó una pista de aterrizaje que fomentó primero las exploraciones de los europeos, y a la larga su establecimiento en aquel lugar. Aunque se pacificó la zona más cercana a la pista los combates tribuales entre las comunidades hagen sólo pudieron ser definitivamente reprimidos por la administración australiana después del final de la Segunda Guerra Mundial. En los años 50 se produjo la invasión de misioneros que es siempre la vanguardia de la occidentalización. A mitad de la década de los 60 había ya una próspera ciudad en el monte Hagen.

En toda esta región hay una alta densidad de población. Los pueblos hagen son unos 75.000 individuos que están organizados en tribus independientes que van de 500 a 6.000 personas, con un promedio de 1.000 individuos por unidad política. En el seno de estos grupos tribuales hay divisiones en clanes, subclanes y linajes. Los clanes que integraba cada tribu constituían el mayor conglomerado que llegaba a hacer frente común contra un enemigo. Pero, en épocas anteriores, hubo a veces enfrentamientos armados entre clanes integrados en la misma unidad política. Otras veces se establecían alianzas políticas entre clanes pertenecientes a unidades políticas diferentes, a base de coaliciones fundamentadas en

matrimonios o actividades comerciales. Las tribus hagen tradicionales eran básicamente agrupaciones de clanes patrilineales vecinos que, en determinadas circunstancias, se unían para defender un territorio común. Pero era más típico incluso que alguno de los clanes de una unidad tribual actuara como agente independiente que iniciaba o interrumpía alianzas con otros clanes. Cada uno de los clanes clasificaba los demás grupos de parentesco en aliados, enemigos poco importantes y enemigos importantes, es decir, perpetuos. La distinción entre estas dos últimas categorías, que se basaba sobre todo en la gravedad, duración y grado de violencia de los enfrentamientos armados, era muy importante para la sociedad hagen tradicional puesto que muchas veces los clanes considerados como enemigos poco importantes se convertían en fuente de esposas.

Cada clan estaba dividido en varios subclanes, cuyos miembros varones residían en el mismo lugar o se encontraban en una misma casa. Los líderes de los subclanes, llamados «hombres grandes», lograban alcanzar esas posiciones privilegiadas fundamentalmente gracias a su habilidad comercial y a la acumulación de bienes muebles. Aunque estas posiciones no tuvieran categoría formal, los «hombres grandes» solían tener mucha influencia a la hora de resolver disputas y en la negociación de la paz entre grupos de parentesco que habían llegado a un enfrentamiento bélico.

Como era de esperar, la intrusión europea de las últimas décadas ha llevado a la sociedad hagen a experimentar ciertos cambios. Cuando la investigación de campo fue realizada, los sistemas de clanes, subclanes y linajes patrilineales estaban todavía intactos, pese a que el señuelo de la vida urbana había empezado a producir una expatriación permanente. La prohibición de la guerra por parte de las autoridades australianas ha alterado considerablemente las estructuras legales y de poder de las comunidades hagen. Desde comienzos de los años 60, todas las disputas graves (que antiguamente hubieran podido provocar un enfrentamiento militar) deben ser discutidas ante un tribunal del gobierno. Los enfrentamientos de menor cuantía son actualmente resueltos por grupos informales de consejeros pertenecientes a los diversos clanes y nombrados por el gobierno.

El abandono de la guerra ha sido facilitado sobre todo por la introducción de la moneda. En lugar de la competencia militar, los hagen sostienen ahora competencia económica. (Desde luego, la acumulación e intercambio de bienes tiene mucha relación con los combates cuerpo a cuerpo.) La moneda llega a las comunidades que siguen viviendo en los poblados mediante los sueldos pagados al trabajo realizado por los indígenas en las plantaciones, la venta de los productos de la horticultura y el producto de la venta de cosechas plantadas con el propósito específico de obtener dinero. Este dinero se ha infiltrado incluso en el sistema tradicional de intercambio.

Pese a los intensos esfuerzos evangelizadores realizados por los misioneros desde comienzos de la década de los 50, los hagen no se han mostrado muy dispuestos a abandonar las instituciones tradicionales ligadas a su forma de adaptación. Strathern (1972) señala, por ejemplo, que el tipo de matrimonio preferido por todos los hagen, con la excepción de los conversos bautizados, es la poligamia. Así pues, una visión somera de la sociedad hagen nos muestra una cultura viable atraída por señuelos por la occidentalización, aunque sigue fuertemente arraigada en sus instituciones tradicionales.

Mujeres, cerdos y producción. Uno de los hechos más significativos de la vida de las mujeres hagen es su alejamiento espacial del grupo de parentesco en que nacieron. Generalmente, después del matrimonio la residencia es patrilocal; la nueva esposa se va a vivir a la residencia del patrilinaje de su marido, donde trabajará el campo, cuidará a los animales, criará a sus hijos y al final morirá. Allí será esencialmente una extraña en la que no se confiará nunca del todo, siendo siempre una fuente de posibles desgracias debido a la malicia individual o a las sanciones sobrenaturales. Para poder comprender las ramificaciones de su posición intercalar, definiremos en primer lugar el carácter de la división económica entre mujeres y hombres. A continuación analizaremos la mecánica de la vinculación femenina en los grupos patrilineales de los padres y los maridos. En último lugar estudiaremos las connotaciones simbólicas de la posición genérica femenina y de su vida sexual, analizando con más detalle las ideas de los hagen sobre la contaminación producida por la hembra.

En la economía tradicional de los hagen, los principales productores son las mujeres. Cuando una nueva esposa entra en la residencia de los parientes de su esposo, se le asigna una serie concreta de huertos en cuanto se realiza el primer desbrozamiento de terreno. Se espera de ella que plante y cultive para obtener una serie de cosechas con las cuales debe mantener a su marido y a sus hijos. Los varones tienen dos funciones relacionadas con el cultivo, ambas de tipo limitado. Son los encargados de los trabajos pesados necesarios para disponer las tierras para el cultivo, y son los únicos cultivadores de algunas plantas como la caña de azúcar y el plátano, consideradas esencialmente «masculinas» debido a lo arduo de la cosecha. Este tipo de plantaciones suele ser plantado, cuidado y cosechado por los varones, aunque en algunos casos las mujeres realicen la siembra. En cambio, las mujeres son las encargadas de cultivar la batata, el maíz, hortalizas y una variedad de taro. Las parcelas no tienen la simetría y el orden que caracterizan las zonas cultivadas de otras sociedades horticultoras. La disposición no respeta ningún tipo de división espacial ni por especies ni por «géneros» dentro de cada parcela.

Además de las parcelas adscritas a una mujer por su marido, ella puede pedir más derechos de utilización de tierras a otros varones. No



LÁMINA 3. Mujer hagen cultivando una parcela de su hermano.

es raro que el padre y los hermanos de una mujer le confíen tierras antes y después de su matrimonio. La mujer puede seguir plantando y cosechando esas tierras, pero como pueden estar bastante lejos de las tierras de su marido, a veces quedan sin cuidar durante largo tiempo sin que por ello pierda sus derechos particulares a cultivarlas.

Así pues, las mujeres adquieren el derecho al cultivo por medio de los hombres. No pueden tener propiedad sobre la tierra ni transferirla. Pero el derecho a la producción de los terrenos a ellas adscritos es exclusivo de cada mujer. Strathern dice:

> Tanto si una mujer ha recibido ayuda en la preparación inicial de un huerto como si no, los derechos de propiedad de la cosecha corresponden siempre a quien la sembró... las diversas esposas sólo cultivan sus propios terrenos sin ayudar a las otras. Cada mujer tiene derechos casi absolutos de control sobre sus cosechas que puede retener incluso contra su marido e hijos. Estos pueden ir a su huerto, pero sin su permiso no pueden recoger ninguno de los productos de la tierra (1972, 23).

De hecho, muchas peleas familiares se originan en acusaciones de invasión de tierras y robo de productos. Estos desacuerdos son muy corrientes entre marido y mujer, entre las diversas esposas, entre las mujeres y

los hijos de otras esposas, e incluso entre padres e hijos. Después de que los varones hayan preparado para el cultivo una nueva zona, las hembras del grupo discuten a veces sobre temas relacionados con la distribución del terreno. En estos altercados suelen enfrentarse las diversas esposas de un mismo hombre, o las suegras y nueras, que compiten por obtener una parcela a partir de los limitados recursos de un solo varón (el marido-hijo). Además, puede haber también discusiones si el marido insiste en dar tierras a hermanas suyas que viven en otras patrilocalidades.

Es interesante que algunas mujeres hagen adopten medidas bastante complicadas para ejercer cierto grado de control sobre la distribución de parcelas. Mejorando la tierra de sus huertos particulares, las mujeres pueden reforzar sus derechos a continuar explotando la misma parcela. Una de las técnicas preferidas por las que quieren mejorar la tierra consiste en plantar una especie de árboles (actividad que suele ser realizada por los hombres en todos los demás casos). Estas mejoras no son una garantía del control de la tierra, pero si se plantan árboles en las parcelas del marido o en las del padre o hermano, la mujer adquiere cierto grado de privilegios informales pero reconocidos.

Las mujeres hagen están por consiguiente obligadas por su cultura a tomar el papel de productoras de los principales alimentos. Aunque no tienen ni la propiedad ni la distribución de la tierra en sus manos, sus esposos y parientes les conceden derechos de uso, y por medio del esfuerzo individual pueden llegar a ejercer alguna influencia sobre la distribución de estos recursos. En este último caso, los árboles que plantan algunas mujeres, como forma de tener ciertas garantías de poder explotar continuadamente un mismo huerto, pueden ser utilizados para la obtención de madera por sus esposos. Como señala Strathern, las mujeres tienen derechos específicos pero variables sobre la producción de los huertos:

> A veces los varones no avisan siquiera a la mujer cuando van a utilizar los árboles que ella plantó. Pero, por otro lado, sus batatas y hortalizas no deben ser nunca cogidas por nadie si ella no lo sabe, y de todas maneras la mujer prefiere recoger por su cuenta los productos de su trabajo. Luego están los productos cultivados por los hombres (plátanos y caña de azúcar); la mujer prefiere ser informada, pero reconoce el derecho de ciertos hombres a recogerlos por sí mismos (1972, 26).

Pero los derechos limitados o exclusivos que tienen las mujeres a los productos agrícolas no son inalienables. Por ejemplo, si la cosecha de un terreno cedido por un hermano no es recogida por la hermana cuando está a punto, él puede reclamar el derecho al producto. Si una mujer abandona a su marido o se divorcia de él, perderá no solamente sus intereses en los huertos concedidos por su marido sino además el derecho

a recoger cualquier cosecha personal que ya hubiera sido plantada. Tanto en esta situación como en otras crisis, las mujeres suelen irse a residir cerca de sus hermanos o padres. La separación o el divorcio permiten comprender la importancia que para una mujer de esta sociedad tiene la conservación y uso de huertos que no estén situados en la zona del marido, y sirven para ilustrar la posición de las mujeres, intercaladas entre los territorios de los linajes de los padres y de los esposos.

Esta vinculación de los grupos de parentesco hagen realizada a través de las mujeres se ve de forma especialmente clara cuando se analiza la cría y distribución de cerdos. Cuando una mujer se casa, suele llevar como dote a su nueva residencia cierto número de cerdos pequeños. Estos animales forman la base del futuro rebaño de la joven pareja. Las relaciones de las mujeres con los cerdos son a la vez utilitarias y sentimentales. Ellas son las encargadas de cuidar y alimentar estos valiosos animales; el volumen y calidad de los rebaños es objeto de grandes esfuerzos y fuente de orgullo personal. Las mujeres mantienen estrechas relaciones físicas con los cerdos, a los que permiten comer en el monte durante el día, para guardarlos por las noches en su propia casa. Como otros individuos de cada vivienda, los cerdos son alimentados con los productos de los huertos de quienes los cuidan. No es raro que se den fuertes lazos sentimentales. Para las mujeres hagen, la cerda embarazada es un prototipo de elegancia que suele pasar desapercibido en nuestra cultura. Cuando un cerdo enferma se le dedican complicados cuidados, y las mujeres expresan abiertamente su dolor cuando uno de sus favoritos muere o es robado.

La relación entre los varones y los cerdos es muy diferente, y subraya las distinciones sexuales establecidas en la economía hagen. Las mujeres adoptan el papel de *productoras,* mientras que los hombres se ven a sí mismos primordialmente como encargados de las *transacciones.* Es decir, los varones controlan por un lado la distribución de la riqueza en su grupo de parentesco particular, pero además suelen entrar en una multitud de asociaciones económicas con otros individuos o grupos. Estos intercambios ceremoniales (llamados *moka*) se hacen con cerdos y conchas, y constituyen el centro de las actividades masculinas:

> Las transacciones *moka* de bienes, que son siempre cerdos y conchas, se hacen según formas estandarizadas y a veces acompañan la celebración de cultos religiosos, pago de indemnizaciones de guerra y regalos de funerales y nacimientos; el regalo de la novia al grupo de su marido es un precedente de los intercambios *moka* entre clanes afines. Estos intercambios pueden hacerse completamente en privado entre socios individuales, o en público cuando los miembros de un clan o de combinación de clanes se reúnen y cada hombre hace una entrega a otro, para celebrar conjuntamente la

riqueza colectiva del grupo. Las transacciones públicas se celebran en terrenos especiales y a menudo van acompañadas de bailes. Constituyen un vehículo que permite expresar la competencia entre grupos, afirmar la fuerza y prosperidad y reclamar prestigio públicamente (1972, 10).

Las mujeres no participan activa ni directamente en los *moka* y no tienen por lo tanto derecho formal alguno sobre los rebaños de cerdos que están bajo su cuidado. Su papel consiste en encargarse de la cría y crecimiento de la piara y del aumento de la productividad de los huertos de los que depende la nutrición de los cerdos. De una esposa se espera que dé a su marido el apoyo material y personal necesario para el progreso social de éste, que en algunos casos, y por medio de su habilidad en las transacciones y su pericia oratoria, puede llegar a ser un «hombre grande». Pero, debido a los esfuerzos dedicados al cuidado de los cerdos y a los vínculos sentimentales que a veces llegan a establecerse entre algunas mujeres y su piara, hay casos en que la mujer prefiere tener una actitud menos pasiva en las transacciones llevadas a cabo por su marido. A veces son partícipes esenciales, aunque ausentes, de los intercambios *moka.* Las mujeres pueden tener derecho a hablar cuando se discute la distribución de los cerdos cuidados por ellas y pueden incluso actuar como intermediarios en los intercambios con sus parientes. En ambos casos la participación de las mujeres no debe atribuirse a una supuesta influencia política sino a su posición intercalar en la estructura socioeconómica hagen. Ahora estudiaremos con más detalle esta ambigüedad de la posición de las mujeres.

El género intercalar. Las mujeres constituyen las bisagras que vinculan entre sí los diversos clanes y patrilinajes hagen en un complicado sistema de intercambios económicos y relaciones de poder. Son como un personaje que apareciera en dos obras de teatro diferentes y que desempeñase una función esencial en la trama de ambos, sin ser nunca el protagonista. La cultura hagen subraya las relaciones entre varones y grupos de varones *por medio de* las mujeres. Debido a esto, la identidad social de la hembra está inextricablemente unida al momento en que llega a ser una esposa y a su carácter de pariente de un grupo patrilineal. El matrimonio es simbolizado como el camino que une dos grupos de parentesco. Las mujeres y las ceremonias *moka* recorren ese camino.

El papel casi anónimo desempeñado por las mujeres en la articulación de los grupos de parentesco, que se centran en torno a los varones, aparece por vez primera en la vida de cada hembra cuando ésta llega a la adolescencia. Es una época de gran actividad para las jóvenes. Después de la pubertad suelen ser excusadas de los trabajos en el campo y en la casa, a los que se habían dedicado desde su infancia, para empezar



LÁMINA 4. Jóvenes mujeres casadas de una tribu hagen, que han acudido a la residencia del clan en el que nacieron, para la celebracón de un festival *moka.*

a dar una importancia cada vez mayor a las actividades de los grupos de pares. Desde ese momento, y a veces durante uno o dos años más, se celebran fiestas para cortejar a las muchachas cada vez que una ceremonia reúne a dos o más clanes. Generalmente estas fiestas se celebran por la noche, después de un festival *moka,* y en ellas se congregan muchos varones jóvenes. La ocasión es aprovechada por ellos y por las muchachas para mostrarse y atraerse mutuamente de forma ritual en lo que suele llamarse el rito de «volver la cabeza». La pareja, frente a frente, se arrodilla en el suelo y el joven y la joven juntan las frentes y se mueven hacia adelante y hacia atrás al ritmo de canciones de amor cantadas por los invitados que les observan.

En cada temporada de cortejo se puede realizar este ritual con varias parejas. Cuando una muchacha ha indicado su preferencia por un joven «volviendo la cabeza» con él en varias ocasiones, el joven acostumbra a invitarla a ir a pasar el día y la noche en su lugar de residencia. Cuando la muchacha se va, casi siempre por indicación de una de las mujeres ancianas de la casa, es untada y pintada por los parientes varones del pretendiente y recibe regalos para su padre y sus hermanos. Aunque estas excursiones pueden desembocar a la larga en la entrada en negociaciones matrimoniales serias, de hecho no suponen obligación ninguna para ninguno de los dos grupos de parentesco. Durante el cortejo se prohíbe taxa-



LÁMINA 5. Joven soltera hagen, bailando con sus hermanos en un festival *moka*.

tivamente que los novios entren en relaciones sexuales, y para que la regla se cumpla la muchacha es acompañada por una persona que hace la función de carabina.

Si la pareja tiene intenciones serias lo indica mediante el intercambio de pequeños regalos o bien, más directamente, mediante el ofrecimiento de regalos al padre de la novia por parte del pretendiente. Como vemos, los novios tienen ciertas posibilidades de intervenir en la elección de pareja. Pero la unión debe ser aprobada en último término por los padres de los dos novios, que tienen el derecho a interrumpir toda relación que no les parezca adecuada. Las características buscadas en una presunta esposa por el novio indican la posición y los papeles desempeñados por la mujer en la sociedad hagen. En este sentido, una de las cualidades fundamentales que debe tener una mujer es su laboriosidad. Strathern afirma:

> Una buena esposa es una mujer que trabaja mucho, y se estimula a las jóvenes a que muestren su capacidad de trabajo. Se supone que la madre debe decirle a su hija: «Eres una chica, y no debes olvidar ni tu bolsa ni tu azada. Tu padre y su hermano han hecho huertos y tú debes acordarte siempre de quitar las malas hierbas. Por la mañana tienes que ir a recoger comida para el desayuno y luego, cuando el sol calienta, puedes ir a quitar hierbas a los huertos. Por la noche debes regresar con batatas para la cena, y no comerte todo lo que traigas sino dejar también para tu padre y tus hermanos que estarán hambrientos cuando lleguen a casa. Cuando tengas un momento libre, úsalo para hacer un gorro para tu padre o una bolsa para ti. Cuando vuelven los cerdos, mételos en la casa y vigila que tengan comida. No debes olvidarte la bolsa y la azada cuando te levantes y salgas de casa por la mañana, ni puedes ir a sentarte en la casa de los hombres. Los hombres hablan y tú no tienes nada que hacer allí. Y si te olvidas de la tierra y te paseas por ahí, la gente te verá y dirá: "Ah, esa mujer no es trabajadora. Bueno, no importa, no me casaré con ella"» (1972, 133-34).

Vemos así que la joven enérgica es muy valorada pensando en su futura capacidad de trabajo, tanto en el cultivo como en la cría de cerdos. El tamaño de la dote de una novia suele ser interpretado por las mujeres como signo de la gratitud de una familia a la muchacha por los trabajos realizados antes de su matrimonio. La producción de alimentos es uno de los pocos campos de la vida en que los varones hagen reconocen depender de las mujeres. La ambición de la mujer subyace en la base misma de la conservación y crecimiento de la casa familiar, así como en la llegada de los bienes que luego serán intercambiados.

Otra cualidad valorada en una presunta novia es la virginidad. Es en

las mujeres en quienes recae en último extremo la observación de los tabúes prematrimoniales, y el comportamiento de las mujeres durante la fase del cortejo suele ser interpretado como signo del grado de fidelidad sexual postmatrimonial. Como veremos, esta creencia está relacionada con la idea de los hagen de equiparar los genitales y la cópula sexual a la suciedad; también piensan que la actividad sexual frecuente equivale a la anormalidad y es peligrosa. En un nivel más mundano, el miedo a la futura infidelidad de la esposa y el temor a que el marido sea abandonado, son algo ligado a su dependencia económica y a cuestiones relacionadas con la lealtad política de la esposa (cuyos parientes pueden ser enemigos de la gente de su marido).

Un tercer factor crucial en la negociación de un matrimonio es la familia a la que pertenece la novia, que a veces cuenta más que las cualidades que tenga ella como persona. Los matrimonios son caminos que permiten establecer alianzas políticas y económicas entre los clanes, y en este sentido esas uniones entre jóvenes son negociadas con la intención de conservar las relaciones existentes o de abrir otras nuevas. Por ejemplo, los pueblos hagen prohíben uniones entre parientes cercanos o entre linajes donde se ha sellado ya una alianza con un matrimonio todavía existente. Se prefiere que la unión se establezca con individuos de clanes o grupos de parentesco lo más alejados posible, pues los miembros de ese otro grupo darán lugar a que se creen nuevas vías para transacciones *moka*. Por este motivo, las mujeres pertenecientes a clanes clasificados como «enemigos poco importantes» son a veces las preferidas como esposas. Antiguamente, cuando las guerras eran endémicas, a veces se intercambiaban mujeres a fin de establecer alianzas políticas y económicas.

En cuanto los padres de cada uno de los novios dan su aprobación a la unión, empiezan las negociaciones sobre cuánto tendrá que pagar la familia del novio a la de la novia. En la acción dramática representada durante las negociaciones y rituales matrimoniales, el papel intercalar de la nueva esposa es simbólicamente expresado. La novia empieza como representante de su familia. Untada y pintada ritualmente, visita la residencia de su futuro esposo y lleva regalos de conchas y cerdo asado con intención de dar una buena impresión a sus futuros suegros y demás parientes, y para estimular a éstos a pagar un buen precio a su familia cuando la entregue para convertirla en esposa. Durante los días siguientes se realizan negociaciones directas entre los parientes respectivos de la pareja para establecer la cantidad de bienes que serán transferidos. Todo esto culmina el día que en casa del novio se expone todo lo que será entregado en concepto de precio de la novia, y que suele consistir en conchas y cerdos vivos, todo lo cual es luego presentado a los parientes varones de la novia. Los altercados entre los negociadores de las dos partes son muy violentos pues cuesta bastante llegar a un acuerdo en la cantidad

y calidad de bienes. A lo largo de todo este proceso la novia no es más que un observador desamparado:

> La novia se encuentra en una posición ambigua. El éxito o fracaso de las negociaciones pone en juego su propia reputación. Y la distancia que media entre las discusiones y sus posibilidades de intervención (teniendo en cuenta que todo está prácticamente en manos de los varones) puede causarle grandes tensiones. Ella es una actriz de la obra, a veces la principal, pero apenas si puede controlar los regateos en torno a los bienes que se intercambiarán. Aunque se intenta que muestre su aprobación por las transacciones realizadas, una negativa a concederla es considerada por sus parientes varones tan subversivo como la huida. A veces una muchacha se entristece o se irrita si ve que no se da a sus parientes los regalos adecuados; pero también se encuentra en una situación frustradora si son sus parientes los que no colaboran (Strathern, 1972, 115).

Desde que la novia ofrece por vez primera regalos a los parientes de su futuro esposo, tiene que permanecer en compañía de extraños en la vivienda de él. Su posición intercalar, subrayada por la yuxtaposición de los grupos de parentesco de su padre y de su marido durante las negociaciones sobre el precio, es modificada relativamente por las nuevas amistades que empieza a entablar con las mujeres de la familia del futuro marido. Después de ser transferidos a la vivienda de su padre los bienes que se pagan por ella, la identidad social de la novia es también transferida simbólicamente al grupo residencial del marido. Esto está un tanto ilustrado por la entrega del último regalo de cerdos de los parientes del novio, en una ceremonia en la que el papel de ella es central:

> El cerdo, todavía sin deshuesar, es empaquetado en una bolsa. Los parientes del novio lo levantan hasta apoyarlo en la cabeza de la novia; una hermana soltera del novio puede ayudarla a sostenerlo si la ceremonia es larga. Tropezando bajo el peso, la novia se acerca hasta sus parientes, y éstos la siguen hasta el interior de la residencia. Ayudada por su padre y sus hermanos, la novia deja el cerdo ante ellos y luego se retira para ir a sentarse junto a las hembras de la familia del novio. Así se ha simbolizado claramente el papel de la novia como transmisora de bienes entre los dos grupos familiares. Además, cuando esta ceremonia se realiza adecuadamente, se interpreta como signo de que ella está de acuerdo con el matrimonio. La novia que lleva sin rechistar el peso no es de las que luego huirán sino que, me dijeron, se quedará junto a su marido y le dará muchos hijos (Strathern, 1972, 119).

Al terminar esta complicada serie de intercambios, la nueva esposa empieza formalmente a residir con una nueva familia. Pero la incorporación a la familia del marido no llega nunca a ser total, y durante el resto de su vida la esposa tendrá que equilibrar sus favores, con un pie del lado de los parientes de su padre y con el otro del de los de su esposo. Los hagen reconocen la dualidad cultural del papel femenino como un mal casi necesario: las mujeres son los puentes para las asociaciones comerciales entre los varones, pero al mismo tiempo sostienen los terribles e inmanipulables poderes de la producción así como un doble compromiso sentimental fluctuante y que debe ser mantenido debajo de la superficie.

Los hagen, al igual que otras culturas melanesias, practican la segregación física sexual. Los varones con relaciones de parentesco muy estrechas suelen dormir y centrar sus actividades sociales en una gran casa masculina, mientras que las mujeres y sus respectivas piaras ocupan edificios diferentes e individuales. Debido a esta costumbre la esposa no llega a vivir con su esposo sino que más bien pasa a vivir a casa de su suegra. La importancia dada en esta sociedad a la virginidad, la modestia y la timidez en las relaciones entre los sexos contribuye a que el matrimonio no sea generalmente consumado sexualmente hasta que transcurren seis meses. Es en la casa de la suegra donde la mujer experimenta el más difícil período de adaptación de toda su vida matrimonial en la primera época. Al igual que en el caso de los wodaabe fulani (véase capítulo 10), una esposa joven y sin hijos depende de su suegra para su subsistencia, y debe compensarla con muestras de respeto y con trabajo en cooperación. En cuanto empieza la primera limpieza de terrenos después de la boda puede por fin adquirir derecho a la explotación de una primera parcela cultivable con la que sostenerse a sí misma, a su marido y a sus cerdos. Pero al casarse hereda la obligación que su marido tiene de cuidar y ayudar a su madre en su ancianidad y por este motivo ambas mujeres siguen viviendo juntas hasta que muere la anciana o hasta que, debido al número de sus hijos, la joven esposa pasa a tener un domicilio individual. Las relaciones entre una mujer y su suegra pueden ser simplemente reservadas, latentemente hostiles o incluso de abierta competencia, pero, sea como fuere, la suegra es el principal vínculo con que cuenta si quiere lograr integrarse en la comunidad.

Las relaciones de la nueva esposa con los demás miembros de la residencia de su marido se caracterizan por diversos grados de restricciones. Los varones de la generación del padre del novio deben ser tratados con especial respeto. Según las tradiciones hagen, no hay que dirigirse a los parientes ni referirse a ellos utilizando su nombre personal, ni tampoco caminar directamente detrás de ellos, para evitar que sean violados los hilos que conectan a la persona de que se trata con sus antepasados. Suele eludirse esta regla, ya que no es necesario evitar encontrarse di-

rectamente detrás del padre del marido, quien además adopta a veces un papel protector para su nuera en relación con los demás miembros de la comunidad. Si el marido de la recién casada tiene además otras esposas, la adaptación de la novia puede complicarse si las otras mujeres del marido sienten hostilidad hacia ella. Los celos y la competencia entre las diversas esposas están institucionalizados, y cada una de las esposas se esfuerza mucho en obtener la preferencia del marido a expensas de las demás. Aunque la primera esposa tiene cierto prestigio debido a su veteranía, las esposas favoritas acostumbran a ser las más productivas: sexualidad y economía están íntimamente relacionadas:

> Uno de los elementos principales del concepto de esposa está constituido por los celos sexuales. Se suele entregar a las novias unas piedras mágicas que las harán atractivas a sus nuevos maridos. Estas mismas piedras u otras similares también les procuran éxito en la cría de cerdos, porque la atracción sexual y el éxito económico son cosas que para los hagen van emparejadas. La esposa que es buena administradora podrá granjearse el favor de su marido, y la esposa favorita recibirá un trato preferente cuando se repartan los bienes (Strathern, 1972, 52).

Si las relaciones de la esposa con las personas que viven con su marido están llenas de restricciones y competencia, las que sostiene con el grupo en el que nació están llenas de afecto y son informales. Las recién casadas visitan frecuentemente la casa de sus padres para gozar del afecto y el apoyo de los individuos de su linaje. Los vínculos entre hermanos y hermanas son especialmente fuertes. Las mujeres suelen tener parcelas en los terrenos de sus hermanos y es allí donde acuden en los malos momentos.

La actitud del marido en relación con los parientes de su esposa refleja la ambivalencia de la posición ocupada por ella. El marido debe ejercer un fuerte control sobre sí mismo cuando trata con los parientes más cercanos de su mujer porque tiene que conquistar su aprobación a fin de preparar el terreno para futuros intercambios *moka* manteniendo buenas relaciones. Por este motivo accede siempre a los deseos de su mujer cuando ella quiere visitar a sus parientes pues, esencialmente, la mujer hace de emisario de su marido con vistas al establecimiento de relaciones comerciales. Por otro lado, el marido suele temer que los parientes de su esposa ejerzan sobre ella influencias que puedan resultar amenazadoras para su propia posición. Los varones hagen creen que la madre de una esposa puede forzar la voluntad de la joven amenazándola con retirarle su cariño. Los hombres temen además que el hermano o el padre de la esposa la animen a quedarse otra vez en casa de ellos con intención de conseguir por ella un nuevo pago por su ofrecimiento como novia. Casi

siempre, las separaciones y divorcios son iniciados por mujeres jóvenes y sin hijos. Por esta razón la primera fase del matrimonio es muy delicada, y no hay transacciones económicas de envergadura hasta que la llegada de un hijo hace más segura la unión.

En comparación con los vínculos que tienen maridos y esposas con sus respectivos parientes varones, las relaciones de la pareja son casi secundarias. Uno de los vínculos primordiales radica en su complementariedad económica, y el tono de las relaciones es reflejo de la capacidad productiva de la esposa y de la habilidad comercial del marido. Pero todavía tenemos que examinar la dimensión afectiva de las relaciones entre macho y hembra. Para poder hacerlo debemos dar cuenta de las características que, a los ojos de los hombres, sitúan a todas las mujeres en una categoría inferior pero que a veces resulta temible.

El género peligroso. Todas las sociedades humanas tienen una forma peculiar de racionalizar las divisiones del trabajo y de los grupos sociales que facilitan su adaptación, entendiéndolas como un reflejo del orden natural del universo. El sexo y el género son siempre relacionados con una complicada gama de conductas estereotipadas que subrayan el carácter supuestamente inevitable de las condiciones de organización de cada sociedad. Para los hagen, la dicotomía sexual tiene connotaciones mundanas pero también sobrenaturales.

En esta cultura se cree que las mujeres tienen por un lado pocas cualidades para emprender negociaciones comerciales de prestigio, pero además se cree que están menos dotadas *genéticamente* para esa clase de actividad. La supuesta inferioridad natural de las mujeres se basa en el pensamiento hagen en la idea de que son incapaces de razonar con claridad. Como las mujeres tienen varias «mentes», dicen los varones hagen, son volubles desde el punto de vista de las emociones, así como incapaces de la distancia y serenidad necesarias para las transacciones económicas. Como categoría humana, las hembras son una «porquería», que solamente sirve para los trabajos más toscos como la producción de alimentos y la cría de cerdos. Carecen de la destreza oratoria que caracteriza las reuniones rituales o informales, y su papel en las actividades comunitarias principales suele ser pasivo y silencioso. Las hembras excepcionales dotadas de personalidad agresiva son catalogadas negativamente de esposas promiscuas o desobedientes. Estas mujeres «fuertes», aunque tienen muchos de los rasgos positivos de la personalidad de los varones, son objeto de resentimiento y temor por parte de los hombres. De hecho son consideradas como un reflejo de la depravación de la hembra llevada a su máxima expresión.

A pesar de la desigualdades sociales entre mujeres y hombres en las relaciones mundanas cotidianas, el mundo de lo sobrenatural abre nuevas perspectivas para el ejercicio del poder y la influencia por parte de la

hembra. Aunque suelen ser menospreciadas por los hombres, las mujeres son también muy temidas por sus poderes exclusivos que les permiten ejercer su maldad a través de medios ocultos y silenciosos. Ahora veremos tres diferentes caminos abiertos a las mujeres hagen, tanto vivas como muertas, para la coerción por medios sobrenaturales.

Una de las dimensiones sobrenaturales de las mujeres está relacionada con los vínculos especiales que unen al marido con sus esposas después de la muerte de éstas. Los hagen creen que la unión matrimonial no es afectada por la muerte de la mujer. Los fantasmas de los maridos y sus esposas se unen después de la muerte, y pueden hacer cumplir su voluntad a los vivos. Se teme sobre todo a las mujeres muertas porque los varones son conscientes precisamente de su papel intercalar sobre la tierra. Esta posición especial sigue siendo ocupada por la mujer después de su muerte. Una mujer puede unirse a los fantasmas de los miembros de su propio patrilinaje y controlar el comportamiento social de sus parientes varones vivos, y además vengarse en sus esposas, hijos y parientes cercanos vivos. Se cree que los fantasmas de las mujeres son especialmente celosos de los vivos, y que son capaces de causar enfermedades y hasta la muerte a todo el clan del viudo. Esto es algo que se teme especialmente cuando la mujer ha muerto en su juventud y antes de tener hijos, y también si algún hecho la irrita, por ejemplo que su viudo trate de volver a casarse. Debido a todo esto, el viudo y los varones de su clan tienen que llevar a cabo un complicado exorcismo después de la muerte de una esposa, con el que se trata de cortar para siempre el vínculo que la unía a su marido y de este modo impedir que la muerta tenga influencia sobrenatural sobre él.

La posición relativamente segura ocupada por las mujeres *después* de su muerte contrasta con su vulnerabilidad a la maldad de los fantasmas mientras viven. La posición intermedia entre dos grupos de parentesco ocupada por la mujer en su vida la expone al control de los fantasmas de los dos clanes, el de su padre y el de su marido. Por ello las mujeres son frecuentemente utilizadas como cabezas de turco que deben pagar las ofensas cometidas por los hombres:

> La mujer casada está sometida a las influencias de dos grupos de fantasmas, pero el marido sólo puede ser víctima de uno, el de los fantasmas del clan de su mujer... Es la esposa quien es identificada con el marido, cosa que no ocurre a la inversa. Y esta identificación puede llevar a la esposa a pagar por los crímenes de su marido... Por otro lado, también puede sufrir directamente debido a su condición de puente. Los fantasmas sólo suelen controlar a los propios parientes. Si un hombre roba a su cuñado, sea el marido de su hermana o el hermano de su esposa quien haya cometido la falta, la mujer vinculadora se ve expuesta a los ataques de los

fantasmas de los parientes de cualquiera de los dos lados. La pérdida de la esposa (o de un hijo) es un golpe que sufren los varones del clan de la mujer (Strathern, 1972, 126-27).

La segunda dimensión sobrenatural del género femenino tiene que ver con la manipulación de una sustancia llamada *mi*, relacionada con cada una de las unidades políticas de los hagen. Los *Mi* son tótems que suelen representar especies de hojas, o bien de piedras o perros. Los hagen ingieren públicamente formas materiales de estos tótems cuando quieren lograr que se realice un deseo. Las sustancias *Mi* son muy poderosas porque cuentan con el respaldo de los fantasmas del clan. Cuando, por ejemplo en una discusión, una persona proclama su inocencia, jura por el *mi* de su tribu, es decir que pide a los fantasmas que le maten si ha mentido y es culpable de aquello que se le acusa. Las mujeres, que tan poco poder tienen en cuanto toca directamente a sus vidas, pueden utilizar el *mi* como herramienta coercitiva contra los varones de su propia familia. Por ejemplo, si los padres de una mujer la han forzado a casarse o a regresar a un matrimonio no deseado por ella, puede forzarles a que obedezcan su voluntad amenazándoles con comer *mi*. Este acto de desesperación, que anuncia fúnebremente el suicidio, era bastante frecuente en la antigüedad. Strathern (1972, 115) señala un caso de suicidio ocurrido en 1963: una joven novia se ahorcó después de una discusión con sus padres por algo relacionado con los cerdos de su dote.

La tercera dimensión sobrenatural del género femenino, que es la de consecuencias de mayor alcance para las relaciones entre macho y hembra, está relacionada con la temible sexualidad física de la mujer. Si el poder de los varones hagen radica en su propiedad y distribución de la riqueza, el poder de las mujeres hagen se basa en el miedo general a sus genitales y sus períodos fisiológicos. Si los hombres relegan a la mujer a una posición inferior en los asuntos mundanos, la superioridad del poder de la mujer en el campo sobrenatural es indiscutible y se deriva de su exclusiva capacidad de contaminar y envenenar a los que ejerzan sobre ella un dominio indebido.

Para comprender el carácter contaminador de la mujer es necesario dar cuenta aunque sólo sea brevemente de las ideas de los hagen sobre la naturaleza y uso de los genitales. Los órganos sexuales de hombres y mujeres, y el propio coito, están lingüísticamente relacionados con la palabra «malo». Al igual que en la cultura tradicional de la Europa occidental, mostrar los genitales es considerado como un acto vergonzoso y ofensivo; las zonas privadas del cuerpo son consideradas como algo «sucio». Pero la idea de suciedad se extiende mucho más en el caso de la mujer que en el de los hombres. Los genitales de la mujer son para los hagen algo que puede contaminar todo lo que tocan. Por esta razón las mujeres deben ser especialmente cuidadosas al ponerse las faldas y de-

más artículos de vestir y al guardar cada una de sus prendas. Además, las mujeres no deben pisar o chocar con otras personas, con el fuego en el que se prepara la comida, y sobre todo deben evitar contactos con la comida, los cigarrillos o cualquier otra cosa destinada al consumo humano. Esta actitud ante los genitales de la mujer concuerda con la tendencia a fomentar un mínimo de relaciones sexuales. El coito está considerado como algo agradable, pero hay reglas estrictas que indican los momentos y lugares en que puede realizarse. Es interesante que las parejas sexuales hagen concluyan el ritual de la cópula escupiendo, a fin de simbolizar su aversión por la liberación de los fluidos sexuales.

Las mujeres hagen pueden actuar como agentes contaminadores tanto de forma pasiva como activa. En forma pasiva, en cuanto que los varones hagen creen que el simple contacto con los genitales femeninos es algo debilitador tanto física como espiritualmente. Se cree que unas relaciones sexuales frecuentes pueden robarle a un hombre su vitalidad, envejecerle antes de hora, y producir incluso un ablandamiento de la piel. Así pues, las mujeres son, desde todos los puntos de vista físicos, la antítesis del éxito varonil. Debido a su influencia contaminadora, las mujeres deben retirarse a una cabaña especial para la menstruación cada vez que tienen el período, y también al dar a luz un hijo. Además las mujeres no son invitadas a los rituales de los varones y son apartadas de los enfermos por temor a que impidan su recuperación. Pero estos poderes de contaminación pueden ser activamente utilizados por las mujeres para conseguir un efecto deseado. Si una persona llega a frustrar o ultrajar a una mujer, ésta le muestra sus genitales para expresarle su desprecio, o bien pisa deliberadamente un fuego en el que se está cocinando. Estos actos antisociales son graves violaciones de la etiqueta ritual y social, y deben ser seguidos generalmente por alguna forma de compensación material para la parte ofendida.

Strathern ofrece un vivo ejemplo de la utilización de los poderes contaminadores de la mujer como instrumento de coerción. En este caso concreto, una mujer hagen estaba muy celosa cuando su marido monógamo decidió casarse con una segunda mujer, más joven que la primera. La pelea que se entabló entre los dos terminó cuando él le pegó con un palo. Pero la ira de la esposa no disminuyó por ello. De hecho se agravó porque ella sabía que algunos de los cerdos de su propia piara iban a ser utilizados para pagar el precio de la nueva novia. Cuando los varones llegaron para reclamar los cerdos en cuestión, ella protestó con fuerza, y una vez más el marido recurrió a la violencia física a fin de impedir su intromisión. La golpeó con un hacha y la ató para poder matar a los cerdos y llevar su carne a la residencia de su nueva novia. Pero la primera mujer no quedó aplacada y cuando la nueva esposa regresó a su casa con su marido, la atacó. Aquello hizo enfurecer al marido que dio tal golpe a su primera esposa que le rompió un brazo. La fuerza física del

varón, superior a la de su esposa, había prevalecido al menos en apariencia, y las protestas de aquella «porquería» habían sido acalladas con eficacia. Pero, con implacable determinación, impulsada seguramente por las nuevas afrentas sufridas, la iracunda mujer decidió ejercer sus poderes de contaminación a fin de conseguir aquel objetivo tan difícil:

> El marido y su nueva esposa, junto con otros entre los que se contaba la persona que narró esta historia, seguían en la casa cuando la primera esposa se subió al tejado, abrió un agujero en la paja, y orinó sobre los que estaban debajo. Luego gritó que si su marido no se libraba de su segunda esposa, incendiaría la casa y la mataría. En ese momento el hombre cedió (se supone que por temor a que después de envenenar a la otra le matase a él también) y dijo entristecido a su nueva esposa que regresara a su casa. La vergüenza por la ofensa cometida por su esposa le forzó a regalar un cerdo a los que habían sido insultados por su pública exhibición (Strathern, 1972, 255).

Al cometer este acto público, la primera esposa pasaba la discusión, al menos simbólicamente, del terreno mundano al sobrenatural. El marido tenía poder y autoridad para dominarla en el contexto doméstico, pero se vio forzado a emprender la retirada en cuanto ella le amenazó con llevarle a un terreno en el que la superioridad física no cuenta para nada. La exhibición de los genitales de la mujer sirvió no solamente de ultraje de magnitud suficiente para que la nueva esposa pensara que era conveniente interrumpir la unión recién iniciada, sino que además supuso sacar un arma que constituía una amenaza todavía más tremenda: el homicidio por envenenamiento.

El pueblo hagen establece una asociación específica entre el veneno y el menstruo. Los genitales de la mujer son agentes contaminadores de varias maneras: por contacto y exhibición, como ya hemos dicho, pero también por contener un agente potencialmente letal para los seres humanos. Los varones hagen temen muchísimo morir envenenados al ingerir sangre de menstruación. Las mujeres, según los temores de los varones, pueden llegar a mezclar una pequeña porción de sangre menstrual en la comida de la poco recelosa víctima que es el marido. Es éste el motivo de que las mujeres sean alejadas de sus tareas cotidianas durante su menstruación. El envenenamiento puede también producirse durante el coito, pero en este caso la muerte no es instantánea. Está prohibido el coito durante la menstruación porque se cree que la sangre podría ser absorbida a través del pene. El efecto envenenador de esta actividad es acumulativo. La sangre se va concentrando en el pecho de la víctima, y a la larga puede ahogarla. Cuando una persona que está cerca de su muerte sangra por la nariz, todo el mundo cree que ha sido víctima de este tipo de

envenamiento lento. Los varones hagen tienen a las mujeres por culpables de estas muertes porque pueden engañar deliberadamente a un hombre para que copule con ellas durante la menstruación sin que él consienta ni se entere.

Parte de la hostilidad latente que sienten los hombres hagen por las mujeres puede estar basada en el temor a una represalia en el terreno sobrenatural. Las mujeres tienen fácil acceso a los ingredientes necesarios para envenenar a una persona. Como cocineras y amantes de sus maridos, las esposas son una terrible amenaza contra su bienestar. Aparte de los motivos personales, los maridos temen que sus esposas sean inducidas al homicidio por sus parientes varones. Estos asesinatos, en los que las mujeres intervienen como asesinos por poderes, son especialmente temidos cuando la mujer procede de un clan enemigo, o cuando las relaciones entre parientes políticos son tensas, tanto a nivel personal como de grupos. Estos poderes especiales de que gozan las mujeres, y la incapacidad de los varones para controlarlos, explican la falta de confianza que caracteriza las relaciones entre las esposas y sus parientes políticos a lo largo de toda su vida.

Aunque tienen canales para el ejercicio del poder, las mujeres hagen que se apartan del carácter sumiso y subordinado que se supone deben tener en su conducta general son severamente reñidas por los varones. Ciertamente, el tratamiento dado a las recalcitrantes permite a los varones sacar a la luz su hostilidad y sustituir su oculto sentimiento de impotencia con muestras declaradas de fuerza. Antiguamente eran corrientes al parecer los castigos en forma de apaleamiento público, violación y tortura de mujeres de las que se sospechaba utilizaban sus genitales para fines malévolos. Resulta interesante que para los hagen sea prácticamente lo mismo la esposa que abandona al marido que la mujer promiscua o la supuesta envenenadora. La reacción y represalias de los varones ante estos actos varía en intensidad, pero siempre es del mismo tipo. Ello se debe a que todos estos diferentes modos de violar los códigos penales o morales por parte de las mujeres tengan similares efectos contraproducentes en las relaciones internas de un clan o en sus relaciones con otros clanes. La infidelidad sexual, el abandono, y la amenaza de sabotaje casero niegan en todos los casos el papel productivo de la mujer, del que dependen la comida diaria y la materia prima para el comercio de los hombres. Estos actos sirven también para destruir las redes económicas establecidas entre grupos que han casado a dos de sus miembros, y que tan importantes son para los intercambios *moka*.

Strathern sugiere que la ira de los varones también puede ser atizada por la misma clandestinidad de estos actos. Quizá sea este poder del silencio el que mejor puede describir el lado afectivo de las mujeres en la sociedad hagen. Las ideas acerca de la volubilidad, la traición política y la deslealtad sexual de las mujeres (*todas* las mujeres son en el fondo

promiscuas para los hagen), parecen ser generadas por el sistema que sitúa a las mujeres en suspenso entre las localidades de residencia y los intereses especiales de sus parientes varones consanguíneos y políticos. Las mujeres son los peones silenciosos que por un lado se dejan barajar sumisamente al servicio de los hombres que las utilizan cara a los intercambios *moka* y por el otro son elementos subrepticiamente destructivos que rompen esos vínculos o los transforman en vías por las que transmiten su veneno. Toda ruptura o denegación de su papel tradicional por parte de las mujeres está considerado por definición criminal o traidor. Corresponde por lo tanto a los hombres ejercer su dominio sobre las mujeres en nombre de la sociedad, así como justificar posesión tan poco firme por medio de complejas explicaciones de la inferioridad femenina. Al tratar a las envenenadoras y a otras mujeres «fuertes» con gran severidad, los varones confían en poder subordinar temporalmente el poder sobrenatural de la hembra a la autoridad terrena. Y mientras las culpables son humilladas y castigadas públicamente, las demás mujeres hagen observan y luego regresan a sus casas para cultivar hortalizas, criar cerdos y —o esto al menos es lo que temen los hombres— encontrarse con un amante, abandonar la cabaña menstrual antes de tiempo, o ensuciar la comida de un marido odioso.

Discusión

Es muy difícil establecer generalizaciones que valgan para todas las sociedades horticultoras. Tal como señalamos al comenzar el capítulo, el cultivo manual es una adaptación tecnoeconómica muy antigua que triunfó frente a la recolección en algunas zonas del mundo hace ya 10.000 años. Esta técnica de adaptación permitió que se establecieran comunidades sedentarias, que aumentara la densidad de población y que llegaran a crearse superestructuras sociopolíticas complejas. La muestra pluricultural que hemos utilizado mostró que el nivel relativo de productividad de estas sociedades, medido en relación con la dependencia de los productos de la cosecha para la dieta, puede variar entre extremos muy alejados. Pero la mayor parte de los pueblos horticultores tienen núcleos de población que no llegan a tener proporciones urbanas, y hay muy pocos que alcancen la categoría de estado.

Las diferencias entre los horticultores matrilineales y los patrilineales parecen radicar básicamente en el grado de su dependencia de las cosechas y en su estrategia económica general. Las comunidades que concentran geográficamente a las mujeres emparentadas y que dispersan a los varones parecen facilitar la adopción de ambientes que cuentan con recursos muy abundantes por los que no hay prácticamente competencia. En cambio, la concentración de los varones y el paso a su debido tiempo

al sistema patrilineal parecen ser consecuencia de un cambio de orientación de la producción en el que se trata de forzar la explotación de los recursos al máximo en competencia con otros grupos.

La posición de las mujeres en las sociedades horticultoras fluctúa de acuerdo con variables socioeconómicas de manera bastante estandarizada, pero las relaciones entre estas dos dimensiones sólo han sido definidas de manera imperfecta. Sin embargo, hemos señalado que las mujeres son los principales productores económicos. En las sociedades de productividad baja, lo más probable es que ellas sean las cultivadoras únicas. La mano de obra de los varones será introducida en la agricultura a medida que aumente la proporción ocupada por las cosechas en la dieta alimenticia. En las sociedades matrilineales las mujeres realizan las actividades de cultivo para su propio linaje, mientras que en las patrilineales lo hacen primordialmente para el marido o para su grupo de parientes más cercanos. Como hemos visto, más de la mitad de las sociedades patrilineales de nuestra muestra utilizan la poligamia para incrementar tanto la producción de cosechas como de hijos para el patriarca individual.

El pueblo hagen constituye un buen ejemplo de las características de adaptación horticultora patrilineal en una zona en que existe gran competencia por los recursos. Las laderas del monte Hagen están densamente pobladas y hasta hace poco la guerra era endémica. La poligamia ha sido utilizada en muchas partes para aumentar la riqueza de las familias. En esta sociedad es especialmente importante para los varones la acumulación de cerdos que luego serán utilizados en las ceremonias *moka.* Las mujeres hagen son valoradas por una parte como proveedoras de los principales alimentos, pero también porque se encargan de proporcionar y cuidar la materia prima que permite a los varones acumular las conchas que realizan la función del dinero, y elevar su posición social en la comunidad.

La posición social de la mujer es siempre más elevada en las sociedades matrilineales cuya comunidad local se organiza en torno a las mujeres emparentadas. Toda forma de residencia que aparte permanentemente a las mujeres de la casa donde nacieron, como por ejemplo los tipos patrilocal y avunculocal, amenazan la seguridad de la mujer y fomentan el paso a un sistema de parentesco patrilineal. En los casos en que este sistema se ha impuesto, la posición de la mujer es mucho más variable e incierta. Como hemos señalado, en estas circunstancias es mucho más probable que las mujeres se vean sometidas a rígidos controles de su vida sexual. Pero, incluso en los pueblos donde se impone la poligamia, las mujeres pueden gozar de considerable libertad para establecer relaciones amorosas y lícitas e incluso formalizadas. El mismo sistema polígamo tiene tanto ventajas como desventajas para los dos sexos. Por lo que respecta a las mujeres, lo importante en este sentido es el grado de

posibilidades de que gozan para desarrollar actividades independientes en las relaciones domésticas, sexuales y sobre todo económicas.

Volviendo otra vez a los hagen, las mujeres ocupan una posición política secundaria en todos los sentidos. A diferencia de muchos pueblos horticultores africanos, la poligamia no parece ofrecer a la mujer hagen oportunidades de escapar a las angustias de su inferioridad social. Este hecho está seguramente relacionado con la sobreimpresión de los retículos comerciales y las alianzas políticas, que permite a los varones monopolizar los dos terrenos. Aunque las mujeres hagen tienen derechos exclusivos sobre algunas de las cosechas que ellas producen, no cuentan con mercados donde poder intercambiar sus excedentes de producción y ampliar sus horizontes sociales. Como hemos visto, los estrictos controles impuestos a la vida sexual de las mujeres antes y después del matrimonio están también relacionados con el alto valor concedido por los hagen a la ampliación y conservación de las redes *moka* mediante la estabilidad de las uniones matrimoniales. Ahora bien, lo que aparentemente es un sistema de tiranía generalizada ejercida por los varones, resulta limpiamente contrapesado en el sistema de creencias sobrenaturales de los hagen. Es en este terreno donde las mujeres pueden recuperar parte del poder que se les niega en la vida cotidiana. Aunque el acto de envenenar es un crimen censurable, la simple amenaza de envenenamiento suele ser eficaz como medio para hacer frente al dominio de los varones. Así pues, la cultura hagen tiene mecanismos que permiten conservar el sistema de alianzas entre clanes patrilineales, pero también cuenta con un mecanismo de equilibrio del poder puesto en manos de las hembras.

Capítulo 9

LAS MUJERES EN LAS SOCIEDADES AGRICOLAS

El desarrollo del cultivo manual condujo a una proliferación de tipos de sociedad. Algunos tuvieron más éxito que otros en cuanto a productividad. Como las técnicas horticultoras son todas ellas bastante similares, la influencia del ambiente debe haber sido de gran importancia. Podemos especular que las sociedades instaladas en regiones en las que abundaba la tierra cultivable se organizaron a menudo en torno a los conglomerados localizados de mujeres emparentadas. Estas sociedades matrilineales utilizaron a sus miembros varones en la explotación conjunta de campos cuya propiedad era colectiva, mientras los varones emparentados entre sí eran estratégicamente situados como bisagras de unión entre linajes y grupos locales. En ambientes donde hubo bastante competencia por la obtención de recursos, o en los que, por la razón que fuera, se valoraba una gran productividad, resultó favorecida la concentración espacial de los varones emparentados. Como hemos visto, en estas circunstancias la poligamia facilita la adaptación, porque permite a un varón poner a trabajar varias mujeres en la producción de alimentos y de hijos.

En zonas como el nordeste africano, el sudoeste y sudeste de Asia, la América central y las mesetas andinas, la continua demanda de una productividad elevada llevó a que se desarrollaran diversas técnicas avanzadas de cultivo. La técnica más sencilla para aumentar la productividad consistía en revitalizar la tierra por medio de la fertilización orgánica, y utilizar la fuerza animal para la preparación de la tierra antes de la siembra. La segunda innovación crucial fue la desviación artificial del agua hacia los campos cultivados. El estercolado, el uso del arado y el regadío —por separado o combinados— dieron la base económica suficiente para que se produjeran saltos socioculturales bastante espectaculares, entre los que se cuenta la primera civilización.

La demanda de una productividad cada vez mayor pudo muy bien precipitar el fallecimiento de la horticultura matrilineal debido a la aparición de nuevas pautas de localización masculina y de matrimonios po-

lígamos. Del mismo modo, las pautas de explotación que favorecían la horticultura patrilineal como sistema de adaptación acabaron por enterrar también este sistema. Como veremos, las nuevas técnicas avanzadas que permitieron incrementar la productividad exigieron casi siempre la participacóin activa de los *varones* en el cultivo. Este hecho supuso una significativa ruptura con la tradición, y sus efectos sobre la posición de las mujeres fueron tan grandes que todavía hoy vivimos sus consecuencias.

En este capítulo investigaremos en primer lugar el significado de los cambios económicos que acompañaron la transición de la horticultura a la agricultura. Compararemos las sociedades que utilizan técnicas avanzadas de cultivo con las horticultoras a fin de establecer las diferencias en sus niveles de productividad, densidad de población, complejidad política y división sexual del trabajo. Trataremos de averiguar no sólo cómo sino también por qué apareció la agricultura, y por qué los varones usurparon a las hembras el papel productivo. Nuestra segunda tarea será investigar las consecuencias sociales de la adopción de un papel no productivo por parte de la mujer. Comprobaremos que cuando se llega a esta situación la pauta de dominio social del macho llega a hacerse exagerada. Disminuye el tamaño de las familias al paso que se hacen más claramente patriarcales, y empieza a tomar forma una compleja mitología sobre la inferioridad natural de las mujeres. En último lugar echaremos una breve ojeada al estilo de vida de las mujeres en una sociedad agrícola con un estudio de los papeles sexuales en una villa iraquí.

LA BASE ECONÓMICA DE LA AGRICULTURA

Cuando se intenta explicar el origen y desarrollo de la agricultura resulta fácil ser víctima de una noción generalizada de progreso. Podríamos decir, por ejemplo, que la humanidad evolucionó *naturalmente* de lo sencillo a lo complejo, y que las revoluciones agrícola y urbana eran algo inevitable en la evolución de la humanidad. Evidentemente, los logros culturales de nuestra especie no han seguido un curso predeterminado sino que han surgido como reacciones que permitían la adaptación a una serie de condiciones exteriores que cambiaban continuamente.

Una de las características de las comunidades humanas que tiene siempre una estrecha relación con su estrategia económica es la densidad de población. A medida que la densidad de población aumenta en relación con los recursos disponibles, los derechos a la utilización de las tierras cultivables tienden a ser limitados más estrictamente. Esta circunstancia favorece el desarrollo de técnicas que al mismo tiempo aumentan la productividad de los campos cultivados y conservan su fertilidad de estación en estación:

> Los sistemas de cultivo femeninos acostumbran a desaparecer cuando se sustituye el sistema de barbecho por el cultivo ininterrumpido de los campos mediante el arado. Lo que acostumbra a ocurrir es que el aumento de la densidad de población impide que se siga utilizando el sistema que requiere largos barbechos en los que la tierra queda sin cultivar. Cuando el aumento de la densidad de población lleva a establecer un tipo de cultivo en que los barbechos desaparecen o su existencia se reduce a temporadas muy cortas, casi siempre se abandona también la azada para empezar a utilizar el arado; cuando la tierra va a ser cultivada prácticamente sin ninguna solución de continuidad, resulta útil, e incluso necesario, hacer una gran inversión inicial consistente en arrancar los tocones de los árboles y los matorrales, y nivelar el terreno, antes de empezar a cultivar con arado (Boserup, 1970, 32-33).

Parece que el cultivo intensivo empezó a desarrollarse en ciertos centros del Antiguo y Nuevo Mundo (véase Childe, 1942, 1951; Braidwood y Willey, 1962). Cada vez que estas innovaciones se pusieron en práctica por vez primera se originó una carrera hombro con hombro entre el aumento de la productividad y el de la densidad de población. De ahí surgieron los centros de población de tipo urbano, y con ellos nacieron las clases socioeconómicas y las divisiones del trabajo basadas en criterios diferentes al del sexo. La producción de excedentes para el intercambio se convirtió en un fin en sí mismo, y se crearon complejas estructuras militares y gubernamentales con la intención de obtener, controlar y defender el flujo cada vez mayor de riqueza. Las diferencias culturales dentro de una misma civilización comenzaron a crear distancia entre las comunidades urbanas y los productores de alimentos, la mano de obra campesina, de forma muy parecida a la que actualmente se da en las sociedades industriales.

La difusión de las técnicas avanzadas de cultivo más allá de los dominios políticos de los centros que introdujeron las innovaciones fue determinada sobre todo por los requisitos productivos de las diferentes poblaciones. Las sociedades del norte de Europa, por ejemplo, tuvieron que adoptar las técnicas del cultivo intensivo muy pronto debido a la densidad de población y a la temporada de cultivo relativamente corta de su ambiente. En cambio, la gran mayoría de las sociedades africanas subsaharianas (excepto las que vivían en la franja marginal del desierto y las que ocupaban las mesetas orientales) siguen conservando la adopción de la horticultura en la actualidad, pese a la cercanía y a veces vecindad del triunfo de la civilización agrícola egipcia de hace 6.000 años. Como dice Boserup:

Comprensiblemente, los campesinos suelen mostrar poco entusiasmo por la labranza con arado mientras cuentan con tierras suficientes para aplicar el sistema de barbecho y cubrir sus necesidades proteínicas con los productos de la caza y la pesca o del ganado que pasta en puntos alejados tanto del pueblo como de los labrantíos. Y en la medida en que la mayor parte del trabajo con la azada lo realicen las mujeres, menores serán sus deseos de pasar de este instrumento manual al arado (Boserup, 1970, 34).

A esta afirmación podemos añadir que todas las culturas muestran cierto grado de resistencia a los cambios, sobre todo cuando las condiciones de su presente son adecuadas para la supervivencia de la comunidad. La transición agrícola promete desde luego una cosecha mucho mayor, pero también exige una inversión muy grande de trabajo. Generalmente requiere el cuidado de animales domésticos y la distribución de sus excrementos, previamente recogidos de forma sistemática, sobre las tierras que se va a cultivar. El regadío exige no solamente cavar una serie de zanjas sino también la conservación de las mismas y la invención de algún sistema de control del agua en el que se pueda confiar.

Las sociedades que adoptaron el cultivo intensivo ignoraban sin duda todas sus consecuencias. La división sexual del trabajo de la fase precedente quedó casi inmediatamente fuera de lugar y precipitó una serie de cambios en la estructura de los grupos sociopolíticos. A fin de analizar las características de estas sociedades agrícolas desde una perspectiva pluricultural hemos tomado una muestra del *Ethnographic Atlas* (Murdock, 1967). En las 93 sociedades de la muestra están representadas tres posibles fuentes del desarrollo agrícola. Los antiguos egipcios y sus descendientes modernos, por ejemplo, se encuentran en uno de los centros originales de la innovación, y se benefician de una forma especial de desarrollo *in situ*. Otras sociedades, como los amhara de Etiopía, recibieron en tiempos remotos las nuevas técnicas agrícolas gracias a la difusión desde zonas cercanas. En último lugar están los pueblos agricultores —que en tiempos pasados se encontraban en la periferia de las civilizaciones antiguas— que, a través de la expansión colonial, han contribuido a propiciar la difusión de estas técnicas miles de años después. Este es el caso de los españoles. Pese a las tremendas diferencias en la longevidad relativa de la práctica de la agricultura entre las diversas sociedades recogidas en la muestra, sus estructuras generales son sorprendentemente semejantes.

El arado, el regadío y la productividad. Todas las sociedades incluidas en la muestra utilizan el arado o el regadío en el cultivo y aproximadamente una tercera parte emplea el estiércol para enriquecer la tierra. Las técnicas de subsistencia se distribuyen del siguiente modo:

Unicamente el arado	5
Unicamente el regadío	29
Arado y riego a la vez	30
Arado y estercolado a la vez	29
Total	93

Las variaciones en la elección de técnicas son reflejo casi siempre de la disponibilidad de agua y animales domésticos adecuados al tiro. En general no hay diferencias significativas en la productividad de las sociedades de la muestra, al tenor de las técnicas agrícolas que emplean.

Una de las formas más eficaces de ilustrar el aumento de productividad y la complejidad de las comunidades agrícolas probablemente sea contrastarlas con los pueblos horticultores que estudiamos en el capítulo precedente. Como en las dos muestras hay aproximadamente el mismo número de sociedades (104 horticultoras y 93 agricultoras), podemos establecer comparaciones entre sus frecuencias para establecer una cuantas variables.

Los efectos del arado y el regadío quedan ilustrados en el grado de dependencia que cada sociedad tiene de su dieta alimenticia respecto a los productos del cultivo. Las estadísticas de la productividad de los agricultores son contrastadas gráficamente con las de los horticultores en la figura 9-1. Vemos en ella que las sociedades agricultoras tienen un promedio de dependencia de las cosechas superior en un 10 por ciento a la de los pueblos horticultores. Pero los cambios experimentados en la densidad de población y la complejidad política parecen desproporcionados en relación con un incremento tan reducido. Este hecho señala que la dependencia de los productos de la cosecha para la dieta alimenticia no es un índice completamente adecuado para calcular la productividad total. La densidad de población es tanto causa como efecto de los éxitos del cultivo intensivo y la productividad. Téngase en cuenta los tremendos aumentos de la magnitud de la comunidad en las sociedades agricultoras, indicados en la tabla 9-1. Las comunidades aldeanas constituyen el 79 por ciento del total de la población de las sociedades horticultoras, mientras que de las agrícolas solamente un 24 por ciento vive en aldeas. En cambio, el 55 por ciento de los labradores intensivos experimentan concentraciones de proporciones urbanas, mientras que en los ejemplos horticultores se reduce al 9 por ciento.

El cultivo intensivo es acompañado también por un significativo aumento de la complejidad política. El 80 por ciento de las sociedades horticultoras no tenían centralización o bien contaban solamente con un nivel político *tribual*. En las sociedades agricultoras de la muestra, sólo un 46 por ciento puede entrar en la categoría tribual. El porcentaje de sociedades que cuentan con un aparato de gobierno extendido a un terri-

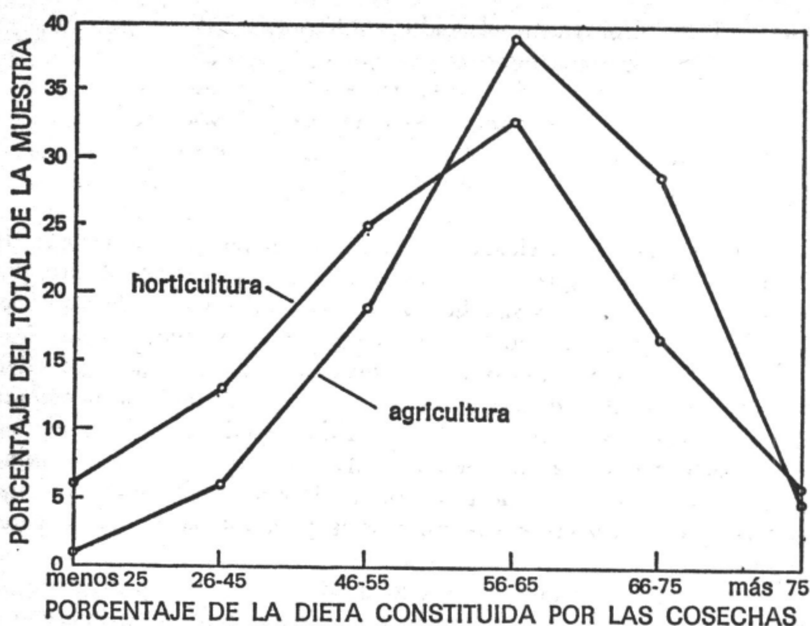


Figura 9-1. Comparación de las diversas participaciones de los productos del cultivo en la dieta alimenticia de 104 sociedades horticultoras y 93 agrícolas.

torio determinado sube del 5 por ciento en las sociedades horticultoras a un 35 por ciento en las agrícolas.

Así pues, las sociedades agrícolas no son simples exageraciones de las horticultoras. Más bien ocurre que el factor de la mayor densidad de población, que precipita tanto la adopción de las técnicas intensivas como su propio crecimiento, supone un cambio cualitativo, un auténtico cambio en la evolución. A medida que crece la población, crece también la exigencia de construir formas eficaces de control socioeconómico. En la mayor parte de sociedades agrícolas, la centralización política y la aparición del estado acompañaron la transición a la fase de cultivo intensivo. La revolución urbana, al menos hasta hoy, ha supuesto un cambio del que no hay posibilidad de retorno. Cada vez que cae una civilización se levanta otra que ocupa su lugar, surgiendo a veces de su propia matriz.

División sexual del trabajo. ¿Qué cambios experimenta la yuxtaposición de los sexos en la esfera económica cuando se produce la transición a la agricultura? Una vez más queda patente el contraste con el nivel horticultor. Primero estudiaremos las dimensiones de estas diferencias y

Tabla 9-1. Comparación entre tamaños de comunidades entre 43 sociedades hortícolas y 66 sociedades agrícolas.

TAMAÑO DE LA COMUNIDAD	TECNOLOGIA			
	HORTICULTURA		AGRICULTURA	
	Número	%	Número	%
Poblados (de menos de 50 a 399)	34	79	16	24
Pueblos (400 a 1.000+, no urbanos)	5	12	14	21
Ciudades (5.000 a 50.000+, urbanas	4	9	36	55
Totales	43	100	66	100

luego los intentos de explicación de estas diferencias que se han dado hasta ahora.

Como puede verse en la tabla 9-2, las sociedades agrícolas son muy parecidas unas a otras en el reparto de la función laboral del cultivo. Un 81 por ciento de estas sociedades delega el cultivo en los varones. Como vimos en el capítulo anterior, sólo un 17 por ciento de las sociedades horticultoras hacía lo mismo. El cultivo realizado por la hembra, tan típico de las sociedades que utilizan herramientas, pierde su importancia casi por completo, para representar sólo un 16 por ciento en las sociedades agrícolas.

¿Por qué sociedades tan alejadas en el tiempo y el espacio ponen el peso del cultivo en hombros de los varones? Boserup (1970) razona que las mujeres suelen abandonar los campos por falta de pericia. Con pocas excepciones, el manejo del arado es una tarea masculina. El lento proceso de escardar el campo queda reducido significativamente, y hasta eliminado completamente, mediante la arada inicial. Como la tarea de escardar suele asignarse a las mujeres, éstas pueden quedarse literalmente (y quizás felizmente) sin empleo. Pero no siempre está garantizado el retiro al mundo doméstico:

> ...esta ventaja para las mujeres no dura cuando el aumento de población es tal que resulta necesario utilizar técnicas de trabajo muy intensivo y sembrar plantas que requieren mucho trabajo si se quiere mantener el mismo nivel de ingresos a partir de una zona de tierra más reducida que la anterior. Con regadío, la escarda puede convertirse en un trabajo muy duro para la mujer, lo mismo que ocurre con el trasplante del arroz. Pero también los hombres tienen más trabajo al utilizar el regadío que al cultivar sólo con arado,

Tabla 9-2. División de los sexos en el trabajo agrícola en las sociedades horticultoras y agrícolas incluidas en las muestras.

TIPO DE CULTIVO	TECNOLOGIA			
	HORTICULTURA		AGRICULTURA	
	Número	%	Número	%
Femenino	52	50	15	16
Masculino	17	17	75	81
Igualdad entre ambos sexos	35	33	3	3
Totales	104	100	93	100

porque la tarea de cavar zanjas, sacar el agua de pozos y canales y reparar llanos y terraplenes corresponde a los hombres (Boserup, 1970, 34-35).

Según los datos de la tabla 9-2, la idea de Boserup del reclutamiento de mano de obra femenina para el cultivo es desde luego muy minoritaria. Si se analizan más detalladamente estos casos excepcionales en la muestra, se verá que el trabajo de la mujer no coincide con la mayor densidad de población. En las sociedades en que la hembra es la principal cultivadora parece que se trata de una continuación del sistema horticultor de división del trabajo, al que se ha sumado el uso del arado introducido gracias a contactos con otras culturas. Por ejemplo, en el caso de los swazi del sur de Africa, el uso del arado ha sido simplemente añadido a las actividades masculinas tradicionalmente centradas en torno al ganado, pero el cultivo sigue siendo femenino como antes. Además, circunstancias históricas especiales que han llevado a la contratación forzosa de mano de obra para la industria privada también han afectado la división del trabajo a nivel de poblado en toda esa zona africana. Por tomar otro ejemplo, la existencia de una economía de *supra*subsistencia puede fomentar la participación equivalente de hombres y mujeres en agriculturas que utilizan el regadío. Los chagga del monte Kilimanjaro, en Tanzania, producen café con vistas a la obtención de dinero, aparte de las cosechas de subsistencia. En este caso, la participación activa de *todos* los miembros adultos de la comunidad no es consecuencia de la densidad de población sino del deseo de obtener beneficios. El caso aludido por Boserup, en el que la densidad de población es el factor determinante, puede explicar los casos de las zonas del Asia oriental en las que la capacidad reproductora humana ha alcanzado su máximo.

Hay otra explicación de la usurpación viril de las tareas agrícolas relacionada con el materialismo dialéctico de Carlos Marx (1965, edición original en 1857-58) y Federico Engels (1972, edición original en 1884).

Uno de los principios fundamentales de su filosofía dice que el control de las instituciones sociopolíticas está en manos de quienes controlan los medios de producción. Según su razonamiento, llegado un momento determinado de la evolución cultural la producción de excedentes condujo a la sociedad a dar gran importancia a los bienes muebles como vía de lucro y poder. El grupo comunitario de parentesco, que según ellos debió estar organizado según el sistema matrilineal, se desintegró gradualmente a medida que los derechos colectivos del cultivo de la tierra perdieron importancia. La destrucción de la organización matrilineal y su sustitución por la familia más reducida de tipo patriarcal ocurrió según estos autores cuando los varones se hicieron con los bienes muebles:

> Todos los excedentes que se obtenían entonces en las actividades económicas iban a parar al hombre; la mujer compartía con él su disfrute pero no participaba de su propiedad. El guerrero y cazador «salvaje» se había contentado con ocupar una posición secundaria detrás de la mujer. El pastor, «más dulce», engreído de su riqueza, se puso en primer lugar y relegó al segundo a la mujer. Y ella no pudo quejarse. La división del trabajo en la familia había servido para regular la división de la propiedad entre el hombre y la mujer. Esta división del trabajo seguía siendo la misma pero en ese momento trastornaba por completo las relaciones domésticas existentes por la sencilla razón de que la división del trabajo fuera de la familia había cambiado. La causa que había asegurado anteriormente la supremacía de la mujer en la casa —su dedicación exclusiva a las labores domésticas— servía ahora para garantizar la supremcía del hombre en el hogar. El trabajo doméstico de la mujer perdía importancia en relación con el trabajo productivo del hombre; este trabajo lo era todo y aquél, en cambio, algo accesorio y sin importancia (Engels, 1972, 221).

Es dudoso que Marx y Engels, con sus limitados conocimientos etnográficos, fueran conscientes de la importancia productiva que tuvieron las mujeres en las sociedades recolectoras y horticultoras que no tenían excedente. Para ellos la división sexual del trabajo era algo que no había cambiado fundamentalmente con el paso del tiempo. Les parecía que la función doméstica de la mujer solamente había resultado degradada al adoptar una posición secundaria en relación con la acumulación de bienes muebles como «trabajo socialmente productivo». El varón, que trataba de obtener la supremacía en el hogar, y que a la larga acabó por destruir el sistema que hacía fluir la filiación y los derechos de propiedad a través de las mujeres, resulta claramente el malo de la obra. Las mujeres se convierten simplemente en otro grupo explotado en la nueva sociedad de clases.

La idea de que la participación de las mujeres en la producción está

íntimamente relacionada con la posición que ocupa en la sociedad es ciertamente meritoria, y será discutida detalladamente más abajo. No hace ninguna falta, sin embargo, proponer una teoría de conspiración masculina o de clase para explicar cómo los varones alcanzaron su posición privilegiada en la familia y la producción. Lo que debemos encontrar es la serie de ventajas que pudo tener la adopción de este tipo de división del trabajo. Una vez más se nos recuerdan las diferencias biológicas básicas entre los sexos. Por término medio, los varones son más fuertes físicamente que las mujeres; y debido a su corto compromiso temporal con la reproducción y cuidado de los hijos, tienen además mayor movilidad. Debido precisamente a estas propensiones naturales, son los encargados de cuidar a los animales domésticos grandes en las sociedades dedicadas al pastoreo (véase capítulo 10). La utilización de la fuerza de los animales es simplemente una ampliación de las actividades del pastoreo hasta un terreno de trabajos pesados reservado también generalmente a los varones: la preparación de la tierra para la siembra. Del mismo modo, para acabar y conservar las zanjas necesarias para el regadío hace falta bastante fuerza y tiempo, y es un trabajo que suele realizarse a considerable distancia de la vivienda.

La división del trabajo que convirtió al varón en proveedor y a la hembra en encargada de las tareas domésticas apareció con el cultivo intensivo por la simple razón de su eficacia. Mientras el cultivo era de tipo extensivo o de barbecho y no tenía una importancia abrumadora en la dieta alimenticia, las mujeres podían encargarse de las principales funciones reproductoras y productivas de la sociedad. Cuando las cosechas empezaron a tener una importancia principal, y sobre todo cuando comenzaron a ser obtenidas mediante métodos de cultivo intensivo que exigían considerables inversiones de fuerza y tiempo y tenían que ser llevadas a cabo lejos del domicilio, los varones resultaron ser los individuos más adecuados para el cultivo.

Ha llegado el momento de ver cuáles son las consecuencias sociales de este cambio.

Yuxtaposición social de los sexos

Cuando las sociedades que habían sido horticultoras adoptan el cultivo intensivo, tanto las mujeres como los hombres cambian de función económica. Los cambios pueden empezar sutilmente, de forma casi imperceptible, hasta que —quizás en una sola temporada de cultivo— la comunidad se siente seducida y llega a contradecir totalmente sus anteriores pautas. Cuando ocurre esto, la rutina doméstica y la vida extradoméstica se ven subvertidas y, además, se hace necesaria una reorganización crítica de las instituciones, normas y valores sociales.

Primero analizaremos los cambios estructurales sufridos por los grupos de parentesco y la organización familiar. A continuación, veremos el efecto de estos reajustes en el papel y la posición de las mujeres, sobre todo respecto a la significación social del trabajo doméstico y la calidad de las relaciones entre los varones y las hembras.

Retículos sociales y unidades domésticas. En el capítulo 8 señalamos que la mayoría —un 60 por ciento— de las sociedades horticultoras de nuestra muestra eran patrilineales. Como dijimos, este tipo de organización social, sobre todo cuando va acompañada de la poligamia, facilita especialmente la adaptación a sistemas productivos horticultores de carácter expansivo y explotador que tratan de incrementar la producción de cada una de las familias. No es por ello sorprendente que el sistema patrilineal siga siendo muy preferido también por las comunidades agricultoras. Sin duda, estas sociedades eran en su mayor parte patrilineales antes de su adopción del arado o del regadío, técnicas que les permitieron *continuar* la búsqueda de una mayor productividad.

Pero las sociedades agrícolas de la muestra tienen una tendencia contraria en el tipo de filiación y localización residencial de los varones emparentados. La patrilocalidad, que alcanzaba un 75 por ciento entre los horticultores, desciende a un 66 por ciento entre los agricultores. De modo similar, la presencia del sistema patrilineal disminuye de un 60 a un 50 por ciento. Estos cambios se deben a la aparición de una tendencia a la disolución de los grupos de parentesco basados en principios unilineales, que son sustituidos por compactas unidades bilaterales. Lo que ocurre es que aumenta la residencia neolocal de un 5 a un 14 por ciento, y la filiación bilateral de un 15 a un 37 por ciento.

La tendencia a la disminución del tamaño de los grupos de parentesco y domésticos resulta espectacularmente ilustrada cuando se estudia la variable de la organización familiar. En la tabla 9-3 se ven los principales tipos de familia de las sociedades horticultoras y agrícolas.

Si tomamos las muestras que hemos utilizado como índices representativos de las sociedades horticultoras y agrícolas en general, comprobaremos que hay dos tendencias que acompañan la adopción de técnicas de cultivo intensivo. La primera es el brusco descenso de la poligamia. Este tipo de familia abandona la estructura de adaptación existente bajo condiciones hortícolas. Como los varones pasan a ser los principales cultivadores, la acumulación de esposas deja de ser una ventaja económica para convertirse en una carga. En consecuencia, hay una tendencia que lleva a las unidades domésticas a reducirse a una única pareja conyugal. Esta segunda tendencia, la monogamia nuclear, es fomentada tanto por la nueva división del trabajo como por el carácter cada vez más urbano de las comunidades agrícolas.

La disminución del tamaño de los grupos de parentesco y familiares

Tabla 9-3. Comparación de los tipos de familia entre 104 sociedades horticultoras y 93 agrícolas.

TIPO DE FAMILIA	TECNOLOGIA			
	HORTICULTURA		AGRICULTURA	
	Número	%	Número	%
Ampliada	—	—	—	1
Ampliada con poliginia	27	26	12	13
Ampliada y nuclear	18	17	42	46
Poliginia	27	26	5	5
Nuclear con poliginia	26	25	12	13
Nuclear monógama	6	6	20	22
Totales	104	100	92	100

parece ir acompañada de aumentos de la productividad tanto en la adaptación horticultora como en la agrícola. Las muestras que utilizamos son demasiado reducidas, y los datos demasiado aproximados para tratar de dar a esta afirmación un carácter que vaya más allá de lo especulativo. Pero si entendemos los diversos aspectos de la organización social como tácticas económicas, observaremos cierto número de constantes. Por ejemplo, los sistemas matrilineal y patrilineal parecen representar pautas contrapuestas de explotación horticultora. Su valor para la adaptación está relacionado, según parece, tanto a un tipo específico de condiciones ambientales como a las relaciones entre las sociedades. La estrategia matrilineal, al menos en su forma matrilocal pura, se presta más a la existencia de familias muy grandes y de sistemas comunitarios de propiedad de la tierra. La estrategia económica de la poligamia patrilocalizada basada en el sistema patrilineal parece dar comienzo a una tendencia muy gradual pero perceptible hacia la posesión individual de la tierra y el aislamiento de cada una de las unidades domésticas dentro de un grupo familiar. Esto no supone que los grupos de parentesco patrilineales no estén basados como los matrilineales en los mismos principios comunitarios. Pero el hecho de que concentren geográficamente a los varones emparentados sirve ya para fomentar la tendencia a la división interna de estas unidades.

La poligamia, estrechamente relacionada con la organización patrilineal, es el primer paso en el camino que deja atrás la gran familia de tipo amplio. Como señalamos anteriormente, esta forma de matrimonio aparece relacionada como estrategia económica con condiciones de óptima producción en adaptaciones horticultoras. En el terreno de la atomización de los grupos de parentesco, está a mitad de camino entre la familia amplia y la nuclear. En lugar de compartir los derechos de utilización de tierras y

los productos del cultivo con las demás unidades del linaje o el clan, las familias poligámicas suelen ser independientes desde el punto de vista económico y competir con las demás unidades por la obtención de los recursos que, en virtud de la filiación, son de propiedad común. En las sociedades matrilineales-matrilocales, los varones desempeñan a veces la función de cabeza de familia desde el punto de vista técnico, pero carecen de derechos sobre las tierras pertenecientes a la unidad doméstica en que residen. Con el sistema patrilineal y la poligamia, el jefe de la unidad familiar se convierte en un empresario individual en cuyo negocio familiar se van acumulando las esposas, los hijos, nuevas tierras y cosechas cada vez mayores. Cuando el aumento de la densidad de población hace cada vez más escaso el terreno todavía sin cultivar, este tipo de estructura familiar conduce mejor que ningún otro a la transformación de los derechos individuales de uso de la tierra en *posesión* individual.

Al adoptarse las técnicas de cultivo intensivo, la familia polígama deviene obsoleta. El proceso individualizador de la estructura familiar se intensifica al adoptar las mujeres un papel cada vez menos productivo. Durante cierto tiempo se conservan a veces los derechos colectivos sobre la tierra por parte de varios cabezas de familia emparentados, sobre todo cuando su trabajo conjunto sigue permitiendo una buena adaptación, por ejemplo en la preparación y conservación de zanjas para riego y sistemas de control del agua. Las familias nucleares, bilaterales y neolocales surgen como forma de adaptación económica sobre todo cuando se crean grandes urbes. Estas unidades móviles e independientes se adaptan perfectamente a una economía de mercado en la que el trabajo mismo se convierte en un bien que se compra y se vende y puede ser utilizado para comprar todo lo necesario para la vida. El alto nivel de productividad alcanzado por el cultivo intensivo permite así la concentración de comunidades especializadas en la manipulación y no en la producción de alimentos. La monogamia nuclear puede difundirse desde los centros urbanos hacia los pueblos campesinos a medida que éstos se muestran más dependientes de la economía de mercado, o bien surge independientemente cuando los apremios debidos a la densidad de población en las zonas rurales fuerzan a crear límites fijos para las parcelas y propiedad privada de las mismas.

La dicotomía dentro-fuera. A medida que crece el nivel de productividad de una sociedad, las unidades de producción y consumo basadas en el parentesco disminuyen en magnitud y complejidad. Esto ha ocurrido siempre como reacción a las nuevas estrategias económicas. También el papel y la posición de las mujeres en la sociedad varía constantemente en estos procesos. Económicamente, las mujeres ocuparon primero el papel de proveedores de unidades familiares extensas y numerosas, y luego de grupos polígamos más reducidos. Como hemos indicado anteriormente, al pasarse del sistema matrilineal al patrilineal, la posición de las mujeres

pierde importancia, aunque la poligamia permite a las mujeres un grado bastante elevado de independencia y autoexpresión. Con la aparición y desarrollo de las técnicas de cultivo intensivo, sin embargo, las mujeres son apartadas del principal centro de producción por vez primera en el curso de la evolución cultural. Las consecuencias de esta subversión de los papeles económicos calaron hasta el últmo rincón de su experiencia social.

¿Qué significado tuvo para las mujeres el verse forzadas a adoptar un papel exclusivamente doméstico? En todos los lugares en que se produjo la transición a la agricultura se erigieron muy pronto categorías rígidas en correspondencia con la nueva división sexual del trabajo; con estas categorías se estableció una distinción clara entre la producción de bienes para el consumo y el trabajo relacionado con el hogar. Esta distinción conceptual del trabajo doméstico y extradoméstico, que nosotras llamamos dicotomía dentro-fuera, tuvo como consecuencia aislar un sexo del otro y alejar a las mujeres de la vida pública. La disminución de la movilidad espacial de las mujeres es una de las principales características de la adaptación agrícola:

> Como las mujeres de los pueblos no trabajaban tanto en la agricultura, un sector considerable de estas mujeres quedó totalmente exento de las tareas del cultivo. A veces estas mujeres realizaban sólo tareas puramente caseras, vivían encerradas en sus hogares y sólo aparecían en las calles del pueblo cubiertas por un velo. Este es un fenómeno que sólo ocurre en las culturas del arado y es al parecer totalmente desconocido en las regiones de cultivo con barbecho, donde las mujeres llevan a cabo la mayor parte del trabajo agrícola (Boserup, 1970, 25-26).

Verdaderamente, muchas sociedades agricultoras tienen en gran estima el confinamiento de por vida de las mujeres entre las cuatro paredes de su domicilio. Esta es la pauta ideal de las pueblos que abrazan la religión islámica. La segregación de las mujeres, llamada *purdah,* suele ser un signo de riqueza, ya que es necesario contar con criados que se encarguen de las tareas domésticas que, de ser entregadas a las mujeres, las forzarían a salir de su casa, aunque sólo se tratare de breves incursiones en las tiendas vecinas. Ilustraremos la calidad de las relaciones macho-hembra en una sociedad agricultora y patriarcal con esta descripción de los papeles sexuales entre los kanuri del norte de Nigeria:

> En las familias de clase alta, las mujeres se encuentran en *purdah* (confinadas en la casa) y viven en la parte trasera del grupo de edificios, en el punto más alejado de la entrada. Solamente abandonan su residencia en rarísimas ocasiones e incluso para estas pocas veces

deben pedir permiso a sus maridos con mucha antelación. En estas excursiones suelen ir acompañadas por criados que escoltan a las mujeres de posición elevada durante todo el camino que hay, por ejemplo, hasta llegar a la residencia de su familia paterna, aunque a veces tengan que cruzar para ello medio emirato, cuando su presencia es requerida para una ceremonia. Por otro lado, las mujeres campesinas tienen que ir al pozo a buscar agua dos veces al día como mínimo y en algunos pueblos esto supone una caminata de varios kilómetros. Estas mujeres trabajan en parcelas pertenecientes a los diversos miembros de su residencia durante las cortas temporadas de cultivo y venden comidas preparadas. Las mujeres corrientes aprovechan las ocasiones en que pueden alejarse de sus maridos para charlar amistosamente con otras mujeres y también a veces, naturalmente, con otros hombres.

En casi todos sus aspectos, las relaciones entre maridos y esposas están formalizadas. Evitan utilizar el nombre del otro en las conversaciones y en público sus relaciones se reducen al mínimo imprescindible cuando hay otras personas con ellos. Las mujeres suelen caminar detrás de su marido cuando los dos van juntos a algún lado e incluso cuando están en su vivienda la mujer debe quedarse siempre sin salir del recinto. Cuando el marido ha terminado de trabajar suele sentarse junto a la puerta de su casa o su cabaña. Cuando llega una visita, si el marido está dentro sale inmediatamente a la puerta, mientras que, simultáneamente, la esposa se retira hasta el punto más alejado. Generalmente, las mujeres sólo tienen la compañía de otras mujeres y los hombres sólo la de otros hombres. En poquísimas ocasiones he sido testigo de expresiones públicas de amistad entre un marido y una mujer.

La tradición cultural ordena que los hombres sean los miembros dominantes de la sociedad, y que las mujeres, sobre todo las esposas, sean sumisas. Esto es algo islámico pero también típico de los kanuri. Está muy bien visto que la mujer obedezca a su esposo y parezca humilde en su presencia (Cohen, 1967, 42-43).

Este tipo de normas de conducta de los miembros de cada uno de los sexos no es algo limitado solamente a las regiones musulmanas. El tipo de relaciones entre hombres y mujeres de las zonas campesinas del sur de Europa es muy parecido.

Como podría esperarse, la tendencia de las sociedades agrícolas a aislar a las mujeres queda espectacularmente reflejada en el terreno de la libertad sexual. Los tipos de actividades sexuales prematrimoniales, y sus sanciones, tabulados para 53 sociedades agrícolas de que tenemos datos, aparecen en la tabla 9-4.

Si comparamos esta situación con la expresada en la tabla 8-2, vemos

Tabla 9-4. Tipos de actividad sexual prematrimonial en 53 sociedades agrícolas clasificadas según el tipo de filiación de cada una.

SEXUALIDAD PREMATRIMONIAL	FILIACION			
	MATRI-LINEAL	PATRI-LINEAL	BILATERAL	TOTALES
Excluida por la corta edad de la novia	0	3	0	3
Permitida: sin censura a no ser que haya embarazo	1	1	1	3
Tolerancia completa, sin sanciones	3	3	5	11
Matrimonio de prueba; sanciones si hay embarazo	0	0	1	1
Prohibido pero con sanciones leves; frecuente	1	5	7	13
Exigencia de virginidad; infrecuente	0	12	10	22
Totales	5	24	24	53

que hay algunos contrastes interesantes. Los pocos casos de sociedades matrilineales siguen siendo tolerantes como era de suponer, pero los controles ejercidos por las sociedades patrilineales y bilaterales de la adopción agricultora son mucho más estrictos que en la horticultora. Como, en ambos casos, las sociedades de que se trata están centradas en torno a los varones y valoran mucho la determinación de la paternidad, las diferencias que hemos observado tienen que deberse a los cambios de la movilidad espacial de las mujeres. En las sociedades horticultoras, su papel de productoras —es decir de obreras de los campos y comerciantes locales— exige tanto libertad de movimientos como de relaciones sociales. La reducción de las actividades económicas al puro trabajo casero tiende a limitar los horizontes sociales de las mujeres que viven en sociedades agricultoras al campo de su actividad diaria. El ciclo vital de las mujeres que viven en esas condiciones parece girar en torno al aprendizaje de las tareas domésticas y su transferencia, con las debidas compensaciones para el hogar paterno, a otra unidad del mismo tipo dominada por el marido en lugar del padre.

Aunque carecemos de datos sobre las actividades sexuales de las mujeres casadas de las sociedades de nuestra muestra, sabemos a partir de

estudios etnográficos particulares que las relaciones extramatrimoniales están en general prohibidas y que son gravemente sancionadas (véase Mohsen, 1970). Algunas sociedades (y también, por cierto, algunos estados norteamericanos) permiten que el marido o los varones emparentados con él maten a la esposa descubierta en un acto sexual ilícito, pero las mujeres no suelen tener nunca el derecho al mismo tipo de represalia si es el marido el descubierto. De hecho, las relaciones extramatrimonales de los varones son consentidas e incluso formalizadas en muchos casos. Esta asimetría de los privilegios puede ampliarse hasta la zona del divorcio. La facilidad con que un varón puede dar por terminada una unión matrimonial entre los musulmanes es famosa. Las mujeres, en cambio, sólo pueden pedir discretamente una medida semejante en casos de impotencia sexual. Los varones no se desacreditan aunque se divorcien varias veces, pero una mujer divorciada puede ver reducidas sus posibilidades de volverse a casar.

Así pues, las sociedades agrícolas prefieren mantener a las mujeres lo más lejos posible de las relaciones con personas ajenas al hogar. De hecho, su valor para su presunto marido puede depender del grado de inocencia y misterio que sea capaz de conservar. La segregación social de los sexos típica del cultivo intensivo rodea a la mujer de una serie de tabúes. Las conductas de los hombres y las mujeres en las sociedades agrícolas son diametralmente opuestas por imposición cultural. El terreno de la sexualidad es uno de los ejemplos más dinámicos de la complementariedad de los papeles. A medida que la vida sexual de la mujer va siendo controlada por la sociedad, la actividad sexual se convierte en una obligación social alejada simbólicamente de la satisfacción personal. Para las mujeres, la exclusión de las actividades productivas fuera del hogar, el aislamiento espacial, la castidad prematrimonial y la frigidez institucionalizada van siempre unidos.

Como las actividades económicas y principales centros sociales de la mujer quedan limitados por el espacio domiciliario, las hembras se convierten en simples apéndices sociales de sus padres y sus maridos. Al desaparecer los grandes grupos de parentesco con vida comunitaria, las mujeres quedan aisladas y lejos de la seguridad y la identificación con los grupos de parentesco en los que nacieron. La poligamia, que había ofrecido considerable movilidad espacial y cierto grado de independencia social y económica a las mujeres, desaparece con la agricultura porque deja de facilitar la adaptación. Las unidades familiares reducen su tamaño y aumentan su autosuficiencia, y las mujeres pasan a depender de sus maridos para la subsistencia. En muchos casos, la dependencia económica es total. El trabajo femenino se centra en tareas repetitivas y monótonas dentro del domicilio. Como están excluidas de las actividades de «fuera» no tienen acceso a las vías que permiten obtener poder político y control de la propiedad, tanto de las tierras como de los bienes muebles. En re-

sumen, la posición general de las mujeres en la sociedad agrícola o campesina es de dependencia institucionalizada, subordinación e inmadurez política.

¿Por qué adoptaron las mujeres esta posición social tan secundaria? ¿Cómo llegó a producirse esta situación? ¿Fue la usurpación de las tareas del cultivo por parte de los varones lo que hizo en cierto modo inevitable esta yuxtaposición, o trataron los varones de aprovechar la oportunidad que se les ofrecía de limitar los horizontes sociales de la mujer? Una vez más debemos desestimar toda teoría conspiratoria de la evolución cultural. Probablemente puede afirmarse con seguridad que en diversas partes del mundo la transición a la agricultura condujo a divisiones de trabajo similares y a la creación de los mismos estereotipos sexuales. Todas las culturas envuelven las instituciones que fomentan su adaptación en una complicada mitología. En el caso de las conductas sexuales, el papel de productor adoptado ahora por los varones se vio acompañado por una serie interminable de estereotipos favorables y positivos que subrayaban su adecuacinó física, intelectual y emotiva para desempeñar las actividades de fuera del hogar. Las mujeres, aunque sea muy reciente su abandono de las tareas del cultivo, son rápidamente definidas en los nuevos mitos como el sexo más adecuado para las tareas inferiores repetitivas y no creadoras típicas de la rutina doméstica. En los nuevos mitos se subrayan sus aptitudes fisiológicas para la reproducción y el cuidado de los niños y este campo se convierte en la principal vía para la autorrealización social. El alejamiento físico y socioeconómico de las mujeres respecto de los principales sistemas institucionales de estas culturas suele ir acompañado de una inclinación ideológica que subraya su *incapacidad* para hacer frente a esas actividades, sea física o intelectualmente, así como su supuesta necesidad de ser supervisadas y protegidas en todo momento por los varones. La dependencia de las mujeres en un tema repetido en la religión, la moral y la legislación de las sociedades agrícolas, y es muy persistente ya que puede encontrarse incluso en las sociedades que ya han pasado por la revolución industrial.

Castas, clases y colonialismo. Una vez presentados los esbozos generales del papel de las mujeres en dos de los principales tipos de comunidades agrícolas, debemos comentar aunque sólo sea brevemente las variables que pueden dejarse sentir en las pautas tradicionales de las relaciones macho-hembra. Las divisiones sexuales del trabajo en las sociedades horticultoras y agrícolas, que tanta importancia tienen en sus respectivas definiciones del tipo de conducta ideal para el macho y para la hembra, pueden ser alteradas de modo significativo por influencias culturales exteriores. Además, el tipo de relaciones de cada una de estas sociedades no tiene que ser fijo por fuerza, pues puede encontrarse en estado de modificación de acuerdo con contextos sociales distintos y cambiantes. Aquí

nos interesan dos fuentes primordiales de variación: las relaciones sexuales entre individuos de castas o clases diferentes en sociedades muy estratificadas, y los efectos del colonialismo europeo en la economía, división del trabajo y conducta sexual indígenas.

Como las sociedades agrícolas suelen tener mayor densidad de población, mayor productividad y comunidades protourbanas o urbanas, cuentan con una estratificación social muy compleja que contribuye a hacer más complicadas incluso las normas que rigen las relaciones sociales. Los sistemas políticos centralizados se caracterizan por tener una especialización económica que produce la aparición de las clases sociales. Del mismo modo, el carácter expansivo de las economías agrícolas hace más probable la expansión territorial de las unidades políticas hacia zonas ocupadas por otros grupos culturales. Cuando estos otros pueblos no llegan a ser asimilados constituyen una subcultura racial o étnica confundida con la del estado intruso, de donde puede resultar la aparición de castas.

Como tanto las castas como las clases se encuentran *jerarquizadas* en las sociedades donde coexisten, se añade una nueva dimensión a las pautas de dominio y sumisión entre los sexos. Por ejemplo, en las sociedades de castas, en las que la posición ocupada por un individuo durante toda su vida queda determinada por su cuna, los hombres pueden ser considerados superiores a las mujeres de su casta pero inferiores a las mujeres de castas superiores a la suya. Las clases sociales que dan gran importancia a los antepasados familiares pueden producir efectos similares en las relaciones macho-hembra por encima de las divisiones socioeconómicas y subculturales. En las sociedades agrícolas con sistemas de clases de tipo abierto, en las que la posición no viene determinada por la cuna sino que es algo que *consigue* cada individuo, el prestigio de los varones que logran escalar posiciones elevadas repercute en la esposa e hijas. Estas mujeres de clase alta pueden ser sumisas en el hogar pero fuera de él son objeto de deferencia por parte de todos los varones cuya posición es inferior a la del marido o padre de ellas. Siempre que las mujeres de las sociedades agrícolas tienen prestigio social debido a la clase o casta a la que pertenecen, lo deben a relaciones de parentesco consanguíneo o político con varones.

Pero el factor que tiene mayores posibilidades de dislocar la yuxtaposición macho-hembra tanto en sociedades horticultoras como agrícolas, es el colonialismo europeo, que asaltó las posiciones sexuales indígenas en varios frentes. Los funcionarios coloniales y los misioneros se esforzaron por inculcarles las instituciones y sistemas de valores europeos. Como la cultura que ellos importaban a esos países tenía un fuerte acento patriarcal, su influencia sirvió para que se ensancharan los horizontes sociales y económicos de los varones indígenas, a expensas de sus mujeres. En muchos sentidos, la moral cristiana impuso a los papeles femeninos tantas restricciones como el Islam. Uno de los primeros objetivos de los colo-

nizadores fue inculcar a los colonizados las supuestas virtudes de la castidad y la fidelidad sexual. Además, el sistema moral de los colonialistas presuponía cambios económicos muy profundos, y la poligamia, pese a la desesperación de los misioneros, siguió vigente mientras siguió siendo la estructura social que mejor se adecuaba a una adaptación cuya finalidad era conseguir un máximo de productividad.

La más eficaz de las tácticas empleadas en el combate contra las instituciones y papeles sexuales de la cultura indígena no fue plantear la lucha en el terreno ideológico sino en el económico.

Como hemos visto, todo cambio en la división sexual del trabajo tiene importantes repercusiones en el terreno social. Debido a su inclinación cultural, los administradores coloniales definieron la unidad social básica como la familia nuclear con el marido-padre a su cabeza. Por ello, en los casos en que los indígenas seguían un principio matrilineal, toda la estructura de autoridad y los principios de formación de grupos de parentesco quedaron minados. Además, los gobiernos coloniales dieron al jefe de la familia la posición de principal responsable económico. Al igual que en la cultura europea, se esperaba que fuera el marido quien proporcionara alimentos y demás bienes materiales a todos los miembros de su unidad doméstica, y esto era completamente nuevo para los varones de la mayor parte de las sociedades horticultoras. En algunos casos los hombres no hicieron más que aumentar su participación en las tareas de cultivo dentro de lo que permitía la tecnología del momento. Pero en la mayor parte de los casos la economía de las sociedades colonizadas fue alterada de forma significativa, y las riendas de estas nuevas formas de producción fueron puestas en manos de los herederos de la tecnología europea, que fueron los varones cabeza de familia:

> ...los europeos no mostraron apenas comprensión para con los sistemas de cultivo femenino que encontraron en muchas de sus colonias y en los países independientes donde se establecieron. Su mentalidad europea les hacía pensar que el cultivo era, por naturaleza, trabajo de hombres, y ello les convenció de que los hombres podían llegar a ser mejores cultivadores que las mujeres si se conseguía hacerles olvidar su tradicional «pereza» (Boserup, 1970, 54).

Una de las formas utilizadas para inducir a los hombres a participar en el cultivo fue la introducción simultánea de las técnicas intensivas y de las cosechas que permitían obtener dinero (por no hablar de la frecuencia de los impuestos que debían ser pagados forzosamente en moneda extranjera). En muchos casos se instruyó a los varones en los tipos de cultivo que garantizaban las cosechas más elevadas y al mismo tiempo proporcionaban medios para conseguir posición y bienes muebles. Frecuentemente, las mujeres siguieron practicando las técnicas de la horti-

cultura y continuaron siendo responsables de la provisión de los alimentos que formaban la base de la comida diaria. Pero, aunque en algunos casos las hembras siguieran cultivando para obtener alimentos, esta actividad habría de perder la importancia social que antes se le concediera:

> Cuando esto ocurre, el prestigio de los hombres aumenta al paso que disminuye la posición de las mujeres. Son los hombres los que hacen las cosas modernas. Los hombres se encargan de la manipulación de los productos procedentes de la industria mientras las mujeres llevan a cabo los trabajos manuales más degradantes; ellos suelen encargarse de fertilizar los campos, las mujeres de echar el estiércol; los hombres van en bicicleta y conducen camiones, mientras que las mujeres siguen llevando paquetes en la cabeza como sus abuelas. En resumen, los hombres representan en el pueblo la agricultura moderna y las mujeres siguen haciendo los trabajos tradicionales más penosos (Boserup, 1970, 56).

El ingreso de los varones en la cultura de la sociedad dominante suele empezar con su entrada en la economía colonial. Esto puede hacerse tanto con cultivos cuyo fin es obtener dinero como mediante trabajo asalariado. Los hombres, que son los primeros indígenas a los que se dirige el esfuerzo educador y los principales eslabones para la introducción de productos manufacturados extranjeros, toman pronto una posición social superior a la de las mujeres. Estas diferencias pueden ampliarse también a los derechos sobre la explotación de la tierra y, a la larga, sobre su propiedad. Como los varones han sido los elegidos para hacer de intermediarios entre las tradiciones antiguas y las nuevas, son ellos los encargados de realizar las actividades de «fuera», las relacionadas con la cultura intrusa. Las actividades de «dentro», identificadas con las mujeres, quedan conceptualmente limitadas al domicilio, y a veces incluyen también los cultivos realizados con el fin de obtener alimentos para cada día.

En los lugares donde el régimen colonial tiende a explotar gran cantidad de mano de obra indígena —por ejemplo, en los sitios donde los varones son llevados a trabajar en la industria durante largos períodos y regresan a las regiones segregadas con ningún o muy poco dinero— las mujeres pueden seguir siendo las principales productoras de los poblados por una cuestión de pura necesidad. En estas situaciones se produce una brutal dicotomía entre los centros industriales urbanos y los núcleos agrícolas donde los campesinos viven muchas veces en niveles que están por *debajo* del de subsistencia. En general, sin embargo, a medida que los hombres se hacen cada vez más dependientes de su participación en la economía de los países coloniales o en vías de desarrollo, más dependientes respecto a ellos se vuelven las mujeres. Así, cuando los varones

empiezan a intercambiar frecuentemente bienes y servicios que cubren todas las necesidades de subsistencia o parte de ellas, el trabajo agrícola de las mujeres pierde importancia.

(!) Así pues, lo que hemos llamado *dicotomía dentro-fuera* puede ser impuesta a los pueblos horticultores mediante la introducción de las técnicas de cultivo intensivo y las cosechas que producen dinero, o bien mediante la aparición del trabajo industrial asalariado. Sea como fuere, lo que se consigue es orientar a los varones hacia la obtención y acumulación de bienes muebles, reducir la importancia productiva de las mujeres y fomentar el desarrollo de la familia nuclear independiente. El papel cada vez más secundario y doméstico desempeñado por las mujeres, subrayado por la moral cristiana o islámica, se convierte de esta manera en una profecía que se cumple debido a que se generan al mismo tiempo unas condiciones económicas que llevan a esa situación, que es justificada y explotada por la religión.

El estudio que aparece a continuación ofrece una oportunidad única de ver los efectos que la adaptación agrícola tiene sobre las relaciones macho-hembra en una sociedad en la que forma parte de la vida cotidiana el hecho de que las mujeres lleven velo y estén encerradas en sus casas.

Estudio de las mujeres el shabana

Nuestros informadores para este estudio de un caso de mujeres de una sociedad agrícola son Elizabeth Warnock Fernea (1965) y Robert Fernea (1970), que pasaron los primeros 18 meses de su matrimonio (1956-1958) en el sector tribual de una pequeña ciudad de Irak llamada Daghara (El Nahra). Robert Fernea, que entonces era un antropólogo que se preparaba para el doctorado elaborando una tesis de investigación, vivió en el mundo económico, social y político de los varones. Elizabeth Fernea, periodista, aceptó seguir la costumbre local de la reclusión femenina, para experimentar así directamente la vida de las mujeres el shabana (el eshadda), tras los velos protectores y en los recintos de muros de barro. Su fascinante relato, *Guests of the Sheik,* combinado con los datos antropológicos más académicos suministrados por su marido Robert Fernea en *Shaykh and Effendi,* nos proporcionan la rara oportunidad de contemplar simultáneamente todo el campo de los papeles masculinos y femeninos en una sociedad agrícola muy escindida.

El ambiente. La población de Daghara está situada en la zona mesopotámica abarcada por los grandes ríos Tigris y Eufrates. Fue en esta gran llanura de aluvión de gran aridez donde nació una de las primeras civilizaciones de regadío hace aproximadamente unos 7.000 años. Alimentados por la diversión controlada de las aguas de caudal variable de estos ríos

gemelos, una serie de complejos estados e imperios dominó la zona que actualmente constituye el sur de Irak durante miles de años. Pero en el año 1258 de nuestra era ocurrió algo que cambió significativamente la situación de esta zona: la conquista de Bagdad, la capital, por las fuerzas de Hulagu Khan. Durante los siete siglos que siguieron, hasta que los británicos tomaron el poder al fin de la Primera Guerra Mundial, desaparecieron prácticamente todos los sistemas políticos centralizados que anteriormente habían vinculado las zonas rurales a los núcleos urbanos del lugar. En el campo propiamente dicho, los grupos tribuales continuaron su vida tal como habían hecho durante muchísimas generaciones sus antepasados, aunque enfrentados ahora a nuevos desafíos de su ambiente físico y político, a veces hostil.

Uno de los principales problemas que las sociedades tribuales de las zonas rurales tuvieron que resolver fue el control de las aguas. El sur de Irak es una región en la que se dan extremos estacionales muy marcados. De mayo a octubre la lluvia es escasa, y las temperaturas suben a veces en verano a niveles altísimos. En cambio durante el invierno puede haber temperaturas bajo cero y lluvias torrenciales que hacen que los ríos salgan de su cauce y provoquen inundaciones incontrolables. Cuando cayeron los sistemas políticos que centralizaban el sur de Irak, dejó de existir el sistema de control coordinado de diques y embalses en todas las zonas rurales. Aunque, en un nivel exclusivamente local, los grupos tribuales siguieron desviando las corrientes fluviales hacia sus campos cultivados, su control de las aguas dejó mucho que desear. Continuamente pesaba sobre los cultivos la amenaza de la inundación provocada por las lluvias invernales que se llevaban las cosechas y las capas fértiles de tierra, o se veían expuestos a persistentes sequías estivales durante las cuales quedaban secos los embalses y canales de riego. Además, la competencia de las unidades políticas vecinas por la obtención del control y la utilización de las aguas condujo frecuentemente a hostilidades bélicas.

Durante los últimos años de la década de los 50, el pueblo que vivía en Daghara gozaba de un sistema de control de aguas centralizado que había sido empezado por los británicos y que el gobierno iraquí continuó y amplió. Las desastrosas inundaciones anuales del Tigris, que invadía regularmente la misma ciudad de Bagdad, quedaron por fin controladas de forma eficaz en 1958. El valle del Eufrates, al sur de la capital, es muy llano, y sigue hoy en día expuesto a los imprevisibles meandros de las vías fluviales. Zonas que un año son convertidas en pantanos, son abandonadas al siguiente por los cursos fluviales. Los pueblos como Daghara están por lo tanto sometidos a las mismas incertidumbres sobre las inundaciones y las sequías que sufrieron sus pobladores en la época de la descentralización política.

En Daghara mismo son corrientes los extremos climatológicos estacionales. Las lluvias invernales, que duran varios días cada vez, convier-

ten a la ciudad y los campos de los alrededores en un montón de barro que a menudo impide totalmente el paso a los vehículos con ruedas y que llega incluso a hacer muy difícil la circulación de los peatones y animales. Durante esta fría y lluviosa estación invernal, las enfermedades y la muerte son corrientes debido a la falta de alimentación, calefacción y ayuda médica adecuadas. En primavera abundan el polvo y las tormentas de arena. Con la llegada del verano el cielo se despeja por completo y las temperaturas llegan a ser altísimas. La escasez de agua es crítica durante esta prolongada estación seca durante la cual cosechas, animales domésticos y seres humanos tienen que luchar contra el hambre, los sofocos producidos por el calor y la deshidratación. La primavera y el otoño ofrecen temperaturas intermedias y humedad suficiente para los pastos y el cultivo.

El pueblo tribual de Daghara, los el shabana, cultivan cebada, trigo y, en mucha menor cantidad, arroz. Los campos son preparados para su cultivo en otoño. Se aran las parcelas bajas y rectangulares con la ayuda del arado tirado por caballos. La siembra se realiza a base de esparcir gran cantidad de semillas sobre la tierra recién arada. Parte de las paredes de barro que rodean las parcelas son abiertas entonces para permitir riegos periódicos para los que se utilizan los canales preparados a tal fin. El cultivo del arroz requiere un abastecimiento permanente de agua (algo que en Daghara es cada vez más difícil de conseguir). En este caso los campos apenas son arados. Lo que se hace es inundarlos y pisotearlos para que el suelo sea lo más regular posible. La semilla del arroz, que se hace germinar previamente en lugares especiales, es esparcida luego por el arrozal, que es mantenido en permanente inundación hasta que llega el momento de la cosecha. A veces las mujeres tienen huertos al lado mismo de sus domicilios. Las familias tienen a veces palmeras datileras que proporcionan fruta en abundancia de la que se logra producir una sorprendente variedad de productos.

En el cultivo de los cereales no se escarda el terreno ni se aplican fertilizantes. Idealmente se dejan los campos en barbecho durante un año. Antiguamente, los grupos tribuales cambiaban de zona a medida que disminuía la fertilidad de los campos de un lugar. De esta manera las poblaciones rurales podían conservar pautas básicamente horticultoras a las que se había sumado el uso del arado y el regadío. Pero recientemente, los factores sociales y físicos han planteado nuevos problemas al campesino el shabana. La región de Daghara padece una salobridad gradual de sus tierras y, en consecuencia, y debido al débil drenaje, se han acumulado tantas sales minerales en la tierra que ésta va perdiendo cada vez más su fertilidad. La solución tradicional para este problema consistía en abandonar la zona empobrecida, pero últimamente los programas de registro de la propiedad de tierras han dado al traste con ese sistema. Debido a esto, el deterioro de la tierra de cultivo es ahora mucho más rápido y los pue-



LÁMINA 6. Mujer iraquí con un niño, habitantes de un poblado cercano a Daghara.

blos indígenas tienden últimamente a abandonar la agricultura para dedicarse al pastoreo o al trabajo asalariado en la ciudad.

El pueblo de Daghara es en muchos sentidos una muestra representativa de los grupos sociales y de actividades productivas de todo el sur de Irak. En este pueblo habitan grupos cuyo legado cultural es bastante similar, aunque con estilos de vida y disposiciones sociales bastante diferentes. Los el shabana son solamente un sector de este activo centro administrativo. Primero, por tanto, estudiaremos las relaciones de este sector tribual con las demás secciones étnicas de Daghara y la estructura jerárquica interna de los el shabana. Luego estudiaremos el estilo de vida de los hombres y las mujeres el shabana de forma más detallada.

La villa y sus habitantes. En Daghara habitan aproximadamente 3.000 personas, pero como centro administrativo su influencia alcanza a un total de 26.000. La zona poblada de la villa está atravesada por el canal de Daghara, tributario del río Eufrates y utilizado para el regadío local. Esta corriente de agua es en cierto sentido una frontera social. En la villa hay tres grupos principales de ciudadanos: los funcionarios del gobierno con sus familias, el pueblo del mercado o *suq* y los pueblos tribuales. Cada uno de los grupos se ve a sí mismo como un grupo exclusivo, social-

mente distinto y moralmente superior a los demás; cada uno de ellos se aísla espacialmente en el seno del núcleo urbano.

En 1958 Daghara tenía una cifra algo inferior a 100 administradores entre los que se contaban los policías, oficinistas, ingenieros, maestros y personal sanitario. La mayor parte de estos funcionarios vivían en la zona norte del canal, al este de la calle principal. Algunos de los ciudadanos con mayor educación y tendencia occidental, los *effendi,* ocupaban además la orilla sur que estaba frente a la que acabamos de describir. En la zona de la orilla sur se encontraba el club o lugar de reunión social de la clase de los *effendi,* que apenas si era una modesta estructura. Dentro del grupo de funcionarios había también subdivisiones sociales que se basaban sobre todo en la edad, veteranía y conocimientos. Los funcionarios más ancianos casi siempre carecían de formación occidental y constituían el sector más reaccionario desde el punto de vista político. De todo el personal administrativo éstos eran los que menos posibilidades tenían de ser enviados a otros lugares o de ser ascendidos. Los *effendi* de edad mediana, educados durante la ocupación británica, solían ocupar los puestos administrativos más elevados y eran los más interesados en el mantenimiento del *status quo.* Estos funcionarios, entre los que se contaban el alcalde y el médico de Daghara, solían viajar a lugares alejados, ciudades o pueblos, para sostener relaciones sociales con personas de posición similar. Los *effendi* más jóvenes y liberales eran en su casi totalidad los maestros que daban clases en las escuelas de Daghara, donde se practicaba la segregación de sexos. Aunque frecuentemente los educadores estaban entregados a las abrumadoras necesidades de la comunidad, la mayor parte de los funcionarios evitaba entrar en compromisos a fondo con los del mercado o los tribuales. Con la única excepción de los *effendi* más ancianos, todos los funcionarios podían confiar en obtener ascensos y posteriores traslados a otros núcleos.

Los pueblos del mercado también se concentran en la parte norte del canal Daghara, pero al oeste de la calle principal. Los comerciantes solían ir vestidos con su traje tradicional, el *dishdash,* que es una prenda larga parecida a la túnica. La filiación dentro de este grupo se fija fundamentalmente de forma patrilineal. Tanto sus viviendas como sus tiendas suelen encontrarse en pleno *suq.* Los tenderos y comerciantes se ganan la vida vendiendo al por menor telas y otros productos manufacturados que compran al por mayor en las grandes ciudades, o bien ofreciendo servicios como los de la herrería, a cambio de dinero o de productos. La ética de la competencia individual entre los pueblos del mercado es impopular e infrecuente; la ambición económica suele ser expresada preferentemente en forma de ampliaciones de la empresa familiar a otros *suqs* de poblaciones vecinas. Los comerciantes forman una agrupación de familias de carácter cerrado y endogámico y, como los *effendi,* se congregan por su lado para las relaciones sociales en los diversos cafés de la comunidad.

Pero, debido a su actividad económica, este grupo entabla relaciones secundarias con los miembros del sector de funcionarios públicos, y los del sector tribual. Los funcionarios compran los principales alimentos a los comerciantes prósperos del *suq* o a los tenderos más pobres que tienden su mercancía en el suelo junto al canal. Como los pueblos tribuales no logran producir excedentes en sus cosechas, dependen de los comerciantes del *suq* tanto para su aprovisionamiento de objetos como para la parte de alimentos que necesitan sobre todo en las estaciones improductivas y el período anterior a su cosecha. Las relaciones entre comerciantes e individuos de las tribus suelen ser por tanto las del acreedor y su deudor.

El grupo sobre el que se centra primordialmente nuestro estudio, los el shabana, forma un núcleo tribual instalado en la orilla sur del canal Daghara, que contenía en el año 1958 de 450 a 600 varones adultos. (Debido a que tradicionalmente se ha dado importancia fundamental al sistema patrilineal, ni las mujeres ni los niños son incluidos en el censo.) Los el shabana son una de las 12 tribus de la región que totaliza unos 5.000 varones adultos, y que se integran en una confederación de lazos no muy estrechos que se conoce por el nombre de El Aqra. Desde el punto de vista político, cada una de las tribus de la confederación cuenta con un jefe tribual. Uno de estos jefes ocupa la posición de jefe absoluto, el *ra'is* o «jeque principal» de toda la confederación. Cuando fue llevado a cabo el estudio particular, el jefe de la tribu el shabana, jeque Haji Mujid Atiyah El Sha'lan, ocupaba esta importante posición. Así pues, el sector tribual de los el shabana era el centro político y religioso de las actividades tradicionales de una amplia región. Allí, los hombres de la tribu el shabana se reunían con los de otras tribus El Aqra para todos los grandes acontecimientos culturales y rituales. Estas visitas periódicas eran interpretadas como signos de respeto y fidelidad a la autoridad del jeque, y servían para fomentar la cohesión de la tribu y de la confederación.

En la tribu el shabana, al igual que en otras unidades tribuales, la estructura organizativa es de tipo patrilineal, a la que se suma lo que los antropólogos llaman principio de oposición de segmentos. Dicho sencillamente, la filiación corre únicamente a través de los varones, pero además a cada nueva generación los hijos empiezan sus respectivos linajes en lugar de continuar el del padre. Lo típico es por lo tanto la pequeña familia patrilateral, agrupada junto con otras en casas en que los hermanos comparten ciertos derechos o recursos económicos. Los individuos conocen de memoria las relaciones entre linajes y sublinajes a lo largo de generaciones, y esto es lo que constituye la base sobre la que se asienta la alianza y cooperación en el seno de la tribu. En el pasado, la cercanía de parentesco tenía una dimensión espacial, pues, cuanto más estrecho fuera el parentesco entre dos varones, más cercanas estaban espacialmente las tierras cultivables sobre las que tenían derechos de explotación. Pero recientemente las leyes de registro de tierras y las sequías han desor-

denado las relaciones de los pueblos tribuales con la tierra. A finales del siglo pasado, el canal Daghara quedó seco temporalmente y muchos campesinos abandonaron sus tierras o las vendieron a bajo precio. Debido a ello, el jeque y sus hermanos son hoy dueños de las parcelas más grandes y fértiles. Estos hombres se han convertido en terratenientes, y la mayoría de los varones restantes son *fellahin,* es decir que alquilan la tierra que cultivan.

Los el shabana tienen un mundo cultural completamente distinto e independiente de los comerciantes y de los *effendi,* que representan al moderno estado iraquí. La noción de beneficio, central para los comerciantes, se opone a la concepción tribual del honor, que está basada en la generosidad y el valor. Los tenderos proporcionan a la población tribual los productos y servicios que ésta necesita, pero mantienen a los empobrecidos campesinos el shabana en un estado de constante dependencia económica. También los *effendi,* con su moderna preocupación por la política nacional y por la movilidad individual, así como por haber abandonado el vestido y las costumbres tradicionales, representan para los el shabana una degeneración de los principios morales antiguos. Las relaciones entre estos dos sectores han empeorado más todavía debido al ejercicio de una autoridad excesiva en los asuntos legales por parte de los funcionarios.

Pero, en general, los tres sectores de la comunidad de Daghara mantienen un equilibrio entre su mutua exclusión, su interdependencia y el respeto mutuo. El jeque el shabana y el *mukhtar,* que es el funcionario electo del mercado, son reconocidos por el gobierno iraquí, y tienen que ser consultados por el alcalde *effendi* en todas las cuestiones administrativas importantes. Los más destacados miembros de la comunidad comerciante pueden visitar el *mudhif* tribual, o bien, acompañados por los notables el shabana, ser recibidos en el club de los funcionarios. Quizás lo más significativo sea que los tres segmentos de la comunidad comparten la fe islámica y la celebración de sus rituales.

Hombres, mujeres y purdah. Resulta difícil analizar los retículos económicos, políticos o sociales de los el shabana —e incluso valorar la distribución física de la comunidad tribual— sin hacer referencia a la variable del sexo. Como en casi todas las culturas se piensa que los hombres y las mujeres son criaturas completamente distintas con temperamentos y capacidades dispares. Pero en Daghara, al igual que en gran parte del mundo islámico, estas diferencias son una profecía que tiende a cumplirse por su propia naturaleza, ya que son fomentadas no solamente por una separación conceptual de las conductas sino también por la auténtica segregación física de los sexos en la vida cotidiana. Las mujeres el shabana observan la prescripción religiosa del *purdah,* que las obliga a no mostrarse en público y prohíbe que sostengan libremente relaciones sociales.

La disposición del sector tribal de Daghara refleja en muchos sentidos esta dualidad. Las viviendas son casi siempre modestos edificios rectangulares con paredes de barro. Las casas se apiñan a lo largo de estrechas calles. Alrededor de cada casa hay un alto y sólido muro de barro que en su parte superior está generosamente cubierto de espinos. Estos recintos, con sus puertas bien guardadas por cerrojos, son como pequeñas fortalezas que impiden la entrada y las miradas de los extraños. Pero los tesoros que protegen no son casi nunca materiales, pues los el shabana son pobres y apenas tienen bienes muebles. Los muros tratan de defender la virtud femenina, y son un claro signo que marca las fronteras de su experiencia social y sexual. Las mujeres pasan su vida en un mundo de patios interiores y de habitaciones más distantes aún cuando hay visitantes varones. Los hombres, en cambio, centran sus actividades fuera de la vivienda, en las calles, el mercado, el *mudhif* del jeque y los campos que rodean Daghara.

Es tal la importancia dada por los varones a la reclusión de las hembras y su alejamiento de todo varón que es muy frecuente la utilización de recaderos que se encargan de llevar a cabo las salidas que debería realizar normalmente una mujer. Sólo las mujeres más pobres y dignas de lástima se aventuran a ir al *suq*. Hay, naturalmente, ocasiones en que las actividades domésticas, la presencia en los rituales religiosos o las visitas a sus vecinas, arrastran a las mujeres a la aventura de la calle. En estas ocasiones, y en todas las demás en que se encuentran presentes varones, las mujeres van completamente cubiertas de pies a cabeza por prendas de vestir que sólo dejan al descubierto los ojos. Estos largos vestidos negros, llamados *abayah*, de los que se desprenden rápidamente cuando están en su casa o celebran una reunión informal de mujeres, son un ingrediente imprescindible cuando están en presencia de varones.

Pese a su capacidad de ocultación, el *abayah* sirve, más que de reclusión portátil, de mecanismo de huida que permite pasar subrepticiamente de una situación social controlada a otra. Toda excursión de la mujer fuera de su casa debe ser aprobada con antelación por el varón, y la mujer debe dirigirse directamente al lugar prefijado. Se desconoce prácticamente la costumbre de los paseos de distracción por las calles o los campos vecinos por parte de las mujeres. Cuando una mujer va a uno de los campos de cultivo, siempre va acompañada por su marido u otros parientes varones de quienes depende su seguridad y su buena reputación.

Todas estas precauciones, desde los *abayah* hasta la reclusión detrás de puertas cerradas, tratan de regular la vida sexual de la mujer. El vestido cubre el cuerpo de la mujer y, simbólicamente, el orgullo del linaje. Como otras muchas sociedades patriarcales, los el shabana creen que sólo conservando la pureza sexual y social de las mujeres de una familia se podrá organizar un matrimonio adecuado y asegurar por tanto la continuidad del linaje. En esta sociedad, el requisito corriente de la virgi-

dad se amplía exigiendo además la ocultación de todo el cuerpo. No hay ningún tipo de noviazgo, y el nuevo marido tiene que esperar a la noche de bodas para recibir la sorpresa agradable o desagradable que le aguarda al levantar el velo de su novia. No hay en cambio ningún tipo de restricciones para la vida sexual de los varones ni antes ni después del matrimonio y, de acuerdo con la costumbre islámica, cada varón puede tener hasta cuatro esposas a la vez.

La enorme distancia entre la conducta introvertida de las hembras y la relativamente libre y extrovertida de los varones, caracteriza también otros contextos sociales. Está prohibido que se entablen conversaciones espontáneas y abiertas entre los sexos cuando se está en público. En esta situación también se prohíbe toda expresión de familiaridad o afecto entre los esposos. En la casa, las relaciones son paternalistas y reflejan los privilegios exclusivos que gozan los hombres en toda la cultura considerada globalmente. Las mujeres tienen que ser modestas y deferentes para con sus maridos. Por ejemplo, la comida se sirve en primer lugar a los varones, y las mujeres y niños comen lo que éstos han dejado. Las mujeres carecen de voz pública y no tienen otra posición legal que la implícita en su relación subordinada con un padre o marido. De hecho están alejadas de todas las principales actividades políticas de la comunidad. Durante toda su vida son consideradas legalmente como menores de edad, y quienes pretenden ser responsables de sus actos les prohíben el ejercicio de acciones independientes. El varón cabeza de familia tiene que dar su aprobación previa a actividades como la compra diaria, los desplazamientos, la instrucción educativa y, naturalmente, el matrimonio. Si una mujer no obtiene esa aprobación, o desafía deliberadamente una norma de conducta, es sometida a un duro castigo físico ejecutado por el padre o el marido, castigo que antiguamente podía suponer la muerte.

Así pues, ser una mujer entre los el shabana supone aprender una larga lección de condescendencia. Ambos sexos están convencidos desde la infancia, por medio de la instrucción y la observación de los comportamientos determinados culturalmente, de la oposición y contraste inevitable entre la naturaleza masculina y la femenina. En seguida pueden observar que los varones son los políticos, los guerreros, los trabajadores encargados de las tareas pesadas, y los sujetos de todas las transacciones económicas, y todo ello por el simple hecho de ser varones. En cambio, las mujeres tienden *naturalmente* a retirarse y son menos capaces de tomar decisiones y actuar independientemente, es decir, que carecen de las condiciones necesarias para aquel tipo de actividades. Dada su innata vulnerabilidad y su sentimiento de la modestia personal, no es raro que ninguna mujer se atreva a entrar en el peligroso mundo de los extraños... La segregación de los sexos es en consecuencia percibida como un arreglo de sentido común que sigue las leyes de la naturaleza, en lugar de ser vista como un sistema que mantiene una división del trabajo eficaz

o que establece un equilibrio de desigualdades. Estas teorías folklóricas, reiteradas incluso hoy en día por los científicos (véase Tiger, 1970 a), forman parte de nuestra herencia agricultural y constituyen ejemplos interesantes de cómo racionalizan las culturas las instituciones que les permite la adaptación.

Vista esta situación con criterios occidentales, puede parecer que los privilegios exclusivos gozados por los varones hacen que su conformidad a su cultura sea una tarea fácil y placentera. El dominio social, político y económico parece más fácil de aceptar que la sumisión en todos los órdenes. Pero sería una equivocación decir que los varones el shabana son unos tiranos, o que sus esposas, hermanas e hijas son sus pisoteados subordinados. Las mujeres no dan la sensación de sentirse oprimidas por los hombres ni por los requisitos del *purdah,* sino que más bien parecen gozar de la compañía de otras mujeres en la seguridad y comodidad que les ofrecen las puertas cerradas y los vestidos que las ocultan. Porque los varones tienen, al lado de sus privilegios, unas responsabilidades: son quienes tienen que cavar las zanjas para el regadío, arar los campos, cuidar y vender el ganado, pagar las deudas de la familia, defender el honor del linaje e ir a la guerra. Son responsabilidades tan grandes que el dominio se convierte en una posición meramente honorífica en lugar de ser una concesión social; responsabilidades tan temibles que los altos muros de barro dan un aire de agradable cerrazón a las actividades domésticas, de cuidado de los hijos y de relación social de las mujeres.

Productores y transformadores. Como hemos visto, los el shabana creen que las categorías de hombre y mujer son muy opuestas y que para unirlas es necesario un puente formado por una complicada etiqueta. Estas pautas de conducta son establecidas por su cultura para subrayar y conservar la monopolización de las principales actividades políticas, sociales y económicas por parte de los varones y de los grupos de parentesco centrados en torno a ellos. Es importante señalar aquí que la desigualdad en situaciones productivas, sea entre los sexos o entre grupos sociales y étnicos, puede tener valor como medio de adaptación que permite la supervivencia y la perpetuación de una sociedad dada en un momento determinado de su historia.

Ahora bien, ¿es cierto que los hombres monopolizan *todos* los papeles culturales importantes en las sociedades agrícolas? ¿Es cierto que las mujeres solamente se dedican a los trabajos domésticos, y a la producción y cuidado de los niños? Estas tareas son desde luego importantes, pero las responsabilidades y contribuciones económicas de las mujeres el shabana son considerables y van más allá de la simple conservación y puesta en marcha de la vida casera. En el cultivo de los principales cereales, los hombres controlan la distribución de los derechos a la explotación de la tierra y del uso del agua, y se encargan completamente de cavar zanjas

y conservar el sistema de regadío y de la supervisión general de los campos cultivados. Pero no se prohíbe a las mujeres y los niños que trabajen en el campo, y de hecho se recurre a ellos a veces para la siembra y la cosecha. Además, las verduras son cultivadas casi exclusivamente por las mujeres, que tienen pequeños huertos dentro del recinto amurallado de sus viviendas.

Así pues, las mujeres tienen un papel que desempeñar en las funciones productivas primarias. Pero en lo que se refiere a los principales cereales, su entrada en el ciclo productivo se hace primordialmente *después* de la cosecha. En general, las necesidades de transformación de las materias primas en las sociedades agrícolas exigen una inversión de tiempo mucho mayor que en los pueblos horticultores o recolectores. La producción de los pueblos agrícolas incluye siempre granos que deben ser trillados, lavados, aventados o molidos hasta ser convertidos en harina antes de poder ser utilizados. Aunque estas tareas también recaen sobre los pueblos horticultores que siembran cereales, las sociedades que emplean técnicas de cultivo intensivo suelen tener unas cosechas mucho mayores y por tanto el volumen de labores posteriores a la siega es también mucho mayor. La reducida movilidad y la limitada estación de cultivo de los pueblos agrícolas hacen que éstos tengan gran interés por almacenar alimentos para su posterior utilización. De este modo, aunque se ven liberadas de sus anteriores responsabilidades productivas, las mujeres de las sociedades agrícolas tienen que encargarse del trabajo de transformar las materias primas producidas por el cultivo en bienes utilizables. La producción agrícola es un proceso de dos fases en el que además de la recogida de los cereales segados hay que llevar a cabo las operaciones que permitan su ulterior transformación en una serie de productos almacenables, antes de pasar a la preparación de la comida y su consumo.

Si entre los cultivadores intensivos los varones son los principales productores, las mujeres son las manufacturadoras. Entre los el shabana, Fernea (1965, 216) habla de la limpieza del arroz y la preparación de la harina como de una «sempiterna tarea» encargada a las mujeres. Hay además algunas verduras como la *okra* que deben ser tratadas antes de su utilización como alimento en el futuro, mientras que los dátiles son secados o bien utilizados para producir jarabe y vinagre. Las mujeres son también las encargadas de producir bienes manufacturados no comestibles. Por ejemplo, después de haber esquilado a las ovejas, las mujeres lavan la lana en el canal de Daghara y luego la llevan a la casa donde se dejará secar. Después se hila la lana, y el hilo obtenido se teje hasta hacer telas. Cuando estas tareas aparentemente interminables se combinan con los acontecimientos cíclicos del embarazo, el parto, el cuidado de los niños, y se añaden el lavado de la ropa, la limpieza y la preparación de la comida, da la impresión de que las mujeres el shabana no tienen apenas tiempo libre para salir de su domicilio, explorar vías de autoexpresión

o establecer relaciones sociales. Pero la complementariedad misma de los papeles económicos de mujeres y hombres dicta cierto paralelismo en los ciclos de trabajo y descanso. Por ejemplo, tanto el trabajo de cultivo como el de transformación de los productos del campo están irregularmente distribuidos a lo largo de la temporada anual de cultivo. Además, la gran mayoría de los hombres y mujeres trabaja *individualmente* en sus tareas respecitvas. Así pues, *ambos* sexos tienden a experimentar fluctuaciones diarias, semanales y mensuales en su actividad laboral y sus oportunidades de relación social.

Aparte de las tareas económicas realizadas por las mujeres en casa de sus maridos, algunas desarrollan ciertas actividades independientes a pequeña escala. Por ejemplo, había en Daghara una mujer especializada en batir leche para preparar mantequilla, y otras que se dedicaban a criar corderos y gallinas. Otras combinaban los ingresos económicos con la actividad social y el talento individual. Las mujeres diestras en tareas como coser, bordar o hacer ganchillo, eran contratadas por otras para hacerles *abayahs,* prendas decorativas de vestir o cubrecamas. Había en Daghara además una famosa tatuadora que a cambio de un precio adornaba el cuerpo de las mujeres jóvenes con dibujos provocativos. Los especialistas religiosos o *mullahs* dirigían las plegarias de las mujeres durante los días santos musulmanes y eran compensados por sus servicios, distinguiéndose de los demás por su excéntrica personalidad. Pese a la dependencia legal de sus maridos y padres, vemos que las mujeres el shabana gozaban de cierto grado de independencia económica para realizar actividades extradomésticas. Estas actividades son limitadas en cuanto a su alcance y tienen que ser forzosamente secundarias en cuanto a tiempo empleado en ellas en relación con el dedicado a las labores de la casa. Pero esta oferta de servicios servía de todas maneras de foco de las relaciones sociales entre las mujeres.

Una segunda forma de alejamiento de la impotencia económica general impuesta a las mujeres consiste en la acumulación de joyas. El padre, el novio o el marido de una mujer pueden regalarle brazaletes y ajorcas, collares y pendientes de oro. Elizabeth Fernea averiguó la importancia de las joyas en sus primeros encuentros con las mujeres que integraban el harén del jeque:

> Pregunté a Selma cuánto costaban las ajorcas que llevaba en los tobillos.
>
> —Cuarenta libras —me contestó con orgullo— cada una.
>
> Entonces sacó la aguja que las sujetaba para que pudiera verlas. Posiblemente pesaban 400 gramos cada una.
>
> —Es todo de oro —añadió.
>
> Las mujeres empezaron a señalar cada una sus propios collares y brazaletes, explicándome cuánto costaban y diciéndome el nom-

bre de cada uno en lengua árabe. Posteriormente calculé que Selma llevaba encima de su cuerpo oro por valor de 1.000 dólares. Ella me dijo que todas las joyas que llevaba se las habían regalado su padre y el jeque, y repetía:

—Es mío, todo esto es mío.

Luego averigüé que su afirmación era totalmente cierta. Las joyas de una mujer son su seguro individual contra los desastres, y la comunidad puede actuar contra los hombres que tratan de hacerse con el oro de sus mujeres (Fernea, 1965, 33).

La cantidad de oro acumulada varía considerablemente según la posición socioeconómica de la persona. Selma, la esposa favorita del jeque, tenía una dotación de oro especialmente buena, pero la mayor parte de las mujeres el shabana eran menos afortunadas. Amina, una muchacha esclava que también vivía en la residencia del jeque, procedía de una familia muy numerosa y extremadamente pobre. A los quince años había sido casada con un hombre anciano que a su muerte no le dejó más que la ominosa perspectiva de regresar a casa de su padre y vivir en la miseria. Pero el jeque la compró, la instaló en su casa, y la vida de Amina fue feliz. Sin embargo, en una ocasión se quejó ante nuestra informadora con estas palabras: «Si tu esposo es muy amable, sácale todo el oro que puedas cuando todavía eres joven... No se sabe nunca qué puede ocurrir» (Fernea, 1965, 74). Respecto al oro, Fernea era para las mujeres de la comunidad una auténtica rareza. Lo que sorprendía era que si su marido tenía suficiente riqueza para contar en su casa con objetos de lujo como una radio y una nevera, no hubiera decorado a su esposa con abundantes joyas. Esto fue lo que preguntó a Fernea la tatuadora y embellecedora de Daghara:

Contesté que tenía en América algo de oro pero que me lo había dejado por miedo a perderlo en el viaje a Irak.

—Llévalo puesto, llévalo, tonta —replicó Qanda—, ¿de qué te sirve tenerlo lejos de ti?

Luego me lanzó un sermón corto e intenso sobre el valor del oro como adorno, pero también, y sobre todo, sobre la necesidad que toda mujer tiene durante su vida de contar con oro, pues es el único seguro que tiene en caso de que su marido muera, la abandone o se divorcie. Hacía mucho tiempo que no oía explicar con tanta elocuencia la teoría de que «los diamantes son los mejores amigos de una mujer»... (Fernea, 1965, 134).

La posibilidad de que una mujer caiga en la pobreza después de haber sido abandonada por su marido es algo que en el sector tribual de Daghara causa verdadero miedo. Las posibilidades de volver a casarse (y

con ello de restablecer la complementariedad económica) son limitadas, y las viudas, divorciadas o esposas sin marido tienen que ser muy emprendedoras si quieren sobrevivir. Las mujeres pueden además vender sus joyas de oro para dar educación a sus hijos, sobre todo cuando alguno de ellos ha perdido el beneplácito de su padre.

Si tuviéramos que resumir el papel económico de las mujeres en la sociedad el shabana, el que sus tareas complementen las de los varones y la dependencia mutua de los sexos es lo que debería ser señalado como fundamental. En lo que se refiere a propiedades de tierras o derechos de su utilización para el cultivo, las mujeres no tienen posibilidad alguna de conquistar ni uno ni otro, y dependen por tanto de los hombres para el suministro de materias primas. Las mujeres sin marido tienen que gastarse sus ahorros o lanzarse con entusiasmo a empresas extradomésticas para poder adquirir productos alimenticios. Pero los varones dependen también de las mujeres, que son las encargadas de la transformación de las materias primas producidas por el cultivo y de la manufacturación de objetos imprescindibles, aparte de la realización de las tareas domésticas. Aunque nuestros informadores no citan estadísticas, de sus explicaciones se deduce que es muy raro el caso de solteros o viudas que vivan solos, pues el matrimonio, sea el primero o no, es facilitado en gran manera por la costumbre de que sean los varones quienes tengan la iniciativa en la creación de parejas. Como hemos visto, las mujeres pueden incrementar su valor económico dedicándose a servicios o empresas extradomésticas. Aunque los bienes de cada vivienda están en su mayor parte bajo la supervisión de los varones que son cabeza de familia, las mujeres acumulan bienes muebles en forma de oro, cuya posesión y derechos de venta son inalienablemente suyos.

Detrás del abayah. La desigualdad de hombres y mujeres parece calar todas las relaciones entre miembros de uno y otro sexo. Esta situación fomenta la aparición de vínculos *internos* en cada uno de esos grupos. Ahí radica quizás la clave que nos permitirá comprender el carácter adaptador de esas relaciones tan alienantes entre los miembros de un sexo y los del otro. El sistema cultural el shabana necesita y perpetúa la vinculación de los varones en una zona en que se aplican técnicas de cultivo intensivo y donde, hasta hace muy poco, había gran competencia por la obtención de recursos. Se trata de un sistema que logra conservar eficazmente la dicotomía dentro-fuera de los papeles sexuales, tan crucial para la adaptación agrícola. Los varones, social y políticamente vinculados por los retículos de parentesco, adoptan las principales responsabilidades respecto a la producción de los alimentos básicos, la distribución de la riqueza y el mantenimiento de unas relaciones de poder favorables.

No hay por qué extrañarse, por lo tanto, de que en tales sociedades los antropólogos hayan tomado las actividades de las mujeres como algo

simplemente secundario, o que hayan presumido que los maridos-padres forman el centro de la identidad y las relaciones sociales de las mujeres. Sin embargo, es frecuente que la adaptación agrícola sitúe *tanto* a hombres *como* a mujeres en unidades sociales homogéneas y de gran cohesión. Las experiencias comunes de varones y hembras suelen limitarse frecuentemente a las funciones especiales de la casa. Estas relaciones, aunque sean esenciales para la complementariedad económica y para la reproducción, no son primordiales en relación con los grupos de referencia básicos de *ambos* sexos. Por decirlo de otra manera, la familia conyugal es un punto en el que se articulan los mundos del varón y de la hembra, pero no es el grupo social central de ninguno de los dos.

Sistemas culturales como el shabana fomentan así la creación de redes sociales de cada sexo por su lado, y éstas son las estructuras más importantes, por encima de las que comunican a los dos sexos. Es tan probable que estas pautas vinculadoras aparezcan entre mujeres como entre hombres.

Para los occidentales, la reclusión forzosa de las hembras puede hacer pensar en imágenes de sombría soledad en un interminable abismo de pesados trabajos domésticos. A falta de sistemas de fontanería, de aparatos modernos, y en muchos casos incluso de electricidad, la mujer el shabana tiene que trabajar duramente. Además, las mujeres son en su casa, aparte de obreros manuales, individuos socialmente inferiores. Pero el mundo de las mujeres se extiende mucho más allá de los límites del domicilio para penetrar en una rica cadena de relaciones entre semejantes. Las mujeres aprenden a comprenderse a sí mismas tanto en este último contexto como en sus más limitadas relaciones con los varones.

Uno de los fundamentos de la solidaridad entre las mujeres que viven ocultas tras el *abayah* es precisamente la obligación de permanecer recluidas. Desde una edad muy temprana se estimula a las muchachas a que tengan relaciones afectuosas y abiertas solamente con mujeres. Los ambientes físico y social deben ser divididos en masculinos y femeninos, estructurados y no estructurados, adecuados y no adecuados. El mundo que está dentro de las paredes de barro y bajo las prendas de vestir que ocultan el cuerpo es el escenario de la laboriosidad, la camaradería y la autoexpresión. Al otro lado de estas fronteras hay un enorme campo de experiencias a la vez fascinante y peligroso en potencia. Las chicas y las mujeres se congregan junto a agujeros estratégicamente situados en las paredes del patio para mirar un objeto de interés y se escabullen rápidamente cuando el sonido de una puerta amenaza una penetración en el recinto.

El sentimiento de modestia personal y vergüenza que fomenta y conserva la segregación de sexos no es sin embargo un rasgo exclusivamente femenino. Si un varón se presentara tan inesperadamente como para verse frente a una mujer sin el velo puesto, también él se sentiría azorado. Se dice que los hombres ni siquiera hablan de mujeres en público; ese tipo

de comentarios está considerado como inadecuado. La incomodidad que muestran los hombres el shabana cuando el perfil de una mujer queda a la vista o expuesto donde hombres y mujeres sostienen relaciones libres es ilustrada por un incidente relatado por el jeque. Este, sin duda el hombre que más había viajado y también el más moderno de toda la tribu, se vio forzado a escapar de un hotel que se había incendiado cuando él pasaba unas vacaciones en Chipre. Fernea cuenta:

> Empujados escaleras abajo hasta el césped, los cuatro árabes fueron saludados por un espectáculo tal que Haji dijo a Bob que nunca lo había olvidado. Todos los huéspedes del hotel se habían reunido en el césped vestidos con lo poco que habían podido recoger en su rápida huida del edificio en llamas. Algunos no llevaban casi nada. Aquellos hombres y mujeres semidesnudos conversaban y bromeaban juntos, y Haji, que procedía de una sociedad en la que hombres y mujeres que no se conocen *nunca* hablan entre sí, y donde las mujeres lo llevan todo tapado menos los ojos, encontró la escena muy inquietante. Al final se apagó el fuego y, debido a que los daños habían sido escasos, los huéspedes volvieron a sus habitaciones. Pero para Haji aquello fue suficiente. A la mañana siguiente hizo las maletas y regresó al Líbano (1965, 174).

Pero para las mujeres, la falta de decoro social o sexual tiene consecuencias mucho más graves que el desconcierto o el azoramiento temporales. El mantenimiento de la pureza sexual, la modestia personal y los buenos modos es una cuestión grave porque son las mujeres las responsables últimas de toda familiaridad indebida. De este modo, el *abayah* oculta las partes del cuerpo que son en potencia provocativas, y la prohibición social de toda conversación entre varones y hembras que no se conozcan impide que se inicien relaciones fortuitas. La movilidad de las mujeres, tan restringida durante el día, es totalmente prohibida después del crepúsculo, con excepción de las ocasiones en que acuden a cumplir obligaciones rituales. Muchas de las tentaciones y oportunidades para el establecimiento de relaciones prematrimoniales y extramatrimoniales quedan de esta manera culturalmente eliminadas. Pero como es lógico, a veces se infringen estas reglas. Las jóvenes, aunque permanezcan sexualmente castas, pueden acudir subrepticiamente por calles oscuras hasta el lugar donde espiarán algún acontecimiento que se les ha prohibido presenciar. En ocasiones tales como el ceremonial de un matrimonio, mujeres de todas las edades pueden exponerse a los castigos a cambio de echar una ojeada a este complicado espectáculo:

> En el callejón estuvimos a punto de chocar con una persona cubierta con un velo negro que resultó ser Samira, la hija del je-

que. Ella y Laila rompieron a reír ante la coincidencia tan cómica de su encuentro.

—Cuidado con las caídas —dijo Laila con una risita sofocada al tiempo que empujaba a Samira hacia el lado de la calle.

Samira fingió gritar y se apretó contra la pared de la casa más cercana. Aquello provocó más risas, que siguieron hasta que Laila nos hizo callar.

—Chitón —dijo ella con firmeza—. Tenemos que callarnos. El jeque no sabe que Samira ha salido, pero esta noche los guardias harán la vista gorda para que todas las mujeres puedan ver el baile. Alwiyah también ha salido; son las más valientes.

Nos cogimos de la mano y avanzamos con el resto de la gente que se dirigía hacia el *mudhif,* guiados por un resplandor amarillo que reflejaba el cielo por encima de los techos planos de las casas. En algún lugar, un burro levantó la cabeza y rebuznó furiosamente; Samira se me agarró y gritó; otra vez nos echamos a reír. Se oían muchas risas entre la muchedumbre que avanzaba con nosotras: risas agudas de los niños y también risas más graves de viejas que volvían a experimentar, aunque esta vez sin tensiones ni dolor, la excitación de su propia noche de bodas, ocurrido mucho tiempo atrás (Fernea, 1965, 143-44).

La sociedad espera que se produzcan estas violaciones de la reclusión impuesta a las mujeres, y a menudo el castigo que reciben las recalcitrantes es un puro formulismo. Pero las transgresiones que tienen resultados negativos en el carácter de una mujer son verdaderamente graves. Fernea (1965, 256-66) habla de uno de estos incidentes graves que presenció una vez que salió con Laila, sobrina del jeque, a dar un paseo por el campo con la maestra de la muchacha, el primo de ésta y el conductor. De acuerdo con las costumbres sociales, las mujeres iban sentadas en el asiento trasero del automóvil y no sostuvieron ningún tipo de conversación con los hombres. Las tres mujeres fueron dejadas en un lugar de la carretera para que dieran un paseo y luego fueron recogidas por el primo y el conductor y regresaron a casa. Lo que había parecido simplemente una agradable excursión se convirtió pronto en una pesadilla. Mohammed, el muchacho que servía en su casa a los Fernea, y que siempre se mostraba muy serio, riñó muy excitado a nuestra informadora por su conducta y empezó a decirle cuáles podían ser las consecuencias posibles del paseo de aquella tarde:

—Mire, usted es extranjera y aunque usted no desea, imagino, echar a perder su buen nombre, no tendrá que vivir aquí toda su vida. El primo de la maestra en un hombre muy malo; es un bebedor y un jugador y va con malas mujeres en Diwaniya.

—...Laila está en peligro, de verdad —dijo—. Si alguien —hizo una pausa y repitió—, si alguien llegara a saber que fue a pasear en coche con un extraño y soltero sin que hubiera ningún hombre de su familia con ella, podrían matarla. Su padre tendría que hacerlo para salvar el honor de las demás mujeres de la familia. ¿Entiende?

—...¿Qué puedo hacer, Mohammed?

—Tiene usted que negar que Laila fue al paseo con usted. Diga que fue una prima de la maestra. Yo sé que Laila fue, y también lo saben algunos de los niños que les vieron salir a ustedes, pero yo diré que no la vi y los otros harán lo mismo porque a todos nos agrada Laila (Fernea, 1965, 261-62).

De este modo, la mentira se convirtió en la versión oficial de lo ocurrido aquella tarde, con lo cual Laila se salvó como mínimo de una fuerte paliza, que era el menor castigo que le hubiera impuesto su padre. Este advirtió a Robert Fernea de lo grave que era dejar que su esposa saliera con un tipo como aquél. Elizabeth Fernea, que había puesto en un compromiso tanto a su marido como a Laila, tuvo que aceptar sumisamente las reprimendas que le dirigieron las hermanas de Laila. Aunque en cierto sentido el pueblo de la localidad sabía que Laila había participado en la excursión, el silencio de Mohammed y el apoyo unánime dado por todas las mujeres que hubieran podido acusar a la muchacha fueron suficiente para negar la grave falta cometida por ella. Laila aprendió la lección, y después de que nuestra informadora volviera a negar la participación de Laila en la excursión, en una última declaración ante las mujeres del harén, el asunto quedó oficialmente olvidado.

La necesidad de conservar la pureza de las muchachas solteras está relacionada con la estricta exigencia de virginidad para las muchachas que van a contraer matrimonio. Como señalamos anteriormente, la novia debe conservar el misterio que le rodea en todos los terrenos, ocultando incluso los rasgos de su rostro con la excepción de los ojos. Pero las chicas suelen conocer la identidad y características físicas de su futuro esposo incluso cuando son solamente unas niñas. Los matrimonios de los el shabana son organizados generalmente entre hijos de hermanos. Es frecuente que en estas uniones se realice un intercambio hermano-hermana, es decir que suele ocurrir que dos primos varones se casen cada uno con la hermana del otro. De esta manera se elimina la necesidad de pagar un precio por la novia al producirse una entrega recíproca de mujeres. Esta costumbre se debe a que en esta sociedad el precio que habría que pagar por una novia es tan importante que acumular los bienes necesarios para el pago sería un obstáculo importante para el matrimonio. De todas formas, la futura novia apenas si tiene control alguno en la elección del que será su pareja. El novio tiene que ser un muchacho que tenga la

aprobación de la madre; el padre se encarga de la negociación del compromiso. A veces una joven novia se entristece muchísimo al verse prometida a un hombre anciano o a alguien que vive en algún lugar apartado y que la alejará después de la boda de la casa donde nació y donde viven quienes fueron sus amigas de la infancia. Las uniones entre primos, sin embargo, se llevan a cabo con gran antelación. Esta conversación tuvo lugar entre Elizabeth Fernea y Laila:

> —¿Te gustaría casarte con tu primo? —le pregunté—. Y tu hermana mayor Sanaa, ¿quiere casarse con su primo?
>
> Laila pareció sorprendida.
>
> —Claro —me dijo—. Sanaa se casará con Ahmar, el hijo del jeque Hamid. Sabe desde siempre que se casará con él y está enamorada de él hace años.
>
> —Pero, ¿cómo puede estar enamorada de él si no le ve nunca? —le pregunté—. Tu padre fue el que arregló el matrimonio, ¿no?, y ella tiene que esperar a la noche de bodas para estar con él por vez primera, ¿no es cierto?
>
> —Sí, sí —dijo Laila con impaciencia—, pero Sanaa conoce a Ahmar desde que era un bebé. Jugaron juntos hasta que Sanaa tuvo que empezar a ponerse el *abayah* y quedarse en casa sentada. Pero ella siempre vigila cuando sabe que él ha de venir a casa. Siempre le hacemos bromas sobre él. —Me miró extrañada—. Claro que quiere casarse con él, ¿con quién si no iba a querer casarse? (Fernea, 1965, 158).

Una vez negociado el compromiso matrimonial entre los futuros consuegros, la futura novia puede recibir regalos de oro de su novio y comprarse joyas con la dote formada por lo que han dado para ella sus amigas y las mujeres de su familia. Todas estas joyas se las pondrá la novia el día de su boda. Antes de que empiece la ceremonia la novia es virtualmente exhibida en casa de sus padres ante las amigas y parientes de la familia. Generalmente la novia está sentada sobre una tela blanca especial y vestida con las mejores prendas que puede pagar la familia. El maquillaje lo realiza la tatuadora de la zona, que además añade algunas veces diseños en sus pantorrillas, nalgas, pechos y otras zonas del cuerpo. Si la novia no tiene que irse a vivir a una localidad alejada, también se exhibe ese día el lecho nupcial en el que se consumará el matrimonio. Las mujeres conocidas por la novia se reúnen para beber agua, fumar cigarrillos, animar y alabar a la joven y sus joyas, y calcular cuál será la reacción del marido cuando levante el velo por primera vez.

Al mismo tiempo que la novia es objeto de revisión, los padres del novio dan comida y entretenimientos a los amigos y parientes de la familia. Cuando los varones de la familia del futuro marido terminan su

festejo, empieza la actuación de músicos y bailarines. La culminación del espectáculo llega cuando aparece un bailarín vestido con ropa de mujer, cuya danza está basada sobre todo en frenéticos movimientos de la pelvis que simbolizan la actividad sexual que aguarda a la nueva pareja. El espectáculo termina con la llegada del *mullah,* el hombre santo encargado de celebrar la ceremonia, que lleva a los varones al canal para realizar las abluciones rituales, y se dirige luego con ellos a casa de la novia. El novio y el *mullah* entran en el recinto, ocupado ahora solamente por la novia y las madres de los novios. Es interesante que, después de haberse pronunciado las palabras de entrega y una vez firmados los documentos, las suegras permanezcan en la cámara nupcial para ser testigos de la consumación sexual del matrimonio. Esto, según la costumbre de los el shabana, debe hacerse a fin de comprobar la virginidad de la novia.

En una ocasión, Elizabeth Fernea y algunas amigas se ocultaron, aprovechando la oscuridad, en la entrada de la casa de una novia justo cuando la consumación del matrimonio estaba a punto de ocurrir. Fernea da la siguiente descripción de lo que pasó a continuación:

> El mullah salió.
>
> —Creo que ya está con su mujer —dijo Laila.
>
> El redoble de tambores continuaba y la muchedumbre se movía inquieta, susurrando y charlando.
>
> —Le está costando bastante rato —musitó una vieja dama—. ¿Qué le pasa al novio, está enfermo?
>
> —Chitón —dijo con firmeza Sherifa—, cuidado con lo que dices.
>
> Pero la anciana siguió refunfuñando. Pasaron los minutos y la muchedumbre dejó de hablar. Seguía redoblando el tambor.
>
> Se oyó un fuerte grito en el interior de la casa, y al cabo de pocos minutos apareció sonriente el novio. Después de una triunfal descarga de disparos de fusil, los amigos y parientes del novio se apretujaron para acercarse a él y darle la mano. Las mujeres entraron en el recinto para felicitar a la novia, que tenía que quedarse en su habitación y ver cómo se mostraba la sábana ensangrentada a la madre y a la suegra de la esposa, como prueba inequívoca de que la muchacha era virgen y por tanto una novia como debía ser (Fernea, 1965, 147-48).

Después de la boda, la novia pasa a residir junto a los parientes de su marido que, en caso de matrimonio entre primos, significa solamente cambiar de edificio dentro de un mismo grupo de viviendas. De este modo la novia puede conservar los vínculos que tenía con las mujeres de su propio linaje y sus amigas de juventud. Pero, ahora que han terminado los largos años durante los cuales la joven no podía establecer relaciones con miembros del otro sexo, ¿no pasan las relaciones conyugales a

ocupar el centro de su vida? Aunque puede darse una situación en que los esposos se tienen gran afecto, sus relaciones personales son limitadas y giran principalmente en torno a la comida y la sexualidad. Pese a lo estricto de la exigencia cultural de castidad y abstinencia sexual antes del matrimonio, los el shabana no creen que la mujer sea frígida por naturaleza. Por el contrario, se estimula a las hembras desde pequeñas a que piensen en las futuras posibilidades de relaciones sexuales con gran ilusión:

> La pasión era importante; las mujeres casadas solían reírse bajito y decir a las solteras que todavía tenían que llegar a saber lo divertido que puede ser dormir con el marido.
> —¿Siempre? —pregunté yo.
> —Claro —contestaban ellas—. ¿Cómo íbamos a poder amarles si no nos gustara acostarnos con ellos?
> Yo pensé para mí que verdaderamente sólo podía ser así, ya que las mujeres casadas solamente veían a sus maridos cuando les servían la comida y a la hora de acostarse (Fernea, 1965, 186).

Vemos pues que para una mujer la relación conyugal le permite buscar el placer y obtener aprobación social. Pero su posición respecto a su marido es de subordinación y desigualdad, pues ella está a su servicio, y recibe a cambio compensaciones materiales y sentimentales. En este contexto doméstico, una esposa puede recibir el aplauso por su destreza en la artesanía, el mantenimiento de la casa y sobre todo la preparación de la comida, pues, de acuerdo con la costumbre árabe, ella tiene que ser la anfitriona de todos los huéspedes.

Pero las esposas deben además dar hijos. Cuando un matrimonio no tiene hijos la responsabilidad recae siempre sobre la mujer, y este hecho es razón suficiente para conseguir el divorcio. Al igual que en la mayor parte de las sociedades patrilineales, la mujer quiere sobre todo satisfacer el deseo de su marido de tener un hijo varón que prolongue el linaje de su padre. Los hombres que han tenido solamente hijas son objeto de bromas, y esto influye en la estima que un hombre tiene por su esposa. En el mundo de los varones, las hijas son como mucho una bendición a medias. Aunque son apreciadas por su contribución a las labores domésticas y por su valor de cambio en el matrimonio, a la larga abandonarán la casa donde nacieron y dejarán de aportar cosas valiosas a su padre. Nuestra informadora quedó muy sorprendida cuando su amiga Laila, una de nueve hermanas, reiteró con mucha fuerza esta preferencia por los hijos varones: «Lo mejor son los chicos. Ellos pueden cuidar a su madre cuando envejece. ¿De qué sirven las chicas?» (Fernea, 1965, 294). Sin embargo, existe un fuerte vínculo entre madres e hijas, vínculo que,

como el existente entre padres e hijos, se basa quizás en el intemporal narcisismo de la autoduplicación.

Por lo tanto, los motivos que llevan a una recién casada a desear un embarazo inmediato son bastante complejos. Los niños, por un lado, ayudarán a reafirmar el matrimonio y proporcionarán una cierta seguridad frente a la posibilidad de divorcio. La producción de varones, futuros herederos, también ganará el favor de su marido. Sería un error, pues, creer que el deseo de las mujeres de tener hijos es solamente un intento altruista de mejorar el prestigio social de su marido. Los papeles de esposa y madre son para la mujer sus fuentes principales de seguridad económica y social. Conservar el marido es imprescindible para conservar la complementariedad económica, y satisfacerle es obtener la promesa de regalos bajo forma de oro u otras formas de riqueza acumulable. Las hijas suponen una reencarnación social en la siguiente generación, y los hijos permitirán obtener la ayuda necesaria y quizás el honor en la ancianidad.

Como las relaciones de los hombres con sus esposas e hijos son limitadas, la familia matricéntrica es una unidad de educación muy importante y una célula básica en los retículos sociales más amplios de las mujeres. Como hemos visto, la reclusión forzosa segrega a las mujeres de los hombres, pero no a las mujeres entre sí. El hecho de que sean tan limitadas las relaciones entre los miembros de ambos sexos contribuye ciertamente a lanzar a las mujeres a unas relaciones más intensas con los demás individuos de su propio sexo. Fernea observa:

> ...las amistades entre mujeres eran mucho más importantes e intensas en esta sociedad segregada que en la nuestra. Como los hombres pasan la mayor parte del tiempo alejados de las mujeres, éstas dependen una de otra tanto para estar acompañadas como para obtener apoyo y consejos. El hombre puede ser un padre amable, un buen hermano y un marido enamorado, pero en El Nahra [Daghara] casi nunca era un compañero. Nunca oí hablar a una mujer sobre su actitud emotiva en relación con su marido, su padre o su hermano, pero en cambio se pasaban muchas horas discutiendo sobre la infidelidad o la indiferencia de sus amigas. Naturalmente, estas amistades eran especialmente importantes para las mujeres solteras, sin hijos o viudas, pero incluso mujeres casadas con muchos hijos tenían amigas íntimas a las que dedicaban poemas o para las que preparaban pasteles especiales (1965, 255).

Al principio de su estancia en Daghara, nuestra informadora fue objeto de curiosidad, bromas y compasión por parte de las mujeres tribuales. Su deseo de compañía aumentó ante el rechazo que experimentaba cuando la visitaban muy de vez en cuando algunas mujeres, y le pareció al principio que iba a ser una proscrita. Al igual que los extranjeros en

todas las culturas, Elizabeth Fernea fue víctima de los puntos de vista etnocéntricos de las personas en cuya vida se había entrometido:

> —Pobre mujer —dijo Kulthum, resumiéndolo todo.
> No era madre, no tenía hijos, no tenía el cabello largo, era delgada como un palo, no sabía cocinar el arroz y ni siquiera poseía oro. Debí parecerles una persona digna de lástima. Volví a reírme de mi imagen. ¿Qué combinación de caridad y piedad las había convencido y decidido a aceptarme? (Fernea, 1965, 316).

Sólo posteriormente averiguó que su poco dominio del árabe en sus primeros días de residencia había llevado a muchas mujeres a dudar de su inteligencia y a preguntarse si su compañía era o no recomendable. Entre las mujeres se aprecia mucho la agudeza, y la capacidad de hacer chistes es un elemento de la conversación muy alabado. Pero cuando las mujeres empezaron a buscar su amistad y logró ser recibida por una sobrina del jefe, Elizabeth Fernea consiguió penetrar por fin en los grupos de mujeres. A partir de entonces sus actividades diarias y su experiencia personal quedaron fundidas con las de las mujeres tribuales, hasta tal punto que al final le resultó a veces tan difícil escapar de sus obligaciones como miembro de los grupos de mujeres como antes lo había sido entrar en ellos. En una ocasión, por ejemplo, los Fernea se alegraron muchísimo al ser visitados por dos ingenieros norteamericanos. La perspectiva de hablar en inglés, jugar a las cartas y vaciar una caja de cerveza apetecía especialmente a Elizabeth Fernea, que llevaba mucho tiempo sin relacionarse no ya con norteamericanos sino siquiera con hombres. Pero en cuanto los invitados llegaron a su casa, varias mujeres del pueblo aparecieron en la puerta. Llenas de lo que parecía consideración, habían acudido para «hacerle compañía», suponiendo que, según la costumbre, ella iba a ser abandonada a la soledad de su *abayah* mientras su marido atendía a sus invitados. Se vio forzada por tanto a pasar la velada con sus acompañantes árabes, mientras sufría oyendo el chocar de copas y la partida de cartas de los varones de su cultura. Sólo después de la velada, y cuando ya no quedaba ni una gota de cerveza, las mujeres se despidieron medio dormidas, convencidas del heroísmo de su rasgo de lealtad.

Pero pese a la solidaridad de los grupos sociales femeninos, los occidentales (que de hecho acaban de salir de los moldes sexuales del sistema agrícola) pueden poner en duda la legitimidad de un sistema basado en la desigualdad. ¿Cómo, preguntan, pueden ser las mujeres auténticamente felices si carecen de libertad y no tienen voz en los asuntos comunitarios? Creer que la felicidad es una consecuencia natural de la posibilidad de ejercer, o del ejercicio, del poder coercitivo es, naturalmente, una idea etnocéntrica. También lo es la elevación de las actividades masculinas y de administración de la comunidad al nivel superior. La mayoría de

los sistemas de acontecimientos de la sociedad el shabana que pueden ser calificados de «políticos» caen fuera de la experiencia diaria de las mujeres y solamente llegan a tocar sus vidas de forma indirecta. El terreno social más importante de las mujeres, al menos en el presente etnográfico, abarca la casa, la familia y las relaciones entre mujeres. En estos contextos las mujeres tienen cierto grado de control sobre su propio destino. Pero, como en todos los demás aspectos de la cultura el shabana, el poder de las mujeres es concebido de forma diferente y deriva de otras fuentes. La autoridad masculina se basa en el control de los recursos materiales y en la coerción física, mientras la influencia femenina está relacionada con el mundo sobrenatural.

En este aspecto, hay ciertas semejanzas con el ejercicio del poder por parte de las hembras de la sociedad hagen (véase capítulo 8). Pero las mujeres el shabana no tienen el poder de utilizar sus cuerpos para envenenar. Suelen, en cambio, confiar en un número limitado de mujeres especializadas a las que pueden comprar amuletos o encantamientos para conseguir el efecto deseado. Estos elementos mágicos pueden ser utilizados para proteger a un individuo de la enfermedad o del mal de ojo, o para conquistar el favor de la persona amada. También se utilizan estos métodos para controlar las funciones reproductoras, sobre todo para conseguir un embarazo o para determinar el sexo del hijo antes de su nacimiento.

Pero este poder mágico también puede ser utilizado para fines maléficos. Una de las ocasiones más corrientes para este tipo de utilización es la posibilidad de la poligamia. En Daghara, el miedo a la disolución del matrimonio sólo es superado seguramente por el miedo a la aparición de una nueva esposa. Las mujeres hablan constantemente de esta amenaza, y temen sobre todo perder la batalla en la que se pugna por obtener el dominio en la casa, por no perder los favores del marido compartido, o por evitar que éste dedique sus atenciones sexuales a la esposa más joven y atractiva. Sin embargo, estos temores parecen completamente desproporcionados en relación con la frecuencia de la poligamia. En las 108 residencias del sector tribual, Fernea (1965, 163) sólo pudo encontrar 9 en las que se hubiera dado en el pasado, o existiera en el presente, un matrimonio múltiple. En esta sociedad, y también quizás en otras en que los celos entre coesposas están moldeados culturalmente, la poligamia supone una carga económica y no una ventaja. Por decirlo de otra manera, el matrimonio múltiple es poco frecuente porque cuando se practica el sistema agrícola supone una desventaja con vistas a su adopción. Las actitudes sociales en relación con la poligamia cambian de acuerdo con las realidades económicas. La frecuencia cada vez más pequeña con que se da es explicada atribuyendo este fenómeno a hechos que no tienen a menudo nada que ver con él.

Por ejemplo, algunas mujeres del sector tribual creen que la escasa

frecuencia de la poligamia se debe a su propia iniciativa. Fernea (1965) relata el caso de una mujer famosa por su malhumor y su falta de pericia doméstica cuyo marido había decidido casarse con una viuda respetable que tenía dos hijos pequeños. El acuerdo matrimonial contaba con la aprobación de todos los individuos relacionados con el caso, pues se creía que con la nueva mujer el hombre podría mejorar la organización doméstica de su casa, al paso que proporcionaría ayuda necesaria a la familia que había quedado sin varón. Pero la otra esposa se irritó por los planes de su marido y pidió prestado dinero a su madre para ir a visitar en taxi a una hechicera que vivía a unos 75 kilómetros de distancia:

> A última hora de la tarde todo El Nahra [Daghara] sabía a dónde había ido Hussna, y su marido, que estaba sentado tranquilamente con unos amigos en el café, era mirado con curiosidad por sus conocidos y los viandantes. ¿Qué ocurriría? Incluso yo miraba a aquel hombre de aspecto corriente cuando pasé por allí con Laila camino de la escuela. La mano de Abad tembló quizás un poco cuando se llevó el vaso de té a los labios, pero aquello fue todo. La viuda se quedó en su casa. Nos dijeron que Hussna había regresado a última hora de aquella misma noche y que por la mañana el primogénito de la viuda estaba enfermo con fiebre y disentería. El niño se recuperó pero Abad abandonó su plan de tomar una segunda esposa. Hussna reinó sola y triunfante en su descuidada casa y cada vez se vio a Abad en los cafés con mayor frecuencia. Al cabo de pocos meses, circunstancias económicas forzaron a la viuda y a sus hijos a abandonar el pueblo para irse a vivir con unos parientes a Diwaniya (Fernea, 1965, 161-62).

En otra ocasión, todo el mundo opinó que la más joven y favorecida de las tres esposas del jeque había logrado su importante posición gracias a su consulta del llamado Libro de las Estrellas. Pero según la edad y el sexo de las personas se tienen opiniones diferentes en cuanto al respeto que merecen estas fórmulas mágicas, así como en lo que se refiere a su poder. Generalmente se reconoce que creer en estas manipulaciones sobrenaturales va en contra de las enseñanzas islámicas. Pero la magia ejerce de todos modos un gran atractivo, e incluso las mujeres más jóvenes y las que leen a menudo el Corán toleran su uso para fines que no sean malévolos o pecaminosos. En público, los varones se muestran sarcásticos y escépticos respecto de los poderes de las hechiceras, pero sus acciones revelan que no están tan convencidos como dicen de ser invulnerables a esas fuerzas.

Así pues, el centro del que emana el poder femenino es precisamente esta duda sobre la realidad de los fenómenos psicosomáticos y la fuerza social resultante de sacar las disputas a la luz pública mediante las accio-

nes sobrenaturales. Pero este poder se basa también en su carácter de madres, agentes educadores, amas de casa y encargadas de los procesos de transformación de las materias primas: papeles complementarios en todos los sentidos de los desempeñados por los varones y vitales para el funcionamiento y continuidad de la comunidad.

La expansión de las fronteras de Bagdad. Aunque están arraigados en el pasado agrícola, los papeles sexuales tradicionales padecen actualmente en todo el Irak rural el ataque de la modernización. En las ciudades, la tecnología industrial exige prácticamente lo mismo que exigió en la Europa del siglo XIX: una fuerza de trabajo abierta y con movilidad (véase capítulo 11). Aunque la tendencia moral que pide la reclusión de las mujeres tiene todavía fuerza, las hembras acuden a las escuelas secundarias y universidades en números cada vez mayores. Esta puerta al mundo exterior ha fomentado de gran manera el trabajo asalariado extradoméstico. Además, las mujeres occidentales que viven en las zonas urbanas, con sus vestidos reveladores, su libertad de movimiento y su relativa igualdad con los hombres, proporciona espectaculares ejemplos de conductas sexuales posibles y diferentes. (!)

En Dghara mismo, los nuevos factores económicos han influido ya en los papeles sexuales tradicionales de los el shabana. Las cosechas cada vez más reducidas conseguidas por los agricultores independientes o cooperativos han llevado a una emigración periódica o permanente de los varones a las ciudades para hacer trabajos asalariados o conseguir una educación de grado superior. Este creciente absentismo, marcado especialmente entre los jóvenes, ha tenido un tremendo impacto social entre las mujeres. Debido a la escasez de varones con las relaciones de parentesco adecuadas, el matrimonio ya no es tan automático como antiguamente:

> Me había preguntado por qué las bellas hijas de Moussa no se habían casado, y también por qué tres de las hijas casaderas del jeque seguían sentadas en el harén. No había nadie que pudiera casarse con ellas. El código de su tribu prohibía que se casaran con hombres que no fueran primos hermanos suyos o que no tuvieran un parentesco muy estrecho con ellas. Habían sido atrapadas por las circunstancias, por fuerzas sociales de Irak que ellas no podían cambiar. Había un caso extraño, una fuga, pero el de los hijos del jeque y los de su hermano era algo diferente, algo nuevo. Estos jóvenes habían ido a Bagdad a estudiar en las nuevas universidades de la capital y tenían ahora ideas occidentalizadas. Querían casarse con jóvenes que hubieran recibido también educación elevada y que pudieran ser, además de madres y esposas, sus compañeras. Para ellos, este deseo no era imposible de realizar ya que, según me contó Bob, Jalil iba a casarse con una guapa maestra de Diwaniya

y el hermano del jeque se había peleado al parecer con sus dos hijos por este motivo. Las muchachas eran las que sufrían, destinadas a permanecer solteras con el paso de los años, viviendo en la casa de sus padres, que posteriormente encargaban su custodia a sus hermanos casados. Una vida vacía y sin sentido, provocada por algo que ellas no llegarían nunca a comprender (Fernea, 1965, 159-60).

Pero al final de la década de los 50 empezaron a desaparecer las prohibiciones que impedían educar a las muchachas, y actualmente es corriente que el haber ido a la escuela y el posterior trabajo asalariado permita a las jóvenes salir de su confinamiento de hilanderas hogareñas. Un número cada vez mayor de mujeres jóvenes están consiguiendo así la posición de *effendi* gracias a su propia iniciativa, y empiezan, aunque sólo sea gradualmente, a apartarse de las antiguas prescripciones morales que imponían el *abayah* y restringían el campo de sus relaciones sociales. Incluso durante la estancia de los Fernea, las mujeres jóvenes, que seguían llevando velo en público, habían empezado a dejar de ponerse los vestidos negros para llevar tejidos estampados con muchos colores (Fernea, 165, 128). Además, la franca y progresista novia del ingeniero *effendi* de Daghara había anunciado abiertamente su decisión de abandonar el *abayah* por completo después de casarse (Fernea, 1965, 308).

Las fuerzas exteriores que han fomentado por tanto la movilidad horizontal de los varones el shabana han tenido también un efecto similar, aunque retrasado, en las mujeres. La pobreza cada vez mayor del campo que rodea a Daghara ha alejado a los hombres de la tierra, y al hacerlo ha subvertido el delicado equilibrio de complementariedad económica entre los sexos. Las mujeres abandonadas, divorciadas y viudas tienen ahora más probabilidades de quedarse sin pareja y de tener que esforzarse por su cuenta para ganarse la vida. Las mujeres casadas que viven en las ciudades grandes empiezan ya a buscar trabajo fuera de su casa para completar los ingresos del marido (Fernea, 1965, 238). El trabajo asalariado no parece tener consecuencias negativas para la mujer en cuanto a su consideración social, al menos si no perjudica las labores domésticas, y para muchas este trabajo ocupa ahora el lugar que antes ocupaban las especialidades artesanales tradicionales y otras empresas parecidas. Así, el sistema que aísla a las mujeres del mundo exterior, de los hombres y también, irónicamente, del relativo aislamiento del ama de casa de las modernas familias nucleares, parece un fenómeno en trance de desaparición frente a la acometida del progreso tecnológico.

Discusión

La transición de la agricultura a la horticultura supuso un aumento global de la productividad, la densidad de población y la centralización política. La tendencia a la concentración urbana fue acompañada de una disminución general del tamaño de las familias y de la aparición de unidades de parentesco bilaterales. Para nuestra finalidad, sin embargo, la alteración más importante de todas las que acompañan la adopción de los técnicas de cultivo intensivo es la que experimenta la división sexual del trabajo. Como hemos visto, los varones usurpan a las mujeres el puesto de principales productores en la mayor parte de las sociedades agrícolas. Los horizontes económicos de las mujeres quedan así reducidos gradualmente a las fronteras físicas y sociales del espacio domiciliar. Aparecen entonces mitologías completamente nuevas que vuelven a definir las aptitudes supuestamente innatas de cada uno de los sexos en relación con las tareas domésticas y extradomésticas. Para las mujeres, esto supone un complicado síndrome de conductas subordinadas, sumisas y dependientes —una adolescencia permanente— en sus relaciones con los varones. En una escala de madurez social y política, las mujeres ocupan una posición curiosamente intercalar. Aunque la mujer ejerce un dominio sobre los hijos, siempre que está en presencia de varones se ve forzada a desempeñar una función casi infantil, incluso cuando sus propios hijos han llegado a la madurez. Si la estructura familiar patriarcal genera ciertamente intensas corrientes de afecto entre el padre de un sexo y el hijo del otro y a la inversa no resulta quizá tan misterioso todo si se tiene en cuenta esta posición única en su ambigüedad que ocupan en estas sociedades las mujeres. En el contexto del domicilio no hay apenas nada que distinga la conducta de las madres y las niñas en sus relaciones con los varones. Por esta razón resulta muy fácil que se fundan unas con otras conceptualmente. Quizá sólo en una cultura patriarcal se dé el melodioso lamento: «Quiero una *chica* que sea igual que la *chica* que se casó con papá». Del mismo modo, para las mujeres, no pueden distinguirse las conductas estandarizadas de sus relaciones con su propio padre de las que idealmente debería adoptar con su esposo, con la única excepción de los contactos sexuales.

Una compleja estratificación social y la aparición de una cultura extranjera intrusa pueden añadir nuevas dimensiones a la yuxtaposición de los sexos. Como ningún estado colonizador ha resultado estar organizado según el sistema matrilineal, el efecto de estas expansiones políticas ha sido la elevación de la posición de los varones a expensas de la ocupada anteriormente por las mujeres. Pero la revisión de los papeles sexuales agrícolas que llega a tener mayor dinamismo es la que se produce como

consecuencia de la introducción de cambios fundamentales en la naturaleza de la producción. Los sistemas económicos que son fomentados sobre todo por los esfuerzos de ambos sexos en tareas extradomésticas básicas tienden a subvertir la tendencia a la división de los sexos. Ahora debemos examinar dos formas diferentes de apartarse de la adaptación agrícola: el pastoreo y la industrialización.

Capítulo 10

LAS MUJERES EN LAS SOCIEDADES DEDICADAS AL PASTOREO

La recolección, la horticultura y la agricultura están consideradas como las tres formas principales de adaptación económica de las culturas anteriores a la era mercantil e industrial. Una cuarta posibilidad, el pastoreo, tiene una antigüedad similar a la horticultura, pero sus orígenes e importancia en el curso de la evolución son discutidos por los eruditos desde hace bastante tiempo. Ya en el siglo XIV el estudioso Ibn Khaldun (1958) se interesó por los pueblos pastores como depredadores de las comunidades establecidas. Durante el siglo de las luces, eruditos como Turgot (1844; edición original de 1750) propusieron el pastoreo como etapa general de la evolución cultural situada entre la recolección y el desarrollo de los cultivos. En el siglo XIX se concedió importancia a los cambios de organización social en lugar de fijarse en los factores tecnoeconómicos para señalar las diversas fases de la evolución. Morgan (1877), por ejemplo, opinaba que el pastoreo era una actividad secundaria de las comunidades horticultoras y que sólo era importante porque proporcionaba una forma de riqueza mueble y acumulable, produciendo así un cambio en la filiación. Esta actitud fue ampliada por Engels (1972; edición original de 1884) que, como Morgan, interpretó la adopción del pastoreo como primer alejamiento de la horticultura matrilineal y primer paso en el camino que conducía a la esclavitud de las mujeres.

Las obras contemporáneas sobre la evolución de la cultura, como las de Steward (1955) y Service (1962), se basan en una clasificación de las sociedades según su grado de complejidad sociopolítica. Como no tienen un interés fundamental por lo económico, ignoran el problema específico del pastoreo. Pero actualmente existe concordancia general en que las comunidades independientes dedicadas a la cría de ganado *no* son anteriores al cuidado y cultivo sistemático de las plantas. Como veremos, la mayor parte de los pueblos pastores incluyen en su dieta los productos de los huertos. La hipótesis según la cual los pastores surgen de comunidades sedentarias dedicadas al cultivo es confirmada por los orígenes

históricos conocidos de los pueblos pastores modernos y por la gradual fluctuación de muchos de ellos entre la vida nómada y la sedentaria (véase Barth, 1961).

El pastoreo parece ser uno de los extremos de un espectro de dependencias variables de los rebaños de animales y del cultivo para la subsistenica, en el cual puede haber grupos de comunidades sedentarias que aran la tierra; los cuales, debido a la escasez de recursos durante algunos períodos (por ejemplo, debido a la sequía o la superpoblación), pasan a depender para su subsistencia de los productos de sus rebaños. Como la comida anda a cuatro patas, este método permite posibilidades de desplazamiento muy grandes y facilita la invasión de zonas ecológicas poco adecuadas para el cultivo y, por tanto, poco disputadas a sus nuevos ocupantes por los cultivadores. Durante los períodos de abundancia, cuando el número de cabezas de ganado que tiene cada individuo resulta excesivo o permite la adquisición de tierra cultivable, los grupos dedicados al pastoreo se vuelven a integrar en los poblados sedentarios. Es probable que el pastoreo haya seguido esta misma pauta cíclica desde su primera aparición en la tierra. Queda todavía por saber si el pastoreo independiente deriva de la horticultura o de la agricultura. Parece, sin embargo, que el pastoreo es una opción para cualquiera de los dos tipos de cultivadores.

Nuestra primera tarea será esbozar las características generales de la adopción del pastoreo y distinguir sus principales variantes. Como veremos, la yuxtaposición económica y social de los sexos es reflejo de una variación específica de las actividades que tienen por objeto conseguir alimentos. El estilo de vida de las mujeres de los pueblos dedicados al pastoreo será estudiado en el caso concreto del pueblo wodaabe fulani, del norte de Nigeria.

Bases económicas del pastoreo

Como hay muchas comunidades cultivadoras sedentarias que poseen grandes animales domésticos, y puesto que muchas comunidades nómadas dedicadas al pastoreo dependen de los productos del cultivo para su subsistencia, a menudo resulta difícil trazar la frontera arbitraria que deja a un lado a los horticultores y agricultores y a los pastores al otro. Las sociedades del *Ethnographic Atlas* de Murdock (1967) que dan importancia especial a los rebaños, varían en cuanto a su dependencia alimenticia de estas actividades entre un máximo de un 100 por cien y un mínimo de un 50 por ciento. Como este último dato parece representar el punto de partida para la consideración de un pueblo como pastor cuando no hay sedentarismo, y puesto que éste es el nivel representado por pueblos pastores tan típicos como los nuer de Sudán, hemos decidido definir como pueblos pastores las sociedades en que la carne y los derivados lácteos

proporcionados por los animales de los rebaños constituyen *por lo menos la mitad* de la dieta.

Nuestra muestra consistirá solamente de 44 sociedades que cumplen este requisito. Estos representantes de dicha adopción nos permitirán explorar la gama de variables de subsistencia, comunidad y estructura política, así como la división sexual del trabajo entre los pueblos pastores. Nuestro objetivo será crear un modelo que nos permita predecir la yuxtaposición económica de hombres y mujeres según el tipo de base de subsistencia.

El pastoreo como forma de vida. Las sociedades pastoras del Viejo Mundo se limitan a las zonas central y sudoeste de Asia, y a las zonas saharianas, sudanesas, orientales y septentrionales de Africa. En el Nuevo Mundo, el pastoreo, como el de los indios de las llanuras, apareció después del establecimiento de contactos con las culturas europeas. Del mismo modo, en los Andes sudamericanos, animales como la llama y la alpaca, criados en rebaños por las comunidades agricultoras, no llegaron nunca a proporcionar la base de una vida nómada e independiente. En la muestra que utilizamos aquí, hay 12 sociedades que se encuentran en el Africa subsahariana, 22 en la región mediterránea y 10 en la Eurasia oriental.

Hay una gran variedad de animales que han sido la base de la economía del pastoreo, siempre según su capacidad de adaptación a determinados ambientes. Todos estos animales, entre los que se cuentan vacas, camellos, ovejas, cabras, caballos y renos, fueron domesticados en Asia. Su dispersión a partir de su centro de origen fue acompañada de la extensión de rasgos culturales y, a menudo, de migraciones de población, hacia zonas adyacentes. Debido a la radiación relativamente reciente de animales y tradiciones desde un número limitado de centros innovadores, gran parte de los pueblos pastores modernos son de religión mahometana. De las sociedades de nuestra muestra, 29 tienen ganado vacuno, 11 camellos, 2 renos, 1 ovejas y cabras y 1 caballos.

A pesar de la diversidad de los animales empleados, todos estos pueblos afrontan un mismo problema: la necesidad constante de encontrar nuevos pastos. Los animales tienen que ser continuamente desplazados según la riqueza natural de cada ambiente y de acuerdo con los cambios de estación para ir a zonas en que haya pastos. Debido a esto, algunos, o todos, los miembros de las comunidades dedicadas al pastoreo tienen que ser nómadas, seminómadas o semisedentarios. El *nomadismo* exige constantes desplazamientos de toda la comunidad según las necesidades del rebaño. Pero los desplazamientos no se abandonan nunca al azar, sino que los nómadas siguen una ruta prefijada entre zonas de pasto y agua conocidas. Es frecuente que haya una serie de puntos de recurso periódico que, unidos mediante una ruta uniforme, tracen un ciclo único que a

veces se tarda en recorrer varios meses e incluso varios años. Otra posibilidad de método de desplazamiento es el que se llama *trashumancia,* que consiste en desplazamientos estacionales generalmente relacionados con la disminución o cese de las lluvias. Estos últimos pueblos suelen tener una zona que habitan durante la estación seca y otra durante la húmeda; la magnitud y composición de las comunidades que se establecen en cada lugar puede variar de acuerdo con los pastos de que dispongan.

Generalmente, las sociedades pastoras no cuentan con los excedentes de los pueblos horticultores y agricultores. Las sequías prolongadas y las epidemias pueden dejar a estos pueblos pastores desprovistos de gran parte de los rebaños en que se basa su subsistencia. Quizá por esta razón, además de la acumulación individual de riquezas, en la mayor parte de los pueblos dedicados al pastoreo se da mayor importancia al número que a la calidad de los animales. Incluso en condiciones óptimas, los pastores se caracterizan por un nivel relativamente bajo de producción alimenticia. El amor individual por los animales junto con el deseo de ampliar el rebaño, hace que en todas estas sociedades no se suela matar a los animales para comer su carne. Sólo se les da muerte si están agonizando o enfermos o si van a ser utilizados en un sacrificio ritual. La principal contribución de los animales es la leche y sus derivados; la sangre en algunos casos; y ello a pesar del tremendo y a veces desproporcionado consumo de energías físicas y sentimentales que requiere su cuidado.

Debido al bajo nivel de productividad, unido a la necesidad de desplazamientos periódicos o constantes, estos pueblos no tienen unidades sociopolíticas complejas. La gran mayoría de los pueblos pastores carece de centralización política, pues como máximo suelen articular pequeños grupos locales unilineales en confederaciones poco estables que reconocen jefes comunes. Hay a veces excepciones en los situados en la periferia de comunidades agrícolas prósperas que han ejercido su fuerza militar y su influencia política para hacer pagar impuestos a los pastores. Por ejemplo, entre los pastores de caballos y ovejas de Asia central hay tres clases sociales: aristócratas, plebeyos y esclavos (véase Forde, 1949, 328-51). También entre los pastores de camellos del Sahara oriental hay siervos y nobles hereditarios (Murdock, 1959, 316-17), mientras que los antiguos pastores de ganado vacuno de la región de los Grandes Lagos de Africa oriental invadieron a los horticultores de la zona y se pusieron en el nivel superior de complejas jerarquías políticas y de castas-clases (véase D'Hertefelt, 1965; Albert, 1963). Aunque generalmente toda integración en confederaciones políticas conduce a la aparición de cierto tipo de jerarquización, entre los pueblos pastores las organizaciones sociopolíticas complejas del tipo que acabamos de mencionar son excepcionales.

Pastoreo facultativo y obligatorio. Es importante recordar que el pastoreo es una *especialización* económica, un mecanismo mediante el cual

sectores de la población de comunidades de cultivo mixto (que utilizan tanto el cultivo como los animales domésticos para su alimentación) pueden dirigirse a zonas relativamente desocupadas e indisputadas modificando las prioridades de sus actividades de subsistencia. Para que esta transición se dé es necesario que la agricultura pierda importancia al mismo tiempo que los rebaños la ganen, pero la comunidad de pastores no llega nunca a ser completamente independiente del cultivo. De todas las sociedades de nuestra muestra sólo un 10 por ciento no se dedica a ningún tipo de cultivo en huertos para su subsistencia. Se llama pastoreo *facultativo* al que no abandona por completo el cultivo. También pueden obtenerse productos de cultivo comerciando con comunidades sedentarias o saqueándolas. Los pueblos pastoriles que no cultivan practican lo que se llama pastoreo *obligatorio,* y dependen secundariamente de la caza, la pesca y la recogida de plantas alimenticias silvestres.

Las diferencias entre estos dos tipos de pastoreo aparecen claramente cuando se compara su situación con variables tales como formas de residencia número de miembros del grupo y complejidad política. El pastoreo obligatorio se encuentra en hábitats como la tundra o la estepa desértica, en donde resulta imposible el cultivo. Estas comunidades tienen gran movilidad. Ocho de los diez pueblos de pastoreo obligatorio incluidos en la muestra son totalmente nómadas; el resto realizan desplazamientos estacionales. Todas estas sociedades, con una sola excepción, un pequeño cacicato, están en el nivel *tribual* de la clasificación sociopolítica de Service (1962). Sólo poseemos datos sobre el número de miembros de las comunidades para 7 de estos 10 pueblos, y todos están por debajo de los 200 individuos, estándolo la mayoría por debajo de los 50.

Entre los pueblos dedicados al pastoreo facultativo de la muestra hay sociedades que dependen entre un 25 y un 50 por ciento de los productos de cultivo para su dieta. Dada esta amplia variación, es de esperar que haya también diferencias en el grado de nomadismo y de densidad de población. Como era de esperar, los pueblos en cuya alimentación sólo hay una cuarta parte de productos de cultivo, manifiestan gran movilidad. De las 13 sociedades que se encuentran en esta situación, 5 son plenamente nómadas y 8 trashumantes. El grado de movimiento de estos pastores facultativos disminuye según la importancia que para cada uno tienen las parcelas o campos cultivados. Por ejemplo, de las 12 sociedades de la muestra cuya dieta está formada entre un 30 y un 40 por ciento por productos de cultivo, sólo 2 son completamente nómadas, 6 trashumantes y 4 tienen comunidades sedentarias. En cambio, las otras 9 sociedades de la muestra, que son las que dan la misma importancia a los rebaños que al cultivo, solamente varían entre el sedentarismo y la trashumancia, siendo el nomadismo descartado por no fomentar la adaptación.

El mayor grado de permanencia que caracteriza al pastoreo facultativo se refleja en la estructura de la comunidad. Por desgracia, sólo po-

seemos datos sobre el tamaño de las comunidades de 12 de las 34 sociedades de la muestra; no pueden hacerse, por tanto, comparaciones útiles con los casos de pastoreo obligatorio. Sin embargo, parece haber una tendencia hacia una densidad más elevada, puesto que hay informaciones según las cuales hay pueblos de hasta 1.000 individuos. Si traducimos las categorías del *Ethnographic Atlas* a las de Service (1962), la mayor parte de las sociedades dedicadas al pastoreo facultativo se encuentran al nivel político *tribual*. Sin embargo, es significativo que más de la mitad de los 32 casos de que tenemos datos sean comunidades políticas centralizadas (10 cacicatos y 7 pequeños estados). Hay una clara tendencia: las sociedades pastoras muy estratificadas dependen para su subsistencia mucho más de sus rebaños que del cultivo. Esta relación puede atribuirse probablemente a que estas sociedades han ejercido su influencia política sobre comunidades agrícolas vecinas, de las que obtienen productos de cultivo y otros bienes por medio del comercio o del cobro de tributos.

División sexual del trabajo. Como la distinción entre pastoreo facultativo y obligatorio está directamente relacionada con el tipo de subsistencia, es de esperar que los papeles económicos de los hombres y las mujeres también varíen según los casos. Sin embargo, se señala generalmente que la contribución de las hembras a la dieta de los pastores es muy pequeña. Considerados globalmente, la participación de las mujeres en la producción parece verdaderamente escasa en los pueblos pastores. En la muestra, aproximadamente dos terceras partes de las sociedades adjudican el pastoreo a los varones, y el otro tercio asigna a las mujeres la tarea de ordeñar. También en el cultivo dominan los hombres en la mitad de la muestra. En el resto de las sociedades, las mujeres tienen la exclusiva del cultivo aproximadamente en la mitad de los casos, mientras que en la otra mitad el cultivo se reparte por igual entre ambos sexos.

Hemos visto que las mujeres no cuidan ni ordeñan los rebaños en dos tercios de la muestra, pero que aceptan la tarea de ordeñar en una proporción significativa. Su participación en el cultivo recuerda más la agricultura que la horticultura. Las mujeres sólo son las cultivadoras principales en una cuarta parte de la muestra. Pero, aunque estas estadísticas nos dan una visión global de la división sexual del trabajo, no tienen valor a la hora de hacer predicciones. ¿Cuál es la razón de que las mujeres ordeñen en algunas sociedades y en otras no? La adjudicación de las tareas de cultivo ¿sigue una pauta similar a la esbozada en el caso de los cultivadores sedentarios?

Para poder contestar estas preguntas es necesario observar más de cerca la *relación* entre el pastoreo y el cultivo como actividades de subsistencia. Si clasificamos las 44 sociedades de la muestra de acuerdo con la

Tabla 10-1. División sexual del trabajo y pautas de instalación de 44 sociedades de pastores clasificadas según su dependencia del cultivo.

	DIVISION SEXUAL DEL TRABAJO		
DEPENDENCIA DE LA AGRICULTURA	PASTOREO	CULTIVO	PRINCIPAL PAUTA DE INSTALACION
Sin	Igual	—	Nómada
Pequeña	Hombres	Hombres	Semi-nómada; Nómada
Moderada	Hombres	Igual	Semi-nómada; Semi-sedentaria (trashumante)
Grande	Hombres/igual	Hombres/ Mujeres/ Igual	Sedentaria

importancia relativa de los cultivos, tendremos una estructura firme sobre la cual contrastan tanto las pautas de asentamiento como la división del trabajo según el sexo. Para facilitar esta tarea hemos distinguido aquí cuatro tipos de dependencia del cultivo: 1) *Gran* dependencia, cuando los productos del cultivo alcanzan el 50 por ciento de la dieta; 2) dependencia *moderada,* cuando constituyen entre un 30 y un 40 por ciento de la dieta; 3) dependencia *pequeña,* cuando constituyen menos de un 25 por ciento de la dieta; y 4) dependencia *nula,* cuando se da el pastoreo obligatorio. Cuando comparamos estos cuatro tipos con las divisiones del trabajo características y con las pautas de asentamiento (tabla 10-1), empiezan a aparecer pautas visibles.

Las sociedades que tienen una elevada dependencia del cultivo son las que mayor diversidad muestran en la división sexual del trabajo y en la pauta de asentamiento. Esto confirma la hipótesis según la cual los pueblos pastores derivan de comunidades sedentarias dedicadas al cultivo. Los varones dominan tanto en el pastoreo como en el cultivo, pero las mujeres ordeñan y cultivan en una cuarta parte de los casos; y cultivan tanto como los hombres en un 12 por ciento. Las variaciones en la adjudicación del trabajo de cultivo pueden estar relacionadas con el tipo de comunidad de que ha salido el grupo de pastores; es decir, varía según procedan de una comunidad agricultora u horticultora. Las sociedades que tienen una gran dependencia de los productos del cultivo se

encuentran en una posición media respecto de su compromiso con el pastoreo. Aunque algunas ocupan una serie de poblaciones una tras otra según los cambios de estación, todas se caracterizan por tener comunidades permanentes, entre las cuales las hay que parecen tener una densidad de población considerable.

Todos los pueblos pastores que dependen moderadamente del cultivo tienen una división sexual del trabajo muy parecida. A medida que aumenta la importancia de los rebaños para la dieta, aumenta el carácter exclusivo de la dedicación masculina tanto al cuidado como a la tarea de ordeñar los animales. Proporcionalmente disminuye el cultivo, pero aumenta espectacularmente la participación en él de las mujeres. La importancia que para estos pueblos tiene el rebaño queda señalada por su mayor tendencia a los desplazamientos. La mayor parte de las sociedades de este grupo o son trashumantes, desplazándose entre pueblos fijos, o bien se desplaza toda la comunidad a la vez, según las estaciones.

En los pueblos pastores cuya dependencia del cultivo es pequeña hay un claro dominio masculino en la economía. Los productos derivados de los animales aumentan en importancia, como también la movilidad espacial relacionada con la búsqueda de nuevos pastos. Aunque la mayor parte de estas sociedades mantienen una pauta de desplazamientos estacionales, una significativa proporción de dichos pueblos han pasado a ser nómadas a lo largo de todo el año. La única forma de cultivo que tienen consiste en huertos esporádicos cuyos productos son utilizados como suplemento de la dieta; el cultivo de estos huertos es casi totalmente labor de los varones. El pastoreo es fundamentalmente masculino, aunque algunas sociedades cuya dependencia de los cultivos es muy baja (entre el 6 y el 15 por ciento) asignan el ordeño a las mujeres.

La última variedad, con una dependencia nula de los cultivos, o sea el pastoreo obligatorio, se caracteriza por la complementariedad sexual en las tareas productivas. Los varones suelen cuidar el ganado y las mujeres realizan las operaciones de ordeño. En lugar de los huertos esporádicos, estos pueblos cuentan con la recogida de plantas silvestres por parte de las mujeres. De este modo obtienen productos alimenticios vegetales, cuya participación en la dieta es similar a la de los productos de los huertos esporádicos. Como era de suponer, la pauta de asentamiento predominante de estas comunidades es el movimiento constante.

En resumen, a medida que aumenta la importancia de los rebaños de las sociedades de pastores, aumenta gradualmente la participación de las mujeres en las actividades relacionadas con los rebaños. Aunque en todos los tipos de nuestra clasificación las mujeres tienen cierta participación en la tarea de ordeñar, en cuanto desaparece el cultivo la adjudicación de esta tarea a las mujeres se convierte en pauta dominante. Y a medida que disminuye la importancia del cultivo en estas sociedades, disminuye también la participación de las mujeres en el cultivo. Aunque las

mujeres son las encargadas del cultivo en algunas comunidades sedentarias, en las sociedades cuya dependencia de los productos del cultivo es moderada las mujeres comparten con los hombres el trabajo en el campo, abandonando totalmente el cultivo en las comunidades que lo practican esporádicamente.

Intentando explicar estas pautas de división sexual del trabajo, muchos antropólogos han buscado las justificaciones folklóricas y se han contentado con ellas. Murdock (1959, 360-1), por ejemplo, explica la presencia o ausencia de tabúes religiosos o rituales. Desde luego, estas tradiciones ideológicas son interesantes, pero más que otra cosa son formas de racionalización cultural de un modo de comportamiento humano que no se puede explicar.

Para explicar fenómenos económicos será necesario recurrir a factores económicos. Desde este punto de vista, resultan interesantes las observaciones de Dupire acerca de la adjudicación del ordeño entre los pueblos pastores del norte de Nigeria:

> Exceptuando el período de vida que precede al nacimiento del primer hijo y el mes o dos que siguen a cada uno de los partos, la mujer se puede encargar de ordeñar a los animales en todos los períodos de su vida. La razón por la que los varones bororo no ordeñan es que nunca han aprendido a hacerlo; pero si fuera necesario no dudarían en adoptar este papel femenino. Son, pues, las condiciones mismas de existencia las que han determinado esta elección cultural. Esto se demuestra por el hecho de que entre los fulani del Niger, una sociedad seminómada, sean los hombres los que se encargan del ordeño, mientras que las mujeres desconocen la técnica. La razón por la que en esta sociedad sean los hombres quienes han aprendido a ordeñar es que pasan la mitad del año alejados de las mujeres en su búsqueda de ganado en regiones alejadas del poblado. Las pocas vacas lecheras dejadas en el poblado son ordeñadas por los ancianos, y la mantequilla es confeccionada por las mujeres. Es, por lo tanto, evidente que estas costumbres, que a veces siguen practicándose mucho tiempo después de ocurrido un cambio en el modo de vida, son de origen funcional. La teoría de que están basadas en conceptos mágico-religiosos edificados sobre las irreductibles diferencias entre los sexos es infundada (1963, 75-76).

Esta explicación es interesante porque está en relación con las pautas migratorias estacionales de otros muchos pueblos pastores. La variable de la trashumancia permite, desde luego, una predicción de las pautas fluctuantes de la división del trabajo según el sexo. En las sociedades dedicadas al pastoreo que practican la trashumancia, los varones se encargan

tanto del cuidado como del ordeño de los animales. Esto puede atribuirse a que los hombres y los rebaños se alejan durante buena parte del año de lo que podríamos llamar sus «bases». Los papeles económicos se reparten en estos casos según sea el que se desplaza con los rebaños y el que se queda en casa. Esta segregación física entre mujeres y animales puede ser racionalizada mediante mitos sagrados, pero esta explicación no suele tener relación alguna con los verdaderos motivos del hecho, que son las condiciones económicas de base. El cultivo, frecuentemente bajo forma de siembras esporádicas en huertos, también puede ser afrontado casi totalmente por los varones, pues los varones siembran antes de partir y cosechan a su regreso, dejando el campo totalmente descuidado en el período intermedio.

En aquellos casos en que la comunidad permanece unida a lo largo de todo el año, las mujeres suelen participar en el cuidado de los rebaños con la misma intensidad que los varones. La frecuencia más elevada del ordeño por parte de las mujeres se encuentra en comunidades totalmente sedentarias o totalmente nómadas. Del mismo modo, en las totalmente sedentarias la participación de las mujeres en el cultivo suele ser también importante.

Respecto a la división sexual del trabajo en el seno de los pueblos dedicados al pastoreo, concluimos diciendo que siempre que los miembros de la comunidad vivan constantemente juntos, tanto si es a base de sedentarismo permanente como si es por nomadismo constante, la participación en las actividades económicas de hombres y mujeres tendrá tendencia a la igualdad y la complementariedad. Y al revés, en los casos en que los machos y las hembras de la comunidad sean separados o dispersos en virtud de su sexo, los papeles masculino y femenino en cuanto al cuidado de los rebaños y al cultivo acostumbrarán a diferenciarse entre sí.

Yuxtaposición social de los sexos

El papel productivo relativamente pequeño de las mujeres en las sociedades pastoras está en correspondencia con su papel en las actividades cotidianas y la estructura social de sus comunidades. En la muestra que utilizamos aquí, 36 de los 44 pueblos incluidos tienen grupos de parentesco patrilineal, y la residencia patrilocal se encuentra en 33 sociedades. En principio nos interesa, por tanto, saber por qué se da tal predominio de los varones en este tipo de sociedades. También queremos saber que relaciones hay entre las estructuras familiares y el matrimonio en estas sociedades y los perfiles generales, anteriormente estudiados, de los pueblos horticultores y agricultores. Discutiremos la posición general de las mujeres en las sociedades dedicadas al pastoreo tratando de equilibrar las

influencias de tipo patriarcal del islamismo y la gama de variaciones existente en los casos excepcionales y no islámicos.

La localización masculina del parentesco. La casi universalidad de la patrilinealidad entre los pueblos pastores ha sido objeto de muchas especulaciones a lo largo de varias décadas. Una de las explicaciones más popularizadas habla de la relación de los varones con los animales, que son la base de la riqueza. Como ya hemos señalado, estudiosos del siglo XIX, como Engels (1972), subrayaban las consecuencias de la monopolización masculina de la propiedad y los medios de producción como base sobre la que se instituyó el predominio masculino. También Murdock (1949) habla de un catalizador similar, pues se refiere a los animales como fuentes de riqueza mueble que cae en manos de los varones debido a su asociación natural con las actividades de subsistencia. La importancia de este hecho radica en que, con esta riqueza, se adquieren haberes para el pago que el novio tendrá que ofrecer a su suegro a cambio del alejamiento de la novia y de todos sus futuros hijos de la familia en que nació. Por decirlo de otra manera, los animales del rebaño son el producto material necesario para pagar el precio de la novia y permitir la aparición de grupos de filiación agnaticios localizados.

Ahora bien, si es cierto que la riqueza mueble y su intercambio entre varones en el momento del matrimonio es un fenómeno que caracteriza tanto a las sociedades patrilineales como a las matrilineales en fase de transición, esta pauta parece ser más un síntoma que un catalizador del cambio. Pues, en primer lugar ¿por qué los varones tienen que *desear* derechos sobre las mujeres y los niños? Si consideramos que esto es una conscuencia «natural» que aparece en cuanto hay una oportunidad para ello, volvemos a caer en la trampa del idealismo cultural y la teleología que caracterizaron el pensamiento del siglo pasado. Al igual que para el caso de la patrilinealidad de otros tipos de adaptación tecnoeconómica, tendremos que buscar aquí las características que fomentan la supervivencia del grupo a fin de explicar debidamente la universalidad de su aparición en todos los pueblos pastores.

Como hemos visto, la adopción del pastoreo requiere un tipo de grupo social que pueda sobrevivir en condiciones de baja productividad, desplazamientos considerables y segmentación de la comunidad. Es posible que sea precisamente el carácter inherentemente *escisivo* del sistema patrilineal lo que resulta ventajoso para dicha adopción (véase Sahlins, 1961). Señalemos que entre los pueblos de residencia fija la segmentación y competencia entre los diversos linajes provocó grandes discordias internas (aparte de un aumento de la productividad). El mismo mecanismo asegura a los pastores la redistribución espacial de la población a cada nueva generación y disminuye la amenaza de que los recursos sean explotados excesivamente. Pero la dispersión de los segmentos de linaje no

eliminan la complejidad de las relaciones de poder. Ciertamente, los pueblos pastores son notables por su militarismo, tanto interior como exterior, contra culturas extranjeras. Pero en el caso de las comunidades de pastores, todas las consecuencias del sistema patrilineal, tanto económicas como políticas, fomentan la adaptación. Es decir, la multiplicación de las unidades de subsistencia y poder localizadas en cada nueva generación fomenta la supervivencia porque reduce el crecimiento en proporción geométrica a la población de comunidades estables y fijas. Al mismo tiempo, los nuevos linajes conservan los proyectos prefijados para sus relaciones mutuas y con los linajes paternales. Aunque esta estructura global de organización apenas si ofrece salvaguardias contra las pugnas internas, proporciona un mecanismo automático por el que los grupos pueden unirse cuando tienen un enemigo exterior común.

Los grupos de filiación patrilineales, por tanto, parecen especialmente adecuados estructuralmente para la adopción del pastoreo. Hay al menos otros dos factores que contribuyen a la elevada presencia de la filiación por vía de los varones: el carácter de las comunidades prepastorales de las que surgieron los pastores, y las influencias ideológicas y materiales procedentes del exterior. Es del todo posible que una comunidad dedicada a la horticultura intensiva o a la agricultura produjera la fórmula patrilineal antes de que el pastoreo se convirtiera en la forma dominante de subsistencia. Además, la gran mayoría de los pueblos pastores del Viejo Mundo se encuentran geográficamente situados en el área de la expansión islámica. La extensión de esta religión a comunidades sedentarias y de pastoreo casi siempre ha dejado a su paso el patriarcado. Ahora bien, debemos tener cuidado en diferenciar lo que es el sistema ideológico en sí de lo que son innovaciones culturales que pueden haber acompañado su extensión. Tradicionalmente el Islam se ha difundido por migraciones de población o mediante guerras religiosas. Los cambios tecnoeconómicos tales como la introducción de nuevos animales domésticos y las técnicas de cultivo intensivo han llegado a veces al final de estas intrusiones. Es probable que estos cambios de las relaciones productivas y políticas hayan tenido mayor influencia determinante en el mantenimiento o creación de los grupos de parentesco patrilineales que la simple aceptación de un dogma religioso extranjero.

Un caso interesante al respecto lo constituyen los pastores tuareg de rebaños de camellos que viven en el Sahara. Dos de los grupos culturales incluidos en esa comunidad étnica amplia, los ahaggaren y los asben, que aparecen en la muestra aquí utilizada, son los únicos pueblos pastores matrilineales. Tanto estos como los otros grupos de la raza tuareg adoptaron la religión mahometana, al menos nominalmente, desde la invasión de los árabes en el siglo XI, pero pese a que abandonaron la religión cristiana no pasaron al sistema patrilienal. Tampoco adoptaron, y esto es significativo, ni la agricultura ni la pauta de nucleación alternante y dis-

persión típica de la trashumancia. Los grupos tuareg son plenamente nómadas y tienen estrechos vínculos sociopolíticos con los diversos grupos que forman los bloques centralizados bajo un jefe. Aunque tienen una moderada dependencia de los productos del cutivo, se han librado de la responsabilidad de la agricultura —y del requisito de la trashumancia— mediante la subyugación de poblaciones sudanesas sedentarias.

De los 34 pueblos pastores de la muestra que tienen algún tipo de actividades de cultivo, 16 emplean el arado o el regadío, y 5 sociedades aplican el estercolado o la rotación de cosechas. Un número importante de cultivadores ocasionales conoce las técnicas intensivas. Esto apoya la hipótesis que afirma que los pastores proceden de comunidades agricultoras y que el sistema patrilineal tuvo su origen antes de la aparición del pastoreo. Sea cual fuere el origen último de la organización agnaticia, su difusión casi universal entre los pueblos pastores está, probablemente, en relación no tanto con la supervivencia de tradiciones pasadas o la conformidad con nuevos sistemas ideológicos como con las peculiaridades que facilitan la adaptación en este caso.

Matrimonio, sexualidad y unidad doméstica. Como dijimos en anteriores capítulos, el tipo de unidad doméstica varía de acuerdo con el tipo de adaptación tecnoeconómica. Vimos por ejemplo que la poligamia era muy frecuente en la horticultura y relativamente escasa en las sociedades agricultoras. Este hecho lo explicamos señalando que a medida que la mujer se alejaba de la producción, la posesión de varias mujeres se convertía en una carga. Entre los pastores, el problema es algo más complejo debido seguramente a la diversidad de sus orígenes.

Los textos antropológicos dicen generalmente que la unidad doméstica ideal de los pueblos pastores es la familia monogámica nuclear (véase Forde, 1949, 408; Honigmann, 1959, 325). Sin embargo, al tabular los tipos de familia incluidos en las sociedades de la muestra de las que teníamos datos, encontramos la distribución siguiente:

Ampliada con poligamia	13
Ampliada nuclear	6
Poligamia	12
Poliandria	2
Nuclear con poligamia	7
Nuclear monógama	3

A la luz de los modelos teóricos actuales la elevada incidencia de la poligamia entre los pastores resulta algo sorprendente. Si se establece una relación entre tipos de familia y niveles de dependencia del cultivo, no hay causalidad ninguna. Del mismo modo, los datos proporcionados por las sociedades de la muestra no permiten ver ninguna relación posi-

tiva entre el tipo de unidades domésticas y la participación relativa de los sexos en el pastoreo y el cultivo.

Si observamos con más detalle el *tipo* de cultivo, o la ausencia del mismo, entre los pueblos pastores, se comprueba que hay una estructuración de las unidades domésticas diferentes según los casos. En las sociedades donde el cultivo se lleva a cabo con técnicas horticultoras, sea cual sea la importancia de los productos del cultivo en la dieta, la poligamia se encuentra en un 72 por ciento del total mientras que sólo hay un 22 por ciento de familias nucleares. Los porcentajes que sobre estos mismos tipos nos dan los pueblos pastores obligatorios son de un 60 y un 30 por ciento. Contrasta en cambio la situación de los pueblos pastores que emplean técnicas agrícolas, pues en ellos la poligamia alcanza solamente un 33 por ciento mientras que las familias nucleares llegan a un 60.

Hay, pues, una correlación entre los pueblos pastores y sus orígenes probables en los distintos tipos de unidad doméstica. Es tentador atribuir la elevada presencia de la poligamia a una continuación de las pautas sedentarias incluso después de que su utilidad productiva haya desaparecido. Aunque las mujeres ya no representen la riqueza por su potencial de productividad, su valor reproductor y de cambio sigue siendo una fuente de prestigio para los varones. La persistencia de la poligamia también puede haber sido fomentada por las enseñanzas islámicas, aceptadas por muchos de los pueblos pastores de Asia y Africa.

¿Cuál es el significado que la casi universalidad del sistema patrilineal y las unidades domésticas centradas en torno a los varones tienen para la posición ocupada por las mujeres en las sociedades de pastores? También aquí hay muchas variaciones. Los pastores que han abrazado la religión musulmana, y los que partieron originalmente de sociedades agrícolas, han heredado muchas nociones sobre la inferioridad de la mujer que originalmente respondían a la dicotomía dentro-fuera del cultivo intensivo de pueblos sedentarios. La estructura de autoridad patriarcal, con familias polígamas o nucleares, es la yuxtaposición social de los sexos más corriente entre los pueblos dedicados al pastoreo. Es decir, hay una separación estricta de los sexos en el terreno conceptual, siéndoles asignadas conductas opuestas y complementarias. Con pocas excepciones, los varones controlan los asuntos sociales y políticos y administran la transmisión de la propiedad por derechos adquiridos desde la cuna. Las mujeres adoptan una posición de sumisión que a veces llega a evitar los encuentros en público cara a cara con maridos reales o futuros.

Este dominio en superficie de los varones puede estar contrapesado por un grado importante de independencia social y económica de las mujeres en el amplio contexto extraconyugal. Forde (1949) señala que existen considerables diferencias entre las posiciones femeninas de los diversos pueblos de pastores del Asia central en lo que se refiere al grado

de aislamiento doméstico, libertad social y participación laboral. Este autor concluye que el estereotipo de subyugación femenina que suele aplicarse al pastoreo tiene frecuentemente sus raíces en adaptaciones agrícolas anteriores o en la adhesión a religiones agrícolas, y puede tocar únicamente el barniz más superficial de las relaciones sociales:

> La explicación de la posición formal inferior ocupada por las mujeres entre los pueblos de pastores asiáticos suele ser económica. El cuidado de los rebaños es esencialmente trabajo de hombres, y las mujeres, que producen muy poco y son económicamente muy dependientes, son situadas en una posición inferior. Esto puede ser cierto pero debe tenerse en cuenta que en realidad esta posición formal puede tener muy poca relación con la vida de cada día, y que pautas de conducta como las relaciones entre los sexos pueden sobrevivir durante largos períodos de tiempo. A menudo su explicación se encuentra en el pasado histórico más remoto en lugar de estar en una comprensión presente de la necesidad de asignar una posición particular. El papel de la economía del presente puede reducirse a algo puramente pasivo: permitir la supervivencia de aquella posición (Forde, 1949, 409).

La influencia de la historia específica de cada cultura en la posición femenina es confirmada también por los datos sobre las relaciones sexuales. En la tabla 10-2 se tabulan por tipo de filiación las diversas formas de sexualidad prematrimonial de las mujeres de 23 sociedades de pastores.

No vemos en esta tabla la gran preferencia por la virginidad de la novia que caracteriza a los pueblos agrícolas sedentarios, sino más bien una mezcla de las características de los cultivadores intensivos y extensivos. El análisis más detallado de los casos que presentamos señala la existencia de relaciones entre estas conductas y la zona geográfica ocupada por cada pueblo, y este hecho puede ser indicador de influencias históricas del pasado. Por ejemplo, al libertad sexual prematrimonial es notable entre los pastores de las zonas del Sudán, Africa subsahariana y Asia oriental, mientras que las limitaciones más notables se dan en el Asia sudoccidental y el Sahara contiguo.

La persistencia de las pautas culturales sedentarias, o la aparición de formas de organización social que aparentemente no concuerdan con el modo de vida de los pastores, dan testimonio de la importancia de las influencias históricas en la yuxtaposición de los sexos. Encontramos por ejemplo que los pastores de toda Asia tienen grupos de filiación matrilineales y patrilineales, además de poliandria (unión de una mujer con dos o más hombres). Pero el caso de incoherencia más interesante es el de los pastores de camellos del Sahara, los tuareg, cuyas mujeres

proporcionan por un lado los focos de los grupos de parentesco matrilineales y se ven además liberadas de las tareas domésticas por poblaciones serviles sometidas:

> Los hombres pasan la mayor parte del tiempo cuidando sus rebaños, lanzando ataques o protegiendo caravanas de sus clientes, mientras que las mujeres se ven aliviadas de todas las responsabilidades económicas y de la mayoría de las domésticas por siervos y esclavos negros. Las mujeres se dedican plenamente a las bellas artes. La música y la poesía son exclusivamente femeninas. No hay muchos hombres que superen el analfabetismo —aproximadamente un tercio de la tribu azjer— pero todas las mujeres saben leer y escribir en la grafía especial tuareg, que se deriva de un alfabeto libio del siglo IV antes de Cristo. Además, al menos entre las tribus tuareg del norte, la mayor parte del ganado y otros bienes muebles son propiedad de las mujeres (Murdock, 1959, 407).

Esta pauta resulta aún más excepcional si se tiene en cuenta que, por lo menos nominalmente, los pastores tuareg son también musulmanes:

> La mujer tuareg goza de privilegios que su sexo desconoce en la mayor parte de las sociedades musulmanas. Entre los tuareg la mujer no es recluida ni tiene que ser recatada cuando trata de expresar públicamente sus opiniones, a pesar de que el liderazgo formal está ocupado por los varones. Frecuentemente son mujeres bellas y de carácter vivo que no dan importancia a la castidad prematrimonial, defienden con firmeza la institución de la monogamia después del matrimonio, reafirman su derecho de seguir viendo a sus amigos y pueden obtener un divorcio simplemente pidiéndolo y conservar a sus hijos al abandonar a su marido. Es comprensible que los primeros árabes que llegaron a esta zona quedaran escandalizados por ello y más aún al ver que los hombres llevaban velo y que las mujeres no (Murphy, 1970, 297-98).

En resumen, es muy difícil hablar de una pauta de adaptación económica o de una forma de yuxtaposición social de los sexos que sirva para todos los pueblos pastores. Como hemos visto, la dedicación de los pastores al cultivo, y por tanto el tamaño y grado de permanencia de sus comunidades, oscila entre la completa ausencia de cultivo y la igualdad entre el cultivo y los rebaños. La división sexual del trabajo parece depender del grado y tipo de movilidad necesaria para realizar con éxito las actividades de subsistencia. El mayor grado de aislamiento de las mujeres respecto de la producción se da en las comunidades que emparejan la trashumancia con una escasa dependencia del cultivo.

Tabla 10-2. Tipos de actividad sexual prematrimonial en 23 sociedades de pastores.

SEXUALIDAD PREMATRIMONIAL	FILIACION				
	MATRI-LINEAL	DOBLE	PATRI-LINEAL	BILATERAL	TOTALES
Excluida por la corta edad de la novia	0	0	1	0	1
Permitida; sin sanciones a no ser que haya embarazo	0	0	1	1	2
Tolerancia completa; sin sanciones	0	1	7	1	9
Prohibida, pero con sanciones leves; frecuente	1	0	3	0	4
Exigencia de virginidad; sexualidad prematrimonial infrecuente	0	0	7	0	7
Totales	1	1	19	2	23

Como la gran mayoría de los pueblos pastores depende de los productos del cultivo y conoce las técnicas de la agricultura o la horticultura, hemos afirmado que sus orígenes no se encuentran entre pueblos recolectores que hubieran empezado a domesticar animales sino entre cultivadores sedentarios. Los vínculos que ligan a los pastores con sus comunidades de origen no están solamente implícitas en las instituciones económicas sino también en las sociopolíticas. La posición de las mujeres en las sociedades de pastores, si bien a veces modificada por la intervención de religiones universales como el Islam, parece ser predominantemente reflejo de las tradiciones culturales originadas en las comunidades horticultoras o agrícolas de las que se separaron.

ESTUDIO DE LAS MUJERES WODAABE FULANI

Hay muy pocos estudios sobre la vida de las mujeres de los pueblos dedicados al pastoreo. Esto se debe quizás a que el dominio de los varones en los terrenos económico, político, y social, común en estas sociedades, apenas si deja nada al papel femenino que pueda interesar a los antropólogos. Además hay un problema práctico porque, como en estas

sociedades suele haber segregación de los sexos, el investigador, frecuentemente varón, no tiene acceso a las mujeres. La dureza de la vida de estos pastores puede también hasta cierto punto haber actuado como factor disuasorio para las mujeres antropólogos que hubieran deseado estudiarlas. Encontramos una excepción en la obra de Marguerite Dupire (1963), cuyo trabajo de campo en un grupo de pastores nómadas fulani nos proporciona un estudio individual interesante.

El ambiente. La palabra fulani designa a un gran número de sociedades relacionadas entre sí y distribuidas en Sudán desde el Senegal hasta el Camerún e incluso hasta porciones del moderno Chad (véase Murdock, 1959, 413-21). Pruebas lingüísticas sugieren que su origen radica en la zona occidental extrema, donde surgieron como amalgama cultural y genética de africanos negros indígenas y pastores bereberes que se infiltraron procedentes del norte de Africa. Estas poblaciones fulani dedicadas al pastoreo, aunque genéticamente fueran mixtas, permanecieron fenotípicamente diferenciadas de sus vecinos sedentarios. Algunas de estas poblaciones se agruparon como mayorías étnicas en su zona de origen, mientras que otras comenzaron el largo viaje hacia el este en busca de nuevos pastos situados en los márgenes de los territorios de comunidades horticultoras sedentarias. Esta expansión inicial, que comenzó en el siglo XII, se produjo pisando los talones a la introducción y aceptación del islamismo en la parte occidental de Sudán. Los fulani fueron por lo tanto algunos de los principales agentes propagadores de la nueva religión. Durante los siglos XII y XIII se habían extendido desde su origen senegalés hasta partes de Guinea y la república Mali de nuestros días. En el siglo XIV alcanzaron la zona de la curva del río Niger y en el siglo XV el norte de Nigeria. Vanguardias de la migración fulani se habían establecido en el sudeste de Nigeria en el siglo XVIII, y partes del Camerún y del este de Chad en el siglo XIX.

En su mayor parte estos desplazamientos de los fulani fueron pacíficos. Los grupos de pastores que se hicieron sedentarios en las comunidades horticultoras y centros comerciales que encontraron a su paso, fueron conducidos a guerras de conquista en algunas ocasiones por líderes carismáticos y religiosos con el supuesto fin de extender el islamismo a las poblaciones subordinadas. Así pues, el grupo fulani se escindió cultural y hasta cierto punto genéticamente entre pastores nómadas y cultivadores sedentarios o habitantes de ciudades. A este último grupo perteneció el famoso conquistador Usman dan Fodio que consolidó el norte de Nigeria hasta convertirlo en un imperio islámico unificado entre 1804 y 1809. Esta unidad política permaneció intacta hasta que se produjo el contacto británico en 1903.

Los wodaabe, al igual que otros muchos pastores fulani pertenecientes al subgrupo bororo, no tuvieron relación alguna con aquellos fenó-

menos esencialmente urbanos. Su estilo de vida errante, igual al de sus antepasados fulani, les ha hecho objeto a menudo del desprecio y las burlas de las poblaciones sedentarias que toman su falta de compromiso con el cultivo y con las costumbres islámicas ortodoxas como prueba de su inferioridad. Pero los wodaabe valoran su estilo de vida lleno de movilidad e independencia y ven a los cultivadores sedentarios como pueblos permanentemente encadenados y cerrados, dignos de lástima.

Los wodaabe fulani ocupan una zona al norte de la unión de los ríos Niger y Benue en el árido cinturón de sabanas conocido a veces como franja sudanesa. Dependen primordialmente de la leche y sus derivados que obtienen de sus vacas, y en menor medida de cabras y ovejas. El pastoreo wodaabe es de tipo facultativo pues su dieta es complementada a veces por el cultivo esporádico de cereales. El ambiente físico de los wodaabe no sirve para el mantenimiento de comunidades sedentarias de cultivadores, pero recibe durante la estación lluviosa agua suficiente para abastecer las necesidades de los pastos con que se alimentan sus rebaños, y para la siembra y germinación de parcelas cultivadas que deben ser sembradas en el momento preciso pero que luego crecen completamente abandonadas.

Para comprender el papel femenino en la sociedad wodaabe examinaremos en primer lugar el tipo de unidades domésticas y la participación de las mujeres en la vida diaria de los campamentos. Luego analizaremos los aspectos cualitativos que distinguen el papel femenino y las dimensiones del hecho de ser mujer en esta sociedad, dando cuenta del florecimiento de los papeles genéricos desde la cuna hasta la madurez.

Hombres, mujeres y vida del campamento. Entre los wodaabe fulani las unidades físicas fundamentales son campamentos temporales formados por familias polígamas o extendidas relacionadas patrilinealmente. La yuxtaposición social de los sexos suele ser del tipo patriarcal que ya conocemos. Los sexos están estrictamente segregados tanto conceptual como espacialmente en el campamento, y los varones adoptan, idealmente al menos, el papel dominante en todas las relaciones sociales. Estas relaciones están perfectamente simbolizadas en la disposición espacial de los campamentos wodaabe. Dupire describe con fuerza este equilibrio de criterios sexuales, de edad y de espacio:

> En el campamento, la disposición de las cabañas de las mujeres, de los cercados para los rebaños y de todos los objetos materiales, sigue siempre el principio de la diferenciación sexual. Cuando los miembros de una familia extendida viven juntos, el más viejo de los varones que son cabeza de las diversas familias —el padre o el hermano mayor— se coloca en la posición más al sur, seguido de todos los demás por orden de edades. Pero dentro

de cada uno de los grupos polígamos, las esposas de cada hombre colocan sus cabañas en orden jerárquico en dirección inversa, es decir de norte a sur. La parte oriental del campo es el dominio de las mujeres y la occidental la de los hombres. Detrás de cada cabaña (al este de la misma), la mujer lava sus utensilios de cocina y también su cuerpo. En ese lugar está metafóricamente oculta a la vista aunque de hecho no sea así, ya que la cabaña no es más que una pantalla de espinos sin techo y muy sencilla. También será enterrada ahí. Por otro lado, el varón trabaja al otro lado de la cabaña, puesto que el cercado del ganado se encuentra al oeste, cerca de la entrada de la cabaña, y será en este cercado, o un poco más allá, donde se cavará su tumba. Como su cuidado está adjudicado a los varones, las reses son atadas en una fila que sigue la dirección masculina, de sur a norte, ordenadas de acuerdo con su edad, desde las más viejas hasta las más jóvenes. Las calabazas pertenecientes a las mujeres son colocadas en una mesa en orden de tamaño decreciente en dirección femenina, o sea de norte a sur. En primer plano, por tanto, están los hombres y los bienes que les pertenecen específicamente, mientras que detrás están las mujeres y sus propiedades organizadas con la misma jerarquía que los hombres y de acuerdo con los mismos principios, pero con una diferencia básica, la distinta orientación: a las mujeres corresponde el este y la dirección norte-sur; a los hombre el oeste y la dirección sur-norte (Dupire, 1963, 50-52).

La separación de los sexos en la organización espacial del campamento es reflejada y quizás estimulada por la división del trabajo en las actividades destinadas a asegurar la subsistencia. Estadísticamente los wodaabe dependen en más de un 85 por ciento del total de su dieta del ganado; el 15 por ciento restante lo forma el cultivo del mijo. Ambas actividades están adjudicadas primordialmente a los varones, aunque las mujeres participan de forma importante en el cuidado del rebaño y las tareas de ordeño relacionadas con la producción de alimentos para sus propias unidades matricéntricas.

Esta aparente contradicción se resuelve si se distinguen los tipos de animales de los que dependen los wodaabe para su subsistencia y los diversos grados de derechos sobre el ganado que se dan a las mujeres y los hombres. Los animales más importantes, tanto para la subsistencia como para obtener prestigio, son las reses de ganado vacuno. Estos animales están relacionados con los hombres, al menos en lo que se refiere a su cuidado, fundamentalmente por lo arduo de tales actividades. Es necesario llevar cada día el ganado hasta los pastos y luego de regreso al campamento, y a veces los pastos se encuentran a considerable distancia del mismo. La tarea aparentemente sencilla del abastecimiento de

agua para el ganado cuesta a veces, durante la estación seca, media noche de trabajo. Cuando se suman estas dificultades a los compromisos espaciales impuestos por la maternidad, estas tareas resultan claramente incompatibles con las otras exigencias que las mujeres tienen planteadas.

Pero entre los wodaabe son las mujeres las encargadas de ordeñar el ganado. Cada esposa recibe un número específico de vacas de su marido y con ellas se abastece a sí misma y a sus hijos de leche y sus derivados. Aunque estas vacas son propiedad del patrilinaje de su marido, ella puede tener derechos exclusivos sobre la utilización de su leche. Las mujeres tienen además ciertos derechos sobre otros dos tipos de ganado. Cuando una joven se casa aporta a su marido cierto número de animales que le ha dado su padre, aparte de todas las vacas que hayan sido ofrecidas por el marido como precio de la novia. La custodia de estos animales pasa del patrilinaje del padre al del marido. Pero estos animales, al menos nominalmente, son separados del resto del rebaño para ser heredados a su debido tiempo por los hijos de la mujer, y sólo con el consentimiento de ésta pueden ser utilizados por el marido. Así pues, las mujeres no tienen específicamente la *propiedad* de los animales, pero pueden actuar como importantes vínculos en su distribución.

Además de ordeñar las vacas, las mujeres se encargan del cuidado y ordeño de animales de tamaño más pequeño. A diferencia de lo que ocurre con las vacas, las mujeres pueden ser propietarias de ovejas y cabras. La forma más corriente de obtener estos animales es vender mantequilla. Durante el invierno se conservan en calabazas las cantidades de mantequilla excedente producida por cada mujer. Estos excedentes pertenecen exclusivamente a la esposa, y pueden ser cambiados por animales, objetos personales o dinero durante las visitas a los mercados de las ciudades. También se adquieren de este modo cereales, sal y condimentos.

En la división del trabajo wodaabe vemos muchas características que aparecen también en los pueblos horticultores patrilineales. Las mujeres gozan de amplísimos márgenes de responsabilidad y libertad económicas, y esencialmente son cabezas de sus propias unidades matricéntricas durante las frecuentes ausencias de sus maridos. La poligamia refleja en este caso la situación de los cultivadores, con la diferencia de que en el caso presente las mujeres utilizan el *ganado* en lugar de la tierra de sus maridos para dar de comer a sus hijos. Los derechos de uso de los recursos productivos adquiridos a través de los varones son exclusivos y completos. Del mismo modo que la esposa polígama de la sociedad horticultora es la propietaria exclusiva de todo excedente de producción que obtenga de sus tierras, la mujer wodaabe acumula sus excedentes de leche convertidos en mantequilla.

El grado de éxito económico logrado por cada esposa está sometido

a la influencia de factores aparentemente muy poco relacionados entre sí, como el número de cabezas de ganado que tiene su marido, el número de coesposas, la cantidad de lluvia caída en un año determinado, y el número de hijos que tenga. Todos estos factores están unidos por un hilo muy sencillo: el abastecimiento y la demanda. El número de vacas que una mujer recibe depende del tamaño del rebaño del marido y del número de esposas entre las que tiene que ser distribuido. Generalmente las mujeres se oponen a la poligamia pues cada nueva esposa supone una reducción del número de vacas ordeñadas por cada una de las anteriores esposas. Esta competencia económica crea tensiones entre las diversas esposas de un mismo varón, y es bastante corriente la hostilidad institucionalizada. La cantidad de excedentes acumulados por cada mujer también está influida por el número de hijos que tiene que alimentar. Las mujeres sin hijos son las que tienen mayor número de ovejas y cabras. Estas mujeres tienen menos prestigio debido a su falta de fertilidad pero lo compensan porque tienen menos responsabilidades materiales y porque debido a ello pueden acumular riqueza en forma de ganado. Pero durante una estación seca prolongada, las actividades de las mujeres, incluso las más laboriosas, se ven obstaculizadas. Aunque los varones son técnicamente responsables de lo que gasta el ganado y de abastecer a los miembros de su familia de vestido y mijo, cuando se produce una mala cosecha puede llegar a ser necesario realizar trueques con cultivadores sedentarios para obtener los cereales necesarios para la subsistencia. En estos casos las mujeres pueden sentirse obligadas a ofrecer algunos de sus animales domésticos como unidades de cambio que serán entregadas a los cultivadores.

Preguntarse por qué son los hombres los que cuidan del ganado y los campos y por qué son las mujeres las encargadas de ordeñar, nos lleva a un tema del capítulo anterior. Como los wodaabe son totalmente nómadas (los miembros de la comunidad permanecen juntos a lo largo de todo el año), la participación de los sexos en el cuidado del ganado es convergente. Las tareas son repartidas de acuerdo con una bipolarización basada en la distancia que media entre el lugar donde se lleva a cabo el trabajo y el domicilio. La complementaridad se consigue considerando el ordeño como trabajo casero (o de «dentro») y el cuidado del ganado como actividad extradoméstica (o de «fuera»). En este terreno los wodaabe son diferentes a los demás grupos fulani, puesto que éstos practican la trashumancia y la dispersión de los varones fuerza a que todas las tareas relacionadas con el ganado sean adscritas a ellos. El cultivo del mijo entre los wodaabe también es adjudicado a los varones porque son los que más pueden alejarse del domicilio mientras se ocupan de las otras actividades de subsistencia. En este caso los varones siembran toscas parcelas en los puntos que coinciden con el lugar donde la comunidad proyecta instalarse en época de cosecha.

La dinámica del género femenino. La segregación social, espacial y económica de los sexos, evidente en la rutina diaria de la vida del campamento, empieza cuando los wodaabe son apenas unos niños. La educación y adornos de niños y niñas son diferentes. A los dos o tres años se agujerea las orejas de las niñas, que empiezan a llevar desde entonces las joyas y peinados típicos de las muchachas. Las futuras tareas de su época madura son preparadas ya desde la niñez puesto que a las niñas se les hace jugar con calabazas de juguete y muñecas. La adquisición de las técnicas de trabajo es un proceso lento y gradual de aprendizaje por medio de la observación y la participación.

Entre los cuatro y cinco años las niñas de la sociedad wodaabe reciben enseñanzas sobre el código básico de moralidad que debe guiar su conducta desde entonces hasta su muerte. La niña comprende en seguida la importancia del matrimonio, e inmediatamente conoce la identidad del que será su marido. La pauta más común y preferida por los wodaabe es el compromiso desde la cuna. Como esta sociedad tiene unas relaciones macho-hembra muy estructuradas, sobre todo entre los individuos de sexo opuesto que son parientes tanto carnales como políticos, es esencial que los niños aprendan tanto el sistema de categorización de parentescos como las conductas apropiadas a cada caso. Las niñas reciben información sobre los varones con quienes los contactos sexuales serían incestuosos o inadecuados, y con quiénes deben actuar de forma sumisa y tímida. Una de las figuras sobre las que pesan más tabúes es el futuro esposo de la niña. A partir del momento en que se le comunica su personalidad, debe evitar todo contacto con él hasta el día de su matrimonio y nunca puede pronunciar su nombre.

Entre los seis y siete años las niñas empiezan a participar seriamente en las tareas domésticas de su casa. En lugar de jugar colectivamente con otras niñas a coser, tejer colchas y reparar y decorar calabazas, la niña tiene que dedicarse individualmente a realizar todas estas tareas. Además, las madres (y las abuelas a veces) reciben la ayuda de las niñas de esa edad en las tareas de cuidar a los niños pequeños, moler el grano e ir a buscar agua para la casa.

Cuando una muchacha da los primeros signos de haber llegado a la madurez entra en lo que muchas mujeres wodaabe consideran sus años más felices. Desde los nueve o diez años hasta el momento de su matrimonio las muchachas participan en bailes nocturnos a los que acuden varones solteros y casados de muy diversas edades. En esas ocasiones las muchachas ingresan, a veces a la fuerza, en el mundo de las relaciones sexuales. Los padres, para quienes este período de experimentación y adquisición de destreza sexual es algo visto con tolerancia y diversión, no ponen ningún obstáculo a sus hijas. Se espera de los jóvenes que sostengan varias relaciones amorosas sucesivas de corta duración, pero

que respeten los tabúes sexuales relativos al incesto, así como los que pesan sobre el individuo previamente seleccionado para ser marido de cada muchacha. La igualdad y libertad de que gozan los amantes en este período contrasta vivamente con lo que caracterizará las futuras relaciones entre marido y mujer. A menudo se expresan públicamente el amor y la devoción de los amantes en poesías y canciones, y las muchachas exponen orgullosamente sus listas de conquistas sexuales. La sofisticación sociosexual adquirida de este modo por una mujer, sin embargo, no puede tener continuidad cuando llega el inevitable matrimonio con un hombre que es un extraño y ha sido objeto de diez años de exclusión ritual completa. La adolescente, que era extrovertida y abierta, tiene que convertirse rápidamente en una mujer modesta que se azore con sólo oír el nombre de su novio.

Los matrimonios se celebran en cualquier momento después de la primera menstruación de la mujer, y la fecha exacta depende de que se lleven a término los acuerdos sobre el precio de la novia establecidos de antemano. En cuanto la unión es oficialmente puesta en marcha, la futura novia queda aislada ritualmente durante un período de tres a cinco meses durante los cuales no puede ver varones ni tener relaciones sexuales. La reclusión concluye cuando los parientes de su novio la llevan a casa de su suegra. Este acontecimiento parece ser especialmente traumático para la novia, hasta el punto de que se espera que la chica huya a casa de sus padres la primera noche antes de la consumación del matrimonio. Pero al cabo de unos días es reclamada una vez más por los parientes del marido y entonces empieza el difícil período de su vida de casada.

El matrimonio está considerado como una experiencia especialmente dolorosa para una esposa joven porque le exige la adopción inmediata de un nuevo estilo de vida. En primer lugar, tiene que abandonar, aunque no inmediatamente, sus amantes y su libertad sexual. Pero es incluso más importante que se vea bruscamente situada en una familia extraña que le exige mucho. El período matrimonial anterior al primer embarazo está considerado como una fase de mero aprendizaje durante el cual la joven, que suele tener entre 14 y 17 años, depende de los recursos de su suegra y es firmemente guiada por ésta. La nueva esposa no tiene domicilio propio y debe por tanto dormir al aire libre con su marido sobre una colcha regalada por la suegra. Además, como la nueva esposa no tiene vacas ni utensilios domésticos propios durante el período de prueba, depende para todo de sus parientes políticos.

Las relaciones personales entre la nueva esposa y su nueva familia resultan estériles si se comparan con la frivolidad de las relaciones mantenidas con sus iguales antes del matrimonio. El suegro de la novia y los hermanos mayores de su esposo están rodeados de tabúes cargados de connotaciones sexuales, y deben por tanto ser evitados. La suegra es una

figura que conservará la autoridad de los primeros tiempos durante muchos años, y la novia tiene que ser respetuosa, recatada y sumisa a sus exigencias. Las relaciones marido-esposa siguen aproximadamente las mismas pautas y pueden ser calificadas de puritanas, distantes y frías. Se considera que una esposa no debe aparecer al lado de su marido en público, y toda muestra de afecto o cariño entre los dos está considerada como algo fuera de lugar. Todo esto contrasta vivamente con las relaciones de los amantes y por esta razón las mujeres recuerdan siempre con nostalgia los períodos anterior e inmediatamente posterior a la adolescencia.

La joven esposa escapa a este círculo de relaciones restringidas mediante frecuentes visitas a sus propios parientes. Los wodaabe creen que cuando una muchacha está separada del campamento de sus padres padece una gran tensión. Este es el motivo de que sus parientes insistan en que se le permita esta movilidad, y es corriente que los matrimonios se celebren entre familias espacialmente cercanas, a veces entre hermanos, a fin de garantizar esta proximidad geográfica. Además, las esposas jóvenes reducen la tensión del reajuste acudiendo de nuevo a los bailes nocturnos y restableciendo antiguas amistades con amantes. Esta libertad sexual es permitida a lo largo del período de prueba del matrimonio, pero su finalidad no es dar a la muchacha experiencia sexual sino asegurarse de que quedará embarazada muy pronto.

El embarazo permite escapar temporalmente del campamento del marido y alcanzar la posición adulta. Después del quinto mes de embarazo, se permite a la futura madre regresar al campamento de sus padres y permanecer allí hasta el destete del niño. Durante esta prolongada estancia en su casa, la nueva madre y su hijo son mimados por sus parientes. Este es un período considerado como muy feliz para la nueva esposa, que no ve a su marido ni se comunica directamente con él a lo largo de más de dos años. Durante este intervalo el marido debe abstenerse al máximo de hacer preguntas sobre su mujer y su hijo para no tener que pasar «vergüenza» y envía regalos a través de intermediarios prefijados.

Cuando por fin llega la ablactación del hijo, la joven esposa regresa con él al domicilio de los padres de su marido. Pero esta segunda llegada no tiene las connotaciones dramáticas de la primera. La joven ya es considerada adulta, y con ella aparecen en su nuevo domicilio las reses y utensilios domésticos que constituyen su dote. Su marido la recibe con una gran bienvenida porque ahora podrá pedir a su padre la independencia. La nueva familia suele abandonar el campamento del padre para establecer su residencia propia y empezar a cuidar, ordeñar y ampliar su propio rebaño. La esposa ya no tiene que dormir al aire libre sobre la colcha de su suegra ni se ve forzada a utilizar los recursos de otros. Ahora tiene su casa, su colcha, sus utensilios, sus vacas y su pro-

pio hijo. Esta nueva autonomía económica y social simboliza la confirmación definitiva del largo proceso matrimonial.

Pero, a pesar de la autonomía de la pareja conyugal y de la posición más elevada y respetada ocupada ahora por la esposa-madre, las relaciones entre los esposos permanecen casi inalterables. Seguirán tratándose de forma distante y fría mientras sigan unidos, y ella no podrá ya tener amantes pública y legítimamente como en fases anteriores. Los otros miembros de la familia, como las otras esposas, por ejemplo, tampoco suelen tener relaciones cálidas y espontáneas con el nuevo miembro o entre sí. Como estas mujeres suelen estar en competencia económica, sus relaciones sociales están teñidas de recelo y hostilidad.

Al parecer, cuanto más alejada está una mujer de su unidad doméstica inmediata, menos tensos son sus afectos emotivos y sociales. Por ejemplo, entre las personas que viven cerca de su marido, las cuñadas son las personas en que más confía la nueva esposa. Entre estas mujeres no existe competencia por obtener los recursos de la casa, y se establece una camaradería y unas pautas de ayuda mutua parecidas a las que ese dan entre las diversas esposas de un mismo marido en una sociedad horticultora. Del mismo modo, las relaciones entre una mujer y su suegra, aunque siempre algo distantes, se hacen más afectuosas con el paso de los años, y no es raro que una mujer entregue una de sus hijas a su suegra para que la ayude en su ancianidad. Este rasgo simboliza el afecto y respeto entre las dos mujeres.

A pesar de estas relaciones secundarias, la mujer seguirá siendo relativamente una extraña entre los parientes de su marido. Tan importante es el mantenimiento de lazos estrechos con la familia de sus padres para una mujer y su bienestar sentimental que toda separación prolongada es motivo de divorcio. Las frecuentes tensiones internas entre las diversas coesposas hacen bastante frecuente el divorcio. Los varones pueden obtenerlo renunciando simplemente a una de sus esposas. Las mujeres que dejan de confiar en unas relaciones matrimoniales abandonan el campamento de su marido sin aviso previo llevándose consigo sus utensilios domésticos. Pero siguiendo las reglas patrilineales de filiación y herencia, la esposa que abandona a su marido tiene que dejarle todos los hijos destetados y las reses del ganado de su padre que fueron entregadas al de su marido (el precio de la novia). Además, el esposo abandonado tratará de obtener alguna compensación material. La esposa que abandona a su marido suele hacerlo con la intención de irse a vivir con un amante. Este mecanismo proporciona a las mujeres una forma de salir de los matrimonios establecidos sin su consentimiento y de su esterilidad emotiva corriente. De hecho, las mujeres wodaabe fulani pueden tener a lo largo de su vida varias uniones con maridos o amantes, y utilizan la residencia de sus padres como islas donde obtener seguridad entre una unión y la siguiente.

Tanto si una mujer se queda con su primer marido toda su vida como si cambia de pareja frecuentemente, siempre es una de las unidades de mayor movilidad e independencia de la sociedad wodaabe. Por debajo del barniz del patriarcado y de las pautas de dominio y sumisión, la mujer puede encontrar considerable libertad. La división de trabajo la sitúa en una posición de empresario medio que saca el máximo rendimiento de la leche y utiliza los excedentes para convertirlos en riqueza material que escapa a la propiedad de su marido. Todo lo que acumula de este modo será heredado por sus hijos y solamente podrá llevarse a otro campamento o localidad los objetos domésticos y personales. Incluso así, sin embargo, en esta sociedad no se da la pauta de aislamiento doméstico y dependencia económica tan corriente en las adaptaciones agrícolas. Además, la misma regla de filiación patrilineal contribuye a fomentar la movilidad de las mujeres al liberarlas de la custodia de los hijos y sus responsabilidades. Una esposa que no sea feliz puede abandonar a su marido sabiendo que todos los hijos que haya tenido serán cuidados por los otros miembros de la familia de él. Cuando tiene una edad avanzada y ha muerto su último marido y no desea casarse otra vez, la mujer puede irse a vivir al campamento de uno de sus hijos y pasar allí el resto de sus días con él, su rebaño, su esposa o esposas y sus nietos.

Discusión

Los pueblos dedicados al pastoreo tienen muchos de los rasgos de las comunidades cultivadoras, pero en movimiento. Como todos estos pueblos participan en algún tipo de cultivo y adquieren sus productos de sociedades sedentarias, es mucho más probable que la adopción del pastoreo haya tenido su origen en la horticultura o la agricultura que en la recolección. Su afinidad con los cultivadores, tanto en su estructura política como en su sistema de parentesco, su matrimonio, y sus definiciones de los papeles masculino-femenino, es bastante clara.

Decir que la mayoría de las sociedades de pastores está dominada por los varones es al mismo tiempo cierto y engañoso. Por ejemplo, en el terreno económico los varones acostumbran a controlar la propiedad, la distribución y el cuidado de los rebaños, y a veces incluso el ordeño y el cultivo. Ahora bien, como hemos visto, hay considerables variaciones en el reparto de los trabajos necesarios y estas variaciones pueden ser objeto de predicciones. Si la participación de los varones en el cuidado de los rebaños puede tener ciertos requisitos previos de tipo biológico, el reparto de los trabajos de ordeño y cultivo entre los sexos depende del tipo de comunidad de que se trate, pues varía de acuerdo con los desplazamientos que realice cada una. Entre los wodaabe fulani, que son totalmente

nómadas, las mujeres son las encargadas de ordeñar, mientras que en grupos vecinos y relacionados con los wodaabe, que practican la trashumancia y que por tanto tienen a las mujeres alejadas del ganado y de los varones durante gran parte del año, no ocurre así. Del mismo modo, las mujeres quedan apartadas a menudo del cultivo debido a su falta de movilidad, pues son necesarios los desplazamientos para la siembra de zonas que el campamento de los pastores ocupará solamente al cabo de varios meses o semanas. En sociedades como la de los wodaabe fulani, en las que el ordeño es una ocupación femenina, las mujeres y los hombres dependen unos de otros para el cuidado y explotación del ganado. Aunque la propiedad de los rebaños corresponde a los varones, las mujeres tienen un papel primordial en la transformación de este recurso en productos alimenticios y en excedentes de los que derivan riqueza acumulable.

En este y en otros aspectos sociales con él relacionados, algunos pueblos dedicados al pastoreo muestran afinidades con la horticultura patrilineal. En los casos en donde son las mujeres las que ordeñan, hay una tendencia a que la producción de leche caiga también en manos de las mujeres. Cuando esto se suma a una pauta persistente de matrimonios polígamo, la yuxtaposición social y económica de los sexos es muy similar a la que encontramos en los cultivadores de azada con sistema patrilienal. En ambos casos los recursos son controlados por los varones, pero su producto es extraído, y en mayor o menor grado distribuido, por las mujeres. Esta independencia económica, incluso cuando va acompañada de un sistema de valores patriarcal, parece elevar en alto grado la posición y la movilidad de las mujeres fuera de la unidad doméstica inmediata.

Hay, sin embargo, algunos pueblos de pastores para los que el modelo comparable más cercano es la agricultura. Como hemos visto, un número importante de pueblos de pastores facultativos utilizan técnicas propias del cultivo intensivo, como el arado, el estercolado y el riego, en sus limitadas actividades de cultivo. Estas mismas sociedades propician las familias polígamas nucleares, y es muy frecuente que excluyan a las mujeres de las actividades productivas. La llamada dicotomía dentro-fuera, que nace en condiciones agrícolas, sigue fomentando el enclaustramiento de la mujer en la casa, y la aísla de la participación activa en los sistemas de acontecimientos que ocurren fuera de ella.

En resumen, las variaciones que se dan dentro del grupo de pueblos dedicados al pastoreo pueden obedecer al menos a tres factores. El primero, como hemos observado antes, es su adaptación específica a un ambiente dado. Variables como las pautas de asentamiento y las relaciones entre el pastoreo y el cultivo tienen gran importancia para el reparto de las tareas a los individuos según sea su sexo. En segundo lugar, la historia cultural de una sociedad de pastores dada puede ejercer una influencia clara en las instituciones socioeconómicas y en los papeles sexuales. Hay, por ejemplo, muchas características que parecen poder atribuirse con

mayor claridad a la pertenencia a determinadas áreas culturales que a la presencia de algún tipo de ventaja para la adaptación al medio de que se trate. Los pastores que viven en comunidades semisedentarias en el Africa subsahariana, por ejemplo, es muy probable que cultiven con el arado, tengan poligamia, permitan la libertad sexual prematrimonial, den libertad económica a la hembra y tengan un divorcio fácil. Los pastores cuyas raíces culturales derivan del Cercano Oriente o de la zona sahariana vecina suelen tener una tendencia opuesta en relación con las mismas características. El motivo de estas diferencias no tiene por qué perderse en vagas razones de esas que aluden a la relatividad cultural; lo más probable es que pueda encontrarse en las diferentes génesis de la adaptación del pastoreo que en unos casos procede de antiguos horticultores y en otros de antiguos agricultores.

Un tercer y último factor que puede influir en la yuxtaposición de los sexos en la sociedad de pastores es una historia cultural de otro tipo: la reciente difusión de ideas. Nos referimos sobre todo a la implantación del islamismo por las zonas de alta dependencia del pastoreo. Como dijimos antes, los pastores de camellos del Sahara, los tuareg, son un buen argumento contra la supuesta inevitabilidad de las pautas de dominio de los varones entre los pueblos musulmanes. Pero esta comunidad étnica es solamente una isla en un mar de patriarcado. Las principales religiones occidentales surgieron de tradiciones culturales basadas en la agricultura. Todas subrayan la familia patriarcal, y explican las desigualdades en las posiciones genéricas y las relaciones de dominio-sumisión mediante complejos dogmas. Donde más claramente se ve la influencia de estos sistemas religiosos en una cultura diferente es en los pueblos pastores de origen horticultor. Entre los wodaabe fulani, por ejemplo, las pautas de dominio masculino en las parejas conyugales y en las unidades domésticas no concuerdan con las relaciones fuera de esos núcleos, y parecen ser responsables de gran número de disputas en las familias. Esta situación recuerda mucho la de los kanuri, cultivadores sedentarios de la vecina Nigeria (véase Cohen, 1967), entre los cuales las recetas para la yuxtaposición de los sexos emitidas por el islamismo y por la tradición indígena han llegado virtualmente al enfrentamiento directo en muchos casos concretos personales. La gran frecuencia de los divorcios (un 80 por ciento) entre los kanuri indica el grado de tensión creado por estos reajustes, y puede ser una clave que explique las contradicciones aparentes entre los wodaabe fulani y sociedades de pastores de orígenes no agricultores.

En resumen, el papel de la mujer en la sociedad de pastores es determinado por una interacción compleja de factores ecológicos e históricos. Ambos señalan que los orígenes del pastoreo se encuentran en comunidades sedentarias de cultivadores, y que las configuraciones institucionales nacidas en esas comunidades persisten en los pueblos de pastores mucho después de que sus ventajas para la adaptación hayan desaparecido.

Capítulo 11

LAS MUJERES EN LA SOCIEDAD INDUSTRIAL

La situación de la sociedad industrial moderna muestra claramente el legado de épocas anteriores. En este capítulo trataremos de la persistencia de las definiciones de los papeles genéricos sexuales de la fase agrícola, su gradual modificación por efecto de las economías industriales, y las formas en que diversas culturas han tratado de afrontar los problemas resultantes del choque entre antiguos estereotipos domésticos y las renovadas exigencias productivas de mano de obra femenina.

MUJERES, HOMBRES Y MÁQUINAS

La división del trabajo entre un varón-proveedor y una hembra encargada de los trabajos domésticos tuvo sus mejores resultados en la fase agrícola de la evolución cultural. Como pauta de la división sexual del trabajo, este tipo de yuxtaposición está relacionado con la economía rural, feudal o campesina en que persiste la familia patriarcal. Los varones, como hemos visto, toman las responsabilidades del cultivo de la tierra cuando se adoptan técnicas que requieren el uso de animales domésticos grandes, trabajos pesados y ausencias de la zona inmediata al domicilio. Es irónico sin embargo que los excedentes y las amplias redes de intercambio generadas por el cultivo intensivo hayan llevado a condiciones en las cuales se fue gradualmente minando esta pauta de relaciones domésticas y extradomésticas entre ambos sexos.

El urbanismo, una de las consecuencias del aumento de producción, estimuló un primer paso que dejaba atrás las divisiones del trabajo agrícola. Los habitantes de las ciudades de la época preindustrial no eran cultivadores sino artesanos, comerciantes y trabajadores asalariados que intercambiaban los bienes que producían por los productos que necesitaban para su subsistencia. Divorciados de un sistema de producción comunitario, los hogares se redujeron de tamaño para adecuarse a la nueva

unidad económica básica, la pareja conyugal única con sus hijos. Las familias nucleares urbanas eran mucho menos seguras que las familias agrarias. Muchas de las funciones de ayuda mutua que desempeñaban los grupos de parentesco consanguíneo dejaron de ser realizadas hasta perderse en el individualismo y anonimato de la ciudad. Las díadas hembra-macho empezaron a tener cada vez mayor dependencia mutua del trabajo conjunto para el sostenimiento del hogar y la supervivencia. La dicotomía trabajo doméstico-proveedor nacida en la adaptación agrícola era suficientemente elástica, al menos en su esbozo general, para sobrevivir cuando empezó la revolución industrial. Los varones siguieron adoptando sus responsabilidades fuera del hogar donde realizaban sus trabajos económicos, mientras que la ausencia del personal excedente que había caracterizado a las familias extendidas puso todavía mayores responsabilidades domésticas sobre los hombros de las mujeres.

Pero para la gran mayoría de las familias urbanas —las de las clases inferiores— la división sexual del trabajo agrícola fue al menos un fracaso parcial. Los esfuerzos productivos de los varones resultaban a menudo insuficentes para asegurar la supervivencia de la unidad familiar. De esta manera, las mujeres comenzaron a abandonar parcialmente su papel económico basado en el trabajo doméstico para dedicarse durante algunas horas o plenamente a un trabajo inscrito en la economía del dinero. La asociación económica de los esposos suponía frecuentemente que las mujeres tomaban responsabilidades extradomésticas, como la venta de los productos adquiridos o fabricados por sus maridos. En muchos casos, las tareas tradicionales de las mujeres estaban constituidas simplemente por la prestación de servicios domésticos en las viviendas de familia de clase alta. Las tensiones resultantes del choque entre los papeles sexuales socialmente idealizados y las realidades económicas de la vida doméstica explican seguramente la frecuente reaparición de la familia matricéntrica independiente en situaciones urbanas, debido al fenómeno del abandono del hogar por parte del varón.

Así pues, vemos que en los centros urbanos de las sociedades feudal y mercantil ya se habían producido ataques contra la yuxtaposición de los papeles masculino y femenino tanto en la dimensión económica como en la social. El invento y la utilización del motor de vapor para la fabricación de productos que luego eran vendidos en el mercado sirvió para exagerar más aún estas tendencias. Las máquinas invalidaron los criterios que habían servido anteriormente para la división sexual del trabajo. Entre los cultivadores intensivos los varones habían adoptado los papeles de productor y proveedor debido fundamentalmente a su mayor fuerza física; la maquinaria, teóricamente, abrió la mayor parte de las profesiones a ambos sexos.

Los efectos de la tecnología industrial en los papeles masculino y femenino fueron atemperados de modo significativo por la variable de las

clases sociales. A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, era típico que hubiera grandes diferencias de riqueza y posición entre los europeos. Las familias aristocráticas que heredaban su riqueza de antiguas posesiones feudales y las familias burguesas que ascendían a las posiciones de mayor poder mediante el control de la artesanía manual y del comercio en la época preindustrial constituían una pequeña isla de ricos en un mar de desposeídos. En las familias aristocráticas la división sexual del trabajo consistía casi siempre en el simple reparto de campos de administración. Como la seguridad económica que gozaban estas familias permitía a los hombres liberarse de las actividades de subsistencia y a las mujeres de las domésticas, su esfuerzo para el buen funcionamiento de la casa se reducía a supervisar adecuadamente las propiedades —tarea de los hombres— y el servicio —tarea de las mujeres—. Aunque en estos medios había toda una complicada organización de las diferencias de conducta supuestamente innatas de hombres y mujeres, sobre todo marcadas en las distintas formas de vestir y de emplear el tiempo libre, la igualdad sexual en las clases superiores, tanto en la distribución de la riqueza como del poder, y las posibilidades de desarrollar el potencial de cada individuo, era muy superior a la de las clases bajas.

Las familias burguesas pugnaban por alcanzar, y a veces alcanzaban, el opulento estilo de vida de la aristocracia, pero tendían a ser el sector más conservador de los orígenes de la sociedad industrial en cuanto al mantenimiento de los papeles sexuales tradicionales. La posición de los varones en la jerarquía social estaba íntimamente relacionada con su éxito como proveedores y manipuladores de la riqueza. Las mujeres generalmente quedaban excluidas de los problemas financieros y desde luego de todo trabajo extradoméstico; idealmente su papel consistía en ir colgadas del brazo de su marido, proporcionar un objeto ornamental para las grandes ocasiones sociales y ser un socio silencioso en el impulso ascendente de la empresa familiar. A diferencia de la mujer aristocrática, la esposa burguesa solía carecer de un legado prestigioso o unos recursos independientes en los que confiar, y se encontraba en total dependencia de su marido y confinada a la identidad social de éste.

La base amplia de la Europa industrializada de los primeros tiempos estaba formada por familias de clase obrera, y en este terreno fue donde la industrialización comenzó a provocar grandes cambios en los papeles sexuales tradicionales de la época agraria. Del mismo modo que la máquina había reemplazado al músculo, la clase social reemplazó al sexo como principal criterio para la división del trabajo industrial. Era tan grande la demanda de mano de obra y tan precaria la existencia de las familias de clase baja que *todos* sus miembros —hombres, mujeres y niños— vendieron su trabajo en las fábricas europeas. En la sociedad en general, el deseo de obtener beneficios pudo más que los antiguos deseos que favorecían el aislamiento de las mujeres en el hogar. La explotación

económica de ambos sexos fue explicada y justificada mediante complejas argumentaciones pseudocientíficas que subrayaban la inferioridad innata del proletariado. Del mismo modo que en la adaptación agrícola se calificó a las mujeres de genéticamente incapacitadas para toda tarea extradoméstica, con la industrialización se dijo que había toda una clase social que solamente servía para aquellas tareas que fomentaban un rápido desarrollo del nuevo tipo de economía. En las familias de clase obrera, las definiciones tradicionales de los papeles sexuales chocaban con las necesidades impuestas por la pobreza de la vida en las ciudades. Las mujeres volvieron a la producción por pura necesidad, y al hacerlo se vieron bruscamente cargadas con cantidades de trabajo superiores a sus fuerzas. El trabajo industrial no reemplazó las responsabilidades domésticas de las mujeres sino que se sumó a ellas. Los varones se aferraron a la herencia de la autoridad patriarcal más tenazmente que nunca ante la división del papel de proveedor. La rapidez con que estos cambios fueron impuestos a familias recién llegadas de zonas agrícolas, y la falta de servicios sociales urbanos, produjeron considerables dificultades y falta de armonía en las relaciones entre esposos y entre padres e hijos.

Aunque inicialmente fuera traumática para la estructura familiar y la economía doméstica de las masas, la revolución industrial dio origen en Europa a tendencias graduales pero permanentes hacia la igualdad sexual y la convergencia de los papeles sexuales. El industrialismo fue a la vez el gran esclavizador y el gran emancipador de las mujeres. La producción con máquinas y el desarrollo de complicados sistemas de intercambio de mercado exigieron los esfuerzos combinados de ambos sexos. El número de mujeres que iban más allá de los horizontes económicos y sociales de la unidad doméstica era considerable, y ha seguido aumentando con el paso de los años hasta la actualidad. Como veremos, sin embargo, las definiciones de los papeles sexuales de la época agrícola han tenido una gran capacidad de adaptación y elasticidad, de modo que han podido sobrevivir pese a las realidades económicas de la sociedad moderna.

En resumen, el primer desarrollo del urbanismo en la evolución de la cultura humana surgió con la adaptación agrícola. Todas las naciones industriales se han desarrollado a partir de esta base, por lo cual tienen en común una herencia similar de características sociales que fomentan la adaptación. Las primeras sociedades industriales rompieron de forma significativa con el pasado en dos sentidos. En primer lugar, la familia patriarcal extendida quedó destruida y fue reemplazada por la familia nuclear, más flexible y compacta. En segundo lugar, los horizontes laborales de las mujeres volvieron a ampliarse al campo productivo, pese a lo cual sus anteriores obligaciones domésticas y las mitologías sexuales de la época precedente fueron, en mayor o menor grado, conservadas.

Durante el siglo XX, el industrialismo proporcionó la tecnología necesaria para el funcionamiento de dos sistemas diferentes de producción y

distribución económica: el socialismo y el capitalismo. Ahora exploraremos brevemente las ramificaciones que estos dos sistemas tienen para los papeles femenino y masculino, tomando como ejemplos a la Unión Soviética y los Estados Unidos.

La alternativa socialista

La revolución industrial planteó uno de los mayores desafíos sociales que ha conocido la historia humana. Las técnicas de producción en masa exigieron el reclutamiento de mano de obra en una escala muy superior a todas las anteriores, y produjeron como resultado la acumulación de grandísimos excedentes. Al igual que en anteriores desarrollos urbanos, estos recursos y productos fueron distribuidos de forma muy desigual entre la población; su control quedó en manos de una clase minoritaria cuyos supuestos derechos eran justificados por medio de la herencia o de un bien atrincherado poder político. Para la gran mayoría, los comienzos del industrialismo significaron largas horas de trabajo en la fábrica, salarios bajos, viviendas inadecuadas, mala alimentación, enfermedad y muerte prematura. Las condiciones abominables de la existencia en las fábricas y barrios obreros del siglo XIX llevaron a filósofos humanitarios como Carlos Marx y Federico Engels a pedir a los obreros que se unieran políticamente para luchar contra sus opresores (véase Marx, 1888, edición original en 1848). La revolución que predijeron y trataron de propagar pedía una total redistribución de la riqueza (con la misma participación e igualdad de trabajo), la abolición de la propiedad privada y el control de la producción por parte del Estado.

Esta subversión no llegó nunca a producirse en la Europa occidental pero en la Rusia zarista eran tan grandes las diferencias entre la vieja aristocracia y los campesinos y obreros sin propiedad que se produjo un violento enfrentamiento en 1917. Cuando terminó el derramamiento de sangre, los vencedores, los bolcheviques, empezaron a reorganizar la sociedad siguiendo unos principios que debían permitir la eliminación de las desigualdades basadas tanto en la clase social como en el sexo. Los cambios legislados entonces iban a tener efectos de largo alcance para la posición de las mujeres en la Unión Soviética.

Nuestra primera tarea será seguir las fluctuaciones experimentadas por la posición legal de las mujeres desde los tiempos anteriores a la revolución hasta la época moderna. Luego estudiaremos más detalladamente el modelo del papel femenino vigente en la Unión Soviética y en su cultura, y compararemos esta visión de igualdad ideal de los sexos con las realidades de la vida doméstica y el mundo del trabajo.

La mujer y la ley. Antes de la revolución bolchevique, la economía de la Rusia zarista era predominantemente agrícola. La familia rusa seguía el modelo patriarcal que compartía con el resto de la Europa rural. El varón cabeza de familia tenía, en el seno de la misma, la máxima autoridad sobre sus hijos, hijas y esposa, y todos éstos estaban considerados políticamente como menores de edad. Mientras que los varones podían a la larga escapar al constante dominio del padre y establecer sus propias dictaduras en miniatura, las hembras estaban para siempre forzadas a ocupar una posición subordinada primero a su padre y luego a su esposo. Las mujeres carecían de voz en los asuntos políticos y no podían heredar las propiedades del padre. En una sociedad en la que la iglesia imponía grandes controles sobre el matrimonio, la sexualidad y la reproducción, tanto el divorcio como el control de la natalidad eran cosas prohibidas por las leyes. La vida de una mujer campesina en la época anterior a la revolución se centraba en torno a la reproducción y a la realización de las tareas domésticas para el varón dominante.

Tras la revolución, los arquitectos políticos bolcheviques reconocieron la necesidad de destruir la antigua estructura de poder patriarcal y feudal (véase Mace y Mace, 1963; Marshall, 1970). Mientras los hijos siguieran ligados por la tradición a jurar fidelidad a sus padres y señores, quedarían bases para una posible resistencia contra el nuevo régimen. Todas las reclamaciones de los aristócratas respecto de la posesión de tierras fueron de esta manera eliminadas mediante la apropiación de la tierra por parte del gobierno, y se aprobaron leyes que forzaban la igualdad entre los padres y los hijos, y entre los varones y las hembras.

Con la eliminación de la autoridad patriarcal, la familia nuclear empezó a surgir casi por falta de comparecencia de las demás formas familiares. La industria atrajo cifras cada vez más elevadas de hombres y mujeres jóvenes a las ciudades. Se concentraron en comunas urbanas o agrupaciones donde todos eran iguales, y fueron todos estimulados a facilitar información sobre los padres que pudieran mostrarse recalcitrantes o subversivos desde el punto de vista político. El objetivo de la igualdad sexual fue acercado más aún con la aparición de las leyes conocidas con el nombre de Códigos Familiares, aprobadas en 1918 y modificadas en 1926. En estas reglamentaciones oficiales, la institución del matrimonio quedó totalmente secularizada. Contra las anteriores uniones conyugales forzadas, empezó a requerirse el consentimiento mutuo de la pareja. La ceremonia misma quedó reducida al simple registro de los compañeros. Además se admitieron como uniones legítimas las uniones basadas en la ley consuetudinaria e incluso las que no habían sido registradas. Del mismo modo, los hijos surgidos de cualquier unión quedaron legitimados automáticamente, y la responsabilidad de su cuidado se atribuyó al padre y a la madre por igual. Por vez primera se legalizó y fomentó el control de la natalidad y se hizo posible el divorcio. Al principio, para dar por ter-

minado un matrimonio era necesario acudir a los tribunales civiles, pero a partir de 1926 bastó que cualquiera de los cónyuges acudiera al registro a borrar la pareja de la lista oficial.

La ruptura con los sistemas antiguos de moral y de definición de papeles sexuales fue por lo tanto inmediata y pronunciadísima. La legislación posrevolucionaria, cuyo objetivo era eliminar la antigua base de oposición política, introdujo simultáneamente cambios sociales que en Europa occidental aparecían sólo gradualmente a lo largo de varias décadas. Las mujeres rusas quedaron libres de la posición secundaria que las restricciones paternales y eclesiásticas les habían impuesto. Podían trabajar en granjas colectivas rurales, emigrar a las ciudades, explorar el mundo de la sexualidad, interrumpir embarazos no deseados, ejercer su libertad de elección tanto para la cohabitación como para el matrimonio y abandonar pareja que no desearan. Pero pese a la seriedad de las intenciones de los legisladores posrevolucionarios, el contraste con las pautas precedentes era tan grande que fueron inevitables los desajustes culturales. Aunque, por ejemplo, la igualdad y libertad sexual fue inmediata, los abortos gratuitos y legales no pudieron conseguirse en la práctica hasta 1920, y la ilegitimidad duró todavía hasta 1926. Durante un tiempo hubo un frenético cambio de códigos morales y en esa época las mujeres siguieron sufriendo desigualdades debido a que toda una generación había sido educada en la tradición anterior.

Aunque durante las décadas segunda y tercera de este siglo se hicieron considerables progresos hacia la convergencia de los papeles sexuales, a mediados de los años 30 el péndulo había ya empezado a girar en sentido contrario con la aparición de un nuevo conservadurismo en el establecimiento de las líneas básicas de conducta sexual y matrimonial. Con la subida al poder de Stalin en 1936 se produjo también una importante revisión de los Códigos Familiares que pretendía reforzar la unidad conyugal. Aquel mismo año el aborto volvió a quedar fuera de la ley, debido claramente al deseo de aumentar la tasa de natalidad de la Unión Soviética. Simultáneamente, un programa gubernamental favorecía la natalidad creando ayudas especiales para las familias de más de siete hijos.

El impulso de los cambios legislativos alcanzó, sin embargo, su máxima intensidad más tarde, en 1944, cuando se aprobaron las nuevas leyes para el matrimonio y el divorcio que eliminaron en la práctica las reformas bolcheviques. Se declararon ilegales los matrimonios de derecho consuetudinario, y volvió a establecerse el carácter ilegal de los hijos de tales uniones. Las nuevas leyes prohibieron que los hijos nacidos fuera de la pareja conyugal llevaran el apellido del padre y, además, libraron al padre de toda responsabilidad económica sobre esos hijos. Esta responsabilidad fue adoptada por el gobierno, que pagaba a la madre una ayuda hasta que el niño llegaba a los 12 años. La institución del matrimonio fue reforzada haciendo casi imposible el divorcio para el hombre y la mujer corrien-

tes. Los casos debían pasar por los tribunales y, como antes de la revolución, obtener una resolución favorable se hizo extremadamente caro y difícil.

Todas las reformas realizadas durante el régimen stalinista tuvieron un efecto restrictivo para la movilidad y libertad personal de las mujeres. Con la eliminación del aborto y de las uniones por derecho consuetudinario, el matrimonio se convirtió en la única posibilidad legal para las relaciones heterosexuales. Como seres sexuales, las mujeres se convirtieron de nuevo en pupilas bajo la custodia del Estado. Mientras que los varones veían que su posición al respecto apenas cambiaba e incluso obtenía cierta relajación, las mujeres se vieron sumariamente empujadas en rebaño hacia el matrimonio y la maternidad profesional, y todo ello a bombo y platillo. En 1944, por ejemplo, el sistema de apoyos económicos para fomentar el aumento de la reproducción se amplió a las madres de más de dos hijos. Estos apoyos eran pagados durante los cuatro primeros años de la vida de los hijos. Así pues, la producción de otro hijo cada cuatro años garantizaba la continuación del subsidio. Además, el estímulo de la aceptación del papel doméstico también adquirió matices patrióticos. Como premio a los servicios distinguidos de las mujeres se creó la Medalla de la Maternidad (para mujeres con más de cinco hijos), la Orden de la Gloria Maternal (más de siete hijos), y el título de Madre Heroína (más de diez).

Estos espectaculares cambios de la posición sociolegal de las mujeres rusas fueron acompañados por cambios en la familia. La revolución bolchevique coincidió con la primera industrialización y una gran demanda de una fuerza de trabajo numerosa y con gran movilidad. La familia patriarcal con su estructura feudal, su autonomía económica y política, su control completo sobre la juventud, y la desigualdad de sus papeles sexuales no era adecuada para satisfacer las necesidades de una división de trabajo industrial. Además era contraria al nuevo orden político, y en la Unión Soviética fue destruida bruscamente en lugar de permitirse una lenta disolución como ocurrió en Europa occidental. La repentina desaparición de la familia patriarcal no hubiera sido posible seguramente sin el gran relajamiento de los controles sociales y sexuales característicos de los años 20. Pero durante este intervalo los problemas relativos a la división sexual del trabajo doméstico quedaron sin resolver. Tanto hombres como mujeres buscaron y encontraron trabajos fuera del hogar, pero quedaron las tareas del cuidado de los niños y del cuidado de la casa en un equilibrio inestable puesto que las instituciones extrafamiliares todavía no pretendían hacerse cargo de esas labores.

A mitad de los años 30, la unidad conyugal, que desde la revolución había empezado a ocupar el puesto de mayor importancia en las zonas urbanas, recibió simplemente la prioridad legal y oficial en la cultura soviética. Aunque se trataba de una estructura imperfecta por cuanto exigía

a las mujeres esfuerzos contradictorios, sirvió para proporcionar una unidad económica estable en una sociedad que luchaba desesperadamente por lograr el desarrollo industrial y el crecimiento de su población. La explicación que justificaba culturalmente las reformas introducidas en la institución del matrimonio y en la familia también era política. Del mismo modo que los bolcheviques comprendieron que las colectividades constituían una base de resistencia a la autoridad feudal, los stalinistas vieron en la familia nuclear estable un agente que podía imbuir los valores del Estado y la fidelidad al mismo.

La dialéctica de los papeles femeninos. A partir de la revolución, el trabajo extradoméstico ha ocupado siempre un lugar importante en la definición del papel femenino en la Unión Soviética. Ciertamente, se estimuló la participación activa y entusiasta de las mujeres en la producción como un deber de patriotismo. Field y Flynn (1970) resumen de este modo el ideal soviético del papel femenino:

> *La camarada positiva* es el prototipo de la mujer comprometida, la heroína de la producción que, pese a los tremendos obstáculos que encuentra, tiene tiempo suficiente para dedicarse tanto a un trabajo productivo y útil o al estudio como a la vida doméstica y obligaciones familiares. Llena de fuerza, presta su apoyo a todos los que la rodean y es capaz de trascender el estrecho círculo de su familia. Este tipo de mujer positiva, ligeramente maníaca e hiperactiva está dotada de una energía inagotable y de un amor ilimitado a la causa de la construcción de una sociedad comunista (1970, 271).

Idealmente, por lo tanto, la mujer soviética debería estar dispuesta al sacrificio personal, pero al mismo tiempo debería también contar con un elevado grado de agresividad con vistas a la obtención de los objetivos de la sociedad. Para ella, su trabajo fuera de casa debería ser fuente de grandes placeres y camaradería, y se supone que debería estar siempre alerta a toda nueva oportunidad de contribuir al bienestar de la comunidad local o de la sociedad en general.

La antiheroína de la feminidad soviética es la mujer cuyas experiencias sociales y de trabajo giran exclusivamente en torno al domicilio. Estas mujeres son consideradas perezosas e incluso serviles, y se supone que viven de los esfuerzos de los demás y contribuyen el mínimo posible al esfuerzo colectivo. En estos casos se aplica a veces la presión conjunta de las antiguas compañeras de trabajo que tratarán de forzar a la recalcitrante a salir de su casa para regresar a la fábrica o al servicio comunitario. En los casos de gran resistencia la sociedad critica abiertamente la falta de

iniciativa de la mujer de que se trate, que se considera elemento subversivo políticamente.

Las obligaciones laborales de hombres y mujeres en la Unión Soviética son esencialmente iguales; se espera de ambos que participen activamente en la producción industrial o en lo servicios comunitarios. Ahora bien, ¿cómo afrontan las mujeres soviéticas el síndrome de las tareas domésticas heredado de la adaptación agrícola? Obligaciones como el cuidado de los niños, administración y cuidado de la casa recaen sobre la mayoría de las mujeres casadas que se ven así forzadas a repartir su tiempo y sus energías entre estas labores y las extradomésticas. Estas obligaciones que imponen a la mujer un papel escindido al repartir sus actividades entre su casa y la fábrica, han planteado un problema constante cuya responsabilidad no ha recaído en el Estado sino en el individuo. El trabajo doméstico ha sido definido como de género irrevocablemente femenino, servil y generalmente carente de todo valor de redención social, que constituye un obstáculo más entre los que deben superar las mujeres para alcanzar el fin último que es trabajar la jornada laboral completa.

Este dilema de los papeles femeninos ha resultado complicado más aún por la importancia que se dio a los nacimientos después de la postguerra. A falta de suficientes instalaciones estatales para el cuidado de los niños más pequeños, la mujer soviética que desea trabajar tiene que confiar en la ayuda de sus amigos y parientes. Si una mujer se niega a dejar de este modo a sus hijos padece ansiedad por el miedo de ser tachada de perezosa o «burguesa». También el padre de niños pequeños es apremiado socialmente por cuanto se considera que está apartando a su esposa de un trabajo productivo, lleno de significado y compensaciones, al capitalizar sus servicios domésticos.

Así pues, se estimula a la mujer soviética a que adquiera capacidades individuales aparte de su evidente aptitud para la reproducción y crianza. Pero, a diferencia del varón, tiene el problema de que debe ocuparse de todo el trabajo doméstico. Su patriotismo está sometido a un examen y renovación intermitentes cada vez que los papeles de ama de casa o de madre le impiden trabajar fuera del hogar. Pero en el mundo del trabajo idealmente es un camarada, un igual, que colabora con otras mujeres y hombres en la gigante empresa de la producción y redistribución del Estado. Para descubrir si este ideal cultural es alcanzado de hecho alguna vez debemos examinar más detenidamente la posición de la mujer en la economía soviética.

Obreros y camaradas. La revolución bolchevique liberó a más de la mitad de la población adulta rusa de un trabajo doméstico familiar para canalizarla en la producción del Estado. Aproximadamente durante los primeros 10 años que siguieron a la insurrección política, la mayor parte de las mujeres permaneció en las zonas rurales para colaborar allí con

los otros obreros en las granjas colectivas. Las mujeres de las ciudades tuvieron un papel muy importante en la industria textil, o bien se encargaron de realizar algunos de los trabajos domésticos (criadas, nodrizas) abandonados por otra. Después de la primera década, la industria se convirtió en la principal tecnología del nuevo Estado, y el gobierno comenzó a fomentar el éxodo rural hacia las ciudades. A partir de entonces las mujeres entraron a trabajar en toda la gama de industrias al lado de los varones.

> Uno de los principales estímulos que condujeron al programa gubernamental que fomentó la participación de las mujeres en el trabajo extradoméstico fue la escasez cada vez mayor de obreros varones. La Unión Soviética sufrió una tremenda pérdida de población durante la revolución bolchevique y ambas guerras mundiales. Antes de la revolución, la relación entre el número de varones y el de hembras era casi igual; en 1926 había 107 mujeres por cada 100 hombres. La proporción de mujeres se elevó ligeramente hasta un 108,7 en 1936, para pasar bruscamente a 150 después de la segunda guerra mundial. En 1959 la tasa había bajado a 122,1 pero en esos 32 años la relación era sorprendente: 166 hembras por cada 100 varones (Alexandrova, 1967).

Desde luego, sin la participación concertada de las mujeres, el desarrollo industrial soviético se hubiera retrasado muchísimo. Dodge (1966) calcula que casi la mitad de los varones rusos vivos en 1939 murieron durante la Segunda Guerra Mundial. En 1933 un 35,5 por ciento de todos los obreros industriales eran hembras. Esta cifra se elevó al 40 por ciento en 1941 y al 52 por ciento en 1942. La tremenda pérdida de varones sufrida en la última guerra explica el que las mujeres hayan seguido teniendo mucha importancia para la industria y que hoy en día constituyan todavía el 45 por ciento de la mano de obra industrial (Alexandrova, 1967).

Es frecuente que las mujeres ocupen en las fábricas o en la industria puestos como el de soldador, conductor de tractor o fogonero. Generalmente han monopolizado los puestos más bajos de la escala laboral, los menos mecanizados y que mayores esfuerzos físicos requieren. Las mujeres, y esto es muy significativo, constituyen la mayoría en áreas laborales como los servicios de saneamiento. Aunque existen mujeres que ocupan cargos de ingeniero o de capataz, generalmente son los varones los que se consideran como capacitados para los puestos administrativos en razón únicamente de su sexo (véase Alexandrova, 1967).

Sin embargo, parte del idealismo revolucionario y de los sistemas de salvaguardia para la mujer se han conservado hasta la actualidad. Por ejemplo, todas las obreras que se encuentran embarazadas reciben unas

vacaciones de cuatro meses (dos antes y dos después del parto) pagadas por el Estado, más la posibilidad de otros tres meses (que entonces no son pagados), y la garantía de conseguir el mismo puesto de trabajo con la misma categoría y escala salarial cuando deciden volver a su ocupación anterior. Además, se prohíbe a las fábricas que fuercen a las mujeres a elevar o desplazar grandes pesos. Aunque las facilidades dadas cuando una mujer va a dar a luz son bastante amplias, cuando ya tienen el hijo no cuentan apenas con servicios de guarderías infantiles donde dejar a los recién nacidos mientras ellas trabajan. Debido a esto, el papel ideal de la mujer trabajadora exige que como madre pague para poder trabajar a la persona que cuida su hijo durante la jornada laboral, pues de lo contrario se expone a que sus camaradas la critiquen por quedarse en casa con su hijo. Por otro lado, se suelen ignorar los límites máximos de peso que puede hacerse llevar a una mujer, sobre todo entre aquellas cuyo empleo es el de estibador o peón de la construcción.

En el campo de las profesiones liberales las pautas son similares. (Profesionales liberales son, en la URSS, las personas que han logrado ingresar en una universidad o escuela superior, donde han obtenido un título después de recibir enseñanzas que son gratuitas. Estas personas se ven posteriormente obligadas a devolver al Estado lo que éste pagó para su educación superior pasando al terminar su carrera a ocupar un puesto de acuerdo con su titulación.) Incluso en las profesiones para las que es necesario tener estudios superiores es frecuente encontrar a las mujeres en ocupaciones relacionadas con la crianza y la educación, y en estos campos suelen ocupar los niveles menos elevados. Las mujeres se concentran en la medicina y profesiones de tipo educativo, pese a que teóricamente están abiertos todos los campos. Pero en el de la sanidad y educación dominan las mujeres. Las mujeres médicos o enfermeras antes de la revolución eran solamente un 10 por ciento del total, pero esta cifra se elevó a un 75 por ciento después de la última guerra mundial. Es interesante comprobar que de estas mujeres el 92 por ciento ocupa posiciones de nivel muy poco elevado, dentro de la categoría de «personal sanitario medio», mientras que son los varones los que dominan los niveles administrativo y quirúrgico más importantes, así como los diversos campos de la investigación (Alexandrova, 1967). Del mismo modo, entre los educadores, cuanto más bajo es el nivel de enseñanza más probable es encontrar a una mujer trabajando de maestra o profesora. Por otro lado, cuanto más elevada es una posición administrativa dentro del sistema educativo, menos probable es encontrar a una mujer ocupándola.

Durante la guerra y en las granjas colectivas rurales, las mujeres se hicieron cargo de la mayor parte del cultivo aparte de sus ocupaciones domésticas. Gran parte de los trabajos más duros, como la arada, la siembra y la cosecha se hacía sin ayuda de maquinaria. Después de la guerra, cuando la máquina empezó a difundirse en las zonas agrícolas, fueron los

hombres quienes se encargaron muchas veces de manejarla. Pero las mujeres siguieron desempeñando casi siempre las mismas tareas a mano. Hoy en día los varones siguen dominando los trabajos más mecanizados y menos agotadores, que además son los que presuponen posiciones más elevadas y salarios más altos. Además, en el campo es doblemente probable que tenga educación superior un varón que una mujer, y prácticamente son los varones quienes monopolizan los puestos de tipo administrativo en las granjas colectivas.

La quimera de la igualdad. Tanto en las zonas urbanas como en las rurales, en profesiones especializadas como no especializadas, las mujeres apenas experimentan en sus vidas la igualdad querida por los reformadores bolcheviques. Al llevar a cabo su deber patriótico, la mujer soviética se encuentra casi siempre en los trabajos de categoría menos elevada, con la paga más baja y las máximas exigencias en cuanto a inversión de energías. El mundo del trabajo, que según la propaganda es la única fuente auténtica de orgullo y realización personal, significa para la mayor parte de las mujeres que trabajan en las fábricas o el campo una labor dura, física y sin mecanizar en la que tienen pocas posibilidades de progreso. Aunque las mujeres constituyen un 47 por ciento de la fuerza de trabajo nacional, tanto los puestos de tipo administrativo en la burocracia gubernamental como los del Partido Comunista en sí les están prácticamente vedados.

En el terreno doméstico se sigue suponiendo que la mujer debe dar hijos y criarlos, cuidar de la casa y servir a su marido. Todas estas obligaciones deben ser cumplidas junto con el trabajo extradoméstico, y ello teniendo en cuenta que no tiene ni coches, ni cocinas, ni lavadoras o secadoras automáticas, ni supermercados en donde poder hacer la compra de una vez y rápidamente. Como esposa y como mujer, sigue luchando bajo el yugo del renovado puritanismo stalinista. Aunque recientemente fue legalizado el aborto otra vez, el control del embarazo (que no es lo mismo que el control de la natalidad) sigue siendo mediocre debido a que no es fácil conseguir medios anticonceptivos. Son las mujeres, y no los hombres, quienes son tenidas por responsables de los embarazos y partos ocurridos fuera de una unión matrimonial. Las mujeres jóvenes de la Unión Soviética suelen pasar por varios abortos antes de llegar al matrimonio, y todavía tienen que llegar a conquistar el grado de igualdad sexual que gozaron sus abuelas justo después de la revolución bolchevique.

Más adelante, en este mismo capítulo, volveremos a tratar de las tendencias futuras que pueden esperar las mujeres soviéticas. Pero antes de tratar de ese tema debemos establecer un contraste entre las actividades productivas y domésticas de las mujeres soviéticas y las de las mujeres que viven en los Estados Unidos. Vamos a analizar por qué no llegó a producirse una revolución obrera en las economías victoriana y norteamericana, y veremos cómo el curso del desarrollo industrial influyó en la incorporación de la mujer en la producción y la definición cultural del papel femenino.

Europa occidental tenía la misma herencia tecnoeconómica y cultural que Europa oriental. A comienzos del siglo XIX ambos sectores del continente eran predominantemente agrícolas aunque contaban con centros urbanos cada vez más importantes dedicados a la manufactura y al comercio nacional e internacional. Cuando la máquina revolucionó la producción de bienes manufacturados, Inglaterra vio que, al igual que en Rusia, se aprobaban leyes que fomentaban la emigración de las masas rurales a las ciudades donde deberían trabajar en las fábricas. Las naciones europeas padecieron este grave problema de redistribución de la población, y lucharon por conservar su *status quo* frente a las grandes desigualdades creadas en aquellos momentos.

La importancia que para Europa occidental tenía el comercio marítimo parece haber sido uno de los factores críticos que en último término crearon su aversión a los levantamientos socialistas y permitieron que se dedicaran al mantenimiento del capitalismo. Africa, Asia y el Nuevo Mundo se habían convertido en los botes salvavidas de los grandes imperios colonialistas. El acceso a los océanos, el colonialismo y, llegado el momento, el reclutamiento de proletarios en el extranjero, permitieron el rápido desarrollo industrial europeo. La prosperidad resultante obtenida por estas naciones acabó por aliviar la grave opresión sufrida por las clases trabajadoras europeas y dio lugar a la aparición de sistemas políticos muy elásticos especializados en evitar la revolución por medio de mínimas redistribuciones de la riqueza interna.

Uno de los principales atractivos del capitalismo para el obrero medio era el irresistible pero huidizo tesoro que aguardaba a los triunfadores. Las disparidades de riqueza y poder generadas por el industrialismo de los primeros tiempos fueron explicadas y justificadas en las culturas capitalistas mediante una complicada ideología que predicaba la posibilidad de ascender socialmente mediante la destreza, el esfuerzo y el ingenio. La pobreza fue definida de nuevo y se calificó de característica del hombre desafortunado o poco hábil. De este modo se hacía creer que el hombre o la mujer verdaderamente ambiciosos y competentes podían escapar a ella. De este modo, la burguesía no se convirtió en el objetivo perseguido

por una actividad revolucionaria concertada sino que proporcionó el modelo para la agresividad económica y la emulación social.

La prosperidad alcanzada por los magnates capitalistas de Europa occidental y Estados Unidos llegó a filtrarse hasta los sectores de la clase obrera en una escala que Marx y Engels no llegaron a imaginar. A pesar de los graves enfrentamientos entre los obreros y la industria privada, la elasticidad de las instituciones políticas capitalistas permitió que el crecimiento económico tuviera siempre cierto adelanto en relación con las tensiones sociales. En Estados Unidos, y también en Europa, aunque en menor medida, los obreros industriales pudieron alcanzar cada vez más algunos de los bienes materiales de la burguesía.

El papel de la mujer en la prosperidad estadounidense. El desarrollo económico experimentado por los Estados Unidos fue en muchos sentidos muy distinto al de Europa occidental. Al principio, Estados Unidos no fue más que una frontera de la Inglaterra mercantilista, pero muy pronto asumió una importancia estratégica en las redes comerciales del Nuevo Mundo. La revolución americana no fue una rebelión idealista de los proletarios sino un esfuerzo de la burguesía norteamericana que trataba de controlar y expansionar sus horizontes económicos liberándose de los controles impuestos desde el extranjero. Cuando Estados Unidos quedó afianzado como un agente libre en el comercio mundial, este nuevo país se convirtió no solamente en un competidor a la misma altura de los europeos sino también en el principal abastecedor de bienes del Nuevo Mundo a Europa occidental. El capitalismo Norteamericano no se alimentó de colonias extranjeras (con la excepción de Liberia, Méjico, Filipinas y Nicaragua), sino de los recursos de una frontera contigua constantemente ampliada. Además, en lugar de basarse el desarrollo económico en una fuerza de trabajo indígena amplia y reclutable, dependió de un ininterrumpido fluir de inmigrantes. De esta forma Estados Unidos pudo gozar de la ventaja que suponía poder seleccionar el personal reclutado y controlar la distribución del trabajo productivo tanto antes como después de la revolución industrial.

El tipo de participación de los inmigrantes según fuera su sexo en la economía norteamericana durante la fase de su primer desarrollo estuvo sometido a la influencia de la clase socioeconómica, herencia cultural y circunstancias históricas. Los «inmigrantes» africanos, debido a que ocupaban una posición especial de parias, fueron canalizados hacia papeles económicos y sociales muy característicos. Los esclavos, fueran hombres o mujeres, se vieron sometidos igualmente a la explotación. Después de la abolición de la esclavitud, las mujeres negras siguieron trabajando en el campo o en el servicio doméstico, pero los hombres empezaron a reclamar los puestos de trabajo de la escala más ínfima que habían sido rechazados por inmigrantes mucho más recientes.

El sector dominante, tanto numérica como culturalmente, de la nueva república, estaba formado por protestantes blancos de origen anglosajón. Este basamento de población y sus descendientes tuvo un papel fundamental en el desarrollo del núcleo de la cultura norteamericana, y logró reafirmar su dominio social y político sobre las sucesivas olas de inmigrantes con creencias religiosas y aspecto físico diferentes. Así, por ejemplo, los inmigrantes procedentes de Irlanda, Europa oriental, y la región mediterránea pasaron frecuentemente a ocupar posiciones socioeconómicas propias de la clase baja durante un tiempo considerable desde su llegada. Al igual que en Europa, la clase social fue siempre una variable importante para la definición de la amplitud del papel económico desempeñado por las mujeres. Un factor adicional, la disponibilidad general de mano de obra, fue especialmente importante en los Estados Unidos, donde la gran masa de mano de obra masculina y femenina era reclutada en el extranjero.

En la época preindustrial, Estados Unidos padeció una permanente escasez de mano de obra. Las mujeres, tanto en las ciudades como en las zonas rurales, desempeñaron papeles económicos extradomésticos activos y vitales:

> En la América colonial las mujeres trabajaron de carnicero, herrero, tapicero, guardián de prisión, impresor, boticario y doctor (o «doctoras», como se las llamaba). Las mujeres ayudaban a sus maridos y cuando se convertían en viudas, lo cual ocurría frecuentemente, no tenían más remedio que seguir encargándose de la marcha de la granja, la tienda, el molino, el periódico, el astillero y hasta el buque. Las mujeres cuáquero de Nantucket administraron empresas de cierta importancia durante bastantes años mientras sus esposos estaban embarcados en la caza de la ballena (Bird, 1970, 20).

La demanda cada vez mayor de alimentos por parte de los habitantes de las ciudades, unida a la necesidad que tenía la economía de nuevos recursos, actuó como señuelo que atrajo a nuevos grupos que se establecieron cada vez más al oeste en una zona en que la frontera se ampliaba cada vez más. En estas nuevas zonas rurales la vida era muy dura y las mujeres trabajaban tanto como los hombres en el empeño de lograr la supervivencia. Es significativo que en todo el mundo las fronteras hayan sido siempre las zonas más liberales a la hora de conceder a las mujeres igualdad legal con los hombres. Fue en los estados del oeste, en los que las mujeres actuaban como custodios de las granjas y los negocios, e incluso trabajaban como asalariadas en ocupaciones domésticas o de maestras, donde por primera vez obtuvieron el derecho a votar. En el sur, una zona también rural, las variables de la raza y la clase social tuvieron mucha importancia para la determinación de la posición femenina.

Las mujeres pobres, fuera cual fuese su raza, pasaron en muchos casos la mayor parte de su vida dedicadas a duros trabajos agrícolas. En cambio, los trabajos asalariados dividían a las mujeres según la raza, ya que mientras las negras trabajaban en el servicio doméstico las blancas se veían sumidas en el horror de las primeras fábricas de algodón. Las mujeres pertenecientes a las familias aristocráticas del sur, al igual que las mujeres ricas de las ciudades del norte, no tuvieron participación alguna en el desarrollo económico; ellas y sus maridos prolongaron la tradición burguesa europea y proporcionaron el modelo de consumo espectacular e improductividad hacia el que a la larga tendería la mayoría de los norteamericanos en sus aspiraciones. Las granjas individuales tuvieron generalmente más éxito en el nordeste y en el oeste medio, y frecuentemente unieron los miembros de familias mínimamente extendidas con la mano de obra pagada, en una única aventura capitalista. Las mujeres que se encontraron en esta situación gozaron generalmente de una existencia mucho más segura que la experimentada por las mujeres de las praderas del oeste o las de las granjas en régimen de aparcería que salpicaban el sur. Las granjas del norte consiguieron producir alimentos en cantidades que superaban las necesidades de subsistencia del grupo productor y utilizaron los excedentes para obtener otros bienes de consumo mediante el trueque o la venta. De esta forma las mujeres del norte lograron desempeñar también una función esencial en el éxito económico de la empresa agrícola familiar, produciendo en este caso vestidos, comidas enlatadas y preparadas y trabajando en otras industrias caseras.

A pesar de la existencia de estas variaciones regionales a lo ancho de la América rural, las mujeres realizaron en todas partes importantísimas labores extradomésticas a lo largo de casi toda su vida. Esta tendencia fue muy exagerada con la primera aparición de la industria y el atractivo cada vez mayor del trabajo asalariado y la ciudad. En 1890, aproximadamente dos terceras partes de la población norteamericana trabajaba en el campo, pero el crecimiento de las ciudades era ya una espiral desde el fin de la guerra civil. La explotación en masa de las mujeres jóvenes de familias norteamericanas pobres o inmigrantes en las *sweatshops* (fábricas en las que se explota a los obreros) es horripilante. La tremenda pobreza de las primeras familias que se establecieron en las ciudades exigió que se siguieran practicando ciertas técnicas rurales de subsistencia. Los primeros núcleos urbanos estaban organizados como aglomeraciones desorganizadas de granjas en miniatura, con el ganado y los huertos embutidos en los huecos que dejaban los patios de las casas. La alimentación, sobre todo la comida básica de cada día que ya podía obtenerse fácilmente en los supermercados, era proporcionada por los esfuerzos de las mujeres. En una época en que los embarazos en serie y los años de continuada responsabilidad por el cuidado de los niños sólo podían evitarse con la esterilidad o la menopausia, y en los que el peso de las tareas domésticas

tenía que ser sobrellevado sin las ventajas del agua corriente, la electricidad y los electrodomésticos, la vida de la mujer casada era verdaderamente dura.

Sin embargo, algunas mujeres se vieron forzadas a complementar los ingresos familiares dedicándose además a realizar trabajo asalariado. No era raro que la jornada laboral alcanzara las 16 o 18 horas para las mujeres que hacían de lavanderas, comadronas, costureras, tenían pensionistas o llevaban a cabo trabajos domésticos en las casas de los más afortunados. El peligro era especialmente grave para las viudas o las mujeres cuyo esposo estaba en paro o era inválido y además tenían hijos que dependían de ellas; esta situación era al parecer bastante corriente. Todavía peor era la situación de las mujeres cuyo marido era alcohólico o, de una u otra forma, un parásito de la familia, porque las mujeres carecían de posición legal independiente y por tanto no tenían derecho a sus propios ingresos.

Aunque algunas de estas desgraciadas llegaron a trabajar además en las fábricas, la mayoría de las mujeres casadas permaneció en su hogar con sus hijos, llevando, cuando era necesario, el mundo del trabajo a su propio domicilio. Pero los hijos de las familias pobres entraban siempre en el mercado de trabajo desde muy pequeños, para complementar de este modo los ingresos de la familia. Para la situación de las mujeres es significativo que la administración de las fábricas contratara por igual a los miembros de ambos sexos. En la última década del siglo pasado había ya más de un millón de mujeres empleadas en las fábricas. En los sectores tabaquero y textil, las mujeres constituían cerca de la mitad del total de la mano de obra. La mayor pare de estas mujeres eran jóvenes y solteras, y habían inmigrado recientemente o eran hijas de inmigrantes.

En las primeras fábricas las condiciones de seguridad en el trabajo eran prácticamente nulas y no había tampoco controles sanitarios para ninguno de los dos sexos. Además, las semanas laborales eran de 80 horas o más. Las mujeres heredaron los trabajos de menor categoría, más repetitivos y menos especializados y, en consecuencia, cobraron también los salarios más bajos y tuvieron menos oportunidades de ascenso. Al parecer fueron también víctimas de agencias de empleos muy poco escrupulosas que en muchos casos les estafaban parte de sus salarios, dedicándose de paso a buscar prostitutas. Las condiciones de trabajo en las fábricas de finales y comienzos de siglo quedan muy bien descritas en el detallado análisis realizado por Smuts (1959), que afirma:

> Muchas fábricas, especialmente las de las industrias de la confección y alimenticia estaban llenas a rebosar de sabandijas. Según un informe publicado en 1888 por el Departamento de Estadísticas Laborales de Nueva Jersey, las trabajadoras de las hilaturas de Patterson se vieron forzadas a «trabajar de pie sobre un suelo de pie-

dra mojado durante todo el año, descalzas casi siempre, cayéndoles constantemente sobre el pecho un chorro de agua procedente de un cilindro que giraba; y, en las noches más frías del invierno... estas pobres criaturas tienen que regresar a sus casas con las ropas chorreando y la ropa interior empapada... porque no tienen lugar ni tiempo para poder cambiarse al terminar el trabajo...». La atmósfera saturada de pelusa y humedad de las fábricas de algodón del sur producía expectoraciones constantes. Los suelos estaban resbaladizos debido a la mezcla de esputos y tabaco. En otras industrias la atmósfera estaba contaminada en grados incluso más peligrosos por el tabaco, el cristal, la mica o el polvo de latón, o por los humos de la nafta, la laca, la pintura y otros materiales en suspensión. En todas estas industrias eran corrientes la tuberculosis, la pulmonía y otras enfermedades respiratorias menos graves.

En la industria del calzado las mujeres daban el acabado a los zapatos frotando la cola y el tinte sobrantes con pedazos de trapo empapados en agua jabonosa muy caliente. El agua se convertía en seguida en una solución negra y corrosiva de cola, tintes y jabón que manchaban las manos de tal forma que resultaba imposible limpiarlas con ningún procedimiento y, además, acababa por pudrir la piel y corroer las uñas. Las fabricantes de flores artificiales acababan con las manos encallecidas y los dedos aplastados debido a la ininterrumpida utilización de planchas calientes para dar formas delicadas a los materiales utilizados. El arsénico, el plomo, el mercurio y el fósforo intervenían en varios procesos industriales sin que casi nunca se hicieran apenas esfuerzos para evitar las intoxicaciones (1959, 76-77).

Aunque la gran mayoría de las mujeres trabajadoras eran empleadas en ambientes industriales de estos tipos, también comenzaron a abrirse a las mujeres algunos puestos de trabajo como los de oficinista. Durante la guerra civil las mujeres quedaron firmemente establecidas en trabajos de oficina que hasta entonces habían sido dominadas por los varones. Además, las mujeres ayudaron al principio a los dependientes que hasta entonces habían sido siempre varones, y acabaron por sustituir a los dependientes de comercio en cuanto los dueños de las tiendas quedaron convencidos de las ventajas que para ellos representaba el contar con las mujeres por su diligencia, su cortesía y porque cobraban sueldos más bajos que los varones. Durante cierto tiempo las únicas profesiones en que había mujeres fueron la enseñanza y la asistencia sanitaria, pero ambas requerían al principio un tipo de preparación muy limitada y poco oficial. Por ejemplo, para llegar a ocupar el cargo de maestro bastaba con haber cursado la segunda enseñanza y poco más. La creación de instituciones de enseñanza superior para mujeres, y la admisión de mujeres en facul-

tades de medicina y derecho que les abrían unas pocas plazas, sólo llegó después de pasadas algunas décadas una vez terminada la guerra civil. De todas maneras, después de la guerra casi todos los maestros eran mujeres, y sólo gracias a la gran disponibilidad de maestras —mal pagadas— se hizo posible que todos los niños pudieran recibir enseñanza básica. Al igual que ocurría con las mujeres que trabajaban en la industria, todas estas posiciones de oficinistas, dependientes de comercio, maestras y enfermeras solían ser ocupadas por mujeres solteras y menores de 25 años.

Las mujeres pertenecientes a la base más amplia de la sociedad, es decir, a las clases baja y media, desempeñaron ininterrumpidamente un papel muy significativo en el desarrollo tanto preindustrial como industrial de la economía estadounidense. A comienzos de este siglo, y sobre todo después de la Primera Guerra Mundial, hubo sin embargo un significativo cambio de la imagen de las mujeres como obreras, esposas y madres. Pese a su persistente y cada vez mayor participación en el crecimiento económico de la nación, empezó a darse un valor positivo al papel *no* productivo de las mujeres y a conductas femeninas diferentes y a la vez complementarias de las de los hombres.

Señoras, chicas y mujeres. La cuestión de si una hembra madura debe ser clasificada como señora, chica o mujer puede parecer un fútil ejercicio de semántica. En la sociedad de nuestros días hay muchas ocasiones en que todos estos términos pueden ser utilizados de forma indiferente. Sin embargo, los sutiles matices de significado que los contrastan parecen ser marcas cruciales para la definición en último término de los papeles genéricos ideales de la mujer en la cultura norteamericana. Dos índices, la madurez y la posición social, fueron al principio los más importantes indicadores. En el siglo XIX el ser mujer era identificado con el matrimonio y la maternidad. Las mujeres que trabajaban en la industria, aunque fueran maduras fisiológicamente, eran casi siempre solteras, y por eso se les llamaba «chicas» trabajadoras. Es interesante ver que la frase «las chicas de la oficina», utilizada para referirse a todas las mujeres que trabajaban en oficinas, fuera cual fuese su edad o su estado civil, ha tenido considerable existencia en nuestra cultura. La supervivencia de la frase ha sido estimulada por esa posición en diminutivo que queda implícita en las mismas palabras, así como porque sólo muy recientemente se ha producido la glorificación cultural de la juventud por parte de las mujeres mismas.

Las señoras eran al principio las hembras que gracias a su pertenencia a familias seguras desde el punto de vista económico no tenían que trabajar. Su comportamiento refinado, su preocupación por la casa y sus pautas de conducta llenas de dependencia y carentes de competencia llegaron a relacionarse con la posibilidad de ascenso social, y por esta razón se constituyeron en la piedra fundamental de la feminidad norteamericana.

Resulta verdaderamente interesante estudiar por qué las mujeres norteamericanas adoptaron una identidad social que no concordaba con su contribución global a la economía. Aunque, en el siglo pasado, las mujeres trabajaron hombro con hombro con los hombres en el campo y en la fábrica, no hubo nunca, como ocurrió en la Unión Soviética, un sentimiento tácito o legislado de igualdad entre los sexos. Los mismos trabajos de las fábricas «tenían sexo» según fuera el grado de mecanización, destreza, prestigio y salario de cada una de las ocupaciones. En la sociedad norteamericana, el desarrollo económico avanzó con la suficiente rapidez para permitir la conservación de los antiguos papeles genéricos preindustriales. Por ejemplo, la participación en masa de las mujeres en puestos de trabajo en la industria, que caracterizó una parte importante del siglo pasado, fue eliminada antes de que hubieran podido establecerse los canales que habrían llevado a la creación de la igualdad social entre los sexos. Alrededor de 1850, empezaron a entrar en los Estados Unidos grandes cantidades de varones que emigraban del Canadá y de Irlanda, que gradualmente ocuparon los puestos más bajos de la escala laboral, sustituyendo con ello a las mujeres. Por otro lado, las nuevas máquinas, por ejemplo los motores eléctricos que sustituyeron a los de vapor, y el desarrollo de las técnicas de fabricación en serie, también tuvieron su influencia en la eliminación de las ocupaciones manuales y semimecanizadas que anteriormente desempeñaban únicamente las mujeres y los niños.

De esta forma, varias tendencias del desarrollo económico se sumaron para alejar a las mujeres de las funciones productivas que las habían colocado en el mismo contexto social y laboral que los hombres. El factor que quizá tuvo mayor importancia por sí solo fue el significativo aumento de la seguridad económica de las familias de cada nueva generación. En relación con los países europeos, Estados Unidos se convirtió en una nación rica en la que incluso las familias más pobres de los peores barrios de las ciudades conseguían alcanzar un nivel cómodo por medio de la combinación de los esfuerzos laborales de sus miembros. Las sucesivas unidades familiares comprobaron que cada vez tenían mayores posibilidades de tener a sus niños en la escuela y, significativamente, de tener a sus mujeres, solteras o casadas, en casa. Poco a poco las esposas dejaron de realizar trabajos a destajo en sus hogares porque las grandes empresas que lo proporcionaban pudieron eliminarlo gracias a la eficacia de la producción en masa. La carga del trabajo doméstico se vio similarmente aliviada al producirse la revolución tecnológica que llevó la electricidad, el agua corriente y máquinas cada vez más complicadas a las casas de las ciudades. La ociosidad femenina, que antiguamente era algo exclusivo de las mujeres de clase alta y característico de la posición social, empezó a ponerse al alcance de las nuevas clases medias. Pronto llegó el momento en el que *cualquier* mujer podía ser «una señora», es decir en que no *tenía* que trabajar, sino que podía adoptar una posición de depen-

dencia y centrar todas sus energías en torno a la práctica de la rutina doméstica y a la custodia de la armonía casera.

Las mujeres norteamericanas se han visto a sí mismas y su función social de un modo que ha estado sometido a influencias históricas. Bird dice:

> Hablando en general, cuando se han encontrado en la situación típica de la frontera, con guerras, revoluciones y febriles épocas que proporcionan trabajo urgente para todos, los hombres y las mujeres se han acostumbrado a tener objetivos parecidos o plenamente ambiguos. En contraste, durante los períodos de crecimiento económico lento u ordenado, como ocurrió en los decenios primero y quinto de este siglo, la masculinidad y la feminidad fueron cultivados como fines con valor propio. En estos períodos, se estimula a los hombres a que se sometan a la disciplina industrial a fin de ganar dinero, que se considera como la principal forma de demostrar su «masculinidad»; a las mujeres se las estimula para que se queden en casa y sean así «femeninas».
>
> Los períodos ambiguos suelen estar caracterizados por movimientos feministas que afirman el derecho que tienen las mujeres a la independencia de acción. Los períodos viriles en los que los varones dominan la sociedad estimulan en cambio a las mujeres a definirse en cuanto a su relación con los hombres. Estas dos filosofías se han alternado con la suficiente frecuencia para impedir a todas las generaciones de mujeres norteamericanas la utilización de sus madres como modelos (1970, 21-22).

A pesar de las fluctuaciones cíclicas en el reclutamiento de las mujeres para formar parte de la fuerza de trabajo, y de las ventajas que en relación con esa situación se dan para la mujer cara a la obtención de la igualdad legal, se ha producido siempre una misma serie de pautas en cuanto a los papeles desempeñados por la hembra. En el siglo XIX, por ejemplo, la gran mayoría de las mujeres que trabajaban fuera del hogar eran solteras y daban por terminado su período laboral en cuanto se comprometían o se casaban. Los motivos que llevaban a las mujeres al trabajo, incluso a profesiones como la enseñanza y otras de tipo liberal, no tenían casi nunca relación con el intento de conseguir objetivos relacionados con la carrera profesional. Las mujeres trabajaban por puro sentido de responsabilidad cara a una familia en la que todos luchaban, o también para huir de los controles que les imponían sus padres, para conseguir los bienes materiales que caracterizaba a las «damas», y para encontrar un marido. Verdaderamente, para las mujeres el trabajo servía (y ha seguido sirviendo) de *rite de passage* [rito de transición] entre la posición de muchacha y la de mujer, entre el papel de hija obediente y

esposa obediente. La gran masa de mujeres jóvenes norteamericanas formó siempre parte de la gran aventura capitalista pero solamente porque estas jóvenes trataban de asegurarse la caza de un marido y lograr su realización personal por medio de la del esposo. Pese a las condiciones miserables, y a menudo inhumanas, en que se trabajaba en las primeras fábricas, las mujeres se precipitaron a atravesar sus umbrales con gran entusiasmo:

> La mayor parte de las mujeres trabajadoras no actuaron como si se vieran aplastadas por su vida de obreras. Tanto en el norte como en el sur, tuvieron humor y energía suficientes para pelear si era necesario, o para cantar y contar chistes pícaros por encima del estruendo de la maquinaria, para volver a su casa y quedarse despiertas durante buena parte de la noche, para coserse los vestidos y hacerse los sombreros en que invertían la paga de la última semana a fin de lucirlos al siguiente domingo, y para dejar la tienda la noche del sábado con la semanada en el bolsillo y dedicarse a comprar hasta que las últimas tiendas cerraban a medianoche (Smuts, 1959, 98).

El mismo autor añade esta penetrante observación:

> La actitud de las personas respecto a sus propias condiciones de vida está siempre circunscrita por aquello que las ha acostumbrado y aquello que pueden esperar desde un punto de vista realista. Desde la ventajosa perspectiva de nuestros días, o incluso desde el punto de vista de las clases superiores y medias de 1890, las mujeres trabajadoras de la última década del siglo pasado trabajaban en condiciones intolerables. La mujer trabajadora media, sin embargo, no tenía una clara conciencia de estar siendo engañada. Iba a trabajar y no lo hacía porque pensara que estaba trabajando para poder comer, sino porque creía que, teniendo todo en cuenta, iba a tener más medios económicos si trabajaba. Generalmente esa mujer obtenía del trabajo exactamente lo que ella esperaba obtener. Si procedía de Europa, o de una granja norteamericana pobre, lo que encontraba era muchas veces considerablemente mejor que lo que había esperado. Cuando pensaba en algo mejor, lo más probable es que no pensara en un trabajo más fácil o mejor pagado, sino en un rápido matrimonio con un buen marido (Smuts, 1959, 93).

La prosperidad norteamericana proporcionó, si no maridos mejores, sí al menos matrimonios tempranos y también una disminución de la necesidad que tenía la mujer de dedicarse a trabajos muy penosos tanto

fuera como dentro de la casa. Los gritos de las primeras feministas, que eran miembros de familias generalmente de clase alta, fueron a parar a oídos sordos, y siguió ocurriendo así mientras las puertas de las ganancias económicas estuvieron abiertas a las parejas conyugales. La presencia de papeles sexuales dicotomizados, en lugar de tender a la desaparición, llegó a convertirse en un índice de la clase social. En seguida se exageraron las diferencias supuestamente naturales entre hombres y mujeres en las modas del vestido, en la etiqueta y en las novelas. Al reducirse la anterior necesidad de trabajo femenino fuera de la casa, creció todo un cuerpo de argumentos culturales que subrayaban la inadecuación de las mujeres a esos trabajos. Gradualmente, el trabajo en la fábrica pasó a ser considerado como algo que ponía en peligro el bienestar físico y moral de las muchachas. Se decía que la mujer estaba en el mundo para dar hijos a la familia, y esta función primordial era supuestamente puesta en peligro por actividades que ponían en tensión los delicados órganos sexuales femeninos. Por otro lado, una «chica» soltera podía ser víctima de varones sin escrúpulos si se alejaba de la cúpula protectora que era la casa en que habían nacido, aparte de que su alejamiento del hogar la exponía a la adquisición de ideas peligrosas acerca de la independencia o de tendencias al despilfarro que luego chocarían con los deberes de la esposa sumisa. También se veía como una amenaza contra la feminidad toda estancia demasiado prolongada en las aulas. Se levantaron voces respetables para quejarse de los riesgos que el aprender traía consigo para la salud mental y física de la mujer. Las pocas mujeres que sentían deseos de hacer una carrera para luego dedicarse a una práctica profesional se vieron forzadas, para evitar la pérdida de su empleo, el encajonamiento legal y los embarazos en serie, a permanecer solteras y por tanto a ser utilizadas como ejemplos de la depravación que suponen en la mujer la agresividad y los deseos de obtener éxitos fuera del hogar. Las mujeres, se decía, deben vivir para la reproducción, pero no deben hablar de ella; deben defender la fortaleza de la moral y cerrar los ojos a todas las cosas inmorales; deben animar a sus maridos ayudándoles a conseguir la victoria en un mundo que en su mayor parte ellas no podían ver ni experimentar:

> La pureza, la modestia y la falta de pasión eran algunas de las cualidades más valoradas entre las que se solían atribuir a las mujeres. Como se creía que los hombres eran naturalmente lujuriosos y agresivos, la reticencia de las mujeres parecía ser el principal medio de defender los criterios morales. Al igual que otras cualidades esenciales de la mujer, sin embargo, todo el mundo creía que sus instintos virtuosos eran extremadamente vulnerables. Para impedir la derrota era necesario reducir al mínimo en todas las mujeres jóvenes las oportunidades de sostener relaciones no supervisadas con varo-

nes, así como aislarlas de toda posible fuente de conocimientos o de interés por el sexo. La convención de las personas educadas exigía, ciertamente, que no se hiciera en público referencia alguna a las bases físicas del sexo. Se esperaba que las señoras dijeran, y ello cuando resultaba absolutamente necesario, «extremidades» en lugar de «piernas». Incluso, en los años setenta y ochenta del siglo pasado, hubo quien cubrió las patas de los pianos con discretos volantes. La muchacha que no estaba a la altura de estos ideales de corrección femenina era condenada como tentadora y descastada (Smuts, 1959, 117-18).

Estas ideas acerca de la feminidad siguen componiendo un sector importante de la cultura norteamericana, aunque en los últimos decenios han quedado algo erosionadas. El aislamiento de la mujer en el hogar fue erigido como ideal, pero en realidad no se consiguió más que en unos pocos casos. En el siglo pasado las mujeres de las familias que gozaban de suficiente seguridad económica para liberarlas del trabajo extradoméstico solían llenar sus ocios dedicándose a algún tipo de actividad no hogareña de carácter voluntario, filantrópico o recreativo. Las mujeres de la clase acomodada fueron las primeras que se entregaron a la ayuda social, la búsqueda de fondos para obras de caridad y la reforma social. A diferencia de sus hermanos, solían aprovecharse del ocio que les proporcionaban los años anteriores a su matrimonio para completar su educación hasta los niveles superiores. Cuando se acercaba el final del siglo XIX, la tremenda demanda de personas capaces de desarrollar actividades de oficina, colegios, hospitales, departamentos estatales y telefónicas permitió a las «señoras» una buena forma de salida antes de su matrimonio, y dio también a las mujeres de familias de clase media baja una oportunidad para elevarse en la escala social.

La mujer norteamericana de nuestros días debe su posición actual en la sociedad, por suerte o por desgracia, a este legado cultural único. Al empezar el siglo XX, la mujer era un individuo social y económicamente menor de edad, y su desarrollo intelectual y expresión sexual estaban gravemente frenados por la sociedad. Era una noción preconcebida, un adorado producto de sus instintos. Si él era supuestamente dinámico, ella era estática; si él era la montaña rusa, ella estaba dispuesta a darse una vuelta. Este era su puesto *natural,* o así lo exigía al menos la cultura del país. Pero lo cierto es que la historia tiene un modo milagroso de alterar los códigos genéticos, de mudar lo inmutable. Durante el siglo XX Estados Unidos fue un país que se vio forzado a convocar los esfuerzos productivos de la mujer a una escala muy superior a todo lo que se había visto anteriormente y, al hacerlo, tuvo que volver a definir el papel de la mujer.

La muchacha moderna. A comienzos del siglo XX se registró una gran actividad reformista, unionista y feminista. Las mujeres que se dedicaban al trabajo social, salidas casi todas ellas de las clases superiores, ejercieron toda la presión posible para obtener, como obtuvieron, modificaciones legales de las condiciones de trabajo de las mujeres. Las sufragistas se quejaron con amargura de las desigualdades salariales y legales entre los sexos, y comenzaron a apremiar a la sociedad a nivel estatal y federal. Las causas de las mujeres, sin embargo, resultaron notablemente mejoradas como consecuencia de la Primera Guerra Mundial. La respuesta de las mujeres cuando los líderes políticos y militares les pidieron que llenaran los puestos de trabajo abandonados por los hombres que se fueron a la guerra, fue entusiasta. Tanto en las fábricas como en los negocios las mujeres llevaron a cabo tareas reservadas antes a los hombres, y las desempeñaron bien. Después de la guerra ocurrió un significativo cambio de la imagen de la mujer que se extendió por toda la cultura norteamericana. En 1920 las mujeres norteamericanas habían conquistado ya el derecho al voto, la posibilidad de divorciarse y cobrar una pensión y el acceso a la información sobre el control de la natalidad y los instrumentos que lo permiten. Aunque no desapareció la imagen de la «señora» modesta, virtuosa, pura y entregada al hogar, la llegada de las mujeres a la educación superior y a los trabajos fuera de la casa supusieron una amenaza contra la «feminidad». La nueva forma de vestir simbolizó la aparición de una nueva mujer que por fin se había liberado del corsé. La industria de la moda creció muchísimo, y el principal impulso del movimiento feminista quedó aguado por la satisfacción causada por concesiones como el derecho a voto que, sin embargo, no llegaban a suponer la igualdad completa.

La gran depresión de los años 30 trajo consigo la aparición de nuevas objeciones al trabajo de las mujeres. Como no había trabajo para los hombres se decía a las mujeres que no podían permanecer entre las filas de los asalariados sin causar daños a las ya reducidas oportunidades de los varones. De todos modos, las mujeres siguieron buscando y encontrando empleos no especializados y mal pagados que tradicionalmente habían sido reservados en exclusiva a su sexo. De hecho, el paro en masa de los varones puede haber sido una de las causas que permitieron el progresivo aumento del número de mujeres trabajadoras que con sus ingresos complementaban la economía familiar durante esta década.

En cuanto empezó la Segunda Guerra Mundial, la demanda de personal civil y militar fue de nuevo satisfecha inmediatamente por mujeres. El esfuerzo bélico se hizo tan a fondo que creó una enorme demanda de trabajo que, a su vez, abrió todas las ocupaciones y escalas salariales a las mujeres. Aparecieron entonces nuevas heroínas culturales como «Rosie la Remachadora» que dan fe de la ruptura de las barreras que anteriormente habían impedido a las mujeres ocupar puestos de trabajo que

requerían especialización. Como grupo social, las mujeres florecieron con su recién conquistada libertad laboral, y es interesante saber que fue entonces cuando empezaron a llevar pantalones en público por vez primera. Una segunda característica interesante de este período es que la exigencia laboral alcanzó a todo tipo de mujeres. Cuando en anteriores ocasiones se había producido en Estados Unidos una escasez de mano de obra, sólo habían trabajado las mujeres jóvenes y solteras. La institución del matrimonio siempre había cerrado las puertas del trabajo asalariado a las mujeres. En algunos estados e instituciones se había llegado al extremo de sancionar la falta de corrección social del trabajo de la mujer casada con leyes que lo prohibían. Pero hasta esta barrera cayó durante la Segunda Guerra Mundial, cambio que supuso una significativa ruptura con lo que había ocurrido hasta entonces. Por vez primera, mujeres de todas las edades y estados civiles trabajaron fuera del hogar y de esta manera establecieron la tendencia que ha tenido continuidad hasta nuestros días.

Al final de la década de los 40, una parte importante del ciclo vital de las mujeres había sido alterado. La edad media de las mujeres en el momento del matrimonio disminuía constantemente. Los varones dejaron de aplazar el matrimonio como habían hecho hasta entonces porque pensaban que ya no era necesario alcanzar la seguridad económica antes de casarse. Aunque la mayoría de las mujeres seguía dando una importancia primordial a la maternidad, muchas de ellas trabajaban hasta su primer embarazo a fin de contribuir económicamente a la creación del nuevo hogar. El resultado neto de estos matrimonios más tempranos, a lo que se sumó la mejora de los métodos de control de la natalidad, fue una reducción de la fase de la vida de la mujer dedicada a la reproducción. Cuando la mayor parte de las mujeres casadas alcanzaban la mediana edad ya no tenían necesidad de dedicarse al cuidado de los niños más pequeños, que tanto tiempo consumían en épocas anteriores. De esta manera quedó disponible para su explotación una categoría completamente nueva de mano de obra femenina.

A pesar de que muchas mujeres fueron puestas en la calle —por razones culturalmente inevitables— después de la guerra, para ser sustituidas por hombres, hubo muchas que siguieron acudiendo a puestos de trabajos más tradicionales, como oficinistas, dependientes de comercio y miembros de profesiones como la enseñanza, relacionadas con el cuidado de los menores, o la ayuda sanitaria, por su relación con el cuidado de los enfermos, a fin de cubrir las exigencias de una población y una economía en expansión. El nuevo romanticismo del amor y la maternidad, y otras tendencias que conducían al matrimonio y la reproducción en el período de la postguerra, no tuvieron grandes consecuencias en cuanto a la participación de las mujeres en el mercado laboral. Las madres eran más jóvenes que nunca, y estaban dispuestas a reanudar sus funciones productivas fuera del hogar en el mejor momento de sus vidas. Sin embargo,

uno de los efectos culturales de la importancia atribuida otra vez a los aspectos románticos y maternales de la definición de los papeles femeninos fue la aparición de ciertas reticencias en el terreno de la lucha por la consecución de la igualdad de derechos para ambos sexos. En su experiencia laboral cotidiana, las mujeres pudieron comprobar las graves desigualdades de escala salarial y la patente discriminación en tipos de trabajo y oportunidades de mejorar. Sin embargo, al igual que el siglo pasado, la mayor parte de las mujeres trabajadoras se negó a abandonar sus máquinas de escribir, sus centralillas de teléfonos y sus pizarras:

> Sin comprenderlo del todo, hemos llegado a ser dependientes de una fuerza de trabajo formada por mujeres casadas que no se consideran a sí mismas trabajadoras y que no son tratadas seriamente en su puesto laboral. Solamente cuando volvemos la mirada atrás hacia la historia vemos cómo fueron empujadas al trabajo asalariado y repelidas hacia el hogar de acuerdo con los intereses cambiantes de la economía. Las mujeres no constituyen ruidosos *ghettos* ni participan en los sindicatos, muy pocas veces organizan manifestaciones, acuden en cuanto se les llama, y vuelven tranquilamente a su casa cuando se les dice (Bird, 1970, 45).

Según una publicación hecha por el gobierno en 1969, el *Handbook on Women Workers,* las mujeres constituyen aproximadamente un 37 por ciento de la fuerza de trabajo de los Estados Unidos. Un 42 por ciento de todas las mujeres en edad laboral ocupan un puesto de trabajo, y dentro de este grupo 3 de cada 5 están casadas y el 38 por ciento tienen hijos que dependen de ellas. Nada menos que la mitad de estas trabajadoras tienen 40 o más de 40 años de edad. En cuanto al sector laboral, más de una tercera parte de estas mujeres trabajan como oficinistas, mientras que entre profesionales y técnicas (incluyendo a las maestras) sólo alcanzan el 15 por ciento.

A pesar de la aprobación de varias leyes sobre la igualdad en la práctica de los empleos y en las escalas salariales, ocurrida durante los últimos 30 años, y pese al párrafo 7.° de la ley de derechos civiles de 1964, la discriminación sexual sigue siendo una cuestión central en la vida de los Estados Unidos. Este hecho queda ilustrado en la tabla 11-1 en donde se comparan los salarios medios de varones y mujeres a partir de los 14 años de edad según las diversas categorías laborales.

Aunque en nuestro país se controla la educación de forma que la preparación de hombres y mujeres pueda ser equivalente, lo cierto es que estas desigualdades siguen en pie. La tabla 11-2 compara los ingresos de personas de 25 o más años de edad clasificadas según el sexo y el nivel de enseñanza.

¿Cómo sigue habiendo discriminación social si las mujeres continúan

Tabla 11-1. Ingresos anuales medios del año 1972 de obreros con plena dedicación y trabajo permanente clasificado según el tipo de ocupación y sexo.*

TIPO DE OCUPACION	MUJERES	HOMBRES
Profesionales y obreros técnicos	8.946 $	13.826 $
Directivos y administradores (No agrícolas)	7.289	13.783
Oficinistas	6.196	9.978
Dependientes de comercio	4.649	11.904
Artesanos	5.893	10.694
Operarios	5.145	8.880
Peones no agrícolas	4.807	7.723
Servicios domésticos	2.609	—
Obreros de servicios (excepto domésticos)	4.701	8.109
Granjeros, directivos agrícolas	—	5.808
Peones de granja, capataces	—	4.689

Fuente: U.S. Bureau of the Census, 1973, 129.
* Los guiones indican que no existe la suficiente base de población para establecer comparaciones.

contribuyendo de forma tan significativa a la riqueza económica de la sociedad norteamericana? Desde luego, el legado cultural que habla de la superioridad masculina e impone a las mujeres el aislamiento en el hogar, sigue siendo un factor importante. Ahora bien, como hemos señalado anteriormente, este desequilibrio se ha visto comprometido repetidas veces en momentos en los que la necesidad cambiaba la situación, y solamente se volvía al planteamiento anterior en cuanto regresaba el primer barco cargado de soldados. A diferencia de la Unión Soviética, los Estados Unidos no han padecido nunca una escasez grave o prolongada de varones en su fuerza de trabajo. No ha habido, por lo tanto, ninguna necesidad persistente de crear unas nuevas definiciones de los papeles sexuales.

El hecho de que las mujeres de la sociedad norteamericana hayan visto su vida fuertemente centrada en torno a la familia es algo que no ha desaparecido, debido principalmente a que todavía no se han producido exigencias suficientemente importantes para la sustitución de la familia por otro tipo de institución como principal agente civilizador y educativo. De esta forma, si las exigencias de mano de obra llegan alguna vez a arrastrar a la mayoría de las mujeres a ingresar en la fuerza de trabajo, aparecerán otras instituciones que desempeñarán los papeles de ama de casa y de madre. Si estas circunstancias llegan a producirse, las definiciones de los papeles sexuales resultarán modificadas de acuerdo con

Tabla 11-2. Ingresos anuales medios del año 1972 de obreros con plena dedicación y trabajo permanente clasificados por el nivel de educación alcanzado y el sexo.

NIVEL DE EDUCACION	MUJERES	HOMBRES
Escuela primaria		
Menos de 8 años	4.221 $	7.042 $
8 años	4.784	8.636
Instituto		
De 1 a 3 años	5.253	9.462
4 años	6.166	11.073
Universidad		
De 1 a 3 años	7.020	12.428
4 años	8.736	14.879
5 o más años	11.036	16.877

Fuente: U.S. Bureau of the Census, 1973, 121, 125.

la nueva situación. Actualmente, sin embargo, las mujeres se ven atrapadas en el círculo vicioso del *labor interruptus*. Los empresarios y las escuelas profesionales no sienten deseos de dar preparación o de permitir el progreso laboral de las mujeres jóvenes, pues saben de antemano que tarde o temprano se casarán y/o quedarán embarazadas. Las mujeres que logran terminar completamente su preparación para el trabajo dejan a menudo el mercado laboral durante un período de cinco o diez años, siguiendo las convenciones sociales, pero cuando pasada esa fase regresan a ese mundo son estafadas tanto en el terreno de las posibilidades de entrar en un buen puesto como en lo que se refiere a sus aptitudes. Como una mujer de más de cuarenta años casi siempre está casada, y lo corriente será que vea su trabajo como una colaboración en los ingresos familiares en lugar de entenderlo como un medio de realización personal, suele ser menos consciente de su subordinación respecto de los varones y también menos sensible a esa posición.

En los últimos años hemos oído las voces airadas de las reformadoras feministas que planteaban muchas de las cuestiones que provocaron la movilización de sus hermanas hace más de un siglo. Como entonces, estas mujeres proceden de las familias que se encuentran en el nivel de ingresos más elevado, y tienen educación superior en muchos casos. Como las feministas de hace cien años, estas mujeres constituyen solamente un pequeño grupo dentro del total de la población. Pero estos hechos no reducen la importancia que tiene el movimiento de las feministas. Quie-

nes han hablado en contra de la discriminación sexual suelen ser mujeres movidas por intereses personales, que se toman su carrera en serio y que por esta razón han llegado a ser conscientes de los obstáculos que se oponen al avance de las hembras. Así pues, las feministas —incluso sin la presencia de regimientos de mujeres corrientes a su lado— han tendido a articular públicamente los desequilibrios culturales que persisten a pesar de los cambios introducidos en la legislación. Los militantes de todos los movimientos reformistas funcionan como veletas de la sociedad en general. No solamente estimulan los cambios sino que son en sí mismos productos de cambios que ya han empezado a producirse.

En la última década, la opresión de muchos grupos minoritarios de la sociedad norteamericana ha sido puesta en entredicho mediante un desafío eficaz. La ley de derechos civiles de 1964, que originalmente trataba de garantizar en la intención de los legisladores la igualdad de oportunidades sin tener en cuenta el color, la religión o el origen nacional, fue ampliada, con muchos resquemores y contra la voluntad de muchos sectores, a fin de que prohibiera también la discriminación basada en el sexo de los individuos. De este modo las mujeres se agarraron a la cola de los negros y otras minorías en el camino hacia la obtención de la igualdad legal. El concepto mismo de mujer ha experimentado una rápida modificación en los años que van desde 1960 hasta la actualidad. En los medios de comunicación de masas, por ejemplo, hay una franqueza que excede incluso lo imaginable hace solamente diez años. Los anuncios publicitarios de la televisión subrayan la significación social de los sostenes que «elevan y separan», la importancia de las vitaminas con hierro «porque usted es una mujer», o la eficacia de analgésicos que curan el dolor «para los períodos difíciles». Se da una enorme importancia a la capacidad de atraer físicamente, en relación sobre todo con los cuerpos. La Madison Avenue, tanto por lucro como por diversión, trata de incitar a las mujeres a tener miedo a ser rechazadas debido al olor de sus sobacos, el mal aliento, el olor de los pies, el de la vagina, o los dientes que han perdido el esmalte. Las mujeres son presentadas no sólo como objetos sexuales sino también como individuos que tratan de conseguir sus propios objetivos sexuales. La frase publicitaria «has recorrido un largo camino, muchacha», es algo evidente por sí mismo, hasta para las que no fuman.

¿Cómo podemos explicar estas modificaciones que se han introducido recientemente en la imagen de la mujer? Hay varios factores relacionados con la economía de postguerra norteamericana y sus consecuencias en las instituciones sociales que han contribuido al reconocimiento de las mujeres como *individuos,* aparte de sus relaciones con sus padres y maridos. Aunque el papel de esposa-madre sigue siendo esencial, la participación de las mujeres en trabajos extradomésticos ha ido creciendo continuamente desde la Segunda Guerra Mundial. Las mujeres han llegado a monopolizar los puestos de trabajo en las grandísimas redes de comunica-

ciones de este país, hasta tal punto que una huelga total de estas mujeres podría paralizar totalmente la economía norteamericana. Con el paso de los años cada vez es más patente lo indispensable que son los individuos que forman esa gran masa de trabajadoras de oficinas y que tan mal pagadas están. Aunque las mujeres mismas no vean su propio trabajo como algo especialmente significativo, el hecho de que casi el 42 por ciento de ellas reciban regularmente los cheques de la paga está desde luego modificando los anteriores estereotipos de dependencia económica. Las recientes recesiones económicas han fomentado también su papel como ganadoras del pan. Durante los períodos de paro muy elevado, las mujeres suelen no ser tan afectadas como los hombres, y por ello se hacen cargo del principal peso económico de la hacienda familiar.

La creciente comprensión por parte de las mujeres de su capacidad de «arreglárselas ellas solas», junto con los apremios cada vez mayores impuestos por una sociedad muy tecnificada, han contribuido quizás a la elevadísima tasa de divorcios existente en los Estados Unidos. La unidad matricéntrica empieza otra vez a reclamar una posición respetable comparable a la de la unidad conyugal. La mayor parte de las tareas cotidianas que anteriormente eran encargadas a las mujeres, por ejemplo el cuidado de la casa y la educación de los pequeños, han sido adoptadas hasta cierto punto por las instituciones públicas y las empresas privadas. La madre trabajadora se siente de este modo libre de las responsabilidades diarias de esas tareas delegándolas en otros.

Más sorprendentes quizás, sobre todo para personas educadas en generaciones pasadas, son los cambios ocurridos en la orientación sexual de las mujeres. La auténtica «señora» era idealmente tímida, desconocedora del sexo físico, virgen antes de llegar al matrimonio y casta después del mismo con la excepción de sus periódicas y sumisas entregas a su viril esposo. Como se dice que los varones son sexualmente agresivos e irresponsables, las mujeres deben sobrellevar el peso del mantenimiento de la sexualidad por medio de la no participación o de la frigidez natural. La eliminación del deseo sexual de las mujeres exige la inversión de considerables energías por medio de agentes educadores y el aislamiento y alejamiento de las mujeres de toda situación que pudiera fomentar tales situaciones. Cuando las mujeres solteras entraron durante el siglo pasado en la economía monetaria, muchas de estas barreras que se oponían a la práctica libre de las relaciones sexuales en sociedad desaparecieron proporcionando además algunas de sus primeras oportunidades para decidir libremente qué querían hacer con su propio cuerpo. Muchos comentaristas de las situaciones sociales están de acuerdo en que la moda del vestir de los años 20 representó el primer paso oficial contra la imagen victoriana de la feminidad. Durante los años de la postguerra tras la primera conflagración mundial, cuando era corriente que las mujeres solteras trabajasen y se toleraba y se consideraba correcto que las mujeres acentuaran

todos sus contornos con los vestidos de moda, se llegó a plantear por fin la atrevida hipótesis de que las mujeres tenían necesidades sexuales. La cultura norteamericana de los años siguientes no ha criticado la noción de que la mujer sea sensual sino la cuestión de cuáles son los canales adecuados para la expresión de su sexualidad.

La libertad sexual de las mujeres y las ideas sobre el carácter decoroso del trabajo de la mujer han ido desarrollándose de forma más o menos paralela. Las mujeres, que al principio no podían trabajar fuera del hogar, lograron luego participar en el mundo laboral pero solamente antes del matrimonio. Actualmente no es el matrimonio sino los hijos lo que puede hacer que una mujer deje de trabajar fuera de casa. Cada vez hay un número mayor de mujeres que siguen trabajando pese a tener hijos, porque pueden utilizar servicios domésticos y de cuidado de hijos. Las fronteras sexuales han ido ampliándose de manera similar. Al principio las mujeres veían que su sexualidad era negada, pero poco a poco se les fue permitiendo que expresaran su pasión; pero sólo a un único varón y dentro de la institución del matrimonio. Los canales socialmente aceptables de la expresión sexual, al igual que los motivos para trabajar fuera de casa, variaban según la clase social. Aunque la sexualidad prematrimonial sigue estando prohibida informalmente para todas las mujeres en la sociedad en general, la resistencia disminuye notablemente si la mujer está comprometida o, al menos, «enamorada». Pero a las mujeres maduras y solteras se les sigue imponiendo la virginidad y la castidad. Por otro lado, la facilidad con que pueden obtenerse los diversos métodos anticonceptivos ha contribuido mucho a que la actividad sexual quede separada de las problemáticas emociones del amor, el miedo y la culpa.

Ahora bien, ¿podría ocurrir que actualmente estuviéramos sólo en la curva ascendente de un ciclo interminable de fases feministas y masculinistas? ¿Es posible que los años setenta sean solamente el lanzamiento de vanguardias limitadas contra la discriminación sexual, que serían seguidas por un período durante el cual volvería a valorarse el romanticismo del hogar, la familia y la castidad? Naturalmente, resulta imposible predecir el futuro con seguridad. Sin embargo, las actuales perspectivas económicas indican que es poco probable que esta tendencia cíclica continúe como hasta ahora. A no ser que los Estados Unidos inicien un programa sistemático de conquistas militares en el exterior, es muy poco probable que la economía norteamericana pueda seguir expandiéndose al mismo ritmo que en la actualidad. Antes se les decía a los matrimonios recién casados que «el cielo es el límite», pero esta idea ha dejado de ser algo realista para la inmensa mayoría. Para las mujeres esto significa que cada vez serán menos capaces de medir sus propios logros y los de su familia tomando como patrón únicamente a sus maridos. Lo que más bien puede esperarse es que las mujeres tengan que trabajar fuera de su casa tanto si es para realizar una carrera profesional como si solamente tratan de

complementar los ingresos totales familiares durante una parte considerable de sus vidas. Actualmente resulta difícil concebir unas condiciones económicas que permitan que una porción considerable de la fuerza de trabajo femenina quede apartada del trabajo en un futuro próximo.

Respecto a la sexualidad de las mujeres, parece también muy improbable que resucite el viejo puritanismo. Debido a la aparición de un trascendental problema económico y ecológico que afronta el mundo entero, la superpoblación, recientemente la disponibilidad de los diversos medios que permiten controlar la natalidad ha crecido muchísimo. Suponiendo que no haya una nueva guerra mundial, un auge de la natalidad y una glorificación de la maternidad como las que conoció Estados Unidos en los años 50 no fomentaría la adaptación sino todo lo contrario. La necesidad de controlar el crecimiento de la población ha fomentado la legitimación de las discusiones públicas sobre la reproducción, y en ellas han intervenido tanto las mujeres como los hombres. Este hecho ha permitido que ambos sexos se informaran sobre los placeres y responsabilidades de la actividad sexual.

La pauta industrial

Durante el siglo xx, la participación de las mujeres norteamericanas en el trabajo asalariado ha sufrido significativas fluctuaciones, según se encontrara la económica del país en una fase de guerra o de paz. Sin embargo, durante este siglo ha habido una tendencia general a que las mujeres se conviertan en asalariadas con dedicación plena. Es característico que las mujeres trabajadoras sean solteras, o casadas y sin hijos, o bien madres cuyos hijos se encuentran en edad escolar. La mayor parte de las mujeres norteamericanas dedica algunos años de su vida al cuidado de sus hijos pequeños, y es corriente que durante este intervalo no participen en ningún tipo de empleo extradoméstico; sin embargo, estas mujeres ya no dudan como anteriormente en trabajar en los años previos y posteriores a este intervalo. Las mujeres trabajadores no son consideradas ya como *déclassées,* ni tampoco el hecho de que trabajen resulta excesivamente azaroso para ninguno de los esposos. La reciente ola de actividad feminista y de leyes que imponen la igualdad económica y social para hombres y mujeres avanza paralelamente a, y continúa, tendencias que comenzaron en las fases históricas precedentes durante las que se produjo un alto nivel de empleo femenino.

Las mujeres soviéticas han participado en la economía de mercado a todo lo largo de este siglo. La igualdad sexual impuesta por la legislación que fue aprobada en el período que siguió al estallido de la revolución bolchevique se produjo como consecuencia de la necesidad que tenía el nuevo país de fuerza de trabajo amplia y con gran movilidad. La

participación femenina en esa fuerza de trabajo fue sistemáticamente mantenida como resultado de las periódicas matanzas de varones de la Unión Soviética durante cada uno de los principales episodios del conflicto armado de nuestro siglo.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética se enfrentó a un curioso dilema, cuyas consecuencias tuvieron que ser soportadas pacientemente por las mujeres del país. El trabajo de las mujeres en las fábricas, granjas y profesiones era desde luego crucial para la recuperación y el desarrollo económico, porque casi la mitad de los varones adultos de la Unión Soviética fueron eliminados durante la guerra; pero la URSS estaba además al borde de una gravísima crisis de población. Así, pronto resultó claro que las mujeres iban a tener que esforzarse todavía en mayor grado para ayudar al Estado. Fue entonces cuando se crearon incentivos materiales y honoríficos para estimular los matrimonios y los embarazos, que suponían un alejamiento patriótico y temporal del trabajo asalariado. Recientemente, el papel de esposa-madre, con su carácter puramente doméstico, ha empezado a ganar popularidad de forma sutil. La mujer que lo abandona todo por estar junto a su marido y a sus hijos está conquistando un lugar importante en la novelística soviética. Cada vez se dedican mayores cantidades de ingresos a la fabricación de cosméticos y ropa de mujer, y parece haber una creciente valoración de los bienes materiales y las actividades de los ratos libres.

¿Significa todo esto que se están desarrollando en la Unión Soviética y en los Estados Unidos tendencias completamente opuestas para sus respectivas estructuraciones de los papeles sexuales? Nosotras creemos, por el contrario, que los experimentos industriales capitalista y socialista han sido sorprendentemente similares en lo que respecta al papel desempeñado por las mujeres. En los dos casos, sea formal o informalmente, las mujeres han permanecido en una posición subordinada a la de los hombres tanto en el campo del trabajo como en el social. En la Unión Soviética, la escasez de mano de obra masculina casi permanente es el factor que mejor puede explicar la vida activa que tienen las mujeres fuera de su hogar. Ahora bien, los papeles sexuales considerados por sí mismos —con la posible excepción del período inmediatamente posrevolucionario— no han sido nunca iguales ni convergentes. Las mujeres han adoptado posiciones similares a las ocupadas por las mujeres norteamericanas en tiempo de guerra. Es interesante observar que la aparente tendencia hacia una revalorización del modelo de la esposa-madre en la Unión Soviética refleja acontecimientos de los Estados Unidos. La demanda de mujeres que se dediquen al trabajo industrial en la Unión Soviética está empezando a reducirse por vez primera desde que se produjo la transición a la fase industrial. La automatización empieza lentamente a hacer desaparecer las posiciones laborales primordialmente manuales que estaban reservadas a las mujeres, y la proporción entre individuos del sexo

masculino y del femenino en ciudadanos menores de 40 años está acercándose rápidamente a unas cifras normales.

La prosperidad económica y la reaparición de suficiente mano de obra masculina en la Unión Soviética han creado recientemente, por lo tanto, una situación parecida a la que ha vivido Estados Unidos en tiempo de paz. Y con esta nueva situación ha empezado también a aparecer una tendencia paralela, la separación de las mujeres en obreras de plena dedicación y mujeres que solamente trabajan fuera de su casa una parte de la jornada laboral. La ética del trabajo universal para las mujeres soviéticas parece estar proporcionando un mecanismo que permite la aparición de esta división sin que resulte necesaria como consecuencia una nueva definición de los papeles sexuales. Es decir, las mujeres que tienen la ambición de llevar a cabo una carrera profesional o laboral pueden trabajar la jornada completa aprovechándose de los servicios de cuidado de niños y domésticos que realizan las mujeres que prefieren que su trabajo se realice en un ambiente doméstico. Las mujeres profesionales de la Unión Soviética tienen familias menos numerosas y, además, proporcionan legítimos puestos de trabajo de media jornada o jornada completa a los aparentemente cada vez más numerosos grupos de mujeres cuya tendencia preferida es la familiar.

El papel femenino en Estados Unidos y la Unión Soviética es por lo tanto similar en muchos aspectos. La prolongada demanda de mujeres para empleos de base en fábricas, en granjas, en la construcción, en colegios y hospitales conquistó para las mujeres soviéticas un considerable grado de igualdad formal o legal. Pero, como hemos visto, la igualdad social y política con los hombres ha quedado muy por detrás de lo que los sucesivos gobiernos afirmaban oficialmente y, al igual que en los Estados Unidos, es algo que todavía tiene que ser conquistado. Es sorprendente que en Estados Unidos la convergencia de los papeles sexuales haya sido mucho más pronunciada. Pese a la aparición de ciclos sucesivos de dominio masculinista y feminista a lo largo de la historia norteamericana, la igualdad social y legal ha ido avanzando con mayor uniformidad que en la URSS. Quizá resulta más fácil rectificar una desigualdad reconocida y formal que suprimir las injusticias sociales internas producidas por un sistema que pretende haber destruido todo tipo de injusticia. La economía soviética del futuro puede ciertamente producir una cifra importante de mujeres entregadas a una profesión o una carrera mediante la creación de centros colectivos para el cuidado de los niños que funcionen de forma adecuada, pero todavía tiene que liberar al creciente número de camaradas de tendencia doméstica de la pesada carga de los trabajos rutinarios domésticos. Todavía hace falta tiempo y desarrollo económico para que en la Unión Soviética se universalicen aparatos modernos como los hornos automáticos, las neveras sin hielo, las lavadoras automáticas, las secadoras y los automóviles. Y cuando estos premios

de la producción industrial hayan sido conquistados, la URSS compartirá con Estados Unidos el legado de una nueva generación de mujeres acomodadas, educadas y enérgicas que de nuevo buscarán su propia realización fuera del ambiente hogareño, pero esta vez a la misma altura que los varones.

Las sociedades industriales tienen pues, sea cual fuere su sistema, el potencial y el lujo que permite la invalidación de la mayor parte de las pautas segregadoras de la conducta asignadas a hombres y mujeres. ¿Llegará acaso la sexualidad a ser algo obsoleto? Se trata, desde luego, de una pregunta importante, una pregunta que debería ser estudiada con la perspectiva comparativa que hemos obtenido por fin.

Las mujeres en el futuro

Introducción. ¿Cuál es el futuro de la hembra de la especie? Como hemos visto, su pasado evolucionario ha atravesado gran número de diferentes adaptaciones a diversos ambientes sociales. Sin embargo, a todo lo largo de nuestro análisis de algunas de estas adaptaciones han aparecido ciertas pautas. En este último apartado del libro trataremos de utilizar nuestro conocimiento de estas regularidades culturales para predecir el futuro de la mujer en la evolución.

Los antropólogos no son visionarios. No podemos por lo tanto predecir pequeños detalles del futuro cambio de la cultura como podrían ser, por ejemplo, los caprichos de los diseñadores de modas de París. Podríamos, sí, hacer algunas deducciones sobre esta cuestión de acuerdo con nuestro conocimiento del hecho que los estilos del vestir tienden a seguir unos cambios cíclicos (véase Kroeber, 1919) y a reflejar la posición social. Pero cuál será la forma de vestir de las mujeres futuras, cuál el largo de los vestidos, o si la tendencia al acercamiento entre los vestidos de hombres y mujeres que experimentamos actualmente continuará o no, son cuestiones que aquí no nos preocupan demasiado. Quizá lo mejor sea dejar a nuestros lectores que adivinen por sí mismos los resultados.

Tampoco sería acertado tratar de establecer una predicción sobre el grado de aceleración que tendrán los cambios de la vida social. No poseemos verdaderamente ningún método que nos permita saber la posición de la mujer dentro de diez años o dentro de un siglo. Los cambios culturales tienen la tendencia de ocurrir según temporalidades diferentes, y los antropólogos no se encuentran todavía en un nivel que les permita decir por adelantado cuándo van a producirse los cambios importantes.

Ahora bien, lo que sí es posible es anticipar las tendencias generales de la vida social. Gracias a la comprensión del funcionamiento de los sistemas culturales a que hemos llegado, nos será posible analizar la sociedad de la que formamos parte.

El fallecimiento del género. Según nuestro parecer, la principal tendencia de hombres y mujeres cara al futuro será la creciente pérdida de importancia de los papeles genéricos. La historia nos enseña que los papeles genéricos han sido algo ubicuo que se ha dado en todas las sociedades conocidas que todavía tienen representantes en la actualidad, y también en aquellas cuyo pasado prehistórico ha sido reconstruido. Pero la historia no nos enseña si estos papeles son fijos o inevitables.

Lo que hemos aprendido es que la complementariedad de papeles masculinos y femeninos ha tenido por función en la vida humana la organización de las sociedades de tal forma que cada grupo realice unas tareas especiales, con lo cual se ha podido eliminar la necesidad de que cada ser humano se vea obligado a realizar todas las tareas individualmente. Los papeles genéricos son un medio que fomenta la especialización social. En las épocas pasadas esta forma de especialización, dimorfa generalmente, ha influido en todos los aspectos de la organización social: los lugares especiales para mujeres y hombres seccionan en dos todas las actividades económicas, religiosas y políticas de las sociedades.

La anatomía sexual es uno de los criterios más sencillos para la clasificación social de las personas. El sexo de una persona es normalmente determinado fácilmente desde la cuna. De este modo, la adscripción del recién nacido al grupo del que él o ella formarán parte durante toda su vida es algo rápido, sin ambigüedad, que permite una temprana preparación que ayuda a asegurar la transmisión de la cultura con el paso de las generaciones. La simplicidad que supone la utilización del principio del sexo para la clasificación de actividades que no tienen ninguna relación con la reproducción es el factor que explica que este principio haya sido utilizado en todo lugar y momento.

Además de los criterios sexuales hay otros como la edad, clase social, casta y ocupación que también permiten clasificar a grupos especializados en el seno de cada sociedad. Una tendencia fundamental de la evolución que ha sido identificada por los antropólogos es el aumento de los modos de especialización social que aparece cuando aumenta también el grado de complejidad de organización. En sociedades a pequeña escala que tienen tecnologías relativamente sencillas, la división de la población en grupos especializados se basa solamente en un número limitado de criterios (por ejemplo, la edad, el sexo, el parentesco común). Las sociedades a gran escala e industrializadas, sin embargo, están segmentadas en un número bastante más grande de formas, y los grupos sociales así constituidos son más numerosos y tienen más superposiciones que en los casos de sociedades más pequeñas y menos complejas.

Los papeles genéricos parecen cumplir cada vez menos con una función eficaz en las sociedades complejas. La división de las personas en dos grupos es algo que cada vez se opone más a los requisitos de segmentación social necesarios en los ambientes industriales y urbanizados.

La plétora de variadas especializaciones de ocupación exigida por estas sociedades puede ser eficazmente resuelta por medio de la preparación de los individuos para sus futuras actividades sobre la base de su talento y capacidad en lugar de hacerlo sobre la de sus diferentes aparatos reproductivos. Caroline Bird (1971) ha hecho un esbozo de lo que le cuesta a la sociedad mantener a las mujeres en lo que los economistas llaman «trabajos de costumbre». Es decir, trabajo sin sueldo. Aunque la presencia de obreros sin paga o de obreros mal pagados puede beneficiar determinados sectores de la sociedad, esta situación es generalmente perjudicial para la sociedad en general.

Las personas que se han interesado por este aspecto de la actual posición de las mujeres ven una analogía parcial entre su situación y la de los negros de los Estados Unidos. Estas personas dicen que la esclavitud fue abolida porque su mantenimiento resultaba excesivamente caro. El más reciente movimiento en pro de los derechos civiles también puede, en parte, ser comprendido analizando el precio que tiene que pagar la sociedad para mantener una amplia clase de obreros con sueldos ínfimos y talentos mal utilizados en un momento en que ese talento y esa capacidad se encuentran en gran demanda. En este sentido general, las mujeres norteamericanas, sin sueldo como amas de casa o mal pagadas en la mayor parte de las ocupaciones «femeninas», cuestan a la sociedad más de lo que ésta puede permitirse el lujo de pagar.

Predecir que las mujeres se verán cada vez más absorbidas por la fuerza de trabajo asalariado no es una simple especulación sobre un futuro todavía muy lejano. Este proceso se encuentra ya en marcha desde hace tiempo. Un número de mujeres cada vez mayor decide cada año ingresar en carreras profesionales a las que se dedica plenamente, o vuelve a su empleo en cuanto sus hijos más pequeños empiezan a ir a la escuela. Bird (1971) analiza varios procesos sociales que se han combinado y han permitido que apareciera esta tendencia. En primer lugar, las mujeres tienen actualmente muchos años durante los cuales no están ni embarazadas ni tienen que criar a sus hijos, porque el control de la fertilidad, los nuevos avances en la nutrición y el cuidado médico han cambiado la situación. En segundo lugar, la educación obligatoria exige que los niños estén fuera del hogar durante muchas horas a lo largo del día; como, además, la educación suele ser de niños y niñas conjuntamente, idealmente da a los individuos de los dos sexos una misma educación. De esta forma, en Estados Unidos se transmite actualmente gran cantidad de información cultural a los pequeños y jóvenes, sea cual fuere su sexo. En tercer lugar, las mujeres han probado el trabajo asalariado y parece que les gusta. Este proceso fue acelerado por la Segunda Guerra Mundial, que apartó de sus puestos de trabajo a muchos varones y permitió a las mujeres ocuparlos. Muchas mujeres siguieron trabajando en los años de gran éxito económico de postguerra.

Algunos observadores del actual momento social se han preguntado si es posible que la antigua dicotomía de los papeles sexuales sea sustituida por una nueva (véase Rosenberg y Sutton-Smith, 1972). Nosotras creemos que es muy poco probable que aparezca una nueva dicotomía porque las categorías sociales del sexo son algo más que mecanismos humanos inventados para garantizar la atracción física necesaria para la supervivencia de la especie. Si las sociedades han perpetuado las categorías sexuales ha sido más bien para facilitar la interdependencia socioeconómica y la cooperación entre los diversos miembros del grupo. En las sociedades industriales esta interdependencia queda ahora garantizada por otras formas de integración más complejas y más apropiadas. De este modo, las categorías genéricas tienen en las sociedades modernas mucha menos importancia cara a la adaptación que en las antiguas.

Si las mujeres llegan a integrarse en la fuerza de trabajo, ¿quién criará a los hijos, limpiará la casa, hará la compra y realizará las demás tareas necesarias para el mantenimiento del hogar? Sin duda, muchas de estas responsabilidades serán compartidas por hombres y mujeres. Pero puede esperarse que gran parte de este trabajo llegue a profesionalizarse. Profesionales de la limpieza con equipo especializado pueden limpiar una casa mucho más eficazmente que una mujer que trabaja con un equipo menos adecuado (Bird, 1971). Muchos productos pueden ser pedidos por teléfono y entregados a domicilio, con lo cual podrán ahorrarse muchas horas que hasta ahora invierten las mujeres esperando en la cola de los supermercados. Es probable que los padres sigan criando a sus hijos, pero la participación del padre en la educación llegará a ser igual a la de la madre. Además, habrá frecuentemente otros adultos que vivan cerca de los pequeños y se responsabilicen de ellos. Es de esperar que los centros dedicados al cuidado diario de los niños más pequeños lleguen a ser suficientemente abundantes para permitir que los niños en edad preescolar puedan relacionarse con otros de su misma edad con mayor frecuencia que ahora.

Hay personas que tienen miedo a estos cambios. Como casi toda la gente ha sido educada para que crea que su valor personal equivale al grado en que se acerca a los estereotipos del papel sexual, algunas personas sentirán una pérdida de identidad al desaparecer los estereotipos. El varón que juzga su propia valía de acuerdo con su capacidad de sostener a una mujer perderá la conciencia de su propio valor si su esposa es capaz de mantenerse a sí misma. Del mismo modo, la mujer que se siente realizada siendo «una buena esposa y una buena madre» quedará profundamente afectada cuando la sociedad espere de ella que sea un miembro activo y bien informado del grupo.

La aparición de nuevos modelos de conducta para hombres y mujeres permitirá sin duda un grado de desarrollo personal mucho mayor que

el que toleran los papeles genéricos tradicionales. Estos cambios se encuentran ya en una fase avanzada de su desarrollo. Como científicos sociales consideramos inevitables tales cambios. Como mujeres, los saludamos.

BIBLIOGRAFIA

Aberle, David, «Matrilineal descent in cross-cultural perspective», en: *Matrilineal kinship,* David M. Schneider y Kathleen Gough (eds.), págs. 655-727. Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1961.

Albert, A., «The mammalian testis», en: *Sex and internal secretions,* vol. I, William C. Young (ed.), págs. 305-365, Baltimore: Williams and Wilkins, 1961.

Albert, Ethel M., «Women of Burundi: a study of social values», en: *Women of tropical Africa,* Denise Paulme (ed.), págs. 179-216, Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1963.

Alexandrova, Vera, «The Soviet Union», en *Women in the modern world,* Rafael Patai (ed.), págs. 387-489, Nueva York: Free Press, 1967.

Anastasi, Anne, *Differential psychology: individual and group differences in behavior,* Nueva York: Macmillan Company, 1958.

Angelino, Henry, y Charles L. Shedd, «A note on berdache», en: *American Anthropologist* 57: 121-126, 1955.

Ardrey, Robert, *African genesis,* Londres: Collins, 1961.

—, *The territorial imperative,* Nueva York: Atheneum, 1966.

—, *The social contract,* Nueva York: Atheneum, 1970.

Bachofen, Johann, *Das Mutterrecht,* Basilea: Benno Schwabe, 1861.

Ball, Donald W., «Toward a sociology of toys: Inanimate objects, socialization, and the demography of the doll world», en: *The Sociological Quarterly* 8: 447-58, 1967.

Bardwick, Judith, *Psychology of women: A study of bio-cultural conflicts,* Nueva York: Harper & Row, 1971.

Barry, H. A., M. K. Bacon, y I. L. Child, «A cross-cultural survey of some sex differences in socialization», en: *Journal of Abnormal and Social Psychology* 55: 327-32, 1957.

Barth, Fredrik, *Nomads of South Persia: the Basseri tribe of the Khamseh confederacy,* Oslo: Oslo University Press, 1961.

Bateson, Gregory, «Sex and culture», en: *Annals of the New York Academy of Sciences* 47: 647-60, 1947.

Beach, Frank A., «Retrospect and prospect», en: *Sex and behavior,* Frank A. Beach (ed.), págs. 535-69, Nueva York: John Wiley & Sons, 1965.

Beauchamp, William, «Iroquois women», en: *Journal of American Folk-Lore,* 13: 81-91, 1900.
Berndt, Ronald M., y Catherine H. Berndt, *The world of the first Australians,* Chicago: University of Chicago Press, 1964.
Bird, Carolin, *Born female,* Nueva York: David McKay Company, 1970.
Bogoras, Waldemar, «The Chuchee. In the Jesup North Pacific Expedition», Franz Boas (ed.), en: *Memoir of the American Museum of Natural History,* vol. 7, 1904-9.
Bohannan, Paul, *Social anthropologist,* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1963.
Boserup, Ester, *Women's role in economic development,* Londres: G. Allen & Unwin, 1970.
Bowers, Alfred W., *Mandan social and ceremonial organization,* Chicago: University of Chicago Press, 1950.
Braidwood, Robert J., y Gordon R. Willey (eds.), «Courses toward urban life», en *Viking Fund Publications in Anthropology* 32, 1962.
Brown, Judith K., «Economic organization and the position of women among the Iroquois», en: *Ethnohistory* 17: 151-67, 1970.
Buettner-Janusch, John, *Origins of man: physical anthropology,* Nueva York: John Wiley & Sons, 1967.
Buss, A. H., «Physical aggression in relation to different frustrations», en: *Journal of Abnormal and Social Psychology* 67: 1-7, 1963.
Buss, A. H. y T. C. Brock, «Repression and guilt in relation to aggression», en: *Journal of Abnormal and Social Psychology* 66: 345-50, 1963.
Carpenter, C. R., «A field study in Siam of the behaviour and social relations of the gibbon», en: *Naturalistic behavior of nonhuman primates,* C. R. Carpenter (ed.), págs. 145-271, University Park: The Pennsylvania State University Press, 1964.
—, «The howlers of Barrow Colorado Island», en: *Primate behavior: field studies of monkeys and apes,* Irven DeVore (ed.), págs. 250-91, Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1965.
Carr, Donald E., *The sexes,* Nueva York: Doubleday, 1970.
Carstairs, G. M., *The twice-born,* Bloomington: Indiana University Press, 1958.
Chance, M. R. A., «The nature and special features of the instinctive social bonds of primates», en: *Social life of early man,* Sherwood Washburn (ed.), págs. 17-33, Chicago: Aldine, 1961.
Child, I. L., T. Torm, y J. Veroff, «Achievement themes in folktales related to socialization practice», en: *Motives in fantasy, action, and society,* J. W. Atkinson (ed.), págs. 479-92, Princeton: Van Nostrand, 1958.
Childe, V. Gordon, *What happened in history,* Harmondsworth: Penguin, 1942.
—, *Man makes himself,* Nueva York: New American Library, 1951.

Cipolla, Carlo M., *The economic history of world population,* Baltimore: Penguin Books, 1970.
Clignet, Remi, *Many wives, many powers: authority and power in polygynous families,* Evanston: Northwestern University Press, 1970.
Cohen, Ronald, *The Kanury of Bornu,* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1967.
Conklin, Harold C., «Hanunóo color categories», en: *American Anthropologist* 11: 339-44, 1955.
Cowgill, Ursula M., «The people of York: 1538-1812», en: *Scientific American* 222(1): 104-12, 1970.
D'Andrade, Roy, «Sex differences and cultural institutions», en: *The development of sex differences,* Eleanor Maccoby (ed.), págs. 174-204, Stanford: Stanford University Press, 1966.
Darwin, Charles, *The descent of man and selections in relation to sex,* Nueva York: Thomas Y. Crowell, 1874 (or. 1871).
Debetz, G. F., «The social life of early Paleolithic man as seen through the work of the Soviet anthropologists», en: *Social life of the early man,* Sherwood Ashburn (ed.), págs. 137-49, Chicago: Aldine, 1961.
Delgado, José M. R., «Social rank and radio-stimulated aggressiveness in monkeys», en: *The journal of Nervous and Mental Diseases* 144(5): 383-90, 1967.
Dennis, Wayne, «Are Hopi children noncompetitive?», en: *The Journal of Abnormal and social Psychology* 50: 99-100, 1955.
Devereux, George, «Homosexuality among the Mohave Indians», en: *Human Biology* 9: 498-597, 1937.
—, «Mohave ethnopsychatry and suicide: the psychiatric knowledge and the psychic disturbances of an Indian tribe», en: *Bureau of American Ethnology, Bulletin* 175, 1961.
De Vore, Irven, «A comparison of the ecology and behavior of monkeys and apes», en: *Classification and human evolution,* Sherwood L. Washburn (ed.), Viking Fund Publication in Anthropology 37: 301-19, 1963.
De Vore, Irven, y K. R. L. Hall, «Baboon ecology», en: *Primate behavior: field studies of monkeys and apes,* Irven De Vore (ed.), págs. 20-52, Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1965.
D'Hertefelt, Marcel, «The Rwanda of Rwanda», en: *Peoples of Africa,* James Gibbs (ed.), págs. 403-40, Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1965.
Distant, W. L., «On the mental differences between the sexes», en: *Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland, Journal,* págs. 78-87, 1874.
Dobshansky, Theodosius, *Mankind evolving: the evolution of the human species,* Nueva York: Yale University Press, 1962.
Dodge, Norton, *Women in the Soviet economy: their role in economic, scientific, and technical development,* Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1966.

Dupire, Marguerite, «The position of women in a pastoral society», en: *Women of tropical Africa*, Denise Paulme (ed.), págs. 47-92, Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1963.
Earthy, E., *Valenge women: the social and economic life of the Valenge women of Portuguese East Africa*, Oxford: Oxford University Press for International African Institute, 1933.
Edgerton, Robert B., «Pokot intersexuality: an East African exemple of the resolution of sexual incongruity», en: *American Anthropologist* 66: 1288-99, 1964.
Engels, Friedrich, *The origin of the family, private property and the state*, Eleanor Burke Leacock (ed.), Nueva York: International Publishers, 1972 (or. 1884).
Fernea, Elizabeth Warnock, *Guests of the sheik*, Nueva York: Doubleday, 1965.
Fernea, Robert, *Shaykh and effendi*, Cambridge: Harvard University Press, 1970.
Field, Mark G., y Karin I. Flynn, «Worker, mother, housewife: Soviet woman today», en: *Sex roles in changing society*, Georgene Seward y Robert Williamson (eds.), págs. 257-84, Nueva York: Random House, 1970.
Flecher, Alice C., y Francis La Flesche, «The Omaha tribe», en: *Bureau of American Ethnology, Annual Report* 27, 1905-6.
Ford, Clellan S., y Frank A. Beach, *Patterns of sexual behavior*, Nueva York: Harper & Brothers, 1951.
Forde, Daryll, *Habitat, economy and society*, Nueva York: E. P. Dutton, 1949.
Fox, Robin, «In the beginning: aspects of hominid behavioral evolution», en: *Man* 2: 415-33, 1967.
Freud, Sigmund, *Totem and taboo*, Londres: Penguin Books, 1938 (or. 1913).
Garcia, John, «I.Q. the conspiracy», en: *Psychology Today* 6(4): 40-94, 1974.
Gessain, Monique, «Coniagui women», en: *Women of tropical Africa*, Denise Paulmen (ed.), págs. 17-46, Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1963.
Gleason, Harold, *An introduction to descriptive linguistics*, Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1955.
Goffman, Erving, *Behavior in public places: notes on the social organization of gatherings*, Nueva York: The Free Press, 1966. (Tr. cast.: *Presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires: Amorrortu, 1971.)
Goldin, George, Sally L. Perry, Reuben Margolin, y Bernard Stotsky, *Dependency and its implications for rehabilitation*, Lexington: D.C. Heath, 1972.
Goodall, Jane, *Tiwi wives*, Seattle y Londres: University of Washington Press, 1971.
Goodall, Jane (véase también Van Lawick-Goodall, Jane), «Chimpanzees of the Gombe Stream Reserve», en: *Primate behavior: field*

studies of monkeys and apes, Irven DeVore (ed.), págs. 425-73, Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1965.
Goodman, Louis Wolf, y Janet Lever, «Childre'ns toys and socialization to sex roles», Department of Sociology, Yale University (mimeografiado), 1972.
Gough, Kathleen, «The modern desintegration of matrilineal descent groups», en: *Matrilineal kinship*, David M. Schneider y Kathleen Gough (eds.), págs. 631-52, Berkeley: University of California Press, 1961.
Hampson, J. L., y Joan Hampson, «The ontogenesis of sexual behavior in man», en: *Sex and internal secretions*, vol. 2, William C. Young (ed.), págs. 1401-32, Baltimore: Williams & Wilkins, 1961.
Harlow, H. F. M., M. K. Harlow, y S. J. Suomi, «From thought to therapy: lessons from a primate laboratory», en: *American Scientist* 59: 538-49, 1971.
Harris, Marvin, *The rise of anthropological theory*, Nueva York: Thomas Y. Crowell, 1968.
Harrison, Richard J., *Reproduction and man*, Nueva York: W. W. Norton & Co., 1971.
Hart, C. W. M., y Arnold Pilling, *The Tiwi of North Australia*, Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1960.
Heckhausen, Heinz, *The anatomy of achievement motivation*, Nueva York y Londres: Academic Press, 1967.
Heim, Alice, «Intelligence and personality: their relationship and appraisal», en: *Impact of Science on Society* 21: 347-55, 1971.
Herskovits, Melville, «The cattle complex in East Africa», en: *American Anthropologist* 28: 230-72, 361-80, 494-528, 663-64, 1926.
Hill, W. W. «The status of the hermaphrodite and transvestite in Navaho culture», en *American Anthropologist* 37: 273-79, 1935.
—, «Note on the Pima berdache», en: *American Anthropologist* 40: 338-40, 1938.
Holder, A. B., «The bate», en: *New York Medical Journal* 50: 623-25, 1889.
Honigmann, John, *The world of man*, Nueva York: Harper, 1959.
Hudson, Charles, «Folk history and ethnohistory», en: *Ethnohistory* 13: 52-70, 1966.
Ibn Khaldun, *The Mugaddimah: an introduction to history*, vol. I, Nueva York: The Bolligen Foundation, 1958.
Itani, J., «From the societies of non-human primates to human society», en: *Kagaku Asahi* 27: 170-74, 1967.
Itani, J., y A. Suzuki, «The social unit of chimpanzees», en: *Primates* 8: 355-82, 1967.
Jay, Phyllis, «The female primate», en *Man and civilization: the potential of women; a symposium*, Seymour M. Farber y Roger H. L. Wilson (eds.), págs. 3-12, Nueva York: McGraw Hill, 1963.
—, «The common langur of North India», en: *Primate behavior: field studies of monkeys and apes*, Irven DeVore (ed.), págs. 197-249, Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1965.



Jensen, Gordon D., Ruth A. Bobbitt, y Betty N. Gordon, «Sex differences in the development of independence of infant monkeys», en: *Behavior* 30: 1-14, 1968.

Jolly, Alison, «Breeding synchrony in wild Lemur catta», en: *Social communication among primates*, Stuart A. Altmann (ed.), págs. 3-14, Chicago: University of Chicago Press, 1967.

—, *The evolution of primate behavior*, Nueva York: Macmillan, 1972.

Jolly, C., «The seed-eaters: a new model of hominid differentiation based on a baboon analogy», en: *Man* 5: 5-26, 1970.

Kagan, Jerome, y Howard A. Moss, *Birth to maturity*, Nueva York: John Wiley, 1962.

Kardiner, Abram, *The individual and his society*, Nueva York: Columbia University Press, 1939. (Tr. cast.: *El individuo y su sociedad*, México: Fondo de Cultura Económica.)

—, *The psychological frontiers of society*, Nueva York: Columbia University Press, 1945.

Katchadourian, Herant A., y Donald T. Lunde, *Fundamentals of human sexuality*, Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1972.

Kaufmann, Harry, *Aggression and altruism: a psychological analysis*, Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1970.

Klah, Hasteen, *Navajo creation myth*, Santa Fe: Museum of Navajo Ceremonial Art, 1942.

Klopfer, Peter H., «Mother love: what turns it on?», en: *American Scientist* 59: 404-7, 1971.

Kormody, Edward J., *Concepts of ecology*, Englewood Cliffs: Prentice-Hall, 1969.

Kroeber, A. L., «On the principle of order in civilization as exemplified by changes in fashion», en: *American Anthropologist* 21: 253-63, 1919.

—, «Pychosis of social sanction», en: *Character and personality* 8: 204-15, 1940.

Lancaster, Jane B., y Richard B. Lee, «The annual reproductive cycle in monkeys and apes», en: *Primate behavior: field studies of monkeys and apes*, Irven DeVore (ed.), págs. 486-513, Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1965.

Laufer, Berthold, «Sex Transformation and hermaphrodites in China», en: *American Journal of Physical Anthropology* 3: 259-62.

Laughlin, Williams S., «Hunting: an integrating biobehavior system and its evolutionary importance», en: *Man the hunter*, Richard B. Lee y Irven DeVore (eds.), págs. 304-20, Chicago: Aldine, 1968.

Laurentin, Anne, «Nzakara women», en: *Women of tropical Africa*, Denise Paulme (ed.), págs. 121-78, Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1963.

Lee, Richard, «What hunters do for a living, or, how to make out on scaree resources», en: *Man the hunter*, Richard B. Lee y Irven DeVore (eds.), págs. 30-48, Chicago: Aldine, 1968.

Leith-Ross, Sylvia, *African women: a study of the Ibo of Nigeria*, Londres: Faber & Faber, 1939.

Lerner, I. Michael, *Heredity, evolution and society*, San Francisco: W. H. Freeman, 1968.
Levine, S. N., «Sex differences in the brain», en: *Scientific American* 214(4): 84-90, 1966.
Lewis, Oscar, «Manly-hearted women among the North Pigean», en: *American Anthropologist* 43: 173-87, 1941.
Linton, Sally, «Woman the gatherer», trabajo presentado a la 69 Asamblea de la American Anthropological Association, San Diego, 1970.
Lorenz, Konrad, *On Aggression*, Nueva York: Harcourt, Brace & Word, 1966.
Lowie, Robert, *Primitive Society*, Nueva York: Boni & Liveright, 1920. (Tr. cast.: *La sociedad primitiva*, Buenos Aires: Amorrortu, 1972.)
—, *The Crow Indians*, Nueva York: Farrar & Rinehart, 1935.
Lubbock, John, *The origin of civilization and the primitive condition of man; mental and social condition of savages*, Nueva York: Appleton, 1873 (or. 1870).
Lurie, Nancy, «Winnebago berdache», en: *American Anthropologist* 55: 708-12, 1953.
Maccoby, Eleanor E., «Sex differences in intellectual functioning», en: *The development of sex differences*, Eleanor E. Maccoby (ed.), págs. 25-55, Stanford: Stanford University Press, 1966.
Mace, David, y Vera Mace, *The soviet family*, Nueva York: Doubleday, 1963.
Maine, Henry, *Ancient law*, Londres: J. Murray, 1861.
Marshall, Carol Helman, «The soviet family and Soviet family law: a functional analysis of change», en: *New Scholar* 2: 49-70, 1970.
Martin, M. Kay, «The foraging adaptation: uniformity or diversity?», en: *Addison-Wesley Modular Publication* 56, Reading: Addison-Wesley, 1974.
Marx, Karl, *Pre-capitalist economic formations*, Eric J. Hobsbawm (ed.), Jack Cohen (tr.), Nueva York: International Publishers, 1965 (or. 1857-58). (Tr. cast.: *Formaciones económicas precapitalistas*, Madrid: Ayuso, 1975.)
—, *The communist manifesto*, Londres: W. Reeves, 1888 (or. 1848).
McClelland, D. C., *The achieving society*, Princeton: Van Nostrand, 1961.
McLennan, John, *Primitive marriage*, Edinburgo: Adam & Charles Black, 1865.
McWhirter, Norris, y Ross McWhirter, *Guiness book of world records*, Nueva York: Sterling Publishing Co., 1971.
Mead, Margaret, «Cultural determinants of sexual behavior», en: *Sex and internal secretions*, vol. 2, William C. Young (ed.), págs. 1433-49, Baltimore: Williams & Wilkins, 1961.
—, *Sex and temperament in three primitive societies*, Nueva York: William Morrow, 1963. (Tr. cast.: *Sexo y temperamento en las sociedades primitivas*, Barcelona: Laia, 1973.)

Meek, C. K., *Tribal studies in northern Nigeria*, Londres: K. Paul, Trench, Trubner, 1931.
Mischel, W., «Delay of gratification, need for achievement, and acquiescence in another culture», en: *Journal of Abnormal and Social Psychology* 62: 543-52, 1961.
Mohsen, Safia, «Aspects of the legal status of women among Awlad 'Ali», en: *Peoples and cultures of the Middle East*, vol. 1, Louise E. Sweet (ed.), págs. 220-33, Garden City/N.Y.: The Natural History Press, 1970.
Money, John, «Psychosexual differentiation», en: *Sex research, new developments*, John Money (ed.), págs. 3-23, Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1965.
—, «Pre-natal hormones and intelligence; a possible relationship», en: *Impact of Science on Society* 21: 285-90, 1971.
Money, John, y Anke A. Eberhardt, *Man & women; boy & girl*, Baltimore y Londres: The John's Hopkins University Press, 1972.
Morgan, Elaine, *Descent of woman*, Nueva York: Stein & Day, 1972.
Morgan, Lewis Henry, *League of the Ho-de-no-sau-nee, or Iroquois*, Rochester: Sage, 1851.
—, *Systems of consanguinity and affinity of the human family*, Washington: Smithsonian Institution, 1870.
—, *Ancient Society*, Nueva York: World Publishers, 1877. (Tr. cast.: *La sociedad primitiva*, Madrid: Ayuso, 1975.)
—, *Houses and house-life of the American aborigines*, Washington: Government Printing Office, 1881.
Morris, Desmond, *The naked ape*, Londres: Jonathan Cape, 1967; Nueva York: McGraw-Hill, 1968. (Tr. cast.: *El mono desnudo*, Barcelona: Plaza y Janés, 1970.)
Murdock, G. P., «Comparative data on the division of labor by sex», en: *Social Forces* 16: 551-53, 1937.
—, *Social structure*, Nueva York: Macmillan, 1949.
—, *Africa: its peoples and their culture history*, Nueva York: McGraw-Hill, 1959.
—, *Ethnographic Atlas*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1967.
Murphy, Robert, «Social distance and the veil», en: *Peoples and cultures of the Middle East*, vol. 1, Louise Sweet (ed.), págs. 290-314, Garden City/N.Y.: The Natural History Press, 1970.
Nadel, S. F., *A black byzantium*, Londres: Oxford University Press, 1942.
—, «Witchcraft in four African societies: a comparison», en: *American Anthropologist* 54: 18-29, 1952.
Napier, J. R., y P. H. Napier, *A handbook of living primates*, Londres y Nueva York: Academic Press, 1967.
Oberg, Kalervo, «Types of social structure among lowland tribes of South and Central America», en: *American Anthropologist* 57: 472-88, 1955.
Oetzel, Roberta M., «Sex tiping and sex role adoption in relation to

differential abilities», en: *Differential cognitive abilities,* Eleanor E. Maccoby y Lucy Rau (eds.), págs. 126-45, Stanford: Stanford University Press, 1962.

Opler, Morris E., «The *hijara* (hermaphrodites) of India and Indian national character: a rejoinder», en: *American Anthropologist* 62: 505-11, 1960.

Ottenberg, Phoebe, «The changing economic position of women among the Afikpo Ibo», en: *Continuity and change in African cultures,* W. R. Bascom y M. J. Herskovits (eds.), págs. 205-23, Chicago: University of Chicago Press, 1959.

Otterbein, Keith, y Charlotte Swanson Otterbein, «An eye for an eye, a tooth for a tooth: a cross-cultural study of feuding», en: *American Anthropologist* 67: 1470-82, 1965.

Parens, Henri, y Leon J. Saul, *Dependance in man: a psychoanalytic study,* Nueva York: International Universities Press, 1971.

Pilbeam, David, *The ascent of man: an introduction to human evolution,* Nueva York: Macmillan, 1972.

Pilling, Arnold, *Law and feud in an aboriginal society of North Australia,* tesis doctoral, Berkeley: University of California, 1957.

Plato, *The symposium of Plato,* John A. Brentlinger (ed.), Suzy Q. Groden (tr.), Amherst: The University of Massachussetts Press, 1970.

Richards, Cara, «Matriarchy of mistake: the role of Iroquois women through time», en: *Proceedings of the 1957 Annual Spring Meeting of the American Ethnological Society,* págs. 36-45, Seattle: American Ethnological Society, 1957.

Rosenberg, B. G., y Brian Sutton-Smith, *Sex and identity,* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1972.

Rowell, Thelma, «Forest living baboons in Uganda», en: *Journal of Zoology* 149: 344-64, 1966.

Russell, Claire, y W. M. S. Russell, *Violence, monkeys and man,* Londres/Melbourne: Macmillan, 1968.

—, «Primate male behavior and its human analogues», en: *Impact of Science on Society* 21: 63-74, 1971.

Sahlins, Marshall, «The origin of society», en: *Scientific American* 203(1): 76-87, 1960.

—, «The segmentary lineage: an organization of predatory expansion», en: *American Anthropologist* 63: 322-43, 1961.

Schaller, George, *The mountain gorilla: ecology and behavior,* Chicago: University of Chicago Press, 1963. (Tr. cast.: *La vida del gorila,* México: Fondo de Cultura Económica.)

Schneider, David, y Kathleen Gough (eds.), *Matrilineal kinship,* Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1961.

Schonfeld, W. A., «Primary and secondary sexual characteristics: study of their development in males from birth trough maturity, with biometric study of penis and testis», en: *American Journal of Diseases of Children* 65: 535-49, 1943.

Schultz, A. H., «Postembryonic age changes», en: *Primatologia* 1: 887-964, 1956.
Seligman, Charles G., y Brenda Z. Seligman, *Pagan tribes of the Nilotic Sudan,* Londres: George Routledge & Sons, 1932.
Service, Elman, *Primitive social organization,* Nueva York: Random House, 1962.
Simms, S. C., «Crow Indian hermaphrodites», en: *American Anthropologist* 5: 580-81, 1903.
Simpson, G. G., C. S. Pittendrigh, y L. H. Tiffany, *Life: an introduction to biology,* Nueva York: Harcourt, Brace, 1957.
Smith, Mary Felice, *Baba of Karo: a woman of the Muslim Hausa,* Londres: Faber, 1954.
Smith, Philip, «The consecuences of food production», en: *Addison-Wesley Modular Publications* 31, Reading: Addison-Wesley, 1972.
Smuts, Robert, *Women and work in America,* Nueva York: Columbia University Press, 1959.
Stannard, Una, «The mask of beauty», en: *Woman in sexist society: studies on the power and powerlessness,* Vivian Gornick y Barbara K. Moran (eds.), págs. 187-203, Nueva York: New American Library, 1971.
Stewart, Julian, *Theory of culture change,* Urbana: University of Illinois Press, 1955.
Strathern, Marilyn, *Women in between,* Londres y Nueva York: Seminar Press, 1972.
Sturtevant, William C., «Studies in ethnoscience», en: *American Anthropologist* 66: 99-131, 1964.
Thompson, Richard W., y Michael C. Robbins, «Seasonal variation in conception in rural Uganda and Mexico», en: *American Anthropologist* 75: 676-86, 1973.
Tiger, Lionel, *Men in groups,* Nueva York: Vintage Books, 1970a.
—, «The possible biological origins of sexual discrimination», en: *Impact of Science on Society* 20: 29-44, 1970b.
Tiger, Lionel, y Robin Fox, *The imperial animal,* Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1971.
Trager, George L., «A scheme for the cultural analysis of sex», en: *Southwestern Journal of Anthropology* 18: 114-18, 1962.
Travis, Carol, «Woman and man: a *Psychology Today* questionnaire», en: *Psychology* Today 4(9): 82-85, 1971.
—, «Woman and man», en: *Psychology Today* 5(10): 57-85, 1972.
Turgot, A. R. J., *Plan de deux discours sur l'histoire universelle. Oeuvres de Turgot,* París: Guillaumin, 1844.
United States Bureau of the Census, *Current Population Reports,* series P-60, 90, Washington: United States Government Printing Office, 1973.
Urdy, J. Richard, y Naomi M. Morris, «Distribution of coitus in the menstrual cycle», en: *Nature* 220: 593-96, 1968.
Van Lawick-Goodall, Jane, «The behavior of free-living chimpanzees

in the Gombe Stream Reserve», en: *Animal Behavior Monographs* 1: 165-311, 1968.
—, *In the shadow of man,* Boston: Houghton Mifflin Company, 1971.
Washburn, S. L., y Irven DeVore, «Social behavior of baboons and early man», en: *Social life of early man,* S. L. Washburn (ed.), *Viking Fund Publications in Anthropology* 31: 91-105, 1961.
Washburn, S. L., y C. S. Lancaster, «The evolution of hunting», en: *Man the hunter,* Richard B. Lee y Irven DeVore (eds.), págs. 293-303, Chicago: Aldine, 1968.
Weisstein, Naomi, «Psychology constructs the female», en: *Woman in sexist society,* Vivian Gornick y Barbara Moran (eds.), págs. 207-224, Nueva York: Basic Books, 1971.
Weitzman, Lenore J., Deborah Eifler, Elizabeth Hokada, y Catherine Ross, «Sex-role socialization in picture books for preschool children», en: *American Journal of Sociology* 77: 1125-50.
Winton, F. R., y L. E. Bayliss, *Human physiology,* Boston: Little Brown, 1962.
Young, William C., «The mammalian ovary», en: *Sex and internal secretions,* vol. 1, William C. Young (ed.), págs. 449-96, Baltimore: Williams & Wilkins, 1961.
Young, William C., Robert W. Goy, y Charles H. Phoenix, «Hormones and sexual behavior», en: *Science* 143: 212-18, 1964.

ÍNDICE

BIBLIOTECA DE ANTROPOLOGÍA

Dirigida por José R. Llobera

1 Adam Kuper
Antropología y antropólogos. La escuela británica: 1922-1972

2 José R. Llobera (ed.)
La antropología como ciencia
Textos de Lévi-Strauss, Radcliffe-Brown, Goodenough, Kaplan, Manners, Panoff, Rivers, Malinowski, Lewis, Gluckman, Conklin, Leach, Eggan, Murdock, McEwen, Jarvie, Beattie, Tylor, Ipola y Nutini, compilados y prologados por José R. Llobera.

3 J. S. Kahn (ed.)
El concepto de cultura: textos fundamentales
Textos de Tylor, Kroeber, Malinowski, White y Goodenough, compilados y prologados por J. S. Kahn.

4 A. R. Radcliffe-Brown
El método de la antropología social

5 Louis Dumont
Introducción a dos teorías de la antropología social
Textos adicionales de Gellner, Beattie, Schneider, Rivers, Fortes, Leach, Goody, Needham y Dumont.

6 Maurice Godelier (ed.)
Antropología y economía
Textos de Marx, Maine, Morgan, Bücher, Malinowski, Burling, Leclair, Jr., Polanyi, Dalton, Kaplan, Sahlins, Wolf y Godelier, compilados y prologados por Maurice Godelier.

7 E. E. Evans-Pritchard
Brujería, oráculos y magia entre los azande

8 E. R. Leach
Sistemas políticos de la Alta Birmania

9 E. E. Evans-Pritchard
Los nuer

10 Maurice Bloch (ed.)
Análisis marxistas y antropología social
Textos de Godelier, Firth, Feuchtwang, Terray, Kahn, Friedman y Bloch

11 M. Kay Martin y Barbara Voorhies
La mujer: un enfoque antropológico

Antropología y sociología en otras colecciones:

COLECCION ARGUMENTOS

Barrington Moore, *Poder político y teoría social*
Paolo Caruso, *Conversaciones con Lévi-Strauss, Foucault y Lacan*
Edmund Leach, *Un mundo en explosión*
Timothy Raison (ed.), *Los padres fundadores de la ciencia social*
Barthes, Bordieu, Lévi-Strauss y otros, *La teoría*
Raymond Bellour, *El libro de los otros*

GUIAS ALFABETICAS

Jean Duvignaud, *La sociología*

EDICIONES DE BOLSILLO

Catherine Backès-Clément, *Lévi-Strauss*

CUADERNOS ANAGRAMA

Edmund Leach, *Lévi-Strauss, antropólogo y filósofo*; seguido de Claude Lévi-Strauss, *El oso y el barbero*
Claude Lévi-Strauss, *El futuro de los estudios del parentesco*
André Gunder Frank, *Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología*
Oscar Lewis, *La cultura de la pobreza*; seguido de O. Lewis, K. S. Karol y C. Fuentes, *Pobreza, burguesía y revolución*
Jean-Marie Vincent, *La metodología de Max Weber*; seguido de Max Weber, *Fundamentos metodológicos de la sociología*
Julian Pitt-Rivers, *Tres ensayos de antropología estructural*
Marco Ingrosso, *Modelos socioeconómicos de interpretación de la realidad latinoamericana: de Mariátegui a Gunder Frank*
Rodolfo Stavenhagen, Ernesto Laclau y Ruy Mauro Marini, *Tres ensayos sobre América Latina*
Claude Lévi-Strauss, Melford E. Spiro, Kathleen Gough, *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*
Claude Lévi-Strauss, *Estructuralismo y ecología*
Bruce G. Trigger, Friedrich Engels y otros, *Sobre el origen del hombre*
Luc de Heusch, *El estructuralismo heterodoxo de Mary Douglas*; seguido de Mary Douglas, *Sobre la naturaleza de las cosas*
Maurice Godelier, *Funcionalismo, estructuralismo y marxismo*
Kent V. Flannery, *La evolución cultural de las civilizaciones*
Pierre Bonte, *De la etnología a la antropología: sobre el enfoque crítico en las ciencias humanas*
Max Gluckman, Mary Douglas, Robin Horton, *Ciencia y brujería*
Maurice Zeitlin, *Propiedad y control: la gran corporación y la clase capitalista*
Maurice Godelier, *Antropología y biología. Hacia una nueva cooperación*
Eric J. Hobsbawm, *Los campesinos y la política*; seguido de Hamza Alavi, *Las clases campesinas y las lealtades primordiales*
Teodor Shanin, *Naturaleza y lógica de la economía campesina*
Jean Baudrillard, *La génesis ideológica de las necesidades*
Peter Forster, David Goddard, Jairus Banaji, *Crítica de la antropología británica*

En relación con la problemática de la mujer:

CUADERNOS ANAGRAMA

Wilhelm Reich, Vera Schmidt, *Psicoanálisis y educación*
Annie Reich, *Si tu hijo te pregunta. Manual de educación sexual para padres demócratas*
Juliet Mitchell, *La liberación de la mujer: la larga lucha*
Samir Amin, *Elogio del socialismo; El capitalismo: una crisis estructural; Feminismo y lucha de clases*
Claude Lévi-Strauss, Melford E. Spiro, Kathleen Gough, *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*
John Harrison, Wally Seccombe, Jean Gardiner, *El ama de casa bajo el capitalimo*
Isabel Larguía y John Dumoulin, *Hacia una ciencia de la liberación de la mujer*
Leon Trotski. *Escritos sobre la cuestión femenina*
Emma Goldman, *Tráfico de mujeres*
Lourdes Benería, *Mujer, economía y patriarcado durante la España franquista*

EDICIONES DE BOLSILLO

Alexandra Kolontai, *Autobiografía de una mujer sexualmente emancipada*

COLECCION ARGUMENTOS

Juliet Mitchell, *Psicoanálisis y feminismo*

COLECCION DOCUMENTOS

Alexandra Kolontai, *La oposición obrera* (ver «Feminismo y revolución»)
Clara Zetkin, *La cuestión femenina y la lucha contra el reformismo*

LA EDUCACION SENTIMENTAL

Juliet Mitchell, *La condición de la mujer*
Hildegart, *La rebeldía sexual de la juventud*
Amparo Moreno, *Mujeres en lucha. El movimiento feminista en España*
Raoul Vaneigem, *Tratado del saber vivir para uso de las jóvenes generaciones*
Christiane Rochefort, *Los niños primero*
Eli Zaretsky, *Familia y vida personal de la sociedad capitalista*

La antropología se presenta como la ciencia general del hombre, incorporando tanto la vertiente biológica como la social. Formada por la unidad precaria de u multitud de disciplinas y subdisciplinas, tales como la antropología física, la arqueología, la lingüística, la antropología cultural y social, la etnología, etc., y con tradiciones nacionales muy diversas (en particular cabría mínimamente distinguir la norteamericana, la británica y la francesa) ha acumulado en los ci años de su existencia un corpus factual y teórico de considerable importancia. Sin embargo, la antropología sigue llevando en el ámbito de habla española una vida lánguida, por no decir miserable, a la qué no ha sido ajena la escas de textos en castellano.

En los últimos años el interés por la antropologia ha crecido de forma muy notable. En consecuencia, la demanda de libros antropológicos se ha dejado sentir en los círculos más diversos, especialmente en el ámbito de la enseñan universitaria.

La BIBLIOTECA ANAGRAMA DE ANTROPOLOGIA aparece con la intención responder de una forma sistemática a esta demanda. Su objetivo último será crear un amplio fondo de textos básicos (libros y *readings*), tanto clásicos como modernos, combinando el *rigor* científico con la *variedad* de temas y escuelas. Aunque no desdeñará otras disciplinas antropológicas, su campo básico será la antropología cultural y social. Dentro de ella tratará de cubrir todas las áreas de especialización tradicionales (parentesco, religión, magia y sistemas simbólicos; organización política y económica; etc.), así como las contemporáneas, prestando igualmente atención a cuestiones de historia, epistemología, teoría y métodos de la disciplina.

LA MUJER: UN ENFOQUE ANTROPOLOGICO es un libro que, partiendo del creciente interés que existe por el feminismo, explora un aspecto importante pero en gran parte inédito de la condición femenina. Se trata de un estudio comparativo del lugar que ocupa la mujer en una gran variedad de sociedades M. Kay Martin y Barbara Voorhies examinan, por una parte, cuál es el papel de la mujer en las sociedades estudiadas tradicionalmente por los antropólogos; es decir, los pueblos cazadores, horticultores, agricultores, pastores, etc. Por otra parte, también consideran la posición que ocupa la mujer en las sociedade industriales, tanto capitalistas como socialistas.

Pero no es sólo la vertiente sociológica que recibe atención. La vertiente biológica es también examinada, críticamente y con respecto a un cierto númer de estudios recientes en los que se establecen conexiones causales entre el sexo y un cierto número de rasgos de la persona: agresividad, dependencia, inteligencia, gregarismo, etc. Finalmente, se tratan también las posibles implicaciones que los estudios sobre el comportamiento de los primates puedan tener sobre los seres humanos de ambos sexos.

No es exagerado decir que el presente libro ofrece una base científica seria para un replanteamiento de las relaciones entre los sexos en las sociedades contemporáneas. El libro, aunque basado en los datos más recientes de la ciencia antropológica. está dirigido a un público amplio.



Biblioteca Anagrama de Antropología
Dirigida por José R. Llobera